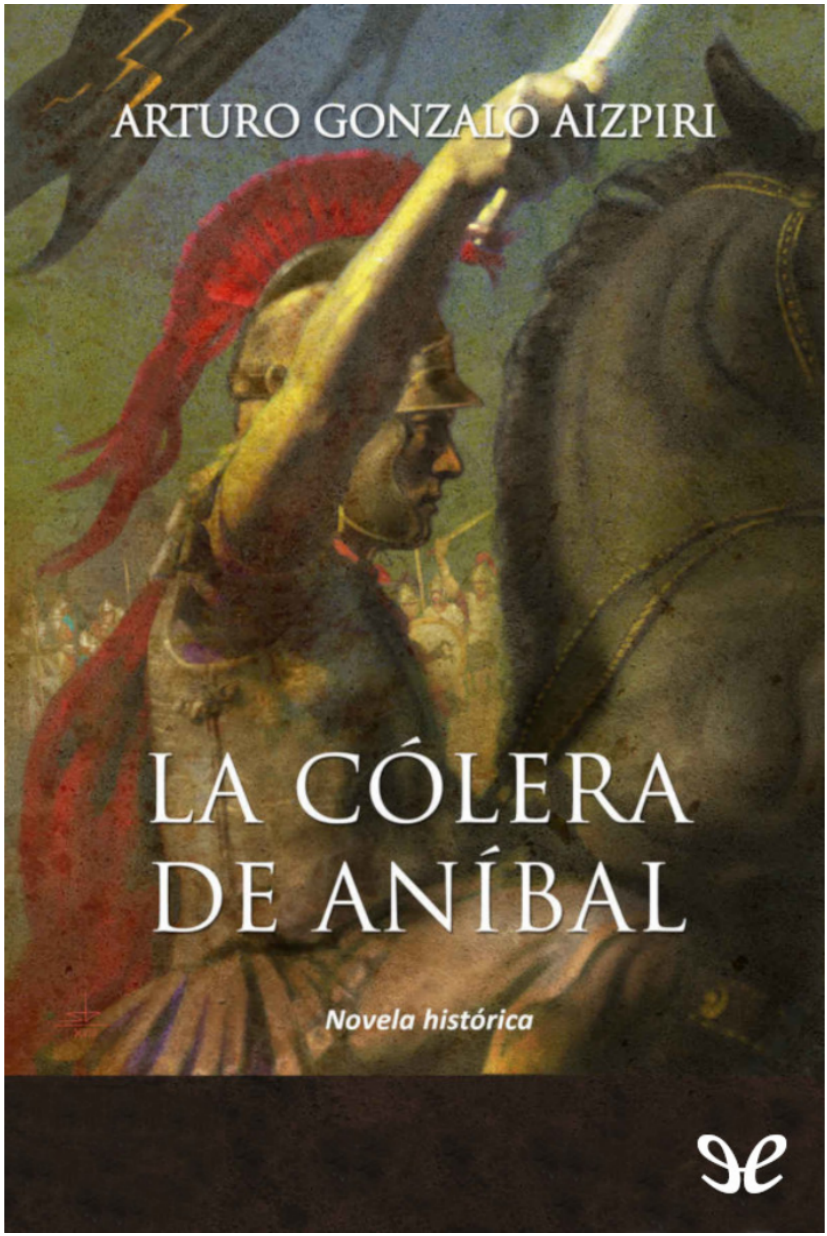


ARTURO GONZALO AIZPIRI

LA CÓLERA DE ANÍBAL

Novela histórica

Tras los dramáticos sucesos que pusieron a Aníbal al frente de los ejércitos cartagineses, la tensa pausa del invierno se ha instalado en Ispania. Todos saben que esa tregua durará lo que tarde en llegar la primavera. Aníbal toma las riendas de los territorios conquistados por Amílcar y Asdrúbal y prepara sus nuevas campañas, empujado por una ambición sin límites. Al mismo tiempo vigila los movimientos de sus enemigos en Roma, en la propia Cartago y, sobre todo, en el interior de Ispania. Comprende que todas sus aspiraciones dependen de su capacidad de doblegar a la coalición de pueblos íberos que le hace frente. La rebeldía de ólcades y oretanos es, además de una amenaza militar, una ofensa a la reputación de Cartago y al honor de la familia Barca que no puede seguir tolerando.

Tras el éxito de *El heredero de Tartessos* y *El cáliz de Melqart*, Arturo Gonzalo Aizpiri lleva a los lectores a aquel momento vertiginoso en que Aníbal Barca, comandando a los cartagineses en la península Ibérica con un talento militar, una audacia y un carisma personal sin parangón desde Alejandro Magno, se dispuso a cambiar para siempre el curso de la Historia. *La cólera de Aníbal* pone el esperado broche final a la *Trilogía de Aníbal*, una epopeya que ha cautivado ya a millares de lectores. Y lo hace con uno de esos relatos memorables donde los grandes hechos militares no impiden prestar atención a personajes que, con su incondicional humanidad, nos invitan a acompañarlos. Y que se empeñan en permanecer con nosotros tras la última página.

Arturo Gonzalo Aizpiri

La cólera de Aníbal

Trilogía de Aníbal - 3

ePub r1.3
Titivillus 31.10.2021

Arturo Gonzalo Aizpiri, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Lara, Víctor, Xavi y los pequeños Emma y Hèctor.
Por haberme ofrecido sus sueños y haber hecho propios los míos.
Para mis hermanos Gema, Aurora, Ángel, Nacho…
… y Alejandro, que me regaló toda una vida de recuerdos infinitos. Nunca te olvido.

Agradecimientos

Tras una novela hay siempre un relato de gratitud. De lo contrario, creo que no merecería ser escrita. Concentra y expresa tantos meses de trabajo, tantas circunstancias y avatares, que por fuerza tiene que acabar convirtiéndose en un prolongado episodio de la vida misma, y por ello algo llamado a ser compartido con gratitud. Más aún cuando no es una novela, sino tres, extendiéndose a lo largo de catorce años.

También, como en la vida, en la literatura hay agradecimientos que se manifiestan cotidianamente, en la gimnasia de la convivencia. En esa categoría están los míos: mi Anglea, mis hijos y ¡qué maravilla!, mis nietos Emma y Hèctor, recién llegado a la aventura de la vida. Ellos hacen que mis días sean un licor que no cambiaría por nada. Ahí están también mi madre, mis hermanos, mis amigos Canallas, decididos a seguir acompañándome en los muchos empeños quijotescos que acometemos. Y, cómo no, Sandra, Javi y Jaime, que con su generosidad incondicional hacen que seguir soñando libros y dándolos a la luz sea más una cuestión de amistad que de afán. Junto a ellos está Ángeles Pavía, mi revisora, y el resto del equipo de Teloseditamos, que no solo aportan buen juicio y profesionalidad, sino también el empeño incansable de los que ponen tanta pasión como convicción en lo que hacen.

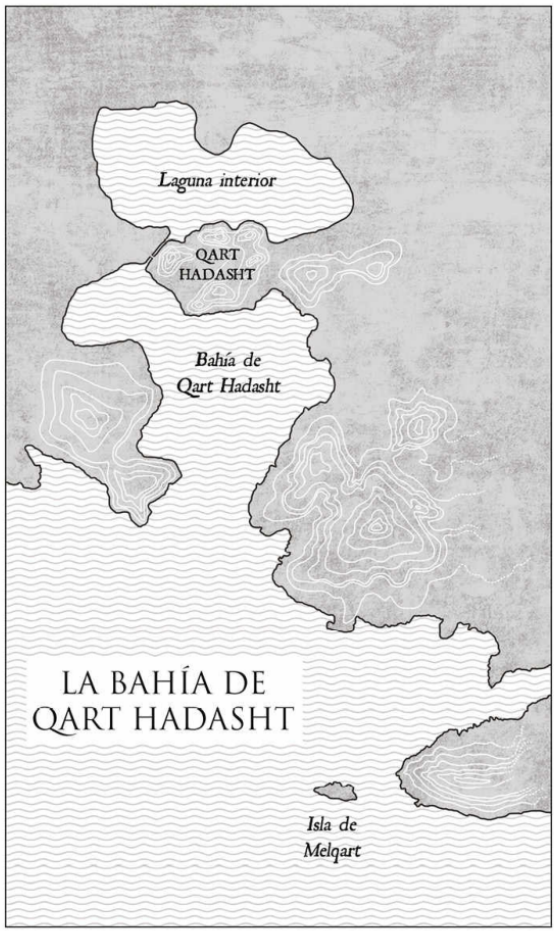
Hay otros agradecimientos que se dirigen a personas que han aparecido tan solo durante un instante en la gestación de la novela, como una intersección efímera, y han seguido su camino sin

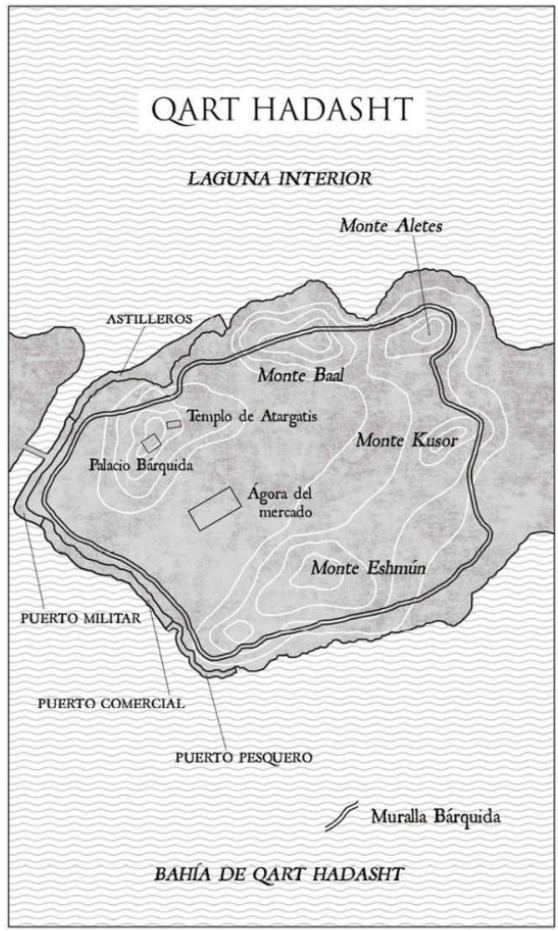
imaginar seguramente la huella que han dejado. Escribiendo ahora esta nota en una noche ardiente de julio en Madrid, pienso que mi gratitud hacia ellos forma parte del enigma que convierte en algo tan maravilloso el ejercicio de la literatura. Ya lo he dicho: escribir es compartir. De este sentimiento son protagonistas un gran número de lectores, que no dejan de enviarme mensajes de afecto y aliento. Ahí están la familia Gracia, que me hace sentir parte de ellos; la multitud de gente de bien que dan vida a Hislibris (Íñigo, Farsalia y tantos otros); Óscar HE, con sus frecuentes pistas sobre la protohistoria de España, y Rosa Lorenzo, que me envió una foto de la portada de *El heredero de Tartessos* desde las playas de Jandía cuando mayor bien podía hacerme.

No quiero pasar por alto a quienes me ayudaron en mayor o menor medida a transitar el camino de los antiguos: Pepi, del museo municipal de Linares; Ginés y Antonio Quiles del yacimiento de Cástulo; Óscar, del centro de interpretación del cerro de los vetones en Medinilla; Yarima, del minúsculo museo de El Raso de Candeleda; Cristina Alario, del cerro de San Vicente en Salamanca. A todos ellos les agradezco algo tan simple y grande al mismo tiempo como es tomarse la molestia. Hacer que la vida merezca la pena no es otra cosa que tomarse la molestia.

De otros académicos y expertos que me han regalado su sabiduría, junto a aquellos que menciono en la nota del autor, destaco hoy a Pilar González Serrano y Carlos García Gual. En ellos van parejos el conocimiento sin estridencias y la chispeante bondad de los realmente grandes.

Una última anotación para acabar. Mi gratitud a Ludovico Einaudi. Su música ha estado presente más que ninguna otra durante la escritura de la novela. Los capítulos XL y XLI han sido fertilizados con *Una mattina*, en especial con el tema *Nuvole bianche*.


Laguna interior
QART
HADASHT
Bahía de
Qart Hadasht
LA BAHÍA DE
QART HADASHT
Isla de
Melqart


QART HADASHT
LAGUNA INTERIOR
Monte Aletes
ASTILLEROS
Monte Baal
Templo de Atargatis
Monte Kusor
Palacio Bárquida
Ágora del mercado
Monte Eshmún
PUERTO MILITAR
PUERTO COMERCIAL
PUERTO PESQUERO
Muralla Bárquida
BAHÍA DE QART HADASHT

«Solo tú, Aníbal, crees que la gloria no tiene límites, que morir en paz es indigno de hombres guerreros».

SILIO ITÁLICO, *La Guerra Púnica*.

PARTE PRIMERA

COMO CAUTIVA DE GUERRA

«Al llegar al Helesponto alcanzó su flota de naves y cruzó de Europa a Asia. Allí hincó en el suelo su lanza y dijo que conquistaría Asia como cautiva de guerra».

PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*

Capítulo I

—HAY un viajero en la puerta, tío Argonio. Un extranjero. Dice que trae noticias y quiere verte.

Argonio levantó la mirada del rollo que estaba leyendo y la fijó en Adara. La expresión del rostro de ella mostraba la misma emoción a punto de desbordarse que el timbre de su voz. Como siempre, le resultaba irresistible administrar las novedades y los secretos en pequeñas porciones.

—¿Noticias? ¿Ha dicho cuáles?

Adara negó con la cabeza.

—No. Ha dicho solo que tendrás el mayor interés en conocerlas. Y, sean cuales sean, deben proceder de muy lejos. Tiene aspecto de haber venido cabalgando desde la costa.

—Te habrá dado, al menos, un nombre.

—Eso sí —confirmó Adara con una sonrisa—. Ha dicho que se llama Bobdal. Bobdal de Cartago.

Argonio recibió al viajero en el vestíbulo que utilizaba para discutir cada mañana con sus visitantes los asuntos de la ciudad. Era una estancia sobria con asientos alrededor de una mesa baja, sendos ventanucos abiertos al patio interior y a la calle, y las paredes enlucidas con una arcilla de color rojo. El suelo estaba pavimentado con un empedrado de guijarros formando rombos que alternaban el blanco y el negro.

Después de que Adara hiciera pasar al hombre, Galduriaunin, la sirvienta, colocó sobre la mesa los testimonios de hospitalidad de la casa: dos copas, un cuenco de agua con un paño para las manos, higos, olivas y sendas jarras de agua y vino para mezclar. A continuación, las dos mujeres abandonaron la estancia.

Argonio aprovecho para observar al viajero. Aunque parecía ser algunos años mayor que él, el tiempo había actuado de un modo muy distinto sobre ambos. Mientras que en Argonio había producido una calvicie total, una delgadez extrema y una palidez barbilampiña que le daba un aspecto casi traslúcido, el extranjero

tenía una cabellera entrecana a la que aún se asomaba con vigor el pelo negro, y una piel tostada en la que se marcaban las facciones duras y afiladas como piedras emergidas de la arena. Era delgado y su forma de moverse traía a la imaginación la gastada flexibilidad del cuero viejo. Vestía una indumentaria de colores grises y pardos cuyo único atributo era el propósito evidente de pasar inadvertido. Tenía en los ojos un brillo vivaz e inteligente, al que no parecía ajeno el humor. Más allá del vago aire fenicio de las facciones que corroboraba su gentilicio, nada hubiera podido decirse sobre su origen.

—Bobdal de Cartago, sé bienvenido a nuestra ciudad y a mi casa. Soy Argonio de Hélike. Me dicen que nos traes noticias, y la edad me ha enseñado que cuando vienen de lejos rara vez son venturosas. Te escucho.

El viajero asintió y sonrió. Era una de esas sonrisas que encierra más alivio que alegría. Tal vez el de quien alcanza un destino largamente buscado.

—Por Baal Hammón que me complace verte, Argonio de Hélike. Has cambiado mucho, pero en realidad debería decir verte de nuevo. Hubo un tiempo en que nos cruzamos por las calles con frecuencia, aunque entonces eras solo un niño. ¿No me recuerdas?

Argonio alzó las cejas y quedó mirando con fijeza a su interlocutor. Hablaba el íbero con suma corrección y su acento era el de un oretano bien educado. Y ahora que era eso lo que buscaba, sus facciones le resultaron vagamente familiares. Si lo había conocido de niño, entonces…

—¿Hélike? ¿Estuviste en Hélike?

—Algo más que eso. Viví en Hélike con mi familia durante años, cuando tu padre gobernaba la ciudad. Hasta que la guerra con Amílcar —hizo un gesto fugitivo con la mano— nos expulsó de allí a todos los fenicios.

¿De modo que Bobdal era uno de los comerciantes y artesanos fenicios que habían vivido en Hélike? Hasta que la guerra vino a trastocarlo todo, Argonio los tuvo a todos ellos por heliketas como los demás, si acaso objeto de una curiosidad especial por su atuendo y costumbres algo peculiares. A los ojos de un niño oretano los fenicios representaban la puerta abierta en la cotidianidad a lo exótico, lo desconocido. Le parecía imposible cuánto había

cambiado su mundo desde entonces. Y ahora la llegada del hombre despertaba aquellos y otros muchos recuerdos, que agitaban en su interior el agua estancada del pasado. Todo ello le hizo sentir una curiosidad más urgente por los motivos del viajero para llegar hasta él.

—Tendré el mayor interés en conocer más adelante el relato de tu vida, Bobdal. Pero no es ese el motivo de tu visita; me dicen que traes noticias. ¿Debo entender que has viajado desde Cartago solo para traérmelas? Sería un honor difícil de comprender.

Bobdal asintió, esbozando una sombra de tristeza.

—La humildad es una virtud siempre apreciada por los dioses. Ahora comprenderás la razón de mi viaje: ha llegado a Cartago una nueva que te causará tanta alegría como a mí me causó tristeza.

Argonio extendió ante sí las palmas de las manos, evitando cualquier muestra de impaciencia, pero invitando al otro a hablar.

Bobdal tomó aire y lo expulsó sacudiendo la cabeza de un lado al otro, como si no terminara de creerse lo que iba a decir a continuación.

—Aníbal ha muerto. ¡Aníbal Barca ha muerto!

Argonio dejó transcurrir en silencio un largo instante. ¡Aníbal muerto! Buscó dentro de sí y apenas encontró un rastro de la alegría que el púnico le había anticipado. Cada vez le ocurría más eso: hechos o noticias que en otro tiempo le hubieran causado una honda emoción, no conseguían ahora quebrar una serenidad que tenía no poco de indiferencia. En verdad no le faltaban motivos para el regocijo: nadie había causado tanto dolor a su familia como Aníbal, hijo de Amílcar, ¡pero de eso hacía tanto tiempo! Poco a poco el Bárquida se había ido convirtiendo en el protagonista de noticias lejanas, hasta encarnar poco más que un nombre que se disolvía en la penumbra del tiempo. ¿Cuántos años habían transcurrido desde entonces? Los suficientes para que el mundo se hubiera convertido en un lugar tan diferente que ya no parecía tener sitio para uno de los hombres que más había contribuido a darle forma. No, no sentía alegría. Tal vez todo lo contrario: un vacío, una suerte de melancolía.

Se dio cuenta de que Bobdal lo observaba con curiosidad. Dejó a un lado una repentina urgencia por estar solo.

—Una noticia importante, ciertamente. Espero que puedas

decirme algo más que eso. Dónde y en qué circunstancias, por ejemplo.

—Claro que puedo. Sin embargo, las nuevas hay que tomarlas con cautela. Tratándose de un personaje como Aníbal, el relato se carga con rapidez de leyenda e imaginación. Se diría que nuestro mar es el mayor fabulador que existe. Cada barco que llega desde Levante al puerto de Cartago trae una versión diferente…

—Te agradecería brevedad con los prolegómenos.

Bobdal asintió con un gesto de excusa, como hacen quienes son conscientes de su excesiva locuacidad.

—Pasando por alto, como dices, los prolegómenos, Aníbal murió la primavera pasada en Libisa de Bitinia a la edad de sesenta y tres años. Al parecer, tomó un veneno que llevaba oculto en una sortija. Le empujó a ello la pérdida del favor del rey Prusias, quien lo había acogido para beneficiarse de su talento militar en la guerra que mantenía, y por lo que sé aún mantiene, con el rey Eumenes de Pérgamo.

Argonio se rascó la cabeza y se sirvió vino. Aunque hacía todo lo posible por mantenerse al corriente de los acontecimientos que tenían lugar en el mar de Levante, todo se le iba haciendo progresivamente más confuso. Roma transformaba el mundo a una velocidad mayor de la que él era capaz de asimilar.

—Bitinia, Pérgamo… Hubo un tiempo en que ansié visitar esos lugares. ¿Sabes, extranjero?, siempre me ha fascinado el mundo de los griegos. Creo que nadie como ellos ha contribuido a elevarnos sobre la condición de animales refinados que nos persigue desde que los dioses nos abandonaron sobre la tierra para divertirse a nuestra costa. ¡Las ciudades y reinos de los griegos! Bastaba con que nombres como esos aparecieran en las obras de los antiguos dramaturgos para que adquirieran atributos fabulosos en mi imaginación. Y, sin embargo, sé bien poco de ellos. Las noticias sobre aquellos lugares lejanos son la más escasa de las mercancías en este agreste rincón de Ispania.

Bobdal sonrió y bajó la mirada hacia sí mismo, como si el polvo de su indumentaria diera suficiente testimonio de lo arduo que resultaba llegar hasta allí.

—Pero me sorprende saber —prosiguió Argonio, tras beber de su copa— que siguen haciendo uso de la más triste prerrogativa de los

pueblos, que es combatirse mutuamente; ¿es que Roma no ha puesto aún sus codiciosas manos sobre ellos?

—Roma lleva veinte años poniendo sus manos sobre ellos. Son codiciosas, pero también astutas. Si los romanos son hábiles e implacables en la guerra, lo son aún más para servirse en beneficio propio de las rencillas ajenas. *Divide et impera* es su lema; divide a tu enemigo y vencerás. Exactamente lo mismo que están haciendo aquí, en Ispania, si no estoy mal informado…

Argonio hizo un gesto para interrumpir el monólogo de Bobdal.

—Bueno, bueno, viajero… Exactamente como antes que ellos lo hicieron tus cartagineses. Tiempo habrá de hablar de ello. Pero hay otra pregunta que debes responderme antes: ¿por qué has venido a contarme a mí todo esto?

El cartaginés comió un higo y bebió un sorbo de vino, con lo que ganó tiempo para acomodarse al brusco cambio de rumbo de la conversación.

—Así que eres de los que no gustan de los relatos en línea recta… Muy bien, para contestarte debemos volver a mi biografía. Nos habíamos quedado en la expulsión de mi gente de la Oretania, sin más culpa que la de ser de estirpe fenicia, al comenzar la guerra con los Bárquidas. Bastará por ahora que te diga que, tras la muerte de Amílcar, cuando Asdrúbal tomó el mando de los púnicos en Ispania e inició la construcción de Qart Hadasht, decidí instalarme allí con mi familia. Esperaba reunir el dinero necesario para reabrir el taller de orfebrería que me había visto obligado a abandonar en Hélike. En aquellos días, una forma al alcance de todos de ganar un salario era pasar el verano sentado en los bancos de boga de la flota de guerra, y así lo hice.

»Ello me permitió, en circunstancias no poco pintorescas —Bobdal sonrió como si celebrara una broma para sí—, conocer a Aníbal al regreso de la campaña que sostuvimos en Libia contra los gétulos. Y, los dioses sabrán por qué, le caí en gracia. Aníbal era así: ningún hombre era a sus ojos demasiado insignificante como para no reparar en él. Siempre pensé que, en realidad, no se sentía superior a ninguno de nosotros y eso, precisamente, hizo de él el hombre más grande de su tiempo. A todos nos escuchaba, ponía el mayor interés en conocernos, nos llamaba por nuestro nombre, nos hacía sentir que ningún tiempo le era mejor empleado que el que

pasaba con cada uno de nosotros… En fin, Argonio, discúlpame. Sé que nunca podrás ver a Aníbal como yo lo recuerdo. Pero ¿sabes?, fue la mejor época de mi vida. Porque, lo creas o no, el Bárquida me encomendó que escribiera la crónica de aquellos días.

—¿Tú, cronista del Bárquida? —interrumpió Argonio—. Lamento constatar que me has subestimado. Tal vez ignore quién es el rey Prusias de Bitinia, o Eumenes de Pérgamo, pero todo el mundo sabe que quien acompañó a Aníbal y narró sus hechos, desde su infancia en Gadir, fue Sósilo de Esparta. Lo siento, Bobdal de Cartago; tengo que admitir que hasta aquí tu relato tenía cierta consistencia, pero ahora…

—Lo que te digo es cierto, Argonio —insistió Bobdal, con semblante serio—. Durante los meses anteriores a la muerte de Asdrúbal, Sósilo estuvo muy enfermo y fui yo quien lo reemplazó. Poco después Sósilo recuperó su salud y su lugar junto a Aníbal y, aunque con no pocos recelos, durante un tiempo me mantuvo como su ayudante. Después, cuando partimos hacia Italia, yo me convertí en soldado y regresé a la vida anónima de la que me había arrancado la súbita atención de aquel hombre extraordinario.

Bobdal quedó en suspenso, con ojos entrecerrados que exploraban las vastas extensiones privadas del pasado.

—Pero yo compartí con él su tiempo en Ispania —prosiguió—, cuando Roma no era sino una amenaza que esperaba su momento en el horizonte. Estaba a su lado cuando los tartesios os expulsaron de Curris, más allá del Río del Olvido. Y cuando fuisteis descubiertos durante la ceremonia de sumisión a Asdrúbal, aquel lejano día del solsticio, en la isla de Melqart. ¿Quieres que te recuerde lo que sucedió después? ¿Cómo pagó Orissón con su vida el sacrificio de la de Asdrúbal, y el precio de tu libertad y la de todos los tuyos? ¿Es que no vas a creerme, Argonio? ¿Qué ganaría viniendo desde tan lejos para engañarte en algo así?

Argonio observó al cartaginés. Creyó reconocer en él la ofensa entristecida de aquel a quien se le niega el reconocimiento de la hora que justifica toda su existencia. Al igual que desde que le viera entrar en la estancia acompañando a Adara, se sintió inclinado a confiar en él.

—De acuerdo, Bobdal. Supongamos que te creo. Al menos hasta que me digas qué quieres de mí.

—Supongamos entonces que paso por alto tu desconfianza —contestó Bobdal, prefiriendo ignorar la ofensa—. La realidad es que, en aquellos días, Aníbal me encomendó que dejara registro de los sucesos a los que debió hacer frente o que él mismo desencadenó. Sigo escuchando algunas de sus palabras como si el aire no supiera escapar de su eco. «A veces la época que vivimos queda en equilibrio sobre el fiel de la balanza y cualquier azar puede inclinar su curso en una dirección u otra. Qart Hadasht es hoy ese fulcro. Ispania, Cartago, Roma; el mundo entero descansa hoy sobre nosotros. Nos ha correspondido señalarle el camino. Y, hasta que Sósilo pueda volver a hacerlo, tú escribirás nuestro relato, Bobdal». ¡Eso me dijo! ¿Me comprendes ahora, Argonio? Aníbal quiso que escribiera la crónica de su tiempo en Ispania. Los dioses saben que intenté hacerlo. Consumí innumerables rollos de papiro con mis anotaciones, para que muchos de ellos fueran después utilizados por Sósilo como si fueran suyos. Y nunca tuve ocasión de completar la tarea.

Se hizo una pausa. Había comenzado el temprano atardecer del otoño y una turbia penumbra crecía en los rincones de la sala. Argonio guardó silencio y dejó disiparse la emoción que había convocado el cartaginés, pensando que es preciso conocer muy bien a un hombre para ser testigo de sus sentimientos sin embarazo. Dio una palmada y la sirvienta entró con un brasero de ascuas iridiscentes. Adara la siguió con un cabo de vela con el que encendió las lámparas de manteca; se demoró antes de salir, como si hubiera querido ser invitada a quedarse.

—Así que te has propuesto hacerlo ahora —sugirió Argonio, cuando se encontraron de nuevo a solas—. Quieres seguir las huellas de Aníbal en Ispania. Quieres contar su historia, y que yo te ayude a hacerlo. ¿No es así?

Bobdal asintió.

—Así es, Argonio. Ahora que Aníbal ha muerto, solo y lejos de su patria, quiero que el mundo sepa a quién ha perdido. Quiero que los hombres pequeños y cobardes que le obligaron a exiliarse de su patria y después a quitarse la vida sean conscientes de cuán grande fue. Quiero dar cuenta de aquel día en que nuestro tiempo quedó en equilibrio sobre el fiel de la balanza y le correspondió a Aníbal Barca señalarle el camino. Y te pido que me ayudes, porque Aníbal

nunca hubiera sido grande si no lo hubieran sido aquellos a los que se enfrentó.

—¿Y por qué yo? —repuso Argonio, dándose tiempo para asumir la sorpresa que le había provocado la petición de Bobdal—. ¡Hace tanto tiempo de aquello! He olvidado tantas cosas que mi historia te resultaría decepcionante. Y en su mayor parte no son recuerdos dulces. ¿Por qué habría de traerlos otra vez a la memoria?

—Porque todos nosotros, los vivos y los muertos, tenemos derecho a la verdad. A tratar de buscarla, al menos, por muy esquiva que se nos muestre. Porque si hubiera querido escribir uno de esos panegíricos que tanto gustan a nuestros gobernantes, en los que todos los adversarios del héroe son perversos o estúpidos, no hubiera tenido que tomarme tantas molestias. Ya te lo he dicho: Aníbal se hizo grande enfrentándose a adversarios como Orissón, Gerión o la princesa Anglea. O como tú mismo. Quiero que mi relato se exprese también con vuestra voz. Quiero ver y mostrar al Bárquida a través de vuestros ojos.

—¡La verdad! —suspiró Argonio, sacudiendo la cabeza—. No sé si tal cosa existe. Al menos, dudo que nadie pueda conocer la verdad de un hombre; ni siquiera, desde luego, la de sí mismo. ¿Es que hay tan solo una verdad? Basta recordar la propia vida para constatar que un hombre muestra mil rostros y encarna mil verdades. Además, no sabes lo que pides. ¡Hay tantas cosas que no querrás oír! Tú sientes una deuda de gratitud hacia Aníbal y para mí es el asesino de nuestro pueblo. Ni esto nos sería grato a ninguno, ni disponemos del tiempo que nos requeriría.

—Ni tengo prisa alguna ni temo a lo que puedas decirme. He preguntado en las granjas y tabernas del camino y tienes fama de hombre ecuánime y ponderado; me bastará con conocer tu versión de los hechos. A cambio, yo te daré la mía. Y te aseguro que no te supondré ninguna carga. Me alojaré en la posada, y solo acudiré a verte cuando tú mismo me solicites.

Argonio quedó en suspenso. Sintió frío y se arropó con su manto. Un rumor que llegaba desde el exterior le avisó de que había comenzado a llover. Mientras, la mirada del cartaginés seguía fija en él, reclamándole una respuesta.

¿Por qué no?, pensó. Por mucho que la vida hubiera traído

después más desdicha que regocijo, aquellos fueron días de esperanza y dignidad, de coraje arrojado a manos llenas al rostro del destino. Días dignos de ser honrados. Y recordar es honrar.

Comprendió que su corazón había tomado ya una decisión.

—Está bien, Bobdal de Cartago. Te hablaré de aquel tiempo en que ólcades y oretanos, y también carpetanos, vetones y vacceos, hicieron frente al furor del Bárquida. Y lo haré no porque tú me lo pidas, ni para recordar a ese Aníbal al que tanto admiras, sino porque la historia de los pueblos libres siempre merece ser contada. De modo que ahórrate cualquier expresión de gratitud y correspóndeme solo con la misma sinceridad que yo te mostraré. ¿Cuál debe ser el punto de partida?

El rostro de Bobdal se encendió de alegría. Hizo con solemnidad una inclinación de cabeza antes de comenzar a hablar.

—Sea como dices; reservaré mi agradecimiento para cuando estés en disposición de recibirlo. ¿El punto de partida? Veamos… Hubo un momento en que Aníbal se vio plenamente dueño de su destino, en que ya solo sus enemigos le separaban de toda la gloria que ansiaba su espíritu heroico. Fue un momento lleno de muerte y de presagios turbios, más amargo que bienaventurado.

»Nuestra historia comienza aquel día de solsticio de invierno, hace treinta y siete años, en que tanto tú como yo fuimos conducidos, junto a muchos otros, a la isla de Melqart, en la bahía de Qart Hadasht. Ninguno de los presentes imaginábamos de qué modo nuestra suerte iba a sufrir el más dramático de los azares. La escena se había dispuesto para representar la apoteosis de Asdrúbal Barca, su consagración como rey de Ispania, creador de un nuevo poder lleno de promesas: la potencia formidable de Cartago que unía a todos los pueblos bajo su autoridad firme y benévola al mismo tiempo.

»Pero cuando acababa de recibir la obediencia y pleitesía de muchos de los clanes, acompañado por la mujer que llevaba en su vientre al heredero de una nueva dinastía, Asdrúbal fue asesinado por un sirviente. Se llamaba Diodoro, y nadie ha sabido nunca qué locura desencadenó sus actos. El mundo pareció detenerse durante un latido, y cuando reanudó su curso, lo hizo con una dirección inesperada. Sintiendo la muerte de su cuñado como una humillación en carne propia, Aníbal mató al anciano Orissón de

Hélike, tu padre, mientras tú mismo, tu hermana Anglea, de cuya honda salió la piedra que un año antes acabara con la vida de Amílcar Barca, y Gerión de Cirmo, escapabais en un navío de Arse.

»Más que como una hazaña, Aníbal no tardó en sentir la muerte de Orissón como una crueldad innecesaria, casi una deshonra. Es por eso que le dedicó ritos funerarios casi tan esplendorosos como los que recibió el propio Asdrúbal. Su sentido de la justicia y el decoro le obligaron a ello. Era su forma de lamentar no haber sabido ser magnánimo cuando debió haberlo sido. ¿Sabes, Argonio?, Aníbal estaba seducido por la memoria de Alejandro el Macedonio. En los grandes momentos de su vida se preguntaba cómo hubiera actuado él. Y aquel día tuvo la certeza de que Alejandro no hubiera matado a un anciano grande y noble como Orissón.

Argonio mantuvo una expresión ceñuda y hermética, sin querer dar por bueno el elogio del cartaginés.

—Así recuerdo a Aníbal cuando comienza este relato —continuó Bobdal—. Vuelve a su palacio, en una de las cinco colinas que dominan Qart Hadasht, tras los funerales de Orissón, rey de los oretanos. Se asoma a la terraza de su aposento y mira hacia el oeste. Ve ponerse el sol en un punto del horizonte no muy distante de donde debe encontrarse Hélike. Allí están sus enemigos, aquellos que han causado la desdicha de su familia, todavía libres y arrogantes. Su sola existencia es una afrenta insoportable para él y para toda Cartago; sabe que no podrá descansar hasta haber acabado con ellos. Hélike y Cirmo, oretanos y ólcades, se interponen entre él y lo que los dioses le señalan como su futuro.

»Hélike y Cirmo se interponen entre él y Roma.

Bobdal guardó silencio abruptamente. Después hizo un gesto con las manos en dirección a Argantio, como si le lanzara por el aire el invisible hilo del relato.

—Siempre fuimos conscientes de ello —dijo el oretano, asintiendo con tristeza—. De que Hélike y todos nosotros representábamos una humillación para los Bárquidas. Hubiéramos estado dispuestos a llegar a algún acuerdo que nos permitiera a cada uno seguir viviendo nuestra vida, pero nadie ignoraba que eso no sería posible. Y menos aún cuando, tras la muerte de Asdrúbal, Aníbal nos hizo responsables de todo lo que había ocurrido en la

isla de Melqart. Por eso comenzamos a prepararnos para un ataque inminente desde que las noticias nos siguieron primero a Arse, después hasta Hélike. Fue un tiempo extraño, tenso y expectante, como si vuestro dios de la guerra, Reshef, fuera a presentarse en cualquier momento ante nuestras murallas…

»Pero espera… Hay alguien que debe escuchar todo esto.

Argonio dio una palmada y antes de que se extinguiera su eco el rostro de Adara estaba ya asomado a la puerta de la estancia.

—Dime, tío Argonio. ¿Qué necesitas?

—No sé bien cómo, pero este extranjero me ha convencido para que rememoremos el tiempo terrible de la guerra de Aníbal. Me ayudará a no desfallecer saber que, al hacerlo, saldo una deuda que hace mucho tiempo que mantengo contigo. ¿Querrás acompañarnos?

El rostro de Adara se encendió de emoción. Un brillo hambriento se asomó a sus ojos castaños y los abrió de par en par.

—Nada deseo más que eso. Llevo toda la vida esperándolo.

Argonio asintió e hizo un gesto a la mujer para que tomara asiento. Después cerró los ojos un instante, como si quisiera también convocar a otras compañías. Comenzó a hablar.

—Recuerdo el día en que todo empezó. Acababa de terminar el consejo que cada mañana celebraba Gerión con sus capitanes, cuando llegó un jinete a pleno galope por la calle principal de Hélike. Imaginé las noticias que traía desde que oí a lo lejos el tamborileo de los cascos sobre el empedrado. Era Chadar, un guerrero destacado en una de las torres de vigilancia al sur del territorio de la ciudad. Nos dijo que los cartagineses habían atacado el vado de la Pira de Amílcar.

»Reshef había llegado al fin. La guerra había comenzado.

Capítulo II

—¡POR las barbas de Melqart, traen un elefante! ¡Todos atentos a mis órdenes, van a cruzar!

Al otro lado del río, la vanguardia cartaginesa había emergido del bosque y se aproximaba a la orilla al ritmo de los tambores. Las pisadas del elefante que iba en cabeza parecían un eco de la percusión y hacían retemblar la calma del amanecer. Un cuerno rasgó el aire con una nota imperativa y la inmensa bestia se detuvo y barritó en respuesta, dando tiempo a las tropas a situarse en formación tras ella.

Guiñando los ojos al resplandor que anunciaba el sol en el horizonte de levante, Leitabaros hizo una rápida estimación de las fuerzas del enemigo. Además de las personas que ocupaban el castillete a lomos del elefante, entre las que debía encontrarse el comandante púnico, serían tal vez doscientos jinetes y un millar de soldados. Y, aunque no los vieran, debía de haber dos o tres centenares de tropas ligeras auxiliares dispersas alrededor. A menos que vinieran más fuerzas detrás, no era un ejército invasor, pero podrían resultar suficientes para acabar con ellos y plantarse ante las murallas de Hélike en unas pocas horas.

Todo dependía del río.

Leitabaros llevaba suficiente tiempo al mando de la vigilancia del vado de la Pira de Amílcar como para conocer el espíritu caprichoso e imprevisible del Tader.[1] Expresaba a la perfección el carácter de la diosa Rinla: hoy plácido y mañana tumultuoso, benévolo tal vez en la superficie, pero trenzado de corrientes y remolinos bajo ella. Por ello los oretanos nunca dejaban de hacerle a la divinidad sacrificios de sangre y metal en las noches de luna llena.

Y ahora, en respuesta a sus plegarias, Rinla les daba una oportunidad. El invierno había sido lluvioso y el río bajaba aún caudaloso, levantando en el vado un áspero rumor de piedra y espuma.

Primero abordó la corriente el elefante, que expresaba su desconfianza con estridentes barritos, y avanzó solo cuando el hombrecillo que llevaba en la testuz aplicó sobre él la persuasión del aguijón. Lo hizo despacio, apoyando con cautela las patas, volviendo la cabeza de un lado a otro, chillando sin cesar.

Tras la bestia, la columna de caballería se adentró en el río, añadiendo los relinchos y los gritos de los jinetes a la protesta iracunda de los barritos. Y, finalmente, llegó el turno de las tropas de a pie. Se dispusieron en una formación muy densa, sosteniendo cada hombre ante sí, en posición horizontal, una larga pica que era a su vez sujeta por el soldado que estaba a su derecha. Leitabaros comprendió que era una hábil solución para dar a la falange una mayor capacidad de resistir la corriente, pero al precio de impedir a los soldados lanzar jabalinas o manejar los escudos con libertad.

Volvió la mirada a ambos lados y comprobó que sus hombres trataban de tranquilizar a sus caballos, sin apartar la mirada de aquella bestia colosal que hacÍa vibrar el alba con su estruendo. Era como un ser de otro mundo, una pesadilla en movimiento, refulgente con sus protecciones de láminas de bronce bajo el primer anticipo del sol en el cielo, con el castillete en su lomo. Por un instante se sintió abrumado por el estruendo de su corazón, que redoblaba en el pecho. Tomó aliento y trató de mantener a un lado el pavor pensando en los suyos. Detrás de sus jinetes estaban los guerreros de a pie, protegidos por sus grandes escudos, inmóviles y expectantes, y más allá, completando la formación, los arqueros con las teas hundidas en la grava, que los envolvían con sus penachos de humo. Doscientos cincuenta hombres en total, trescientos incluyendo a los que habían quedado arriba, en la torre, al mando de Netinbeles. El enemigo los superaba en una proporción de cinco a uno.

Leitabaros alzó una mano como si intentara atrapar la luz del amanecer y sintió la atención de toda su gente fija en ella.

Cuando el elefante alcanzó la mitad del vado la dejó caer, lanzando un alarido que al punto secundaron los cuernos de guerra y las gargantas de los suyos. Un enjambre de flechas saltó desde su espalda trazando delgados hilos de humo en el aire que se entrecruzaron con los que descendían desde la torre.

La mayor parte de los proyectiles cayeron en el agua,

apagándose entre pequeñas nubes de vapor, pero unos pocos alcanzaron su objetivo. Un jinete, y otro, y otro más, cayeron al agua y fueron arrastrados por la corriente. Gritos de dolor se alzaron por la falange. La formación se estremeció cuando algunos hombres cayeron sobre las lanzas que sostenían; sus compañeros los entregaron al fragor del río para no poner en riesgo la frágil estabilidad de la columna. Dos flechas se clavaron en el castillete del elefante y obligaron a los arqueros a despojarse de sus capas para extinguir el fuego incipiente. Junto a ellos, el comandante púnico dio una orden y la cuerna de mando gritó tres notas agudas y urgentes. En respuesta, el guía hundió su colmillo en el cuello del elefante y este se lanzó a una iracunda carrera hacia la orilla de los oretanos.

Leitabaros alzó de nuevo la mano y la proyectó hacia delante, convocando una nueva descarga de flechas. Antes de poder comprobar el efecto que estas habían causado en el enemigo, el elefante puso pie en la orilla y bramó con rabia, como si quisiera tomar posesión de toda la Oretania.

—¡Las jabalinas! —gritó Leitabaros, lanzando la suya contra el elefante que se abalanzaba sobre ellos—, ¡las jabalinas!

Dos centenares de venablos se abatieron sobre la vanguardia de la formación púnica. Cayeron soldados, caballos y jinetes, salpicando la corriente feroz del Tader de penachos de color púrpura. Los hombres de la retaguardia se apresuraron a ocupar el lugar de sus compañeros en un frenesí de gritos y caídas en la ebullición helada de la espuma. Pero la falange aguantó y cobró empuje cuando, al acercarse la vanguardia a la orilla oretana, el Táder perdió profundidad y vigor.

El elefante, enfurecido por las jabalinas y por algunas lenguas de fuego en el castillete que resistían los esfuerzos de los arqueros por extinguirlas, se aproximó con un galope tosco y pesado y cargó contra los heliketas. Leitabaros apenas tuvo tiempo de apartarse de su camino, mientras desenvainaba su falcata. Vio con horror cómo las pezuñas y los colmillos del animal devastaban las filas de los suyos y se giró hacia el río para enfrentar la embestida de los jinetes cartagineses que empezaban a ganar la orilla.

—¡Chadar! —gritó—, ¡ocúpate con tus hombres del elefante! Los demás, conmigo, ¡a los jinetes!

Con Leitabaros al frente, un tropel de jinetes oretanos cabalgó hacia delante, cayendo sobre la caballería cartaginesa sin darle tiempo a recomponer su formación. La batalla se convirtió en una inmensa confusión de gritos y barritos, de relinchos y entrechocar de metales. En el centro de ella, como siempre que se entregaba al combate, Leitabaros sintió que una demencia serena se adueñaba de él. El estruendo se condensó en una masa vibrante y amortiguada que parecía protegerle como un manto. Aulló mientras repartía tajos a su alrededor con el pesado filo de su falcata, tratando de protegerse el flanco con el escudo. Vio cómo un enemigo perdía una mano en uno de sus golpes y otro recibía un corte profundo en el cuello. Sintió un impacto en el muslo y un borbotón de sangre saltó de él, pero la ausencia de dolor le hizo ignorarlo, como si en el furor de la batalla su cuerpo perteneciera a otra persona.

Buscó en torno a él un nuevo adversario y vio que el elefante, acosado por los guerreros de Chadar, regresaba hacia el río, haciendo estragos entre los oretanos. Unos caían bajo las flechas de los arqueros del castillete, otros eran aplastados o se veían incapaces de controlar el pánico de sus monturas. Con la bestia desbaratando la caballería de Hélike, la falange cartaginesa, a punto ya de alcanzar la orilla, no tendría obstáculos para hacerse fuerte en la ribera oretana. Trató de aproximarse al animal, pero su caballo caracoleó, aterrorizado.

Saltó a tierra y arrancó una jabalina de hierro clavada en el cuerpo de un soldado púnico; corrió una docena de pasos hacia el elefante y se detuvo. Fijó su atención en el hombrecillo de tez oscura que se dejaba mecer en una danza salvaje sobre la testuz de la bestia, alternando palabras agudas en una lengua extraña y picaduras en las grandes orejas con el aguijón manchado de sangre que sostenía en su mano izquierda.

Lanzó el venablo y lo vio trazar un arco sobre el tumulto de hombres y animales, sobre el clamor de sangre, metal y muerte con que daba comienzo la mañana en Ispania. Fue a clavarse sin un ruido en el cuello del guía. Este soltó el aguijón y abrió mucho los ojos, como si le hubieran revelado un gran secreto. Después cayó al suelo, desmadejado e inerte. El elefante lo miró durante un instante, lo tocó con la trompa y sacudió la cabeza, constatando que la presencia sobre él de la voz y el acero habían desaparecido. En el

castillete, los arqueros y el comandante púnico prorrumpieron en un coro de gritos de alarma y consternación.

El oretano aprovechó el momento de desconcierto para correr, agachando la cabeza, entre las gruesas patas del animal hasta situarse bajo su vientre. Se encomendó a Melqart susurrando una oración urgente entre los labios, tomó la falcata con ambas manos y la impulsó hacia arriba. La hoja de metal pareció detenerse en la piel coriácea, pero se hundió después casi sin esfuerzo y abrió un hondo surco en las entrañas del elefante, liberando sobre Leitabaros un surtidor de sangre e intestinos gruesos y rosados como lechones.

Dejando la espada alojada hasta la empuñadura, el oretano se escabulló dando vueltas sobre sus costados, al tiempo que la bestia comenzaba a patalear de un modo tan ronco y devastado que todos los combatientes se detuvieron durante un pálpito para lanzar una mirada fugaz a su agonía. Después echó a correr hacia el río con las vísceras descolgadas del vientre como un grávido surtidor de iridiscencias azuladas.

La columna de infantería cartaginesa, con sus escudos redondos que lucían el emblema de los Bárquidas, un caballo rampante de color negro sobre el fondo blanco, y sus largas picas entrelazadas para resistir la fuerza del río, no pudo hacer otra cosa que esperar su llegada con los rostros sembrados de un pánico inerme. El elefante irrumpió en ella y la desbarató, pateando furioso, con la cabeza vuelta hacia abajo, y tratando de alcanzar con la trompa la hendidura del vientre por la que una oscura conciencia le decía que se le escapaba la vida. Después se detuvo de pronto. El último barrito se disolvió en un gemido líquido y borboteante. Cayó sobre las rodillas delanteras y el agua se tiñó del color del vino. Se desplomó sobre el costado, lanzando al agua a los ocupantes del castillete, y quedó inmóvil mientras el río pasaba como un viento de espuma a su alrededor.

Los hombres al mando de la infantería gritaron órdenes desesperadas para recomponer la formación. Por un instante pareció que lo lograrían, pero entonces, rotos los puntos de apoyo, un gran segmento de la línea perdió pie y resbaló corriente abajo, en una batahola de llamadas de auxilio que se apagó con rapidez entre las rocas y los remolinos. En la orilla, un rugido de júbilo entre los oretanos señaló el cambio de curso de la batalla.

Saltando de nuevo a la grupa de su caballo, cubierto de la sangre del elefante y de la suya propia como la víctima de un ritual, Leitabaros se lanzó hacia delante, gritando a los suyos.

—¡Ahora, heliketas, atacad! ¡La diosa Rinla está de nuestro lado! ¡Atacad!

Los oretanos respondieron con un furor salvaje, embriagados por la llamada iracunda de la diosa. Jinetes y guerreros de a pie se lanzaron hambrientos a las grietas abiertas de pronto en el coraje de sus enemigos, causando y encontrando la muerte con la misma feroz indiferencia. Desde la altura de la torre, una nube de dardos castigó a la infantería que trataba de plantarle cara al río, entregando las vidas de los cartagineses como ofrenda a la voracidad de la corriente. La resistencia de los invasores se quebró tan súbitamente como la de un árbol al fin rendido al vendaval. Hubo un grito y los jinetes de la capa púrpura emprendieron el regreso, mostrando aún el rostro y la espada a los de Hélike, para volver después grupas y adentrarse en la espuma rodeando la masa inerte del elefante, tan extraña y ajena como si se hubiera desplomado del cielo.

Leitabaros hizo un gesto a los suyos para que se detuvieran cuando ya alguno se aventuraba en el vado. Se sintió exultante por la victoria pero también exhausto, roto, incapaz de pronunciar una sola palabra más. Miró su cuerpo y cobró conciencia del alfabeto de cortes y heridas que lo recorrían. La furia que lo poseía parecía escapar por ellos, sembrándole en los párpados una pesadez oscura que creció de pronto, hasta ocuparlo todo. Mientras caía de su caballo, una voz surgió de ella para decirle que los cartagineses no habían sufrido más que un pequeño contratiempo. Que pronto volverían.

Capítulo III

—ESO fue lo último que hizo Leitabaros antes de desplomarse —dijo Chadar—. Evitar que los nuestros se lanzaran al río a perseguir a los púnicos. Bien saben los dioses que eso nos permitió ganar el día. De los suyos murieron muchos, pero pudieron ponerse a salvo muchos más. Si hubiéramos atacado su orilla del vado nos hubieran destrozado. Bastantes guerreros habíamos perdido ya; cuando pudimos echar pie a tierra y recorrimos el campo de batalla recogimos los cuerpos de veintiocho de los nuestros. Veintiocho valientes que honrarán para siempre el linaje de sus clanes y de toda Hélike. Y veinticuatro más han recibido heridas que les hacen imposible sostener las armas y continuar en el vado. Los más graves estarán aquí en unas horas, Leitabaros entre ellos: vivirá solo si Argonio consigue poner fin a su pérdida de sangre. Y si los dioses lo quieren.

»Hemos ganado la batalla, con la protección de Rinla. Pagamos un alto precio. Los púnicos han sufrido un duro castigo, pero han conocido lo exiguo de nuestras fuerzas. No tardarán en volver a intentarlo.

Chadar guardó silencio y miró a su alrededor. Estaba tenso y cansado. Nadie diría que lo que había venido a comunicar era una victoria. En la gran sala del consejo dos docenas de rostros lo observaban con expresiones que iban del alivio a la preocupación. Pronto el silencio se pobló de interrogaciones.

Gerión fue el primero en ponerse en pie y reclamar la atención de los demás. Tenía un aspecto grave y solemne, y alzaba al moverse el rumor de los reflejos de sus torques. Habló dirigiéndose a los suyos y a las espadas que daban testimonio en las paredes de los muchos enemigos vencidos a lo largo de la historia de Hélike.

—Que los dioses te colmen de bienes, Chadar. Todos los guerreros que habéis luchado hoy en el vado habéis ganado la admiración y gratitud de la ciudad. Y toda la ciudad sabrá acompañar a nuestros muertos en su tránsito a la morada de

Cernunnos.

»Pero tienes razón cuando nos llamas a la cautela. Los cartagineses han atacado por el lugar equivocado o demasiado pronto, cuando el Táder es todavía un adversario formidable. En menos de una luna podrán cruzar el vado de la Pira de Amílcar sin ningún obstáculo. Y, aun así, solo vuestra valentía y sacrificio les ha impedido estar a esta hora poniendo sitio a Hélike al pie de las murallas —Gerión sacudió la cabeza con preocupación—. Hoy es un día para el duelo y la celebración, pero también para prepararnos para lo que está por venir.

—¡Gerión! —exclamó un guerrero corpulento, con el pelo rubio atado en una coleta y unos anchos ojos azules que le daban un aspecto inocente e infantil—. Los cartagineses nos han atacado y han tenido que huir con el rabo entre las piernas. La muerte honorable y victoriosa de los nuestros no es sino una gesta para celebrar. ¡Ya habrá tiempo para preocuparse mañana! ¡Disfrutemos hoy la victoria, por las pelotas de Cosus!

La sala se agitó con un rumor de aprobación. ¿Acaso era poca cosa haber derrotado a los cartagineses en un combate a campo abierto? Hacía muchos años que Hélike estaba preparándose para algo así.

—Desde luego, Saunio, ten por cierto que no se demorará tu celebración. —Gerión hizo una pausa y deslizó la mirada por las formas geométricas del pavimento, como si en ellas estuviera encerrado el curso de la conversación—. Pero no puedo dejar de preguntarme cuál ha sido en realidad el objeto del ataque sobre el vado. ¿Tal vez una maniobra de distracción, o un simple tanteo para comprobar el estado de nuestras fuerzas?

—¿Un simple tanteo, Gerión? Puedo dar fe de que ha sido algo más que eso —corrigió Chadar, con la voz impregnada de amor propio—. Ha sido un intento en toda regla de quebrar nuestras defensas. Debemos agradecer a los dioses haber tenido hoy a Leitabaros al frente de nuestra gente en el vado.

—Lo sé, lo sé, Chadar; nadie pone en duda vuestro valor. Pero tú mismo has dicho que no eran más que un millar y que no había efectivos de la Guardia Bárquida entre ellos. Y que contaban con un único elefante, cuando sabemos que los establos de Qart Hadasht albergan a no menos de treinta —Gerión hizo un gesto de

disgusto—. Ese ataque no tiene ningún sentido. Por Epona que no sé lo que está pasando, y nada hay que me guste menos que eso.

Se puso en pie Biurtites. Era un hombre de tez oscura y afilada, con un aire levantino que atenuaba un riguroso rasurado.

—Está claro a dónde quieres ir a parar, Gerión. Todas tus dudas llevan a la misma pregunta: ¿dónde están Aníbal y su ejército? Mientras no sepamos eso seguiremos a merced de los movimientos del enemigo. Si el ataque del vado ha sido una maniobra de distracción, tenemos que saber qué es aquello de lo que quieren apartar nuestra atención.

Los asistentes al consejo guardaron silencio, buscando una respuesta al interrogante de Biurtites. Argonio recorrió los rostros con su mirada. En ningún otro lugar de Ispania podrían darse cita tantos guerreros célebres, tanto coraje demostrado una y otra vez en el campo de batalla. Gerión y Anglea, Biurtites, Lagandi, Saunio y Mimbro, Enneges, Velauno y todos los demás. Sus nombres eran materia de leyenda; se repetían en todas las hogueras, en todas las tabernas del valle del Betis[2] y de la costa del mar de Levante como si encarnaran personajes formidables, ajenos a los trabajos cotidianos de los hombres de a pie. Pero allí estaban, tratando de anticipar la hechura del futuro y el papel que les tocaría representar en él, tan a merced de los dioses como un pastor de Ercavica, un comerciante de Gadir[3] o un estibador de Qart Hadasht. Hombres y mujeres grandes o pequeños como todos los demás, pero unidos por una determinación singular: vivir su vida en libertad y dignidad. O saber perderla sin renuncia ni traición. Sintió una punzada de orgullo al saberse parte de ellos.

—¡Exacto, Biurtites! —exclamó Gerión—, ¡a eso me refería! A ver, haced sitio —añadió, poniéndose en cuclillas y extendiendo en el centro de la sala un rollo de pergamino con un mapa trazado en él—. ¿Qué haríais vosotros si estuvieseis en la piel de Aníbal? ¿Dónde concentraríais vuestras fuerzas, por dónde atacaríais?

Anglea no necesitó que Gerión pronunciara su nombre para sentir que la pregunta le estaba dirigida a ella. Conocía demasiado bien las inflexiones de su voz, el ritmo de sus palabras, la cadencia de sus silencios.

—Supongamos que yo soy Aníbal Barca —dijo, aproximándose al mapa y haciendo con la mano un gesto de disgusto suficiente

para señalar que nadie en toda Ispania podría sentirse más alejado de los propósitos y motivaciones de Aníbal que ella misma. Hubo una ondulación de risas a su alrededor que ella correspondió con un gesto burlón—. Resuelto a atacar Hélike, lo haré de tal modo que pueda poner en juego una fuerza decisiva; no correré ningún riesgo, no estoy dispuesto a volver a ser humillado como lo fue mi padre Amílcar. Tengo dos opciones. La primera, utilizar las tropas del valle del Betis y la guarnición de Akra Leuke,[4] aproximándome desde poniente por la carretera de Ilugo.[5] Y la segunda, más probable, traer el grueso del ejército y comandarlo yo mismo, desde Qart Hadasht. ¿Qué mejor forma de demostrar a las tropas que su nuevo general ha asumido el mando plenamente? Cruzaré el Tader en Ilorcu, enviando una pequeña fuerza a la Pira de Amílcar para mantener la atención y la mayor cantidad posible de las tropas de Hélike alejadas de la ciudad. Pero yo continuaré adelante, hasta las proximidades de Iaspis.[6] Desde allí enviaré un contingente para tomar el control de la vía Heraklea entre Libisosa[7] y Purietine. Pase lo que pase, no permitiré que los ólcades vuelvan a acudir en auxilio de la Oretania; ya habrá tiempo de ocuparse de ellos más adelante. Y con el grueso del ejército, transportando torres y máquinas de guerra nunca vistas, caeré al fin sobre Hélike, para reanudar el asedio que inició mi padre Amílcar hace seis años.

»Eso haría yo si fuera Aníbal Barca.

Todos quedaron en suspenso. La voz de Anglea, al hacer presente el pensamiento del Bárquida, dejó en la estancia un eco turbador. El peligro al que hacían frente se convirtió de pronto en un golpe de aire afilado que se agitaba a su alrededor. La propia Anglea cayó en un silencio sombrío, como si hubiera convocado una presencia que ahora se le hiciera hostil.

—¡No será tan fácil cortar el paso a los ólcades! —objetó Saunio, ausente ya de su voz el ánimo de celebración de que había hecho gala al inicio de la reunión. Él mismo pertenecía a los ólcades de Cirmo, al igual que Gerión y su hermano Mimbro, y aunque llevara siete años viviendo en Hélike no había perdido la devoción incondicional por su pueblo—. Controlar Libisosa y los vados de Purietine no basta para cerrar los caminos del norte. Hay otros muchos lugares para cruzar el Sucro.[8]

—Ninguno adecuado para un ejército numeroso —señaló

Gerión—, al menos hasta dentro de algunas semanas. El ímpetu de Rinla nos favorece en la Pira de Amílcar, pero será un obstáculo para que nos lleguen refuerzos ólcades si Aníbal nos arrebata Purietine.

Lagandi se aproximó al mapa y señaló un punto en la costa del mar de Levante.

—¿Y Arse?[9] Hemos establecido una alianza con ellos, y la caída de Hélike los convertiría de inmediato en la siguiente presa para los púnicos. Al menos podrían aprovechar la ausencia de Aníbal para crearle dificultades en la Edetania. Un ataque sobre Edeta[10] o sobre Seitabis[11] sería una amenaza para la retaguardia del Bárquida que no podría ignorar.

Gerión negó con la cabeza.

—Nadie pone en duda la determinación de Alcón de mantenerse a nuestro lado; ya lo ha demostrado sobradamente. Pero no todos en Arse piensan como él, y Roma no deja de dar largas a sus peticiones de ayuda. Además, si Edeta ha sido siempre un enemigo muy poderoso, ahora, con el apoyo púnico, lo es aún más. Puede que Alcón haga alguna incursión, pero sería una temeridad para Arse arriesgarse a una campaña demasiado comprometida.

—De modo que, si el tiempo os da la razón, estaremos solos —recapituló Enneges. Era un hombretón grande y gastado, con los ojos vivaces rodeados de arrugas como piedras caídas en un estanque. Tenía la melena y la barba canas, y un aire de alegría asediada pero superviviente—. Al menos hasta que el caudal del Sucro descienda lo suficiente como para que no le baste a Aníbal con controlar Purietine para impedir el paso a los ólcades. ¿No es así? Pues reunamos todas nuestras fuerzas en la ciudad y preparémonos para el asedio. Ya demostramos ante Amílcar que podemos resistir durante largo tiempo.

—Eso no será fácil, tío Enneges —señaló Anglea con suavidad—. Tras el invierno tenemos las reservas de grano y aceite muy menguadas, y no podemos permitirnos dejar la cosecha en los campos para que abastezca a los cartagineses. Además, nuestro territorio es más pequeño que el de entonces y Aníbal cuenta con fuerzas muy superiores a las que tuvo su padre.

—Todos sabemos el precio que tuvimos que pagar por nuestra resistencia —sentenció Biurtites, cruzando los brazos y sacudiendo

la cabeza con pesadumbre—, y lo cerca que estuvimos de perecer. Cuando tengamos que jugarnos nuestro destino, siempre preferiré que sea a campo abierto.

Diversas voces se alzaron en la sala en apoyo a unas u otras opiniones, deshaciendo la reunión en una confusión de conversaciones. Argonio observó a Gerión y lo vio cruzar con Anglea una mirada de complicidad. Era algo que le fascinaba en ellos: un caudal de comunicación silenciosa que no dejaba de fluir siempre que se encontraban cerca el uno del otro. Como si los dioses les hubiesen dotado de un lenguaje propio y exclusivo, expresado acaso mediante un aliento invisible, o un temblor que vibraba bajo la piel. Los envidió sabiendo que era un fenómeno por entero ajeno a su naturaleza; en él los enigmas del amor seguían rutas más difíciles de compartir. Comprendió de pronto que entrambos habían anticipado el punto al que llegaría la conversación. Que juntos la habían conducido hasta allí.

Gerión alzó una mano, reclamando un silencio que poco a poco se enseñoreó de la sala.

—Bien —dijo, con tono de conclusión—. Hemos escuchado a todos los guerreros que han querido hablar y ahora el Consejo debe tomar una determinación. Si el Consejo y los dioses están conmigo, esto es lo que haremos: Chadar, volverás al vado con cincuenta guerreros para cubrir las bajas; Netinbeles tomará el mando y tú te harás cargo de la torre. Lagandi, reforzarás con cincuenta guerreros la torre de Ilugo y tú, Biurtites, con un centenar la de la carretera de Iaspis, pero no presentaréis batalla si se aproxima un ejército demasiado numeroso. Os haréis fuertes en vuestras posiciones, nos enviaréis aviso y retrasaréis todo lo posible el avance del enemigo —uno tras otro, los guerreros aludidos asintieron con gravedad—. Saunio, irás con Velauno y Mimbro, y veinte guerreros más, hacia el norte; nadie conoce esos caminos como vosotros. Os aseguraréis de que las guarniciones de Purietine y Libisosa se encuentren en máxima alerta y continuaréis hacia los montes Ólcades. Id a Cirmo y Arecorata; Meronio y Buntalos deben reunir a sus guerreros sin demora. Decidles que creemos que es inminente un ataque púnico sobre los vados. Es vital que ellos refuercen la guarnición de Purietine lo antes posible.

Gerión guardó silencio e interrogó a todos con su mirada.

Obtuvo en respuesta la unánime determinación de quienes habían sido puestos a prueba ya muchas veces y en todas ellas supieron estar a la altura del honor que les fuera confiado por su ciudad y su clan. Ólcades y oretanos unidos de nuevo por un enemigo que a unos y otros exigía la misma medida de coraje. Los respondió asintiendo con la cabeza. Sintió hambre ante lo que estaba por venir.

Capítulo IV

—¡DESPERTAD, despertad! ¡No hagáis ruido!

El campamento pasó en un instante del sueño a una vigilia sobresaltada y atenta. El silencio de la noche se pobló de susurros amortiguados. Rechinó un metal seguido de una imprecación. Bufó un caballo. Pronto estuvieron los guerreros en pie, con las armas dispuestas, reuniéndose alrededor de los rescoldos de la hoguera.

—Viene gente —dijo Avalo, el centinela—. Bajan por el camino de Purietine. Diría que van al paso, y que no son pocos.

—¿Gente? —preguntó Saunio, alzando la mirada para leer la hora en la posición de las estrellas—. Aún queda un rato para el amanecer y conviene desconfiar de quienes viajan de noche. Esperemos a ver quiénes son.

Tomaron posiciones entre las rocas que coronaban el otero que habían elegido para pasar la noche. Desde la altura se dominaba la carretera que unía Hélike y Purietine. La ciudad de los vados del Sucro, situada en uno de los puntos más transitados de la vía Heraklea, se encontraba cuatro leguas más al norte. Una cabalgada sin contratiempos les permitiría alcanzarla poco después de que abrieran las puertas.

Saunio puso su atención en la oscuridad y encontró en ella los sonidos que habían movido a Avalo a dar la alarma: rumor de pasos, el chasquido del casco de un caballo contra una piedra, una voz, pero ni una sola antorcha para ayudar a seguir con certidumbre el camino. Era, sin duda, una partida numerosa que trataba de no ser advertida. Se encontraría a tres o cuatro centenares de pasos.

—Llevan caballos, pero muchos van a pie —observó Velauno—. No imagino quiénes pueden ser.

—¿Ladrones de ganado? —sugirió Mimbro.

—O fugitivos —dijo Saunio, con una sombra de presagios en el rostro—. Esperemos, no tardará en haber luz suficiente para descubrir quiénes son. Y de qué huyen.

La espera en el campo abierto es una conversación con voces que de otro modo pasan desapercibidas. El movimiento concienzudo de las estrellas en la bóveda del cielo. El rocío deslizándose en las acículas de los pinos. Una lechuza interrogando a sus dioses, un grillo gritándole a los suyos. El amanecer dibujándose en el horizonte como un aliento transparente. La primera luz derramándose por los montes y los bosques, trazando formas, desvelando secretos.

Se materializaron poco a poco, como sedimentos desprendidos del aire gris. Una silenciosa procesión de figuras cansadas. Una docena de jinetes, tal vez dos más de hombres a pie. Lanzas, escudos, yelmos con sus brillos comenzando a insinuarse. Un murmullo de sorpresa y preocupación se extendió entre los heliketas.

—¡Son oretanos! —exclamó susurrando Mimbro—, ¡son de los nuestros!

—¡Mirad, es Likinos! —señaló alguien.

Saunio hizo un gesto reclamando silencio. Los fugitivos se acercaban al pie del otero y resultaban ya bien visibles. Al frente de la partida iba un jinete tan corpulento que empequeñecía al caballo que montaba; llevaba un yelmo rematado por una cresta. Se trataba en efecto de Likinos. Bajo su mando estaba la torre de vigilancia que protegía la aproximación a Purietine desde el sur, situada en una altura próxima a la carretera a unas tres leguas de donde ahora se encontraban. El que todos los guerreros de la torre huyeran hacia Hélike solo podía querer decir que los acontecimientos se habían precipitado.

—Velauno, acompáñame —dijo Saunio, sintiendo que desde el centro del pecho le crecía una urgente intuición de peligro—. Los demás estad alerta. Hemos dejado de estar en territorio seguro.

Los dos ólcades tomaron sus monturas y descendieron al trote por la ladera del cerro, entre grandes piedras calizas desprendidas de lo alto y pinos oscuros. Los ecos alzados por los cascos produjeron una inmediata alarma entre las gentes del camino, quienes señalaron hacia ellos cruzando voces de advertencia. Likinos gritó una orden y sus hombres de a pie formaron sendas filas a cada lado de la carretera, protegidos por sus escudos y con las jabalinas dispuestas.

—¡Likinos! —gritó Saunio, alzando las manos—. ¡Somos amigos,

venimos de Hélike!

Momentos después los dos jinetes se reunieron con los fugitivos y fueron al punto rodeados por ellos. Likinos se acercó en su caballo para cruzar con los recién llegados el saludo oretano: la mano derecha de cada uno en el hombro izquierdo del otro, con los brazos extendidos. Sin embargo se mostró remiso a ser el primero en hablar.

—Los dioses sean con vosotros —dijo al fin Saunio—. ¿Qué ocurre, Likinos, por qué marcháis hacia el sur? ¿Habéis dejado vuestra torre sin guarnición?

El oretano lo miró de hito en hito y por un momento pareció haberse quedado sin palabras. Era ciertamente un hombre inmenso. Tenía la cabellera negra recogida en una coleta y la barba completamente cana. El rostro rollizo y los labios gruesos le daban un aire juvenil que desmentían las profundas arrugas bajo los ojos cansados.

—¡Saunio y Velauno! —exclamó—, ¡por las alas de Astarté que sois las últimas personas que esperaba ver! —Hizo una pausa y alzó las cejas con expresión de pesadumbre—. En cuanto a tus preguntas, mejor será que no nos demoremos para darlas respuesta en un lugar tan expuesto. —Mientras hablaba, volvió la cabeza con nerviosismo y miró hacia el horizonte del que habían venido—. Debemos alejarnos cuanto antes, los cartagineses han tomado Purietine. ¡Pueden venir tras nosotros en cualquier momento!

Los dos ólcades recibieron las palabras del oretano con expresiones de alarma e incredulidad.

—¿Cómo? —gritó Saunio, cogiendo del brazo a Likinos para obligarlo a mantener la calma—. ¿Purietine está en manos de los púnicos? ¡Vamos, Likinos, explícanos lo que ha ocurrido! ¡Es un desastre para Hélike! ¿Cómo es posible que no hayáis enviado aviso a la ciudad? ¿Cuándo ha sido?

—Ayer —respondió Likinos con irritación, apretando los dientes—, ocurrió ayer. Con la primera claridad del alba nos llegó un rumor acercándose desde levante y pronto comprobamos que eran jinetes, ¡centenares de ellos!, cabalgando por la llanura junto a la vía Heraklea. —Miró a su alrededor y sus hombres asintieron con gravedad—. Al principio ni siquiera supimos que eran cartagineses. Tan solo que eran enemigos, porque poco después se inició el

combate junto a los vados.

»Necesitábamos comprender qué estaba pasando, así que salí con dos de mis hombres para aproximarnos a la ciudad. Utilizamos los senderos de los montes para mantenernos a cubierto y ya cerca del mediodía llegamos al cerrillo que domina la entrada del valle. El puesto de vigilancia que mantiene allí la guarnición de Purietine estaba desocupado; sin duda todos habían ido a sumarse a la batalla, que en ese momento se libraba con un furor terrible. Vimos que los nuestros habían sido expulsados de los vados y retrocedían hacia las murallas, acosados por un enorme número de enemigos. Ahora sí los reconocimos como cartagineses: los escudos blancos y los uniformes rojos no dejaban lugar a la duda.

—¿A qué distancia estabais?

—A unos trescientos pasos del cruce con la vía Heraklea y unos quinientos de la puerta principal de la ciudad.

—¿Viste a Aníbal?

Likinos negó con la cabeza. De nuevo miró hacia atrás antes de continuar hablando.

—No. Al frente vi a un comandante de caballería con un gran penacho púrpura, pero estoy casi seguro de que no era Aníbal. Juraría por los dioses que llevaba barba… Saunio, te contaré todo lo demás con el detalle que quieras, pero ahora deberíamos ponernos en camino. Los púnicos habrán comenzado a patrullar los caminos y pronto…

—Continúa con lo que estabas contando —cortó Saunio con voz helada—. Los nuestros habían cedido los vados y retrocedían…

—¡Pero Saunio…!

—¡Continúa!

Likinos tragó saliva y tomó aire. Había comenzado a sudar copiosamente.

—Entonces vimos que un gran contingente de tropas púnicas se acercaba a pie por la vía Heraklea. Los nuestros debieron pensar que si les permitían sumarse a la batalla habrían perdido toda opción de recuperar los vados, e hicieron una salida desesperada desde la ciudad dirigida por el propio Baspedas. ¡Por el arco de Arqht, cómo lucharon! Nunca había visto combatir con una fiereza como la suya. —Los hombres de Likinos alzaron un coro de voces de admiración—. Y hubo un instante en que pareció que el día

podría inclinarse de su lado… ¡Pero los púnicos eran demasiados, por cada uno que caía cinco nuevos soldados ocupaban su puesto! Entonces decidí…

—Entonces decidiste huir.

Likinos contuvo una respuesta cuando ya se le venía a los labios, imprimiéndole en el rostro una mueca de violencia. Jugueteó con el pomo de la espada sosteniendo la mirada impasible de Saunio, guardó un silencio que se disolvió en el más vasto de la madrugada. Transcurrió un instante interminable. Después alzó una mano, reclamando la atención de cuantos tenían la mirada fija en él. Y todos ellos oyeron lo que él llevaba largo rato esperando oír.

Un temblor sordo, una reverberación subterránea, una trepidación estremeciendo el aire afilado.

Caballos.

—Ya están aquí —dijo Likinos con una oscura arista de complacencia—. Perdimos nuestra oportunidad. Ahora solo nos queda luchar.

—Eso lo sabemos desde que decidimos plantarle cara a los Bárquidas —dijo Velauno—, ¿lo habíais olvidado? De eso se trata: solo nos queda luchar. Y eso es lo que vamos a hacer.

Saunio asintió en silencio y examinó la falda del otero por la que acababan de descender. En lo alto vio a Mimbro haciendo señales con los brazos; sin duda ellos habían advertido también que se aproximaban jinetes. A media ladera un grupo de rocas caídas habían formado un suave promontorio protegido a su espalda por una pronunciada cuesta. Si se apresuraban podrían llegar hasta allí y, al menos, obligarían a los púnicos a atacar pendiente arriba.

Sacó de su cinturón la cuerna que lo señalaba como jefe de la partida y pronunció una sola nota, indicando a los guerreros del otero que quedaran alerta a la espera de sus órdenes, preparados para incorporarse al combate en el momento apropiado. Miró hacia el camino y comprobó que los jinetes que se aproximaban eran ya visibles en la distancia; estimó que debía tratarse de cincuenta o sesenta hombres. Señaló hacia el promontorio y urgió a los guerreros de Likinos que se dirigieran a él.

—¡Corred, los esperaremos allí!

Acompañado por Velauno y seguido por los demás jinetes se encaminó hacia el lugar. Miró a sus espaldas y vio que Likinos se

demoraba, inmóvil, reticente a obedecer sus órdenes. Era evidente que el oretano se sentía herido porque se le hubiera arrebatado de ese modo el mando de sus hombres. Pero ante la proximidad del enemigo Saunio prefirió evitar una nueva confrontación con él.

—¡Vamos, Likinos, tú también! ¡Tus hombres necesitan ver que te siguen teniendo al frente!

El oretano se puso al fin en marcha, sin perder su aire ofendido y remiso. Saunio lo esperó y juntos llegaron poco después al promontorio, al tiempo que lo hacían los primeros infantes, casi sin aliento, ocupando las posiciones que les señalaba Velauno. Para cuando el último guerrero alcanzó su lugar en la línea y enfrentó su gran escudo rojo a los atacantes, estos alcanzaban ya el lugar donde momentos antes había tenido lugar el encuentro en el camino.

Pudieron ya verlos con claridad. Eran dos docenas de jinetes cartagineses, señalados por el color rojo de sus uniformes y los yelmos de bronce, y al menos tres docenas más de caballería ligera númida: hombres de piel oscura y túnicas blancas desprovistos de casco y silla de montar, sin otro armamento que pequeños escudos circulares y haces de jabalinas en las manos. Al frente de la partida iba un capitán púnico con el manto púrpura de la Guardia Bárquida, quien, sin detenerse, gritó un puñado de órdenes señalando hacia los heliketas.

Los númidas se adelantaron prorrumpiendo en gritos, acercándose con rapidez en un galope ágil y desordenado. Al llegar al pie del otero hicieron un giro y avanzaron en diagonal, suavizando así la pendiente, al tiempo que se disponían en fila de a uno.

Saunio se había enfrentado en combate a la caballería númida lo suficiente como para poder anticipar cómo iban a actuar. Gritó reclamando la atención de los suyos mientras los jinetes enemigos giraban de nuevo y se lanzaban al galope, cortando la ladera en una trayectoria que los conducía al promontorio. Esperó hasta que su mirada se cruzó con la del númida que iba en cabeza: un hombre muy delgado con ojos saltones y la boca entreabierta en una mueca que le daba el aspecto de un animal hambriento. Ambos lanzaron sus jabalinas a la vez y cada uno consiguió desviar con un golpe de escudo la del otro. Pero por el espacio que había descubierto el movimiento de defensa del númida entró silbando un segundo

venablo, hundiéndosele en el vientre con tal fuerza que lo arrancó de la grupa de su caballo. Saunio buscó el origen del proyectil y se encontró con Likinos, quien le hizo un gesto de asentimiento cargado de arrogancia, como si de ese modo hubiera despejado toda duda sobre su conducta al frente de la torre.

Mientras, una descarga se había abatido sobre los jinetes que pasaban aullando. Cayeron algunos de ellos, pero otros lograron lanzar sus jabalinas a los defensores. Saunio escuchó el impacto sordo de las puntas de metal en la densa madera de los escudos y después un grito, y otro. No pudo desviar la atención para comprobar las bajas que habían sufrido porque los númidas habían dado la vuelta y regresaban de nuevo al galope. Esa era su forma de combatir: golpeaban casi a cuerpo descubierto y escapaban, volvían a golpear y escapaban otra vez, guiados solo por su instinto y una prodigiosa habilidad sobre las monturas. La fama de los elefantes de Aníbal se había extendido por toda Ispania, pero no era menor la efectividad que le proporcionaban a su ejército estos jinetes diestros y audaces, de rasgos afilados como los de las aves rapaces.

Se produjo un nuevo intercambio de proyectiles que dejó bajas en ambos bandos y después otro giro, y otra carga, y otro puñado de hombres rindiendo su vida. Saunio aulló para quebrar el sortilegio que parecía estar tejiéndose sobre ellos y lanzó su última jabalina contra el caballo del númida que dirigía la acometida, derribándolo. Después buscó a los jinetes cartagineses que habían quedado atrás mientras atacaban los númidas y comprobó que habían aprovechado la distracción causada por estos para ascender por la ladera del cerro hacia un punto desde el que pudieran atacarlos con ventaja. Miró a los suyos y vio que un buen número de guerreros yacían en el suelo.

Vio a Velauno acercarse gritando con los ojos abiertos de par en par, encendidos de furia.

—¡Ahora, Saunio, ahora!

En ese instante los jinetes cartagineses iniciaron su cabalgada hacia el promontorio.

Era el momento.

Saunio asintió y una sonrisa le bailó en los ojos. Se echó su cuerno a los labios y le arrancó las tres llamadas que ningún guerrero puede dejar de atender. Fueron respondidas por un clamor

de voces en lo alto del otero y por el trepidar del galope de una veintena de jinetes que aparecían de pronto para sumarse a la batalla.

—¡Ahora, por todos los dioses, atacad! —gritó Saunio—, ¡atacad, acabemos con ellos!

Se lanzó hacia delante buscando al capitán púnico que dirigía la carga de los suyos. Este volvió su atención hacia lo alto y quedó desconcertado al descubrir esa nueva fuerza que había brotado de ninguna parte para caer sobre su flanco. Ladró unas órdenes apresuradas y blandió su espada para hacer frente a Saunio. No tuvo tiempo sino para ver un destello encenderse delante de su rostro.

La hoja de la espada de Saunio chocó contra la visera del yelmo, lanzándolo hacia atrás, y se hundió después en el rostro del púnico, quien dejó caer su espada, bailoteó durante unos instantes empujado por el movimiento del caballo y se desplomó con un grito coagulado en la garganta.

El ólcade se giró buscando un nuevo adversario y fue sobrepasado por la carga de los jinetes de Hélike. Vio a Mimbro hundir su espada en el cuello de un cartaginés y a Velauno derribar a otro con un golpe de escudo. Se unió a ellos, cayendo sobre la formación enemiga con un grito de furia.

La muerte de su capitán y la aparición del nuevo contingente de enemigos sumió en la confusión a los cartagineses. Pronto uno volvió grupas y echó a cabalgar hacia el camino, donde se estaban reuniendo los númidas que habían sobrevivido al combate. Lo siguió otro y después ya todos los demás, tratando de escapar del ataque devastador de los oretanos.

Muy pocos lo consiguieron. Enardecidos por el apetito de la victoria, los heliketas persiguieron a los fugitivos hasta que las laderas pedregosas del cerro quedaron sembradas de cuerpos representando la danza inmóvil de la muerte. Solo un puñado de ellos, casi todos númidas, pudieron escapar hacia el norte, cabalgando con sus noticias camino de Purietine.

—Ha sido una hermosa victoria —dijo Velauno—, pero eso no cambia mucho las cosas.

—Y hemos perdido a unos cuantos de los nuestros —añadió Likinos.

—Lo sé —dijo Saunio, con el rostro aún encendido por el furor de la batalla, contando los cuerpos que habían reunido junto al camino—. Quince valientes, que Sucellos los colme de bienes en su morada. ¡Pero les hemos dado una lección a esos perros cartagineses, por las pelotas de Cosus!

Los guerreros a su alrededor asintieron entre risas, dejando a un lado la fatiga y el duelo por sus compañeros para celebrar que habían sobrevivido con honor al encuentro con los cartagineses. Saunio los contempló con satisfacción, dejándolos disfrutar del respiro. Pronto tendrían que volver a sumergirse en los sucesos de la guerra, pero ese momento de camaradería después de la batalla en que los hombres que han sobrevivido por esta vez se sienten eternos e invulnerables merecía ser saboreado sin prisa ni preocupación.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Mimbro—. Con los vados de Purietine en manos de Aníbal, Hélike queda en una posición más que vulnerable. Nos será muy difícil recibir ayuda de los ólcades. Tenemos que avisar cuanto antes a Gerión y al consejo de la ciudad.

—Claro —dijo Saunio—, cuanto antes. Tendrán que replantear la defensa de la ciudad, comenzando por reforzar la torre de Ayna. Pero en lo que respecta a nosotros, eso no significa que nuestra misión haya terminado. El consejo nos encomendó ir también a Libisosa, y después continuar hasta Cirmo y Arecorata para alertar a los ólcades.

—Así es —convino Velauno—. Además, hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza: ¿dónde está Aníbal? Si sus tropas han llegado ya tan al norte, ¿dónde está él? ¿Estará preparado para atacar Hélike desde Iaspis? ¿Se habrá puesto en camino?

Las preguntas de Velauno quedaron vibrando en el aire con el timbre turbio de los augurios. Los guerreros cruzaron miradas de aprensión. Saunio suspiró. La euforia de la batalla lo abandonaba poco a poco, dejándole un lastre de cansancio y desasosiego en el pecho.

—Hubiéramos debido capturar vivo a alguno de esos —se lamentó Likinos. Parecía especialmente tenso y circunspecto—. Habría podido darnos información muy valiosa. En todo caso, la celeridad es ahora lo que cuenta. Ya lo habéis dicho: hay que informar a Hélike de inmediato.

Saunio prefirió pasar por alto la irritación que le producían los comentarios de Likinos. Aunque el oretano parecía tener siempre prisa por alejarse del enemigo, se había batido con valentía ante los púnicos. Y era cierto que hubieran debido tomar algún prisionero. Sacudió la cabeza con disgusto.

—Eso ya no tiene arreglo, Likinos, a no ser que quieras ir a buscar a alguno de los que se nos han escapado. En cuanto a lo de llevar las noticias a Hélike, estoy seguro de que te complacerá hacerlo tú mismo. Bien, así sea, nosotros debemos seguir adelante. Irás a Hélike con tus jinetes, tan rápido como podáis; los guerreros sin montura se quedarán en el puesto de vigilancia del antiguo cipo funerario. A partir de ahora nada impedirá a los cartagineses acercarse a Hélike también desde el norte.

—Así lo haremos —aceptó Likinos—. Mañana al mediodía estaremos en Hélike. Y, Saunio…

El ólcade alzó las cejas, intimando al otro a terminar la frase.

—¿Y?

—Y cuando todo esto acabe, te exigiré que te retractes de tus insinuaciones, o que me demuestres si tienes honor para mantenerlas. No confundas mi ánimo de no favorecer con nuestras disputas al enemigo con mansedumbre. Ningún ólcade va a venir a explicarme qué se espera del honor de un guerrero de Hélike.

Tras un instante de incredulidad Saunio se puso rojo de ira. Murmurando maldiciones avanzó la mano hacia la empuñadura de su espada.

—¿Cómo te atreves? No te hará falta esperar…

—¡Saunio! —le interrumpió Velauno, interponiéndose entre los dos hombres—. ¡Tenemos una misión que cumplir y no podemos caer en provocaciones! Estas disputas enervan a los nuestros más que cualquier mal encuentro con el enemigo. —Hizo un gesto con la mano en torno al círculo de guerreros que los observaban con esa tensión gregaria que siempre sirve de umbral a la violencia—. Que vaya a Hélike y se presente ante el consejo; allí es donde hablan con más transparencia los corazones de los hombres. Y cuando llegue el momento de recordar a Likinos sus palabras de hoy, ten por cierto que me tendrás a tu lado. Pero ahora pongámonos en marcha; mientras nosotros discutimos Aníbal no deja de hacer avanzar sus planes contra nosotros.

Saunio dejó con dificultad que se le deshicieran en la lengua las palabras que había traído a ella. Miró a Velauno, a los guerreros de Hélike, a Likinos, quien mostraba la displicencia reticente del que mantiene un desafío sin estar seguro de querer llevarlo hasta el final. Alzó después la vista y la dirigió hacia el norte. La mañana estallaba de luz y promesas, como si la primavera que comenzaba trajera consigo un mundo en el que se hubieran desvanecido las deudas de sangre del anterior. Pero sabía bien que no era así. Escondido tras el perfume de los tomillos y las jaras, de la fría claridad de la piedra empapada de rocío, había un agrio latido hecho de humo, óxido, sudor y podredumbre.

Dio la espalda a Likinos y llamó con un silbido a su caballo. Montó de un salto y se puso en marcha.

En la mañana respiraba el aliento de la guerra.

Capítulo V

BUNTALOS era la viva imagen del regocijo. Con sus dos pasos de altura y su oronda figura empequeñecía a cuantos estaban junto a él. La abundancia de torques y ornamentos de plata y los efectos del amor de muchos años por la comida y el vino apenas si podían disimular una imponente musculatura que le daba un cierto aire de plantígrado. Rio a carcajadas y miró a su alrededor, buscando con sus encendidos ojos grises el próximo tenderete.

—¡Vamos a ese! ¡Esas liebres rellenas tienen un aspecto insuperable!

Seguido por un ruidoso tropel de amigos y curiosos se dirigió a una esquina de la plazuela, donde una mujer atendía un gran caldero de bronce que burbujeaba perezosamente. Ante ella, una bandeja ofrecía porciones del guiso que había llamado la atención de Buntalos. Desprendían un denso aroma de tomillo, haciendo presentes a los altos páramos del norte en el corazón de Arecorata.

—¡Buenos días, mujer! —exclamó Buntalos—, ¡espero que no tengas queja de la hospitalidad de mi ciudad! ¿De dónde eres?

La mujer lo miró con unos ojos oscuros muy abiertos que oscilaban entre la sorpresa y la intimidación. Lucía el intrincado moño y los colgantes de pasta de vidrio típicos de las ciudades edetanas de la costa. Su acento, algo nasal y lleno de sibilancias, corroboró su origen al tiempo que lo declaraba ella misma, alzando la voz con aplomo.

—Soy de Edeta, señor, aunque paso la mayor parte del tiempo de acá para allá, siguiendo el calendario de ferias y mercados por tierra de ilergetes, belos y titos. Y también de ólcades. ¿Queréis probar mis liebres? ¡Me han ganado no pocos pretendientes!

Buntalos rio con estrépito y tomó el plato que le ofrecía la mujer. Eligió un muslo y lo mordisqueó dirigiendo muecas de delectación a quienes lo rodeaban.

—¡Excelente, mujer, excelente! ¡Lástima que mis obligaciones me impidan quedarme a dar cuenta del caldero! —se lamentó,

entregando el plato vacío y un reluciente as de plata a la edetana—. Que Luc te colme de bienes y disfrutes de la celebración del solsticio en Arecorata. ¡Ulantio! —añadió, dirigiéndose a uno de sus acompañantes—, ¿habías probado algo como esto? ¡Los vetones tenéis fama de comer cualquier cosa!

El interpelado, un hombre tan alto como Buntalos, pero muy delgado, con el pelo rojo atado en una coleta y una perilla brotando del mentón, se encogió de hombros, fingiéndose ofendido en clave de humor.

—¿Pero cómo puedes decir eso? ¡No hay liebres rellenas de castañas como las nuestras! Acepta la invitación de venir a Ebora y lo comprobarás.

Buntalos rio de nuevo y le dio al vetón una palmada en la espalda. Había sentido aprecio por el hombre desde que llegara a la ciudad dos días atrás, acompañado por Maenomaro, otro guerrero de su clan, buscando un acuerdo para ordenar la creciente presencia de grupos de familias ólcades que deseaban establecerse en las fértiles campiñas del Tagus. [12] La posición de los vetones parecía muy razonable: aceptarían de buen grado la creación de asentamientos celtíberos en la zona, siempre que eligieran para ello los montes poco poblados al sur del río, un territorio por el que ni vetones ni carpetanos mostraban demasiado interés. Las ceremonias de la festividad de Beltane serían una buena ocasión para formalizar ante los dioses un tratado entre Arecorata y Ebora, la ciudad de Ulantio, situada en la ladera meridional de los imponentes montes Vetones.

Buntalos continuó después su recorrido por las calles, señalado por el manto azul que proclamaba su condición de príncipe de la ciudad, cruzando chanzas con sus acompañantes y con la multitud de gentes que hormigueaba a su alrededor. Las había de toda procedencia: pastores de Ercavica, Belgeda y Cirmo que esperaban vender su ganado en el mercado del día siguiente; artistas ambulantes del valle del Betis, de piel oscura y cabello ensortijado; alfareros edetanos exponiendo sus grandes vasijas pintadas junto a las paredes de las casas; armeros vetones que mostraban espadas con maravillosos nielados en las empuñaduras; orfebres turdetanos luciendo majestuosamente sobre ellos mismos su mercancía: placas, diademas y colgantes hechos con delicadas filigranas y granulados

de oro. Y, por supuesto, hasta el último de los ólcades de la comarca, disfrutando de la gran festividad que señalaba el esplendor de la primavera. Durante el Beltane Arecorata abría sus puertas y ventanas de par en par, ventilando el humo y las cenizas del invierno, sacando de las bodegas las vasijas de kelia fermentada en el silencio del frío y dando la bienvenida a los viajeros de todos los rincones de Ispania para recibir noticias y disfrutar de músicas, perfumes, sabores y objetos delicados venidos de lejos. Era un estallido de júbilo y celebración, una invitación al intercambio, una excusa para el amor, una efervescencia ruidosa y jovial que durante tres días hervía en todos los rincones de la ciudad. Tres días en los que las hostilidades de todos los pueblos del interior de Ispania quedaban en suspenso bajo la advocación del Beltane y de los dioses de la hospitalidad.

Durante las horas siguientes, mientras el sol alcanzaba su cénit y comenzaba a caer hacia los riscos anaranjados que acompañaban al curso del Sucro hacia el horizonte, Buntalos recorrió una gran parte de los tenderetes y tabernas que atestaban el recinto amurallado. Visitó la plazuela de los alfareros e hizo las preceptivas libaciones a los gallos de Luc tallados en los dinteles, y los corrales de los tratantes de ganado para beber leche de las yeguas consagradas a Epona. Mostró a los vetones la ceca donde se acuñaban las monedas de la ciudad y salió con un puñado de minúsculos recortes de plata que repartió, de acuerdo con la tradición, entre la vociferante turba de niños congregada a su alrededor. Bebió de todos los cuencos que se le ofrecían a su paso y, sobre todo, comió en cantidades asombrosas, deleitándose con todos los platos y elogiándolos por igual. Celebró las perdices rellenas de higos de Numancia, los hocicos de jabalí bañados en miel por los que son famosos los bastetanos de Acci, las sardinas en salazón del puerto de Urci, las tortas de harina de bellota untadas de queso con las que pasan sus interminables jornadas a cielo abierto los pastores carpetanos de Segóbriga.

Para cuando, ya de atardecida, encaminó sus pasos al patio, rodeado de casitas de adobe, de las muchachas que por las noches lo inundaban con el perfume de sus secretos, aquellos habían perdido ya buena parte de su firmeza y lo conducían a duras penas, entre titubeos y tropiezos. Su rostro había adquirido un rubor que

se extendía también a los ojos; en su expresión se alternaban las sonrisas con muecas de empacho y fatiga.

De pronto se detuvo y apoyó las manos en las rodillas, como si necesitara recobrar el aliento. Se irguió de nuevo e inspiró profundamente, trató de responder a las bromas de que era objeto, se acarició las trenzas de la barba y jugueteó con los anillos de plata que las remataban, alzó las cejas.

—¡Pero bueno, Buntalos! —exclamó alguien a su lado—, ¡no me digas que ya no puedes más! ¡Aún nos queda lo mejor de la ronda!

—Por Luc que no sé qué me ocurre —respondió Buntalos, negando con la cabeza—. ¡Me arde el vientre!

—¡Pongámonos a cubierto, el vientre de Buntalos fuera de control puede ser un enemigo terrible! —gritó otro, recibiendo como respuesta una carcajada de la multitud.

—¡Teitabas, no se te ocurra…! —trató de responder Buntalos, pero interrumpió la frase y se llevó las manos a la barriga—. Creo que algo me ha sentado mal —añadió con voz ahogada.

Un borbotón de vómito le impuso silencio e hizo apartarse precipitadamente a quienes estaban más cerca de él. Se estremeció en un escalofrío y trató de arroparse con el manto azul, convertido en un indescifrable mapa de manchas. Palideció y miró hacia lo alto con ojos muy abiertos, alucinados. Abrió la boca y tan solo salió de ella un estertor.

Se desplomó y su enorme corpachón hizo temblar la calle al recibir el impacto. Buntalos de Arecorata quedó tendido boca arriba, con los brazos en cruz y los ojos fijos en el cielo evanescente del atardecer, como si tratara de descifrar algún enigma encerrado en el vuelo de los vencejos.

Todos supieron al instante que estaba muerto.

La noticia se extendió por Arecorata como el olor de los incendios en el viento, y un grito de duelo y estupor puso un brusco término a la celebración del Beltane. El tránsito del regocijo al pesar fue tan súbito y brutal que dejó a la multitud extraviada en su incredulidad y aterida en sus lamentos. Todos quisieron acercarse a ver el cuerpo de Buntalos con sus propios ojos y acompañarlo hasta la casa de piedra donde su mujer, Lenantas, se abrazó a él implorando a Epona que se lo devolviera, hasta que las calles se atestaron de tal modo que el gentío quedó inmóvil, respirando un agrio silencio sobre el

que cayó, poco a poco, la noche.

Al día siguiente Arecorata, aún sumida en la confusión y el dolor, se preparó para honrar a su príncipe. Con el amanecer partieron jinetes hacia las poblaciones tributarias de la ciudad a llevar la mala nueva y convocar a sus hombres de respeto a las ceremonias funerarias. En la necrópolis, extendida en un otero al norte del vasto risco amurallado de la ciudad, se alzó la plataforma de troncos desde la que el espíritu de Buntalos emprendería el viaje a las moradas de la otra vida y frente a ella se erigió el altar de los sacrificios. Su cuerpo fue lavado y perfumado con aceite de almendra y mirra, se le vistió con sus mejores ropas y sobre ellas se dispuso su panoplia de guerrero. Finalmente fue envuelto en su manto azul y entregado a la custodia de los sacerdotes de Sucellos, quienes lo dejaron reposar en la cámara sagrada del santuario del dios, mientras en el exterior el día y la noche del Beltane se sucedían derramando por calles, adarves y patios una lluvia helada que parecía hacer visible la materia del silencio. Como si no fuera bastante el amargo sabor a presagio que ahogaba a la ciudad, un jinete trajo la noticia sorpresiva y alarmante de la caída de los vados de Purietine en manos de los púnicos, y a la presencia de la muerte se sumó el eco, aún lejano, de los tambores que anunciaban por toda Ispania el regreso de la guerra.

Con el amanecer cesó la lluvia, pero quedó un cielo bajo, sucio y gris, en el que se disolvían con dificultad los penachos de humo alzándose desde los tejados y que amortiguó el prolongado toque de karnyx que dio comienzo a los ritos del tránsito de Buntalos.

Partiendo del santuario de Sucellos, situado en el punto más elevado de la ciudad, la comitiva fúnebre emprendió su marcha. La encabezaban los ocho guerreros de mayor rango y mérito, que soportaban sobre sus hombros un lecho en que se mostraba tendido el cuerpo de Buntalos, con el rostro cubierto por una máscara de lobo para poder encontrar a través de sus ojos el camino a las moradas del dios. Después marchaban los sacerdotes produciendo un coro de gemidos plañideros con sus tubas de barro cocido, y las servidoras de Epona, que sostenían en sus manos pebeteros en los que humeaban granos de incienso. Seguían, montados a caballo, los restantes miembros del Consejo de Arecorata junto a representantes de las ciudades tributarias y amigas; entre ellos destacaban por su

estatura los dos vetones, Ulantio y Maenomaro, conmovidos por la atmósfera de duelo y por la inesperada tragedia de que habían sido testigos. El cortejo lo completaban Lenantas, con los hijos y hermanos de Buntalos, y otros muchos miembros de su vasto clan.

La ciudad entera vio pasar la procesión sumida en un espeso silencio reverente, rasgado solo por los lamentos de los karnyx. Los habitantes de cada calle y plaza se sumaban al final del cortejo cuando este pasaba por ellas, de modo que al cruzar la puerta principal de la muralla y tomar el camino que conducía a la necrópolis, era ya una multitud inmensa, solemne y estremecida, la que acompañaba a Buntalos en su último viaje, produciendo con sus millares de pies un rumor con cadencia de oración.

Descendieron desde el risco de la ciudad hasta el fondo del valle y se encaminaron después al otero de la necrópolis, como un animal fabuloso ondulándose hasta rodear por completo la plataforma de madera sobre la que fue depositado el cuerpo de Buntalos. Hubo un grave murmullo de expectación cuando gritó con estridencia una tuba y Arriago, el primero entre los sacerdotes de Sucellos, distinguido por una piel de lobo sobre la túnica, se situó frente al altar y alzó los brazos al cielo, tan cargado de nubes grávidas que parecía a punto de desplomarse sobre él. Era el combalcores, el oficiante del sacrificio, el cordón umbilical entre el mundo de los vivos y el de los que han vivido. Levantó la voz para que su plegaria fuese escuchada por todos.

—¡Que tu tránsito sea propicio, Buntalos, príncipe de Arecorata, el más grande de los ólcades! ¡Que Sucellos te acoja y te guíe por el camino que conduce a las moradas de los dioses! ¡Que entre ellos disfrutes para siempre de los frutos de tu honor y tu coraje! ¡Que tu huella haga prosperar a tu clan y tu pueblo! ¡Sé con bien, Buntalos!

La multitud repitió la oración y fue como si un trueno se multiplicara y rodara entre los túmulos, entre las encinas y los robles, haciendo temblar el suelo y el aire.

Cuando regresó el silencio, Tibaste y Eskutinos, los de más rango entre los guerreros que habían llevado el cuerpo de Buntalos sobre sus hombros, se adelantaron con un cordero y lo sostuvieron sobre el altar. El animal miró a su alrededor con ojos desencajados y puso todo su pánico en un balido que se ahogó de pronto cuando el combalcores rasgó su vientre con un cuchillo que al caer alzó

fulgores de plata. El sacerdote extrajo después las vísceras, de las que escapaban hilos de vapor; las escrutó con atención, se embadurnó el rostro con sangre e hizo un gesto afirmativo a los guerreros, quienes lanzaron el cuerpo a la plataforma, junto al de Buntalos.

Bendecidos por el auspicio favorable, Tibaste y Eskutino se situaron el uno frente al otro, se saludaron con solemnidad llevando al pecho el puño derecho e inclinando la cabeza y se aprestaron con espadas y caetras a dar comienzo al combate ritual. Tenían presentes las normas cuya observancia harían el duelo grato a los dioses, inclinándolos a la elección más favorable para la ciudad. El combate terminaría cuando la pérdida de sangre causara el desvanecimiento de uno de ellos; si alguno causaba la muerte de su adversario, sería sacrificado a su vez sobre el altar. La misma prueba la repetirían los restantes seis guerreros que habían sido honrados con la tarea de transportar el cadáver de su príncipe. Los vencedores se enfrentarían en dos nuevos combates de los que resultarían los elegidos que habrían de librar, exhaustos y malheridos hasta el extremo, el duelo final. El último en quedar en pie sería aclamado por la multitud como príncipe de Arecorata y tendría el honor de arrojar la antorcha que iniciaría la combustión de la pira. El nuevo jefe de los ólcades entregaría a los dioses el espíritu del anterior, en una eterna sucesión de tránsitos que reproducía entre los hombres la inmutable rueda solar de Luc, haciendo siempre presentes a los antepasados con su sabiduría y bendiciones.

El combalcores alzó su bastón y lo dejó caer. Tibaste y Eskutino se lanzaron el uno contra el otro haciendo chocar sus caetras con una furia que pudo ser escuchada hasta en las calles casi desiertas de la ciudad.

El distante retumbar de metal hizo que Corbis y Ablón cruzaran una mirada y asintieran con gravedad. Ambos conocían bien su significado.

—¡Por las astas de Cernunnos! —exclamó Corbis con gesto sombrío—, ¡ya comienzan los combates y vamos a perdérnoslos! No puedo creerme que hayamos tenido tan mala suerte. Hubiera dado el brazo izquierdo por poder rendir honores a Buntalos con todos los guerreros.

Ablón se encogió de hombros con la naturalidad de un hombre acostumbrado a la resignación.

—Cosus sabe cuánto lo siento, pero los turnos son los turnos. Ya tendremos ocasión de ir a presentarle nuestro tributo. Alguien tenía que quedarse vigilando la ceca; Arecorata está llena de forasteros y aquí dentro están buena parte de las riquezas de la ciudad.

Cornis asintió con reticencia. La ceca había sido uno de los grandes empeños de Buntalos: «Una ciudad sin moneda será siempre tributaria de otras», había repetido una y otra vez ante el Consejo hasta que recibió el apoyo necesario para reunir la cantidad imprescindible de bronce y plata que permitiera dar comienzo a la acuñación. Y la realidad había dejado constancia de su acierto: las monedas de Arecorata eran ya de uso común en todas las ciudades ólcades, y cada día, más allá. Desde Turba hasta Contrebia Cárbica se sabía que en la ceca de Buntalos nunca se hacían trampas con los metales, y para atender la enorme demanda de moneda que esa reputación había alentado la ciudad necesitaba abastecerse de cantidades crecientes de lingotes llegados de minas cada vez más distantes.

—Por supuesto —concedió Corbis, tras un largo instante de reflexión—. Es solo que hubiera preferido que fuese otro quien…

Interrumpió la frase con brusquedad. Su impresión de haber escuchado un sonido inesperado se confirmó un momento después: llegó hasta ellos el gemido metálico de un eje, el traqueteo desacompasado de unas ruedas sobre el pavimento, un rumor de pasos, una voz enhebrando una retahíla de exclamaciones irritadas en un íbero con acento tan sureño que Corbis y Ablón apenas pudieron entenderlo.

Al punto, doblando la esquina que daba acceso a la plazuela, aparecieron cuatro hombres tirando de una pequeña carreta cubierta por una piel.

—¡Pero bueno!, ¿y estos de dónde salen? —dijo Corbis, viendo aproximarse a los recién llegados, quienes tenían un aspecto tan semejante que parecían hermanos. Llevaban el pelo recogido en coletas y largas barbas. Vestían túnicas de color pardo, muy gastadas, con el frente protegido por mandiles de cuero, y no llevaban armas a la vista. Se diría que acababan de salir de un taller metalúrgico.

—Parecen oretanos —sugirió Ablón—. No los había visto nunca. En todo caso nada tienen que hacer aquí en un día como hoy; hay que ser bruto para esperar encontrar la ceca abierta durante los funerales de Buntalos.

—¡Eh, vosotros, ¿qué hacéis aquí?! —gritó Corbis, cuando los otros se encontraban ya a una docena de pasos—. ¿No veis que está todo cerrado? ¡Hoy es un día de duelo en Arecorata!

—¡Venimos a la ceca! —contestó uno de los forasteros, aminorando el paso hasta venir a detenerse a corta distancia de los guardias—. Traemos un cargamento de lingotes de estaño; nos envía Abartiaigis de Oreto.

—Pues tendréis que volver otro día —replicó Corbis, negando con la cabeza—. ¿Es que no os han dicho en la puerta que toda la ciudad asiste hoy a los ritos funerarios? Mañana os atenderán; nosotros no podemos hacernos cargo de ninguna entrega.

—¡Volver mañana! —se lamentó el íbero poniendo los brazos en jarras—. ¿Tú sabes lo que pesa esto? ¡Si al menos nos lo hubieran advertido en el cuerpo de guardia! Pero no, se han limitado a obligarnos a dejar extramuros el carretón con los bueyes. ¡No comprendo cómo una ciudad tan grande puede tener calles tan estrechas!

—Ya habéis oído —intervino Ablón en apoyo de su compañero—, hoy no tenéis nada que hacer aquí. Así que basta de protestas y largaos.

El forastero suspiró con disgusto; después alzó las cejas, miró a su alrededor con aire furtivo y sonrió.

—¿Por qué no intentamos ser razonables? Si nos permitís dejar esto en el patio de la ceca sabremos agradecéroslo; no tendréis queja de nuestra generosidad. ¡Mirad! —urgió con un susurro, tomando una esquina de la piel que cubría la carga y haciendo ademán de levantarla.

Corbis y Ablón cruzaron una mirada a la que se asomó más la curiosidad que la codicia. Dieron un paso hacia la carreta e hicieron un gesto al oretano para que la descubriera.

Se alzó la piel y los ólcades dieron un respingo de sorpresa. En el cajón de madera no había sino una gran soga enrollada sobre sí misma.

—¿Pero qué broma es…?

Corbis no terminó la pregunta. Al alzar la mirada descubrió que el forastero tenía un puñal en la mano. Un instante después todo se tiñó de rojo y el grito de alerta que le brotó del pecho se le desbordó por la garganta abierta por un tajo relampagueante.
Los asesinos se movieron con la celeridad de quien no ha dejado nada a la improvisación. Revisaron los cuerpos de los centinelas hasta que, en el de Ablón, encontraron la llave de hierro que franqueaba el portón forrado de bronce de la ceca. Esta ocupaba un recinto en el extremo sureste del risco por el que se extendía la ciudad; no por casualidad era el mejor protegido de toda ella. Allí la muralla se estrechaba hasta tomar la forma de la afilada proa de un barco, asomada a un barranco vertiginoso en cuyo fondo espumeaba el río Sucro haciendo hervir rumores de agua y monte.

Ya en el interior del recinto los hombres se encontraron en un patio con signos de albergar una intensa actividad: había pilas de troncos de encina, montones de escoria, moldes cerámicos, tubos de soplado, dos hornos apagados de los que aún escapaba el agrio olor de la fundición y un orificio circular en el suelo de roca que daba cuenta de un aljibe subterráneo. En el extremo había dos edificios de piedra con el frente recorrido por una galería abierta sostenida por robustas columnas de madera. Una escalera lateral conducía a la azotea del más grande de ellos.

Los intrusos corrieron hacia ella llevando la soga de la carreta. Uno se detuvo para anudarla a uno de los pilares del pórtico; los otros subieron hasta el tejado sin detenerse y, asomándose al pretil, escrutaron el cerro que se alzaba al otro lado del cañón del Sucro. Era un imponente peñasco de piedra desnuda de color ocre que se oscurecía aquí y allá en sombras grisáceas; algunas matas de aulaga aferradas a las grietas encendían salpicaduras amarillas. Los infatigables mecanismos del tiempo y la erosión habían aprovechado alguna fragilidad de la roca para abrir en ella una amplia cavidad, enfrentada a la ceca, que servía de santuario para rendir ofrendas a los dioses de Arecorata.

—¡Eh, Girolbaal, ¿estáis ahí?! —gritó el jefe de los íberos, y un instante después comenzaron a emerger hombres armados de la penumbra del santuario. Llevaban atuendo de cazadores edetanos y hubieran podido recorrer media Ispania pasando inadvertidos, pero el guerrero que los dirigía tenía claros rasgos púnicos.

—¡Estamos listos, Agirnes! —respondió este—. ¡Vamos, la cuerda, la vanguardia no tardará en llegar!

Los íberos de la ceca dispusieron en el suelo de la azotea la soga, a la que se había anudado un cordel fino con un peso de plomo en su extremo. Agirnes lo alzó y, tomando impulso, lo lanzó trazando un arco sobre el precipicio, pero quedó corto, rebotó contra la pared de piedra y cayó al vacío, yendo a impactar mucho más abajo, con un eco brusco y amortiguado, tras unos largos instantes que ocuparon las imprecaciones de Girolbaal.

—¡Por las barbas de Melqart, Agirnes, mira lo que haces! ¡No hemos llegado hasta aquí para que ahora lo estropees todo! ¡Cualquier pastor de Libia tiene mejor puntería que tú!

Agirnes hizo caso omiso, recogió la cuerda tan rápido como pudo y volvió a lanzar el plomo. Esta vez no falló y poco faltó para que Girolbaal recibiera el impacto en su pecho. Los hombres del santuario tiraron de la cuerda y, tras ella, hicieron a la soga salvar la veintena de pasos del abismo.

—¡Rápido, atadla bien! —urgió Girolbaal—. Yo iré el primero, pero el General os quemará vivos si llega a soltarse.

Poco después un tirante puente de soga de esparto cruzaba el cañón del Sucro de un lado a otro, a casi un centenar de pasos sobre el rugiente caudal del río. El cartaginés se lanzó a cruzarlo sin pensárselo colgando de la soga, avanzando las manos alternativamente y agitándose como un muñeco, acompañado de tintineos metálicos. Cuando alcanzó el otro lado fue ayudado por Agirnes a alzarse hasta la azotea, mientras otro guerrero iniciaba la travesía.

—¡Magnífico! —se congratuló Girolbaal—, estaba seguro de que esto iba a funcionar. ¿Qué habéis visto? ¿Queda gente armada en la ciudad?

—Muy poca —contestó Agirnes—. Nadie ha querido faltar a los ritos funerarios del rey. Tan solo hemos visto a los dos guardias que custodiaban la ceca; además está la guarnición de la puerta de la ciudad; diría que unos ocho hombres.

—¿Y a lo largo de la muralla?

Agirnes movió dubitativo la cabeza.

—Imagino que habrá algún puesto de vigilancia aquí y allá, pero no creo que puedan impedirnos actuar si lo hacemos con rapidez.

—¿Y ciudadanos? ¿O forasteros que puedan causarnos problemas?

—Solo gente que no puede valerse. Ancianos, parturientas o enfermos. Arecorata parece una ciudad abandonada.

—Tal y como estaba previsto —dijo Girolbaal, sonriendo con ferocidad—; ese sacerdote sabe bien lo que hace.

El púnico volvió su atención hacia la soga sobre el Sucro, dejando que su impaciencia sirviera de acicate a la celeridad de los suyos hasta que terminaron de cruzar y lo rodearon en el patio esperando órdenes, agitados por el esfuerzo y la acción inminente. Confiando en la velocidad y la sorpresa no llevaban otro armamento que falcatas y jabalinas; había también algunos arqueros con sus armas cruzadas a la espalda.

—Estamos listos —dijo Girolbaal—. Corred detrás de mí; no nos detendremos hasta llegar a la puerta. Ignorad a la gente desarmada que nos pueda salir al paso. Agirnes, los tuyos se quedarán vigilando el barranco, pero tú vendrás con nosotros. ¡En marcha!

Corrieron por la calle principal de la ciudad con un rumor de respiraciones, pasos y herrajes, sin dar tiempo apenas a que la sorpresa de quienes los vieron pasar se convirtiera en alarma. Mayor estupor aún causaron en la guarnición que custodiaba la gran puerta septentrional de la muralla, cuya atención estaba puesta, como la de la inmensa multitud que ocupaba el cerro de la necrópolis, efervescente y oscura como un enjambre de insectos, en el combate que en ese instante tenía lugar frente al catafalco de troncos sobre el que yacía el cuerpo sin vida de Buntalos.

¿Cómo iba a imaginar Bastugitas, capitán de la guardia, que la amenaza llegaría, precisamente en un día como aquel, del interior de la ciudad? Así que cuando vio, desde lo alto del torreón principal, a aquel nutrido grupo de hombres llegar a la carrera tardó unos instantes preciosos en alumbrar la idea de que podían ser hostiles a Arecorata. Dio la voz de alarma un instante antes de que tres de sus hombres fueran alcanzados por los proyectiles de los desconocidos.

Urgido por la ira y el desconcierto ordenó a quienes estaban junto a él en el torreón que lo siguieran y corrió escaleras abajo en auxilio de los suyos, sin tener tiempo para otra cosa que encontrarse con la muerte cuando una jabalina que apareció de pronto ante su

rostro se le hundió, inflamando un efímero destello púrpura, entre los dos ojos.

Capítulo VI

TIBASTE sintió que una sombra le oscurecía la visión como un ave fugaz. Inspiró profundamente y fijó su atención en el peso de su cuerpo repartido en las plantas de los pies. Trató de tomar conciencia de la tierra bajo ellos, encontrar equilibrio en el corazón pétreo del cerro. Miró hacia abajo y vio su cuerpo cruzado de cortes, sangrando como si fuera una víctima sacrificada que sobreviviera por accidente. Alzó de nuevo la mirada y se encontró con la de Eskutinos. Su adversario presentaba también un aspecto agónico, brutalmente devastado por las heridas, pero tenía una sonrisa colgada en los labios, presintiendo la victoria.

La expectación de la multitud lo sobrevoló con un rugido prolongado, como un trueno rodando a lo lejos, y se apagó de pronto, creando un silencio que se le hizo insoportable.

La sombra regresó y se instaló en sus pupilas, en su pecho, en el interior, de pronto inmensamente vasto, de su cabeza. Mientras se desvanecía escuchó una voz que gritaba:

—¡La puerta! ¡La puerta se cierra!

Le pareció extrañó. Él sintió que estaba a punto de abrirse una puerta que nunca había imaginado que estuviera ahí.

El grito quebró el sortilegio de la sangre y las miradas volaron hacia Arecorata. Todas vieron cómo, en efecto, las puertas de la ciudad terminaban de cerrarse. Hubo un murmullo de sorpresa que se propagó por el gentío.

—¿Pero qué hace Bastugitas? —exclamó Eskutinos, sin poder ocultar su irritación ante el suceso inesperado que empañaba el brillo de su victoria.

El combalcores se apartó de Tibaste y dejó que otros sacerdotes se ocuparan de detener las hemorragias del guerrero caído.

—Enviad a alguien a averiguar qué ha ocurrido —dijo—, pero no debemos interrumpir los ritos; los dioses pueden comenzar a impacientarse. Pasemos sin demora al siguiente combate: Segilo y Kintortes, disponeos a rendir tributo al espíritu de Buntalos.

—¿Enviar a alguien sin más, combalcores? —objetó Eskutinos mientras el resto de los capitanes de Arecorata se arremolinaban alrededor—; si Bastugitas ha cerrado las puertas debe ser porque se ha presentado una amenaza para la ciudad, y ni los dioses ni Buntalos entenderían que lo ignorásemos. Por Epona que Tibaste me ha exigido un oneroso tributo de sangre, pero iré yo mismo. Reanudaremos los combates tan pronto como sepamos qué ha ocurrido, combalcores. ¡Vamos, a Arecorata!

Los guerreros se abrieron paso entre la multitud hasta alcanzar la ladera salpicada de enebros donde habían quedado las monturas y desde allí partieron al galope hacia la ciudad. Aunque Eskutinos se esforzó por mantenerse en cabeza junto a Segilo, Kintortes y los otros capitanes del Consejo, era evidente que la debilidad causada por sus heridas comenzaba a pesarle como un lastre.

En la ciudad una densa columna de humo comenzó a elevarse hacia el cielo cuajado de lentas nubes grises. Con ese nuevo motivo de inquietud los guerreros apresuraron la marcha espoleando a los caballos por la empinada pista que conducía a la puerta de la ciudad. Al llegar a ella la encontraron cerrada y en apariencia abandonada, con los torreones y el adarve de la muralla desiertos, sin rastro de la guardia que hubiera debido recibirlos. Desde el interior, la humareda seguía ascendiendo para confundirse con el aire de plomo, extendiendo un agrio olor a presagios y cuero quemado. Todos cruzaron miradas de alarma.

Segilo se aproximó a la puerta y la golpeó violentamente con el pomo de su espada.

—¡Bastugitas! ¿Dónde estáis, qué está sucediendo?

Le contestó un silencio ocupado solo por el crepitar de un fuego cercano.

—Vayamos a la poterna de los corrales —sugirió Eskutinos con un hilo de voz—. Si tampoco hubiera nadie allí podemos intentar tirarla abajo.

—O podemos escalar la muralla —intervino Kintortes—. A la altura de los silos hay un lugar donde…

Se interrumpió. Un hombre había aparecido en lo alto del torreón principal, asomándose al parapeto. Era un completo desconocido. Llevaba una túnica con el característico lazo rojo en el cuello de la gente de la costa y estaba tocado con un sencillo casco

de bronce. Tenía la piel olivácea y el pelo de un negro brillante, casi azulado, como el plumaje de un cuervo. El hombre habló en íbero con un fuerte acento extranjero, sin disimular el tono de quien se está divirtiendo.

—No os conozco. Decid quiénes sois y qué queréis.

Los ólcades se quedaron perplejos.

—¡Bastugitas! —continuó el extraño, riendo como si acabara de hacer un descubrimiento feliz—. Imagino que te refieres a este.

Un objeto cayó desde el parapeto, rodó por el suelo y fue a detenerse ante el caballo de Segilo, que lo saludó con un bufido inquieto. Era una cabeza ensangrentada. Antes de que los jinetes pudieran reaccionar el hombre de la muralla continuó, alzando el tono de voz hasta convertirlo en un grito iracundo.

—¡Explicaciones! ¿Queréis explicaciones? —hizo una pausa y ladeó la cabeza, como prestando atención—. Estáis de suerte. Pronto podrá dároslas el General.

—¡Maldito cerdo! —gritó Segilo, saltando a tierra, mientras el resto de los ólcades prorrumpían en insultos y amenazas. Se acercó a recoger la cabeza de Bastugitas y, murmurando oraciones entre dientes, la dejó caer en una alforja de su caballo. Se disponía a volver a montar cuando una vibración bajo sus pies lo detuvo. Un momento después también el aire latía con ella, comenzando a levantar ecos leves en la muralla.

—Vienen caballos —dijo Eskutinos, tan exangüe la voz como la tez, poniéndole palabras a la evidencia—. Muchos.

La ira y el desconcierto de los ólcades dieron paso a una aguda sensación de peligro. Si la caballería que se aproximaba pertenecía a una fuerza enemiga, los encontraría en la más vulnerable de las posiciones.

El extranjero lanzó una carcajada que encendió en la mente de Segilo un relámpago de revelación. El ólcade comprendió de pronto que la secuencia de sucesos extraordinarios de aquellos días no era producto de la fatalidad o del azar. Todo aquello había sido cuidadosamente preparado. La gente de Arecorata estaba congregada extramuros, sin otro armamento que el propio del duelo y de los combates rituales. Habiéndose hecho fuerte en la muralla y controlando las puertas, el enemigo podría tomar casi sin esfuerzo la más poderosa ciudad de los ólcades, con sus millares de guerreros

y formidables defensas. Y la alusión del extranjero al General no podía referirse más que a una persona.

Aníbal.

El galope, cada vez más audible, le martilleó obligándole a tomar conciencia de la magnitud de la tragedia que se abatía sobre ellos.

—¡Es una trampa! —gritó—, ¡es una trampa! ¡Vienen los cartagineses! ¡Tenemos que poner a salvo a nuestra gente!

Una descarga de flechas y jabalinas les anunció que numerosos guerreros habían aparecido junto al extranjero a lo largo del adarve. Algunos ólcades cayeron, otros lanzaron sus venablos hacia el parapeto sin conseguir otra cosa que hacer manifiesta su impotencia. Una nueva oleada de proyectiles causó nuevas bajas. Eskutino recibió en el cuello una jabalina que puso término al combate que Tibaste no había podido ganar, y la justicia de Sucellos hizo que este muriera también en ese instante allá lejos, en lo alto de la necrópolis, rodeado de sacerdotes consternados. Kintortes apenas pudo mantenerse sobre el caballo cuando una flecha se le hundió en el hombro derecho silbando como un insecto gigante.

La posición de los ólcades resultaba insostenible. A lo lejos, en dirección a poniente, una gasa de polvo señalaba ya la vanguardia de los enemigos, y su galope resonaba amenazante entre los montes. En la necrópolis un movimiento frenético comenzó a agitar a la multitud, que emprendía el regreso a la ciudad sin comprender que en ella no encontrarían ningún refugio.

—¡Seguidme! —gritó Segilo, tomando conciencia de que, si no actuaban con la mayor celeridad, el día de los funerales de Buntalos sería también el último de todos ellos—. ¡Tenemos que reunir a los guerreros y hacer frente a los atacantes! ¡Valor, Cosus nunca ha abandonado a Arecorata, y hoy lucharemos en presencia del espíritu de Buntalos!

Descendieron al galope y alcanzaron el valle cuando el gentío se derramaba ya desde la necrópolis, aproximándose hacia ellos como un enjambre envuelto en el agrio zumbido que precede al pánico. Un gran número de guerreros de a pie estaba reuniéndose con premura en el espacio de eras y huertos situado en la embocadura del valle, disponiéndose para la defensa bajo el mando de un hombre bajo con un yelmo rematado por astas de ciervo. Segilo se

congratuló: era Rietalos, capitán de los exploradores de la ciudad, amparados por la protección de Cernunnos, veloz y montaraz como el animal que le servía de símbolo. La llegada de los jinetes ólcades hizo que todos dirigieran hacia ellos sus miradas.

Segilo se giró. Tras él estaba Kintortes con la flecha aún clavada en el hombro. Su rostro era una máscara de dolor y voluntad de resistir, pero saltaba a la vista que ni siquiera podría sostener una espada. A su lado estaban los vetones Ulantio y Maenomaro, envueltos de pronto en una guerra ajena, pero que amenazaba sus vidas y tal vez al destino de su pueblo como si fuera propia.

—Kintortes —dijo Segilo, alzando la voz para hacerse oír sobre la turbamulta que rugía a su alrededor—. Sabes como yo lo que todo esto significa. No tenemos ninguna opción. Es preciso que pongas a salvo a nuestra gente, que preservéis la memoria y el espíritu de la ciudad. Con la ayuda de Luc los guerreros de Arecorata ganaremos el tiempo que necesitéis para alejaros. Y vosotros, vetones, marchad con él. No quisiera dar a los púnicos ninguna excusa para incluiros entre sus enemigos.

Kintortes titubeó un instante y después asintió con tristeza. Con su herida no sería más que un estorbo en el combate, y era preciso que alguien se asegurase de que el sacrificio de los guerreros no fuera en vano.

—Nos encontraremos de nuevo un día, Segilo —dijo—. Si no es en el mundo de los vivos, juro que será en el de los que murieron con honor.

Después espoleó su caballo y se dirigió al encuentro de la multitud de gente desarmada que miraba a su alrededor tratando de comprender lo que ocurría. Ancianos, mujeres y niños, mercaderes, pastores, curiosos y artistas trashumantes que habían visto cómo su celebración del Beltane y las honras debidas a Buntalos se convertían en una pesadilla. Ulantio sacudió la cabeza, apesadumbrado, dirigió a Segilo un gesto de conformidad velado de despedida y, acompañado por Maenomaro, partió a su vez.

Segilo cabalgó con los jinetes de Arecorata para reunirse con el gran frente de guerreros que Rietalos estaba organizando con la ayuda de los portadores de los karnyx que daban voz a los clanes de la ciudad. Situados a intervalos regulares, cada uno tocaba con su timbre y secuencia de tonos característicos, señalando a los

guerreros un lugar al que dirigirse en medio del caos que se había adueñado de lo que apenas una hora antes era una inmensa congregación de duelo.

Los jefes de los clanes se apartaron de Segilo y cabalgaron hasta situarse al frente de los suyos, enarbolando las enseñas y estandartes entre gritos de aliento y encomiendas a los dioses que fueron respondidos por los guerreros aullando al cielo gris y golpeando los umbos de sus caetras con las espadas. El estruendo hizo inaudible por un momento el retumbar de los cascos del ejército enemigo, que se acercaba a gran velocidad.

—Los dioses estén contigo, Rietalos —dijo Segilo al situarse junto al guerrero, sintiendo que la esperanza se negaba a extinguirse en su pecho—; si hoy le es concedida a Arecorata una oportunidad, te lo deberemos a ti.

—¡Segilo! —respondió Rietalos, con un brillo incandescente en sus ojos oscuros—, ¡me alegra verte al mando! No hay tiempo para que me cuentes lo que ha ocurrido allá arriba, pero me gustaría saber al menos contra quién nos enfrentamos. Quién ha podido pasar desapercibido de este modo a los ojos de Cernunnos. Y a los nuestros.

Segilo comprendió que Rietalos, como jefe de los exploradores de la ciudad, se hacía responsable de no haber advertido ninguna señal de la proximidad de un enemigo tan numeroso.

—No tienes por qué lamentarte. Desde antes de ayer los ojos de Cernunnos, como los de todos nosotros, han estado puestos en Buntalos. En cuanto a los que nos atacan —añadió, alzando la mirada hacia la delgada línea oscura que no dejaba de crecer en la distancia—, quienes cerraron las puertas nos anunciaron la llegada del General. Ya sabes lo que eso significa.

Rietalos asintió con gravedad.

—Aníbal Barca. Estaba seguro. Buntalos y Arecorata causaron la derrota de los suyos y la muerte de su padre Amílcar en Hélike. Ha venido a vengarse. Llevamos años esperándolo.

—Así es, pero no se lo pondremos fácil —concluyó Segilo, volviendo su atención a un jinete que se aproximaba llevando en las manos el estandarte con el toro y el águila de Arecorata. Era Vecco, uno de los sacerdotes de Sucellos.

—Me envía Arriago, Segilo —dijo atropelladamente al llegar

junto a ellos—. El combalcores te pide que aceptes la enseña de la ciudad para dirigir el combate. Cuentas con la protección de Sucellos y de todos nuestros dioses. Y también con la del espíritu de Buntalos. Mira.

Segilo siguió la dirección que señalaba el brazo extendido de Vecco. En lo alto de la necrópolis una indolente columna de humo negro había comenzado a trazar espirales hacia lo alto. El guerrero se estremeció al comprender lo que aquello significaba: el combalcores había comenzado la incineración del cuerpo de Buntalos, dejando que la batalla que estaba a punto de producirse le sirviera de combate ritual. Nunca un jefe ólcade habría recibido un tributo de sangre semejante a aquel. Nunca un ejército ólcade habría tenido como testigo y protector a un espíritu tan poderoso como el suyo.

Segilo tomó el estandarte y se dejó atravesar por un estallido de emoción. Espoleó a su caballo y cabalgó ante el frente de guerreros que cruzaban de lado a lado el fondo del valle agitando sus jabalinas, con sus escudos con umbos de bronce, con sus yelmos, torques y túnicas multicolores: un muro de coraje para proteger la huida hacia el interior de los montes de la multitud desarmada de la ciudad.

—¡Valor y honra, guerreros de Arecorata, valor y honra! —gritó Segilo, mientras pasaba como un viento intrépido ante los hombres con quienes tantas veces había empuñado las armas, recibiendo como respuesta un ruido ensordecedor de metal contra metal—. ¡Mirad! —añadió, señalando con el estandarte hacia la columna de humo que coronaba la necrópolis—, ¡mirad, ólcades, el espíritu de Buntalos está con nosotros! ¡Ante su mirada ningún acto de coraje o cobardía pasará inadvertido! ¡Luchad como dignos hijos de Buntalos, ólcades! ¡Luchad por Arecorata y por los vuestros!

Su grito se extinguió en el colosal rugido de voces, cuernas y acero que se alzó de la muchedumbre de guerreros. Se volvió para dar la cara a la vanguardia enemiga. Esta apareció de pronto rebasando una loma a tan solo medio millar de pasos de donde se encontraban.

La barahúnda de los ólcades cesó de pronto y en el aire de la tarde no quedó otra cosa que el trueno de los cascos de millares de caballos.

Y, al frente de ellos, una línea compacta de elefantes. A lo lejos sonó una nota de bronce, aguda y perentoria, a la que siguió el chillido iracundo de las bestias.

Segilo comprendió en un instante el terrible error de la formación que habían adoptado, exponiendo en terreno llano y desprotegido a sus guerreros, sin otras armas que espadas y jabalinas para hacer frente a la carga devastadora de aquellos monstruos.

Pero ya era demasiado tarde. No les quedaba otra opción que enfrentarse a ellos, con las manos desnudas si fuera preciso. Dar la vida con honor ante sus dioses y los espíritus de Buntalos y de todos sus antepasados. Demostrar a Aníbal que Arecorata podría conocer la destrucción y la derrota, pero no la deshonra. Ganar tiempo para que el nombre de la ciudad pudiera ser llevado por su gente allí donde Kintortes y sus pasos los condujeran.

Segilo se giró y sostuvo la mirada de Rietalos. En ella había una certeza gris, antigua e impasible. Acaso también una sonrisa; la del que descubre, no sin alivio, que todos los juegos llegan a su fin. La del que por fin toma conciencia de que ningún azar banal, ningún enemigo traicionero, ninguna enfermedad germinada por algún dios vengativo, le privarán de una muerte gloriosa.

—Rietalos —dijo Segilo—, ¿cómo quieres morir?

El hombre respondió sin un titubeo.

—Ya conoces la respuesta. Atacando, ¿cómo si no? Como desean morir siempre los guerreros de Arecorata.

Segilo alzó el estandarte y comenzó a entonar el canto de encomienda a Luc.

—¡Gracias, padre Luc, por traernos a la batalla bajo tu protección!

Los karnyx comenzaron a marcar un ritmo lento, pesado, inexorable, y todo el frente de guerreros comenzó a andar, uniendo su multitud de voces a la de Segilo, haciendo vibrar ecos en los montes, en la ciudad mancillada, en las veladuras de humo agrio suspendidas en el cielo.

«Gracias, padre Luc, por darnos enemigos valerosos para probar nuestra hombría».

Segilo agitó de nuevo la enseña del toro y el águila y los karnyx apresuraron el ritmo poco a poco, arrastrando a los guerreros como

si estuvieran uncidos a un yugo invisible, poniendo en sus voces un loco abandono, una furia desesperada y hambrienta.

«Gracias, padre Luc, por no saciarte nunca de la sangre de tus enemigos, ni de la sangre de los tuyos».

Los fugitivos dirigidos por Kintortes, adentrándose ya en los encinares que cubrían las laderas al norte de la ciudad, se detuvieron y volvieron la vista atrás para ser testigos de la escena. Todos quedaron mudos, estremecidos, transidos de orgullo y pavor al mismo tiempo.

En la altura del castillete, sacudido por la cadencia salvaje del galope de su elefante, con la boca árida y estruendo de tambores en el pecho, Aníbal abrió de par en par los ojos, estupefacto.

Al pie de su ciudad arrebatada, a punto de ser destruidos por una fuerza militar que ningún pueblo de Ispania hubiera sido capaz de resistir, tomados por sorpresa en el corazón de su duelo, los guerreros de Arecorata cargaban contra ellos.

Aullando como lobos del páramo, magníficos en su locura, con toda el alma puesta en el empeño de no ceder a otros el honor de encabezar la embestida, los ólcades de Arecorata corrían a encontrarse con su destino.

Capítulo VII

HABÍA comenzado a llover, pero tan poco a poco, tan en silencio, que no parecía sino que la respiración de las nubes hubiera cambiado de timbre al llegar a ras de tierra. Frente a él el túmulo humeaba aún y de vez en cuando chisporroteaba y siseaba, encontrando todavía combustible para mantener los enigmas de su conversación. Olía a ceniza insomne, a moho, a encina, al dulzor desconcertante de la sangre, a tierra saturada de oraciones, a óxido, a tomillo, a vísceras.

En el valle, sus soldados se apresuraban a amontonar los cuerpos, tanto propios como ajenos, antes de que terminara de cerrarse la noche. Los caídos de su ejército recibirían al día siguiente los ritos propios de los distintos pueblos a los que pertenecían. Pero también esperaba que los ólcades huidos regresaran para rendir a los suyos los honores funerarios que merecían; después podrían continuar viviendo en su ciudad siempre que aceptaran pagarle los tributos que eran acostumbrados. Al pie de la ciudad, en los corrales de ganado, atados de pies y manos y vigilados por un nutrido contingente de sus tropas, unos pocos centenares de supervivientes cantaban su desesperación en una letanía oscura. Eran muchos menos de los que pensaba obtener, pero habían demostrado sobradamente su valía; se les perdonaría la vida si aceptaban luchar por Cartago en las interminables guerras que la metrópoli mantenía con las belicosas tribus libias de las montañas de África.

Sus oficiales habían expresado no pocas dudas y alguna protesta sobre su empeño de recoger en el campo de batalla los cuerpos de miles de enemigos: ¿para qué obligar a los soldados a una tarea como esa, cuando lo que esperaban y merecían era disfrutar del descanso y el saqueo? ¡Ya se encargarían de ellos los buitres y alimañas, y el capitán de todos los carroñeros, el Tiempo!

Pero él veía las cosas de otro modo. ¿Es que todas las batallas, todos los adversarios, eran iguales? ¿Daba lo mismo derrotar a un

héroe o a un cobarde? ¿Resultaban unas u otras victorias gratas de igual modo a los ojos de los dioses? Él creía que no. Y no podía terminar de sacudirse de encima una sombra de vergüenza por haber recurrido contra Buntalos a medios que no le parecían dignos de ninguno de los dos. ¡Pero Zekárbal había insistido tanto! Arecorata hubiera podido resistir un asedio durante meses, le decían, y eso hubiera frustrado todos sus planes. Había que quitar de en medio a Buntalos y someter a su ciudad en un golpe que dejara a todos los enemigos sobrecogidos. El éxito de toda la campaña había parecido depender de ello y acabó por dejarse convencer.

Ahora sabía que había sido un error, y esa certeza se le había instalado dentro como un animal que de continuo le señalaba su presencia. Era el mismo sentimiento de deshonor que lo había acosado tras dar muerte a Orissón en el templo de Melqart, ante la mirada inexorable de su dios. En un caso la ira y en el otro la impaciencia le habían hecho pasar por encima de la noble grandeza a la que quería ajustar su comportamiento. Se lo había dicho Hipócrates, certero y mordaz como siempre: todos aquellos honores a los vencidos no eran sino el óbolo para intentar, sin éxito, aquietar su conciencia.

Sacudió la cabeza para alejar la idea. Si los dioses no estuvieran de su lado no hubiera ganado ese día una victoria tan formidable. Ahora era el momento del regocijo para los vivos y del homenaje para los muertos. Tal vez para otros la vida fuera una sucesión de paisajes, pero para él lo era de propósitos. Y con los propósitos venían sus dos implacables escuderos: el honor y el destino, el primero como exigencia y el segundo como la más voraz de las certidumbres. Cuando se enfrentaba a una encrucijada intentaba poner contorno a sus opciones imaginando cuál hubiera sido la respuesta de Aquiles y Alejandro. Y no le cabía duda alguna de que en ese día ellos habrían hecho lo mismo que él: ganar la victoria a toda costa y después rendir tributo a aquellos hombres espléndidos que habían conseguido plantarle cara hasta el final de la tarde, entregando sus vidas en actos de valor difíciles de concebir. Aquellos guerreros que habían elegido morir cantando.

Por eso estaba allí ahora, encomendando a Tanit el espíritu de los ólcades, y sobre todos ellos el de uno de los hombres que habían

causado, años atrás, la muerte de su padre. Por eso había sacrificado un gallo sobre los restos de Buntalos, haciendo que la sangre del animal regara el yelmo del guerrero, con sus alas de águila labradas en plata ahora ennegrecidas de hollín, para que el *ruaj* del ólcade, su soplo vital, ascendiera sin lastres a las moradas celestes de los dioses.

Aníbal se giró. Tras él, aquellos de sus capitanes que no habían sido enviados a los otros frentes abiertos en la campaña repartían su atención entre los restos humeantes del catafalco de Buntalos y la devastación del campo de batalla al pie del cerro, en el valle, alfombrado de cadáveres de hombres y animales, incluidos los de cuatro de sus amados elefantes. Allí estaba su hermano pequeño Magón; Gimialcón, jefe del Estado Mayor; Himilcón, comandante de la Guardia Bárquida; el boetarco Berébal, responsable de la intendencia de un ejército que semejaba una ciudad ambulante; el poliorceta Bitón de Siracusa, sin rival en la construcción de barcos y máquinas de guerra; Mahárbal y Adhérbal, compañeros de correrías desde la infancia; los dos hermanos de Siracusa, Epiclides e Hipócrates, primos lejanos y amigos de largo recorrido; y el escriba Bobdal, cronista de los sucesos de su vida durante la ya larga ausencia de su antiguo preceptor Sósilo de Esparta.

Lejos quedaba su otro hermano, Asdrúbal, al frente de las tropas que estrechaban el cerco sobre Hélike; y Naravas, comandante de la caballería númida y esposo de su hermana Salambua, vencedor en los vados de Purietine. Su círculo más cercano de oficiales lo completaban Magón el Samnita y Asdrúbal el hijo de Giscón, al mando de las guarniciones de Carmo y Qart Hadasht. Todos ellos eran hombres y soldados extraordinarios, y se sabía afortunado por contar con ellos cuando emprendía la tarea que había iniciado su padre y continuado su cuñado Asdrúbal, y que ahora el destino y los dioses habían puesto en sus manos.

Sacó la espada de su vaina, se arrodilló, y clavó la hoja en la tierra húmeda frente a él. Supo que no necesitaba decir nada: Sósilo había hecho popular entre ellos el episodio de la vida de Alejandro que ese día agitaba su corazón. Cuando el macedonio inició su campaña contra los persas, cruzó el Helesponto con la mayor flota de guerra que jamás hubieran reunido los griegos. Cuando puso pie en tierra, no muy lejos de la antigua Troya, clavó su lanza en el

suelo y dijo que conquistaría Asia como cautiva de guerra.

«Como cautiva de guerra», repitió para sí.

Miró a los suyos uno a uno y sintió que un calor grave y denso se le encendía entre la garganta y el pecho. Sabía que todos ellos estaban pensando lo mismo que él.

Que ese día, ante los muros de una malhadada ciudad ólcade en el corazón de Ispania, con una amarga penumbra de falsedad que acaso no dejara de perseguirle nunca por los rincones de su conciencia, había comenzado un nuevo tiempo.

Para ventura o desdicha de todos ellos, el tiempo de Aníbal Barca.

PARTE SEGUNDA

QUIEN QUIERA REYES

«Quien quiera reyes que vaya a Tiro».

Dicho popular en Cartago

Capítulo VIII

—¿CÓMO cautiva de guerra? ¿Así consideraba Aníbal a Ispania? ¡Maldita sea su memoria! —Argonio quedó mirando al frente como si las últimas palabras de Bobdal hubieran quedado suspendidas en el aire. Tenía los ojos entrecerrados y la respiración agitada—. Nunca fuimos amigos de Asdrúbal, pero siempre supimos que con su muerte salíamos perdiendo.

Bobdal se encogió de hombros.

—Eran hombres muy distintos. Asdrúbal, como todos los vanidosos, necesitaba ser amado; por eso prefería utilizar la persuasión de la seducción a la autoridad de las armas. Zekárbal lo comprendió desde el primer momento y adaptó su estrategia a la inclinación del príncipe. Ese era el talento del sacerdote: era él quien había dado forma al sueño de una monarquía Bárquida en Ispania y sabía acompasarlo a las circunstancias y a la personalidad de quien había de ponerlo en práctica. Asdrúbal era atractivo y cautivador y anhelaba sinceramente ser aceptado de buen grado como monarca de los íberos. De no haber muerto cuando lo hizo, el mundo que conocemos hubiera podido ser bien distinto.

—Eso nadie lo sabe —dijo Argonio, sacudiendo la cabeza como si no mereciera la pena dedicar un solo instante a lo que pudo haber sido y no fue—. El caso es que Asdrúbal murió y a Aníbal le faltó tiempo para lanzarse a por su presa. A por su cautiva de guerra. Lo que siempre me resistí a creer, aunque muchos lo sospecharon, es que hubiera cometido la bajeza de envenenar a Buntalos sirviéndose de los cocineros itinerantes que habían acudido a Arecorata durante el Beltane para beneficiarse de su hospitalidad; hasta algunos de sus enemigos llegamos a dar una porción de crédito a la imagen honorable que propagó de sí mismo. ¡Aníbal mancilló la festividad sagrada y la confianza de Buntalos! —Argonio bufó con todo el desprecio que cabe dentro de un hombre—. ¡Y ahora ha sido víctima él mismo de su veneno! ¡Que Astarté haga pagar a su espíritu sus vilezas! ¡Que nunca encuentre

reposo entre los difuntos!

Adara puso su mano sobre el brazo de Argonio y este calló de pronto, jadeando. El cráneo se le había perlado de gotas de sudor. Tomó la copa que le ofrecía la mujer y bebió hasta recuperar el aliento.

Siguió una pausa en la que no se escuchó otra cosa que el rumor de la lluvia. Aunque no debían estar muy lejos del mediodía la mañana se había ido cerrando hasta convertirse en una triste bruma cenicienta que dejaba la estancia en penumbra.

Tras media luna en el poblado, Bobdal había comenzado a acostumbrarse a aquel tiempo inclemente. Y a los arrebatos de emoción de Argonio. El oretano le intrigaba sobremanera. De ordinario se comportaba con una propiedad sobria e inteligente que bien lo hubiera hecho pasar por un filósofo estoico en las conversaciones que tenían lugar en el peristilo del templo de Kusor el Sabio, en Cartago. Pero en ocasiones quedaba en silencio durante largo tiempo, moviendo tenuemente los labios como si mantuviera conversaciones con voces que resonaran en su interior o se inflamaba de pronto en accesos de desolación o de ira. En todo caso, Bobdal sabía que bastaba esperar unos minutos para poder reanudar la conversación. Lo hizo aparentando que nada había ocurrido.

—En cambio, Aníbal era muy distinto a Asdrúbal. Se veía a sí mismo más como un general que como un monarca. Por eso, al contrario que su cuñado, nunca reclamó para sí el título de *basileus* de su muy admirado Alejandro, ni permitió que en las monedas se ciñera su efigie con la diadema de los príncipes, como sí lo hizo Asdrúbal. Él se conformó, al igual que su padre Amílcar, con la corona de laurel de los vencedores en el campo de batalla. Mucho más tarde, cuando le correspondió ser sufete de su ciudad, todos descubrimos el talento que tenía para las tareas de gobierno. Pero en aquellos primeros días de Ispania, de la administración se encargaba Zekárbal, lo cual le dejaba a él las manos y la atención libres para dedicarse a la actividad militar. Y en ella tuvo sus objetivos claros desde el primer momento.

—Acabar con Hélike —apuntó Adara—. Todos sabíamos que para él era una deuda pendiente.

—Sin duda. Tenía que acabar con ólcades y oretanos del mismo

modo que Alejandro atacó a tríbalos e ilirios para castigar a los asesinos de su padre. Pero ya entonces —añadió Bobdal, enarcando las cejas—, su objetivo final era Roma. De hecho, lo fue toda su vida, desde que a su llegada a Gadir, cuando no contaba más que con nueve años, su padre le hizo jurar en el santuario de Melqart que siempre profesaría odio a los romanos. Desde aquel día en que ayudó a sacrificar un toro ante la llama sagrada del dios, hasta que puso fin a sus días tomando el veneno de su sortija, todos los actos de Aníbal solo pueden ser interpretados bajo esa luz. Su vida es el relato del empeño irrenunciable de acabar con Roma para eliminar la más grave amenaza que jamás se cernió sobre su pueblo. Eso terminó siendo su maldición, y también la de Cartago.

—¿Y qué tuvimos nosotros que ver con ello? —señaló Argonio—. Tampoco nosotros le teníamos ninguna simpatía a los romanos. No le hubiéramos puesto ningún impedimento para que se ocupara de ellos desde el primer día, si esa era la misión que animaba su vida, siempre que nos hubiera dejado tranquilos a quienes no queríamos sino seguir nuestro camino. ¿Por qué tuvo que ensañarse de ese modo con nosotros, y con Sagunto?

—Su criterio militar le marcó las prioridades. Sabía que no podía acometer la guerra contra Roma sin dejar arreglados los asuntos de Ispania. Y eso incluía a Sagunto tanto como a oretanos y ólcades. Pero no os quepa duda de que él hubiera preferido teneros como aliados antes que como enemigos.

—Asdrúbal sí lo intentó —objetó Argonio—, pero él jamás dio ningún paso para conseguirlo. Tal vez le habría sorprendido nuestra respuesta si lo hubiera hecho. Lo que ocurre es que tu admiración por él te hace atribuirle motivos más nobles de los que tuvo. Creo que Aníbal nos atacó porque nos odiaba tanto como a Roma, y porque necesitaba reafirmar sin demora el dominio sobre su ejército tras la muerte de Asdrúbal. Tenía veintiséis años; no era más que un muchacho. Y él sabía que muchos en Cartago hubieran hecho cualquier cosa por apartarlo del dominio de Ispania. El Cachorro fue un gran general, eso nadie lo discute, pero tan cruel y traicionero como su padre. ¡Su forma de acabar con Buntalos lo demuestra! Aunque supo embaucar a muchos mostrándoles el rostro de quien se mueve siguiendo altos ideales.

Bobdal hizo un gesto de reconocimiento al escuchar a Argonio

referirse a Aníbal como el Cachorro. Hacía décadas que no lo oía; era como los íberos lo habían llamado durante sus años en Ispania. Después negó con la cabeza.

—No he dicho que solo lo movieran nobles ideales. Pero sí que fue un hombre capaz de ganarse la lealtad de los suyos de un modo extraordinario, que supo reconocer la grandeza de sus enemigos cuando hicieron gala de ella y que se mantuvo fiel a su palabra hasta el final, aunque ello tuviera que costarle la vida.

Argonio observó al cartaginés sin decir nada. Le parecía asombroso que ambos hubieran caminado por las calles de Hélike en un pasado tan remoto que se preguntaba si había tenido lugar verdaderamente. En realidad, en los últimos tiempos lo asaltaba a menudo la impresión de que todos sus recuerdos no eran sino un sueño, una invención. Miraba su rostro reflejado en un metal bruñido y le resultaba imposible reconocer en él al protagonista de su propia vida. Tal vez por eso había accedido a hablar con Bobdal. El hombre serviría de agrimensor para registrar el territorio de sus recuerdos. Si él también los compartía debía significar que no eran producto de su imaginación. Y esos recuerdos, además de en la memoria de Adara, quedarían registrados en rollos de papiro, cobrando con ello la única existencia cierta, la de la palabra. Los recuerdos no son más que humo si no se los somete al contorno de las palabras escritas.

Por otra parte, debía admitir que admiraba la fidelidad de aquel hombre hacia su propósito. Bobdal se adentraba ya en el sendero de la vejez, pero parecía dispuesto a todo para cumplir la palabra dada a Aníbal treinta y siete años atrás. Y tras abandonar Cartago cuando ya pocos aceptaban los riesgos de la navegación, había sido capaz de encontrarlo en aquel poblado de supervivientes.

—Bien, bien, Bobdal —dijo Argonio, con un tono conciliador que sorprendió a su interlocutor—. De modo que fue eso, el odio a Roma, la causa de todo. Del principio y del fin. Del ataque contra los ólcades y de su exilio al Levante para encontrar allí la muerte. ¿No es así?

—Así es —dijo Bobdal, afirmando con la cabeza, apesadumbrado—. Fue una secuencia de acontecimientos que, vistos desde la distancia, parecen ir cobrando impulso y llevar cada uno al siguiente de un modo irresistible, inexorable. Cartago

cargará por siempre con la vergüenza de su ignominia. Movida por el egoísmo y la cobardía, años después de ser derrotada por los romanos en Zama, obligó a huir al mejor de sus hombres. Así fue como Aníbal llegó a parar a la corte de Prusias de Bitinia, el más hostil a Roma de todos los reyes del Asia.

»El resto ya lo sabéis: los romanos lo persiguieron hasta allí e hicieron saber a Prusias que nunca podría alcanzar la paz con Roma mientras mantuviera al Bárquida en su palacio. El rey les contestó que fueran a buscarlo ellos mismos, pues él no podía traicionar los deberes sagrados de la hospitalidad —Bobdal tosió una risa sarcástica cargada de amargura—. ¡El muy hipócrita se atrevió a hablar de hospitalidad en el mismo momento de su traición!

El cartaginés hizo una pausa y tomó su copa con mano temblorosa. Argonio y Adara quedaron en suspenso, como si cualquier sonido pudiera romper el sortilegio que daba vida al relato de Bobdal.

—No puedo dejar de imaginar a Aníbal en ese instante —continuó—. Los criados que le son fieles le han advertido de la llegada de la embajada romana; ha intentado ver a Prusias para reclamarle que honre sus obligaciones de anfitrión o que le facilite los medios para huir, pero este le ha ordenado que aguarde en sus aposentos. Escucha pasos apresurados por el corredor y reconoce el repiqueteo metálico de las tachuelas de las sandalias de los legionarios romanos. Suenan golpes imperiosos en la puerta. Sabe que la larga contienda de su vida ha llegado a su fin y duda de si ha merecido la pena. Recuerda a su padre Amílcar y a tantos compañeros de armas que han quedado por el camino. Recuerda la gloria en Cannas y la humillación en Zama, se pregunta si todo hubiera podido ser de otra manera. Si ha sido víctima de sus propios errores o del hartazgo de los dioses ante la pasión abrasadora de un hombre que nunca supo renunciar a nada. Para todas sus preguntas solo tiene una respuesta: que en la hora de su derrota no será paseado como trofeo, vencido y ultrajado, por las calles de Roma.

»Se echa a la boca el contenido de su sortija y un fuego acerbo le abre la puerta a la oscuridad donde nada importa, donde todo se olvida…

Se hizo en la estancia un silencio denso y turbado y por un largo

momento el tiempo pareció rugir en él como un torbellino. Después volvió el rumor de la lluvia y un viento que gemía por los intersticios del tejado.

Adara comprobó que los dos hombres habían quedado abismados en sus pensamientos y sintió que la tensión se le hacía insoportable.

—Es hora de almorzar —dijo. Se puso en pie y caminó hacia la puerta. Se alejó por el patio llamando a Galduriaunin. No tardó en regresar acompañado por ella, y encontró a los hombres todavía en silencio. Bobdal la miró con una interrogación en el semblante, como si despertara de un sueño.

Adara se atareó colocando sobre la mesa nuevas jarras de agua y vino, y algunos cuencos con castañas asadas, queso, carne de cerdo frita y tortas de harina de bellota. Cuando Galduriaunin se hubo ido y ella volvió a su asiento decidió cambiar el rumbo de la conversación. Sin duda le fascinaba oír hablar de Aníbal Barca y su interminable enfrentamiento contra Roma, pero mucho más seguir conociendo los sucesos que habían sacudido con brutal violencia y cambiado para siempre el destino de su pueblo, cuando ella no era más que una criatura que aprendía a caminar. La llegada del extranjero había conseguido algo que ella misma había intentado infructuosamente durante largo tiempo: que su tío Argonio le abriera sin reservas el santuario enterrado en su interior donde oficiaba los ritos del recuerdo. Lamentó que no les acompañara su hija Ema; cada día se empeñaba en memorizar lo que oía para compartirlo con ella cuando pudiera acudir desde Numancia a visitarla.

—Tío Argonio, ¿qué ocurrió durante aquella primera campaña de Aníbal contra los ólcades? Siempre he oído a los nuestros referirse a ella con ira, pero también con asombro. ¿Cómo pudo sorprendernos el Cachorro de aquel modo?

Argonio hizo un gesto impreciso con las palmas de las manos, como si diera forma al aire suspendido ante él. Su mirada se deslizó sobre Adara y se detuvo en Bobdal. Pensó que es extraño cómo opera la memoria. Extrae evocaciones de donde ignorábamos que estuvieran ocultas, hace desvanecerse la distancia del tiempo que creíamos transcurrido para siempre. Demuestra que el presente no es más que la más improbable de las hipótesis.

—Aníbal siempre fue un paso por delante. Para nosotros, para todos los pueblos de Ispania, la guerra fue una cuestión de destreza y coraje. Y acaso de la benevolencia de los dioses, que no es otra cosa el rostro del azar y el destino cuando nos son propicios. Vencía el más capaz, el más valiente y el que había ganado el favor de Cosus. O de Reshef, o de Melqart, o quienquiera que fuese aquel a cuya advocación nos hubiésemos confiado.

»Pero para Aníbal era otra cosa: una disciplina intelectual, un gran juego donde todas las piezas ocupaban un lugar preciso en el escenario de su imaginación. No digo que le faltaran el coraje o la destreza; al contrario, sus dioses le habían dotado de todo ello como a un hijo predilecto. Y además le dieron la capacidad de ponderar el futuro como una dimensión más de su voluntad.

Bobdal dejó escapar un silbido admirativo.

—Por Baal que nunca lo había escuchado ser expresado con tanta claridad. Así fue Aníbal: siempre vio el futuro como el espacio que le concedían los dioses para cumplir con su destino.

—Nos tomó completamente inadvertidos aquella primavera —continuó Argonio, como si no hubiera escuchado al cartaginés—. Atacó en la Pira de Amílcar para hacernos sentir cerca la amenaza y nos encerró en Hélike esperando su acometida mientras él tomaba los vados de Purietine y se hacía con Arecorata. ¡Arecorata! Aunque los giros del hado del infortunio en aquellos días no parecían tener límite, aquello excedió nuestros peores temores. ¡Buntalos, que era como el padre de todos los ólcades, muerto! Cuando llegó hasta nosotros, la noticia nos entregó al estupor y la desolación. Si la vida de Aníbal hubiera de juzgarse por un solo acto, el asesinato de Buntalos lo condenaría sin remedio. ¡Si al menos le hubiera dado ocasión de morir dignamente, con una espada en la mano y en el alma la risa que siempre puso a disposición de los suyos!

Bobdal suspiró y dejó transcurrir una larga pausa. Adara pensó que el cartaginés mostraba el agrio embarazo de los hombres que se consideran de principios cuando deben buscar acomodar en ellos a sus renuncias, sus contradicciones.

—Siempre he querido pensar —dijo Bobdal, con la ecuánime suavidad de las excusas que quieren pasar por razones— que Aníbal se dejó convencer por la voz cargada de persuasión de Zekárbal. El sacerdote siempre tuvo el talento de presentar sus opiniones como

sucesos inevitables. Pero la vergüenza creció como un hongo en el alma de Aníbal; Buntalos terminó convirtiéndose en una deuda para su honor imposible de saldar. Muchos pensamos entonces que aquello fue el comienzo de su alejamiento del Rab Kohanim…

—¡Ja! —la risa de Argonio crujió en la estancia como un graznido—. ¡Ja! ¿Quieres decir que aquello fue un error puntual, un desliz sin importancia? ¿Que su única culpa fue dejarse convencer por quien él mismo había convertido en su más implacable instrumento? ¿Que a pesar de ello la contrición persiguió a Aníbal desde aquel día para siempre? ¡Ja!

Bobdal y Adara quedaron observándolo como si temieran que su cordura pendiera de un hilo.

—Aníbal no fue sino un canalla disfrazado de ahijado de los dioses —dijo Argonio con una voz árida como un desierto.

Capítulo IX

DURANTE los dos días siguientes, la sombra que se había abatido sobre el ánimo de Mimbro no dejó de crecer. De un lado, hubiera deseado castigar él mismo las insidias cobardes de Likinos. Jamás había visto a Saunio tan fuera de sí, y le sobraban motivos para ello. De otro, la victoria sobre los cartagineses en la escaramuza no le había aliviado más que por un instante la sensación de desastre que pendía sobre ellos. Tras media jornada cabalgando con sigilo hacia poniente, enhebrando los manchones más densos de pinos y encinas, descubrieron que no solo Purietine, sino también Libisosa, había caído en manos de los púnicos. Ellos mismos pudieron ver desde un otero el campamento levantado a ambos lados de la via Heraklea, al pie del poblado amurallado, que permanecía intacto. Ello quería decir que Libisosa se había entregado y sus gentes habían ganado el derecho a conservar sus hogares.

Otra cosa era el destino que se le hubiera dado a la guarnición. Mimbro había sentido el oscuro deseo de que todos ellos hubieran sufrido un severo castigo, si es que no habían sabido comportarse con hombría. Con todo, le producía menos repulsión la cobardía que la deslealtad. Faltar a la palabra dada era para Mimbro negar el mundo en el que creía. Recibía la mentira con más consternación que ira, porque le obligaba a ver a quienes hacían uso de ella de otro modo. Por eso le había herido tanto la conducta de Likinos.

También le dejó un sabor amargo el aire cotidiano, intrascendente, que parecía flotar sobre el poblado. Los soldados púnicos entraban y salían por las puertas abiertas como si llevaran ya allí largo tiempo, los pastores movían sus rebaños por los alrededores y algunas columnas de humo se alzaban pacíficamente tras las murallas. Libisosa había sido oretana durante generaciones; ahora daba cobijo a la tropa de Aníbal y todo parecía seguir rodando como si nada hubiera ocurrido, como si nada importara.

Tras Libisosa continuaron hacia el noroeste, abriendo la marcha

Saunio y Velauno y cerrándola Mimbro y Taemaros, el de mayor rango entre los oretanos. Se mantuvieron alejados del curso del Sucro y de los caminos para reducir el riesgo de encontrarse con patrullas cartaginesas. No tenían forma de saber hasta dónde había llegado el avance de los púnicos, de modo que la comarca que atravesaban, cubierta por un bosque interminable del que emergían montes de color rojizo como mojones que señalaran el territorio de seres gigantescos, se les aparecía engañosa y hostil. Paulatinamente, el silencio que Saunio no dejaba de exigirles se convirtió en un lastre cargado de amenaza. Los hombres dejaron de cruzar chanzas y relatos, abriendo al bosque todos sus sentidos, esperando ser objeto de un ataque en cualquier momento. Hasta los caballos advirtieron el cambio del estado de ánimo de sus jinetes y adoptaron el paso quedo y cauteloso de los furtivos.

Pasaron la noche en unos corralones abandonados al pie de un peñasco de cuya entraña manaba un hilo de agua con sabor a arcilla. Mimbro dejó transcurrir su turno de guardia tan atento a los perfumes de la noche como a sus sonidos, que le proporcionaron compañía suficiente para una ensoñación triste y gastada de la que, de modo casi imperceptible, se fue enseñoreando una lluvia invisible como noche condensada.

A la mañana siguiente continuaba lloviendo y el alba pareció no terminar de llegar del todo. Mudaron el ánimo cuando, poco antes del mediodía, las nubes comenzaron a ganar altura y frente a ellos, ocupando un ancho fragmento de horizonte, apareció la masa formidable del monte Luc, que con su silueta inconfundible de cono truncado señalaba el comienzo del territorio ólcade. En la meseta llana de su cúspide se encontraba el más antiguo santuario del dios, y para Mimbro, Saunio y Velauno fue inmediato percibir en el aire su potencia protectora y salvífica. Los guerreros oretanos que viajaban con ellos no pudieron evitar interrogaciones al ser testigos de su cambio de expresión. Para ellos el monte representaba lo contrario: dejar atrás el alfoz de Hélike para adentrarse en un paisaje desconocido.

Los oretanos pidieron a los ólcades que les hablaran de aquel lugar y, mientras cabalgaban, los tres se disputaron el hilo del relato de los muchos momentos memorables vividos en él, cuando todos los clanes y ciudades ólcades se daban cita para celebrar el

Samain, el comienzo del año, a mitad de camino entre el equinoccio de otoño y el solsticio de invierno. En la larga noche de Samain se encendían hogueras para celebrar a los muertos e invocar su bendición. A nadie le estaba permitido dejar de cantar y bailar en grandes círculos iluminados por las llamas y la kelia, y la vida de todo ólcade se convertía en un don sagrado al que nadie podía causar daño. En Samain los combalcores oficiaban los rituales en los que Luc revelaba los auspicios para el nuevo año. Los ólcades le mostraban al dios su gratitud y sumisión sacrificándole las mejores cabezas de sus rebaños, y también la sangre y el espíritu de sus enemigos cuando se enfrentaban a peligros extraordinarios.

Fue en el monte Luc donde los guerreros de los clanes se reunieron ocho años atrás, bajo el mando de Buntalos de Arecorata, para marchar a enfrentarse con Amílcar Barca y salvar a Hélike cuando todo parecía perdido. Ningún episodio despertó como ese el interés de los oretanos y, aunque lo habían escuchado en innumerables ocasiones, la imponente proximidad del monte les hizo prestar al relato una atención cargada de respeto y solemnidad. Mimbro había sido entonces demasiado niño para la guerra y no pudo ser testigo de aquella jornada; arrastraba por ello una herida que su alma no había sabido aún curar por entero, a pesar de los muchos actos de valor que, en aquellos días y en los que siguieron, lo convirtieron en un guerrero de extraordinaria fama entre los suyos. Él era así: el desconsuelo era un animal que se le enredaba dentro; envidiaba la capacidad de su hermano Gerión de apartarlo a un lado como hacía con todo aquello que ni tenía remedio ni le proporcionaba ningún bien.

Quienes sí asistieron fueron Saunio y Velauno, y aunque el recuerdo de aquella noche bastara para inflamarlos de coraje, ninguno de los dos pudo evitar un estremecimiento al traer a la memoria el sacrificio del púnico Magón a manos del herrero Alisocos, en una ceremonia que hizo enloquecer de furia y hambre de batalla a la muchedumbre de guerreros que la contemplaron.

Tras dejar atrás el monte Luc vieron cómo, a lo lejos, el Sucro descendía desde el norte encajado entre colinas, revelando su curso en una sucesión de destellos intermitentes. El sol oblicuo de la tarde se deslizó bajo la cubierta de nubes y pareció que en la piel del mundo se había inflamado alguna incandescencia. Mimbro sintió

que era el propio Luc quien les daba la bienvenida a la tierra de los ólcades. Hacía tres años que no ponía pie en ella.

—Bien —dijo Saunio, permitiéndose esa sola palabra de satisfacción—. Ahora debemos elegir qué camino tomar. Estamos mucho más hacia poniente de la ruta que habíamos previsto seguir.

—Entonces tal vez deberíamos dirigirnos directamente a Cirmo —sugirió Mimbro, incapaz de ocultar un timbre de excitación en la voz—. Ya que estamos en la margen derecha del Sucro, sería lo más rápido y seguro. Podríamos llegar mañana al mediodía.

—Eso nos obligaría a pasar por alto a Belgeda —señaló Taemaros, haciendo un gesto vago hacia levante, en dirección a la ciudad ólcade más cercana a Purietine y por tanto la mejor conocida por los heliketas—. Es perentorio que Teuúntas conozca lo que ha ocurrido en los vados. Si encontráramos un lugar por donde cruzar el Sucro, podríamos alcanzarla antes de la puesta de sol y mañana reanudaríamos la marcha hacia el norte.

—Hay un puente de madera a una legua de aquí; lo mantienen en pie los pastores ólcades y carpetanos que llevan sus rebaños al mercado de Belgeda —dijo Velauno.

—No me fío —respondió Saunio, torciendo el gesto, sin dejar de mirar al horizonte—. Habiendo tomado los púnicos el vado, nada les impide cruzarlo y avanzar hacia Belgeda. Quién sabe, tal vez estén ya acampados al pie de su muralla. Cuanto menos, es más que probable que haya patrullas suyas vigilando los caminos que conducen a la ciudad.

—Vayamos entonces a Cirmo —insistió Mimbro—. Así Meronio podrá acompañarnos a Arecorata. Buntalos querrá contar con él a la hora de decidir cómo hacer frente a la situación.

Saunio ponderó la idea entornando los ojos y finalmente negó con la cabeza.

—Sería magnífico tener a Meronio con nosotros cuanto antes, pero eso nos retrasaría al menos un día. La prioridad es Arecorata. Solo Buntalos puede movilizar a suficientes guerreros para apoyar a Belgeda y cubrir el flanco que ha quedado abierto en Purietine, e incluso retomar los vados. Deberíamos ir a reunirnos con él sin pérdida de tiempo.

—Ya hemos visto la rapidez con que actúa la caballería cartaginesa —dijo Velauno—. Estoy con Saunio. Si no nos damos

prisa podemos llevarnos otras sorpresas. Vayamos sin pérdida de tiempo a Arecorata y desde allí enviaremos aviso al resto de ciudades ólcades.

—Si creéis que es la mejor forma de ayudar a Hélike… —concedió Taemaros con una sombra de reticencia aún en la voz— hagámoslo cuanto antes. ¿Cuál es el camino más rápido?

—Antes de cruzar el puente de madera —explicó Velauno, señalando hacia delante como si todos pudieran ver ante sí lo que describía— el camino se bifurca. El ramal principal continúa hacia Belgeda; otro menos transitado se dirige directamente hacia el norte, siguiendo de cerca el curso del Sucro. En el piedemonte la vegetación es muy densa y resulta más fácil pasar desapercibido. Sin contratiempos y a buen paso, por esa ruta necesitaremos algo menos de dos jornadas. Podríamos estar allí en el mediodía después del de mañana.

—Es la mejor opción —convino Saunio, asintiendo con la cabeza. Sin esperar respuesta reanudó la marcha, poniendo su caballo al trote. Momentos después la partida de jinetes serpenteaba por el corazón de un bosque de robles viejos cuyos brotes tiernos de primavera parecían extender sobre sus cabezas una nube de color verde pálido, un halo impreciso, evanescente.

Comprendieron que algo inesperado y terrible había sucedido mucho antes de encontrarse con ellos.

Primero fueron los perros, las ovejas y los caballos. Ladridos cada vez más próximos, balidos y relinchos con un timbre de angustia, con esa cualidad que tienen las voces de los animales para expresar emociones transparentes, incontrovertibles. Empañaban la mañana gris con la translúcida luminosidad del desamparo. Después llegó un rumor grave, opaco. Comenzó a vibrar poco a poco bajo sus pies, en el aire, en los brazos extendidos de las encinas. Descrestaron una loma punteada de enebros y el camino de los montes Ólcades se desplegó ante ellos, frente a los suaves oteros calcáreos que le servían de antesala al horizonte. Contuvieron el aliento: desde el norte se derramaba sobre el valle una multitud en movimiento. Había pequeños grupos de jinetes y rebaños de ganado, pero sobre todo había una impresionante muchedumbre de gente a pie, deslizándose despacio.

Antes de poder siquiera formularse ninguna pregunta, Mimbro

se sintió inundado por la humilde solidaridad de las catástrofes. Aún sin distinguirlos en la distancia, le dolieron las mujeres rotas, los ancianos, los hombres cargados de fatiga, los niños cenicientos. Sin necesidad de saber lo que había ocurrido supo que aquella era la tragedia de los suyos. La derrota y la desventura no habían concluido en Purietine y Libisosa. No habían hecho más que empezar.

—¡Por los cuernos de Cernunnos! —exclamó Velauno, poniendo voz al estupor de todos ellos—. ¡Son millares! ¿De dónde habrán salido?

—Son fugitivos —dijo Mimbro agitado—. ¿Veis? No llevan carretas, y apenas ganado. El corazón me dice que ha ocurrido una tragedia.

La sorpresa de los guerreros de Hélike fue correspondida por una inmediata alarma en la distante multitud ante su repentina aparición. Se oyeron gritos y poco después un reducido grupo de jinetes echó a cabalgar hacia ellos. Pronto estuvieron suficientemente próximos como para hacer distinguibles sus atuendos.

—¡Ólcades! —gritó Saunio.

—¡El que va en cabeza es Kintortes! —añadió Velauno, cuya alegría por reconocer de un modo tan inesperado a su amigo se quebró de inmediato al comprender que la tragedia anunciada por Mimbro debía haberse abatido sobre su propia ciudad—. ¡Por todos los dioses, son de Arecorata! ¡Rápido, vayamos a su encuentro!

Velauno puso a su caballo al galope llamando a voces a Kintortes, siendo de inmediato respondido por este. Los dos grupos de jinetes no tardaron en reunirse y, tras la primera confusión de saludos, lamentos y preguntas atropelladas, correspondió a Kintortes responder a estas con la noticia de la muerte de Buntalos y el ataque de Aníbal sobre Arecorata. Lo hizo con voz ronca y con la mirada atónita de quien relata hechos que sabe ciertos pero en los que sigue sin percibir ningún atributo de realidad.

Sus palabras sumieron a los heliketas en una consternación incrédula, y más aún a Velauno, quien quedó anonadado por la gran catástrofe de los suyos. A Kintortes solo le faltó el aliento cuando relató la carga de los guerreros ólcades, llevados en volandas por el estruendo de los karnyx y el espíritu de sus antepasados, contra los elefantes de Aníbal.

—Tuvimos que marcharnos porque de lo contrario el sacrificio de los nuestros hubiera sido en vano —se lamentó—, pero todos sentimos que no somos sino espectros desde que dimos la espalda a la batalla y nos adentramos en el bosque. Como si el primer golpe de viento fuera a convertirnos en una nube de ceniza.

—¿Eso significa que no fuisteis testigos del final de la batalla? —preguntó Velauno, con un tenue timbre de esperanza en la voz—. ¡Tal vez los nuestros fueran capaces de prevalecer! ¡Tal vez no esté todo perdido!

Kintortes negó con la cabeza con una inmensa tristeza gravitando sobre él.

—La jornada fue para Aníbal. Mover a nuestra gente por los caminos durante el día hubiera sido una insensatez, así que buscamos refugio en los escarpes que separan a Arecorata de los páramos del norte y pusimos oteadores para no perder de vista las rutas de acceso a la ciudad. Algunos se acercaron lo suficiente como para ver que los púnicos eran dueños del campo de batalla y alzaban sus estandartes en las murallas. Formamos partidas que batieron los bosques y poco a poco fueron apareciendo grupos de guerreros que habían podido escapar cuando la batalla se convirtió en una matanza y todo estuvo perdido. Apenas si sumaron medio millar. Ninguno quedó ileso, ninguno se comportó con deshonor.

»A la mañana siguiente, la de ayer, vimos que una buena parte del ejército de Aníbal, con él mismo subido a la grupa de un elefante a su cabeza, tomaba la carretera del norte, la que lleva a Ercavica[13]. El Cachorro no ha querido tomarse ningún descanso. Eso no nos dejó más opción que dar un rodeo por el corazón de los montes para dirigirnos al sur. Vamos hacia Belgeda, pensamos que nos acogerá; Teuúntas siempre ha estado al lado de Arecorata.

Kintortes guardó silencio y los heliketas se miraron apesadumbrados.

—Sin duda Belgeda os daría hospitalidad, Kintortes —respondió Saunio—. Y Hélike si pudiéramos conduciros hasta allí. Pero lamento deciros que las nuevas que traemos no hacen sino completar vuestro infortunio, y el nuestro. No es solo Arecorata; desde hace una semana los cartagineses han empezado a atacar el territorio de Hélike por varios frentes. Hemos conseguido detenerlos al sur, en la Pira de Amílcar. Pero hace tres días tomaron con una

gran fuerza los vados de Purietine, y también Libisosa. Lo hemos visto con nuestros propios ojos…

—¡Purietine! —interrumpió Kintortes. Los jinetes que lo acompañaban produjeron un coro de exclamaciones de aflicción—. ¡Es un desastre! ¡Con Arecorata y Purietine en su poder, los púnicos tienen el país de los ólcades a su merced!

—La situación es muy grave, pero no debemos darlo todo por perdido —intervino Velauno, tratando de insuflar en los suyos algún aliento—. La mayor parte de las ciudades ólcades aún son libres: ahí están Belgeda, Lutiaca, Cirmo y tantas otras. Y está Ercavica. Mientras Ercavica resista hay esperanza. Tiene murallas y hombres como para plantar cara durante largo tiempo el asedio de Aníbal.

—Y Hélike sigue siendo un formidable adversario —añadió Saunio—. El Bárquida no puede moverse con libertad por los montes Ólcades sabiendo que tiene a su espalda a Gerión con seis mil guerreros oretanos.

—¡No paséis por alto que hay otros muchos pueblos que se han negado a reconocer la autoridad del Bárquida! —exclamó un hombre, que desde el momento del encuentro había despertado la curiosidad de los heliketas. Las armas y la indumentaria que llevaba, con abundancia de incrustaciones y nielados en plata, lo señalaban como vetón, procedente de las sierras de poniente. El guerrero advirtió la mirada interrogante de los otros y se presentó a continuación, llevándose al pecho el puño derecho, al modo ólcade—. Soy Ulantio, del castro de los vetones de Ebora. Los cartagineses no cuentan con amigos ni aliados entre los míos.

Saunio se disponía a responder cuando llamó la atención de todos un jinete que, procedente de la multitud detenida al otro lado del valle, se aproximaba al galope. Kintortes lo interpeló aún antes de que se detuviera.

—Teitabas, ¿qué ocurre?

—Eso queremos saber los demás, padre —contestó el recién llegado—. Vuestra conferencia con estos hombres se prolonga y allí todos empiezan a sentir inquietud, preguntándose si son amigos o enemigos y qué noticias traen.

—Os presento a mi hijo Teitabas —dijo Kintortes a los demás, antes de ressponderle—. Son amigos, de Hélike. Con ellos vienen

Saunio y Mimbro, de Cirmo, y nuestro Velauno; deberías recordarlo, aunque en los últimos años no hayamos tenido la fortuna de verlo a menudo en Arecorata. En cuanto a las noticias, tendrás que esperar para conocerlas. Lo que es cierto —continuó dirigiéndose a Saunio— es que en cinco mil almas que acaban de perderlo todo prende con facilidad el miedo, y también que con los cartagineses cerca debemos permanecer el menor tiempo posible a campo abierto. Será mejor que continuemos hasta un lugar seguro para dar descanso a nuestra gente y tomar sin precipitación las decisiones que hayamos de tomar…

—¡Vayamos a Cirmo! —urgió Mimbro, antes de que terminara el otro—. Está a menos de una jornada de aquí; allí encontraremos protección y alimento. Y nadie mejor que Meronio para ayudarnos a decidir lo que debamos hacer.

Kintortes miró alternativamente a Saunio y Velauno y dibujó con las cejas una interrogación.

—Mimbro tiene razón —sentenció Saunio—; cualquier otro movimiento podría echarnos en brazos de los púnicos. En Cirmo estaremos seguros durante algún tiempo, y es preciso que Meronio y los demás conozcan cuanto antes lo sucedido. De lo que no tengo duda es que los encontraremos preparados; ya se las tuvieron que ver con los cartagineses durante la guerra de Amílcar, y no hay un solo cirmoleta que no supiera que, antes o después, volvería a ocurrir.

Capítulo X

—¡MIMBRO! —gritó Saunio, señalando con el mentón hacia la puerta de la ciudad.

Hubo un instante de desconcierto. Tanto quienes los acompañaban como los que seguía la escena desde las murallas dividieron su atención entre los dos. Mimbro se encogió de hombros e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Sí?

—Hoy serás tú quien nos presente. Ven conmigo.

Tras un instante de sorpresa, Mimbro dibujó una ancha sonrisa de gratitud. Aunque había pasado largo tiempo añorando volver a Cirmo, la circunstancia en que lo hacía le había extendido una sombra agria en el pecho. Lo que había imaginado como un momento de reencuentros felices había quedado oscurecido por la pérdida de Arecorata. Sin embargo, Saunio le compensaba ahora con la más grata de las distinciones. Cuando un contingente armado se presentaba en la ciudad, la costumbre exigía que quien estuviera al mando entrara primero para dar noticias y solicitar un testimonio de hospitalidad. Saunio invitaba a Mimbro a acompañarlo para pedir a Cirmo que acogiera a los ólcades que huían de Aníbal, y de este modo lo señalaba ante los demás como uno de los más destacados guerreros del poblado.

En Cirmo todos seguían la escena con expectación, sabiendo que la multitud de fugitivos no podía traer sino malas nuevas, pero confortados porque fueran aquellos hijos suyos quienes venían a hablar en su nombre. Desde el primero al último de los cirmoletas sabían quiénes eran Saunio y Mimbro. Junto a Gerión y otros valientes, eran ellos quienes daban vida a las leyendas que se contaban en derredor de las hogueras. Para todos era un honor mostrarles su bienvenida.

Ambos cruzaron bajo el arco de piedra que servía de entrada principal al recinto amurallado. La multitud los recibió con el zumbido de centenares de voces amortiguadas. Al frente,

encabezando un nutrido grupo de guerreros, estaban Meronio y Tesindro. En sus rostros competían la preocupación y la bienvenida.

—¡Sobrino, ya iba siendo hora! —gritó Tesindro, ruidoso como siempre—. ¡Bienvenido a casa! ¡Y también tú, Saunio! ¡Por las pelotas de Cosus que pensábamos que os habíais olvidado de nosotros!

Seguido por Saunio, Mimbro descendió del caballo y caminó hasta ellos. Se golpeó el pecho con el puño y después, dejándose llevar por la emoción, abrazó sucesivamente a su tío Tesindro y a Meronio. Sintió al punto el alivio de saber que, por adversa que fuera la situación en que se encontraban, el humor de aquel y la serenidad de este la harían más llevadera. Así había sido siempre, desde que su padre muriera cuando él tenía esa edad en que la infancia no ha descubierto todavía cómo hacer perdurables los recuerdos.

—Sed bienvenidos, Saunio y Mimbro —dijo Meronio, apartando a este e interrogándole con su sonrisa—. Nos alegra el corazón veros de nuevo, pero por Epona que no esperábamos que fuera de este modo.

—Gracias, Meronio. El placer que nos dan los dioses haciéndonos regresar a Cirmo nos lo hacen pagar como portadores de malas noticias.

Meronio asintió con gravedad.

—¿Quién es esa gente? Parecen ólcades.

—Lo son, de Arecorata —Mimbro tragó saliva—. Su ciudad ha caído en manos de Aníbal.

—¿Cómo dices? —exclamó Tesindro— ¿Aníbal ha conquistado Arecorata? ¡No es posible!

La noticia se propagó entre la muchedumbre como los incendios de estío en los brezales, alzando un griterío de alarma y consternación.

—¡Sí! —reiteró Mimbro, sacudiendo la cabeza con pesar—. A nosotros mismos nos cuesta todavía creerlo, ¡ha sido todo tan repentino! Y hay más…

—Espera, Mimbro —interrumpió Meronio—. No es momento ni lugar para continuar; bastante alarma se ha causado ya. Dejemos los detalles para la asamblea de guerreros y ocupémonos ahora de nuestros hermanos de Arecorata. ¡Alisocos!

El herrero Alisocos se abrió paso entre los espectadores hasta llegar a Meronio. Era un hombre grande y de aspecto fiero, cargado de torques y cruzado de cicatrices. Acostumbraba a organizar los grandes acontecimientos del poblado.

—Vamos, Alisocos —le urgió Meronio—, ocúpate de instalar a toda esa gente del mejor modo posible; más tarde te pondremos al corriente de lo que trate la asamblea. Que todo el mundo eche una mano como pueda.

—Nosotras te ayudaremos, Alisocos —intervino con tono enérgico una mujer que acababa de llegar a la carrera, con las manos y el rostro manchados de harina—; pero déjame que antes salude a mi sobrino.

Mimbro sonrió al reconocer a su tía Ulcatas, la esposa de Tesindro.

—Mimbro, sobrino —dijo Ulcatas, tomándole el rostro con las manos y hablando con gran rapidez—, no imaginas cuánto me alegra verte. ¡Y también a ti, Saunio! ¡Todo Cirmo os echaba de menos! ¿Y qué hay de los demás? ¿Cómo están Gerión y Anglea? ¿Y mi cuñada Larima?

Mimbro quedó un instante sin saber qué decir. Sintió un pálpito de inquietud: en realidad, hacía casi media luna que habían partido de Hélike y nada habían sabido desde entonces. Con los sucesos desencadenados en la Oretania cualquier cosa podía haber ocurrido. Estando los vados de Purietine en manos de los púnicos, la posición de Hélike se había hecho muy vulnerable.

—Están bien, tía Ulcatas —dijo de todos modos, dejando a un lado la incertidumbre—. Son tiempos terribles, pero mi corazón me dice que ellos están bien.

A pesar del dolor y la alarma que traían con ellos, los recién llegados fueron tratados como héroes, y los muchachos que aún se esforzaban por ganar el honor de las armas, capitaneados por Kerindras, el menor de los hijos de Tesindro, siguieron a Mimbro por todas partes con los ojos muy abiertos, pendientes de cada uno de sus gestos y palabras. Como dijo Tesindro entre risas, no hubieran mostrado mayor respeto y reverencia si el mismísimo Reshef se hubiera aparecido caminando entre ellos. Mimbro no dejó de agradecer la entereza de ánimo de su tío, que entendía como nadie que conservar el humor era la más poderosa muralla para

negar al miedo el acceso al corazón.

Durante la tarde Alisocos organizó la acampada de la inmensa masa de fugitivos en los extensos prados que desde hacía generaciones se mantenían como terreno descubierto al pie del cerro del poblado para dificultar que cualquier enemigo pudiera llegar inadvertido desde los bosques. Un orgullo inefable estremeció a Mimbro al ver a todos los cirmoletas acudir a brindar su ayuda a los de Arecorata, acogiendo en sus casas a aquellos que se encontraban en peor condición, organizando partidas para hacer acopio de agua y leña, llevando a abrevar el ganado. Junto a los hombres sin derecho de armas acudieron las mujeres de Cirmo, capitaneadas por Ulcatas y Turencia, la esposa de Meronio, desplegando una energía formidable. Para cuando la anochecida acentuó el gris del cielo encapotado, un gran enjambre de hogueras comenzó a inflamarse en toda la extensión del improvisado campamento, haciendo imaginar a Mimbro que una vasta manada de seres luminosos había brotado del interior de la tierra.

Fue entonces cuando dio comienzo la asamblea de guerreros convocada por Meronio en el espacio fortificado que cerraba el extremo occidental de Cirmo, al pie de la torre cuadrada que dominaba la llanura. Acudieron todos los guerreros del poblado y una representación de los recién llegados. Junto a Saunio y al propio Mimbro, estaba Taemaro de Hélike; por Arecorata, Velauno, Kintortes y los dos hijos de este, Teitabas y Turibas; y, en representación de todos los forasteros que se habían visto sorprendidos en el festival de Arecorata por el ataque de Aníbal, el vetón Ulantio.

En primer lugar intervino Saunio, de pie junto a la hoguera que lo iluminaba con su baile de fulgores y sombras a medida que la noche se cerraba sobre ellos. En sus labios, el relato de los sucesos del sur le sonó a Mimbro como algo distante y ajeno, como si verse de nuevo en los montes Ólcades hiciera transparentarse tras un velo de irrealidad todo lo ocurrido más allá de sus confines. Los guerreros de Cirmo siguieron la historia como era su costumbre, poniendo al narrador un contrapunto constante de comentarios, preguntas y exclamaciones que se convirtieron en un ruidoso alboroto al darse a conocer la caída de Purietine y Libisosa en manos de Aníbal. Un momento después, la algarabía dio paso a un

silencio hecho de incredulidad y duelo cuando, tomando el relevo de Saunio, Kintortes explicó la muerte de Buntalos y la caída de Arecorata.

Mimbro no precisaba mirar hacia arriba para saber que los más audaces de los chicos del poblado estaban tendidos en el adarve de la muralla, escuchando lo que se decía en la asamblea y transmitiéndolo al resto de las gentes de Cirmo, reunidas expectantes en la calle. Así había sido siempre. Así él mismo lo había hecho muchas veces. Como aquella noche pavorosa en que había visto morir al anciano Brigantio hendido por la espada del púnico Magón, cuando la traición de Asúrix puso el poblado a merced de los cartagineses de Amílcar. Era una escena que aún acuchillaba sus pesadillas, que aún lo estremecía como un golpe de viento helado cuando brotaba de pronto en la oscuridad de su memoria. En esos momentos entendía con lucidez agridulce que el hombre en que se iba convirtiendo, con su coraje ingenuo y su incapacidad para negociar términos medios entre lo que él consideraba bueno o malo, pero también con un lastre de odio que se le había aferrado al alma a dentelladas, debía mucho al recuerdo de las imágenes que había presenciado siete años atrás en aquel mismo lugar, a la misma luz inconstante y cautivadora de la hoguera.

Tras concluir Kintortes, durante una larga pausa todos quedaron sumidos en sus pensamientos, recorriendo en su imaginación algunas de las muchas trayectorias que lo que habían escuchado le abría al futuro. Finalmente se puso en pie Meronio y abrazó a Kintortes, imprimiendo en ese gesto la condolencia de todo su pueblo.

—No hay palabras para expresar nuestro dolor, hermanos de Arecorata —dijo con voz ronca y pupilas brillantes. A ojos de Mimbro parecía haber envejecido de pronto. El fuego y la desolación le esculpían penumbras en el rostro y en toda la estatura de su cuerpo—. ¡Ay, Buntalos! Con él todos los ólcades hemos perdido al más noble de los padres; su recuerdo vivirá en nuestras canciones para siempre. Al menos no ha tenido que ver Arecorata en manos de Aníbal, ni a tantos guerreros valientes caídos sin posibilidad de hacer otra cosa que entregar su vida con honor. Que Epona los tenga en su santidad. Aníbal: cobarde, traidor, yo te

maldigo…, ¡yo te maldigo! —Meronio sacudió la cabeza, produciendo un baile de reflejos en el torques de plata que llevaba al cuello, y por un momento pareció que fuera a romper a llorar. Prolongó la pausa y después habló con una voz áspera y sibilante, como si un animal subterráneo hubiera ocupado el espacio bajo su piel—. A veces los dioses nos hacen preguntarnos de qué modo los hemos ofendido para exigir reparaciones como esta, y si en verdad son nuestras las cuentas que nos hacen saldar. Ahora toda esa gente acampada al pie de las murallas pone sobre nuestros hombros una responsabilidad que no podemos esquivar. Todo su dolor es el nuestro, pero no será lamentándonos como conseguiremos ponernos en pie y buscar a Aníbal para darle su castigo.

»Creo hablar por todos si digo que Cirmo estará con Arecorata hasta donde lleguen nuestras fuerzas. Nuestros alimentos serán vuestros, nuestras armas estarán al lado de las vuestras. No habrá distinción entre nosotros: nos salvaremos o pereceremos juntos. ¿Es eso lo que dice el corazón de los guerreros de Cirmo?

Le respondió un rugido del que, un instante después, se hizo eco el gentío que aguardaba en el exterior. Mimbro sintió una trepidación de orgullo. Así eran sus ólcades: toscos y dados a lo inesperado, a la vehemencia y al alboroto, pero siempre dispuestos a dejarse llevar por los impulsos más nobles de su ánimo.

—Ya habéis escuchado a mi gente —continuó Meronio—, podéis contar con nosotros. Deberemos hacer un inventario de provisiones más preciso, pero nuestras reservas no son pequeñas. Contando con lo que podamos cazar en el monte y con el ganado que habéis traído de Arecorata, creo que estaremos bien abastecidos al menos durante dos lunas. No debéis tener ninguna prisa por seguir adelante; ningún camino es ahora seguro para los ólcades, y el de Belgeda menos que ningún otro. No tengo ninguna duda sobre la lealtad y la determinación de Teuúntas, pero la situación de la ciudad es la más expuesta, atrapada por la tenaza de los ejércitos de Aníbal.

—Sin embargo, nosotros mismos vimos cómo el Cachorro continuaba hacia Ercavica —objetó Kintortes—; por eso tomamos la dirección contraria, hacia Belgeda. Sé que llevamos con nosotros muchas bocas que alimentar, pero también guerreros que añadir a la defensa de la ciudad. Si Cirmo suma sus fuerzas y reunimos a los

guerreros de los poblados tributarios de Arecorata y Belgeda, tal vez incluso pudiéramos retomar Purietine. ¡Ese sería el mejor tributo a Buntalos: devolver el golpe a Aníbal en los vados y después ir a buscarlo a Arecorata, o a Ercavica, o adonde quiera que se encuentre!

Un rumor de asentimiento agitó la asamblea y Mimbro se dejó animar por un impulso de esperanza.

—¡Claro! —exclamó—, ¡Kintortes tiene razón! Si llevamos aviso a Hélike, Gerión podrá acudir con los oretanos desde el sur, ¡y entonces será nuestra la tenaza que ponga a los cartagineses a nuestra merced!

Ignorando la entusiasta aprobación general, Meronio y Saunio cruzaron una mirada y ambos negaron a la vez con la cabeza, de un modo que hizo a Mimbro sentirse ingenuo e inexperto. Sin duda había pasado cosas por alto, confundiendo, como hacía tantas veces, la realidad con sus deseos, pero le irritó el gesto compartido de suficiencia que creyó percibir en ellos.

—Nadie desearía tanto como yo acudir a Belgeda —declaró Saunio—. Quien presenció aquel amanecer en que sus jinetes, dirigidos por Teuúntas, se unieron al ejército de Buntalos en la guerra contra Amílcar, no lo olvidará nunca. Cosus sabe que daría en este mismo instante mi vida por ellos con alegría. Pero ponernos en camino hacia allá con los pocos guerreros que nos quedan y con los fugitivos de Arecorata sería una temeridad. Puede que seamos atacados durante el viaje por una fuerza muy superior, o que al llegar encontremos una ciudad sitiada. Y lo siento, Mimbro —añadió con un asomo de condescendencia—, pero dudo mucho que podamos contar con ningún apoyo desde Hélike. Gerión ya tiene demasiados frentes que atender y no podrá permitirse debilitar las defensas de la ciudad. No; si cruzamos el Sucro y nos movemos hacia el sur dejaremos a Aníbal a nuestra espalda. En cualquier momento podría regresar de Ercavica o enviar contra nosotros la parte de su ejército que ha quedado en Arecorata.

—Los ólcades solo tendremos una oportunidad —prosiguió Meronio, tomando con tanta naturalidad el relevo de Saunio que Mimbro concluyó que ambos estaban representando papeles acordados con anterioridad— si actuamos con rapidez, pero también con prudencia. Enviemos jinetes a Ercavica y a Belgeda,

sepamos de qué modo podemos ayudar a Tersinnos y Teuúntas…

—¡Tersinnos! —repitió con tono reticente un guerrero alto, de rostro enjuto y cabello ceniciento. Era Ariolaco, el padre de Saunio; desde que ambos se dieran un abrazo al encontrarse en mitad del revuelo que causó la llegada de los de Hélike y Arecorata al poblado, había mantenido una actitud de orgullo sobrio y discreto, como si no quisiera apropiarse del rango y los honores que correspondían a su hijo—. Sobre Teuúntas de Belgeda no albergo duda alguna; hará lo que esté en su mano para golpear al Bárquida si se pone a su alcance. Pero Tersinnos de Ercavica… Es demasiado engreído y codicioso para confiar en él.

—Es cierto —dijo Kintortes—, no dejaría al cuidado de Tersinnos ni una gallina huera. ¡Buntalos solía decir que sentía una atracción por el oro y las joyas más propia de un mercader fenicio que de un guerrero ólcade!

Los hombres rieron, agradeciendo la oportunidad de aliviar una porción de la tensión que poco a poco había ido adueñándose de la asamblea.

—Todos estaríamos mucho más tranquilos si fueses tú quien estuviera al frente de Ercavica, Ariolaco —contestó Meronio—. O tú, Kintortes. Tampoco a mí me gusta Tersinnos: recuerdo muy bien cómo se comportó en el monte Luc. Despreciando a Hélike hizo que nuestro ejército de hombres libres pareciera una partida de bandoleros —una dureza afilada como una hoja de acero arévaco se asomó a los ojos grises del ólcade—. Pero eso no cambia la realidad: Tersinnos ejerce la misma autoridad en Ercavica que Buntalos tenía en Arecorata. Deberemos confiar en él. Es codicioso, pero siempre se ha puesto del lado de su pueblo.

—Deberemos también mantener bajo vigilancia sobre Arecorata —intervino Velauno—. Es preciso estar al corriente de los movimientos de los cartagineses y no dejar pasar ninguna oportunidad de recuperar la ciudad.

—Tenemos una multitud exhausta y hambrienta de la que ocuparnos, Velauno —objetó Kintortes, con un tono que hizo pensar a Mimbro que le irritaba no haber hecho él mismo la propuesta—; ellos son nuestra prioridad. Volver a Arecorata sería un disparate.

—Por supuesto. Pero si los cartagineses abandonaran la ciudad alguien tendría que estar cerca para tomar el control. Allí han

quedado muchos de los nuestros, los más desvalidos; no sabemos qué trato les han dado. Bastarán veinte jinetes para eso; yo mismo puedo dirigirlos.

Kintortes reflexionó mesándose la pelambre pelirroja de su barba; por último se encogió de hombros y gruñó de un modo que pudo pasar por una afirmación.

Mimbro vio a Saunio asentir con la expresión satisfecha de quien constata que los acontecimientos se avienen a seguir el curso que se había imaginado para ellos, y volver después sus ojos azules hacia él. Como si Epona se lo susurrara al oído, adivinó en un destello lo que estaba a punto de decir: «Va a pedirme que vaya a Hélike a informar a Gerión y Anglea», pensó. Y por alguna razón cuya raíz no tuvo tiempo de explorar, sintió que en ese momento su lugar estaba allí, en Cirmo, con sus hermanos ólcades. Tras tanto tiempo lejos no podía volver a marcharse, cuando de nuevo los dioses ponían ante ellos la hora de mayor peligro.

—Habrá que llevar las noticias a Hélike —se anticipó—; por fortuna tenemos a Taemaros y a nuestros heliketas. Nos han acompañado hasta aquí y sabrán regresar para informar de todo lo sucedido; nadie mejor que ellos para hacerlo…

Taemaros voceó su aprobación casi sin dejarle acabar. Su impaciencia por volver a casa había ido haciéndose cada vez más notoria a medida que se alejaban de la Oretania.

Cuando las miradas se giraron hacia él, Saunio titubeó un momento y después asintió con resignación. Se disponía a decir algo cuando fue interrumpido por el vetón.

—No conozco bien los usos de esta asamblea —dijo este, poniéndose en pie—, pero me gustaría ser escuchado —hizo una pausa y Meronio le hizo un gesto para que continuara—. Soy Ulantio, del clan de los Menetoviecos, de los vetones de Ebora. Si me encuentro entre vosotros es porque los dioses quisieron que estuviera gozando de la hospitalidad de Arecorata a la llegada de Aníbal. Buntalos encontró la muerte cuando me honraba con su amistad y se disponía a firmar un tratado de alianza con los míos, y eso me basta para sentirme en deuda con él. No tengo otro título para hablaros que ese, ni otro propósito que seguir la inclinación que, mientras escuchaba lo que aquí se ha dicho, ha ido tomando forma en mi corazón. Os pido que toméis en consideración la idea

de venir a mi país.

El vetón hizo una pausa y Mimbro apreció su talento retórico. Hablaba el idioma celtíbero con naturalidad, pero con una cadencia característica, como si estuviese a punto de ponerse a cantar. Era alto y delgado, y algo estrecho de hombros, lo que le confería una engañosa apariencia de fragilidad. El pelo lacio y entrecano apenas si podía ocultar una avanzada calvicie, que junto a una barba solo espesa en la barbilla daban a su rostro la forma de una punta de flecha invertida. Tenía los ojos entornados y rodeados de arrugas que parecían más cultivadas por el humor que por la preocupación. Mimbro sintió que Ulantio le inspiraba simpatía y confianza, pero no por ello su propuesta le pareció menos imposible de aceptar: ¡marchar con él al país de los vetones, eso sería una cobardía! Una indignación agria y abrupta le creció dentro en un instante. Toda la asamblea respondió zumbando también con un rumor de rechazo.

—¡Pensad en ello! —insistió Ulantio alzando la voz con ahínco—; ¡ese iba a ser precisamente el objeto del tratado entre Arecorata y Ebora! En las sierras de donde provengo —señaló con el brazo extendido hacia poniente, como si el gesto bastase para establecer con precisión su procedencia— hay tierras suficientes para acogeros si estáis dispuestos a talar bosques y roturar campos, ¡y estaríais fuera del alcance de Aníbal!

»En los últimos años no han dejado de venir clanes ólcades y arévacos a asentarse en nuestros montes. Los hemos acogido sin otra condición que hacerlo al sur del Tagus y jurarnos amistad ante los dioses. ¿Por qué no vosotros? Os pido que no desdeñéis lo que os digo sin ponderarlo. No tendría por qué ser definitivo, tal vez podáis volver un día, pero al menos estaréis seguros mientras aquí os amenacen los cartagineses.

Guardó silencio y quedó con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriendo con fervor. Kintortes, Saunio y Meronio se miraron sin saber bien quién debía responder a la inopinada propuesta del vetón; finalmente lo hizo Meronio como anfitrión de la asamblea, con la cálida gravedad con que ganaba el corazón de quienes le escuchaban.

—Ulantio, no tomo tu ofrecimiento por menos de lo que vale, que es mucho. Por Epona que brindar en estos tiempos auxilio a los enemigos de Aníbal supone asumir riesgos que ninguno de nosotros

cometerá el error de subestimar. Pero ya has visto el campamento: las hogueras se cuentan por centenares. Alimentar a tantos fugitivos hasta que podamos empezar a valernos por nosotros mismos resultaría una carga demasiado pesada. Además, abandonar los montes Ólcades y marchar lejos sería una opción desesperada, una última salida. Es una bendición saber que contamos con tu oferta de hospitalidad, pero el momento de vernos obligados a considerarla aún no ha llegado. Y confío en que no llegue nunca.

Mimbro lo escuchó con la boca entreabierta, sin poder creer que Meronio no descartarse de plano la sola posibilidad de huir, que no rechazara la invitación del vetón con la misma indignación que lo hacía hervir a él. Le pareció que algún frágil tejido de confianza se le quebraba. Meronio continuó hablando, pero sus palabras le sonaron a Mimbro huecas y lejanas, como quien recita un verso fingido o ajeno.

—Sería algo demasiado parecido a la muerte: aquí tenemos todo aquello por lo que nos merece la pena seguir resistiendo. Y aún tenemos sobrados motivos para la esperanza. Arecorata ha sido víctima de la traición y el engaño, pero la noticia de lo que allí ha ocurrido debe haber llegado hasta Ercavica antes que Aníbal. Si no se la toma por sorpresa, Ercavica puede hacer frente a un asedio durante lunas. Mientras Belgeda y Hélike resistan en el sur y Ercavica en el norte el destino de esta guerra seguirá abierto. Quién sabe, acaso sea nuestra ayuda la que incline la balanza del lado de los nuestros.

»Ahora nuestra suerte se juega en Ercavica, allí es adonde se ha dirigido Aníbal con su ejército. Confiemos en Tersinnos y enviémosle emisarios para que sepa que todos los ólcades estamos con ellos. Vayamos también a Hélike y a Belgeda, y no perdamos de vista a Arecorata. Acudamos a los poblados, a la última granja, a la más pequeña aldea, reunamos a todos los hombres que puedan manejar un arma. Consolidemos nuestras murallas, reforcemos los puestos de vigilancia, acopiemos víveres. Y, tan pronto como sea posible, acudamos para estar al lado de Ercavica. Mientras los ólcades de Tersinnos resistan, con el favor de los dioses podemos tener la victoria al alcance de la mano. ¡Del mismo modo que derrotamos a Amílcar ante las murallas de Hélike, derrotemos a Aníbal ante las de Ercavica!

La asamblea estalló en un coro de vítores, los guerreros comenzaron a hacer chocar sus espadas contra las placas metálicas de sus faleras y el estruendo, amplificado por los ecos de los muros de piedra, se hizo atronador. Saunio y Kintortes se unieron a él, lanzando gritos y bravatas, dando su aprobación de ese modo al curso de acción trazado por Meronio.

Mimbro, sin embargo, tan propicio siempre a dejarse llevar por el entusiasmo, guardó un silencio escéptico y distante. Advirtió que, además de él, tan solo el vetón Ulantio se abstenía de sumarse al alborozo general con que concluía la asamblea; el hombre, al cruzar su mirada con la de él, se encogió de hombros y alzó las cejas, como queriendo decir que, habiendo hecho lo que estaba en su mano, no podía sino aceptar con elegancia el desenlace. Mimbro no le devolvió otra cosa que un gesto de confundida acritud.

Capítulo XI

CUANDO todos los guerreros comenzaron a abandonar el reducto de la asamblea Mimbro se quedó atrás, urgido de pronto por la necesidad de entendérselas a solas con su frustración. Lo estremeció un escalofrío; había olvidado hasta qué punto las noches de primavera podían parecerse al invierno en aquellas tierras altas. Se preguntó de dónde salía aquel desconsuelo que lo atenazaba, que lo dejaba inerme en un momento en que necesitaba tener a punto todo su vigor. Recorrió de nuevo en su memoria el transcurso de la asamblea y toda ella le pareció la más triste declaración de impotencia. Aníbal había tomado la iniciativa y ellos disfrazaban de prudencia su falta de capacidad de respuesta. El Meronio de esa noche solo se había parecido al de otros tiempos en su capacidad de seducir con sus palabras a cuantos le escuchaban. «Si Meronio ha perdido la determinación, será porque Epona ya no nos considera dignos y nos ha abandonado». Sacudió la cabeza y tragó saliva intentando deshacer la madeja de ahogo que tenía en el pecho.

Entonces, con un sobresalto, se dio cuenta de que no estaba solo. Un hombre alto y corpulento salió de la sombra y se dejó ver a la luz ya casi exhausta de la hoguera.

Era Tesindro.

—¡Vaya, sobrino! —exclamó este, con tono jovial—, ¿es que no encuentras la salida? Hay solo una, así que ni siquiera estos años de ausencia pueden servirte como excusa. Vamos, te mostraré el camino, o te llevaré en brazos si hace falta; ¡como me presente en casa sin ti, Aníbal me parecerá un adversario menos temible que tu tía Ulcatas!

Mimbro miró a su tío tratando de disimular el hastío que se le insinuaba dentro. ¿Cómo podía mantener ese tono de chanza cuando todo su mundo parecía a punto de desmoronarse?

—Tío —dijo, con voz queda—, iré contigo con alegría; tu hospitalidad me es más valiosa que ninguna otra cosa. Pero me temo que no estoy de humor para corresponder a tus bromas.

Tesindro lo cogió de los hombros, acercó el rostro al suyo y clavó en él unos ojos enrojecidos por la edad, los excesos que tanto había disfrutado en su vida y la tentación siempre mantenida a raya de la melancolía. El rescoldo de la hoguera lo convirtió en una figura vacilante y fugaz como un espíritu. Mimbro lo miró como si no lo reconociera, como si lo viera por primera vez. Fue solo un instante, porque al punto la mirada de Tesindro volvió a chispear con el cariño bienhumorado con que lo miraba siempre.

—¿Qué te ocurre, Mimbro? Te has pasado toda la asamblea callado y sombrío. El sobrino que yo conocía estaba siempre dispuesto a sumarse a los empeños de su gente, por muy disparatados que fueran. Vamos, siéntate a mi lado. Por las pelotas de Cosus que no pienso moverme hasta que no escupas lo que quiera que sea que te está pesando dentro; ¡ya sabes que si tú eres obstinado yo puedo serlo mucho más!

Mimbro lo sabía, en efecto, y por ello reprimió el impulso de marcharse sin decir palabra y se sentó junto a su tío. En ese momento comenzaron a caer grávidos goterones de lluvia que al contacto con las ascuas alzaban una tenue conversación de suspiros.

—Escucho a Saunio y a Meronio y no los reconozco —dijo Mimbro abruptamente, deseando terminar cuanto antes—. Tanto hablar y hablar para acabar decidiendo no hacer nada y quedarnos donde estamos. ¿Qué es lo que nos pasa?, ¡hay tantas cosas que podemos hacer! Podríamos tomar la iniciativa, buscar el apoyo de Hélike e intentar sorprender a los cartagineses en Purietine, ¡por lo menos intentarlo! Pero no, nos quedamos aquí, en la falsa seguridad de Cirmo, y enviamos jinetes en todas direcciones para que nos digan si el peligro se desvanece por sí mismo o si tenemos que seguir huyendo —Mimbro abrazó sus rodillas e hizo una mueca de pesar—. No me lo puedo creer. Ahora bien, para que nadie salga de la asamblea con la sensación de que quizás no hayamos dejado la cobardía tan lejos como nos gustaría, Meronio se despide con esa bravata de que derrotaremos a Aníbal en Ercavica, que no expresa más que debilidad y ensoñaciones. ¡Meronio, que ha sido para mí el más admirado de los hombres! Por Epona que Gerión nos ha faltado cuando era más necesario…

La voz de Mimbro se desvaneció en el rumor opaco de la lluvia. Más allá del muro el poblado y la multitud de fugitivos producían

un latido ondulante hecho de millares de sonidos.

—De modo que piensas que Meronio no ha estado a la altura de lo que se precisaba de él —sugirió Tesindro, cuando el silencio de Mimbro se prolongó lo suficiente como para dejar claro que no tenía nada más que decir. Más que tristeza su voz parecía expresar una suave complicidad—. Y tampoco Saunio. Tal vez incluso pienses que se han puesto de acuerdo para hablar de ese modo sin ponerte sobre aviso, sin contar contigo, ¿no es así?

—Eso da igual, tío Tesindro. No es que esté ofendido porque me hayan dejado al margen; ya no soy ningún muchacho y entiendo que a veces son otros quienes deben llevar las riendas. Lo que no entiendo es por qué los ólcades nos hemos puesto a la defensiva de un día para otro, ni por qué vemos a Hélike en una posición casi desesperada, cuando sus recursos militares están intactos.

—¿Qué habrías hecho tú en el lugar de Meronio?

—¿Yo…? Habría reunido a todos los guerreros para ir con la mayor rapidez posible al encuentro de Gerión. Ya te lo he dicho: Hélike lleva muchos años resistiendo a los Bárquidas y lo seguirá haciendo.

—¿Y abandonarías aquí a su suerte a esos miles de refugiados o los llevarías contigo? Gerión os encomendó reunir un ejército ólcade bajo el mando de Arecorata para acudir de nuevo a apoyar a Hélike; pero ¿dónde está ese ejército? —Tesindro hizo un gesto en dirección al campamento de fugitivos y abrió los ojos en una expresión de sorpresa inocente—. ¿Acaso se refería Gerión a un ejército de bocas que alimentar…? —dejó que el silencio respondiera la pregunta por sí sola—. ¿No comprendes que sería un lastre que debilitaría en extremo a la ciudad?

Mimbro se encogió de hombros y suspiró.

—No lo sé, tío Tesindro. Pero de lo que estoy seguro es que nunca aceptaría la posibilidad de abandonar nuestros montes y huir a otras tierras. Aquí están enterrados nuestros antepasados. Antes preferiría morir como un guerrero ólcade, con la espada en la mano. Como murieron Segilo y tantos otros manteniendo la dignidad de sus clanes ante Aníbal en Arecorata.

—Si tú estás hablando conmigo ahora es porque uno de tus antepasados, Gerión el Tartesio, llegó hasta aquí huyendo de los cartagineses hace muchos años. La huida no es vergonzosa cuando

se han agotado luchando con coraje todas las demás alternativas. El que huye con dignidad poniendo a salvo a los suyos deja abierto el camino a seguir la lucha.

Mimbro mantuvo el gesto de suspicacia, sin poder ofrecer ninguna respuesta, pero sin querer tampoco dar la razón a su interlocutor.

—Lo que creo, sobrino —prosiguió Tesindro, poniendo un acento de tenaz afabilidad en su voz—, es que hasta ahora los dioses te habían mantenido a salvo de conocer la derrota. Es cierto que viste Cirmo en manos de Magón, y que este mató al sacerdote Brigantio delante de tus ojos. Pero desde entonces los ólcades y Hélike no han sido nunca derrotados. Eso acaso te haya hecho pensar que así tiene que ser siempre, que es algo que nos deben los dioses porque estamos ungidos por ellos, que nuestro deseo de venganza es algo justo y legítimo que nos tiene que ser concedido.

—¿Y es que no es así? ¿Es que no merecen los asesinos y los traidores ser castigados por los dioses? ¿Entonces para qué los ritos, las plegarias, los auspicios, los sacrificios…?

—Esas son preguntas que tal vez Brigantio te hubiera podido responder, pero no yo. Sin embargo, tengo suficientes años y cicatrices para saber que siempre conviene tratar de complacer a los dioses, pero es una señal de arrogancia poco recomendable exigirles nada. También nuestros enemigos tienen dioses y también les rinden honores y ritos; me pregunto por qué razón los nuestros deberían ser mejores y más poderosos. Los nuestros son, sencillamente, los nuestros… Los que tenemos que ser mejores y más poderosos que nuestros enemigos somos nosotros mismos, y eso incluye aceptar la derrota y extraer lecciones de ella. Si Aníbal nos ha tomado por sorpresa y nos ha puesto en situación de desventaja con dos o tres movimientos audaces, cuidémonos mucho de dar una respuesta destemplada que nos haga malgastar las fuerzas que nos quedan. Un solo revés más y quedaremos en una posición desesperada. Y, en este momento, todo ello depende de Ercavica. Meronio, Saunio y Kintortes lo saben, como también Aníbal. Y Tersinnos. Si Ercavica resiste al menos una luna, la arenga de Meronio no será ninguna bravata. Nos dará tiempo para reunir fuerzas capaces de amenazar la retaguardia de Aníbal y tal vez hostigarlo en Purietine y en la propia Arecorata, con ayuda de los

oretanos e incluso, si todo nos es propicio, de Arse. Meronio sabe que es nuestra única opción y está dispuesto a cualquier cosa para que toda nuestra gente crea en ella. Tal vez no tengamos sino la más improbable oportunidad de lograr que un pueblo pequeño y aislado como el nuestro termine por derrotar al ejército más poderoso del mundo que conocemos. Pero créeme, Mimbro, tan solo creyendo que esa oportunidad está al alcance de nuestro honor y nuestra espada podremos seguir viviendo cada día como hombres libres. Solo habiendo mirado a los ojos a la derrota sin perder la dignidad es posible comprender cabalmente la fe y los sacrificios que nos exige la victoria.

Tesindro hizo una pausa para recobrar el aliento y Mimbro lo miró con estupor. Se obligó a sonreír y pareció que una máscara de piedra se le evaporaba del rostro.

—¡Tío Tesindro! ¡Nunca te había oído hablar así!

—Y te diré otra cosa, sobrino petulante —continuó Tesindro, incapaz ya de detenerse—: no vuelvas a decirme que no estás de humor para seguir mis bromas. Que sepas que el hombre que pierde el humor lo ha perdido todo. Desconfía de todos aquellos que solo saben ver el mundo con espantosa seriedad. Quien se ríe, y sobre todo quien se ríe de sí mismo, mantiene abierta la puerta al amor, a la aventura, a la maravilla… El día que veas que he perdido la capacidad de reír, por las pelotas de Cosus que te exijo como tío tuyo que vengas a hacerme recuperar el seso…

Una voz tonante lo interrumpió de pronto.

—¡Pero bueno, Tesindro y Mimbro! ¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¡Míralos, charlando aquí como si tal cosa, calándose hasta los huesos! ¡Y mientras los demás esperando en casa a que tengáis a bien venir a cenar!

Tesindro se puso en pie como accionado por un resorte.

—¡Ul… Ulcatas! ¡Ahora mismo íbamos para allá! ¡Hacía tanto tiempo que tu sobrino y yo no teníamos una conversación que valiera la pena! ¿No es cierto, Mimbro?

Mimbro se puso en pie y caminó hacia su tía, que esperaba con los brazos en jarras en el dintel de la puerta.

—Ya íbamos, tía Ulcatas, no te disgustes. No olvides que quien ha perdido el humor lo ha perdido todo. Tío Tesindro, ¿cómo era eso de la espantosa seriedad?

Una carcajada a su espalda fue la única respuesta.

Capítulo XII

EL primer gemido del cornu puso a todo el campamento en alerta y los tres toques posteriores desencadenaron un frenesí de voces de mando, ruido de armas y hombres a la carrera.

—¡Es una salida importante! —exclamó Aníbal. Se despidió con un gesto de los honderos baleares con quienes había compartido su desayuno. Cada día lo hacía con grupos de soldados de los variados contingentes de su ejército. Buscó a Maharcón y vio que traía ya su caballo. Con él venía su hermano Magón, mostrando la misma agitación febril con que recibía siempre la proximidad del combate.

Un momento después galopaban por la ancha calle central del campamento, mientras a su alrededor todas las unidades se apresuraban a adoptar sus formaciones de batalla. «Malditos bárbaros», pensó, «están jugando con nosotros». Desde que doce días antes iniciaran el asedio de Ercavica, los ólcades habían practicado una táctica de constantes salidas alternando las numerosas puertas y poternas repartidas por los casi tres mil pasos de su anfractuosa muralla. De ordinario eran partidas reducidas que no tenían otro objetivo que causar alarma y prender fuego a los carretones de suministros y a las empalizadas que daban cobertura a los cavadores de las minas, antes de regresar al interior de la ciudad, pero bastaban para mantener a las tropas de Aníbal en permanente estado de alerta. Por ello se había establecido un código de señales de los cornu de bronce: tras la señal de alerta, tres toques indicaban un ataque de suficiente importancia como para movilizar a todas las unidades y reclamar la presencia del propio General.

Aníbal y Magón se aproximaron a la ciudad. Por la algarabía de voces y relinchos, de pezuñas de animales y clamor de metales que les llegaba, advirtieron que la salida había tenido lugar por la puerta de Poniente, una de las principales. Cabalgaron por el camino perimetral flanqueado por empalizadas, catapultas y manteletes, levantando vítores de los suyos y atrayendo algunos

proyectiles lanzados desde los adarves que no les inquietaron.

La ciudad, como el extenso otero sobre el que se asentaba, tenía la forma de una letra *qoph* invertida, con una meseta de forma irregular en primer término prolongada en un angosto promontorio que parecía empujar hacia el norte el curso del río, obligándolo a trazar un amplio meandro encajonado entre montes grises punteados de sabinas, enebros y encinas. En todo su contorno la ciudad estaba ceñida por una robusta muralla de una decena de pasos de altura, revestida de barro de color rojo, con torreones circulares protegiendo las puertas y los lienzos más expuestos.

Cuando rodearon el bastión que señalaba el extremo occidental de la meseta, Aníbal y Magón vieron el combate ya trabado en las proximidades de la puerta y comprobaron que era, en efecto, una acción de gran envergadura, tal vez la más importante desde que comenzara el asedio. Un contingente de algunos centenares de jinetes ólcades cabalgaba entre las máquinas de guerra y los puestos avanzados de los cartagineses, causando una gran confusión y dando tiempo para formar líneas en semicírculo a los guerreros que seguían saliendo a la carrera por la puerta de la ciudad. En conjunto habría no menos de un millar de hombres, que ahullaban y golpeaban sus armas para crear un estruendo ensordecedor.

Ante ellos se esforzaban por adoptar orden de combate las tropas cartaginesas que tenían asignado ese sector de la muralla. Aníbal conocía con toda precisión la disposición de su ejército, por lo que sabía que Mahárbal, el oficial al mando, disponía de dos *syntagmas* de infantería pesada de mercenarios griegos, con algo más de medio millar de hombres, y un contingente similar de soldados libios con armamento ligero, junto con pequeñas unidades de arqueros sirios y honderos baleares. Dos centenares de jinetes númidas, dirigidos por el propio Mahárbal, completaban la fuerza que se esforzaba por dar la primera respuesta al ataque de los ólcades.

En un solo golpe de vista Aníbal supo interpretar la situación: la infantería púnica era muy superior a la de los bárbaros, pero la caballería de estos, más pesada, resultaba imbatible para los númidas, que no podían hacer más que hostigarlos con sus jabalinas, sin impedir que se movieran con desahogo entre la tropa de a pie cartaginesa, rompiendo líneas y prolongando el desorden, a

pesar de los reiterados y cada vez más apremiantes intentos del cornu de mando de dar instrucciones para impedirlo.

—¡Vamos, Magón! —gritó Aníbal, apresurando aún más el galope de su caballo— ¡esta vez los bárbaros van en serio!

Los dos Bárquidas se lanzaron al encuentro de Mahárbal, quien había logrado crear frente a él una vacilante formación de hoplitas griegos con sus escudos redondos de color blanco y grandes picas proyectadas hacia delante, aunque para ello había tenido que sacrificar a un buen número de númidas y auxiliares libios.

—¡Aníbal! —gritó Mahárbal, sin desviar la mirada del combate— ¡me alegra verte, pero no hubiera estado de más que trajeras contigo algún refuerzo de caballería!

Aníbal sabía que ese era el punto débil de los suyos, y el precio de haber enviado a una buena parte de sus jinetes con Naravas a Purietine, por mucho que hubiera intentado obtener refuerzos de las nuevas ciudades íberas aliadas. Ahora su ejército estaba bien preparado para un asedio o una carga a campo abierto con sus elefantes, pero podía verse en dificultades en este tipo de lances.

—¡Vamos Mahárbal, no me vengas con excusas como un muchacho inexperto! —respondió riendo Aníbal—; ¡mira y aprende de tu General! ¡Heraldo: ordena formación en tetrarquías a ambos lados y que los númidas cubran los flancos!

El cornu hizo vibrar el aire con sus gemidos de bronce y los hoplitas, gritando «¡Barca, Barca!» al ritmo pesado de sus pasos, se apresuraron a dividir la formación en unidades más pequeñas, con más capacidad de moverse en el accidentado terreno. Aníbal quedó en el centro, entre Mahárbal y Magón, y al alzar la mirada guiñó los ojos constatando la astucia con que habían actuado los ólcades: aprovechaban en su favor el acusado desnivel de la ladera y el hecho de tener a sus espaldas el sol de la mañana en el primer día sin nubes desde que comenzara el asedio. Tal y como le habían advertido, el ólcade Tersinnos era un digno rival.

La nueva disposición de sus hoplitas y la retirada de los jinetes númidas les dejó frente a frente con el enemigo, haciendo que el que parecía dirigir a los bárbaros, un hombre chato y robusto con aspecto de tonel, reparara de inmediato en él, inconfundible con su flameante capa de color púrpura. El guerrero —Aníbal se preguntó si se trataría de Tersinnos— gritó algo a los suyos y al punto un

tropel de jinetes se cernió sobre ellos.

A un gesto de Aníbal el cornu rompió una nota urgente y las cuatro unidades de la falange comenzaron a avanzar, tratando de mantener la formación a pesar de los cuerpos caídos, propios y ajenos, y de las grandes piedras que encontraban a su paso, extendiendo ante sí las picas de los hoplitas como una barrera escalonada de relucientes puntas de acero. Aníbal sonrió con fiereza: había entrenado a su falange para que se moviera de ese modo, como un animal gigantesco cubierto de espinas letales. Bastó que los primeros jinetes ólcades se dieran de bruces con las fauces de su animal para que, dejando un sangriento tributo de guerreros y monturas tendidos por el suelo, comprobaran que la formación púnica les resultaba impenetrable y comenzaran a retroceder.

El jefe bárbaro ladró un borbotón de órdenes. Sus jinetes se dividieron en dos contingentes que cabalgaron hacia las respectivas alas de la falange, dejando que se enfrentara a esta la masa de guerreros vociferantes que llegaban desde la puerta de la ciudad. Aníbal comprendió que si dejaba a los bárbaros envolver sus flancos, superarían con facilidad a los númidas y pronto podrían situarse a su espalda. Volvió grupas y, seguido por Magón, Mahárbal y los oficiales de este, cabalgó por la retaguardia de los hoplitas hasta que vio al jefe ólcade que encabezaba la carga de los suyos, causando ya estragos entre la infantería libia y los númidas.

Como siempre que se encontraba en el corazón de la batalla, Aníbal sintió que una trepidación lo inflamaba por entero y que el mundo a su alrededor adquiría una extraña nitidez, una transparencia restallante de sonidos que parecían acontecer en el interior de su cabeza. Con la boca repentinamente seca y el corazón sacudiéndole el pecho, clavó los acicates de las botas en los ijares del caballo y se lanzó hacia delante gritando el nombre de Melqart, con su espada en una mano y la jabalina en la otra. Un momento después se vio sumergido en el fragor del combate: un estruendo de aullidos y gemidos de hombres y bestias, chasquidos de metales, retumbar de cascos, imprecaciones desesperadas y, flotando sobre todo ello, el perfume dulce e irreversible de la muerte. Invocó de nuevo a Melqart y supo que la protección del dios caía sobre él, ungiéndolo como instrumento de su poder, exaltado e invulnerable.

Se abatió sobre el ólcade y descargó un golpe de espada con la

fuerza intacta de su ira. El guerrero lo detuvo con su escudo y la hoja de acero cartaginés segó el umbo central como si estuviera hecho de manteca en lugar de hierro, quedando después hundida en el disco de cuero y tablas. Los dos hombres quedaron trabados y se miraron durante un instante, ambos con la boca abierta y los ojos brillantes, con el rostro cubierto de furia y sudor, aullando y gruñendo casi sin darse cuenta, como si se hubieran convertido en animales. El ólcade trató de apartar el escudo para descubrirle a su espada el camino del vientre de Aníbal, pero este se mantuvo firme y sin apartar la mirada preguntó:

—¿Tersinnos?

El ólcade quedó desconcertado durante un latido y después negó con la cabeza.

Aníbal soltó su espada y el bárbaro, al desaparecer de súbito la fuerza que le oponía resistencia, se precipitó hacia adelante como si buscara la punta de la jabalina de su adversario. Esta se le hundió en la garganta, la atravesó y lanzó hacia atrás el yelmo en un único movimiento fluido y silencioso. Un surtidor de sangre empapó a Aníbal, cubriendo su rostro con una máscara templada y viscosa.

El Bárquida se giró después buscando nuevos enemigos y vio a su hermano Magón arrancar la cabeza de un adversario con un implacable golpe de espada. «Es un luchador formidable», pensó con orgullo, «el más pequeño pero tal vez el más feroz de los leones de Amílcar».

—¡Vamos, hermano! —gritó Magón—, ¡retroceden!

En efecto, los ólcades parecían iniciar un cauto repliegue, sin duda afectados por la muerte de su jefe, pero más aún por la llegada desde el campamento principal púnico de unidades de caballería de los aliados bastetanos que parecían impacientes por entrar en combate. Ante el frente de la falange un nutrido grupo de bárbaros se retiraba muy lentamente. Hacían gala de un arrojo que más parecía un intento deliberado de inmolarse, y causaban no pocas bajas entre los griegos.

—¡Deben ser los leales al jefe bárbaro! —exclamó Aníbal—. ¡Se dice que están obligados a acompañarle a la muerte cuando cae en el campo de batalla!

Poco a poco, como una marea que comenzara su reflujo tras haber alcanzado la pleamar, la masa de ólcades se replegó hacia la

puerta de Poniente. A Aníbal le admiró el orden con que actuaban los bárbaros, sin dar nunca la espalda a los suyos, llevando con ellos a los heridos, las ballestas y los caballos que pudieron recoger. Dejaban atrás tan solo a sus numerosos muertos, para los que no debía de haber lugar más honroso que el campo de batalla desde el que llamar a la puerta del más allá.

Viendo a los ólcades retroceder, las tropas de Aníbal, empujadas por el fervor del combate y la presencia de su General, se lanzaron enardecidos hacia ellos, con Mahárbal al frente.

—¡Heraldo! —gritó Aníbal—, ¡ordena que se detengan, se están aproximando demasiado a la muralla!

En el mismo momento en que el cornu mugía la orden de Aníbal, una descarga de proyectiles se abatió desde los parapetos sobre los cartagineses más adelantados, dándoles apenas tiempo a protegerse con los escudos y obligándoles a alejarse de los muros. Ello permitió a los últimos ólcades ganar la protección de la ciudad antes de que las puertas se cerraran con un estruendo que hizo retemblar el suelo pedregoso del cerro.

Aníbal, con Magón a su lado, vio acercarse a Mahárbal al trote, presionándose con la mano una herida en el muslo que sangraba en abundancia.

—¡Por las barbas de Melqart que no ha estado mal para comenzar el día!, ¿eh, Aníbal? —exclamó con el rostro encendido de exaltación—; ¡han vuelto a su cubil con el rabo entre las piernas!

Aníbal esbozó un gesto de escepticismo y miró a su hermano.

—¿Tú qué opinas, Magón? ¿Nos hemos ganado una celebración?

Magón se tomó su tiempo antes de responder. Todo el ardor y la saña que ponía en la lucha se convertían en una cautelosa ponderación cuando su hermano le requería juicios militares. A sus veintidós años, sabía que Aníbal estaba aprovechando la campaña para darle experiencia de mando, y quería aprovechar la oportunidad para ganarse su confianza y la del ejército. Nada le importaba más en el mundo que aparecer a ojos de todos como un digno hijo de Amílcar Barca, a la altura de su linaje.

—Es verdad que les hemos causado muchas bajas —dijo, con una voz tan profunda que parecía corresponderse mal con su juventud, como si los dioses hubiesen combinado dos hombres muy distintos en un mismo individuo—, pero el precio para nosotros no

ha sido pequeño. Nuestras bajas superan el centenar. Nos costará días y material reponer las empalizadas y las catapultas y ballestas que han destruido, y además han tenido la desvergüenza de robarnos algunos caballos. No, diría que el balance de la batalla no merece una celebración.

—Bien, Magón, eso mismo creo yo —corroboró Aníbal, satisfecho—. Además han demostrado que pueden causarnos dificultades a voluntad, y que en toda la extensión de la muralla debemos contar con fuerzas suficientes para responder con presteza a algo así. De modo que modera tu entusiasmo, Mahárbal. Tus hombres han luchado bien, pero todos tienen una lección que aprender. Y también tú, por cierto —añadió con maliciosa ironía—, ¡por la flecha de Reshef que la cosa hubiera podido complicársete de no presentarnos Magón y yo justo a tiempo en tu auxilio!

Sin ocultar su fastidio, Mahárbal abrió mucho los ojos e hizo una mueca de protesta.

—¡Pero Aníbal! Si te encontraste la formación ya hecha y solo has tenido que…

Aníbal lo interrumpió con una fuerte palmada en la espalda y una carcajada.

—¡Vamos, Mahárbal, no te hagas ahora el ofendido, las cosas son como son! Ahora haz que te curen esa herida, ocúpate de recomponer a tu gente y hacer balance de los daños, y ya sacaremos conclusiones en la reunión de la tarde. Magón, quédate con él y demuéstrale lo que vale el sentido común de un Barca.

Sonriéndose, Aníbal dio media vuelta y emprendió el regreso hacia el área central del campamento, disfrutando de la naturalidad con que sus hombres le dedicaban saludos y parabienes. Era algo que le producía un orgullo inmenso: aquellos habían sido los soldados de Amílcar primero y de Asdrúbal después, pero ahora eran los suyos. Habían confiado en él desde la muerte de su cuñado y cada día lo hacían aún más. Por eso compartía con ellos toda la dureza de la vida de campaña y buscaba su compañía alrededor de las hogueras durante las comidas y los momentos de descanso. No podía dejar de experimentar un vínculo inexpresable, una gratitud y responsabilidad ilimitadas hacia cada uno de ellos. El hecho de que estuvieran dispuestos a morir por él, que le hubieran confiado sin reservas el contorno de sus vidas, le hacía atisbar las alturas

solitarias e implacables en que habitan los dioses. En él descansaban sus esperanzas y sus miedos, él marcaba el fragoso camino que habían de recorrer sus pasos, él era el fulcro sobre el que gravitaba el destino de todos ellos. Por eso mismo advertía con nitidez el velo de lealtad incondicional que transparentaban sus miradas.

Para su sorpresa, los nuevos aliados íberos parecían sentir hacia él una veneración no menor a la de sus veteranos. Era extraordinario de qué modo los bárbaros comprometían su lealtad cuando aceptaban rendir vasallaje a quien se había ganado derecho a ello. Para ellos sus vidas eran algo menos valioso que la libertad o la palabra, y ponían el mismo arrojo desesperado en defender aquella como en honrar esta. Eso hacía que fueran tan formidables como aliados que como adversarios, y los ólcades de Ercavica lo estaban demostrando sobradamente.

A pesar de su empeño por vivir en las mismas condiciones que sus soldados, había mantenido la gran tienda circular de color púrpura que habían utilizado como aposento y cuartel general Amílcar y Asdrúbal antes que él. Estaba coronada por el estandarte de los Bárquidas: el rayo que les daba nombre, en color dorado sobre fondo negro. «Barca», repitió para sí, invocando los ecos auspiciosos de la palabra. Su padre había recibido el sobrenombre de los propios soldados, orgullosos de su General por el carácter imprevisible y fulminante de los golpes que descargaba contra sus enemigos, fueran cónsules romanos, caudillos mercenarios o aristócratas de Cartago. Amílcar, como señalaba su nombre, era un devoto servidor de Melqart, y el dios le había concedido en correspondencia su bendición, para él y su descendencia. Por ello y por el asombroso parecido de sus rasgos, el ejército consideraba a Aníbal un nuevo Amílcar, igualmente ungido por el dios, y él no dejaba de cultivar ese poderoso vínculo de fidelidad dinástica.

Por esa razón había conservado a su lado también a la Guardia Bárquida, formada por jóvenes de las principales familias que apoyaban su causa en la asamblea de Cartago y, como antes que él hizo su padre, se había asegurado de conocerlos a todos ellos por su nombre. Al aproximarse a la tienda reconoció a los dos soldados, con el uniforme rojo y dorado de la Guardia, que ese día flanqueaban su puerta: eran Bonsor y Quelbes, dos de los más jóvenes, hasta hacía no tantos años compañeros de correrías de

Aníbal por las calles y las escalinatas de Cartago. Junto a ellos esperaba Maharcón para hacerse cargo del caballo. Una amplia sonrisa le iluminaba el rostro.

—Parece que las noticias me han precedido —le dijo Aníbal al poner pie en tierra y entregarle las riendas—. Es verdad que ha sido un buen combate y ellos han sufrido más que nosotros; siento que os lo hayáis perdido para vigilar una tienda vacía —añadió dirigiéndose a los guardias—, pero no os preocupéis: aún os quedan bárbaros de sobra. Hay que reconocer que son enemigos a tener en cuenta. Valientes y duros de pelar.

—No está vacía, Aníbal —dijo Maharcón, acentuando aún más su sonrisa—. La tienda no está vacía. Tienes una visita.

Aníbal alzó las cejas y dirigió a la entrada una mirada de curiosidad. En ese momento se abrió la pesada cortina de cuero que hacía las veces de puerta y salió al exterior un anciano muy delgado, con el pelo cano alborotado y barba rala. Vestía un grueso manto de lana cruda sobre una túnica blanca de la que emergían brazos y piernas flacos y huesudos, como el ramaje de algún aterido arbusto invernal. La tez pálida y el pelo del hombre hacían resaltar los ojos oscuros, chispeantes de humor e inteligencia.

Capítulo XIII

—¡SÓSILO! —exclamó Aníbal, apresurándose para abrazar al hombre—, ¡Sósilo de Esparta! ¡Bendito sea Eshmún el Sanador, él sabe cuánto deseaba verte!

—También yo me alegro de verte, Aníbal —respondió el anciano—, más aún que tú a mí, me atrevo a decir, teniendo en cuenta que he sido yo quien ha estado a punto de emprender el nunca apetitoso camino del Hades. Bendito sea tu Eshmún, ciertamente, si a él se lo debo.

—¡Al menos es a él a quien he dirigido mis plegarias! —dijo Aníbal, riendo y mirando con afecto a quien había sido su preceptor desde niño—. ¡Un año entero con esas malditas fiebres! Por Melqart que empezaba a pensar que te habías hecho demasiado viejo para abandonar la holganza de Gadir y venir a acompañarme a estas asperezas.

—No pensaba que me echaras tanto de menos —respondió Sósilo, haciendo una mueca de ofensa fingida—, teniendo en cuenta lo poco que tardaste en buscarme sustituto. ¡Y un remero, ni más ni menos! Tengo que admitir que en todas las tabernas se celebran tus extravagancias.

—Sí, Bobdal —asintió Aníbal, divertido—; se toma las cosas demasiado en serio, pero es despierto y sabe observar. Harías bien en mantenerlo como ayudante, ahora que pareces en condiciones de retomar sus tareas.

—Disculpa que no comparta tu entusiasmo —dijo Sósilo, haciendo un gesto aleteante con la mano, como si de ese modo expulsara al tal Bobdal de su campo de atención—, tengo mi oficio en demasiada consideración como para hacer sociedad con los subalternos de tu ejército, por muy despiertos que sean. Sin embargo, es cierto que podemos necesitar a alguien más joven que te acompañe en correrías tan poco adecuadas para mi edad y dignidad como la presente —señaló en su derredor de un modo que hacía innecesaria toda explicación—. He pensado en invitar a

alguien a reunirse con nosotros en Qart Hadasht cuando regresemos. Te gustará.

—Si tú lo dices… —convino con más ligereza que reticencia Aníbal, encogiéndose de hombros—. Pero vamos dentro y almorcemos; esta mañana los ólcades nos han dejado a todos con el desayuno a medias. ¡Maharcón, tráenos algo de comer!

Entrando en la tienda, Aníbal cruzó sin detenerse la estancia principal, en la que sobre una larga mesa de madera se disponían los mapas que utilizaba en las reuniones con sus oficiales, y continuó hasta el aposento que compartía con su hermano Magón, situado al fondo, tras un cortinaje. En él no tenía más que un estrecho camastro, dos baúles de campaña con refuerzos metálicos, una pequeña bañera con su aguamanil y una mesa de trabajo cubierta por entero de rollos de papiro, con una silla frente a ella. Apartó la silla e invitó con un gesto a Sósilo a tomar asiento, amontonó algunos de los rollos para que Maharcón pudiera apoyar la bandeja con la que entró un momento después y, tomando de ella una copa de agua apenas teñida con vino y un puñado de higos, se sentó a su vez sobre uno de los arcones.

—¡Bueno, Sósilo! —dijo, mirando al otro jovialmente—, ¡la verdad es que tienes un aspecto magnífico! Nadie diría que acabas de realizar un viaje tan fatigoso. De hecho, no imaginaba que estarías en condiciones de acometerlo todavía; esperaba verte a mi regreso a Qart Hadasht. ¿Ha ido todo bien?

—Digamos que no ha sido precisamente una excursión de recreo para un convaleciente como yo, pero ya sabes que los lacedemonios somos gente correosa. Y Zekárbal no ha reparado en medios: ¡sus esclavos me han traído en litera todo el trayecto! —los ojos de Sósilo brillaron con ironía maliciosa—. Creo que el viejo sapo tenía tantas ganas de perderme de vista como yo a él.

—No me cabe duda —corroboró Aníbal, torciendo el gesto—; me temo que entre las virtudes de Zekárbal no está la de disfrutar de tu… digamos afilado sentido del humor.

Sósilo rio en silencio, agitando los hombros como un ave desencajada a punto de levantar el vuelo.

—Pero sin duda —prosiguió Aníbal, con tono áspero— continuará haciendo su trabajo con su eficacia habitual y te habrá dado algún mensaje para mí, como si no fuera suficiente enviarme

sus palomas con una frecuencia que termina por hacerse exasperante.

—¡Aciertas en todo! Desde luego no podrás acusarle de comportarse con indolencia en tu ausencia. Me he quedado impresionado: Qart Hadasht se hace cada día más próspera y poderosa, como si no se atreviera a desairar a su abnegado Rab Kohanim. Hacia el cual, por cierto, creo detectar en tu voz una intrigante hostilidad… —Sósilo arrastró la pausa para invitar a hablar a Aníbal, pero, ante el silencio de este, prosiguió—. ¡Qué cambio tan extraordinario en tan solo un año! Debo reconocer que, por mucho que su carácter no sea de mi gusto, el hombre es de una efectividad inobjetable. Y sí, te envía un mensaje —concluyó extendiendo hacia Aníbal un rollo de papiro—, bien sellado para no poner a prueba mi curiosidad, por supuesto.

Aníbal tomó el rollo, rompió el lacre y leyó para sí, asintiendo y frunciendo el ceño intermitentemente, hasta alzar la vista con una expresión de sorpresa.

—¡Vaya, Titayú ha dado a luz a un varón!

—Así es —corroboró Sósilo—; cualquiera diría que es una buena nueva, pero no todos parecen compartir esa opinión. La llegada al mundo de un hijo póstumo de tu cuñado Asdrúbal (que Hades lo acoja con indulgencia en su seno) es el gran acontecimiento del momento. Titayú se pasea con la criatura en brazos como una arrogante matrona satisfecha y no sé si imagina las pasiones que desata.

Aníbal pasó por el alto el comentario y continuó leyendo. Al terminar exhaló un largo suspiro.

—¡Zekárbal! —dijo, afirmando primero y negando después con la cabeza, en un gesto ambiguo y contradictorio—. No deja de asombrarme: nunca se da por satisfecho, nunca descansa, sus maquinaciones lo absorben por completo. ¿Sabes, Sósilo? Creo que Zekárbal es un adicto al poder; el poder simboliza, contiene y hace posibles todos sus anhelos. Pero es lo suficientemente inteligente como para no buscarlo para sí mismo; para satisfacer sus ansias le basta con acrecentar el poder de sus amos. Desde que conoció a mi padre se puso a su servicio porque vio en él y en Ispania la oportunidad perfecta para concebir y poner en marcha un proyecto de poder sin precedentes. A ello dedica desde entonces la totalidad

de su tiempo, su astucia y su energía. Por eso es tan valioso; él es engranaje que hace que todo funcione. El problema es que en ocasiones se arriesga a llegar demasiado lejos señalando a sus amos el camino que deben seguir…

Sósilo se limitó a asentir en silencio, complacido porque el curso de la conversación venía a confirmar su perspicacia.

—Me dice que ha movilizado a todos sus espías para encontrar los puntos flacos de Tersinnos, el príncipe de Arecorata. Lo pienso con frialdad y me doy perfecta cuenta de que es información muy útil para un general, pero no puedo sacudirme de encima la impresión de que tantas astucias se deben a que aún duda de mi capacidad para conducir al ejército y trata de darme cualquier ventaja que pueda concebir, sea honorable o no. No sé con Asdrúbal, pero estoy seguro de que con mi padre no se hubiera atrevido a tanto.

Sósilo puso una sonrisa en un suspiro.

—¿Y qué han averiguado los oídos ambulantes de Zekárbal sobre el ólcade?

—«En cuanto a tu asedio de Ercavica —leyó Aníbal por respuesta— no he podido evitar tomar en consideración algunas informaciones que han llegado a mis oídos sobre Tersinnos, su reyezuelo. Te doy cuenta de ellas por si te son de utilidad. El hombre parece ser de los más reputados entre los bárbaros, pero es difícil encontrar quien sienta por él estima. Se le reconoce coraje y arte militar, y ha conseguido convertir un poblado de pastores en algo parecido a una ciudad. Pero si otros buscan el poder por vanidad, ambición o por el puro apetito de tenerlo, a Tersinnos parece moverlo una codicia desmesurada y una envidia en todo semejante a una enfermedad. Tal vez puedas ponerlo de tu lado deslumbrándolo con oro o con una posición de privilegio entre los suyos. Pienso que nada le satisfaría más que reemplazar a Buntalos al frente de los ólcades. Se dice que ese fue siempre su anhelo».

Aníbal quedó con la mirada enganchada en el papiro, negando con la cabeza y haciendo una mueca de hastío.

—¿Me comprendes ahora, Sósilo? Que se ocupe de administrar la intendencia de Qart Hadasht mientras estoy ausente y me deje a mí llevar la campaña como mejor me parezca.

Sósilo hizo un gesto ambiguo, entre la picardía y la

complacencia.

—Por supuesto que te comprendo. Pero eso no significa que no sepa reconocer un buen consejo cuando lo tengo delante de mis narices, aunque corra el riesgo de que me envíes de vuelta a Gadir a ocuparme de mis asuntos.

Aníbal lo miró con sorpresa.

—Según creo —continuó Sósilo, con un tono de suave y cautelosa ironía— llevas ya media luna acampado ante esas murallas. Es un lugar lleno de atractivos, sin duda, con esa abundancia de peñascos, arbustos secos y diligentes buitres patrullando el cielo, pero imagino que no querrás disfrutarlo más tiempo del preciso. Sé indulgente conmigo si te digo que yo mismo me obligo a tomar los consejos por lo que valen y no por la opinión que me merece quien los formula. Acaso nuestro Rab Kohanim no tenga la personalidad más cautivadora que uno pueda imaginar, haciendo excepción de esa voz suya que es como un sortilegio, pero conoce bien su oficio. Y yo te diría que te es tan leal como puede llegar a serlo un sacerdote.

Aníbal observó a Sósilo con un desconcierto que dudaba si convertirse en irritación o en aprecio.

—¡Vaya! —exclamó—. No imaginaba que fueras a salir en su defensa. Tendré que volver a acostumbrarme a que me lleves siempre la contraria.

Sósilo respondió con una risa maliciosa.

—Pero no queda ahí la cosa. Fíjate —continuó Aníbal, señalando con la barbilla hacia el papiro—: me dice que ha encontrado una candidata inmejorable para hacerla mi esposa… Ni más ni menos que Imilce, la hija del rey Mucro de Cástulo. Está obsesionado con la idea de convertirme en caudillo de los íberos casándome con alguna princesa bárbara de linaje real, de igual manera que Asdrúbal lo consiguió, aunque fuera de modo tan efímero, al casarse con Titayú. Sin duda, la noticia del nacimiento de un hijo varón de mi difunto cuñado le habrá parecido un motivo de preocupación y pondrá el mayor empeño en hacer realidad mis nupcias cuanto antes. Mientras yo no tenga descendencia, este pequeño bárquida íbero en Qart Hadasht puede resultarle algo perturbador; para él la legitimidad solo admite una línea sucesoria. Imagino que es a él a quien te referías antes, ¿no?, cuando decías

que no todos se alegraron por la noticia.

—Él en primer lugar, pero supongo que no solo él. ¿Qué dirá el viejo Hannón cuando la noticia llegue a Cartago? También él y sus seguidores ven con malos ojos estas dinastías… mestizas, como ellos dicen.

—Tendría gracia —se sonrió Aníbal—: Zekárbal y Hannón, los más irreconciliables enemigos entre los cartagineses, unidos en su rechazo al hijo de Asdrúbal… ¿Y tú, Sósilo? ¿Crees que debe preocuparme que alguien pueda utilizar al hijo de Asdrúbal contra mí?

—Diría que no —dijo Sósilo, haciendo una mueca de escepticismo—; Titayú no está ya en posición de ejercer ninguna influencia. Con Asdrúbal vivo ese niño la convertía en la mujer más poderosa de Ispania, y sin embargo ahora… El plan, desde luego, fuera de Asdrúbal, de Zekárbal o de ella misma, era terriblemente perfecto, pero nadie podía imaginar que fuera a frustrarse de un modo tan inesperado. En Gadir no podíamos dar crédito a las noticias que nos llegaron desde Qart Hadasht tras el solsticio de invierno: ¡Asdrúbal muerto ante la vista de todos, precisamente en el momento solemne de su apoteosis! Ni siquiera mis amados trágicos griegos pudieron concebir una escena de tan estremecedora intensidad dramática.

»Pero al mismo tiempo, y ya sabes cuánto abomino de la adulación, te diré que en las tabernas y los emporios se respiró no poco alivio al conocerse que el ejército te había confiado el mando. Debo admitir que muchos veían en Asdrúbal a alguien excesivamente enamorado de sus sueños. Y de sí mismo. Ya conoces el refrán: “quien quiera reyes que vaya a Tiro”. Estaba en boca de todo el mundo.

—Lo sé. Y no necesitas que te diga que no cometeré ese error. Es cierto que recibí la confianza del ejército, pero no asumí el mando hasta recibir la confirmación de la asamblea de ciudadanos de Cartago, como establecen las leyes y la costumbre. Cartago tendrá que estar a nuestro lado cuando comience la guerra con Roma, y para eso tenemos que rendirle escrupulosamente su tributo de soberanía.

»Quizá Asdrúbal fue demasiado lejos, pero me entristece que al haberlo perdido nos hayamos quedado también sin esos sueños de

los que estaba tan prendado. A menudo pienso que, en cierto modo, hizo que fueran los de todos nosotros. ¿Sabes, Sósilo? De Asdrúbal echo de menos su capacidad de soñar. Me miro a mí mismo y me pregunto si lo que a mí me empuja hacia adelante son sueños u otra cosa. Exigencias del honor, votos a hombres y dioses, un hado que me ha marcado ya el camino. O simplemente una obsesión.

Sósilo hizo un gesto de circunstancias y suspiró, como si no supiera bien qué hacer con las palabras que le había entregado Aníbal.

—Tal vez —dijo al fin—, mas debo admitir que siempre he pensado que el mundo de los sueños y el de los hombres pertenecen a esferas diferentes. Ya sabes cómo somos los lacedemonios: preferimos dormir a soñar. Llevamos generaciones tratando de perfeccionar ese sencillo principio de higiene espiritual.

»Pero no nos alejemos de lo importante: ¡decías que nuestro dilecto Zekárbal te está buscando esposa! ¡Y se trata de Imilce de Cástulo, ni más ni menos! Tal vez quien quiera reyes deba marchar a Tiro, como decís en Cartago, pero parece que las princesas están disponibles mucho más cerca —añadió Sósilo con una sonrisa traviesa—. ¿Sabes algo de ella? ¿Tiene otros méritos y talentos aparte de poder darte hijos y conseguir que tus vasallos oretanos se postren ante ti?

—¡Había olvidado que hablas en exceso, Sósilo! —exclamó Aníbal, agitando la mano ante su rostro para desvanecer el tejido de palabras que el griego había tendido en el aire. Volvió después su atención al papiro y leyó—: «Conoces sobradamente los argumentos a favor de Cástulo: las sierras que la envuelven por el norte son fecundísimas en plata, cobre y plomo; domina todo el alto Betis y las rutas hacia la Bastetania y el mar de Levante; cuenta desde hace generaciones con una próspera e influyente comunidad de tirios procedentes de Gadir. Y es el eslabón perfecto entre Carmo y Qart Hadasht para darnos ventaja en la Oretania. Si Mucro te reconoce como su heredero todos los clanes que le son leales se apresurarán a jurarte fidelidad. Sin otro esfuerzo que llevar al lecho a su hija, ganarás una plaza fuerte, millares de guerreros y dejarás a Hélike en una posición insostenible, lista para caer en tus manos como una granada madura». ¿Has visto? —preguntó Aníbal dejando el papiro y separando las manos, como si estuviera entre ellas el objeto de su

atención—. ¡Ni una palabra sobre Imilce! Ni si es alta o baja, joven o madura, gorda o esbelta, hermosa o abominable; todo eso son detalles sin importancia para el Rab Kohanim. En su ponderación no entran otros factores que las bellezas estratégicas de Cástulo.

—Pero todas ellas, como bien sabes, son indiscutibles. De modo que más vale que te esfuerces por encontrarle atractivo a la irresistible Imilce, porque ya te veo arrodillándote con ella ante el altar de Tánit, ¡y descubriendo demasiado tarde, ya en el lecho, lo que esconde su velo!

Ambos hombres rieron.

—Sin embargo —dijo Aníbal—, está en mi mano que eso no ocurra, porque Zekárbal ha tenido a bien brindarme la oportunidad de que me forme un juicio por mí mismo. Escucha: «Para no empezar a considerar posibilidades sin fundamento, me he tomado la libertad de enviar a Malión a conocer cuál sería la respuesta de Mucro en caso de que decidieras hacer a su linaje ese altísimo honor. Es innecesario decir que ha expresado su acuerdo del modo más caluroso. También nos ha hecho saber, por si quisieras conocer tú mismo a Imilce, que oficiará los ritos del equinoccio de otoño en el santuario de Auringis». Ya lo ves: llevo una luna en campaña y nuestro fiel servidor «se ha tomado la libertad» de elegirme esposa, pedir el consentimiento del padre y concertarme una primera cita.

—¡Todo sea por un buen matrimonio con una princesa bárbara! —celebró el espartano, curioseando los rollos de papiro que Aníbal había echado a un lado sobre la mesa—. Eso dará nuevos argumentos a quienes quieren, o queremos, verte como un nuevo Alejandro; ¿no es también eso lo que deseas?

Aníbal seleccionó meticulosamente un higo de la bandeja y lo comió, dándose tiempo antes de contestar. Era obvio que el deleite que encontraba en la dulzura de la fruta era pequeño comparado con el que le proporcionaba la conversación.

—¡Un nuevo Alejandro, nada menos! —dijo, con un tono de chanza poco convincente—. A menudo eliges palabras excesivas, Sósilo. Nadie puede ser un nuevo Alejandro, pero sin duda es de hombres sabios tomarlo como motivo de inspiración. Así lo ha sido siempre para mi familia y lo es para mí. Cuando se conocen los muchos prodigios con que iluminó su vida —añadió haciendo un gesto en dirección a los rollos de papiro— es imposible no concluir

que durante todos sus días contó con la bendición de Melqart. Ambos se confunden en mi corazón hasta hacerse indistinguibles. Alejandro y Melqart, Melqart y Alejandro, el dios-hombre y el hombre-dios, tal y como representa a ambos la estatua que preside nuestro gran santuario de Gadir. Y si aquellos sobre quienes queremos ejercer nuestra autoridad nos ven impregnados de esa misma bendición, ¡alabado sea Melqart!

»En cuanto a la idea de casarse con una princesa bárbara, es una evidencia más de la genialidad de Alejandro. Convertirse en esposo de Roxana primero, y de Estatira, la hija de Darío, después, le hizo dueño de Bactria y de Persia tanto como las victorias de sus ejércitos. Zekárbal lo tiene bien presente a la hora de buscar esposas a los Bárquidas. Y, por cierto, gracias por la biografía que me enviaste, es magnífica. Nadie habla del Macedonio como Calístenes de Olinto.

—Es que muy pocos le conocieron tanto como él —asintió Sósilo, satisfecho—; fue un empeño personal de Aristóteles que, no pudiendo hacerlo él mismo, su sobrino acompañara a Alejandro en su expedición al Asia. Y ya sabes que no puedo sino estar de acuerdo contigo: Alejandro es una luz fulgurante que cambió el mundo para siempre, señalándonos el camino de la inmortalidad y la gloria. Dichoso quien tenga el hambre de poder y la grandeza de espíritu para seguir sus pasos. Si Melqart y Alejandro se confunden en tu imaginación, Alejandro y tú lo hacéis en la mía…

—¡Sósilo! —dijo Aníbal, interrumpiendo al griego—, basta ya. ¿Y decías que abominas de la adulación? Ya tengo demasiados corifeos para eso.

—Callo pues —contestó Sósilo, haciendo una mueca de fingida compunción—. Pero, si te he ofendido, creo que sé cómo ganarme holgadamente tu perdón…

Aníbal miró con curiosidad al espartano mientras este salía de la estancia y volvía después con un objeto en apariencia pesado cubierto por un paño púrpura.

—Mi querido muchacho Aníbal —comenzó a hablar Sósilo, con una efervescencia hecha de ternura, impaciencia y picardía en la mirada—, si es que permites todavía a este viejo charlatán llamarte así. Veamos… No sé cómo empezar…

—¡Vamos, Sósilo, habla ya, me tienes en ascuas!

—Bien… Sabes que el gremio de comerciantes de objetos preciosos de Gadir tiene fama de fabricar los mitos más fabulosos: hay quien afirma haber visto con sus propios ojos las manzanas de las Hespérides, quien lleva toda su vida buscando el yelmo de Aquiles y quien sin ningún rubor vende burdas falsificaciones de la tiara de Elishat… —Sósilo borró de pronto la sonrisa de su rostro y adoptó una expresión de teatral solemnidad—. Entre todos ellos, pocos objetos son tan legendarios y deseados como el Heracles de Alejandro.

—¿Cómo dices? —exclamó Aníbal, poniéndose en pie— ¿El Heracles de Alejandro?

—Eso he dicho. La leyenda cuenta que fue obra del divino Lisipo y que Aristóteles se lo regaló a su discípulo para que llevara siempre con él a su dios con el alma de Grecia que está encerrada en él. A Alejandro le sedujo de tal modo que lo conservó a su lado mientras vivió.

—No estarás insinuando… —apuntó Aníbal, agitado.

—Para sorpresa de muchos —prosiguió Sósilo, ignorando la interrupción— no todas las leyendas son producto de la imaginación. Y sigue habiendo maestros que regalan a sus discípulos la luz eterna de Hércules y Alejandro.

El anciano retiró el paño y reveló a los ojos de Aníbal una pequeña estatua de bronce. Representaba a Hércules-Melqart, con el torso desnudo y el rostro barbado, sentado en una roca, apoyado en su clava de madera nudosa y bebiendo de una copa. Era de una perfección exquisita, abrumadora.

Aníbal quedó mudo, estupefacto, con la boca entreabierta.

—No… no es posible.

—Por el bendito padre Zeus que lo es. Es el Hércules de Alejandro, Aníbal. Ahora es tuyo.

—Pero… ¿cómo…?

El Bárquida dejó en suspenso la pregunta, dio dos zancadas hasta Sósilo y lo abrazó.

Se oyeron entonces voces en el exterior y Aníbal deshizo el abrazo en el momento en que su hermano Magón entraba en la estancia con brusquedad. Este se detuvo un instante al percibir la extrañeza de la escena, pero se dejó arrastrar de inmediato por su agitación.

—¡Aníbal, sal afuera, tienes que verlo! ¡Malditos perros bárbaros!

Capítulo XIV

ESTABAN clavados en aspas de madera sujetas al parapeto exterior de la muralla. Eran ocho, cuatro a cada lado de la puerta principal. Se les había arrancado la piel con minuciosidad, dejándoles con el aspecto de monstruos sanguinolentos emergidos de alguna pavorosa profundidad de la montaña. Gemían, aullaban, maldecían, imploraban, como si solo conservaran una huella de humanidad en la garganta. Los cuervos no tardaron en perder el miedo a las criaturas y se acercaron a hurgar en su carne convulsa. Los alaridos no los detuvieron más que el tiempo brevísimo que tarda en revelarse la impotencia.

El silencio de Aníbal se prolongó y todo el ejército lo compartió, con su ira coagulando el aire en una materia espesa y agria en la que se disolvían los gritos de burla que lanzaban los ólcades desde la muralla. Sósilo sintió que una náusea violenta le inundaba el pecho.

—¿Por qué no se me avisó de que habían tomado prisioneros? —preguntó por fin Aníbal, con voz helada, alternando su mirada entre Mahárbal y Magón.

—No fuimos conscientes de ello, Aníbal —contestó Mahárbal—. Debieron caer heridos en los primeros choques y los bárbaros se los llevaron con ellos en su retirada.

—¿Y los cuerpos de los bárbaros? ¿Los habéis recogido?

—Solo los que han quedado en nuestras posiciones. De los que están al alcance de los proyectiles de las murallas tendrán que encargarse las alimañas. O que salgan a recogerlos ellos mismos, si se atreven.

—¡Traedlos de inmediato!

Mahárbal pareció desconcertado durante un instante y partió después al galope, alzando una pluma de polvo entre las filas inmóviles del ejército.

—¡Gimialcón! —gritó después Aníbal, girándose hacia sus oficiales.

El jefe del Estado Mayor se aproximó al Bárquida y recibió de este un puñado de tajantes instrucciones en voz baja; asintió con severidad y se alejó a su vez espoleando su montura. Todo quedó entonces en suspenso durante un interminable lapso de tiempo en que solo la agonía de los torturados pareció escapar al sortilegio de la espera.

Sósilo sintió la necesidad de alejarse; en momentos como ese la cólera de Aníbal era como una cuchilla que abría desgarraduras allí donde posaba su atención. Miró a su alrededor cruzando silenciosos saludos con los amigos de los que había estado alejado durante un largo año. Casi de puntillas se acercó a Hipócrates y Epiclides, buscando compañía que hiciera más soportable el momento terrible que los dioses habían elegido para su regreso. Los hermanos le hicieron sitio junto a ellos y le murmuraron unas distraídas palabras de bienvenida. A su lado había un hombre vestido con una túnica ocre de estilo fenicio que lo observaba con atención; tenía la piel oscura y el pelo negro recogido en gruesas trenzas que le caían sobre el pecho. Imaginó que se trataba de Bobdal, el remero que había ejercido de escriba improvisado durante su enfermedad. El hombre hizo con la barbilla un escueto gesto de saludo que Sósilo devolvió con reticencia; no podía evitar verlo como un oportunista, un usurpador.

Cuando regresó Gimialcón lo hizo a pie, seguido por dos manteletes servidos por infantes libios y un destacamento de arqueros sirios a continuación, con vistosas túnicas azules, casquetes de tela roja y poderosos arcos compuestos. A una señal de Aníbal, Gimialcón hizo avanzar hacia la puerta de Ercavica los parapetos móviles, repartiendo los arqueros tras ellos y situándose él mismo en el más adelantado. Un jadeo de expectación se alzó de las tropas, sordo y anónimo como si fuera la propia montaña la que lo exhalara.

Uno tras otro, un sinnúmero de proyectiles comenzó a caer desde los parapetos de la muralla, quedando primero demasiado cortos y repicando después como una granizada de metal sobre el cuero y los mimbres.

Se oyó un grito, los arqueros abandonaron al unísono la protección de los manteletes y lanzaron sus dardos. Tres no consiguieron ponerse de nuevo a cubierto, pero ninguno erró su

objetivo. Ocho flechas, ocho manojos de carne atormentada inmóviles en la muralla. Los prisioneros cartagineses habían llevado sus lamentos al reino de los muertos. Astillando el silencio sobrecogido en que se había sumido, el ejército acompañó el regreso de los arqueros con un estrépito de hierro contra hierro.

Llegaron junto a Aníbal al tiempo que lo hacía Mahárbal seguido por una tropa de jinetes africanos con un cargamento de cadáveres a lomos de sus caballos. Hombres y animales estaban cubiertos de sangre y parecían acabar de oficiar una hecatombe de bárbaros. A una voz de su jefe los númidas desmontaron y extendieron los cuerpos de los ólcades en el suelo, a la vista de todos, haciendo de ellos una suerte de expiación, un tributo de venganza. Sósilo tuvo tiempo sobrado de contarlos: eran cuarenta y dos.

Sin decir palabra Aníbal echó pie a tierra, desenvainó su espada y, de un tajo, cortó la cabeza del primer cadáver. La tomó y la mostró en alto, convocando un nuevo clamor de sus tropas, prolongado y feroz.

—¡Magón, Mahárbal! —gritó—, ¿acaso tendré que hacer esto yo solo?

Enardecidos por el incesante griterío de millares de gargantas, los tres cartagineses decapitaron uno tras otro los cuerpos exánimes de los ólcades caídos en la batalla, en una ceremonia arrebatada y brutal que provocó un clamor parejo de la multitud de bárbaros agolpados en la muralla, que rugían a los sitiadores una ira colmada de promesas de revancha. Sósilo lo observó todo con un horror estupefacto, como siempre que era testigo de cuán a flor de piel late la barbarie en el hombre, y lo fácil que resulta cubrir con un velo de multitud la decencia para que le resulte impune al alma ponerse al servicio de la bestia hambrienta que late en su interior.

Con el gemido enervante de los ejes mal engrasados, movidas por tiros de bueyes, las dos mayores catapultas construidas por el poliorceta Bitón para el asedio se aproximaron, dirigidas por él, hasta quedar a ambos lados de Aníbal, enfrentadas a la muralla. El clamor de voces se apagó poco a poco y los dos bandos quedaron en suspenso, como si fueran testigos de algún pavoroso suceso alumbrado por los dioses.

A las palas de las catapultas se habían atado redes de cuerda de las que se usan para sujetar la carga de las carretas. Aníbal hizo un

gesto a los hombres que servían las máquinas y volvió a la grupa de su caballo, mientras ellos amontonaban las cabezas de los bárbaros en las redes, hasta dejarlas henchidas y sangrientas como frutos madurados en una pesadilla.

Sósilo deseó con desmayo haber retrasado su llegada, pero mantuvo los ojos abiertos sin permitirse un pestañeo, mientras todo quedaba listo para la orden del Bárquida que enviaría contra las murallas de Ercavica la horrenda andanada de proyectiles. Era algo más que un desquite. Aníbal se disponía a responder a la crueldad salvaje de Tersinnos con la misma moneda, anunciando un asedio sin piedad, hasta el exterminio.

El silencio se hizo estruendoso por no dejar espacio a ningún sonido. Ni una voz, ni un relincho, ni el ladrido de un perro. Tan solo, casi inaudible, el rumor suavísimo del río a lo lejos, que resbalaba en sus meandros.

Aníbal se giró entonces e hizo un gesto a su criado Maharcón, quien se acercó y le entregó un objeto pesado envuelto en una tela de color púrpura. Un rumor creció entre la multitud y se extinguió en un instante, como si hubiese atravesado el aire un enjambre gigantesco de insectos invisibles.

Sósilo reconoció el paño y quedó mudo. La cabeza comenzó a darle vueltas y tuvo que apoyarse en Hipócrates; que le tomó del brazo sin desviar la mirada. ¿Por qué había hecho traer Aníbal la estatua de Alejandro? ¿Es que pretendía hacer a su dios Melqart testigo de su cólera?

Ante el mutismo perfecto con que hablaban la expectación y la sorpresa de la multitud, Aníbal echó a caminar hacia la puerta de la ciudad con el objeto aún cubierto en sus manos. Alcanzó el punto en que comenzaba a estar al alcance de los arqueros de la muralla y siguió caminando. Se alzaron voces de advertencia entre los oficiales que Aníbal ignoró, haciendo evidente que estaba actuando con consciente determinación. Sósilo siguió la escena con el mismo pavor incrédulo que todos los demás, esperando que en el instante siguiente llegara el proyectil que habría de acabar con la vida del Bárquida y con aquella exaltada aventura que todos los suyos habían emprendido con él.

Pero no ocurrió nada. Los ólcades seguían el avance de Aníbal paralizados también por la magia terrible de su audacia, esperando

una orden que quien estuviera al mando rehusaba dar. Ercavica entera parecía haberse tomado una pausa para que le fuese revelado el propósito que hacía exponer su vida de ese modo al hijo de Amílcar Barca. Y para descubrir lo que llevaba en sus manos.

Aníbal se detuvo a medio centenar de pasos de las puertas y depositó su carga en el suelo. Después alzó su voz hacia el torreón principal.

—¡Tersinnos! ¡Tersinnos de Ercavica!

Pareció que su grito rompía un encantamiento, poniendo de nuevo en movimiento el engranaje del mundo. Hubo un revuelo en la muralla y un guerrero se asomó al parapeto. Desde la distancia Sósilo solo pudo distinguir su gran estatura y una encendida barba pelirroja que parecía cubrirle todo el rostro.

—¡Yo soy Tersinnos, hijo de Tersinnos! ¿Quién me llama? —respondió el bárbaro en lengua íbera.

—¡Soy Aníbal Barca, hijo de Amílcar, general de Cartago!

—¿Y qué has venido a hacer aquí sin ser invitado, cartaginés? Levanta tu campamento y márchate con tu ejército si no quieres acabar en Ercavica como acabó tu padre en Hélike. Yo estuve allí, ¿lo sabías? Como también estuvieron muchos de estos guerreros —extendió los brazos en cruz señalando a los adarves y fue respondido por una ovación de los suyos—; ya os hemos hecho huir como perros cobardes en una ocasión, ¡y por las pelotas de Cosus que volveremos a hacerlo! —los vítores crecieron hasta convertirse en un clamor que se multiplicó por el interior de la ciudad.

—¡Déjate de bravatas, Tersinnos! —respondió Aníbal—. ¡Acaso sirvan para levantar la moral de los tuyos, pero con ellas no evitarás tu derrota! En Hélike vencisteis porque un ejército acudió en auxilio de la ciudad y una parte de nuestras tropas se pasó a vuestro lado. Pero sabes tan bien como yo que ahora estáis solos, ¡solos! Ya no está Buntalos para unir a los ólcades y esta vez nadie vendrá a ayudaros. Tenemos vuestras vidas en nuestras manos y lo único que podéis hacer es retrasar el momento de entregarlas.

—¡Pues déjate de charlatanería y ven a por ellas si te atreves! Si quieres guerra te daremos ocasión de lamentarlo. Y si tienes algo que ofrecer —añadió señalando hacia el paño púrpura que destacaba sobre el suelo polvoriento—, hazlo de una vez y no nos hagas perder el tiempo. ¡Pero estás loco si crees que vas a comprar

la voluntad de Ercavica con un puñado de oro!

—Tengo para ti dos presentes, Tersinnos, y debes ser tú quien elija cuál prefieres. Uno es aquel —dijo Aníbal, señalando hacia las catapultas, y todas las miradas convergieron en su carga macabra— y el otro es el que está a mis pies. Si eliges el primero, juro por Baal Hammón que pronto tu cabeza acompañará a las de tus guerreros en el extremo de una pica sobre ese mismo torreón. Si eliges el segundo, Melqart es testigo de que mantendré el honor que entraña.

—¡Basta ya de juegos y amenazas! Muestra lo que has traído y sepamos qué honor es ese. ¿No querrás que confiemos en tu palabra después de lo que le hiciste a Buntalos y Arecorata?

— Si quieres saber lo que hay bajo ese paño deberás ser tú mismo quien baje a descubrirlo —respondió Aníbal con voz adusta y el tono en ella de quien empieza a perder la paciencia—. Harás bien en no subestimar la importancia de que me haya molestado en venir hasta aquí yo mismo para ofrecértelo.

—¿Bajar yo? ¿Y ponerme al alcance de tus arqueros?

—Como lo estoy yo ahora del de los tuyos. Veo que tienes menos confianza en tus dioses que yo en los míos.

Por toda respuesta Tersinnos alzó un brazo con el puño cerrado y los arqueros que lo rodeaban aprestaron sus armas. En el campo cartaginés se produjo una inmediata agitación.

—¡Todos atentos a mi señal! —ordenó Magón—. ¡Si vuela una sola flecha Bitón disparará las catapultas y los jinetes vendrán conmigo a rescatar al General!

Sósilo observó la escena con el corazón desbocado y supo que no la olvidaría mientras viviera. El ólcade Tersinnos con el puño alzado, recortado sobre el parapeto contra un pálido cielo azul, manteniendo en suspenso un enjambre de proyectiles a punto de derramarse. El ejército de Qart Hadasht paralizado por la vulnerabilidad extrema de su comandante, sin espacio alguno entre las consecuencias devastadoras de actuar antes de tiempo y las de llegar demasiado tarde. Y, en el centro de todos, Aníbal Barca, serenamente de pie ante las murallas de Ercavica, como si su sola voluntad pudiera bastar para hacerlas caer. En la imaginación de Sósilo su figura se confundió con la de Aquiles ante los muros de Troya, desafiando a Héctor y a Príamo con la insensata confianza de un dios.

Tersinnos gritó entonces una palabra en su lengua.

Uno tras otro, los arqueros del torreón destensaron sus armas apuntaNdo al suelo.

Tersinnos voceó nuevas órdenes y abandonó el parapeto mientras las puertas comenzaban a abrirse con un gruñido que inundó la luminosa calma del mediodía, deteniéndose al haber franqueado el espacio justo para el paso de un hombre. Poco después el señor de Ercavica apareció en la hendidura y salió al exterior. Llevaba, al modo de los suyos, el escudo colgado a la espalda, la espada en su funda prendida horizontalmente del cinturón de placas de bronce y una delgada jabalina de hierro balanceándose en su mano derecha. Tenía el pecho cubierto por un disco de plata con la cabeza de un jabalí de grandes colmillos enroscados y tres torques en el cuello que hacían aún más llamativa su inusual estatura. Su estampa era la de un guerrero formidable y empequeñeció a Aníbal al detenerse frente a él. Entrambos, el paño púrpura en el suelo parecía simbolizar la frontera entre dos mundos tan ajenos e incompatibles como el día y la noche. O la vida y la muerte.

El celtíbero y el cartaginés se observaron largamente, acaso tratando de imaginar el futuro ignoto que nacería de las consecuencias de sus actos de aquella hora. Ocurre así en ocasiones: el porvenir de pueblos enteros, la felicidad o el dolor de hombres y mujeres innumerables depende de cómo uno solo interprete la voluntad de los dioses, haciéndose grato a ellos o convocando su furor. Ocurre así siempre: por pequeña que parezca la simiente del presente, crece hasta que ni el más insignificante de los mortales puede escapar a su designio.

Tersinnos se inclinó y de un tirón brusco descubrió el objeto oculto.

Como todos y cada uno de la multitud de espectadores, Sósilo dio un respingo sobresaltado. Donde había esperado ver el Heracles de Lisipo apareció un refulgente yelmo de plata, con sendas alas de águila irguiéndose paralelas hacia lo alto.

—¡Por el gran padre Zeus! —exclamó Epiclides, a su lado—, ¡es el yelmo de Buntalos!

«¡El yelmo de Buntalos!», repitió Sósilo para sí, y el significado de todo aquello tomó forma en su entendimiento como una

detonación de lucidez. El yelmo de Buntalos, el que se decía que le había sido entregado al gran caudillo de Arecorata por el dios Bantua. El que había sido capaz de unir a todos los ólcades bajo sus alas para derrotar al mismísimo Amílcar Barca. Al brindárselo a Tersinnos, Aníbal le ofrecía la primacía entre su pueblo, con el reconocimiento y el respaldo de Qart Hadasht y, más aún, de Cartago. «¡Bravo, muchacho!», se dijo el espartano, cayendo en la cuenta de que, al fin y al cabo, Aníbal no había ignorado los consejos de Zekárbal. «Como siempre, vas dos pasos por delante de cuantos te seguimos».

Tersinnos alzó la mirada del yelmo para encontrarse con la de Aníbal mientras, con el nombre de Buntalos saltando de boca en boca, una trepidación estremecía al gentío de ólcades, púnicos, libios, íberos, númidas, itálicos y sirios que los observaban. Todos comprendían lo que estaba en juego: si el ólcade aceptaba el yelmo lo haría como aliado y vasallo de Aníbal; si lo rechazaba y volvía a su ciudad con las manos vacías sería para colmarlas en la batalla con toda la sangre que cupiera en ellas.

—¿Es esto lo que me ofreces, cartaginés? —preguntó Tersinnos con una triste dignidad en la voz— ¿Qué me aproveche de lo que le arrebataste deshonrosamente a Buntalos?

—Esto es lo que te ofrezco —respondió Aníbal con vigor, asegurándose de ser oído por todos—: que evites la destrucción del pueblo de los ólcades, con la autoridad que un día tuvo Buntalos de Arecorata. Y con la que yo, Aníbal Barca, te confiero.

Tersinnos sacudió la cabeza tratando de desvanecer alguna sombra. Miró hacia lo alto como si quisiera descifrar en el cielo azul y el vuelo ingrávido de los buitres las consecuencias de sus actos. Después se agachó, tomó el yelmo y se lo entregó a Aníbal para que, en medio del griterío atronador de ambos ejércitos, lo colocara en su cabeza.

PARTE TERCERA

ORGULLO DE VENCEDORES

«Alejandro decía que el afianzamiento del reino exigía que persas y macedonios se unieran en matrimonio: que de este modo se podría eliminar de los vencidos su rubor y de los vencedores su orgullo».

QUINTO CURCIO RUFO, *Historia de Alejandro Magno*

Capítulo XV

—¡ERCAVICA sometida también a Aníbal! —dijo Argonio, y en su rostro se imprimió una desolación intacta a pesar de los años—. La noticia tardó largos días en llegar hasta nosotros y resultaba tan abrumadora que cuando lo hizo nos resistimos a creer en ella. Estábamos preparados para hacer frente al poderío militar y a los ardides de nuestros enemigos, e incluso a la hostilidad de los dioses si es que habíamos contraído deudas con ellos, pero nunca creímos posible la traición de los nuestros. La vileza de Tersinnos no nos causó menos dolor que la muerte de Buntalos —Argonio sacudió la cabeza con pesar y la mantuvo agachada, dejando que la luz de las velas temblara en la superficie brillante de su cráneo.

»Todos nos sentimos consternados, pero creo que nadie acusó el golpe tan hondamente como Gerión. Hay personas así: para entendérselas con el mundo le presuponen los mismos principios de rectitud y consecuencia que ellos mismos practican, y cuando la infamia los pisotea quedan perdidos, desarbolados. La traición de Tersinnos hizo que a Gerión se le rompiera algo dentro. En cierto modo recibió como una ofensa personal el que Aníbal recurriera a acciones tan cobardes para acabar con Buntalos y Arecorata primero, y para volver después a Ercavica contra su propio pueblo. Creo que, además de hambriento de venganza, se sintió… decepcionado.

—¿Gerión decepcionado con Aníbal? —Bobdal frunció el ceño y alzó las cejas en un gesto de escepticismo—. Me cuesta creerlo. Eso suena propio de un ingenuo, y nunca pensamos que Gerión lo fuera. Al contrario, os hubiera sorprendido constatar la alta consideración que tuvo Gerión entre nosotros en aquel tiempo. Siempre vimos en él a un caudillo temible, capaz de mantener unidos a ólcades y oretanos como si fueran un solo pueblo, más aún tras la muerte de Orissón. Tenía fama de comandante audaz y prudente al mismo tiempo, algo así como un Aníbal entre los ispanos.

—¿Un Aníbal entre los ispanos? —interrogó Argonio con

aspereza—. ¿Y por qué no al contrario? ¿Por qué no fue Aníbal un Gerión entre los púnicos? Es difícil de soportar el empeño del vencedor de convertirse siempre en la medida de todas las cosas. Lo que sucede es que los hombres grandes anhelan que sus enemigos estén a su altura, para no librar un combate desigual a ojos de los dioses. Gerión sentía que el deshonor de su adversario lo manchaba también a él de algún modo. Tú mismo lo dijiste la primera vez que entraste en esta casa: si Aníbal fue grande se debió a que tuvo enfrente a rivales tan grandes como él…

—Por supuesto —apostilló Adara—, y diría que el Bárquida siempre quiso hacerlo manifiesto: por eso dedicó a mi abuelo Orissón aquellos desmesurados honores funerarios. Ser derrotado es siempre amargo, pero debe parecer más soportable si lo eres a manos de alguien como él, sobre todo cuando tú mismo contribuyes a engrandecerlo, aunque sea después de muerto.

—Así es —concedió Bobdal—. Ningún acto de los hombres responde a una única motivación. Pero lo cierto es que a Aníbal, tal vez más que a ningún otro, Orissón y Gerión le parecieron dos hombres magníficos. Hubiera deseado tenerlos de su lado…

—¡Ya basta! —gritó Argonio—. Hablas de Aníbal como si estuviese más allá de todo reproche, pero ¿no fue él quien entregó Ispania al saqueo más inclemente? ¿No fue él quien enardeció a los suyos para devastarlo todo, para hacer saber a quien quisiera escucharlo que Cartago es cruel con los amigos y atroz con los enemigos, que la muerte es el más amable de los destinos para los que quieran mantener vivo el propósito de ser dignos?

»Llevo en este lugar lo que ya me parece más que una vida entera y no consigo acostumbrarme. Cuando sopla la montaña de este modo creo que voy a volverme loco. Intento no escuchar, no pensar, y entonces descubro que no me queda más remedio que recordar. Lo recuerdo todo una y otra vez, como si asistiera a una repetición incesante de una de esas tragedias del teatro de los griegos que es, sin embargo, mi propia vida. Cuando sopla la montaña de este modo hasta el aire que respiro parece vestirse de plañidera para llorar de nuevo lo ya llorado, para recordarme que la felicidad es un instante pero que el dolor de la pérdida dura para siempre.

Argonio se ahogó en un sollozo y dejó las preguntas girando en

el aire.
Como por obra de un dios benévolo el viento se apaciguó al amanecer. Fue de un instante para otro: el más violento de los gemidos se desgarró en un estertor exhausto y tras él se instaló en la alborada una calma provisional e inexperta, un silencio a punto de quebrarse.

Adara salió al patio con un tazón de leche caliente entre las manos. Se sentó en el banco adosado a la pared y dejó que el aterido contacto de la caliza y la arcilla le fuera despertando al nuevo día. Miró a su alrededor: los establos, algunos trapos tendidos esperando un rayo de sol, el eco inmóvil de los cubos de latón, el montón de paja y estiércol. Argonio solía decir que a medida que envejecía esta nueva Hélike, parecía cada vez más un pálido trasunto de la anterior. Pero para ella era la suya, no recordaba ninguna otra, era aquí donde había transcurrido la vida que la había convertido en la mujer que era y donde sucedería todo lo que aún le estuviera reservado por la madre Epona.

Había amanecido con una congoja agazapada en la garganta: las jornadas de conversación con su tío y el cartaginés, con la tempestad de recuerdos y emociones a que daban lugar, en ocasiones no hacían sino agravar la encrucijada de soledad en que se encontraba. La primavera anterior su hija Ema se había casado con un pastor celtíbero y ahora vivía en Numancia, y ella no sabía todavía cómo ocupar su ausencia. Estaba, por supuesto, la mujer de su hermano Gerión: Cerio era una mujer afectuosa y de conversación infatigable pero que parecía siempre sumida en la apremiante confusión de hacerse cargo de la multitud de hijos y nietos que reclamaban su atención. En cuanto a su hijo, Abaro, parecía haber heredado la belicosidad un tanto temeraria de su difunto padre. Se había enrolado en las partidas arévacas y lusonas que, bajo el mando de su tío Gerión, hostigaban a las tropas del pretor Terencio Varrón, saqueando cuando podían los poblados ilergetes aliados de los romanos. Acudir al servicio de las armas era una obligación de todo guerrero celtíbero, pero ella arrastraba la convicción de que su familia ya había contribuido con un sacrificio desmedido a las pretensiones nunca saciadas del dios Cosus.

Por encima de todo, Adara deseaba que regresara Gerión —Gé, como seguía llamándolo en su interior, como cuando eran niños—,

al menos para pasar los meses más ásperos del invierno, antes de volver a sus interminables correrías militares. Su hermano parecía tener un genio dentro que le obligaba a mantenerse siempre en la grupa de su caballo con la espada en la mano, enfrentándose a los romanos con la misma tenacidad con que sus padres lo habían hecho con los cartagineses. Adara lamentaba que estuviese ausente del ritual de la memoria que había desencadenado la llegada del cartaginés, excitante y perturbador al mismo tiempo. Con él hubiera sido más fácil comprenderlo todo, hacer encajar el relato que ahora se desbordaba con los muchos fragmentos rescatados de tantos años de reticencia y olvido.

Con Gerión tal vez hubieran podido evitar momentos tan acerbos como el de la noche pasada, cuando la amargura de los recuerdos convocados y el aullido demente del viento habían terminado por dejar postrado a su tío. Con él hubiera podido ahora compartir su preocupación de que todo aquello le estuviera exigiendo a Argonio un precio excesivo.

Bobdal dejó transcurrir cuatro días antes de volver a llamar a la puerta. Durante ese tiempo Argonio mantuvo un ánimo irritable y ceniciento; atendió a los deudos y los asuntos de la casa y el poblado con una suerte de desgana turbulenta que hizo que todos acabaran rehuyendo su compañía. La mañana en que regresó el cartaginés lo hizo también el viento, de modo que pareció que uno y otro se servían de heraldo mutuamente. Cuando Adara entró a anunciarlo, Argonio lo esperaba ya sentado en su silla, con el rostro seco e inexpresivo, partiendo nueces con chasquidos que parecían proceder de sus nudillos sarmentosos. No hizo otra cosa una vez tuvo a Bobdal sentado frente a él, sin responder siquiera al saludo de este, hasta que Adara decidió dar ella misma comienzo a la conversación.

—Tío Argonio —dijo con suavidad. El interpelado detuvo el movimiento de las nueces en sus manos y la miró como si estuviera preguntándose quién era—. Es preciso seguir adelante. La caída de Ercavica fue un golpe terrible, pero aún habrían de suceder muchas más cosas. ¿No querrás hablarnos de ellas?

Argonio suspiró, negó con la cabeza y abrió mucho los ojos, como si despertara de un sueño. Hizo un evidente esfuerzo por sobreponerse.

—Ercavica… Sí, Ercavira. Todo cambió entonces. Si Arecorata la sentimos como una mutilación, con la traición de Tersinnos fuimos conscientes de que lo que teníamos ante nosotros era una amenaza mortal para los ólcades. Y tal vez para la propia Hélike.

En la voz de Argonio había un tono remoto, impasible, como si hubiera decidido hablar desde un lugar ajeno a la materia de su emoción. Adara tuvo la impresión de estar escuchando a un muñeco revestido con la apariencia de su tío.

—La primavera había sido una secuencia incesante de malas noticias. Ya sabéis que Likinos nos anunció la caída del vado de Purietine en manos de los púnicos y que Taemaros trajo más tarde noticia de la muerte de Buntalos y la derrota de los ólcades en Arecorata. Por último, una luna después, Mimbro y un vetón, Maenomaro, llegaron desde Cirmo para darnos cuenta de la defección de Ercavica y de cuanto sucedió a continuación. Meronio, Saunio y Kintortes habían reunido una fuerza considerable de cirmoletas, fugitivos de Arecorata y guerreros de los poblados de los montes. Enviaron emisarios a Belgeda, pero no sabemos si llegaron hasta allí; de poco sirvió si así fue. Mandaron también exploradores a Ercavica para tratar de hallar algún punto débil en el asedio del ejército de Aníbal sobre el que pudiera tener éxito un ataque por sorpresa desde la retaguardia. Fueron esos exploradores quienes un día descubrieron que los sitiadores se habían convertido en invitados y que las puertas de la ciudad se abrían para no volver a cerrarse.

»Según el relato de Mimbro, cuanto todo eso se supo en Cirmo el sentimiento de soledad y amenaza fue abrumador. Los cartagineses habían consolidado su dominio sobre la mayor parte del territorio de los ólcades, desde Ercavida hasta Purietine, y parecía imposible poder llegar hasta Hélike o Belgeda. La única ruta abierta para la huida era la de Poniente. Por ello, en esta ocasión el ofrecimiento de hospitalidad del vetón Ulantio fue aceptado, y una larga columna de ólcades se puso en camino hacia el Tagus, señalándonos el camino.

»Las nuevas sobre el exilio de los ólcades llegaron a Hélike al mismo tiempo que las del inicio del sitio de Belgeda. El estupor fue parejo con la consternación. Nunca antes habíamos visto a un ejército de esas proporciones moverse a tal velocidad. Parecía que

Aníbal fuera llevado en volandas por sus dioses. O por sus demonios…

Argonio hizo una pausa, se frotó los ojos y quedó con el rostro hundido en las palmas de las manos, como si en ellas siguiera viva aquella antigua incredulidad. Bobdal suspiró y comenzó a hablar con suavidad, como para dar al oretano algún reposo; Adara cayó en la cuenta de que el cartaginés, como toda la gente afable, no siempre se las entendía bien con los silencios.

—Así fue. Aníbal daba la máxima importancia a la rapidez, y no se demoró después de someter a Ercavica. Poco quedaba por hacer allí: el Bárquida delimitó el territorio del que Tersinnos se haría responsable y estableció que en Arecorata quedaría una guarnición mixta de ólcades y púnicos al mando de Adhérbal. Un contingente de guerreros de Ercavica se sumó al ejército para continuar la campaña: medio millar de infantes y dos centenares de jinetes. Entre las principales familias de la ciudad, comenzando por la del propio Tersinnos, se eligieron los rehenes que serían conducidos a Qart Hadasht como garantes de la alianza.

»A la mañana siguiente Aníbal emprendió la marcha hacia el sur y cinco días más tarde, tras atravesar sin encontrar resistencia un territorio devastado por sus propios habitantes, pusimos sitio a Belgeda. El General envió de inmediato un heraldo a la ciudad instándola a rendirse y prometiendo clemencia del mismo modo que la había recibido Ercavica. Una hora después nuestro mensajero era izado en una cruz sobre la muralla; había sido despellejado vivo, como los prisioneros que nos tomaron los ólcades de Tersinnos en Ercavica. No imaginábamos que allí comenzaba todo un verano de lucha sin piedad, en la que se rebasaron todos los límites de la barbarie y el sufrimiento…

—El sufrimiento que vosotros llevabais a vuestra espalda allá donde fuerais —cortó Argonio—. El que Aníbal fue repartiendo durante toda su vida a manos llenas. Sufrimiento para los que le plantaban cara y para los que eran arrastrados a su aventura, para los que se veían obligados a alimentar, o servían de alimento, a sus delirios. ¡Sufrimiento, Bobdal! ¿O es que tú mismo no lo has experimentado en abundancia? Sufrimiento para todos los que tuvimos la desventura de habitar esta parte del mundo al mismo tiempo que él —añadió en voz baja—, pero para nadie con la

desmesura con la que lo descargó sobre Belgeda.

Bobdal no supo qué decir. Se limitó a hacer un vago gesto de asentimiento.

Argonio se levantó y caminó hasta quedar de pie frente al ventanuco que se abría a la calle. Tras él no se veía más que una mancha gris de cielo recorrido por las veloces nubes del otoño. Tan solo el viento parecía habitar el mundo allá afuera. El anciano habló como si fuera a él a quien se dirigiera.

—¿Cuál fue la ofensa de los de Belgeda? ¿Tal vez tener la osadía de querer seguir siendo libres como lo habían sido siempre y hacer crecer a sus hijos en el amor a los suyos, la observancia del honor y el respeto a los dioses? ¿Contar con un caudillo como Teuúntas, que daba más valor a la dignidad de su pueblo y a los juramentos hechos ante los antepasados que a llevar en la cabeza un yelmo profanado?

Argonio se dio la vuelta y en la luz pálida de la mañana brillaron sus ojos húmedos como guijarros.

—¡Dime, Bobdal! —gritó— ¿Cuál fue la ofensa de Belgeda? ¿Cuál la de sus mujeres, sus ancianos, sus niños, sus betilos, sus guerreros valerosos, sus muchachas intactas? ¡Yo te maldigo, Aníbal Barca! ¡Ahora que has muerto explícale a tus dioses crueles cuál fue la ofensa de Belgeda!

Capítulo XVI

Los ladridos enloquecidos de los perros cuando los saca a cazar liebres en los amaneceres de otoño, llenándose el pecho del sabor a musgo y arcilla de la bruma remansada en las vaguadas. El chasquido de los guijarros contra el peñasco una y otra vez, bajo la mirada siempre atenta de su padre, hasta que la honda se convierte en una prolongación de su brazo, de sus ojos que escrutan al mismo tiempo el horizonte y el futuro. La noche estremecida por los gemidos de las máquinas aún invisibles de Amílcar, arrastrándose como colosales caracoles de herrumbre; los murmullos de los guerreros agazapados en el adarve, la voz atónita de Lagandi…

Anglea regresó de su ensoñación y añadió al plato del pebetero una nueva lágrima de resina de almáciga, murmurando su oración: «Bendita seas entre todos los dioses, Astarté antigua y fecunda, Señora de los vivos y los muertos, protectora de los nobles caballos, de los campos ubérrimos y del metal que nace del fuego». El humo se alzó enroscándose en rizos indolentes, voluptuosos; la luz de las velas despertaba en su seno suaves celajes dorados. «Es el espíritu de la diosa que baila en silencio», pensó. Cerró los ojos y extendió los brazos. El humo inundó el interior de su nariz, los poros de su piel, el tejido de su túnica; resbaló por sus mejillas, por el mentón, condensó en sus pestañas levísimas partículas de luz, se deslizó bajo la lengua, detrás de los párpados; se derramó en su interior e iluminó los rincones de su alma, despertando a los recuerdos que se adormecían en ellos.

Su madre de pie en el patio, trenzándole el cabello a su hermano Antio sentado en un taburete de espaldas a ella; él tiene el torso desnudo a pesar del frío y canta, ríe, chilla, arrancando sonrisas a todos los que van y vienen por la casa; Casindes niega con la cabeza y alza las cejas como si estuviera inerme ante la

vitalidad de su hijo, como si lo único que no pudiera soportar en el mundo fuera la idea de perderlo. Las noches interminables del solsticio con el hielo acuchillando los montes y dentro la voz vibrante de su padre enhebrando en la atmósfera de olla y hollín historias de Tartessos. Argonio abrazado a ella como un animal aterido, temblándole hasta el más pequeño de los huesos, cuando llegan noticias de muerte o guerra, cuando acuden juntos a la necrópolis a encomendar a los dioses las cenizas de la madre, del hermano…

El dolor de la pérdida fermentó súbitamente en su vientre, produciendo una náusea que la sacudió con violencia. ¿Cómo soportar dejarlo todo, perderlo todo? La tierra donde reposaban los suyos, el paisaje donde vivieron y amaron, ese santuario que ahora parpadeaba en la penumbra, el altar ofreciendo la pacífica certidumbre de la piedra…

Anglea se abandonó al dolor, inerme y sumisa. Se hizo transparente. Se dejó sacudir, colmar, abrumar por él. Se dejó purificar por su fuego, su violencia, sus filos. Después reunió cuidadosamente todas las pavesas que la conflagración del dolor había dejado flotando en su interior. Las amasó con sus oraciones hasta crear con ellas un invisible betilo de coraje que quedó alojado en su corazón, al cuidado de la bondad inefable de la diosa. Ya no sería necesario el llanto porque el betilo lo contenía por entero, porque todas las lágrimas se habían evaporado, dejando tras ellas un silencio salobre que el timbre de su voz se apresuró a disipar. «Bendita seas, Astarté benefactora de tus hijas, recibe mi ofrenda y escucha mi ruego: quiera tu benevolencia acompañar a tu pueblo en esta hora…».

Se detuvo de pronto, con los sentidos tensos y vibrantes como el tendón de un arco. La puerta que comunicaba el santuario con la casa se había abierto dejando entrar un soplo de aire y el rumor del exterior. Había alguien en el vano. No necesitó abrir los ojos para saber de quién se trataba. Ni qué peso lastraba su pecho, puesto que era el mismo que el suyo.

El aire de la estancia le salió al paso como si se tratara de una criatura viva que le negase la bienvenida. Nunca antes había irrumpido de ese modo durante uno de los rituales de oración de Anglea, pero tampoco nunca había vivido Hélike horas como

aquellas. Gerión quedó inmóvil para dejar que se desvanecieran sus reparos y se le acomodaran las pupilas a la penumbra. Entre el perfume de las resinas percibió de inmediato el olor de ella, y un momento después la entrevió como una silueta blanca arrodillada frente al altar de piedra. Parecía flotar entre las paredes de color almagre, en el centro de la cruz que formaban los dos brazos perpendiculares del santuario. Sobre el altar, una ascua iridiscente ayudaba a distinguir el contorno broncíneo de un pebetero. Tras él se erguía el betilo de la diosa, una columna cuyas sombras, proyectadas por los dos velones que la flanqueaban, bailaban agitadas ahora que la puerta abierta había venido a perturbar la quietud de la estancia.

Gerión cerró tras de sí y avanzó tratando de dejar a un lado la agitación que lo embargaba. Era agudamente consciente de que, más allá de los muros, la ciudad hervía de actividad, incertidumbres y presagios. Al llegar junto a Anglea se arrodilló a su costado y guardó silencio. Ella no se había movido, permanecía con los ojos cerrados y la boca entreabierta, dejando que entre sus labios se confundiera su respiración con un murmullo sin palabras. Ningún gesto, ningún saludo, ningún reproche.

Permanecieron así durante lo que a Gerión le pareció un largo rato, sin otra conversación que la del ascua en el pebetero. Puso su atención en el olor de la piel de ella y sintió un irrefrenable deseo de abrazarla.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin, sintiendo que su voz era algo ajeno a aquel lugar.

Anglea se giró hacia él y abrió los ojos, dos pálidos destellos verdes en la sombra. Tenía una expresión seria, pero algo en su rostro pronunciaba una bienvenida.

—¿Cómo estoy? —repitió—. No estoy segura. Pero vine aquí a buscar paz y creo que la diosa me la ha concedido.

—Me alegra oírlo —dijo Gerión—. Bendita sea Astarté entre todos los dioses; quiera su benevolencia que todos la encontremos.

—Astarté no nos abandonará —respondió Anglea con una certidumbre a la que Gerión deseó poder aferrarse para siempre—. Lo sé. Me lo ha dicho. ¿Y tú, cómo estás?

Gerión se encogió de hombros. Exhaló un largo suspiro y contestó con la mirada fija en el betilo.

—¿Qué puedo decirte? La mayor parte del tiempo ni siquiera puedo preguntármelo, ¡hay tanto que hacer! Organizar la marcha, tener a punto a los guerreros, reforzar las guarniciones… Es la única forma de sobrellevar todo esto: mantenerse ocupado, tener toda la atención puesta en lo que nos aguarda, no dejar ocasión a la desesperanza… Pero cada vez que me detengo para tomar aliento no puedo evitar sentirme abrumado por la pesadumbre.

Hizo una pausa en la que ambos se miraron en silencio. Supo que ella quería dejarle hablar, comprendiendo que era precisamente ese el propósito con que se había resuelto a buscarla en el templo. Ella siempre advertía esas cosas aún antes que él mismo. A menudo Gerión necesitaba verse reflejado en el espejo de los ojos de ella para desenredar los nudos de sentimientos que se le enmarañaban dentro.

—Sé que hemos tomado la decisión que debíamos —continuó Gerión, con una aspereza de grava en la voz—, y que sabes cuánto te agradezco que fueras la primera en apoyarme en el Consejo. Si esto es difícil para mí, no dejo de tener presente ni un instante que para ti lo es mucho más. Y para todos los heliketas… —agachó la cabeza y la movió de un lado a otro con preocupación—. Cuanto más lo pienso más crece este ahogo que no me deja respirar. Siento que he arruinado el legado que nos dejó tu padre, que he hecho que su sacrificio y el de tantos otros no haya servido para nada. Que he defraudado la confianza que toda la ciudad puso en mí tras la muerte de Orissón. Y también la tuya. Temo no haber estado a la altura…

Anglea lo interrumpió posando una mano sobre la suya. Bastó ese contacto con su piel para que una lengua de calidez lo recorriera por completo. Pocos dones le habían concedido los dioses como ese: había siempre en el tacto de ella una cualidad templada y hospitalaria que lo reconfortaba enteramente, como si su aliento se le disolviera en la sangre.

—¡No digas eso! —le urgió ella—, ¡que no has estado a la altura, que nos has defraudado! ¿Cómo puedes decir esas cosas? Nadie puede reprocharte nada: si Hélike aún resiste después de estos meses de guerra es porque tú has estado al frente de sus guerreros; porque te has multiplicado, manteniendo viva la defensa en todos los frentes. No te reproches nada, Gerión —insistió Anglea con

ternura—, ni el propio Melqart hubiera podido evitar lo inevitable.

—Hubiera bastado con triunfar en los vados —se lamentó Gerión, con voz queda—. ¡Si hubiésemos podido sorprender a Aníbal en su retaguardia, levantar el asedio, evitarle a Belgeda su destino…!

El recuerdo del sacrificio de la ciudad se extendió por el aire como el humo grávido de la almáciga. En el pensamiento de ambos todo se hizo presente de nuevo: Belgeda resistiendo durante tres lunas el ataque furioso de los púnicos, haciendo frente a las catapultas y las torres de asedio, al número incontable de asaltantes, al hambre y la extenuación, a la furia de Aníbal. Los infructuosos intentos de los oretanos por hacerse con el control de los vados del Sucro y poder acudir a auxiliar a los sitiados. Su impotencia para evitar el desmoronamiento de las defensas de Belgeda y el asalto final de millares de hombres iracundos que desencadenan sobre Teuúntas y su pueblo un holocausto de devastación.

—No fue posible hacer nada más —dijo Anglea, en un susurro exánime—. Comprometer más hombres en el ataque a Purietine hubiese agravado el riesgo sobre la propia Hélike; a duras penas pudimos resistir a los púnicos en Iaspis e Ilugo. Tratando de salvar a Belgeda a punto estuvimos de perderlo todo.

—¡Pero estuvimos tan cerca de lograrlo! —insistió Gerión, incapaz de pronto de salir de la trampa de lo que pudo ser y no fue, poco a poco extraviándose en el laberinto de la melancolía—. Hubo un momento en que la victoria estuvo en la punta de nuestros dedos, tras hacernos con Libisosa: ¡tenías que haber visto el temor en los rostros de los cartagineses, el desorden de sus filas! Si hubiésemos contado entonces con el apoyo de Arse, o de nuestros ólcades de Cirmo… Tuvimos nuestra oportunidad, pero los dioses nos la arrebataron.

—Deja a un lado todo lamento, Gerión —dice Anglea, apretándole la mano—. No lo mereces, ¡ninguno de los nuestros lo merece! Y lamentarse no cambia nada, no sirve de nada. ¿Cómo iban a venir a ayudarnos Arse o Cirmo, si apenas pueden hacer frente a sus propias penurias? Estamos solos, Gerión, nadie puede venir a socorrernos, nuestros amigos están tan amenazados como nosotros, o más aún.

»Y una voz me dice dentro que aunque hubiésemos vencido en Purietine, nada hubiera cambiado al final. Tal vez habríamos ganado tiempo y dado a Belgeda un respiro pasajero, pero con las fuerzas que tenías contigo nunca habrías podido derrotar a Aníbal. ¿Cuántos hombres tiene él: treinta mil, cincuenta mil? ¿Qué opciones habrías tenido con los tres mil que pudiste retirar de la defensa de Hélike?

—Sin embargo, una vez fuimos capaces de derrotar a Amílcar, y resistimos la presión de Asdrúbal durante años —se obcecó Gerión, en una suerte de reencuentro con los argumentos de la desesperanza que él mismo había derrotado en la reunión del Consejo y en la asamblea del día anterior—. ¿Por qué no podemos hacerlo ahora? ¿Qué ha cambiado?

—¡Todo ha cambiado, Gerión! ¡El mundo entero ha cambiado! ¡Qart Hadasht se ha convertido en una ciudad más poderosa aún que Gadir o Cástulo, tal vez la más poderosa que haya existido jamás en Ispania! ¡La causa de los Bárquidas no deja de reclutar aliados cada día! Se ha puesto en marcha una maquinaria a la que no podemos enfrentarnos solo con nuestras fuerzas. Estamos aislados y somos demasiado pequeños. Por eso tenemos que irnos. Nadie lo sabe mejor que tú.

—¿Para qué seguir luchando entonces, si está todo perdido? Podríamos acceder a las pretensiones de Aníbal, enviarle rehenes, convertirnos en sus siervos y vivir tranquilos…

Anglea se giró y quedó enfrentada a Gerión. Lo tomó de los hombros, haciéndole volverse hacia ella a su vez.

—Tenemos que seguir luchando porque eso sí se lo debemos a nuestros padres, a Teuúntas y Buntalos, a Abarien, a Andíbil, a Lortas, a Brigantio… ¿Hace falta que continúe? Demasiados de los nuestros han muerto para que sigamos teniendo la posibilidad de hacerlo. Porque hay pueblos que aceptan mercadear todo lo que son como precio de la supervivencia, pero ni los ólcades de Cirmo ni los oretanos de Hélike pertenecemos a esos pueblos. Siempre hemos pedido a los dioses dignidad y libertad a cambio de comportarnos con honor. Nuestro ruego nos ha sido concedido, con toda la grandeza, pero también la servidumbre, que lleva consigo. Nosotros luchamos porque el mundo sería un lugar más triste y mezquino si no hubiera quien está dispuesto a hacerlo hasta el final…

Gerión la interrumpió, inclinándose hacia adelante para besarla. Lo hizo despacio, durante un largo instante, conversando con la boca y el aliento de ella. Se apartó después y sostuvo la mirada franca e incondicional de sus ojos verdes. Leyó en el interior de Anglea con la sabiduría de tantos años juntos, con las cicatrices compartidas de tantas dichas y amarguras. Se dejó confortar por su valerosa determinación, por la capacidad que siempre mantenía intacta de tomar la medida a su propia angustia para dejarla domesticada e inerme y poder dedicarse así a aliviar la de los suyos.

Gerión entendió que a eso había venido Anglea al santuario: a contar con la ayuda de la diosa para sublimar su dolor, arrumbándolo a un rincón del alma donde no le impidiera ayudar a salir adelante a su gente. A él mismo. Por un momento se sintió pequeño y egoísta. Tomó conciencia de que ya estaba bien, de que sus lamentos tenían que terminar. Seguirían juntos adelante sin protestarle al destino porque era lo único que les resultaba digno hacer. Sintió que un gran peso se le evaporaba dentro.

Trató de hablar, pero no consiguió que ninguna palabra se abriera paso por la madeja de emociones que se le había instalado en la garganta.

Ella lo abrazó y dejó que fuera la trepidación de su corazón bailándole en el pecho la que diera respuesta a su silencio.

—Es hora de irse —dijo al fin Anglea, deshaciendo el abrazo y poniéndose en pie. Tenía en el rostro una sonrisa suave y remota, de esas que han sabido sobrevivir a todas las desdichas, pero no sin heridas—. Todos estarán preguntándose dónde estamos. Hay mucho que hacer.

Gerión se incorporó y asintió llevándose la mano al pecho en un gesto de amor y gratitud. Los dos supieron que no era preciso decir nada más. Recogieron el pebetero, los ungüentos y el betilo para asegurarse de que la diosa viajase con ellos y caminaron juntos hacia la puerta. Al cruzar el umbral llegó hasta ellos de golpe el rumor frenético de la ciudad que ultimaba los preparativos de su exilio.

Colocó cuidadosamente en la carreta la impedimenta: los sacos con cereal, bellotas y manzanas secas; las ollas y jarras de bronce; los hatos de vellones y el telar; los útiles del huerto y la esquila; las trébedes y lámparas; las pieles, los saquitos de tinte y los cueros; la

piedra del molino; los tarros de manteca y sal; el cofre con los perfumes, dijes y tocados. Solo entonces acudió Larima a buscar los objetos sagrados del templo, pensando que para entonces habría terminado Anglea de pedir para ellos la bendición de la diosa. Se dio casi de bruces con ella y Gerión, que salían de la estancia en ese momento. Larima observó sus rostros y percibió ese pausado latido de complicidad que los había acompañado desde la primera vez que los viera juntos. Sintió que, a pesar de todo, Hélike era una ciudad afortunada por contar con un punto de apoyo como ellos.

Salieron los tres al patio central de la casa, sumándose al ajetreo que no dejaba de crecer. Abaro, el caballerizo, había uncido ya los bueyes al yugo de la carreta y trataba de formar una reata con los cerdos y las ovejas en los cobertizos del fondo del patio; los animales expresaban su desasosiego con un coro de gruñidos y balidos al que todos los perros de Hélike sumaban su ira. Tanto en el muchacho como en Galduriaunin, la novicia de Astarté, Larima percibió no poca excitación mezclada con desvalimiento, y se maravilló de la porción de fascinación que en todos los jóvenes ejercen los giros inesperados del destino, incluso los que prometen mayor desdicha.

Estereia miraba a su alrededor con la sorpresa desconcertada de los ancianos cuando no saben cuál es su papel en medio de la confusión. En todos los años de su vida no se había alejado de Helike lo suficiente como para perder de vista sus murallas y parecía preguntarse si no le sería preferible quedarse a esperar la muerte dentro de ellas. Larima pensó que si la vieja nodriza no se había decidido a ello era por los niños, que iban de aquí para allá exaltados por la novedad y la peripecia, aunque con un velo de inquietud por la gravedad que percibían en los adultos. El pequeño Ge había asumido con naturalidad el papel de capitán de los chiquillos; se ocupaba con el mismo celo solemne de sus hermanas Casindes y Adara y de sus primos Ario y Cerio, preparando una alforja de provisiones para el camino mientras aventuraba fantasías fabulosas sobre lo que les esperaba.

Mimbro lucía la panoplia de guerrero al completo y revisaba junto al pozo los arreos de su caballo. Se comportaba con la misma sobriedad distante que había embargado su espíritu desde que regresara del norte trayendo las noticias del exilio de los ólcades

libres, si es que queda libertad en la huida. Ver así a su hijo menor clavaba en las entrañas de Larima un candente alfiler de dolor. Ser testigo y mensajero de la derrota le había extirpado a Mimbro esa luminosa candidez que tuvo el privilegio de mantener intacta hasta alcanzar la condición de guerrero, y Larima hacía todas las noches ofrendas a Epona para que se la devolviera. De los sucesos de las últimas lunas nada le pesaba tanto como la adusta sombra que se les había ido imprimiendo a todos en el rostro y el corazón; era en esos momentos cuando más echaba de menos el humor salvífico de su hermano Tesindro. A Mimbro lo acompaña el vetón, Maenomaro, con su aspecto de niño grande, alto y fornido, pero por completo barbilampiño, y con su llamativo mechón de pelo blanco cruzando como una llamarada su melena oscura.

Quien soportaba el más lacerante lastre de amargura era Argonio. Estaba sentado en el suelo en una esquina del patio, con la cabeza, apoyada en las rodillas, cubierta por la capucha de un hábito negro que lo envolvía hasta los tobillos. Proyectaba sobre la pared encalada una sombra extraña, como si se tratara de un animal al acecho. Gemía quedamente y se dejaba estremecer por la oscuridad colmada de auspicios. La noche de vigilia era para él el acto final del prolongado rito de sacrificio que habían oficiado los dioses contra Hélike. Larima sintió el impulso de acercarse a abrazarlo, pero se contuvo sabiendo, como todos los demás, que solo en soledad podía Argonio negociar armisticios con sus abismos.

Al hacer regresar su mirada se encontró con la de Anglea, afligida por la misma herida.

—Vamos, Larima —le dijo Anglea—, ayúdame con el betilo. Quiera la diosa iluminar a mi hermano.

—Quiera iluminarnos a todos —respondió Larima.

Las dos mujeres alzaron la columna de piedra de la diosa y se dispusieron a acomodarla en la carreta.

De pronto, una nota transparente comenzó a vibrar en ella, dilatando el aire en ondulaciones que fueron al encuentro de una melodía que brotaba desde lo alto.

Larima y Anglea alzaron la vista al mismo tiempo que todos los demás. En el corazón de la noche bailaba la voz familiar de un aulós. Su melodía era inaprehensible y más parecía dar voz a alguna secreta criatura del aire que a un artefacto de los hombres. La

música caminaba, se apresuraba, quedaba en suspenso, volvía sobre sus pasos, se erguía, se inflamaba, dudaba entre la emoción y la caricia.

—Galduriaunin —dijo Anglea—. Bendita seas.

Larima vislumbró entonces la silueta de la novicia en la azotea, con el instrumento sagrado del culto de la diosa cimbreando ante su rostro.

—Bendita seas —repitió Larima, reconociendo por fin la melodía. No era una cadencia de duelo ni de preces, nada había en ella de tristeza. Era el acompañamiento de la danza con que se recibía entre los oretanos a los recién nacidos. Era un canto de promesas, de comienzo, de futuro.

—¡Galduriaunin, muchacha! —gritó Gerión cuando la melodía se detuvo—, ¡toda la gratitud de Hélike sea contigo, pero ahora baja con nosotros, ha llegado la hora! ¡Irmán, reúne a los críos y nos los pierdas de vista! ¡Estereia, busca acomodo en la carreta; en tus manos queda la custodia del betilo!

Llegó Galduriaunin al patio y todos se aproximaron a abrazarla, convirtiéndola en ese instante en el centro de su esperanza. Lo hizo en último lugar Argonio, con el rostro atónito y el llanto manso de quien regresa de una pesadilla.

Gerión miró en su derredor, asegurándose de que todos estaban dispuestos.

—¡Vamos, en marcha! —urgió—; ¡Abaro, las puertas!

El joven corrió hasta el portón y empujó las dos hojas de madera. En el exterior todo había comenzado. Por la calle principal de Hélike fluía ya un caudal de guerreros a pie y a caballo, de carretas cargadas de bultos tiradas por bueyes, de rebaños inquietos, de perros asustados, de familias enteras que arrastraban alforjas llenas de recuerdos e incertidumbre. Alzaban un rugido sordo que ponía en fuga a los sonidos de la noche.

Larima comprendió que aquella era la voz del exilio.

Capítulo XVII

CON los cascos de los caballos envueltos en trapos, la columna de jinetes avanzó por el bosque en silencio, como si se tratara de una procesión de espectros deslizándose por el camino cubierto de acículas de pino. Olía a resina y a jara; en la noche se insinuaba un rumor de agua que más parecía la respiración de algún animal sumido en el sueño. Todavía no hacía frío, pero en la montaña el verano se apresuraba a desvanecerse.

Gerión repartía su atención entre el vasto aliento de la noche y los movimientos sigilosos de Culchas, el cazador que les servía de guía en la oscuridad del pinar, convertido en una mancha de contornos imprecisos tres pasos por delante de él. El hombre se volvía de vez en cuando y Gerión veía brillar sus ojos, flotando en la penumbra como fugaces insectos amarillos. Él no necesitaba girarse para sentir a Mimbro, Maenomaro y los demás guerreros que lo seguían: escuchaba sus medias voces y sus respiraciones, percibía cómo hacían vibrar el suelo y el aire con un tremor sordo que parecía proceder del interior de la tierra. Cada vez que un mal paso, un bufido o un tintineo de metal se alzaba a su espalda contenía el aliento, temiendo oír en respuesta una voz de alarma.

Una tenue luminosidad recortó ante sus ojos el contorno de Culchas y un momento después el bosque dio paso a un claro. Gerión entró en él y la inmensidad del cielo estrellado chisporroteó sobre su cabeza. A su alrededor cobró vida un paisaje de manchas oscuras de pinar, peñascos pizarrosos y un prado salpicado de enebros retorcidos que comenzó a ser inundado por el caudal de guerreros a caballo. Habían llegado a su destino.

Culchas le hizo un gesto y ambos avanzaron hasta un promontorio que se asomaba como una proa caliza a la vastedad de la noche. Ante ellos un oleaje de montes grises se encrespaba hacia el horizonte, rodeando un extenso valle en cuyos extremos, equidistantes del punto en que se encontraban, se alzaban sendos oteros vigilándose mutuamente. A su alrededor los jefes habían

iniciado el despliegue de los guerreros por las laderas del monte. Si todo había ido según lo previsto, la tropa de Biurtites debía estar haciendo lo mismo en los escarpes del otro lado del valle, protegidos por la oscuridad.

Una palidez de nácartomó fuerza por el confín de la sierra, disolviendo estrellas; un momento después el rostro de la diosa sin nombre se asomó a él, alzándose sobre el mundo en su majestad.

Era el momento convenido. Cerró los ojos e imploró a Epona su guía y protección, mientras la proximidad de la batalla ponía en tensión su cuerpo con una trepidación repentina. En el pecho le martilleó un tambor de impaciencia, de furia contenida durante demasiado tiempo. Ansiaba dejar atrás combatiendo la duda y el desánimo que lo habían rondado durante la última luna en Hélike. Ahora podría cobrarse en sangre enemiga la amargura de ese verano atroz para los suyos; Buntalos y Teuúntas eran los primeros de una multitud de espíritus que exigían venganza.

La voz de Culchas susurrando su nombre reclamó su atención.

—¡Gerión, mira, justo a tiempo! ¡Ha comenzado!

El brazo del cazador señalaba hacia el más oriental de los oteros, con su cumbre ceñida por el recinto amurallado de Urbena. Minúsculos puntos de luz habían aparecido en él y comenzaba a deslizarse pendiente abajo, parpadeando como si estuvieran a punto de extinguirse.

Lagandi se había puesto en marcha.

—¡Hipócrates! ¡Vamos, despierta, tienes que ver esto!

El siracusano pasó en un latido del sueño a la alerta y saltó del catre.

—¿Qué ocurre, Baslec? —preguntó, mientras se calzaba las sandalias—, ¿nos atacan?

—Diría que no, pero puede ser cualquier cosa —respondió el jefe de la guardia con impaciencia—. Hay movimiento en el poblado de los bárbaros. Será mejor que lo compruebes por ti mismo.

Hipócrates se colocó el peto de bronce, se echó al hombro el tahalí con la espada y tomó el yelmo, apresurándose a salir de la estancia tras los pasos de Baslec, quien subía ya por la escalera hacia el puesto de vigilancia en lo alto del torreón. Una vez en él se asomó al parapeto temiendo encontrar el campamento en desorden,

pero todo mostraba una apariencia de normalidad: los hombres dormían en corros alrededor de hogueras mortecinas, ocupando por entero el espacio pedregoso que coronaba el cerro. Este tenía la forma de una elipse irregular y estaba rodeado por una empalizada en cuyo extremo oriental se alzaba el torreón, única construcción de piedra de la ciudadela; en él se había acomodado Hipócrates, en la estancia que anteriormente ocupara Magón el Samnita. La escasez de espacio había provocado que una buena parte de los refuerzos que él mismo había traído, incluido un importante contingente de jinetes ilercavones, tuvieran que buscar acomodo en el exterior, al pie del cerro, y la noche entera parecía colmada de esa densa marea de respiraciones, voces quedas y roces que producen los hombres dormidos cuando son multitud.

El grupo de centinelas que patrullaba el recinto se había detenido al pie del torreón; los hombres miraban hacia él inquisitivamente, tratando de averiguar la causa de la repentina agitación que había llamado su atención. Hipócrates vio que lo comandaba Magdal, un ecuánime veterano de Malaka con quien había compartido otras campañas con anterioridad.

—No he dado la voz de alarma todavía —dijo Baslec—. Prefería que tú mismo te hicieras cargo de la situación. Mira.

El soldado señaló hacia levante con el brazo extendido por encima del parapeto e Hipócrates escrutó la noche en la dirección indicada. Frente a ellos se extendía la hoya de las fuentes del Ayna[14], una ondulante vaguada alargada rodeada de montes; la luz de una luna recién emergida del horizonte barnizaba la escena, confiriéndole el semblante de una calma al mismo tiempo hermosa y amenazante. Al otro extremo de la hoya, a una distancia de no más de un millar de pasos, en la cima de un otero similar al que ellos mismos ocupaban, se alzaba el poblado de los bárbaros. Estaba protegido por su altura y por unas robustas murallas que le habían permitido resistir las numerosas intentonas de asalto de las tropas de Magón desde que este, al inicio de la campaña, ascendiendo desde Carmo por el valle del Betis primero y el del Tugio después, tratara de llegar a Hélike antes que ningún otro comandante cartaginés.

De eso hacía ya casi seis lunas, y lo que al principio le había parecido una ocasión propicia de ganar prestigio a los ojos de

Aníbal se había convertido en una amarga frustración, culminada por un relevo recibido casi como un deshonor. Magón el Samnita había regresado a Carmo ofendido y adusto, mostrando a Hipócrates un indisimulado rencor del que este no dejó de obtener alguna satisfacción. Todos sabían cómo era el Samnita: buen comandante, pero displicente y vano, inclinado a mirar por encima del hombro a quienes, como el propio Hipócrates, habían descubierto tardíamente la vocación militar, de modo que no le venía de más ninguna lección de humildad. También se le tenía por temible en el despecho y mal enemigo; Hipócrates tendría que cuidarse de él.

—¿Las ves? Antorchas. En el poblado.

Reparó en ellas de inmediato: luces pequeñas temblando contra el fondo oscuro del otero. Las observó hasta comprobar que descendían hacia el llano, donde un buen número de ellas se habían reunido ya, apareciendo y desapareciendo entre las manchas de bosque. Otras nuevas, apenas perceptibles en el fulgor cada vez más intenso de la luna, seguían apareciendo en lo alto del monte.

—¿Se acercan? —preguntó.

—No —respondió Baslec—. Han estado reuniéndose en el camino, al pie del poblado, y diría que algunas de ellas han empezado a alejarse hacia Hélike. Escucha…

Ambos guardaron silencio y pronto un tenue chirrido llamó la atención de Hipócrates.

—Parecen carretas —aventuró—. Un número considerable. Me pregunto…

Se giró hacia Baslec y vio que este le sonreía.

—¿Te preguntas si están abandonando la posición, si se retiran? Desde luego eso es lo que parece, y no sería de extrañar: con Hélike rodeada por entero su posición aquí es insostenible; mucho más cuando los nuestros están ya en la margen izquierda del Ayna aguas abajo y Urkesa se ha pasado a nuestro lado. Desde el principio de la campaña no han recibido refuerzos y a duras penas pueden ya mantener defendidas las murallas. Saben que su caída es cuestión de tiempo, de poco tiempo. A cuatro leguas de aquí, en la margen derecha, está Urgi, otro poblado fortificado tributario de Hélike. Allí el camino se aparta del Ayna, descresta el parteaguas y se dirige ya hacia la ciudad casi sin obstáculos. Si yo estuviera en el lugar de los

oretanos también me parecería conveniente retrasar la defensa hasta allí —Baslec gesticuló ante él como si de ese modo se hicieran visibles los lugares que describía.

—Se han puesto en marcha en cuanto ha salido la luna; necesitan algo de luz pero saben que en cuanto amanezca estarán más expuestos. ¿Cuánto falta?

El jefe de la guardia alzó la mirada y guiñó un ojo.

—Algo menos de una hora. Intentarán darse prisa para adentrarse en el cañón del río; allí serán mucho menos vulnerables que en la hoya, a campo abierto.

Hipócrates hizo un impreciso sonido de asentimiento. Le pareció que los puntos de luz titilando a lo lejos eran más numerosos y que, en efecto, se alejaban. No tardó en tomar una decisión. Volviéndose se asomó al parapeto que miraba al interior del campamento y alzó la voz.

—¡Eh, Magbal! ¡Pon en pie al campamento! ¡Que todas las unidades se preparen para una salida en cuanto claree! ¡Y trae el estandarte! En cuanto a ti —continuó dirigiéndose a Baslec—, toma algunos jinetes de confianza y acércate a echar un vistazo. No nos demoraremos, pero tampoco sacaré ahí afuera a nuestra gente sin estar seguros de lo que ocurre. Vamos, date prisa.

Baslec hizo un gesto afirmativo y bajó por la escalera sin perder un instante, tomando la delantera. Cuando Hipócrates salió de la torre encontró ya el campamento en plena ebullición. Bajo la apariencia de desorden e improvisación todo respondía al patrón de un ejército curtido en la veteranía de la disciplina, en la suave fluidez de la repetición. Los hombres se dirigían a los puntos de reunión de sus unidades ajustándose la panoplia y aventurando preguntas y especulaciones, dejándose llevar por lo que Hipócrates reconoció como la cómoda costumbre de la guerra. El ejército les ofrecía a todos ellos la oportunidad de no tener que preguntarse en ningún momento qué hacer: bastaba con cumplir las órdenes que recibían de acuerdo a las pautas en que se habían ejercitado, acompañados de aquellos que en el campo de batalla se habían ganado la condición de más que hermanos. Acaso el peso de la responsabilidad del libre albedrío fuera para muchos tan grande que el riesgo de morir no fuera un precio excesivo para dejarlo en suspenso.

Hipócrates sacudió la cabeza para apartar esas extrañas ideas que a menudo tomaban forma en ella; su hermano Epiclides, con su lúcido pesimismo, decía a menudo que esa era la gracia y la desdicha de los griegos: el no poder nunca dejar de pensar.

Montó en su caballo, atravesó el campamento y esperó en el portalón abierto en la empalizada hasta que llegó Magbal con el estandarte de los Bárquidas. Desde allí un abrupto camino los condujo bajando en zigzag por la ladera hasta el campamento de los ilercavones, donde los jinetes se agrupaban, ya listos para el combate, alrededor de los jefes de sus clanes. Los recibió Biliantur, y el contraste de su tez oscura con el fulgor de la luna dando vida al yelmo, los brazaletes y la falera hizo que pareciera que estos flotaban sin sustento en el aire, como si fueran la armadura de un espectro.

—¡Ya era hora, griego, mis hombres están impacientes! —exclamó el ilercavón, en un tosco dialecto tan alejado de la lengua del Sur a la que Hipócrates estaba acostumbrado que le resultó difícil entenderle—. ¿Qué ocurre, se acercan enemigos?

—Más bien parece que se alejan. Se ve que a los bárbaros les han llegado noticias de la presencia entre nosotros del gran Biliantur de Etobesa y se han sentido intimidados.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertado, el íbero.

—Es posible que los oretanos estén abandonando su poblado —dijo Hipócrates dando por estéril la ironía—. Ten a los tuyos preparados; creo que tendremos que ir a por ellos.

Biliantur reprimió un caracoleo de su caballo y dejó que la luna dibujara en su rostro una sonrisa feroz.

—Los míos siempre están preparados, griego. Ellos y yo sabemos que las batallas las ganan las espadas y no las palabras. Lo que no sabemos es a qué estamos esperando.

—Estamos esperando a que yo diga que ha llegado el momento de moverse —respondió el de Siracusa, trayendo a la voz un timbre de advertencia y acercando tanto su rostro al del otro que pareció que iba a golpearle con el yelmo. Mantuvieron trabadas las miradas durante el tiempo que dura un suspiro, y Biliantur terminó por gruñir y hacer un vago gesto de aquiescencia—. Ahora formas parte del ejército de Cartago, íbero —prosiguió Hipócrates—, más vale que no lo olvides. Verás cómo aquí ninguna orden es caprichosa ni

se pone en cuestión. Como muestra de aprecio y bienvenida os haré el honor de situaros conmigo en la vanguardia.

Hipócrates volvió grupas y seguido por Magbal trotó hasta el límite del campamento, sonriéndose. Le gustaban los íberos; había conocido pocos guerreros tan bravos y eficaces como ellos por mucho que les costase un tiempo comprender la importancia de la disciplina y fuesen ruidosos y fanfarrones. Con gente de armas como aquella Aníbal podría construir un ejército formidable.

Durante su conversación con el ilercavón sus hombres habían comenzado a tomar posiciones. La caballería se había dispuesto a ambos lados del camino para proteger los flancos de la columna de infantes, que descendía ya desde lo alto del otero. La encabezaba un centenar de veteranos etruscos, sirviendo de referencia al fuerte contingente de guerreros de Cástulo que los seguían. Junto a los ilercavones sumaban algo más de un millar de buenos combatientes. Con poco más que eso se atrevería a acometer él mismo las murallas de Hélike.

Miró en dirección al poblado bárbaro: las luces de las antorchas palidecían en las primeras transparencias del amanecer. Algo más llamó su atención: en lo alto del cerro había aparecido un resplandor rojizo que iba y venía como un pálpito.

La voz de Magbal se adelantó unos instantes al redoble de cascos de caballo que reclamó la atención de todos a continuación.

—¡Vuelve Baslec!

Hipócrates se limitó a asentir entornando los ojos en dirección al grupo que se aproximaba, hasta que tuvo al jefe de la guardia frente a él luciendo la misma expresión exaltada y depredadora que la media docena de jinetes que lo seguían.

—¡Se marchan! —exclamó el oficial aún antes de detenerse—, ¡los oretanos han prendido fuego al poblado y se marchan!

—¿Pudisteis verlos de cerca? —interrogó Hipócrates—, ¿son muchos?

—Los hemos visto perfectamente, no hacen ningún intento por pasar inadvertidos. Es evidente que no pretenden confiar el éxito de su retirada al sigilo —dijo Baslec mientras se aproximaban los jefes de las distintas unidades a escuchar las nuevas—. Es una evacuación en toda regla; llevan consigo a mujeres y niños, con al menos una docena de carretas. Dada su lentitud deben llevar una

carga muy pesada: cereales y metales, imagino. Habrán querido impedir que nada valioso caiga en nuestras manos.

—¿Cuántos guerreros?

—No es fácil decirlo… Tal vez medio millar de hombres a pie siguiendo a las carretas y dos o tres centenares más a caballo cubriendo la retaguardia.

—Una fuerza considerable —dijo Hipócrates—, pero insuficiente para enfrentarse a nosotros a campo abierto.

—¡Por eso debemos apresurarnos! —respondió Baslec, agitado—; ya te dije que en el extremo de la hoya el río se encajona en un desfiladero muy angosto y fácil de defender. Si consiguen meter a toda su gente en él de poco nos servirá tener una fuerza superior. Su caballería les bastará para proteger la retirada de la columna; no podremos hacer otra cosa que hostigarlos.

—Y a medida que se acerquen a Urgi más fácil les será recibir refuerzos —apostilló Magbal.

Hipócrates miró a su alrededor y comprobó que una creciente impaciencia se adueñaba de hombres y animales, pero demoró aún su decisión, viendo arder a lo lejos el poblado íbero en la media luz del alba. Sintió en la garganta la acritud de una repentina aprensión. Por muy justificado que pudiera parecer a los ojos de otros, si él fuera el comandante de los oretanos jamás renunciaría a una posición como aquella.

—¡Griego! —le instó Biliantur—, ¡si esperamos a la salida del sol tendremos su resplandor en nuestros rostros!

En la voz del ilercavón había ya una nítida nota de irritación. Hipócrates pensó en cómo se asemejan los semblantes de la cautela y la cobardía cuando se miran en el espejo de la guerra, y ningún riesgo le pareció más intolerable que el de pasar por lo segundo. Dejó que una súbita pasión desvaneciera todas sus dudas.

—¡En marcha! —gritó— ¡Biliantur y su gente a mi izquierda, Baslec con los númidas a la derecha! ¡Detrás los etruscos y los de Cástulo, veremos si corren tanto como se dice! ¡Magdal, tú conmigo! ¡Vamos!

Sin esperar respuesta inició la cabalgada al paso justo de trote que los infantes podían seguir a la carrera. Tras él millares de pies y cascos de caballos se pusieron en movimiento, estremeciendo el suelo con una vibración como de piedras rodando a lo lejos. De

inmediato se vio flanqueado por Magbal, Baslec y Biliantur; el íbero cabalgaba sin silla, unido a su caballo de un modo fluido y elástico, como si fuera una prolongación de él. Avanzaron con rapidez hacia el poblado en llamas y la columna de bárbaros, bien visible al pie de los paredones de piedra que cerraban la vaguada, muy cerca ya del desfiladero cuya protección buscaban.

Muy cerca, pensó Hipócrates, pero no lo suficiente.

—¡Deprisa, deprisa! —aulló, espoleando a su caballo—; ¡Baslec, adelanta a tus númidas y ocúpate del flanco de los bárbaros! ¡Detén esas carretas!

Baslec respondió lanzándose al galope hacia delante, agitando el brazo para ser seguido por los suyos. Al rebasar a Hipócrates gritó «¡Por Cartago!» y le dirigió una sonrisa jubilosa, como de victoria anticipada. Después soltó las riendas y durante algunos instantes brincó sobre la grupa de un modo extravagante; abrió los brazos en cruz y cayó hacia atrás.

Solo entonces advirtió Hipócrates que el hombre tenía una flecha clavada en el rostro.

Gerión se cruzó el arco a la espalda y llevó a los labios toda la furia que se le había ido remansando en el alma: el karnyx mugió poderoso y terrible, como si diera voz a la ira del mundo despertando con la madrugada, y los hombres respondieron con un estruendo de ovaciones. Clavó los talones en los ijares de su caballo y galopó pendiente abajo aullando entre los árboles verdigrises, seguido por el estrépito de los suyos, hasta que se encontró en los herbazales de la vaguada. Evaluó sin detenerse la disposición del enemigo, que aún no parecía haber comprendido cabalmente lo que ocurría. La vanguardia de los cartagineses la formaban dos fuerzas de caballería. La más próxima a él, comandada por el hombre a quien acababa de derribar, estaba formada por jinetes con armamento ligero, tal vez númidas, que mostraban un gran desconcierto por la pérdida de su jefe y la descarga de flechas que había caído sorpresivamente sobre ellos. Más allá avanzaba a la carrera un contingente de guerreros fuertemente armados, íberos por su apariencia, que seguían a la enseña amarilla y negra de los Bárquidas. Detrás seguía una densa columna de infantes itálicos, cartagineses y oretanos que ahora, viendo surgir del bosque un tropel de enemigos lanzados al galope, interrumpieron su carrera y

comenzaron a cambiar su formación para hacerles frente, siguiendo las órdenes que vociferaba un oficial tocado con un yelmo de penacho rojo.

Gerión eligió a este como objetivo, blandió la espada y se abalanzó sobre él, devorando a gran velocidad la distancia que los separaba. Desvió con su escudo la jabalina que el otro le lanzó y le cruzó el rostro de un mandoble que resbaló hasta el pecho; el filo de su espada chocó con el borde de la placa pectoral del púnico y sintió un estallido de dolor metálico en el brazo. Inspiró hondo y siguió adelante, con Mimbro y Maenomaro ya a su lado, aprovechando la fortaleza de sus caballos y la confusión para extender la devastación entre los infantes cartagineses, quienes habían sido incapaces de consolidar una línea defensiva a tiempo y retrocedían ahora en el mayor desorden.

Volvió después su atención a la vanguardia de caballería del enemigo, que se había organizado con prontitud en torno a su estandarte y hacía frente a la carga de la gente de Biurtites por el otro flanco. Hizo sonar de nuevo su karnyx para ordenar los movimientos que habían previsto de antemano: una parte de sus guerreros quedó con Enneges para completar la destrucción de los soldados de a pie mientras el resto se lanzaba tras él contra la masa de jinetes enemigos, tomando la enseña amarilla como objetivo.

Primero se las vieron con los númidas, quienes los recibieron con una lluvia de jabalinas que hizo caer a una docena de heliketas, abriéndose paso los demás entre aquellos como un cuchillo en una masa de manteca. Gerión se vio rodeado de un enjambre de hombres de piel oscura y una agilidad asombrosa a los que fue derribando uno a uno, interpretando sin pensar una danza salvaje en la que su espada y su escudo parecieron cobrar vida propia. Los númidas se retiraron de pronto y Gerión comprobó que tras ellos les esperaba una formación compacta de jinetes íberos con cascos de bronce y falcatas, con indumentaria que hacía pensar en alguno de los pueblos de la costa de Levante. En su centro, a un centenar de pasos de donde se encontraban, ondeaba el estandarte de los Bárquidas.

Junto a él había un hombre de talla formidable con un yelmo dorado provisto de sendas alas rematadas por plumas; era sin duda el comandante de los púnicos y no dejaba de gritar con voz

estentórea. A su lado destacaba también un íbero alto y de piel oscura, quien parecía repetir las palabras del otro, acaso en alguna lengua propia. Siguiendo sus órdenes los íberos se habían dispuesto en un triángulo que hacía frente por un lado a los guerreros de Biurtites, entre quienes estaban causando grandes bajas; por otro a los de Lagandi, que se sumaban a la batalla llegando desde la columna de los fugitivos de Urbena, y ahora también a los de Gerión. Este se permitió una sombría sonrisa interior: la emboscada había funcionado a la perfección, el enemigo había expuesto sus flancos desprotegidos y su retaguardia a un ataque por sorpresa y ahora solo faltaba exterminarlo.

Un instante después los dioses castigaron su complacencia haciéndole ver cómo Biurtites caía con una jabalina de hierro hundida en el vientre.

Miró a su alrededor y vio que tanto su hermano como el vetón estaban junto a él. El rostro de Mimbro, empapado de sangre y sudor, con los ojos muy abiertos y los dientes apretados, era una máscara de muerte. «Vamos, Gerión, por Epona», le dijeron sus labios, aunque ningún sonido sobrevivió al estruendo del combate. «Por Epona y por todos los nuestros, hermano», le respondió él.

Cayeron sobre los enemigos y el mundo se desvaneció ante sus ojos, sustituido por el ritual demente de la lucha, por el empeño ciego de matar para no ser muerto. Así ocurría siempre. El tiempo se convirtió en una materia elástica y remota a la vez: todo ocurría instantáneamente, pero todo se imprimía en las retinas con la precisión inmutable de la eternidad. Gerión hundió su espada en la boca abierta de un hombre que cayó sobre él aullando; sintió que una lanza le abría en el muslo un surco de agonía; detuvo con el escudo un golpe y otro y otro; descubrió que su brazo dolorido y exhausto pronto sería incapaz de sostener la espada; cortó una cabeza que aún lo miraba atónita mientras trazaba un arco en el aire, con las carrilleras del casco firmemente atadas en un mentón bajo el que ya no había nada.

Buscó al púnico del estandarte y lo vio a una veintena de pasos. Hubiera podido acabar con él con un venablo bien lanzado; un venablo que ya no tenía. El hombre se encontró con su mirada y lo observó a su vez a él con detenimiento, como si creyera conocerlo o tratara de memorizar su rostro. Un momento después el púnico

gritó algo, gimió un cuerno y la masa de los suyos se movió en dirección opuesta a Gerión, empujando con saña en la dirección del flanco de Biurtites, el más debilitado de los heliketas, hasta que consiguieron abrir en él una brecha. Los guerreros a los que se enfrentaban los de Gerión comenzaron a retroceder, lentamente primero, luchando con desesperación para cubrirse unos a otros, hasta que a una nueva voz volvieron grupas y galoparon, perseguidos por los de Hélike, buscando la vía de escape que habían abierto los suyos.

Muy pocos lo consiguieron, pero ninguno de ellos dejó de vender cara su vida hasta el final, ganando tiempo y cubriendo la retirada de su comandante, y, cuando Gerión se vio al fin libre de enemigos, la enseña amarilla y negra, seguida por un puñado de jinetes, se alejaba ya en dirección a las alturas de poniente. El ólcade sintió y descartó en el mismo instante el propósito de ir en su persecución. Ganar la enseña del Bárquida hubiera sido una espléndida culminación de la batalla, pero lo que importaba ahora es que habían roto el cerco y derrotado al enemigo causándole un enorme número de bajas. El prestigio de Aníbal ante sus nuevos aliados sufriría un duro golpe y todos sabrían que Hélike se retiraba luchando, pero no se sometía. Nada se interponía ya entre ellos y la nueva etapa de su destino.

Pensó en Anglea al frente de las gentes de Hélike, avanzando desde Urci hacia ellos en la madrugada, y en todo lo que estaba por venir. En la boca se le condensó un rocío agridulce de renuncias y oportunidades.

Capítulo XVIII

TANTAS lisonjas habían conseguido prender su curiosidad. Todas las opiniones que habían llegado hasta él tras la carta de Zekárbal parecían competir en superlativos: la más hermosa, la de entendimiento más vivo, la de mayor majestad. Bastaba con que la mitad de todo ello se aproximara a la realidad para que Imilce se le apareciera en la imaginación como el trasunto humano de la propia Tanit, y para que hacerla su esposa le ofreciera otras retribuciones más apetecibles que la de la conveniencia política.

Había decidido seguir la sugerencia del Rab Kohanim de un modo tan precipitado que necesitaba volver a formularse sus razones para convencerse de que no lo había hecho con ligereza. El tiempo había cambiado y el horizonte se oscurecía ya con esas tormentas repentinas tan habituales en la región que se llevaban los caminos y sacaban a los ríos de sus cauces. Los hombres habían cumplido sobradamente con sus tributos de sangre y penuria y no veían la hora de encontrarse con los suyos para disfrutar de las pagas y las porciones de botín acumuladas. «El general que no sabe dar descanso a su gente cuando le corresponde no es general sino capataz», le había dicho Sósilo con mucha razón. Al fin y al cabo, había alcanzado sus objetivos hasta un punto que, unas pocas lunas atrás, le hubiera resultado difícil de imaginar.

Pero no podía evitar torcer el gesto. El viaje era también una forma de dejar a un lado el sabor agridulce que había dejado la conclusión de la campaña. La facilidad con que habían caído en sus manos Arecorata y Ercavica le había hecho pensar que todo el país de los ólcades sería suyo sin demasiado esfuerzo. Si Buntalos y Tersinnos eran los jefes más reputados y habían sido sometidos de un modo u otro, ¿quién hubiera esperado de Teuúntas otra cosa que una rendición honrosa? Así entendía él las cosas: cuando un pueblo es derrotado sin remedio solo le cabe ponerse en manos de la benevolencia del vencedor. Sin embargo, Belgeda había plantado cara con una determinación inaudita, resistiendo durante casi

cuatro lunas todos sus intentos por doblegarla. Al principio fueron guerreros quienes combatían, haciendo salidas y defendiendo los parapetos con una audacia ilimitada. Pusieron la misma pasión en buscar la victoria mientras les pareció a su alcance como la inmolación cuando el único bien que podían conservar era el honor. Cuando no quedaron hombres suficientes para mantener la defensa completaron sus filas con ancianos, mujeres y muchachos imberbes, y ni uno solo de ellos dejó de mostrar la misma temeridad desesperada.

Todo ello dio tiempo suficiente a los oretanos de Hélike para organizar un ataque sobre los vados de Purietine que a punto estuvo de tener éxito. Él mismo tuvo que abandonar el asedio durante algunos días, acudiendo a reforzar a Naravas con todas las tropas que pudo retirar de Belgeda, y ordenó que se hiciera presión sobre Hélike en todos los frentes para obligar a Gerión a repartir sus fuerzas. Los oretanos tuvieron que retirarse al fin, incapaces de romper el cerco que se estrechaba lentamente sobre ellos, pero demostrando al mismo tiempo que tenían fuerza suficiente para hacer a Aníbal pagar caro cualquier movimiento en falso.

La obstinación de Belgeda y la sombra de deshonor que arrojó sobre sus hombres el hecho de enfrentarse a mujeres y ancianos terminó por alumbrar en ellos una frustración irritada que fermentó hasta convertirse en furia hambrienta de venganza. Cuando finalmente una mina exitosa desplomó un ancho lienzo de muralla, abriendo en ella una brecha que los ólcades no fueron ya capaces de cubrir, sus soldados se lanzaron al interior de la ciudad dispuestos a saciar su ira con cuantos tuvieron la desdicha de encontrarse aún con vida. Él no hizo ningún intento por contenerlos, ni siquiera para asegurar un contingente de esclavos que ayudara a pagar la campaña, y dejó que el saqueo se prolongara sin cortapisas durante los tres días que eran costumbre. Es cierto que contempló escenas que le causaron repulsa, pero se obligó a recordar que quien no tenga estómago para tales cosas se habrá equivocado eligiendo como vocación la guerra.

Intentó todavía aprovechar el impulso victorioso que llevaba en volandas a su ejército: cruzó los vados y avanzó hacia el sur por una extensa llanura densa de encinares, salpicada de oteros coronados por poblados, pero una irritante sucesión de emboscadas y

escaramuzas de un enemigo escurridizo como el agua le retrasaron aún más, haciéndole agotar el tiempo propicio para la campaña. Por último, se vio obligado a detenerse ante un profundo valle encajado entre barrancos y roquedos, en cuyo fondo los pilares de un puente desaparecido apenas asomaban por las espumas del río. Al otro lado los oretanos habían fortificado las alturas y los recibieron con una lluvia de proyectiles que los obligó a mantenerse a distancia, disuadiendo a Aníbal de seguir adelante. Ya habría tiempo de ocuparse de Hélike a la primavera siguiente; al fin y al cabo, los oretanos habían quedado rodeados enteramente por sus tropas, y no podrían hacer otra cosa que consumirse esperando su hora.

Fue entonces cuando recordó el anuncio de Zekárbal de que Imilce de Cástulo participaría en los ritos del equinoccio de otoño del santuario de Astarté en Auringis[15] y, sin prisa por regresar a la monotonía de la vida palaciega en Qart Hadasht, decidió acudir a conocerla en persona. De paso visitaría alguna de las recientes ciudades aliadas del alto Betis para recibir de primera mano sus expresiones de lealtad. Aunque sus reyezuelos habían acudido a la ceremonia del solsticio de invierno anterior en la isla de Melqart y declarado su adhesión a Asdrúbal, el recibir la visita de Aníbal crearía entre ellos un vínculo mucho más confiable.

Antes de ponerse en marcha reunió a sus comandantes para preparar el regreso del ejército a Qart Hadasht y organizar las principales guarniciones de invierno. Mahárbal, que parecía lamentar como ninguno el fin de la campaña, fue enviado a ponerse al frente de las tropas en Iaspis, en la ruta principal que conducía a territorio oretano desde la costa, y el sículo Epiclides marchó con un contingente a reforzar a Asdrúbal en la Pira de Amílcar. Hipócrates acudió a relevar a Magón el Samnita en los pasos de montaña de las fuentes del Ayna, donde una fortificación oretana había mantenido a raya a los suyos durante todo el verano, bloqueando el acceso a Hélike desde poniente. Adhérbal quedó al mando de los territorios conquistados a los ólcades y a Girolbaal, que con tanta efectividad había facilitado la captura de Arecorata, le fue asignada la tarea de mantener la presión sobre los heliketas en los cortados del río.

Cuando el grueso del ejército partió hacia Qart Hadasht, comandado por Gimialcón, Aníbal lo despidió con emoción erguido

en su caballo, recibiendo orgulloso la ovación que le dedicó la interminable columna de soldados desfilando ante él. En último lugar pasaron los nuevos aliados íberos, y ninguno de ellos puso en el homenaje menos entusiasmo que los veteranos cartagineses fieles desde tiempos de Amílcar a la causa Bárquida. Aníbal se sintió inflamado por una gratitud inmensa, y devolvió a todos en silencio la promesa de lealtad que recibía.

Al amanecer siguiente se puso en marcha acompañado por su hermano Magón, Sósilo y un centenar de soldados de la Guardia Bárquida a las órdenes de Himilcón. Durante la primera jornada hicieron sufrir a sus monturas por una agreste pista de montaña, flanqueada de pinares y riscos anaranjados que los condujo, ya de anochecida, al valle ancho y amable de uno de los afluentes septentrionales del Tugio.[16] En un promontorio asomado al valle se alzaba el poblado de Urkesa,[17] que cerró sus puertas tan pronto como les vio aparecer, pero no sin enviar antes a un grupo de ancianos para doblar la rodilla ante Aníbal y hacerle el presente de una soberbia falcata con nielados de plata.

Al otro día, acompañaron el cauce del río hasta desembocar en las aguas terrosas del Tugio, avanzando después a buen ritmo por sus riberas hasta que, un día más tarde, divisaron las poderosas murallas de Cástulo en un cerro extendido sobre la margen derecha del río. Pasaron ante ellas sin detenerse, despertando más la curiosidad que la alarma entre los numerosos barqueros y mercaderes que se afanaban entre los tinglados del puerto fluvial que daba servicio a la ciudad.

Continuaron hasta que el Tugio vertió su caudal en el del Betis, en un punto de aguas someras fáciles de vadear, sometidas a la vigilancia de un contingente numeroso de guerreros de Iliturgi que estaban esperando su llegada. Junto a los guerreros fueron recibidos por una representación del consejo de ancianos de la ciudad, que les hizo profesión de hospitalidad y sometimiento. Aníbal rehusó la invitación a pasar la noche en el interior de las murallas, fiel a su principio de no ponerse en manos de aquellos cuya lealtad no había pasado todavía otra prueba más incontestable que la de las palabras.

La última jornada de su viaje los condujo a contramarcha de un riacho que descendía desde un murallón de montañas grises,

tendidas al sur, que ocupaban entre veladuras caliginosas todo el horizonte. Ganaron altura poco a poco, mientras la vega mostraba una trama cada vez más densa de caminos, acequias, granjas y campos cultivados. A pesar de ello no vieron ni un solo campesino ni un rebaño de ganado, y Aníbal concluyó que los vigías de Auringis habrían dado la voz de alarma para evitar cualquier mal encuentro con aquel tropel de hombres armados que enarbolaban el estandarte amarillo de Cartago y galopaban alzando un revuelo de capas de color púrpura, destellos de bronce y una nube de polvo. «Un territorio más desconfiado que amistoso», se dijo Aníbal, consciente de la urgencia de sumar con solidez a su causa a la extensa frontera entre oretanos, turdetanos y bastetanos del alto Betis, fecunda en ganado, guerreros y metales. Más allá de los juramentos de lealtad, ningún paso le acercaría con más rapidez a ese propósito que poner a Cástulo firmemente de su lado, y el matrimonio con Imilce era el golpe maestro que Zekárbal había concebido para hacerlo posible. Ahora solo faltaba que la oretana estuviera a la altura de su fama, y Aníbal, ya tan cerca de su destino, se consumía en la impaciencia de comprobarlo por sí mismo.

Por supuesto, en ningún momento se le ocurrió que, habiendo sido ya tratada la cuestión con su padre, la opinión de la propia Imilce debiera ser tomada en cuenta.

Aníbal bufó de nuevo, la impaciencia dando paso a una irritación que comenzaba a oscurecerle el ánimo, y se preguntó si presentarse allí de aquel modo había sido una buena idea. Desde luego hasta entonces las cosas no habían salido como él había esperado. No es que su llegada hubiera pasado inadvertida —lo habían recibido en las puertas Betukine, el príncipe local, y algunos de los hombres de prestigio—, pero había estado lejos de ser un gran acontecimiento. La atención de todos estaba atrapada enteramente por las celebraciones, y las noticias de la llegada repentina de Aníbal Barca con su nutrido séquito militar causaron más desasosiego que regocijo.

Apenas si habían podido ser alojados, con la ciudad atestada de fieles llegados para participar en los rituales y consultar a los oráculos. Aníbal estuvo tentado de declinar la forzada hospitalidad de Betukine y acompañar a sus hombres al corral apestoso que les

fue ofrecido como albergue. Si no lo hizo fue por la insistencia de Sósilo, inquieto tanto por los intereses diplomáticos en juego como por el estado de su propio cuerpo, exhausto y gastado tras el largo viaje. El anciano lacedemonio aún no había terminado de recuperarse de su convalecencia y la vida militar le estaba resultando demasiado exigente. Al menos él había aprovechado el desmayado banquete con que les agasajaron al caer la noche para hablar largo y tendido con el sacerdote de un dios local, Neitin, una versión indígena del Moloch Baal de Cartago, quien le había explicado la pretendidamente sutil simbología de los ritos que iban a presenciar. Por su parte, Aníbal se había mantenido hosco y reticente, poco inclinado a conversar con Betukine y los suyos.

Por supuesto, su enojo tenía que ver, sobre todo, con la negativa de Imilce de verse con él hasta la conclusión de la ceremonia sagrada. ¿Quién se creía que era? Betukine había puesto un enorme énfasis en hacerle entender que ella, como hija del rey de Cástulo —ciudad de la que era tributaria Auringis— debía representar un papel principal que le exigía una preparación previa de recogimiento y pureza. Según los augures, el contacto con un guerrero teñido de muerte como Aníbal hubiera puesto en riesgo los dones que la ciudad aspiraba a obtener de su diosa Betatun, trasunto de Tánit o Astarté. Aníbal sacudió la cabeza con disgusto; ¿quién podía creer que la salud y fertilidad de los auringitanos pudiera depender de si Imilce rendía o no los honores que le eran debidos al nuevo caudillo de Ispania? Todo aquello no le parecía sino una burda excusa para rebajar su dignidad, para exasperarlo. «¡Ya está bien!».

—¡Ten paciencia, Aníbal! —le urgió Sósilo con un codazo en el costado, haciéndole entender que había expresado su disgusto en voz alta—, ¡no busques enemigos donde no los tienes! ¡Es solo que esta gente sigue sus propios usos!

Aníbal se mordió la lengua para refrenar la respuesta que venía a ella y trató de distraerse mirando alrededor. Una multitud inmensa se había congregado ya en torno al santuario: en los adarves de la muralla, en los tejados de las casas, en cada esquina de la retícula de callejas del poblado. Era una gran criatura, callada pero no silenciosa, agitándose en un rumor de respiraciones en el que se maceraban ruegos, turbias supersticiones, temores, mudos

monólogos dirigidos a los dioses. A pesar de haberla tenido delante de sus ojos durante el largo rato de espera, desde antes de que ningún celaje en el horizonte hiciera presentir el amanecer, solo entonces reparó en lo singular que era la puerta de entrada al recinto. Estaba situada en el extremo de un largo corredor formado por dos baluartes adelantados de la muralla. Sus goznes estaban encastrados en sendas columnas de piedra unidas en lo alto por una gruesa viga de madera a modo de dintel; aquellas y esta estaban pintadas de un color rojo intenso. Sobre el centro de la viga se proyectaban hacia arriba dos grandes cuernos curvos mientras bajo su vertical, en el centro del umbral, había un gran bloque de piedra con forma de cubo, hincado junto a una cavidad excavada en el suelo en la que ardía con viveza una hoguera.

—La llaman la Puerta de Neitin —dijo Sósilo, advirtiendo la dirección de la mirada de Aníbal—, de ahí los cuernos; el dios comparte todos los atributos de Moloch. Es interesante, Neitin recuerda a Moloch como Betatun a Tánit… o a Atargatis —añadió aludiendo al nuevo culto, procedente de Siria, que Asdrúbal primero y Aníbal después habían introducido en Qart Hadasht—. Imagino que se trata de una herencia más de tantas generaciones de fenicios yendo y viniendo desde Gadir por el valle del Betis. La puerta es una suerte de gran betilo que representa al dios, del mismo modo que la figura de piedra —señaló hacia un monolito tallado que se alzaba ante ellos en mitad del camino de acceso, enfrentada al vano de la puerta— es una representación de la diosa. Tiene algo que ver con los ritos de hoy, aunque mi hospitalario sacerdote insistió en mantener una misteriosa reserva al respecto…

—¡Ya falta poco! —interrumpió Betukine, anunciando lo obvio: en la vastedad del cielo sobre los riscos había cobrado vida una luminosidad rosada que parecía expandir las bóvedas del mundo. No soplaba una brizna de aire, el amanecer semejaba un prodigio construido a golpe de silencio—. ¡Ya falta poco! —repitió el oretano—, ¡ya está aquí!

Aníbal alzó su mirada hacia el levante y comprobó que era cierto: sobre las colinas comenzó a alzarse una moneda de metal incandescente. Un haz rectilíneo de luz dorada se vertió entre los ángulos de piedra de la puerta de Neitin y cayó sobre el betilo de la diosa Betatun, inflamando gradualmente las formas insinuadas de la

tiara, del manto, de los brazos sosteniendo el disco solar sobre los pechos de caliza. De la multitud se alzó un gemido de devoción y Aníbal quedó en suspenso, sobrecogido, sintiendo de pronto en torno suyo la presencia de la diosa, Betatun o Atargatis, no importaba.

El sol ganó altura y la sombra del travesaño sumió en la oscuridad a la escultura de la diosa, rematando su silueta con el contorno proyectado de los cuernos. Un coro de gritos de pesar se alzó entre los fieles y el propio Aníbal no pudo evitar sumarse a él: Neitin había hecho desaparecer a Betatun privándole de sus rayos.

—Impresionante —susurró Sósilo, con tono dramático—; la diosa ha sido poseída por el dios y después ha muerto. ¿Quién sanará ahora a los enfermos y fecundará las cosechas? ¿Qué será de Auringis?

El haz de luz solar resbaló entones más allá, hasta imprimirse en una profunda oquedad excavada en el montículo que cerraba por el extremo de poniente el recinto sagrado. El rumor del gentío creció hasta convertirse en una llamada desesperada.

Una silueta con forma de mujer se materializó en la entrada de la cueva.

La multitud la recibió entonando al unísono una prez que estremeció a Aníbal con un escalofrío.

—¡Sálvanos, diosa renacida! ¡Sálvanos, diosa parida de la tierra fecunda! ¡Sacia el hambre de Neitin, haznos dignos de su luz! ¡Sálvanos, Betatun, cúbrenos con tu manto!

—¡Es ella! —exclamó Sósilo agitado, agarrándolo del brazo— ¡Ahora entiendo a Betukine! ¡Es Imilce! ¡Imilce encarna a Betatun!

«¿Imilce?».

A Aníbal le resultó difícil creer que la recién llegada fuera un ser humano. La tiara, la máscara, los brazaletes y pendientes dorados, los discos enroscados sobre las sienes, el manto con sus ribetes de rojo y plata, la cascada de colgantes cubriéndole por completo el cuello, desplegándose sobre el pecho… Con su deslumbrante majestad todo ello la convertía en una aparición ajena a la polvorienta gravedad del mundo.

Tras ella emergieron de la cueva dos mujeres veladas, tocando una el tambor y la otra un aulós, dos más sosteniendo sendos pebeteros de los que se alzaban volutas azuladas y por último media

docena de hombres sosteniendo con dificultad una cerda enorme que convertía su terror en un chillido interminable. El vientre del animal exhibía una hinchazón extraordinaria.

—¿Te das cuenta? —se exaltó Sósilo—, ¡la cerda está preñada! ¡Betatun va a presentar su sacrificio a Moloch, a Neitin! ¡Los neonatos!

Aníbal asintió con el alma en vilo. Esa gente conocía el apetito de Moloch Baal por los recién nacidos, pero al menos su Neitin no les exigía que le entregaran a sus propios hijos, como ocurría en Cartago en momentos de grandes amenazas. Tal vez no fueran tan bárbaros como acostumbraba a considerarlos.

La mujer sagrada —Imilce, si lo que había dicho Sósilo era cierto— avanzó muy despacio, al ritmo solemne del tambor, con las manos cruzadas sobre el pecho; los silbidos dulces del aulós y el perfume a lirio de los pebeteros formaban en torno a ella una nube embriagadora. Tenía los ojos muy abiertos y no parpadeaba, dando a su rostro el aspecto de una escultura inerte. La multitud siguió sus pasos guardando un silencio tenso y espeso, y el propio Aníbal contuvo el aliento al advertir que, a medida que la encarnación de Betatun se aproximaba al betilo que la representaba, la luz del sol volvía a iluminarlo poco a poco, hasta bañarlo por entero cuando ella se situó tras él.

La mujer se arrodilló, cerró los ojos y se abrazó a la piedra. Un temblor estremeció por igual el suelo y el aire.

Aníbal miró a Sósilo y este le devolvió un gesto mudo de estupor. El griego abrió la boca para decir algo, pero le interrumpió un nuevo canto de los fieles congregados:

—¡Sálvanos, diosa redimida! ¡Sálvanos diosa que habita la luz y la sombra, la carne y la piedra! ¡Sacia el hambre de Neitin! ¡Entrégale la vida que anhela!

La mujer se puso en pie de nuevo, hizo desaparecer sus brazos fugazmente en el interior de su túnica y los alzó después dibujando con ellos curvas enfrentadas, imitando los cuernos del dios que presidía la escena desde el dintel de la puerta. Cada una de sus manos sostenía un puñal.

Fue la señal para que los hombres que llevaban a la cerda avanzaran hasta situarse a ambos lados del gran altar clavado en el umbral; el animal gruñó y pataleó en un estruendo de desesperación

que pareció acompasarse al ritmo del tambor, cada vez más rápido, más rotundo, más inexorable.

La mujer se acercó y con uno de los puñales trazó un arco de plata que segó la garganta del animal, haciendo que sus chillidos se derramaran en un surtidor de sangre. Después, en una secuencia de movimientos que Aníbal apenas pudo seguir con la mirada, clavó el segundo puñal entre las ubres de la víctima y lo deslizó por toda la longitud del vientre. Este se abrió como una fruta madura, desbordando una masa de pulpa rosácea sobre el altar.

Callaron el tambor y el aulós. Calló el rumor sobrecogido de la muchedumbre. Callaron el aire, los animales, las respiraciones. Se hizo un silencio abrumador en el que Aníbal pudo escuchar el timbre de la luz del sol y el latido lentísimo de la piedra.

Betatun hundió sus manos en el vientre del animal y alzó en ellas sobre su cabeza una forma sanguinolenta que se agitaba en movimientos torpes, descoordinados. Un lechón. La multitud gritó «¡Complácete en su vida, Neitin!» y ella lo arrojó a la hoguera situada frente al altar, despertando un crepitar de grasa y humo que fue a confundirse con los perfumes viscosos de los pebeteros. Repitió el gesto y Auringis lo saludó con el mismo grito, y de nuevo brindó el lechón a las fauces llameantes del dios. El sacrificio se representó una y otra y otra vez… hasta que Aníbal perdió la cuenta y no supo en cuál de ellas había comenzado a gritar con el gentío como un devoto más. Se agitó aturdido adelante y atrás, dejando que en el asombro naciera la alucinación y en ella el trance, sintiendo que el gozo de Moloch Baal al saciar su apetito se le clavaba en el pecho.

—¡Veinte!

La voz exultante del príncipe de Auringis lo arrancó de su ensoñación.

—¡Veinte! —insistió Betukine—, ¡Betatun le ha entregado veinte vidas a Neitin! ¡Es un prodigio, jamás había ocurrido tal cosa!

Aníbal guardó silencio mientras se desvanecían las sombras de su interior. Alzó las cejas en un gesto incierto como única respuesta a Betukine y miró después de nuevo a Sósilo con una interrogación sin palabras que este correspondió encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa exangüe de escéptico impenitente.

Un estremecimiento en la muchedumbre le hizo volver la mirada

a la sacerdotisa y la encontró vuelta hacia él; estaba cubierta de sangre y fragmentos de placenta y temblaba con violencia, con desvalimiento. Ella misma era una recién nacida entregada al sacrificio. Aunque nunca la hubiera visto antes supo, de ese modo en que se descubren las únicas cosas que importan, que en verdad era Imilce.

Ella caminó hacia él con pasos inciertos. Se detuvo y quedó inmóvil cuando le hubiera bastado extender un brazo para tocarlo. Aníbal la contempló sin saber qué hacer, tratando de asir la mirada de ella con la suya, pero no vio en sus ojos otra cosa que sendos pozos de extravío.

Imilce separó los labios para decir algo.

Gimió «¡Aníbal!» y se desplomó como un objeto inerte.

Capítulo XIX

El edificio principal del santuario estaba sumido en una quietud en la que se amasaban penumbra y silencio. En su centro, sobre una columna de piedra, ardía una lámpara de aceite que proyectaba en las paredes vagos reflejos. Resultaba difícil creer que este era el mismo espacio en torno al que se había congregado el día anterior un sinnúmero de fieles para dejarse llevar hasta el delirio por los ritos del equinoccio. «Yo entre ellos», pensó Aníbal, sacudiendo la cabeza en un gesto de asombro.

—Está encendida mientras la sacerdotisa se encuentra presente —dijo Betukine, en voz baja, al pasar junto a la llama—; su luz es un don de Betatun que conforta a toda la ciudad. Y ahora debo dejarte; ella te espera —añadió señalando con el mentón hacia una pequeña puerta en el centro de la pared del fondo de la estancia. Después hizo un gesto de cortesía y se alejó hacia la salida.

«Extraño personaje —se dijo Aníbal, dándose un momento de pausa—, más parece un sacerdote él mismo que un caudillo». Caminó hasta la puerta, inspiró profundamente el aire con sabor a hollín del santuario y abrió.

Se encontró en un pequeño patio cerrado por paredes pintadas de rojo, con una cenefa trazada a la altura de los ojos en la que se alternaban discos solares y estilizadas figuras femeninas en color negro. En el muro del fondo estaba excavada una hornacina que alojaba un betilo, en apariencia el mismo que había convocado a la diosa en la ceremonia. A la izquierda se alzaba un granado retorcido cargado de frutos de color rojo y dorado; la copa proyectaba en el suelo un mosaico de manchas de luz y sombra. Bajo ella, sentada en un banco adosado a la pared, estaba Imilce.

Resultaba difícil reconocerla; el contraste con su caracterización como Betatun era absoluto. Vestía una sencilla túnica de color blanco sin ceñir y calzaba sandalias de esparto. Como único ornamento lucía en el pecho un disco de bronce bruñido que brillaba pálidamente. Transmitía una reconfortante sensación de

serenidad y pureza, y Aníbal tuvo la intuición de que ese recogimiento en compañía del betilo no dejaba atrás los ritos del equinoccio sino que constituía su culminación.

Mayor aún que la de su indumentaria era la transformación de su rostro. La rígida máscara del sacrificio, encajada entre la tiara, las ruedas solares y los pesados pendientes y colgantes metálicos, había dado paso a un semblante despejado —al que la más leve de las sonrisas daba un aire inquisitivo y amable— que lo escrutaba con atención. Tenía los ojos grandes y vivaces, de color castaño, la nariz pequeña y algo respingona, los labios carnosos y expresivos y un mentón rotundo que le daba al conjunto una impronta de inteligente determinación. Era hermosa, convino Aníbal, pero de un modo diferente al que había imaginado. Su belleza parecía provenir no tanto de la conformación de sus facciones como de alguna presencia interior que latiera bajo ellas.

—¿Y bien? —dijo Imilce, con tono divertido. Después señaló hacia el banco opuesto al suyo—. ¿No tomarás asiento, Aníbal Barca? ¿O es que no deseabas hablar conmigo?

—Es cierto que deseaba hablar contigo —contestó Aníbal, mientras ocupaba el lugar indicado—. De hecho, he recorrido una larga distancia y esperado casi dos días para hacerlo. Y me había hecho a la idea de que recibirías con agrado mi visita. ¿No es así?

Imilce hizo con la mano un gesto vago como si apartara la pregunta del espacio entre ambos y lo miró ladeando la cabeza de un modo que Aníbal no supo si era inocencia o picardía.

—Confío en que no te haya parecido un esfuerzo excesivo —dijo ella, retomando el timón de la conversación—, ni que la espera haya dejado de merecer la pena. Quiero decir que al menos has tenido ocasión de ser testigo de nuestros rituales; son muy respetados por las gentes de estas comarcas, ¿sabes? Aunque acaso te hayan parecido poco refinados, acostumbrado como estarás a los de esas afamadas ciudades vuestras.

—Vuestros rituales me han parecido más semejantes a los nuestros de lo que hubiera imaginado. ¿Poco refinados, dices? De ningún modo. Si acaso mucho más reales, más veraces, más… —Aníbal negó con la cabeza y se mordió el labio inferior, buscando el modo de expresar con palabras la turbadora experiencia del día anterior, que no dejaba desde entonces de danzar en su

imaginación—, más cercanos a los dioses. Hacía mucho tiempo que no me sentía en su presencia como lo hice ayer.

—Es malo que los hombres se alejen de sus dioses —dijo Imilce con suavidad—; pero es peor aún que se alejen de sí mismos. No pocas veces las dos cosas son la misma. Claro que sé bien que no es tu caso; es muy conocida la devoción de tu familia a Melqart y a su santuario de Gadir, y el favor que el dios os prodiga.

Aníbal asintió, exaltado por un repentino anhelo por volver a postrarse ante su estatua predilecta del dios. No lo había hecho desde que un año atrás se detuvieran en Gadir en su recorrido marítimo hacia las Cassitérides. Allí, en la cella sagrada donde se conservaban las cenizas de lo que un día fue el cuerpo mortal de Melqart, sentía que todos los misterios de la existencia le estaban prontos a ser revelados. Fue allí donde, en compañía de su padre, hizo a su llegada a Ispania los votos que marcaban sus pasos desde entonces, que habían convertido a Roma en su horizonte y obsesión. Fue allí donde él había ofrecido a Melqart su destino y toda la gloria que fuera capaz de ganar para su familia y Cartago.

—Así es —dijo al fin, advirtiendo que había dejado sin respuesta el comentario de Imilce y que ella lo miraba con curiosidad indisimulada—. Es Melqart quien nos guía y protege, y nosotros le honramos extendiendo su culto por el mundo. Pero nuestra veneración por Melqart no nos impide honrar también a otros dioses. Sobre todo, cuando se manifiestan del modo en que lo hicieron ayer. Y cuando cuentan con oficiantes como…, como tú. Fue algo sobrecogedor.

Ella suspiró y se encogió de hombros, cerrando los ojos un instante y abriéndolos al punto empañados con un velo de ingenuidad. Fue un gesto extraño, como si entrañara el secreto de una mujer sabia y vulnerable al mismo tiempo.

—¿Lo fue? —preguntó—. Es lo que me han dicho, pero, aunque te resulte difícil creerlo, nada recuerdo de lo sucedido desde que abandoné la cueva y me bañaron los rayos de Neitin. En ese momento dejé de ser yo. Cuando la diosa se apropia del cuerpo de su servidora lo hace por completo, y al marcharse reclama la memoria que le pertenece. Atrás solo queda una confusa evocación de sombra y luz, de sangre y fuego, de redención… Y acaso una intuición de lo que está por venir…

Imilce dejó que se disiparan sus palabras en el aire inmóvil del patio y miró a Aníbal de un modo que le hizo a este rememorar el momento en que ella, como una criatura recién llegada al mundo, pronunció su nombre y se desvaneció ante él al término de la ceremonia. Una advertencia interior le dijo que sería mejor dejar que fuera ella quien eligiera el modo de traer aquel instante a la conversación.

—Pensé que tal vez encontraría aquí a tu padre —dijo Aníbal, cambiando el rumbo de la conversación—. Me hubiera complacido. Lo conocí brevemente el invierno pasado en Qart Hadasht y me causó una muy grata impresión. Pocos reyes en Ispania tienen tanto prestigio como Mucro. Es un gran honor para Cartago contar con su amistad.

—Mi padre… —contestó Imilce, entornando los párpados como si fuese capaz de verlo en la distancia, a través de los muros—. Es un hombre singular, no poco contradictorio, como todos los que merecen la pena. Ha puesto el mayor empeño en que cumpla mis obligaciones de Alta Sacerdotisa de Betatun, pero rehúsa acompañarme cuando lo hago. Tan solo acudió una vez, la primera, cuando acababa de alcanzar la edad y hacer los votos. Dijo que aquella no era yo, sino Betatun, y que entre su hija y la diosa se quedaba con su hija.

Imilce simuló estar escandalizada por la irreverencia y después rio, y Aníbal rio con ella, descubriendo que los meandros de su estado de ánimo resultaban contagiosos.

—Creo que puedo entenderle —dijo él.

—Desde entonces prefiere la compañía de casi cualquier mortal antes que la de los dioses. Dice que no podíamos habernos repartido los papeles de mejor modo: él gana para Cástulo el favor de los hombres y yo el de la divinidad…

—Aunque… —insinuó Aníbal, al advertir que ella había dejado resbalar el final de la frase con un levísimo mohín de desagrado.

La expresión de Imilce transitó entre la sorpresa, la severidad y, finalmente, una suerte de complicidad tácita.

—Aunque no es que nos hayamos repartido los papeles. Es que los ha decidido él, como siempre hace. Y no siempre me gusta el papel que me asigna su inapelable voluntad. Parece pasar por alto que soy su hija, no su esclava.

Imilce dijo estas palabras con pausada deliberación y quedó mirando a Aníbal atentamente, esperando su reacción. Él comprendió que era una mujer a la que gustaba explorar el contorno del espíritu de sus interlocutores y puso en sus labios algo que podía pasar por mueca o sonrisa.

—No tengo experiencia propia sobre las relaciones entre padre e hija —dijo, con solo aparente ligereza—, pero sí conozco las obligaciones de los gobernantes. Y acaso en ocasiones estas pueden hacer que aquellas resulten más difíciles.

—O acaso en ocasiones —respondió ella chasqueando la lengua como un látigo— estas pueden servir de coartada para imponer en aquellas la voluntad propia.

Se hizo un silencio abrupto e incómodo. Aníbal miró a Imilce tratando de interpretar la brusca acritud de sus palabras y ella rehuyó su mirada.

—¿Te refieres a este encuentro? —preguntó él—. ¿Es que acaso te ofende que se me sugiriera venir a conocerte? ¿O que me hayas sido ofrecida en matrimonio? Tampoco creas que yo he venido hasta aquí siguiendo mi propia inclinación. Mis acciones, como las de tu padre, las guía el interés de mi ciudad, mi familia y mi pueblo. Solo quienes no tienen nada son libres de hacer cuanto quieran.

Ella mantuvo la mirada apartada y un obstinado silencio. Aníbal esperó largamente, sintiendo cómo la ira crecía en su interior.

—He tenido respuesta suficiente —dijo al fin con aspereza, poniéndose en pie—. Lamento haber invadido tu retiro. Todo lo sucedido hasta este punto me había hecho creer que las cosas eran de otro modo.

Caminó hacia la portezuela y la abrió con brusquedad. Se giró e hizo con el mentón una breve inclinación de despedida. Tenía el rostro encendido.

—¡Espera, Aníbal! —exclamó Imilce. Se incorporó a su vez y se acercó a él, mirándolo con ojos centelleantes—. Dis… discúlpame. Mi amor propio me tiende trampas en las que caigo demasiado a menudo. Y me pierden las palabras… A veces las que sé que no debo pronunciar son las que me atraen de un modo más irresistible. Discúlpame, te lo ruego.

—Sabes a qué he venido, Imilce —dijo Aníbal, con una dureza

que comenzó a evaporarse al entrar en contacto con el aliento de ella—. Entre los míos, la palabra de un padre basta para dar por firme un compromiso. Pero no quiero que tu pueblo sienta que hemos venido a apropiarnos por imposición de lo que es suyo. No seguiré adelante si no me dices que esa es también tu voluntad. Ahora bien, piénsalo con el detenimiento que precises porque tu palabra será irrevocable.

Ella se tomó ahora el tiempo para elegir cuidadosamente lo que quería decir.

—Soy Imilce, Alta Sacerdotisa de Betatun y princesa de Cástulo. Hace años que mis obligaciones, mi devoción y mis deseos son la misma cosa. Jamás pensé que mi padre me obligaría a abandonar el servicio de la diosa para casarme con un hombre que no conozco. Y ni siquiera uno de los nuestros, sino un extraño, un… invasor.

Aníbal se dispuso a contestarla y ella lo detuvo posando una mano helada sobre su brazo.

—Pero me dicen —continuó— que la diosa me llevó hasta ti tras entregar a Neitin su sacrificio. Me dicen que nadie dudó de que le habías sido grato a ella en esa hora de prodigios. Y ahora que te he conocido comprendo que ese era el propósito de tu visita, urdido en la sabiduría de Betatun… —entrecerró los párpados y sonrió de pronto, dejando que se le desprendiera del rostro la espantosa seriedad que se había adherido a él—, tal vez con el auxilio de la de mi padre. El corazón me dice ahora que, en todo caso, haré bien en no oponer mi obstinación al destino.

Aníbal la escrutó despacio, tratando de aprehender el espíritu que palpitaba al otro lado de los ojos y la sonrisa de la mujer. Supo sin lugar a dudas que si deseaba una esposa acomodaticia y sumisa en la que solo pudiera buscar herederos y legitimidad ante sus futuros súbditos le convenía ir a buscarla a otro lugar. Imilce era inteligente pero voluble, encantadora pero suficiente, con un estado de ánimo que podía ser disputado por las inclinaciones más dispares: el humor, la vanidad, el coraje, la rebeldía, los celos, la fe. Todo lo que daba forma a su personalidad poderosa y fascinante prohibía en ella todo atisbo de mansedumbre.

Ella lo miró de tal modo que Aníbal supo que estaba leyendo sus pensamientos como si los pronunciara en voz alta. Después soltó su brazo y se apartó de él. Quedó de pie como una escultura blanca,

rodeada de granadas suspendidas a su alrededor, mirándolo tan quieta que pareció que el tiempo había dejado de tener significado. Sin apartar la mirada de la suya arrancó un fruto, hermoso como una gema, y se lo ofreció.

Aníbal recordó las historias de hombres y dioses con las que Sósilo le había fascinado durante su adolescencia y no supo si aquella quería ser la granada con la que Afrodita rindió de amor y deseo a la isla de Chipre, o aquella otra que Hades ofreció a Perséfone para arrastrarla tras él a su morada.

Comprendió que nada le haría renunciar a ella.

Capítulo XX

PARTIERON a la mañana siguiente, tomando un camino que los llevó hacia el levante al pie de una serranía de escarpes violentos. Para ello tuvieron que ignorar el desconcierto de Betukine, a quien dejar marchar a Imilce de aquel modo, sin conocimiento de Mucro, le había causado una gran inquietud. A juicio de Sósilo no fue para menos: la sorpresa había sido completa para todos. Anibal había acudido al santuario de Betatun a encontrarse con Imilce y largo rato después, cuando comenzaba a atardecer y quienes los esperaban no sabían qué pensar, ambos salieron y anunciaron que viajarían juntos a Qart Hadasht para celebrar nupcias en el nuevo templo de Atargatis. «De Atargatis y Betatun», puntualizó Sósilo para sí, recordando las palabras exactas de Aníbal y el revuelo que se había producido a continuación.

Betukine había hecho un completo inventario de objeciones que Aníbal descartó con rotundidad. «Id a Cástulo y comunicadle la noticia a Mucro», había insistido una y otra vez el príncipe de Auringis, «podréis continuar vuestro viaje desde allí, no os retrasará mucho». Aníbal mantuvo su negativa; se había hecho el propósito de visitar las principales ciudades aliadas de la región mientras aguantara el buen tiempo y eso es lo que haría. Sósilo sospechaba además que el Bárquida no deseaba entrar en Cástulo hasta poder hacerlo como esposo de Imilce y príncipe legítimo de la ciudad.

La propia Imilce tuvo que hacer uso de toda su capacidad de convicción para tranquilizar a Betukine, asegurándole que Mucro respaldaría la decisión de su hija. «Ve a verle tú mismo de inmediato», le dijo. «Su alivio al saber que sus planes van a hacerse realidad le compensará de largo por este imprevisto. ¿En qué compañía estará más segura su hija que en la del mismísimo Aníbal Barca? Dile que él mismo deberá ponerse en marcha si quiere acompañar a su hija en la ceremonia: será en el día de la última luna llena antes de Samaín. Y dile también que no dejaremos a Cástulo sin la celebración que les corresponde: será en el Beltaine,

como es la costumbre de nuestro pueblo. ¡Vamos, Betukine, ¿a qué esperas?!». Al hombre no le quedó más remedio que dejarse convencer y dejó que su ansiedad encontrara desahogo en los preparativos de los dos viajes, el suyo propio y el de la comitiva de Aníbal e Imilce, a la que se sumarían dos novicias del culto de Betatun como doncellas y Volces, un guerrero que les serviría de guía.

Así fue como Sósilo se había visto de nuevo en los caminos, mucho antes de lo que le hubieran aconsejado sus fatigas. Trató de combatir el tedio de las largas horas de cabalgada conversando con Aníbal e Imilce y no tardó en comprobar que la oretana estaba tan bien provista de carácter como de ingenio, ambos rasgos envueltos en una franca luminosidad hacia la que era difícil no sentirse atraído. Aníbal, desde luego, parecía estarlo sin reserva, y una y otra vez se adelantaba con ella buscando alguna soledad, dejando a Sósilo en la compañía menos sugerente de Magón e Himilcón, quienes no dejaban de cruzar bromas y comentarios intrascendentes, tratando de disimular esa incomodidad que desasosiega a los soldados cuando una mujer o un hombre de pensamiento irrumpen en las rutinas de la vida militar.

Al término de la jornada llegaron a Ossigi,[18] ciudad pequeña pero bien amurallada en lo alto de un gran espolón separado del llano por paredones verticales de piedra gris. La presencia entre los cartagineses de la hija de Mucro, el de mayor prestigio y ascendencia entre los príncipes oretanos, causó desconcierto al principio, pero tan pronto como se supo de las próximas nupcias este dio paso a una actitud diferente hacia Aníbal. Había en los ossigitanos una reverencia solemne, una profusión de gestos ceremoniales como promesa de lealtad.

Lo mismo ocurrió al otro día en la siguiente ciudad que visitaron: Tugia[19] la noble, famosa en la Oretania por el antiguo linaje de sus grandes familias y la magnificencia de sus hipogeos funerarios. Aunque ningún lazo de subordinación uniera a la ciudad con Cástulo, dieron a Aníbal e Imilce el tratamiento de príncipes de su propio pueblo, poniendo una rodilla en tierra como signo de sumisión. A Magón e Himilcón aquello les recordó la rendición de los íberos ante Asdrúbal en las ceremonias del solsticio de invierno, y Sósilo lamentó una vez más no haber podido estar en la isla de

Melqart para ser testigo de ellas.

En todo caso, era indiscutible que Aníbal estaba creando vínculos propios con aquellas ciudades formidables, y, día tras día, se hacían más evidentes los recursos y oportunidades que eso ponía en sus manos. Imilce contribuía a ello en no pequeña medida, actuando con una cálida magnificencia que parecía repartir las bendiciones de su diosa a cuantos la rodeaban. Así como Aníbal mantenía una cierta sobriedad militar, en el transcurso del viaje la majestad de la oretana no había dejado de hacerse más notoria.

Aquella noche, para conciliar el sueño, Sósilo releyó algunos fragmentos de los papiros de Calístenes sobre Alejandro. Se detuvo en los que relataban el modo en que el Macedonio conoció a Roxana en un banquete y quedó fascinado por ella. Una frase quedó gravitando sobre su corazón: «Y así Alejandro decía que el afianzamiento del reino exigía el que persas y macedonios se unieran en matrimonio: que de este modo se podría eliminar de los vencidos su rubor y de los vencedores su orgullo». Cuando finalmente se durmió, Sósilo lo hizo con una vaga inquietud, pensando que, en el caso de Imilce, las tornas se habían cambiado por entero. No había en ella ni rastro de rubor y, muy al contrario, parecía mejor provista de orgullo cada día. Orgullo de vencedores.

Tras abandonar Tugia se incorporaron a un camino muy transitado, un ramal de la via Heraklea que los condujo hacia el sur hasta que, al término de la jornada siguiente, acamparon junto a un río que parecía descender desde unas montañas colosales que oscurecían el horizonte. Volces les informó de que estaban abandonando la Oretania para adentrarse, a partir de aquel punto, en tierra de bastetanos.

Por la mañana tomaron el rumbo de las montañas y estas no dejaron de crecer ante sus ojos, inmensas y remotas en sus inabarcables extensiones de piedra, como si fueran seres supervivientes de otra era. Sósilo nunca había visto cumbres como aquellas y cabalgó en silencio durante largas horas, cautivado por aquella muda expresión de esplendor mineral, hasta que llegaron a Acci.[20] Era una de las principales plazas fuertes bastetanas y estaba emplazada entre una feraz vega y un conjunto de colinas yermas, con formas apuntadas tan singulares que parecían talladas por la mano y el cincel de escultores gigantescos.

Acci resultó ser una ciudad especialmente devota del dios Neitin, y el renombre de los ritos de Auringis entre los accitanos era tal que dispensaron a Imilce un recibimiento que no hubiera desmerecido a la propia Betatun. Icloken, el príncipe de la ciudad, se postró ante ella y Aníbal con la mayor solemnidad, e insistió en acompañarlos, encabezando una escolta de jinetes de alta alcurnia hasta su próxima etapa, Basti,[21] la ciudad que daba nombre a aquel extenso territorio entre sierras, a la que llegaron día y medio después.

La capital de Bastetania causó en todos una notable impresión. Situada en la confluencia de los dos ramales meridionales de la vía Heraklea, el que pasaba por Mentesa y Acci y el de Tugia, permitía controlar todo el tráfico de mercancías que, ascendiendo desde el puerto de Baria,[22] buscaba alcanzar Cástulo y las otras grandes ciudades oretanas y turdetanas del alto Betis. Ello había hecho crecer en la ciudad una gran comunidad de artesanos y comerciantes fenicios a los que en los últimos tiempos se habían sumado otros muchos procedentes de Cartago, Utica y Tipasa. El poblado original, situado en lo alto de un cerro, había crecido empujado por la prosperidad y los recién llegados, derramándose por las laderas en sucesivas terrazas, habían dado lugar a un caserío populoso y abigarrado que hizo a los cartagineses pensar en la colina de Byrsa de su ciudad natal. Al paso de la comitiva por las empinadas calles fueron saludados con alborozo por gentes de lengua e indumentaria púnicas, también presentes entre los notables de la ciudad que los agasajaron y juraron lealtad a Aníbal.

La evocación produjo en Sósilo una nostalgia inesperada; no había vuelto a Cartago desde que, casi dos décadas atrás, llegara a Gadir formando parte de la expedición de Amílcar como preceptor de Aníbal, cuando este contaba con diez años de edad. Ahora Amílcar estaba muerto, como también lo estaban Asdrúbal, Sofonisba y tantos otros; Aníbal se había convertido en el general que debía hacer crecer el poder de Cartago en Ispania y Sósilo en un anciano que soportaba con dificultad el lomo del caballo y echaba de menos el esplendor vibrante y cosmopolita de la dorada Cartago. De Esparta, aquella ciudad agreste y orgullosa de su infancia, apenas si guardaba memoria.

La impronta púnica no dejó de acentuarse desde que

abandonaron Basti camino de Baria. Recorrieron primero una extensa hoya ondulada en suaves alcores en las que se alternaban pastos, pinares y olivares. Accedieron después al valle del río que los bastetanos llamaban Sauco,[23] que tras dejar atrás el piedemonte fragoso de la sierra se abría a una sucesión de colinas, gastadas por la erosión, que se extendía hasta el horizonte. Lo recorrieron durante dos jornadas sin dejar de admirarse del modo en que el escaso caudal del río daba vida a una franja casi ininterrumpida de huertos de almendros, granados e higueras en medio de la aridez creciente del paisaje; aquí y allá se veían granjas y caseríos con palmeras erguidas en sus patios. Todo resultaba tan familiar que parecía que el capricho de un dios los hubiera transportado mágicamente a las campiñas cercanas a Cartago. La imagen del mar en el horizonte, como una lámina de color azul oscuro agitada por iridiscencias bajo un sol implacable, señaló su dirección durante la última legua de trayecto hasta que, al descrestar un altozano, Baria apareció ante sus ojos.

Sósilo quedó impresionado. El enclave comercial fenicio que conociera años atrás se había alimentado de la actividad frenética producida por la dominación de los Bárquidas para convertirse en una ciudad pujante, extendida tierra adentro desde una cala atestada de navíos. A lo largo de la playa se sucedía un entramado de pozos, cubas, piscinas y almacenes; por el olor penetrante que comenzó a hacerse patente le resultó fácil adivinar que se trataba de la factoría de garo y salazones, una de las más célebres de Ispania. A espaldas de la ciudad se alzaba un montecillo con un gran edificio blanqueando su cima y más allá, hacia levante, iban ganando altura las primeras estribaciones de una sierra reseca y pedregosa.

Era inevitable que su atención, como la de todos, fuera atraída por el gran navío fondeado en el centro de la cala.

—¡Ahí está, el *Gloria de Melqart*! —exclamó Aníbal, señalando con el brazo extendido—. ¡Sabía que no me fallaría, bravo por las palomas mensajeras de Agram!

El barco era una magnífica péntera militar con las bordas recorridas de escudos pintados de un blanco brillante; en la principal de sus velas cuadradas destacaba el gran ojo abierto que servía de identificación a los nuevos navíos de la flota bárquida salidos de los astilleros de Qart Hadasht, dirigidos por Bitón.

—¡Por las barbas de Melqart que estoy deseando que lo conozcas, Imilce! —prosiguió Aníbal, con entusiasmo—. Jamás habrás visto otro navío más marinero que ese. Hace un año fue capaz de llevarnos hasta el río del Olvido, en la tierra más lejana e inhóspita que puedas imaginar, y devolvernos a Qart Hadasht sin contratiempos, con el cáliz de Melqart en mi poder.

—¡Cualquiera diría que fue una excursión de placer! —señaló Himilcón en tono bienhumorado—. Tuvimos encuentros con piratas, sufrimos tempestades, libramos una guerra contra los bárbaros…

—¡Y sobre todo tuvimos que soportar el clima infame de aquel rincón del mundo olvidado por los dioses! —rio Aníbal—. Pero todo parece poco cuando se cuenta con la bendición de Melqart, con un navío como ese y con la mejor tripulación. ¡Verás qué hombres magníficos, Imilce!: el cibernetes Safat, Oksar el vigía, el celeuste Cartalón, con ese tambor suyo que late como el corazón de toda la flota. ¡Cuánto se los echa de menos tierra adentro!

Imilce paseó la mirada a su alrededor, como si no hubiera reparado hasta entonces en el collado yermo en que se habían detenido. Se limpió despacio con un pañuelo el sudor de la frente y las sienes e hizo una mueca de desagrado. Se protegió del sol haciendo visera con la mano y observó la nave sin decir nada durante un largo instante. Separó después los labios en una sonrisa que ocupó buena parte de su rostro. Había en su expresión la reunión de deslumbrada admiración y temor a lo ignoto con que las gentes de tierra contemplan el mar. Aníbal se preguntó si es que lo hacía por primera vez y, como si lo hubiera escuchado, Imilce respondió a continuación.

—¿Sabes, Aníbal? —dijo, girándose hacia él y mirándolo con ojos brillantes—. Nunca he puesto mis pies en un navío. Los vi de niña en el puerto de Gadir cuando mi padre me llevó en peregrinación al templo de Astarté y me pregunté si un día tendría la ocasión y el valor de confiarme a uno de ellos.

—Hoy es ese día —respondió Aníbal—. Hoy subirás conmigo a esa cubierta para que mis hombres conozcan a la que va a ser mi esposa. Y mañana pondremos vela hacia Qart Hadasht; espera y verás la ciudad que estamos construyendo para engrandecer con ella a Ispania. A tu padre le bastó visitarla cuando asistió a la

asamblea del solsticio para comprender que ninguna alianza le sería tan venturosa a Cástulo como la nuestra.

—Estoy segura —convino Imilce—. Y después… tal vez un día podamos ir a conocer esa Cartago tuya. Habláis tanto de ella que ardo en deseos de verla con mis propios ojos. ¿Lo harás, Aníbal? Porque imagino que tendrás ocasión de volver allí alguna vez… ¿O es que te darás por satisfecho para el resto de tu vida con este árido reino tuyo de Ispania?

Aníbal dio un respingo y la miró con desconcierto.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Imilce? ¿Mi reino…?

Lo interrumpió un redoble de cascos de caballo que se hizo audible súbitamente, reverberando entre los montes. Volvió con los demás la vista hacia el camino por el que habían llegado y una nube de polvo les anunció al grupo de jinetes que poco después apareció ante ellos. Era una fuerza considerable que, al verlos, apresuró su galope alentada por gritos que se deshicieron en ecos antes de alcanzarlos.

A una voz de Himilcón los soldados aprestaron las armas y se dispusieron en formación a ambos lados del camino, preparados para hacer frente a la acometida de los desconocidos. El propio Aníbal desenvainó la espada y trató de imaginar cuál de las ciudades que lo habían acogido fingiendo sumisión había optado por traicionarlo. Miró a Imilce y esta le devolvió una expresión resuelta y expectante. «No te inquietes», le dijo ella moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido; «estamos siempre en manos de los dioses». Casi parecía divertida.

Fue Magón quien reconoció al que cabalgaba al frente de sus perseguidores.

PARTE CUARTA

EL DIEZMO DE HERACLES

«Que remitan a Argos la armadura y arnés del rey Alejandro y cincuenta talentos de oro de ley como diezmo del botín de guerra para Heracles».

PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*.

Capítulo XXI

—¡HIPÓCRATES, era el griego Hipócrates! —exclamó Bobdal—. En cuanto se dieron cuenta la tensión de sentirse atacados se trocó en desconcierto: ¿qué hacía allí el de Siracusa, cuando había quedado al mando de una de las guarniciones que mantenían el cerco sobre los oretanos de Hélike? ¿Qué podía haberle ocurrido para contravenir las órdenes de Aníbal de aquel modo?

Bobdal hizo una pausa y miró a sus interlocutores. Estos no demostraron impaciencia. A medida que el relato se cobraba días y después semanas, tanto el cartaginés como Argonio recurrían con mayor frecuencia a este tipo de recursos dramáticos. Adara pensó que era algo inevitable: gradualmente el tiempo de la narración y el del presente se entrelazaban en una única realidad de contornos imprecisos. Estaban aquí y allí al mismo tiempo, en el temprano invierno de la nueva Hélike, con la bruma disolviéndolo todo al otro lado de los muros, y en el prolongado estío de Baria, en compañía de Aníbal Barca e Imilce de Cástulo, como si las casi cuatro décadas transcurridas desde entonces no hubieran sido sino un sueño.

—Aníbal comprendió de inmediato que la presencia de Hipócrates no podía traer sino malas noticias —prosiguió Bobdal—. Y cuando escuchó lo que había ocurrido, se puso furioso: ¡su ejército victorioso, el mismo que había barrido a los ólcades en tan solo un verano, había sido derrotado por Hélike una vez más! ¡Gerión y Anglea habían escapado del castigo que les estaba reservado y le habían burlado de nuevo! Sósilo estaba aún turbado cuando me dictó sus notas. Aníbal gritó a Hipócrates fuera de sí, acusándole de haber humillado a los Bárquidas, de haber dejado escapar a los asesinos de Amílcar, de haberlo puesto en ridículo. Me dijo Sósilo que temió que lo matara allí mismo.

—Puedo imaginármelo —dijo Argonio—. Tal vez si no hubiese estado presente Imilce hubiera sido de otro modo, pero él se había

presentado ante ella como el protegido de Melqart, el ungido de Betatun. La derrota de Hipócrates fue la suya propia. Le arrebató el aura casi divina de que se había investido; lo convirtió en un mortal falible y terrestre como los demás.

—¡Tienes razón! —exclamó Bobdal—, ¡Imilce fue la clave de todo! Entonces y en los meses que siguieron. Ese día reaccionó como si la ofensa hubiera sido dirigida personalmente contra ella… como si haber abandonado el servicio de su diosa por Aníbal tuviese por condición el que él se situase más allá de la vulnerabilidad de los hombres. Su ira no fue menor que la de él. Si Hipócrates conservó la vida aquel día fue porque Magón salió en su defensa y lo envió de regreso a Curris, exponiéndose él mismo a sufrir un castigo que lo sobrevoló hasta que su hermano recuperó el dominio de sí.

—Me parece extraño que Aníbal quedara bajo el influjo de Imilce de aquel modo… —musitó Adara, dejando que las palabras se mantuvieran en el aire un momento mientras bebía la infusión humeante de su cuenco, respirando el perfume amargo del romero—. Por mucho aire de grandeza que se diese no era más que la hija del reyezuelo de una ciudad vasalla; el que Aníbal contrajera matrimonio con ella le hacía objeto de un honor extraordinario e imponía sobre Cástulo una gran deuda de gratitud. Y era una mujer, al fin y al cabo. Ya sabemos cómo los púnicos trataban a las suyas.

—Es cierto —admitió Bobdal, encogiéndose de hombros. Adara cayó en la cuenta de que era un gesto que el cartaginés repetía a menudo, como si fuera el sedimento que le hubiera depositado en el ánimo el caudal de una vida colmada de azares—. No hubo asunto más frecuentado que ese en las conversaciones de las hogueras del campamento por aquel entonces. Los soldados, cómo no, preferían imaginar las explicaciones más salaces, atribuyendo a Imilce la más extraordinaria capacidad de seducción en el lecho. Diría que Imilce ocupó un lugar de privilegio en los espacios que las campañas militares dejan a la soledad e imaginación de los soldados… Pero yo lo veo de otro modo.

—Lo imaginaba —apuntó Argonio con ironía—; tú siempre ves las cosas de otro modo.

—¿Ah, sí? Tal vez… ¿No es eso a lo que nos enseñaban esos griegos que tanto admiras? ¿A tratar de verlo todo de otro modo…?

El caso es que Aníbal era, como todos los hijos de Cartago, un hombre muy supersticioso, muy temeroso de los dioses. Era su forma de buscar certidumbres: ponía sus dudas en el altar de Melqart y Baal Hammón y dejaba que ellos las evaporaran con su fulgor. Él respiraba ese fulgor y se dejaba inflamar por él. Por eso reclamaba una y otra vez el dictamen de los arúspices: necesitaba que alguna fuerza superior a él le pusiera límites. Para Aníbal, como para Alejandro, tan solo la gloria escapaba a las servidumbres de los límites.

»Por eso Imilce causó sobre él una impresión tan poderosa: nunca se borró de su ánimo la imagen de ella señalándolo tras el sacrificio de Betatun, como si fuera la propia diosa quien lo hiciera objeto de su elección. Imilce representaba para Aníbal el misterio inefable de la divinidad tanto como la estatua de Melqart ante la que pronunció el juramento contra Roma que le reclamó su padre cuando llegaron a Gadir. ¿Sabéis?, a los pies de esa estatua reposan hasta el fin de los tiempos las cenizas de Melqart. No hay otro lugar como ese en nuestro mundo…

Se hizo un silencio lleno de ecos. Los ecos de lo invisible. Los ecos de lo mágico, del pasado. Son aún más elocuentes que las palabras cuando se les presta atención.

—Eres un hombre extraño, Bobdal —dijo Argonio—. Llegaste y retiraste la tapa del silo de nuestros recuerdos, los pusiste en libertad, y ahora somos nosotros quienes debemos entendérnoslas con ellos.

Bobdal sonrió y enarcó las cejas, como si no quisiese darse por aludido, e hizo con la mano un gesto de despedida.

—Olvidemos todo eso; dejémoslo a un lado y regresemos a Baria. El recibimiento de que fueron objeto Aníbal y los suyos, la satisfacción de encontrarse de nuevo en una ciudad de su estirpe y el reencuentro con la tripulación del *Gloria* hicieron mucho por deshacer la sombra que había extendido sobre ellos el encuentro con el griego.

»Aquella tarde Aníbal e Imilce ascendieron en procesión solemne, acompañados por sus oficiales y los nobles de Baria, hasta el templo que coronaba la ciudad. Allí sacrificaron una yegua a Astarté y todos los augurios se mostraron propicios, resolviéndolos a poner vela para Qart Hadasht a la mañana siguiente. Así lo

hicieron, y la diosa debía haber convencido a Bes de que participara de su benevolencia, porque pocas veces el mar ha ofrecido al espolón y las velas de un navío unas aguas y una brisa tan blandas, haciendo sentir de pronto a Imilce que todos los años de su vida en que había permanecido alejada del mar habían estado desprovistos de alguna cualidad imprescindible.

»La bonanza se mantuvo durante toda la singladura, permitiendo a Imilce acompañar a Aníbal en el castillete de proa. Con los últimos resplandores del atardecer, el *Gloria* dobló el gran promontorio de Amílcar y vio abrirse ante sí la bahía de Qart Hadasht rodeada por un collar de montes, con la isla de Melqart recostada a levante y la ciudad desplegada al fondo. Imaginad la escena: el puerto cubierto de mástiles y velas, las cinco colinas convertidas en una ebullición de casas, templos y palacios… —Bobdal hizo una pausa y entornó los párpados como si pudiera ver la escena reflejada en ellos—. Qué lástima. Aquella ciudad ya no existe, Adara. Al menos no como cuando llegaron a ella Aníbal Barca e Imilce de Cástulo henchidos de confianza en su propio futuro, resueltos a construir un tiempo nuevo, un mundo nuevo. Ya nunca podrás verla; ahora es una ciudad romana, igual a tantas otras, como una mala copia de la propia Roma, que trata de perpetuar su impronta en un millar de hijas de dudosa legitimidad.

Adara experimentó una congoja inesperada. No por Qart Hadasht, ni mucho menos por Aníbal e Imilce… Tal vez por lo que pudo ser y no fue. O por lo que fue y después dejó de ser. Por la secuencia incesante de sentencias inapelables que construyen lo que llamamos el pasado. Por lo difícil, o lo irrelevante, que resulta distinguir las memorias propias de las prestadas.

—Yo la vi —dijo Argonio—, y durante las lunas que precedieron a la asamblea del solsticio, viví en ella. Ningún lugar podía serme entonces más ajeno, más hostil. A veces me cuesta creerlo, me cuesta reconocerme en aquel muchacho taciturno que no tenía más que a Gerión, Saunio y los dioses para conservar la cordura. Pero es cierto que la ciudad era un vendaval de acontecimientos, una hoguera de sueños… o pesadillas, no lo sé. Un gigantesco corazón latiendo en el pecho de los Bárquidas, primero Asdrúbal y después Aníbal. La capital de un empeño al que nadie parecía capaz de poner límite…

—Roma le puso límite —interrumpió Adara, con una arista de brusquedad que le sorprendió a ella misma—. Roma siempre ha encontrado su razón de ser en ponernos límites a todos; hoy mismo ese Terencio Varrón sigue intentando hacer los nuestros más angostos. Aunque nunca he comprendido bien cómo fue capaz de imponerse a Aníbal. ¿No es cierto que el Cachorro derrotó a los romanos en su suelo una y otra vez? ¿Que tuvo a la propia ciudad a su merced después de destruir todo su ejército en Cannas?

Bobdal se puso rígido. Después sostuvo entre sus manos el cuenco y miró en su interior como si consultara un oráculo. Desde la llegada del frío se había acostumbrado a hacerle frente bebiendo vino caliente con miel y ello hacía que a lo largo de la tarde fuera perdiendo su bienhumorada sobriedad, bien para la ligereza, bien para la melancolía.

—Sí, todo eso es cierto —dijo, levantando la mirada—. En los tres años siguientes a la conquista de Sagunto, tras pasar con su ejército a Italia, Aníbal derrotó a los ejércitos y cónsules de Roma una y otra vez: Publio Cornelio Escipión, el padre del de Zama, fue derrotado en Ticino; Escipión de nuevo, con Tiberio Sempronio Longo, en el río Trebia; Cayo Flaminio en el lago Trasimeno. Aníbal parecía tocado por la bendición de los dioses: no había legiones capaces de hacerle frente, su solo nombre provocaba terror.

»Y entonces llegó Cannas, el hecho militar más grande que conoció y podrá conocer jamás la Historia, el día y el lugar en que Aníbal pudo recordar a Alejandro en Gaugamela y sonreírle como un igual. ¡Las ocho legiones de Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón exterminadas! ¡Sesenta mil almas entregadas al apetito de Baal en el mayor festín que nunca imaginó el dios! —Bobdal quedó con los ojos muy abiertos y negó repetidamente con la cabeza, como si después de tantos años fuera incapaz de asimilar aún la magnitud del sacrificio—. Pensamos, claro está, que todo había terminado. Que Roma no había perdido solo la guerra, sino a una generación…

—Y sin embargo —dijo Argonio— la guerra no terminó. Estaba muy lejos de hacerlo. Tal vez Aníbal hubiera podido ir a Roma a cobrarse la última pieza, pero no lo hizo.

—No, no lo hizo. Algunos de sus comandantes le instaron a que aprovechara la ocasión, ninguno con tanta vehemencia como

Mahárbal, en aquel momento al mando de la caballería. Él fue quien pronunció la frase que Aníbal llevó clavada en su ánimo el resto de su vida: «Tú sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria».

—¿Tú lo crees así, Bobdal? —interrogó Adara—, ¿que a Aníbal le faltó determinación para asestar el golpe final a su enemigo? ¿Que tras toda una vida luchando para destruir Roma se echó atrás, sintió vértigo ante la posibilidad de cumplir su juramento?

El cartaginés extendió las palmas de las manos, negó de nuevo con la cabeza y suspiró.

—Pongo a Baal Hammón por testigo de que no lo sé. Por supuesto que Aníbal dio a su Estado Mayor todo tipo de razones: que la ciudad hubiera podido mantener el asedio durante largo tiempo; que ellos no tenían efectivos ni suministros para hacerlo; que bastaría con ganar la lealtad de las ciudades itálicas para que Roma cayera como una fruta madura… Pero creo que nadie quedó realmente convencido… tal vez ni siquiera él mismo. ¿Quién sabe? Acaso pensó que Roma debía ofrecérsele inerme y vencida por su propia voluntad, poniéndose a merced de su magnanimidad y benevolencia, del mismo modo que Babilonia, Persépolis y Pasargadas se entregaron a Alejandro con voluptuosa sumisión…

»O acaso, como dices, sintió vértigo. Cuando un hombre cumple el propósito de su vida a los treinta y un años quizá haga pensar a los dioses que ya ha vivido lo suficiente. El macedonio murió a los treinta y dos y se dice que Perdicas, el primero de sus generales, dijo a la vista del cadáver que los dioses les habían prestado la humanidad de Alejandro con la idea de, una vez cumplida su misión, reclamarlo inmediatamente para su estirpe…

Siguió un largo silencio durante el que los tres se sumieron en sus pensamientos. De pronto Bobdal se frotó vigorosamente el rostro, apuró la copa y miró a los otros con una sonrisa que dejaba atrás la sombra de introspección que lo había embargado. Habló con tono jovial y animoso.

—Arisaltbaal, mi mujer, me lo decía de continuo: «Bobdal, eres un charlatán. Hablas, hablas y no dejas rechistar a nadie. Más que cartaginés, pareces griego». Disculpadme: la memoria tira de mí como una yunta de bueyes y me lleva por sus propios senderos. ¿Dónde estaba nuestro relato…? ¡Ah, sí…! ¡Aníbal e Imilce acaban

de llegar a Qart Hadasht y toda la ciudad se regocija cuando empiezan a correr las noticias de la boda por mercados y tabernas: sin duda la generosidad del Bárquida estará a la altura de la ocasión! —Bobdal tomó aliento y asintió varias veces, enhebrando sus recuerdos—. Y ciertamente así fue, todas las expectativas fueron cumplidas. La nueva Qart Hadasht, con todo su recién estrenado esplendor, se engalanó como si fuera ella misma la que hubiera de contraer nupcias con Aníbal. Una multitud de ciudadanos y visitantes; de marinos, soldados, artistas, comerciantes ambulantes, oportunistas y curiosos de toda laya ocupó a todas horas sus calles y muelles para celebrar la grandeza inaugural de la ciudad, la majestad de Imilce, el futuro auspicioso de Aníbal Barca. Por los cuernos de Baal que fueron días hermosos, en los que el recuerdo de la guerra inacabada con los oretanos fue quedando sepultado bajo el regocijo y los preparativos de la boda…

Bobdal hizo una pausa y tomó aliento. Sacudió la cabeza.

—Está claro que no tengo remedio, soy un charlatán. Así que será mejor que calle ahora y os escuche. Derrotasteis a Hipócrates e imagino que vuestro contento fue parejo a la frustración de Aníbal, ¿no? Gracias a aquella acción dejasteis al Bárquida sin su presa y evitasteis quedar encerrados en una ratonera.

Argonio miró al ventanuco abierto a la calle, se puso en pie y apoyó la mano en el hombro de Bobdal. A Adara le sorprendió el gesto y la insinuación de benevolencia que se asomaba a los grandes ojos negros de su tío, y se preguntó si era el vino con miel lo que lo confortaba también a él o si los días de conversación le estaban incubando dentro un inesperado aprecio hacia el cartaginés.

—Se ha hecho tarde, Bobdal —dijo—. Tu mujer tenía razón, hablas hasta por la hebilla del cinturón. Continuaremos, pero más adelante; vuelve dentro de tres días, aunque te cueste creerlo tengo otras ocupaciones más perentorias que hablar contigo. Pero no esperes contento en la continuación de mi historia. Lo que significó que Gerión derrotara a la guarnición que había dejado Aníbal para cerrarnos el paso fue que quedaba abierta la puerta de nuestro exilio. Tú que te viste obligado a abandonar tu hogar en Hélike sabes lo que eso significa.

Bobdal se incorporó.

—Sí, lo sé bien. Por partida doble. También perdí mi hogar en Qart Hadasht cuando Escipión conquistó la ciudad años más tarde, estando Aníbal, y yo con él, en Italia. Ojalá Baal Hammón hubiera querido entonces que me arrebataran solo mi hogar.

El cartaginés concluyó haciendo un gesto que alejaba los recuerdos por esa tarde, cruzó con Argonio una palabra de despedida y caminó hacia la puerta seguido por Adara. Cruzaron el patio y el atrio y salieron al exterior. La niebla apresuraba el atardecer amortiguándolo todo: los sonidos huecos y espesos, las siluetas borrosas que caminaban pegadas a los muros, las primeras antorchas rodeadas de halos amarillos como deflagraciones empañadas. «Que Tanit guarde tu sueño», dijo Bobdal con voz suave y caminó calle abajo sin esperar respuesta, desapareciendo en la bruma como si no hubiera existido nunca.

Adara hincó su mirada en la penumbra gris que se cerraba por momentos y rogó a la diosa con toda su alma para que hiciera emerger a los suyos de ella. Oyó pasos alejándose, el ladrido de un perro, el llanto de un niño… Después un impacto sordo seguido por el gemido de un cuerno. Se estremeció. Nada. Una noche más se cerraba la puerta de la muralla y nada.

Volvió al interior y encontró a Argonio en la misma posición en que lo había dejado, de pie en el centro de la estancia. Él esbozó una interrogación. «Nada», respondió ella. Hoy tampoco habían regresado. El invierno crecía como una bestia que cerraba los caminos y Gé, Abaro y los otros guerreros del poblado que los acompañaban, seguían ausentes. Una sombra le gritó dentro y no quiso imaginar en lo que se convertiría su vida si no regresaban.

Cuando Bobdal llamó a la puerta tres días más tarde la niebla seguía enroscada alrededor del poblado como una criatura de otro mundo. Aquel lugar le recordaba los días del río del Olvido y rogaba a Baal Hammón que le permitiera regresar al aire cálido y los horizontes transparentes de Cartago. Pero al mismo tiempo no sentía prisa: el intercambio de recuerdos con Argonio estaba siendo mucho más fructífero de lo que había imaginado. En un rincón de su corazón había comenzado a desear que no cesara nunca; que la vida huera y desvaída de su vejez fuera sustituida por la de entonces, cuando Aníbal, Arisatbaal y sus pequeñas Dido y Arisat aún vivían.

Galduriaunin lo hizo pasar y encontró a Argonio y Adara enfrascados en una conversación en voz baja que interrumpieron al advertir su presencia. Él lo saludó con aire impaciente, ella con una de esas sonrisas algo forzadas con que las mujeres de ánimo dejan a un lado sus inquietudes. Argonio lo invitó a tomar asiento y comenzó a hablar de inmediato, como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Querías que te hablara de cuando combatimos a los vuestros junto a Urbena, en las fuentes del Ayna, ¿no es así, Bobdal? Es curioso; no sé decirte lo que comí ayer, pero recuerdo aquella mañana como si fuera esta. Jamás he podido olvidarla. Nos habíamos lanzado al camino antes de conocer el desenlace de la batalla y avanzábamos todo lo silenciosamente que podíamos, con el corazón en un puño, ignorando si acaso nos dirigíamos a ponernos, inermes, en manos de nuestros enemigos. Cuando escuchamos un estruendo de caballos aproximándose todos nos detuvimos, encomendándonos a los dioses. Al descubrir que al frente de aquel vendaval de jinetes venía Gerión comprendimos que el día era nuestro; que trajera lo que quisiera traer el porvenir, al menos aquel día era nuestro.

A Argonio se le ahogó la voz. Tragó saliva.

—Pero cuando pienso en aquel instante me estremezco aún al recordar que nadie gritó, nadie celebró. Éramos millares y todos respondimos con el mismo gesto: volviendo la vista atrás, sobre los desfiladeros del Ayna, sobre las murallas de Urgi, sobre las vegas de la Oretania hasta nuestra Hélike desierta, abandonada. Comprendimos que nunca regresaríamos. Y que ningún lugar, ninguna ciudad, ninguna vida sería como la que dejábamos atrás.

Capítulo XXII

GERIÓN observó desde el otero la columna arrastrándose a sus pies con penosa lentitud. Anglea y él trataban de hacerlo al menos una vez al día para tener bien presente la impresión del conjunto; abajo, a ras del polvo, era fácil perder las referencias. Solo desde lo alto era posible comprobar que todos los miembros de aquel inmenso organismo mantenían su posición: iba primero una avanzadilla de exploradores batiendo el terreno que debían atravesar; después un fuerte contingente de jinetes armados con arcos y jabalinas. Seguía una larga hilera de carretas entre las que se intercalaban grupos de gente a pie; a ambos lados del camino los escoltaba una formación irregular de caballería con armamento pesado. Cerraban la caravana los rebaños de vacas, bueyes, cabras y ovejas, y las piaras de cerdos que menguaban de día en día; eran los animales que servían de primer recurso para alimentar a la multitud en marcha.

Hombres y animales conformaban algo más que una ciudad nómada: la columna era un mundo que con rapidez había creado sus reglas y rutinas, sumergiéndolos a todos en las propiedades hipnóticas del movimiento hasta hacerlos sentir que era la única realidad que hubieran conocido nunca. En la caravana se celebraban bodas y oficios religiosos, nacían criaturas del exilio cuyo llanto era el elixir más reconfortante, morían los más frágiles por la enfermedad o la tristeza. Una de las primeras en hacerlo fue Estereia, y la huella de orfandad que produjo su pérdida en los niños aún no los había abandonado. En la caravana se alumbraban y desvanecían odios, anhelos, amores, pesadillas o sueños, celos, promesas, incertidumbres, amistades, ofensas, gratitudes. En la caravana era la continuidad del movimiento la que parecía sostenerlo todo, gestando en los espíritus la ilusión de que la trashumancia duraría para siempre.

Gerión sacudió la cabeza y miró a Anglea para deshacer la telaraña de su ensoñación. Ella, como siempre, supo interpretar su

ánimo mejor que él mismo.

—Es conmovedor verlos así, ¿no crees? Parecen minúsculos, vulnerables. Insignificantes. Pero para mí lo son todo, como si los dioses hubieran querido honrarme haciéndome parte de una familia innumerable. ¡Ay, Gerión, los dioses! Quiero pensar que están de nuestro lado; que Astarté nos acompaña como el viento que empuja a los navíos hacia su destino —Anglea convirtió por un instante la voz en un susurro, cerró los ojos y se tocó con las puntas de los dedos los labios y la frente—. Eso es lo que me dice cuando escucho su voz en el betilo: que mientras mantengamos la fe todo irá bien. Y hasta ahora así ha sido.

Terminó de hablar buscando la mano de Gerión con la suya. Bastó ese gesto para que ambos se sintieran reconfortados. Así había sido desde el instante en que se conocieron: había en la piel de ambos una cualidad que les hacía anhelar siempre el contacto. El amor entre ellos era un regalo que comenzaba en la piel.

Gerión apretó la mano de ella y asintió. En efecto, hasta ahora habían podido sortear los contratiempos. Los primeros días de marcha habían sido los de mayor riesgo, atravesando un territorio que ya se había declarado aliado de Aníbal, avanzando con lentitud entre montes desde cuyas cumbres se sabían vigilados por ojos hostiles. La necesidad de utilizar caminos aptos para las carretas les obligó a pasar a la vista de las murallas de Urkesa y, jornada y media más adelante, de las de Mentesa.[24] Era sabido que los príncipes de ambas ciudades habían doblado la rodilla ante el Bárquida, y los heliketas pasaron frente a ellas esperando en cualquier momento un ataque que parecía convocar su propia vulnerabilidad. Pero fuera porque los exiliados constituían, a pesar de todo, una fuerza imponente, o por el deseo de honrar los viejos vínculos de respeto entre oretanos, los numerosos guerreros apostados en las murallas los dejaron pasar sin levantar un hierro contra ellos.

En el límite del territorio de Mentesa se situaba también el del dominio Bárquida y cuando lo cruzaron hacia poniente, entrando en la extensa comarca tributaria de Oreto,[25] la poderosa ciudad que había dado nombre al pueblo de los oretanos, todos sintieron que comenzaban a dejar atrás el peligro de ser alcanzados por sus enemigos. Desde entonces no habían tenido otra dificultad que las

lluvias que vinieron a poner fin al verano, llenando de barro los caminos y de grandes charcas la llanura.

—Sí, hasta ahora así ha sido —dijo Gerión, retomando la conversación—. Por haber mantenido la fe y por la generosidad de nuestros hermanos de Oreto, no lo olvidemos. Que Epona los tenga en su bendición. Sabían que ayudarnos los convertía en enemigos de Aníbal, y sin embargo lo hicieron. Con su grano y su ganado alejamos el riesgo de encontrarnos en mitad del invierno sin nada con que alimentar a todas esas bocas —hizo un gesto abarcando a la multitud que seguía avanzando allá abajo, a los pies de la sierra cenicienta que los había protegido del viento del norte desde que, dejando atrás Larcurris,[26] a dos días de marcha de Oreto, se habían adentrado en este despoblado agreste que servía de frontera entre el territorio de los carpetanos y el de los vetones. Los peñascos, gastados por la erosión, formaban grandes murallones grises y anaranjados escalonados en la falda de las montañas. En las laderas se alternaba un denso matorral de pinos, jaras, encinas y acebuches con lenguas de canchales desnudos.

—También nos proporcionaron un guía —apostilló Anglea, con una insinuación de aspereza en la voz—. Nos ayudaron para que pudiéramos continuar nuestro camino, pero no nos invitaron a instalarnos en su territorio. Y no será porque no haya espacio para todos en las riberas del Anas.[27]

—Nada hay que reprochar a Agtes —dijo Gerión, observando a Anglea con extrañeza—. Dejarnos permanecer tan cerca de Aníbal hubiera sido una provocación, y Oreto tiene derecho a elegir su propio momento para la guerra. Desde el primer encuentro dejamos claro que pretendíamos continuar la marcha lo antes posible para reunirnos con los ólcades antes del invierno. ¿Es que no estás de acuerdo, no te pareció suficiente?

Gerión mantuvo su mirada inquisitiva fija en Anglea hasta que esta, tras una incómoda pausa, se encogió de hombros y asintió frunciendo el ceño.

—Por supuesto, sí. Oreto se ha comportado con honor, sobre todo si se compara con la facilidad con que otras ciudades de los nuestros se han vendido a los púnicos. Es solo que a veces siento que mientras nos manteníamos dentro de la Oretania nuestro exilio era menos… irreversible.

—Mientras conserves la vida y a los tuyos —dijo Gerión— ningún exilio es para siempre. Todos hubiésemos deseado no tener que marcharnos, pero tú misma me recordaste que lamentarse de lo inevitable no lleva a ningún sitio. Es preferible pensar que la patria está no donde yazcan tus antepasados, sino donde vivan aquellos a quienes amas. Cambié con gusto Cirmo por Hélike sintiendo que siguiéndote seguía también el curso de mi destino. Veamos adónde nos conduce ahora.

—Veamos… —respondió Anglea, y con una presión del talón hizo que *Caliza* se aproximara a *Turmo*. Se inclinó hacia delante y besó a Gerión en los labios—. Será lo que quieran los dioses que sea; hasta entonces me basta con estar a tu lado.

Gerión asintió.

—Y yo al tuyo —dijo, besándola de nuevo antes de volver la vista al camino—. Debemos regresar.

Anglea cabalgó junto a él en silencio. Sacarían a su pueblo adelante juntos, costara lo que costase; más allá de ella misma si fuera preciso. Pero Gerión…

Rogó a Astarté que el destino no le exigiera el único precio que nunca podría pagar.

—¿Cuál es tu consejo? —interrogó Gerión—; ¿nos son hostiles?

Maenomaro rumió durante una larga pausa sus pensamientos antes de responder.

—No lo creo. Ya iréis conociendo a los carpetanos: son desconfiados. Es gente de llanura, de cruces de caminos, y se sienten demasiado expuestos a la codicia de los demás, pero al mismo tiempo son valientes y suelen honrar su palabra. Los vetones siempre hemos sabido entendernos con ellos.

Gerión observó con detenimiento la ciudad amurallada. Estaba situada en la falda de una montaña con forma cónica que servía de último mojón a la sierra, estrechando la vaguada de modo que obligaba a los viajeros a pasar a escasa distancia de ella. Sobre la cumbre resbalaban lentas nubes grises, dejando un límite impreciso entre la tierra y el cielo.

—¿Los conoces?

Maenomaro negó con la cabeza.

—Nunca he estado aquí, pero he oído hablar de ellos. La ciudad se llama Ispino; la dirige un tal Bienor. Se dice que es listo y

ambicioso; ha convertido en una plaza fuerte lo que hace menos de una generación era un villorrio de pastores, y ahora cobra derechos de paso a los comerciantes y ganaderos que se mueven entre la Oretania y la Vetonia.

—¿Crees que nos reclamará algún pago?

—Ya le gustaría, pero no creo que se atreva. Debe haberse dado cuenta de que somos una pieza demasiado grande para él. Tanto hierro —dijo Maenomaro con tono socarrón apuntando el gesto de desenvainar la espada— puede resultar muy indigesto.

Todos rieron la bravata del guerrero.

—Vosotros… quiero decir los vetones, ¿le reconocéis ese derecho? ¿Pagáis vosotros mismos algún portazgo?

—Tendrás que hablar de ello con Angenos, el jefe de Manliana; es él quien se ocupa de las alianzas para la defensa del vado en nombre de Ebora, mi ciudad, a la que debe lealtad. Tengo entendido que han establecido con Bienor algún tipo de acuerdo de reciprocidad: nosotros le reconocemos a Ispino el derecho de portazgo en sus montes y ellos a nosotros en el vado de Manliana, y se hacen mutuamente pagos simbólicos para dar fe de ello. Lo mismo ocurre aguas arriba, en Talabriga[28]. La ribera norte del río es nuestra y la sur de los carpetanos. Talabriga es vetona, pero se han puesto de acuerdo para proteger su vado. Ya os lo he dicho: siempre hemos sabido entendernos con ellos.

—¿Cuántos guerreros puede tener? —siguió preguntando Gerión, empeñado en evitar sorpresas.

—Doscientos… trescientos como mucho. Creo que podemos continuar sin preocuparnos de ellos, Gerión. El más vivo deseo de Bienor debe ser que nos marchemos cuanto antes y no le dejemos sin pasto ni le ahuyentemos los viajeros. Me apuesto la barba a que de esos parapetos no sale ni una flecha.

Gerión sonrió, pues el vetón era enteramente barbilampiño, y miró alrededor. Todos fueron asintiendo: Lagandi, Mimbro, Taemaros, Leitabaros, Anglea.

—De acuerdo, pero si los vetones pagan a Ispino el derecho de paso también lo haremos nosotros; tal vez un día necesitemos su buena voluntad. Abaro: ocúpate de que al paso de la caravana se deje frente a las murallas un buey sin mácula. Y ahora, vamos. Alejémonos cuanto podamos antes de que anochezca.

La confianza de Maenomaro no evitó que una trepidación le recorriera a Gerión el pecho cuando pasaron frente a las murallas, lo bastante cerca como para ver a los guerreros carpetanos agolpados en los parapetos. Se preguntó qué pensarían. Si sentirían temor, o curiosidad, o desprecio. Si el tal Bienor comprendería la magnitud de la amenaza que estaba creciendo en el sur, capaz de expulsar de su tierra ancestral a todos los habitantes de una ciudad como Hélike; la ciudad que derrotó a Amílcar Barca. Tal vez algún día aquellos carpetanos los maldijeran por haber servido de heraldo a todos los cambios que el corazón le decía que estaban por venir.

La tarde se les consumió recorriendo legua y media por parameras desde las que se dominaba un horizonte de sierras oscuras y valles difuminados por veladuras de bruma y lluvia. Descendieron hasta el vado de un río encajado entre peñas y salieron después a un paraje sembrado de colinas, pedregales y dehesas de encinas. Llamó la atención de todos una gran escultura tallada en piedra, situado en un altozano muy visible desde el camino. Representaba a un toro que parecía tener la vista fija en el territorio del que venían.

—Ahora a esperar a los míos. El río es el límite entre tierra de carpetanos y de vetones; ahí está el verraco para que a nadie le pase por alto. Y una comitiva como esta —dijo Maenomaro señalando con el pulgar hacia atrás por encima del hombro— no pasa desapercibida. Estamos escasamente a una jornada de Manliana. No tardarán.

No tardaron. Poco después de reanudar la marcha al día siguiente, en una mañana gris y desapacible cargada de deseos de lluvia, un nutrido grupo de jinetes se acercó hacia ellos desde el norte. Pronto comprobaron que ni eran tantos como para causarles alarma ni tan pocos como para no hacer entender que otros muchos podrían seguirlos si fuera preciso.

—Ya está; sea cual sea nuestro destino viene a nuestro encuentro —dijo Mimbro. Se sentía embargado por una extraña serenidad, como si durante el largo viaje desde Hélike hubiera ido dejando atrás sus duelos. Al fin y al cabo, en la caravana seguía palpitando la vida de su gente con esa digna determinación que tanto admiraba y, una vez cumplidos los ritos de la partida, el futuro había vuelto a existir, recuperando poco a poco su capacidad de alentar esperanza, por muy desesperada que fuera. «Viajar es bailar», solía decir el

anciano Brigantio en Cirmo. Viajar es vivir.

También le había ayudado la compañía de Maeno, como había dado en llamar al vetón; su humor irónico e incondicional era un remedio infalible contra la melancolía y el exceso de seriedad. El viaje parecía haber proporcionado algún alivio incluso a Argonio, quien pasaba la mayor parte del tiempo caminado en silencio junto a la carreta, sin buscar otra cosa que la proximidad del betilo de Astarté, la compañía de los suyos y el efecto salvífico del ajetreo de los niños. Gé en especial mostraba hacia su tío esa atención afectuosa y con maneras de adulto que los niños con anchura de espíritu dedican a los más vulnerables de sus mayores, y no era raro verlos andar cogidos de la mano, cada uno sumido en sus pensamientos.

A Mimbro le gustaba sumarse a ellos en esos momentos, y siempre tenía la sensación de que era Gé quien los conducía. Pensaba entonces en lo que encontrarían al llegar al país de los vetones; si les darían la acogida que les habían anticipado Ulantio y Maeno; si su nuevo hogar terminaría por ocupar el espacio en su corazón que hasta ahora se habían disputado Hélike y Cirmo. Sabía que, como él, todos y cada uno de los miembros de la caravana trataban de imaginar su propio destino. Ese que ahora estaba a punto de alcanzarlos.

Gerión ordenó que el cuerno detuviese a la caravana e hizo un gesto a los suyos para que lo siguieran. «Si el destino viene a nuestro encuentro no le hagamos esperar», dijo, y espoleó a *Turmo* en dirección a los jinetes que se aproximaban.

Como de común acuerdo ambos grupos se detuvieron cuando los separaba una distancia de treinta pasos. Todos, excepto un jinete que se adelantó y fue al encuentro de los oretanos.

Mimbro lo reconoció de inmediato: era Turibas, uno de los hijos de Kintortes de Arecorata.

Capítulo XXIII

La expresión del rostro del guerrero reflejaba al mismo tiempo alegría por la llegada de los heliketas y consternación por lo que significaba. Si los oretanos habían abandonado su ciudad era porque habían perdido toda esperanza de poder seguir defendiéndola. Era la misma tragedia que pocos meses antes habían sufrido los ólcades de Arecorata que pudieron escapar de la agresión de Aníbal.

—¡Gerión, Mimbro! —exclamó Turibas al llegar frente a ellos, llevándose el puño cerrado al pecho—; bendito sea el padre Luc por haberos mostrado el camino, sed bienvenidos. Aunque… —comenzó a decir, llevando la mirada por encima de los jinetes hasta la multitud innumerable de heliketas que esperaba más allá, y calló sin saber poner palabras a su emoción.

—Gracias, Turibas —respondió Gerión, devolviendo el saludo—; también a nosotros nos alegra verte y haber llegado hasta aquí.

Cuatro de los acompañantes de Turibas avanzaron hasta situarse junto a él, enfrentados a Gerión y los suyos, dejando en el centro a un guerrero con aspecto de ser el jefe. Como los demás, vestía un pantalón de color pardo y una túnica, pero ninguno rivalizaba con él en abundancia de brazaletes y torques de plata. Lucía un yelmo metálico, rematado a ambos lados por astas de ciervo. Tenía una barba oscura que le ocupaba la mayor parte del rostro, ojos castaños próximos y vivaces, cejas muy pobladas y nariz chata. Fue el primero en tomar la palabra, en un tono perentorio y marcial que al punto trató de suavizar. Hablaba una lengua desconocida para los heliketas, con tonos líquidos y nasales, que Maenomaro se apresuró a traducir.

—Soy Angenos, hijo de Angenos, del clan de los Menetoviecos de Manliana, y os doy la bienvenida al territorio de los míos. Tú debes de ser Maenomaro —añadió dirigiéndose a este con una breve inclinación de cabeza—; Ulantio me pidió que te acogiera como a un miembro del clan. Me complace hacerlo. Mientras estés

en territorio de Manliana me honrará que consideres mi hogar como el tuyo.

—Seré yo el honrado, Angenos —respondió Maenomaro—, ruego a Trebaruna que le dé paz y prosperidad a tu casa.

—Y tú —añadió Angenos, señalando con un gesto del mentón— debes de ser Gerión —hizo la pausa justa para que este escuchara la interpretación y asintiera en respuesta—. Nos han hablado mucho de ti, de vosotros. Los ólcades de Cirmo y Arecorata han sido vuestros mejores valedores. Pero también, debo decir, los relatos que corren por los caminos…

—Te estoy agradecido por la bienvenida, Angenos, hijo de Angenos, en mi nombre y en el de cuantos me acompañan. Yo soy Gerión, hijo de Gerión de Cirmo, aunque la voluntad de los dioses me haya puesto al frente de los oretanos de Hélike. Venimos para pedir vuestra hospitalidad, pero también para serviros de aviso y sumar nuestra fuerza a la vuestra si es preciso. Tal vez la Oretania no baste para colmar la ambición de Aníbal el púnico.

—¡Aníbal! ¡Otra vez Aníbal! —exclamó Angenos con fastidio—. ¡Toda Ispania parece estar hablando de él! Y lo que llega hasta aquí son rumores fabulosos; si hubiese que darles crédito Aníbal sería más temible que nuestro señor Vaélico —el vetón hizo un gesto para reprimir la respuesta que Gerión se disponía a formular—. Guarda tus advertencias para nuestro caudillo Virono, ólcade, él te prestará oídos; desde que oyó hablar de los cartagineses parece esperar verlos aparecer por el horizonte en cualquier momento. Pero no quieras asustarme con el nombre de Aníbal como se asusta a un niño pequeño; el Bárquida está muy lejos de aquí, y si es tan insensato como para venir a molestarnos ya nos ocuparemos de él. Si os acojo es porque Ulantio se ha ofrecido a sí mismo en garantía de los tuyos del mismo modo que lo hizo con los otros ólcades que vinieron en el verano. No sé qué le ha movido a algo tan absurdo, pero Ulantio pertenece a mi clan y estoy obligado a estar a su lado cuando invoca nuestros lazos. Eso no quiere decir que vuestra causa sea la mía.

—¡Angenos! —se sorprendió Turibas—, ¡Virono dijo…!

—Sé muy bien lo que dijo Virono —cortó con brusquedad el vetón—, no necesito que me lo recuerdes. Y te conviene no olvidar que eres mi invitado.

Gerión observó con detenimiento a su interlocutor antes de contestar. No le pareció hostil ni displicente; tan solo reticente a aceptar que debía comenzar a dar por terminado el mundo que había conocido hasta entonces. E irritado porque fuesen extraños los que se lo anunciaran. Por segunda vez en pocos días se encontró llegando a la conclusión de que él habría obrado de igual modo.

—Está bien, Angenos —dijo—. Dinos cuáles son tus términos y serán los nuestros. Pero no dejes de tener presente que hablas con un pueblo que conoce el valor de su dignidad. Aspiramos a tu hospitalidad, no a tu condescendencia.

—Eso es lo que debe ser. Te diré nuestras condiciones, Gerión: sabíamos que podíais llegar a pedirnos acogida y no nos oponemos. No es algo nuevo; desde hace años llegan gentes desde levante para asentarse en estos montes; unas veces familias aisladas, otras, clanes enteros. Nosotros los admitimos siempre que se presenten pacíficamente, se establezcan donde nosotros les indiquemos y acepten la autoridad de los jefes vetones, sea para ocuparse del arado o de la espada. Así fue también con los ólcades de Cirmo y Arecorata. Y así deberá ser con vosotros.

—Me parece justo —convino Gerión después de escuchar a Maenomaro, quien empezaba a dar señales de impaciencia.

—Sin embargo —continuó Angenos— no esperábamos que fueseis tantos; ¡por los cuernos de Ataecina que nunca había visto a tanta gente junta! Si ya nos costó encontrar acomodo para los ólcades, ¿qué haremos con vosotros?, ¿cómo alimentar a tantas bocas? —preguntó el vetón, alternando la mirada entre Gerión y la caravana detenida más atrás.

—Traemos grano y ganado —respondió Gerión—, no seremos una carga para vosotros. Tan solo necesitamos agua y pastos, y un lugar donde levantar nuestros hogares.

—¡Tan solo necesitáis pastos, como si eso fuera tan fácil! Con todas las cabezas de ganado que traéis necesitaréis mucho espacio, y no os valdrá cualquiera. No imagináis lo seco que puede ser por aquí el estío.

—Entonces… —dijo Gerión, dando a *Turmo* unas palmadas en el cuello. El animal había comenzado a bufar y patear con los cascos delanteros, delatando la irritación que su jinete prefería todavía disimular.

—Entonces tendremos que ir a hablar con Virono —sentenció el vetón—. Los deberes de hospitalidad que reclamáis son excesivos para Manliana… y tal vez para la propia Ebora. Mientras tanto todos los vuestros tendrán que quedarse aquí.

—¿Aquí? —interrumpió Maenomaro—, ¿cómo vamos a quedarnos aquí? Esto está lejos de todas partes, es muy expuesto. Esperaba que continuáramos al menos hasta el río.

Angenos negó con firmeza con la cabeza. Era patente que no le gustaba ser contradicho.

—De ningún modo; te dije que te acogería como a un miembro del clan, pero no puedo hacer lo mismo con toda esa gente. Tú conoces tan bien como yo el criterio del Consejo: los grupos grandes deben establecerse al sur del Tagus para poblar la frontera con los carpetanos. Virono accedió a hacer una excepción con los ólcades por la insistencia de Ulantio y porque no le venían mal más brazos para construir su muralla, pero es algo que no creo que vuelva a ocurrir. Además —añadió el vetón desviando su atención hacia Gerión— este es un lugar mejor que la mayoría: tenéis cerca arroyos y los pastos no son malos. Y hay abundancia de bellotas; no tardarán en estar maduras.

Gerión miró a su alrededor, dubitativo. En efecto no parecía un mal emplazamiento. Hacia poniente se abría una extensa sucesión de encinares que clareaban en los frecuentes afloramientos de roca; las zonas más húmedas estaban señaladas por grupos de fresnos de color amarillo encendido que empezaban a perder las hojas. Una sucesión de collados con el color cobrizo de los robledales de otoño los resguardaba del viento del norte. Tal como había pedido, había agua y pastos. Y bellotas. Tal vez en verano resultara demasiado árido, pero confiaba en que no tuvieran que permanecer allí más de una o dos lunas.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en regresar?

—Ebora está a jornada y media desde Manliana sin castigar a los caballos. Podréis visitar a vuestros amigos ólcades de camino. Antes de dos semanas estaréis de vuelta.

—¿Y los carpetanos? —insistió Gerión, reticente a separarse durante tantos días de la caravana de los heliketas—, ¿no nos verán como una amenaza?

—Bienor nunca sería tan insensato como para entrar en nuestro

territorio con intención hostil —dijo Angenos, con un tono ya abiertamente desabrido—; y basta de hablar. Dijiste que cumpliríais mis condiciones y ya las conoces. Cumplidlas o volved por donde habéis venido.

Se hizo un silencio cargado de tensión cuando Maenomaro tradujo lo dicho. Gerión lo deshizo antes de que nadie se sintiera tentado de llevar adelante el desafío.

—No hay razón para la aspereza, Angenos; no pondremos en cuestión tus condiciones. Es tan solo que queremos cargarnos de toda la certidumbre posible antes de aposentar a toda esta gente en un paraje tan apartado; ¿acaso tú no harías lo mismo? Te acompañaremos a Manliana y a Ebora confiando a nuestra gente al amparo de tu autoridad. Te pedimos que envíes un emisario a Ispino para hacer saber a los carpetanos que contamos con tu protección. Concédenos el don de la hospitalidad y juntos presentaremos un sacrificio a Toga en tu honor.

Angenos quedó pensativo con el ceño fruncido. Era uno de esos hombres dados a debatirse entre la cordialidad y la desconfianza, siempre temiendo que aquella fuera utilizada por los demás para tomar ventaja sobre él.

—Sea —dijo al fin—. Turibas y dos de mis guerreros quedarán con vosotros mientras os instaláis en los alrededores de este lugar como os plazca. Dentro de cinco días es Samain y es tiempo de que cada cual esté con los suyos. Gerión, tú y tus capitanes vendréis a verme a Manliana cuando el día sagrado haya pasado y juntos iremos a encontrarnos con Virono. Que Trebaruna os acoja en vuestro nuevo aposento.

Gerión escuchó a Maenomaro e hizo una inclinación de cabeza.

—Sea.

Angenos pronunció dos nombres, volvió grupas y se alejó seguido por los suyos.

—Es extraño cómo se aleja todo: van pasando las lunas y una mañana uno despierta y descubre que Arecorata es una memoria más soportable, como algo ocurrido hace mucho tiempo. Hasta los muertos parecen algo ocurrido hace mucho tiempo. Piensas en Buntalos, en Segilo, en Rietalos, en Eskutino… en todos los demás, y lo haces ya con más añoranza que dolor. Creo que lo único que permanece intacto es el odio y el deseo de venganza; si hemos

salido adelante es porque nos preparamos para el día en que podamos vernos de nuevo frente a Aníbal.

—Ese día llegará, Turibas, no te quepa duda —dijo Mimbro—. Nosotros tenemos cuentas pendientes con él y él las tiene con nosotros.

Turibas asintió y paseó la mirada por el círculo de rostros que lo acompañaban alrededor del fuego. Sobre este, los restos de un cabrito ensartado en una jabalina de hierro goteaban perlas de grasa que producían pequeñas detonaciones al caer. El ólcade masticó pensativo una costilla y bebió un trago de kelia antes de continuar.

—Veros ha sido como volver a aquellos días. A la sensación de final, de haberlo perdido todo. A las jornadas interminables en los caminos temiendo ser alcanzados por los púnicos, manteniendo escaramuzas con partidas de carpetanos que querían cobrarse tantas generaciones de incursiones ólcades en la frontera. Por fortuna fuimos capaces de evitar un enfrentamiento a gran escala, tal vez porque tampoco ellos se sintieran con suficientes fuerzas para buscarlo. Era evidente que estábamos de paso y no queríamos otra cosa que pastos y abrevaderos para el camino. Los guerreros de Cirmo habían frecuentado aquellas comarcas de la Carpetania durante sus correrías y aliviaron nuestro ánimo con el relato de sus peripecias… —Turibas dejó resbalar la frase y miró con complicidad a Gerión y Mimbro—; imagino que todo eso os resultará familiar.

Los dos hermanos cruzaron una sonrisa que los trasladaba a un lugar feliz de la memoria.

—Así es —concedió Gerión—; los guerreros de Cirmo solíamos decir que el gran padre Luc había puesto a los carpetanos en el mundo para servirnos de ejercicio y diversión, y a su ganado para brindársenos como obsequio. No es extraño que los encontraseis con afán de venganza.

Todos rieron y Mimbro hizo circular un nuevo pellejo de kelia. Como siempre, la bebida y la conversación junto al fuego iluminaba los corazones.

—Gracias a ellos —continuó Turibas— pudimos seguir una ruta que nos mantuvo alejados de Contrebia Carbica[29] y Segóbriga[30] y, tras media luna de marcha por una llanura cada

vez más calurosa, alcanzamos la ribera del Tagus algunas leguas aguas arriba de Toleto, [31] en un vado conocido por Ulantio.

—Toleto… —dijo Anglea—; en Oreto nos hablaron de la ciudad. Tiene fama de ser la mayor de los carpetanos.

—Lo es —corroboró Maenomaro—. Está en un emplazamiento inmejorable, en un cerro escarpado ceñido por un meandro del río. Estuve en ella una vez, acompañando a Ulantio, enviados por Virono para tratar con Hilerno, que gusta de llamarse a sí mismo rey de los carpetanos. Todo un personaje, por cierto; no he visto nunca a nadie más ambicioso que él.

—¡Por Epona que Virono no se le queda a la zaga! —protestó Turibas—. Os envió a Toleto a tratar con Hilerno, a Arecorata a buscar acuerdos con Buntalos… Y dudo que ahí acabaran vuestras andanzas.

—Vamos, Turibas, continúa —interrumpió Gerión cuando Maenomaro se disponía a contestar—; la kelia hace que vuestra conversación discurra en meandros no menores que los del Tagus. Habíais llegado al vado del río.

—Sí, el vado. Allí comenzó Ulantio a guiar la caravana. Cruzamos sin dificultad, nos alejamos del río en dirección noroeste y cuatro jornadas más tarde llegamos al pie de una gran montaña que hace de avanzadilla de la sierra de los vetones y señala el comienzo de su territorio.

—Es el monte de Toga —explicó Maenomaro—: hay un famoso santuario de la diosa en el cerro, venerado tanto por nosotros como por los carpetanos. Es allí donde establecemos pactos y alianzas con ellos, con la protección y garantía de Toga. Está a dos jornadas a caballo al levante de Ebora y media al septentrión de Talabriga, el primer castro vetón a la orilla del Tagus.

—Allí sucedió lo mismo que hoy —dijo Turibas— y nos causó el mismo desasosiego que a vosotros. Ulantio, que hasta ese momento no había mostrado ninguna duda sobre la voluntad de su pueblo de acogernos, nos dijo que debíamos acampar en aquel lugar mientras él iba a Ebora a tratar sobre el asunto. Lo acompañaron Saunio, Meronio y mi padre, Kintortes, y los demás quedamos allí preguntándonos si había sido una buena idea emprender aquel viaje.

—Esa es la costumbre —dijo Maenomaro—, son las tribus de los

vetones las que dan o rehúsan el acceso a sus campos. El agua y los pastos nos pertenecen a todos, eso es lo que significan los verracos. Ningún guerrero puede ofrecer a otros lo que no es suyo, o no solo suyo. Pero estoy seguro de que Ulantio no tardó en regresar dándoos satisfacción; tu presencia aquí es prueba de ello.

—Así es —concedió Turibas, con un atisbo de irritación por las frecuentes interrupciones del vetón—, Ulantio no tardó en regresar. Y Virono con otros guerreros de Ebora vinieron con él: habían deliberado y querían transmitirnos sus condiciones. Lo hizo el propio Virono en tono cordial, pero dejando claro que no podíamos sino aceptarlas; de lo contrario nuestra presencia dejaría de ser vista como amistosa. Se nos había asignado un territorio próximo al río Tĕttare,[32] a tres leguas al sur de Ebora. Podríamos clarear el monte y roturar el suelo como fuera preciso. Ellos nos proporcionarían cebada para simiente y aperos; a cambio todos los hombres jóvenes trabajarían en la muralla del nuevo castro…

—¿Cómo? —interrumpió de nuevo Maenomaro—, ¿de qué nuevo castro hablas?

Turibas sonrió satisfecho por la ignorancia del vetón. Se tomó el tiempo de masticar un bocado de carne, bebió kelia con largueza y eructó antes de continuar.

—Temo que vas a encontrar las cosas muy cambiadas. Más allá de lo que piense Angenos, las noticias sobre Aníbal han causado la mayor alarma en Virono y los demás jefes de Ebora. Al sur de la sierra no hay ciudad vetona o carpetana que no haya sentido la nueva amenaza. Nuestra llegada fue como el toque de cornu que avisa del peligro inminente: la reputación de Arecorata y Ercavica no era pequeña entre los vetones, y saberlas en manos de los cartagineses hizo que todos pensaran que cualquiera puede ser el siguiente. Más aún cuando hay no pocas ciudades sin fortificaciones adecuadas.

—Ebora, por ejemplo —musitó Maenomaro—. Nuestro territorio lleva una generación sin conocer grandes conflictos. Nunca tuvimos que hacer frente a otras amenazas que ocasionales incursiones de bandas carpetanas o lusitanas para hacer esclavos o robar ganado.

—La vieja Ebora —puntualizó Turibas—. Cuando el Consejo de la ciudad escuchó de boca de Ulantio el relato de lo ocurrido a los ólcades, Virono sostuvo que no podían seguir desprotegidos por más

tiempo. Los ancianos y los guerreros estuvieron de acuerdo. Todas las ciudades de estas tierras tienen el mismo sentimiento y están fortificándose.

—Hablas como si tú mismo hubieras asistido a la asamblea —se extrañó Anglea.

—Claro que no, pero Ulantio nos contó la discusión con todo detalle, y pronto comprobamos que todos en Ebora conocían sus pormenores. Exactamente lo mismo hubiera ocurrido en Arecorata… No hay guerrero que resista la tentación de dar las deliberaciones de las asambleas a los cuatro vientos…

—Bien, Turibas, continúa —urgió Gerión—; la noche va pasando y aún esperan respuesta la mayor parte de nuestras preguntas.

—El caso es que no solo decidieron construir una muralla, sino trasladar el poblado entero. Era el momento de elegir un nuevo emplazamiento: la vieja Ebora está en un lugar muy conveniente para acceder a los abrevaderos y los pastos, no para la defensa.

—Eso es cierto —concedió Maenomaro—; viene discutiéndose desde hace años, pero nunca pensé que llegaría a ocurrir.

—Pues está ocurriendo; los brazos y espaldas de los ólcades dan buena fe de ello. Con nuestra ayuda la construcción avanza a buen ritmo y en la primavera podrán empezar a trasladarse las primeras familias. Antes de que termine el año próximo Ebora será un castro formidable; no habrá otro igual en toda esta comarca.

—¿Y vosotros? —intercaló Mimbro—. ¿Encontrasteis buen acomodo? ¿Nuestra gente se encuentra bien?

El de Arecorata alzó las cejas y suspiró un gesto de cansancio.

—¿Bien? No es la palabra que yo hubiera elegido, pero no estamos mal. Los principios no fueron fáciles. El territorio al que nos llevaron resultó ser una serrezuela agreste cubierta de un encinar en el que jamás había entrado el hacha ni el arado. Tampoco nos sorprendió: nadie esperaba que fueran a retirar su ganado de los mejores pastos para hacer sitio al nuestro. De modo que lo dimos por bueno y observamos todos los ritos que nos señalaron: sacrificamos una res, un cerdo y una cabra ante un betilo consagrado al señor Vaélico, allí donde el río que corre al pie de Ebora vierte sus aguas en el Tĕttare. Con su bendición erigimos dos verracos de piedra para señalar los límites de nuestro nuevo alfoz y declarar nuestra sujeción a las leyes de los vetones. Después nos

pusimos a trabajar: los hombres jóvenes fuimos a deslomarnos a las murallas de Ebora y todos los demás capaces de sostener un pico o un martillo lo hicieron para cortar piedra en las canteras y desarraigar árboles en el solar de nuestro nuevo hogar: Buntalobriga, la ciudad de Buntalos, como resolvimos llamarla. Ya veréis el resultado: cada vez que piso sus calles me desborda el orgullo; una ciudad hecha por las mujeres, niños y ancianos de nuestro pueblo.

Turibas calló abruptamente y paseó la mirada por el círculo de rostros que lo observaban, como si quisiera asegurarse de que todos veían ese orgullo reflejado en ella.

—Estoy seguro —dijo Gerión con gravedad—. Conocemos a nuestros ólcades: solo los doblega la voluntad de los dioses, y aún esa a duras penas, y siempre recuerdan quienes son. Quiénes somos.

—Sí —dijo Turibas, con un temblor en la voz—; eso hemos hecho los ólcades desde que llegamos a esta tierra: tratar de sobrevivir, trabajar para nuestros anfitriones y recordar. Recordar quiénes somos y quién nos ha arrebatado todo lo que fuimos.

Capítulo XXIV

PARTIERON en la segunda madrugada después de Samaín, con una bruma fría e inhóspita abatida sobre el mundo, entumeciendo a los jinetes en su abrazo. Una semana de actividad incesante era el tiempo de que habían dispuesto para convertir la caravana de los heliketas en un poblado que disimulaba su precariedad: una empalizada de troncos cortados delimitaba un extenso espacio de acampada en cuyo centro comenzaban a alzarse cabañas. La primera de ellas se había consagrado como santuario de Astarté en el transcurso de la larga noche de Samaín. Junto al recinto del asentamiento, un tosco murete de piedra servía de encerradero al ganado. En conjunto, lo imprescindible para crear una ilusoria sensación de protección. Con los fulgores empañados de las hogueras tratando de abrirse paso entre la niebla, el lugar produjo en Anglea un viscoso estremecimiento de desamparo cuando se giró sobre la grupa de *Caliza* para dejar atrás una última plegaria a la diosa.

Como era de esperar, Gerión se había resistido a que Anglea formara parte de la comitiva, pero la obstinación de él nunca había supuesto un obstáculo insuperable para la de ella. A ella le sorprendía, con una mezcla de resignación y ternura, esa insistencia suya de ponerla a salvo de los peligros que imaginaba; ¡como si no hubiesen constatado ya con holgura que más les valía hacer frente juntos a los tiempos trágicos que vivían!

Poco a poco una luz gris se afianzó en la bruma dibujando contornos en el amanecer y haciendo visibles en torno a ella las siluetas de sus compañeros: Turibas y Maenomaro encabezaban la marcha rumiando la pueril rivalidad que había brotado entre ellos desde que se conocieron; Gerión a su lado, compartiendo un silencio que ocupaba con sus propios pensamientos; Leitabaros y Mimbro cerrando la comitiva. Cuando por fin se impuso el día Anglea vio que el camino avanzaba entre afloramientos de roca pizarrosa, a los que una gasa de lluvia fina comenzaba a arrancar

reflejos metálicos, y dehesas de fresnos y encinas en las que se dejaban ver rebaños poco numerosos atendidos por pastores que se apresuraban a alejarlos del camino al hacer ellos acto de presencia.

A lo largo del día el paisaje perdió altura y relieve y ganó horizontes en los que no dejaron de vislumbrarse, difuminadas por veladuras de nubes bajas, oscuras sierras lejanas. Todo transmitía una sensación de vastedad que alumbró en el ánimo de Anglea una repentina conciencia de hallarse muy lejos de casa, más de lo que nunca había estado antes. Trató de deshacer su nudo de introspección haciendo comentarios livianos e intentos de conversación que no produjeron más que unas pocas frases de Gerión y alguna broma hueca de Maenomaro. El recuerdo de la noche de los muertos de Samaín y el haber dejado atrás a la multitud de los heliketas lastraban el corazón de todos.

Poco antes de que anocheciera llegaron al vado de Manliana, donde el Tagus se remansaba formando islas que parecían hechas enteramente de carrizos. Junto a la orilla había una torrecilla de piedra con un corral de ganado; cuatro guerreros salieron por el portón y cabalgaron a su encuentro sin titubeos, haciendo patente que esperaban su llegada. Tras apresuradas fórmulas de cortesía los vetones los condujeron a través de la corriente por una ruta tan bien elegida que mantuvo el vientre de los caballos por encima del caudal de agua oscura que se deslizaba bajo ellos, enroscando en las patas de los animales remolinos de espuma. En la ribera opuesta pasaron junto a una construcción similar a la anterior y tomaron un camino bien trillado que acompañaba el cauce del río aguas arriba, hacia un castro situado en un promontorio que obligaba al Tagus a trazar un ancho meandro a sus pies. «¡Manliana!», gritó uno de los jinetes vetones, como si pensase que hasta ese momento los heliketas no hubieran sabido adónde se dirigían. Anglea repitió el nombre para sí, admirando la posición de ventaja en que se encontraba el poblado, dominado los vados como un candado de roca.

El propio Angenos los recibió en la puerta de la muralla y se ufanó en mostrarles el lugar, formado por algunas docenas de casas de paredes enlucidas con barro alzadas sobre zócalos de piedra, y tejados inclinados a dos aguas armados con brazadas de carrizo. Las calles estaban bien trazadas e iluminadas por teas que un anciano

iba encendiendo por delante de ellos; la oscuridad caía ahora con rapidez, como si hubiera esperado a que se pusieran a resguardo para hacerlo. Algunos niños corretearon a su alrededor lanzando gritos que sonaban a burla o curiosidad, y no faltaron mujeres asomándose a las puertas, pero ello no le quitó del todo al castro, a ojos de Anglea, esa rigurosa destemplanza masculina propia de los campamentos militares. Manliana tenía el aire de los cruces de caminos que buscan los hombres de armas o de fortuna, menos propicios para fundar hogares que guarniciones.

Cenaron en una amplia dependencia de la casa de Angenos, situada en el punto más alto del cerro, después de sacrificar un cabrito al dios Toga en un pequeño santuario contiguo, cumpliendo de ese modo el voto de Maenomaro. Anglea cruzó con Gerión una mirada de sorpresa al comprobar que el altar tenía la misma forma de piel de buey que el colgante que él llevaba al cuello, dando testimonio de que la herencia de Tartessos había tomado más rutas que las imaginadas para expandirse por los rumbos de Ispania.

En la cena descubrieron que los vetones tenían costumbres no muy alejadas de las de los celtíberos: Angenos ocupó el lugar central de un banco corrido adosado a la pared más larga de la estancia y junto a él situó a los guerreros principales de Manliana, al lado derecho, y a los invitados, al izquierdo, según lo que él debió interpretar como su rango: Maenomaro en primer lugar, junto a él, y después Gerión, Turibas, Leitabaros y Mimbro, dejándola a ella en último lugar. No le resultó difícil adivinar la razón: las otras únicas mujeres presentes en la sala eran las que se ocupaban del asado que chisporroteaba sobre el hogar ante ellos, sirviéndolo en llamativos platos decorados con cenefas de líneas paralelas y círculos concéntricos.

Comieron carne de jabalí, tortas de harina de bellota endulzada con miel, queso y un guiso de habas. En todos los casos siguieron la misma rutina: Angenos comía lo que le placía y después pasaba los platos para que fueran vaciándose en su camino hacia los extremos del banco. Bebieron primero una kelia semejante a la de los ólcades y después vino aguado muy agrio. Poco a poco Angenos fue abandonándose a un buen humor fanfarrón y estrepitoso, contando historias de correrías guerreras y lances procaces que hacían a los suyos reír a carcajadas y que terminaron por contagiar también a

los heliketas, ayudando a dar por zanjada la desconfianza casi hostil que había presidido su primer encuentro. El tiempo transcurrió y, uno tras otro, los comensales fueron quedándose dormidos en el propio banco o tendidos en el suelo, hasta que tan solo Anglea permaneció despierta, escuchando los ronquidos ebrios de los hombres y dejándose mecer por las iridiscencias palpitantes de las ascuas a punto de extinguirse. Cuando todos los demás duermen la soledad sugiere descubrimientos que siempre eluden a quien los persigue.

Necesitaron después dos jornadas a buen paso para recorrer una dilatada llanura en la que se alternaban campos de cultivo, ahora desnudos de invierno, con dehesas de encinas en las que pacían rebaños vigilados por verracos de granito situados en las encrucijadas y los altozanos. No dejó de llover ni un momento: el cielo era una masa gris en la que fugazmente se abrían, aquí y allá, espacios de luz dorada que daban forma a nubes enroscándose hacia lo alto.

Durante el segundo día, poco a poco, en el horizonte de septentrión se fue alzando un frente de montañas entrevistas tras una niebla traslúcida. «El río Tĕttare», dijo Angenos cuando ya cerca del atardecer descrestaron un collado entre peñascos salpicados de pinos y vieron ante ellos una franja de verdor cruzando el paisaje, semejando una criatura cuya respiración se confundiese con el rumor de la lluvia. «¿Veis allí?», añadió Turibas señalando una sucesión de colinas que se extendía hacia poniente a mitad de camino entre ellos y el río, a una distancia de media legua. «Allí está Buntalobriga. Llegaremos antes de una hora».

Anglea sintió crecer en ella una trepidación a medida que se acercaban al lugar, cabalgando por una senda sobre la que se abatía la anochecida. No tardaron en ver huellas de los ólcades: árboles talados, campos recién arados, un rebaño haciendo sonar sus esquilas a lo lejos, camino de los encerraderos; algunas mujeres cargadas de leña que se alejaron al sentir la llegada de los caballos, haciéndoles recordar que se trataba de un tiempo en que rara vez los caminos eran portadores de buen agüero.

La noticia de su llegada los precedió y, poco después de que el poblado se hiciera visible sobre un otero de poca altura, sin otra protección que una empalizada de troncos hincados en el suelo en

las zonas más expuestas, un numeroso grupo de jinetes salió a su encuentro. Al frente de ellos iba un hombre grande con una barba que se le derramaba por el pecho y la melena recogida en trenzas ceñidas con anillos de plata.

A Anglea le dio un vuelco al corazón al reconocerlo: era Tesindro, hermano de Larima, la madre de Gerión. Nadie como él y su esposa Ulcatas habían hecho de los ólcades de Cirmo una segunda familia para ella cuando el destino de Hélike pendía de un hilo. Tesindro, cuyo buen humor ante la adversidad le había enseñado que nada hay a los ojos de los dioses menos grato que la espantosa seriedad de quienes solo saben entender la vida como un viento helado del que intentar protegerse… infructuosamente. El ólcade saltó del caballo al suelo gritando sus nombres al llegar a su altura.

—¡Gerión, Mimbro! ¡Por las pelotas de Cosus que acabáis de hacer de mí un anciano feliz! ¡Ya iba siendo hora de que volvierais a casa! —Tesindro se volvió hacia Anglea y separó los brazos invitándola a un abrazo—. Y tú, Anglea, mi niña, ¿cómo te has hecho esperar tanto? Mírate: estás hecha una mujer para robar el aliento. Espera a que te vea mi Ulcatas…

Un impulso de regocijo embargó a Anglea. Puso pie a tierra, se acercó a Tesindro y aceptó su abrazo. En el calor de su pecho respiró todo lo que les había deparado la vida desde que se vieron por primera vez en el camino de Cirmo, cuando los cartagineses acababan de teñir de sangre el horizonte, cuando aún no sabían que nada volvería a ser como antes. Respiró en el olor de él los asedios, las batallas, la muerte, la esperanza, el desconsuelo, el coraje, el juego de pérdidas y hallazgos que parece no terminar nunca. Sobre todo ello respiró la risa incondicional, el amor incondicional. El cimiento sobre el que una mujer o un hombre se ponen en pie para hacer frente con dignidad a todos los azares de la vida.

La diosa le susurró al oído unas palabras. Un instante después las reconoció: las había pronunciado Gerión cuando veían avanzar a sus pies el éxodo de los oretanos, cerca de Ispino.

«Mientras conserves la vida y a los tuyos ningún exilio es para siempre; la patria no está donde yazcan tus antepasados, sino donde vivan aquellos a quienes amas».

Se deshizo con reticencia del abrazo de Tesindro y miró a lo

lejos. En lo alto de los montes vetones la nieve reflejaba los fulgores violáceos de la última luz del atardecer. Al sur, en el horizonte ya invisible del Tagus, sus heliketas se reunían alrededor de las hogueras esperando su regreso.

Comprendió que habían llegado.

Aquella era ahora su patria.

Capítulo XXV

ERA uno de sus momentos predilectos del día: las doncellas revoloteaban a su alrededor ocupándose de devolver a su apariencia toda la majestad que reclamaba, aplicándole ungüentos y afeites, utilizando barras y pinzas de hierro caliente para moldearle el pelo, descubriéndole una variedad infinita de pastas, pinceles, tintes y perfumes. Mientras, ella dejaba que volaran sus pensamientos, repasando una y otra vez los sucesos que iban ocupando su estancia en aquel lugar. Recordaba unas conversaciones e imaginaba otras, se dejaba estremecer por el regocijo de quien encuentra cada día sorpresas a la altura de su curiosidad, jugaba a trazarle caminos al futuro en los que disputaban los muchos rostros de su personalidad: su contenida sobriedad, la determinación de no verse sometida por nadie, su vanidad disimulada tras una máscara de ironía, la ambición como consecuencia inevitable de saberse favorecida por la diosa.

Sin embargo, aquel día todo estaba rodeado de una atmósfera de excitación que hacía brillar los ojos de las doncellas y a ella le hacía sentir que el corazón le había roto a hervir dentro del pecho. Ahora, una vez que Bileston y Kibašin habían terminado de aplicarle por todo el cuerpo aceite de almendra, el más apto para fijar los aromas, Elena extendía frente a ella un sinnúmero de pequeños recipientes: aríbalos de vidrio, anforiscos y alabastros conteniendo perfumes llegados de todos los rincones del mar de Levante…

Repitió las palabras para sí: ¡el mar de Levante, qué maravilla! Seguía sin acostumbrarse a su hermosura; no había día en que no despertara impaciente por verlo inundando el horizonte de infinitas tonalidades de azul, verde, dorado, rosa, gris… Ansiaba salir a conocerlo, a descubrir tantas ciudades fabulosas: Cartago, Alejandría, Pérgamo, Atenas… Y, por qué no, la propia Roma. Cada vela que entraba en la bahía era un interrogante y una promesa: ¿de dónde venía?, ¿cuál era su propósito?, ¿conocería ella algún día el muelle lejano del que había partido?

En el aire de la estancia se extendió una fragancia dulce y plena de matices sensuales que reconoció al instante: lirio de Corinto. Era una de sus favoritas: desde que Aníbal se la regalara a su llegada a Qart Hadasht no había dejado de usarla. Elena se la aplicó en los tobillos antes de calzarle los escarpines rojos. Después llegó el turno de humedecer las muñecas y los antebrazos con azafrán de Egina, para cubrirlos después con la colección de pulseras y brazaletes de plata que Imilce había recibido de su madre como ella los había recibido de la suya. Por último, Elena le aplicó detrás de los lóbulos de las orejas sendas gotas de un bálsamo que la envolvió en una nube invisible con olor a miel.

—Es nardo de Laodicea, señora —dijo la doncella con su voz profunda de acentos griegos—, pensé que os gustaría en un día como hoy. Se le atribuyen propiedades… digamos que propiciatorias.

Imilce disfrutaba escuchando a Elena. Le encantaba cómo sonaba en sus labios la lengua del Sur. Le hacía pensar en los dioses y las leyendas heroicas de que tanto había oído hablar a los sacerdotes de Cástulo. Tendría que aplicarse a aprender la lengua griega. Una de las muchas cosas que admiraba de Aníbal era cómo había llegado a dominarla; ¡si hasta había comenzado a redactar en ella tratados de la historia de Cartago! A menudo él hablaba en griego con Sósilo y ella disfrutaba escuchando el ritmo de las palabras largas y melódicas, con sus vocales limpias y las sílabas tamborileando como caballos al trote.

—Elena, cuando pase el día de hoy te pediré que me enseñes tu idioma.

—Nunca podré enseñarle nada a mi señora, pero intentaré complacerla con la mayor humildad.

Era una joya Elena, sencilla y elegante, sofisticada sin necesidad de hacer gala de ello; a su lado Bileston y Kibašin parecían campesinas toscas e ignorantes. En realidad, es lo que eran. Ella misma temía a menudo dar impresión de simpleza o rusticidad, y observaba con detenimiento la conducta de Elena para ir refinando sus modales. Según le había dicho Aníbal cuando se la regaló, la doncella procedía de Megara y había servido a Sofonisba hasta su desdichada muerte, pasando después al servicio de Salambua, la hermana mayor de Aníbal, hasta que este la reclamó para la nueva

señora de Qart Hadasht. Desde entonces había comenzado a hacerse imprescindible, ayudando a Imilce a manejarse en el complejo entramado de costumbres y relaciones sobre el que se sustentaba la vida del palacio y, extendida a sus pies, la de toda la ciudad. La doncella, no obstante, parecía guardar siempre un fondo de elusión, esquivando o dando respuestas ambiguas a las preguntas de su señora, de un modo que le hacía intuir a Imilce que iba más allá de la discreción. La megarense tenía un aire sacerdotal, como si fuera depositaria de saberes secretos.

—¿Querrá ponerse en pie la señora? —preguntó Elena.

Imilce lo hizo y extendió los brazos en cruz, ofreciendo a las doncellas su cuerpo delgado, brillante por el aceite. Primero la vistieron con una túnica de algodón muy fino, casi transparente, que se le adhirió al contorno del cuerpo como una segunda piel. Sobre ella dispusieron una toga más pesada, hecha de lino y con remates de color rojo en las mangas y el cuello. Por último, la cubrieron con un manto de lana de anchos pliegues, adornado con cenefas ajedrezadas y ceñido al hombro con una fíbula de oro representando una esfinge alada. Eran las tres prendas que representaban los niveles de la pureza de las novias íberas que se ofrecían a sus maridos y, con ellos, a la diosa.

Se miró con satisfacción en el espejo de bronce bruñido y no pudo evitar desviar la vista al rincón de la estancia donde, sobre un armazón, como un cuerpo deshabitado, guardaba silencio el soberbio manto brillante de color púrpura que había descartado. La prenda tenía un aire regio indiscutible. Precisamente por ello había insistido tanto el Rab Kohanim en que lo vistiera para la ceremonia: en un día como aquel era importante que los íberos la vieran como su reina, había dicho Zekárbal una y otra vez. Eso haría crecer la lealtad en sus corazones. Aníbal, sin embargo, se había opuesto, empeñado siempre en evitar cualquier sugerencia monárquica a su alrededor. Finalmente fue ella quien tomó la decisión: «Los íberos me verán como su reina si visto como una íbera», había dicho solemne y altiva, «la púrpura de Tiro más parece aquí un disfraz que un título de autoridad». Sonrió al recordar el episodio.

Se sentó de nuevo y dejó que las dos muchachas de Cástulo le colocaran los collares y se ocuparan de su pelo mientras pensaba en el sacerdote. El tal Zekárbal le desagradaba en extremo. Su poder en

el palacio y la ciudad era omnímodo, y desde el primer momento en que se vieron, más allá de la cortesía untuosa y la aparente sumisión que el hombre le mostraba, había dejado claro que eran sus designios los que la habían traído hasta allí, y que su misión no era otra que llevar a efecto los planes trazados por él. Por supuesto, Imilce no estaba dispuesta a ello. El sacerdote era astuto y sutil, pero ella no lo era menos, y aunque en la superficie la relación entre ellos era de una aséptica pulcritud, subterráneamente no había dejado de crecer un juego de rivalidad y equilibrios en que cada uno trataba de ganar ventaja.

—Ya está, señora —dijo Kibašin, sosteniendo de nuevo el espejo ante ella.

Se demoró observando el tocado nupcial: las trenzas enroscadas en rodetes solares que enmarcaban su rostro, la mantilla del color de la sangre envolviendo el moño, la diadema de oro, la cofia más atrás. El conjunto era de una majestuosidad incomparable.

—Está perfecto —dijo—. Será grato a los ojos de la diosa, y espero que a los de Aníbal.

Vio en el espejo cómo sus doncellas oretanas cruzaban sonrisas satisfechas en las que no faltó un atisbo de picardía. Ella se esforzó en mantener su actitud de plácida benevolencia, disimulando la turbación que le producía imaginar a Aníbal como esposo. Separó los labios para que Elena comenzara a pintárselos minuciosamente con una pasta de color azul brillante que le insinuó un sabor mineral en las comisuras. Sin duda Aníbal era un hombre singular, a menudo incluso contradictorio, como una moneda que llevara la audacia en una cara y la prudencia en la otra, girando ambas siempre juntas en el aire, sin que nadie supiera cuál se impondría en cada tirada. El Bárquida era como una balanza oscilando en una perpetua búsqueda del equilibrio. Tras esas semanas de convivencia, Imilce había comprendido que el fulcro de la balanza era el temor reverencial que a Aníbal le inspiraban los dioses, su voluntad de complacerlos, su atención a los augurios con que se expresan. Por eso no había querido yacer con ella antes de la ceremonia; solo lo haría cuando la diosa los bendijera, le había dicho, y ello había hecho crecer el deseo en Imilce… el deseo y la curiosidad. Sintió un estremecimiento al recordar que ese mismo día podría satisfacer ambos.

Sin embargo, la demora de la ceremonia le había dado otras razones para la impaciencia primero y después para la preocupación. La principal era Titayú. Desde que llegara Imice a palacio como próxima esposa de Aníbal, la mastiena no había escatimado esfuerzos para granjearse su estima. En todo momento se había mostrado solícita y amigable, dispuesta a brindar y recibir confianza, como si su común condición de princesas íberas en un palacio Bárquida las hiciera cómplices de una misma suerte. Al comienzo Imilce había aceptado de buen grado la disposición de la viuda de Asdrúbal y su compañía le había resultado reconfortante en los primeros días de soledad, cuando Aníbal tenía innumerables asuntos del gobierno de sus territorios que atender tras la larga ausencia y la desatendía la mayor parte de la jornada.

No tardó en intuir que la actitud de Titayú servía a sus propios propósitos, del mismo modo que lo hacía la empalagosa prontitud del Rab Kohanim. Si este buscaba servirse a través de ella de la legitimidad aristocrática de Cástulo, lo que Titayú intentaba procurarse era protección. Para ella misma y, sobre todo, para el pequeño Asdrúbal, que había superado el medio año de vida y llamaba cada vez más la atención de todos, en especial la de Aníbal. Eso era algo que comenzaba a disgustar sobremanera a Imilce. Y, aunque discreparan en muchas otras cosas, era obvio que en esto estaba de acuerdo con Zekárbal. El sacerdote no hacía ningún esfuerzo por disimular que consideraba al bastardo, como él lo llamaba, un estorbo. O peor aún, una amenaza.

Elena se inclinó ante ella con un pequeño cuenco de alabastro que contenía un aceite muy denso de color negro. Mojó en él un pincel y lo acercó al rostro de Imilce. Ella cerró los ojos y notó en el párpado su caricia viscosa. Un nuevo perfume vino a superponerse a los demás.

—¿Qué es, Elena? No conozco ese afeite.

—Es hollín de Tiro, señora, no hay otro igual. Lo hacen con huesos de dátil, varas de nardo y pétalos de rosas… será solo un momento… Ya está, señora, podéis abrir los ojos. Hemos terminado.

Imilce se puso en pie y se miró. Quedó sobrecogida. En el semblante que vio reflejado en el metal bruñido palpitaba una belleza casi sacrílega, como si contuviera un espíritu menos humano que el suyo. Apartó el espejo y se dejó contemplar por las doncellas.

Estas la admiraron atónitas, sin saber qué decir, hasta que siguiendo un impulso unánime se arrodillaron ante ella. Imilce dejó que el instante se prolongara, percibiendo a su alrededor la presencia de Betatun, esperando que la diosa dictara el siguiente acto de aquel ritual desconocido.

Entonces, nítido y estridente en la primera mañana del invierno, sonó un cuerno.

—¡Por las barbas de Melqart que ha transcurrido sobradamente el tiempo! —protestó Aníbal—. ¡Id a ver qué ocurre; Zekárbal debe haberse dormido!

—¡Zekárbal dormido! —contestó su hermano Asdrúbal, con tono de chanza—, ¡eso es imposible, es sabido que nuestro Rab Kohanim nunca duerme! Sospecho, hermano, que estás más nervioso de lo que quieres admitir. ¡Esa íbera te ha sorbido los sesos!

Aníbal rio con los demás, disfrutando del momento de camaradería masculina mientras esperaban la segunda llamada de la diosa. La primera, dirigida a Imilce, había tenido lugar hacía lo que parecía un tiempo demasiado prolongado, y la impaciencia se le agitaba en el pecho como una culebra. La larga demora de la ceremonia le había ido fermentando dentro y ahora no podía evitar ni un instante más su desbordamiento. ¡Una luna y media esperando poder consumar su unión con Imilce, resistiendo cada noche la tentación de acudir a su alcoba! Pero así eran las cosas para él: ni estaba dispuesto a hacer votos nupciales en una época tan nefanda como las Vísperas de los Muertos ni podía correr el riesgo de concebir a un heredero sin haber contado antes con la bendición de los dioses.

—¡Por la gracia de Tanit! —comenzó a gritar de nuevo, y al punto un gemido de cuerno lo interrumpió con brusquedad.

—¡Ahí está, hermano! —exclamó Asdrúbal, dándole una palmada en la espalda—, ¡la hora de la verdad!

—Vamos —respondió Aníbal con una repentina gravedad— y basta de bromas. Esta es una ocasión seria. Espero que sepáis mantener la compostura.

El Bárquida se puso el yelmo, inconfundible con su triple crinera roja, e hizo una señal a los guardias para que abrieran las puertas. Cruzó el vestíbulo, salió al exterior y se detuvo un instante en lo alto de la escalinata. La mañana era soleada, pero soplaba desde el

mar una brisa que traía hasta ellos el rumor ajetreado y el olor a humo y pescado de la ciudad. Sendas filas de Guardias Bárquidas con capas de color púrpura escoltaban el camino que había de recorrer hasta el templo de Atargatis, visible al otro lado del extenso patio de armas. Una columna de humo blanco se alzaba del edificio. Frente a él se alineaban con sus características túnicas azules los sacerdotes de Atargatis, dejando en un segundo plano a las doncellas de Imilce. No se veía rastro de ella.

Al pie de la escalinata lo esperaba Zekárbal vestido enteramente de negro, con la cabeza cubierta por un pañuelo traslúcido del mismo color y las manos ocultas bajo la túnica. Aníbal reprimió un escalofrío: el sacerdote parecía en verdad un *neshef*, el alma errante que debía acompañarlo para hacerse cargo de la vida que él dejaría atrás.

Aníbal bajó los peldaños de mármol seguido por su séquito de acompañantes, todos ellos ataviados con sus mejores galas militares, dispuestos de dos en dos de acuerdo a su rango. Primero iban sus hermanos Asdrúbal y Magón, seguidos por su cuñado Naravas y Mahárbal, el comandante de la caballería. Tras ellos iban los restantes altos oficiales del ejército: Gimialcón e Himilcón, Adhérbal y Magón el Samnita. La comitiva la cerraban los dos hermanos de Siracusa, Epiclides e Hipócrates, este último recién regresado de Curris, habiendo recuperado a duras penas el favor de Aníbal tras la vergonzante derrota sufrida a manos de los oretanos de Hélike en los altos del Ayna.

El Bárquida evitó mirar a Zekárbal cuando se situó junto a él. Avanzó después respondiendo con sonrisas e inclinaciones de cabeza a los votos y parabienes que recibía de los invitados a la ceremonia. Entre ellos vio a Quelbes de Baria y a Icloken de Acci rodeados de los hombres de prestigio de sus ciudades, y poco después a Etesike de Tugia entre un grupo de sacerdotes de Neitin. Reconoció también a numerosos príncipes que declararon su lealtad a Asdrúbal en la isla de Melqart el año anterior, destacando entre todos ellos el Edecón de Edeta con un gran séquito. Junto a ellos había otros jefes íberos que no conocía y pensó que debería continuar sus recorridos para familiarizarse con el territorio y obtener lealtades, del mismo modo que lo había hecho por tierras de oretanos y bastetanos. Con todo, tendría que esperar a que

concluyera la campaña hacia el interior que había comenzado a preparar para la primavera; esa era ahora la prioridad que reclamaba toda su atención. Eso e Imilce, por supuesto.

Llevó la mirada hasta el templo donde ella lo esperaba y trajo a sus labios una salmodia de oraciones y peticiones de bienaventuranza tanto a Tanit, la diosa tutelar de la familia, como a Atargatis, cuyo aliento sagrado contenía también los de Astarté, Isis e Ishtar, simbolizando a la Gran Diosa protectora de la fertilidad y la vida. Consagrar a Atargatis el templo del palacio había sido, cómo no, un empeño del Rab Kohanim, pretendiendo ofrecer de ese modo a las heterogéneas gentes del dominio Bárquida una divinidad que todos pudieran compartir. Y, aunque Aníbal no había dejado de sentir algún reparo, la facilidad con que Imilce había identificado a Atargatis con su propia Betatun le hizo pensar que el propósito del sacerdote no había sido errado.

Imaginó a Imilce en el interior del templo en ese instante, purificándose frente al betilo de la diosa, y se encontró contando los pasos que lo llevaban hasta la pequeña puerta orientada a levante, flanqueada por dos pequeñas columnas. A un lado y otro se congregaban, junto a los sacerdotes de Atargatis y las doncellas de Imilce, las personas de mayor alcurnia. Allí estaba su hermana Salambua con los tres niños, morenos y espigados como su padre Naravas, y Mucro de Cástulo, el padre de Imilce. Vio también a Bitón de Siracusa y Sósilo, su antiguo preceptor, sonriéndolo con aire travieso, junto a altos funcionarios del palacio: el intendente Shebarim, Eteocles el médico y Malión, todopoderoso secretario del Rab Kohanim. Algo separada de todos ellos estaba Titayú, la viuda de Asdrúbal, y al cruzarse sus miradas los labios de ella, pintados de negro, formaron palabras que él no supo entender y que le dejaron una leve huella de inquietud.

No tuvo ocasión, sin embargo, de acercarse a ella. Tan pronto como se aproximó al templo se vio rodeado por los sacerdotes, que formaron un círculo de túnicas azules del que excluyeron a todos sus acompañantes excepto al Rab Kohanim, cuyos ropajes negros ponían un contrapunto de oscuridad a la luz del sol y al colorido festivo de la escena. Uno de los sacerdotes tocó un cuerno. Se hizo un silencio expectante, con todas las miradas puestas en la puerta. Un instante después esta se abrió y una nueva figura vestida de azul

apareció en el umbral; llevaba el rostro cubierto por un velo ceñido con una tiara de plata y sostenía en la mano un báculo del mismo metal. Era Gerashtart, Alto Sacerdote de Atargatis, fiel servidor de la Casa Bárquida y hombre de confianza de Zekárbal. En realidad, holgaba decirlo, jamás habría alcanzado esa posición de no serlo. Aníbal lo saludó inclinando la cabeza con un respeto bajo el que latió un filo de irritación; cada día se sentía más enredado en las maquinaciones de Zekárbal.

El sacerdote gritó las palabras rituales con una voz poderosa de timbre metálico que inundó el aire.

—¡Aníbal de Cartago! ¿A qué vienes?

Aníbal se puso de rodillas y fue imitado por todos los presentes, en un movimiento que se extendió por el patio de armas como una ola.

—¡Vengo a rogar a Atargatis que me dé su bendición! —respondió Aníbal, quitándose el yelmo y dejándolo en el suelo ante él— ¡y que me entregue como esposa a Imilce de Cástulo si le soy grato!

—¿Qué le entregarás a la diosa a cambio?

Aníbal se giró hacia Zekárbal. Este abrió su manto e hizo aparecer un gallo en sus manos. El animal tenía el pico atado y miraba a su alrededor con ojos desesperados; la cresta era una mancha de color rojo brillante que se agitaba como si tuviera vida propia. Aníbal tomó el gallo y lo tendió hacia el sacerdote de Atargatis.

—Le entrego esta criatura y con ella el aliento que me mantiene vivo.

Gerashtart lo recibió con un asentimiento, dio un paso atrás y desapareció en el interior del templo, dejando tras él una vasta expectación. Cuando regresó, instantes después, lo hizo con el rostro descubierto, separando los labios en una mueca que dejaba entrever una exigua hilera de dientes amarillos.

—¡Tu sacrificio le será grato a la diosa! —gritó, mientras se echaba a un lado invitándolo a entrar—. ¡Ella y tu esposa te aguardan!

Aníbal se puso en pie, acompañado por un clamor de vítores que quedó atrás cuando ascendió los tres escalones y entró en el templo. La puerta se cerró tras él; la penumbra lo cegó al punto y tuvo la

abrumadora sensación de haber vivido aquella escena con anterioridad: la estancia en sombras, el encuentro inminente con Imilce, la trepidación de la cercanía de la diosa… «El santuario de Betatun en Auringis», recordó. Le pareció atisbar entonces la esencia mágica del mundo como una máscara siempre cambiante superpuesta al semblante inalterable de los dioses. Un humo espeso le golpeó el rostro e inundó sus pulmones: olía a sal e incienso, a algas descomponiéndose en la orilla, a piedra húmeda, al tomillo amargo de los páramos. Supo que si seguía respirando aquel perfume sería conducido a algún lugar donde su voluntad quedaría en suspenso. Sintió que la cabeza le daba vueltas y cerró los ojos durante un pálpito de su corazón agitado.

Al abrirlos de nuevo la luz pálida de un velón iluminaba el recinto. Frente a él se erguía el betilo de la diosa, una columna de piedra pulida que reflejaba la llama con un oleaje de brillos agitándose en ella.

A su lado estaba Imilce.

Aníbal abrió la boca en una muda exclamación de sobrecogimiento. Su rostro era bello de un modo ajeno a la naturaleza de las mujeres mortales: la tez traslúcida, los labios como húmedas joyas azules, los ojos ardiendo en abismos inalcanzables. Sostenía el gallo en sus manos. Lo llamó pronunciando su nombre, haciéndolo sonar con la sencillez inapelable de las palabras que entrañan verdades por descubrir inscritas en sus sílabas.

—Aníbal.

Él trató de responder, pero no supo si las palabras que se formaban en su mente llegaban a cruzar sus labios. Las imágenes comenzaron a temblar ante él: Imilce y Atargatis bailaban en la luz dorada, haciéndose indistinguibles una de otra. Lo tomaron de la mano y lo condujeron hasta un pequeño patio contiguo, donde la luz del sol se había convertido en un velo de vapor.

Más tarde, muchas veces, trató de recordar lo sucedido, pero a partir de aquel instante la memoria le quedó convertida en una hoguera de llamaradas efímeras que nunca ofrecían el mismo aspecto, hasta no ser capaz de distinguir lo vivido de lo imaginado. Tal vez, o tal vez no, hubiera en el patio un estanque en el que la diosa, Betatun o Atargatis, o las dos al mismo tiempo, se les

presentaran, a Imilce y a él, con la forma de un pez sagrado nadando en círculos infinitos como el transcurso del tiempo. Tal vez, o tal vez no, Gerashtart los condujera ante un altar en el que sacrificaron el gallo cortando su cabeza con un cuchillo de plata, arrojándola después al estanque como tributo.

Tal vez, o tal vez no, regresaran después ante el betilo y consumaran su unión entregándose el uno al otro de un modo absoluto, inefable, irreversible, como si solo ellos existieran en el mundo, como si no hubiera otra realidad más allá del contorno incandescente de sus cuerpos, de su carne hendida, del aliento y la sangre envolviéndolos en una danza de la que habían desaparecido todos los caminos de retorno…

Capítulo XXVI

COMO a todos, el tiempo de espera se convirtió para Sósilo en un paréntesis de impaciencia. La expectación iba y venía sobre la multitud vibrando en un sinnúmero de conversaciones en voz baja. ¿Qué estaría ocurriendo dentro del templo? Aunque había intentado hacer alguna averiguación sobre los rituales nupciales de Atargatis, nadie había sabido o querido sacarle de dudas, ni siquiera Betukine. El de Auringis le había dicho con acritud que esos cultos levantinos eran también nuevos para él. De modo que Sósilo se entretuvo paseando la atención por quienes lo acompañaban. Esa mañana el patio de armas del palacio era una escenificación irrepetible del teatro del poder en Qart Hadasht.

Ninguna figura le era tan interesante como la del Rab Kohanim. Tan interesante y, al mismo tiempo, tan desagradable. Con su vestimenta mortuoria asemejaba una especie de Caronte púnico; más parecía que hubiera conducido a Aníbal al Hades que al matrimonio. Movía despacio la cabeza de un lado a otro, observándolo todo, pero protegido por el velo que impedía a los demás saber con exactitud dónde fijaba su mirada. Sin duda estaba disfrutando con todo aquello: en gran medida la exhibición de majestad de que estaban siendo testigos era obra suya. Claro que no era para menos; no todos los días se casa un general cartaginés con una princesa íbera. El matrimonio del difunto Asdrúbal y Titayú fue un precedente como para no pasar por alto, pero, por los relatos que llegaron hasta Gadir, en aquel entonces hubo una suerte de pudorosa contención. Sofonisba aún vivía y muchos con ella consideraban el enlace como una afrenta a la familia Bárquida; no era cuestión de avivar las ascuas del descontento con un exceso de boato.

En esta ocasión era todo lo contrario: la moderación era innecesaria; más aún, indeseada. Las dudas iniciales de Aníbal, por su cautela de evitar cualquier sugerencia de apetencias monárquicas, habían sido contrarrestadas por las razones

combinadas del Rab Kohanim y de la propia Imilce. Por cierto, pensó Sósilo sonriendo para sí, que la relación entre los dos era bien contradictoria. La rivalidad y desconfianza que se profesaban eran cada vez más acusadas —bajo un velo de cortesía que encubría el más exquisito ejercicio de cinismo— pero toda diferencia quedaba en suspenso ante las inapelables exigencias del poder. Así había sido en este caso: el esplendor de la ocasión debía estar a la altura del impacto que aspiraba a producir entre los íberos. «Y por el Padre Zeus que lo está produciendo», se dijo.

En ese momento se abrieron las puertas del templo y salieron Aníbal e Imilce tan radiantes de júbilo, juventud y belleza que la multitud enmudeció de admiración. Sósilo tuvo la certidumbre de estar viviendo un momento memorable, uno de esos que sirven para señalar, como miliarios romanos, los grandes hitos de los asuntos de los hombres. Trató de observar cada detalle, sintiendo de pronto la responsabilidad de tener que ser precisamente él quien dejara registrados para el porvenir aquellos sucesos extraordinarios.

Bajo la atenta mirada de Imilce, Aníbal se aproximó al Rab Kohanim y le entregó el gallo sacrificado. Esa fue la señal para que los sacerdotes comenzaran a tocar sus instrumentos y un clamor de alborozo se alzara en el patio del palacio. Poco después, un eco respondió desde la ciudad, subiendo de tono hasta convertirse en un estruendo.

Desde el palacio, por el espacio flanqueado por la Guardia Bárquida, se aproximó el carruaje ceremonial, tirado por seis bueyes sin mácula enjaezados con oro y con los cuernos pintados de rojo, al antiguo estilo de Tartessos. En su plataforma, uno junto a otro, estaban los tronos de los esposos, revestidos de plata. Cuando Aníbal e Imilce tomaron posesión de ellos y dio comienzo la comitiva nupcial, el regocijo de la multitud se convirtió en un delirio que ya no dejó de acompañarla.

Sósilo comprobó que todo seguía un orden riguroso. Iban primero los heraldos anunciando el enlace y la genealogía y méritos de los esposos en lengua púnica e íbera, con tal énfasis que parecía que los ofrecían en venta, pensó con irreverencia. Los seguían los sacerdotes de los Cinco Templos de Qart Hadasht, encabezados por Zekárbal y Gerashtart, cada cual con sus túnicas, instrumentos musicales y sahumerios característicos. Tras ellos iban Aníbal e

Imilce sentados en sus tronos, saludando a diestra y siniestra con una combinación de gracia y majestad que provocaba en el gentío como respuesta un griterío incesante y una lluvia de pétalos de flores.

A continuación, desfilaban sus familiares con Asdrúbal Barca y Mucro de Cástulo, hombro con hombro, a la cabeza. Después los altos oficiales del ejército y funcionarios —el propio Sósilo entre ellos—, y los príncipes de los pueblos aliados, cada uno de ellos acompañado por su portaestandarte. Completaban la marcha los maestres de los oficios libres de la ciudad: un sinnúmero de ricos comerciantes, orfebres y armeros, armadores, tratantes de esclavos, sederos y prestamistas, tejedores de esparto y artífices de salazones, herreros, caldereros y muchos otros que Sósilo no supo identificar, todos ellos radiantes de orgullo por poder acompañar a sus señores en tal día. En conjunto la comitiva debía tener una longitud crcana al millar de pasos, y toda ella estaba flanqueada por soldados de la Guardia Bárquida, con sus yelmos broncíneos y capas rojas. Un espectáculo extraordinario.

El griterío de la muchedumbre se mantuvo incesante durante todo el recorrido por las calles, plazas y templos de Qart Hadasht, como si procediera de una inmensa criatura, y la imaginación de Sósilo reparó en cuán singulares son los seres humanos. Tomados de uno en uno parecen habitar esferas tan dispares que cuando se aproximan unos a otros lo hacen envueltos en cautela y desconfianza. Pero reunidos en gran número algún genio produce la coalescencia de la multiplicidad de espíritus en uno solo que crece y se agita como un organismo. Cada individuo deja de serlo para convertirse en una porción que respira, grita y siente con el resto del enjambre.

Por último, antes de regresar al patio de armas del palacio, la comitiva salió a los muelles del puerto militar para recibir el homenaje de la flota de guerra. Si todo lo anterior había sido de una brillantez sin parangón, aquello tuvo, además, a ojos de Sósilo, la elegancia sobria y algo melancólica que contagia el mar. Eran dignas de admiración las pénteras de la armada, sacadas de su letargo invernal y engalanadas con oriflamas radiantes y velas recién teñidas, con amuras cubiertas de escudos y las tripulaciones formadas en las cubiertas. Cuando, con los ojos de Melqart

extendiendo desde las proas sus miradas inexorables sobre el mundo, iban alzando sus remos al cielo opaco de la primera hora de la tarde al pasar frente a ellas su comandante, se hizo un silencio que tardaría mucho tiempo en disiparse de los corazones que se abrieron a él.

La tradición púnica reservaba para el día siguiente las ceremonias de lealtad y homenaje. Para ello se había dispuesto a los pies de la escalinata del palacio un estrado reproduciendo la sala del trono, con sus columnas de mármol enmarcadas entre sendas estatuas de Melqart y Baal Hammón. Los invitados a las nupcias ocupaban el patio de armas, llamados a ser testigos de nuevo del esplendor de los Bárquidas y a contribuir, según observó Sósilo con sorna, a acrecentarlo con sus peculios. El espartano buscó la compañía de los oficiales de Aníbal, que ocupaban uno de los laterales del estrado. Los hombres de armas estaban satisfechos. La tarde anterior, al concluir la comitiva nupcial, Aníbal había dado licencia a las tropas, enviándolas a casa con una paga en el zurrón costeada por él mismo.

Cuando el sol se situó sobre el cénit del mediodía hicieron su aparición Aníbal e Imilce. A Sósilo le pareció que estaban poseídos aún por su estado de gracia, ungidos por los dioses, reverenciados por los hombres, espléndidos, ingrávidos, invulnerables.

—Nuestro Aníbal parece más feliz que nunca —dijo—. Por Zeus que ha encontrado una mujer a su medida.

Hipócrates rio a su lado.

—Una mujer a la medida de Aníbal… Preparémonos entonces. Si ya nos costaba seguir su paso, veamos qué ocurre ahora que no tiene dos pies, sino cuatro.

—Chissst —dijo Epiclides—. Ya empieza. ¡Mirad, son Asdrúbal y Magón!

En efecto, los primeros en rendir a los esposos la muestra de su vasallaje fueron los hermanos del Bárquida. Ambos se situaron frente al estrado y doblaron ante su hermano y su nueva esposa una rodilla en señal de sumisión.

—¡Nuestro señor Aníbal! —exclamó Asdrúbal— ¡hermano mío! ¡Imilce, hermana también desde este día! ¡Quiera teneros bajo su tutela el gran Melqart, protector de los Bárquidas, de Gadir y de Qart Hadasht! ¡Solo él conoce los horizontes de gloria que os están

reservados! Hoy nuestro deseo es que nos llevéis con vosotros hasta ellos. Y que no os falte una montura que os ayude a alcanzarlos.

Hizo una señal y sucedió un momento de expectación.

—¡Un elefante! —anunció Hipócrates, aprovechándose de su estatura.

Un momento después lo vieron todos. El animal salió de los establos y cruzó el patio de armas con tal confianza que no necesitó siquiera las indicaciones del aguijón de su mahout; se hincó de rodillas ante los esposos y barritó de tal modo que toda la ciudad debió escucharlo.

—Se llama *Sirio* —dijo Magón—. Lo hemos hecho traer para vosotros desde Levante. Tal vez lo encontréis un poco impaciente para los tiempos de paz. Pero no hay otro mejor para la guerra.

—¡Gracias, hermanos! —gritó Aníbal henchido de placer—. ¡Por la gracia de Tanit que no tardaremos en darle ocasión de demostrarlo!

Después fue el turno de Mucro de Cástulo. Primero apareció una carreta, y luego otra, y otra… El rumor de la multitud creció a medida que lo hacía la caravana que testimoniaba la generosidad y opulencia de los oretanos.

—¡Aníbal de Cartago! —exclamó Mucro temblando de júbilo—. No hay forma de corresponder al honor que nos has hecho tomando a mi hija por esposa y convirtiéndote en príncipe de nuestra ciudad. Al menos intentaremos serte de ayuda para alcanzar tu destino. ¡Desde hoy tuyo es Baebelo!

Fue necesario un ejército de esclavos para descargar el medio centenar de carretas que fueron ofreciendo su contenido ante los ojos de los esposos, tan deslumbrados los de él como plenos de orgullo los de ella. Cuando terminaron, trescientos cajones llenos de plata hasta sus bordes hacían visibles los otros tantos talentos de metal que, a partir de entonces, el pozo minero de Baebelo, el más feraz de cuantos Cástulo poseía en sus sierras del norte, aportaría cada año para alimentar los sueños y las empresas de los Bárquidas.

—¡Es impresionante! —se maravilló Mahárbal— ¡Aníbal sabe bien lo que hace! Baebelo basta para hacer de Qart Hadasht una ciudad tan rica como la propia Cartago.

Aníbal hizo evidente su satisfacción. Se puso en pie, extendió los brazos y llamó a voces a su nuevo suegro.

—¡Mucro de Cástulo! —dijo—. ¡Hoy has hecho que el nombre de tu ciudad quede escrito con letras de oro en la historia de Qart Hadasht! ¡Por Baal Hammón que este acto de generosidad de los oretanos será recordado, no menos que lo fue el testamento de Alejandro el Macedonio, cuando hizo remitir a Argos su propia armadura y cincuenta talentos de oro de ley como diezmo de botín de guerra para Heracles! ¡Que Melqart proteja a Cástulo!

«Me alegra ver que Aníbal sigue haciendo buen uso de las crónicas de Calístenes de Olinto que le regalé», pensó Sósilo.

—¡Mucro no cabe en sí de gozo! —comentó en voz alta—. Verse puesto en parangón por Aníbal con el mismísimo Alejandro es más de lo que podía esperar.

—La prodigalidad de Mucro está a la altura de su ambición —respondió, con disgusto, Epiclides—. Su propósito no es enriquecer a Aníbal, sino asegurar la posición de su propia hija y del nieto que un día deberá darle. El oretano no sueña con metales, ni con palacios ni ejércitos. Sueña con una dinastía.

Tras la plata de Baebelo hubo un momento de pausa y expectativa. Los asistentes se miraban unos a otros preguntándonos quién se atrevería a presentar su regalo tras la desmesurada magnificencia del de Cástulo.

Sósilo decidió hacerlo él mismo; al fin y al cabo, su presente estaba destinado a causar una decepción. De haber sabido con mayor anticipación que esta situación se iba a producir habría reservado el Heracles Epitrapezios de Lisipo, o incluso la copia de las memorias de Calístenes de Olinto, y hubiera dado el contrapunto perfecto a la exuberancia material de Mucro. Pero ya se había privado de esas posibilidades, arrastrado por su impaciencia.

Caminó sin prisa hasta el frente del estrado recibiendo sobre sí todas las miradas. Alzó los brazos reclamando un silencio que le disputaba el murmullo de desconfiada sorpresa que se había alzado entre la multitud.

—¡Mis señores! —gritó—, ¿cómo habría de competir yo en opulencia con vuestros parientes? Mi amor por vosotros no puede expresarse cabalmente en plata ni en animales de guerra. Es demasiado… diferente para ello. Con humildad os presento el ingenio y la lealtad de alguien que se os ofrece libremente. ¡Vedlo vosotros mismos!

Hice un gesto teatral y un hombre vestido con una sencilla túnica salió de entre los congregados y avanzó hasta situarse junto a él. Era bajo y grueso; lucía una abundante barba negra y estaba completamente calvo. El hombre quedó mirando a su alrededor con una descarada estolidez, como si el mundo entero no fuera digno de él.

—Quien me acompaña es Sileno, sículo de Caleacte, discípulo como yo de las enseñanzas de la musa Clío y de los rostros innumerables de la vida y del corazón de los hombres —explicó Sósilo—. Él contará vuestra historia gloriosa como ni yo mismo sabría contarla.

El discurso de Sósilo fue seguido de un silencio hostil, mientras los espectadores trataban de resolver si aquello era solo una broma o también una ofensa. Las miradas se dirigieron al estrado, pendientes de la reacción que allí tuviera lugar. Finalmente, Aníbal se incorporó, descendió de su estrado y, para asombro de todos, abrazó al espartano.

—¡Eres un embaucador, Sósilo! —exclamó mientras lo hacía—, ¿pero qué sería de nosotros sin tu sentido del humor?

Después saludó a Sileno y volvió a su trono simulando seriedad.

—Es un gran muchacho —fue lo único que acertó a decir Sósilo, mientras regresaba a su lugar acompañado por Sileno. El sículo le contestó con una mirada impenetrable. Parecía preguntarse si había hecho bien prestándose a aquel espectáculo.

Con el rostro autocomplaciente y arrogante de quien espera quedar por encima de los demás, fue Zekárbal quien salió después a escena, precediendo a una carrera cubierta. Durante un largo prolegómeno se deshizo en elogios a los recién casados, alimentando una creciente expectación hasta que, a un gesto suyo, los sirvientes abrieron el portón de la carreta.

A la vista de todos apareció un caballo soberbio de color negro azabache y gran alzada.

—¿Aceptarás este caballo como prueba de mi sumisión, mi señor? —preguntó con voz untuosa—. Lo he hecho traer para ti desde Tesalia, la patria de *Bucéfalo*, la montura de Alejandro. No existe en el mundo de los hombres un caballo mejor.

Fue un formidable golpe de efecto. Aníbal se puso en pie de un salto y bajó con apresuramiento a encontrarse con su nuevo caballo.

Lo montó allí mismo y fue digna de verse la alegría impaciente del animal y el jinete, la impresión instantánea de que entre ellos se había creado un vínculo inefable. Galoparon alrededor del patio sin más propósito que expresar el regocijo de las muchas cabalgadas que estuvieran por venir. Al poner pie a tierra Aníbal anunció que llamaría a su caballo *Strategos*, como el que le regalara su padre Amílcar al iniciarlo en el entrenamiento militar, muerto dos inviernos atrás.

—¡No podíais haber elegido mejor nombre, mi señor Aníbal! —celebró el Rab Kohanim—. Ninguno correspondería mejor a la montura del que está llamado a ser el más grande sucesor del Macedonio.

«Eso es lo que ocurre con la adulación —pensó Sósilo—: para evitar palidecer necesita tornarse cada vez más superlativa».

Cuando Aníbal regresaba satisfecho hacia su trono, sucedió algo inesperado.

—¡Aníbal, mi señor!

El Bárquida se giró y vio dirigirse hacia él a Titayú con el niño Asdrúbal acunado en sus brazos. La inquietud que había sentido al cruzar la mirada con ella ante el templo de Atargatis lo asaltó de nuevo, trayéndole a la lengua un sabor ceniciento. Por mucho que él los tratara a ella y su hijo con respeto, la mujer era de mal augurio y no debía turbar aquel momento de albricias. Miró a Zekárbal y este salió al encuentro de Titayú, interponiéndose entre ella y Aníbal.

—Mi señora —dijo el Rab Kohanim, en tono obsequioso—, sin duda comprenderéis que habrá otro momento más apropiado para que le expreséis a los recién casados vuestra congratulación…

—¡Quítate de mi camino, sacerdote! —contestó Titayú. Su voz iracunda hizo que el niño rompiera a llorar—. ¿Cómo te atreves a negar el paso a un Bárquida?

—¿Un Bárquida, mi señora? —preguntó a su vez Zekárbal, con una expresión malévola asomándose al gesto sorprendido y cortés—. Los únicos que hay aquí son mi señor Aníbal y sus hermanos.

—¿Acaso no es un Bárquida Asdrúbal hijo de Asdrúbal, único heredero del yerno y sucesor de Amílcar Barca? —aulló Titayú, mostrando al niño, quien lloraba con creciente desesperación—.

¡Arrodíllate ante él, sacerdote, igual que lo hiciste ante su padre!

—Lamento tener que corregiros en eso, mi señora —condescendió Zekárbal—; el señor Asdrúbal pertenecía a la familia por su matrimonio con la señora Sofonisba, pero el hijo tenido con otra mujer…

—¡Silencio! —gritó Titayú, con el rostro desencajado, dirigiéndose después hacia Aníbal—. ¿Y tú vas a consentir esto? ¿Qué un sacerdote vil ponga en duda delante de toda Qart Hadasht la legitimidad del apellido de mi hijo? ¿Vas a tolerar que lo llamen bastardo?

Aníbal miró a su alrededor y vio en el gentío una expectación de la que el gozo de la celebración se había esfumado por completo. Volvió la vista a Imilce y la vio aferrada con sus manos al trono, con una mueca agria en los labios y un borbotón de ira ardiente a punto de desbordársele en los ojos pintados de azul.

—Basta, Zekárbal —dijo Aníbal con sequedad—. Deja que la princesa Titayú diga lo que haya venido a decir y pongamos fin a este vergonzoso episodio.

—¿Has oído, sacerdote? —exclamó Titayú triunfalmente—; ¡aparta de mi vista!

Zekárbal tragó saliva y con lentitud reticente se retiró a un lado. La mujer avanzó con solemnidad y se postró de rodillas ante Aníbal.

—¡Aníbal Barca! —gritó, con una fiereza vesánica que puso en el corazón de este un escalofrío—. ¡Bendito sea Melqart, tu protector! ¡Le he hecho ofrendas todas las noches rogándole que no perdieras también tú la memoria! Esa chusma parece haber olvidado que hace menos de un año Ispania entera nos juró lealtad a tu cuñado Asdrúbal, a mí misma y al niño que entonces llevaba en mi vientre. ¡Pero tú no, Aníbal, mi señor! Tú sabes honrar tu palabra y conservas la lealtad y el amor a los tuyos vivos en tu corazón.

»Por eso he venido a desearos felicidad a ti y a tu esposa Imilce. Y a avisaros; he pasado por lo que ella está pasando ahora y le deseo que los dioses le concedan mejor fortuna que a mí. Mientras tanto hará bien en precaverse de ese perro —añadió señalando hacia Zekárbal sin mirarlo—; ya ha hecho matar antes a otra mujer que se le había tornada incómoda. ¡Escuchadme bien: ya lo ha hecho antes! ¡El sapo Zekárbal tiene las manos manchadas de

sangre! Y también por eso quiero haceros un ruego y una merced. Daros lo más valioso y reclamaros a cambio lo más valioso…

—¡Aníbal! —interrumpió Zekárbal—, ¡no permitas que esa mujer siga hablando! ¡Debo llevármela de aquí!

Aníbal hizo un gesto terminante al Rab Kohanim para que callara y quedó mirando a Titayú, que jadeaba como un animal empeñado en un combate a vida o muerte. O solo a muerte. Las palabras de ella giraron en su mente sugiriendo ideas que se desvanecían antes de terminar de tomar forma. ¿A qué mujer había hecho matar Zekárbal y qué significaban las insinuaciones de la mastiena sobre ello? La mujer leyó su pensamiento y separó los labios dibujando una sonrisa helada como un abismo y una palabra que Aníbal no entendió. Se sintió arrastrado por una fascinación supersticiosa y oscura. Sintió que los dioses que hablaban por boca de Titayú no deseaban el bien de él ni el de los suyos, ni tampoco el de Qart Hadasht, pero que debían ser escuchados de todos modos. Adivinó el ruego que estaba a punto de hacerle la mastiena y supo que de él solo se alumbrarían desgracias. Pero ya era demasiado tarde para impedir que se formulara.

—Termina de una vez, mujer. Te escucho.

Titayú se aquietó de pronto. Extendió el niño en sus brazos y se lo mostró a Aníbal. Asdrúbal había dejado de llorar y miraba con ojos líquidos de espanto.

—Este es Asdrúbal Barca, hijo de Asdrúbal Barca, príncipe de Mastia y de Qart Hadasht. Ante él se postraron los príncipes de Ispania poniendo a Melqart como testigo. En él hay una legitimidad que no puede quedar extinguida por el asesinato de su padre. La sangre no pierde su nobleza al ser derramada con honor.

Titayú hablaba como si las palabras, frías y calcáreas, fueran pronunciadas por un fragmento de piedra, como si en ellas no hubiera ninguna voluntad humana puesta en juego. Sin apartar la mirada de Aníbal dejó al niño en el suelo, a los pies de él, y cruzó después los brazos sobre el pecho.

— Yo te lo entrego, Aníbal Barca. Y te reclamo, ante el juicio severo de los dioses y el de tu propio pueblo, que lo adoptes como hijo tuyo. A cambio de todos los dones que te hagan los dioses en tu vida, tú velarás siempre por él. Será el diezmo de Melqart, el diezmo de Heracles.

Aníbal percibió entonces lo que ocurría con una nitidez que no había conocido antes. Vio el rostro demudado de Zekárbal señalándole con violentas negativas de cabeza la respuesta que debía dar. Escuchó el rumor urgente de todos los suyos, hecho de escándalo y desmayo. Conoció el aleteo indiferente del destino cerniéndose sobre él. Oyó a Imilce gritar su nombre, bajar del estrado y correr hacia él. Se volvió y vio que ella miraba sucesivamente a Titayú y a él. Y después a Zekárbal.

Se oyó pronunciar una palabra que le resultó tan ajena como si no hubiese existido nunca.

—Sea.

Capítulo XXVII

HABÍA fingido que era uno de sus días impuros para quedarse sola. Aníbal no quería que compartieran lecho esas noches: le parecía de mal augurio la presencia de la sangre y le irritaba la evidencia de que aún no hubieran recibido la bendición de la fecundidad. En esos momentos, mientras dejaba que el agua fluyera en la clepsidra, Imillce recapitulaba una y otra vez los acontecimientos de la última luna para entretener el tedio y mantenerse alerta.

Nunca imaginó a su llegada a Qart Hadasht que tendría que hacer frente a sucesos tan perturbadores. Por su parte se había limitado a seguir el principio que guiaba su existencia desde que tuvo uso de razón: cuando su voluntad no sabía tomar partido no cabía sino ponerse en manos de la diosa. Y así había sido: ella y solo ella, Betatun en su sabiduría y su majestad, había tomado el timón de su determinación desde aquel malhadado suceso que ensombreció sus nupcias y puso el más agrio comienzo a su matrimonio.

Los primeros instantes fueron terribles. La rendición de Aníbal ante la escandalosa exigencia de Titayú había golpeado a Imilce como la más inesperada y cruel de las ofensas, e hizo desmoronarse ante sus ojos la imagen de caballero heroico, justo y cabal, que se había formado de su esposo. Todo había cambiado en un latido. Si el pequeño bastardo, Asdrúbal, era reconocido como hijo de Aníbal, Titayú pasaba a ser la madre del heredero y ella misma, Imilce, quedaba convertida en poco más que una concubina. Ello provocó que Mucro, su padre, reaccionara con un brutal ataque de cólera: si él y su ciudad le habían regalado a Aníbal el mejor pozo de plata de sus minas era para engrandecer el futuro de Cástulo, no para que le sirvieran de herencia a un bastardo mastieno. Por un momento pareció que el matrimonio quedaría disuelto y que Cástulo y Qart Hadasht pasarían a mirarse como enemigos.

Si ello no ocurrió fue porque Aníbal multiplicó los gestos

conciliadores y Zekárbal desplegó cuantos recursos tenía para evitar un conflicto que hubiera puesto en riesgo todos sus planes. Y, por encima de todo ello, porque en los interminables ratos de oración en el templo de Atargatis, Betatun le había recordado a Imilce el valor de la astucia y la paciencia. Ella, cubierta de la sangre de sus ofrendas, se miró en el rostro de la diosa y supo lo que debía hacer para que nadie le quitara lo que era suyo.

Primero hizo lo más sencillo: restablecer el afecto y la confianza de Aníbal. Él la recibió con los brazos abiertos, plenamente consciente de que su decisión había sido recibida como una humillación por ella, resuelto a hacérsela aceptar, pero no sin poner bálsamo en las heridas. Como forma de atenuar el golpe y hacer la situación aceptable para Cástulo, Aníbal anunció un edicto estableciendo que, si Imilce le daba un hijo varón, este pasaría a ser el primero entre sus herederos. Como era de esperar, se soslayaba cualquier referencia a legitimidades dinásticas que seguían estando muy lejos de su ánimo y que hubieran provocado una respuesta inmediata de Hannón y los viejos de Cartago, siempre desconfiados de las intenciones de los Bárquidas. Aníbal seguía aferrado a la imagen idealizada que se había formado de las instituciones republicanas de Cartago, y rechazaba con una determinación que a Imilce le parecía ingenua y fatigosa cualquier acción que pudiera atribuirle aspiraciones monárquicas. Pero ya haría ella que eso cambiara. Contaba con el apoyo del sacerdote para ello.

Esa fue la segunda evidencia que le brindó Betatun. Aunque debiera taparse la nariz cada vez que tenía próxima su figura aborrecible, y un enfrentamiento con él hubiera de terminar por hacerse inevitable más adelante, la colaboración discreta con Zekárbal le ofrecía ahora grandes ventajas. Él lo había comprendido de igual modo, y si bien en la superficie mantenían la misma cortés tirantez, habían sabido ponerse de acuerdo para buscar el objetivo que ambos perseguían.

La diosa le decía también que, si ella sabía mover sus piezas, tal vez consiguiera que el Rab Kohanim cometiera algún error fatal en el peligroso juego que habían emprendido. Le hacía vulnerable la vanidad de creerse demasiado astuto. Imilce lo sabía bien porque su propio espíritu tenía la misma inclinación, aunque de un modo que acostumbraba a hacerle preferir ser amada que temida. Dando la

vuelta a la clepsidra, cayó en la cuenta de que en realidad ambos sentimientos, el amor y el temor, eran el rostro y la esfinge de una misma moneda: la moneda del poder. Zekárbal era más vulnerable que ella porque su vanidad era arrogante y despreciaba el amor como forma de ganar la lealtad y obediencia de los demás. El amor o la apariencia de amor. El amor real o el amor fingido; en lo que atañe al poder la diferencia entre ambos era irrelevante.

Tuvo que poner en juego una considerable porción de apariencia de amor para lograr su siguiente objetivo: recuperar la confianza de Titayú. Al principio no fue nada fácil. La mastiena había reaccionado a la decisión de Aníbal de adoptar a su hijo con una euforia soberbia y vengativa, creyendo que su victoria era irreversible y completa. Durante días se comportó como si, más que la madre del heredero, fuera ella misma la nueva esposa del Bárquida y señora de Qart Hadasht, hasta llegar a provocar en Aníbal, con la sutil instigación de Imilce, uno de sus característicos accesos de cólera que puso con rotundidad las cosas en su sitio. Aníbal era un hombre honorable, pero no pusilánime ni estúpido, y no era Titayú mujer que pudiera apropiarse de su voluntad.

A partir de entonces, Titayú se sintió amenazada y se encerró en sus aposentos, permitiendo que únicamente sus sirvientas y nodrizas mastienas cuidaran de ella y del niño. Advirtió a Aníbal de que mientras el Rab Kohanim conservara su poder sus vidas estarían en peligro y le pidió que permitiera que guerreros de su clan guardaran su puerta. Aníbal dio poca importancia a los temores de Titayú y rechazó la idea de tener a mastienos armados leales tan solo a ella en el interior del palacio, pero accedió a que la Guardia Bárquida vigilara día y noche el acceso a sus estancias.

Un día, habiendo transcurrido media luna desde las nupcias, Imilce había visitado a Titayú, regalándole una de esas pequeñas esfinges aladas de bronce que en Cástulo se usan para representar a la divinidad y congraciarse con ella. La mastiena aceptó tanto la visita como el presente, a todas luces necesitada de aliviar el cautiverio que ella misma se había impuesto, dando pie a que los encuentros se repitieran cada vez con más frecuencia, hasta que la cautela terminó de disiparse y Titayú volvió a mostrarle a Imilce el mismo afecto solícito y confiado de antes de la boda.

Imilce bostezó y apuntó para sí una sonrisa con una sombra de

tristeza. Más allá de las exigencias que le imponían su condición y el tiempo que vivían, no podía evitar sentir hacia la viuda de Asdrúbal una estima que se movía entre la conmiseración y la ternura. Hubiera deseado conocerla en otras circunstancias, pero rechazó el pensamiento de inmediato. Las cosas ocurrían como los dioses determinaban que ocurrieran, y lamentarse por lo inevitable era un vicio de los espíritus débiles que no conducía sino a la melancolía.

Por cierto que hubiera deseado que la última revelación de Betatun no fuera tan terminante, pero la voz de la diosa había sonado en el interior de su cabeza con tanta claridad como si el betilo ante el que oraba, en la penumbra saturada de perfumes del templo, se hubiera encarnado de pronto para gritarle al oído.

«Lo que debe hacerse debe ser hecho por tus manos».

Como tantas otras veces.

«Neitin conoce la mano de quien le entrega su sacrificio. En la muerte espera la fecundidad».

Asintió como lo hizo entonces y dio por última vez la vuelta a la clepsidra. Escuchó el levísimo siseo del agua resbalando por el vidrio. La idea de que era así como suena el tiempo, como una serpiente que se desliza, pasó fugazmente por su mente. Asintió de nuevo. Lo que debía hacerse debía ser hecho por sus manos. Así de exigente es el apetito de Neitin, El Que Nunca Se Sacia.

Eso lo había puesto todo más difícil. Y más peligroso. Desde luego, Zekárbal ignoraba los detalles. Esa había sido la primera condición que le impusiera al Rab Kohanim: ella se ocuparía del desenlace, pero él no sabría quién lo ejecutaría. El sacerdote habría de limitarse a proporcionarle dos cosas: la garantía de que los centinelas que vigilaban la puerta del dormitorio de Titayú estuvieran ausentes cuando llegara el momento, y el pequeño anforisco de alabastro que ahora ella sostenía en la mano, sobre el almohadón. Estaba vacío, pero hasta esa misma tarde había contenido unas gotas de licor de mandrágora, preparado sin imaginar su propósito por Eteocles, el médico del palacio.

Esas gotas estaban ahora en el interior de Titayú, mezcladas con el vino que había bebido durante la cena. La propia Imilce las había puesto en él. Tres horas después el efecto de la droga debía haber alcanzado su máximo.

La última gota de agua cayó sin un ruido.

Era la hora.

Imilce se puso en pie, abrió la puerta y salió al vestíbulo. La calma era absoluta. El frío, la oscuridad apenas puesta en duda por las lámparas de aceite y el silencio le ponían contorno y materia al corazón de la larga noche de invierno. Sintió un escalofrío y comenzó a orar para sí; al instante la fortaleza de la diosa llegó en su auxilio.

«Bendíceme, diosa renacida, bendíceme, diosa parida de la tierra fecunda. Bendíceme, Betatun, cúbreme con tu manto».

Descendió por las escaleras y comprobó que el sacerdote había cumplido su tarea: no había nadie frente a la puerta del aposento de Titayú. Los guardias habían sido llamados por su comandante con alguna excusa. No debía demorarse; no tardarían en regresar. Abrió la puerta con el mayor sigilo, entró en la estancia y cerró de nuevo tras ella. Quedó inmóvil con el corazón desbocándosele en el pecho. El peligro de ser descubierta era de pronto tan inminente, tan agudo, que sintió que una esfera de lana agria le brotaba en la garganta y le impedía respirar. Pero nada ocurrió, y poco a poco recuperó la calma mientras ponía su atención en la habitación.

La penumbra era muy profunda; tan solo un candil de aceite mantenía una pequeña llama inmóvil junto al cabecero de la cama de Titayú. De ella apenas distinguió una cabellera negra asomando entre los cobertores. Olía a ascua de brasero, a incienso, a vino. También, más sutilmente, a esa mezcla dulce de leche y orines que exhalan los niños de pecho.

La cuna estaba al lado de la cama, recibiendo la exigua luz del candil. Imilce avanzó hacia ella muy despacio sin dejar de observar las dos puertas del extremo opuesto del dormitorio, temiendo que alguna se abriera en cualquier momento. Tras ellas, la doncella y la nodriza de Titayú dormían, sin el efecto narcótico de la mandrágora, el sueño liviano de quienes guardan el de otros más poderosos. Bastaría un mal paso para dar al traste con todo.

Gozando de la protección de la diosa llegó junto a la cama sin contratiempos. Miró primero a Titayú y escuchó su respiración espesa y lenta. Ese era el lenguaje de la mandrágora: crea laberintos oníricos tan intrincados que el durmiente gira en ellos sin encontrar la salida. Sintió una lástima remota e impersonal, como quien

contempla la acción de los meteoros, sin ningún atisbo de culpa. En su ánimo latía una sumisión inexorable.

Volvió después su atención hacia la cuna: en su interior el pequeño Asdrúbal dormía de ese modo abandonado y total, tan parecido a la muerte, de los bebés. Al acercarse golpeó con el pie la pata de la cuna y contuvo el aliento. Vio agitarse los párpados de la criatura y supo lo que estaba a punto de ocurrir. Extendió hacia delante el almohadón que había llevado consigo, pero no llegó a tiempo de evitar que Asdrúbal abriera los ojos, encendiendo dos redondas manchas blancas en la penumbra. Por un instante el niño la observó sin extrañeza, como si ella formara parte de su sueño. Después el almohadón cubrió su rostro, hurtándole hasta el aire que hubiera necesitado para romper a llorar.

Mientras el pequeño se agitaba bajo sus manos, Imilce reanudó su oración.

«¡Bendíceme, diosa redimida! ¡Bendíceme, diosa que habita la luz y la sombra, la carne y la piedra! ¡Sacia el hambre de Neitin! ¡Entrégale la vida que anhela y permite que, a cambio, otra sea fecundada en mí!».

Experimentó un arrebato de exaltación.

En el instante en que Asdrúbal hijo de Asdrúbal dejó de agitarse, ella supo que llevaba en su interior un heredero para Aníbal.

Capítulo XXVIII

—AHÍ está —dijo el etrusco Agram, señalando con el dedo hacia el cielo gris—, ya llega.

Aníbal escrutó el espacio que se abría sobre el patio de armas. Aunque durante el último año sus responsabilidades se habían tornado mucho más exigentes, seguía empeñado en tomar de primera mano el pulso a todas las fuerzas bajo su mando, y la llegada de las palomas mensajeras con la primera luz del amanecer seguía siendo uno de los momentos que atendía siempre que podía. La de hoy le interesaba de modo especial: procedía de Curris y la enviaba Magón el Samnita. Desde su guarnición no solo se controlaba todo el curso medio del Betis, sino también las sierras mineras del norte, donde una tupida red de exploradores y comerciantes ambulantes le permitían mantenerse al corriente de cuanto sucedía entre los pueblos de la meseta septentrional.

Los sonidos de la ciudad llegaban aún amortiguados, como si el amanecer de invierno ahogara con un manto los engranajes de sus actividades. Un punto oscuro en movimiento se destacó contra el fondo pizarroso, exactamente sobre el templo de Baal, y se acercó con rapidez. Pronto la paloma apareció aleteando frente a ellos, con la aterrada mirada amarilla de las aves, y fue a posarse en la entrada de su nicho en el palomar. Conociendo su oficio, el animal esperó a que Agram le desatara el rollo de pergamino que llevaba atado en la pata, y desapareció después en su refugio zureando con alivio.

El etrusco entregó el mensaje a Aníbal y este lo leyó en silencio, asintiendo despacio. Al terminar se lo pasó a Zekárbal y se apoyó en la balaustrada oteando en dirección hacia poniente, donde la noche aún se remansaba entre los montes.

—No hay noticias de interés en el Betis —dijo—, lo cual es siempre una buena noticia. Liggies de Obulco ha muerto y los ancianos han elegido a Aibores para sucederlo.

—Estaba previsto —sentenció Zekárbal, sin apartar la mirada

del pergamino—. Aibores es de los nuestros.

—Lo sé. Más interesantes son las nuevas que llegan desde el Tagus. Según los informantes de Magón es allí adonde han ido a parar los fugitivos de Hélike después de abandonar Oreto. Han sido acogidos por los vetones de Ebora.

—¡Al Tagus! —exclamó Mahárbal—; ¿no es donde fueron a parar también los ólcades?

—Precisamente —corroboró Aníbal, torciendo el gesto— y no es extraño. Habida cuenta de sus alianzas era el lugar al que cabía esperar que se dirigieran. Magón sabía muy bien adónde dirigir a sus informadores. Lo que me sorprende es que los vetones hayan aceptado a tanta gente en su territorio; van a ser una carga difícil de sobrellevar.

—No es tan sorprendente —repuso Zekárbal, sin evitar una nota de suficiencia. Era evidente que le irritaba tener que compartir de este modo la información; con Asdrúbal siempre había sido él quien recibía primero las noticias para luego administrarlas según su criterio—. Aunque conviene conocer a Virono para entenderlo. Virono es el jefe de los vetones de Ebora, un hombre que ha sabido asentar su poder con tanta astucia como abundancia de metales y ganado, pero que se siente menospreciado por no haber ganado suficiente prestigio como guerrero. Creo que tener ahora a tantos guerreros bajo su mando le resulta digamos que… vigorizante. Debe hacerle imaginar oportunidades hasta ahora inalcanzables de ganar gloria.

—Pero acaso el tal Virono esté atrayendo sobre él un peligro que no imagina —dijo Aníbal, con un tono agrio del que podían ser acreedores tanto el vetón como el Rab Kohanim—. Quien da hospitalidad a los enemigos de Aníbal Barca se convierte en enemigo de Aníbal Barca.

—En todo caso —añadió Mahárbal— es una razón más para ir a hacer ver a esos bárbaros de la meseta quién es el nuevo señor de Ispania. Si queremos llegar a tierra de vacceos, es forzoso atravesar primero el Tagus de los vetones.

—Eso conviene pensárselo bien —objetó Zekárbal—. No olvidemos cuál es el objeto principal de la campaña: tener acceso al oro del río Tagus y hacer acopio de grano, ganado, mercenarios y esclavos para las minas; sin todo ello no será posible acometer esos

otros proyectos más ambiciosos que tenéis para el futuro, mi señor Aníbal… Pero pretender llegar demasiado lejos y hacer frente a demasiados enemigos nos hará vulnerables.

El Bárquida miró al sacerdote con frialdad. Era muy propio de él hacer esas insinuaciones de secretos que parecían no poder ser compartidos por los demás. Mahárbal e Himilcón eran, por supuesto, de plena confianza, y si el etrusco Agram no lo era Zekárbal debería ser considerado reo de traición por haber puesto en sus manos la red de palomas mensajeras de Qart Hadasht. Mucha información crítica para la ciudad pasaba por sus manos.

—Es eso —respondió Aníbal—: el oro, los esclavos, el grano, el ganado… pero no solo eso. También quiero acabar de conocer al ejército, y que el ejército me conozca a mí. La campaña de los ólcades fue demasiado breve para que todos esos nuevos aliados íberos comprendan lo que es combatir en un ejército de verdad, con estrategias algo más elaboradas que el lanzarse simplemente vociferando contra el enemigo.

—Son simples, pero hay que reconocer que bravos como ninguno —señaló Himilcón enarcando las cejas en un gesto de admiración—, y te profesan una lealtad extraordinaria, Aníbal. Son un refuerzo muy valioso.

—Lo sé, por eso mismo hay que entrenarlos en una campaña exigente y ponerlos a prueba luchando contra adversarios de suficiente envergadura. Deben familiarizarse con mi forma de combatir y con los elefantes para que estén preparados cuando hayamos de enfrentarnos a otros enemigos más poderosos.

—A Roma, por ejemplo —sugirió Mahárbal.

Aníbal se encogió de hombros en un gesto ambiguo y volvió la mirada, por encima de la ciudad, el puerto y la bahía, hacia levante.

—Por ejemplo —dijo entornando los ojos—. Roma está siempre en el horizonte. Pero antes hay muchos preparativos que hacer. Y hay que evitar dejar a nuestra espalda enemigos que puedan amenazarnos la retaguardia, o instigar a la sublevación a los que hoy se someten a nosotros. En eso, más peligrosos aún que vacceos y vetones son los ólcades y los oretanos de Hélike. Sería un disparate dejar atrás, impunes y con la fuerza intacta, a Gerión y los suyos. Un disparate y una vergüenza. No lo permitiré. No podemos esperar que Roma nos tome en serio si ni siquiera podemos acabar

con los bárbaros que mataron a mi padre.

—Mi señor Aníbal —comenzó Zekárbal, en su tono más obsequioso, arropándose con el manto de color negro azulado y haciendo una leve inclinación de cabeza—, no podría estar más justificado vuestro deseo de venganza …

—¡Esto no es venganza, sacerdote! —interrumpió Aníbal con brusquedad—. ¡Se trata de tener sentido militar, y sentido de la dignidad! ¡Ya que careces del segundo, intenta aplicar el primero al menos!

El rostro del Rab Kohanim se congeló en una mueca de estupor, con los ojos saltones muy abiertos y un repentino bigote de minúsculas gotas de sudor cubriéndole el labio superior.

—Mi señor Aníbal —dijo muy despacio y con la voz cargada de advertencias—, vuestra acritud y reproches me llenan de consternación. No quiera Eshmún en su bondad que hayáis perdido la confianza en mí. Bien saben los dioses que no tengo otro propósito que servir a la familia Bárquida… y a Cartago. Tal vez penséis que puedo resultar más útil regresando allí.

Se hizo un silencio cargado de tensión del que se enseñoreó un viento gélido que llevó hasta ellos el olor agreste de las sierras del interior. Agram murmuró una excusa inaudible y se marchó, consciente de estar presenciando una escena que no se representaba para él. Mahárbal e Himilcón cruzaron una mirada de alarma y expectación.

Las palabras de Zekárbal entrañaban un desafío que Aníbal no podía pasar por alto: la posibilidad de marchar a Cartago llevaba implícita la amenaza del Rab Kohanim de ponerse al servicio de Hannón, y eso era algo que ningún Bárquida podía tolerar. La soberbia arrogante del sacerdote había ido demasiado lejos, abriendo la puerta de la traición. Aníbal apretó los dientes y durante un instante ponderó la respuesta que debía dar.

Despegó los labios para hablar y quedó en suspenso. Un alboroto de gritos y pasos apresurados llegó desde el corredor. Al punto se abrió la puerta de la estancia con violencia, llevando hasta ellos la voz cortante de Titayú.

—¡Dejadme pasar os digo! ¿Quiénes sois vosotros para impedírmelo, siervos? ¡Aníbal!

El aludido y los hombres que lo acompañaban en la terraza se

giraron y vieron a la mastiena, con el pequeño Asdrúbal en sus brazos, cruzar el aposento de Agram acompañada por Imilce. Ambas mujeres estaban envueltas en sagos de lana, como si acabaran de saltar precipitadamente de la cama. Tras ellas venían Malión, el secretario del Rab Kohanim, y Shebarim, el intendente del palacio, y dos soldados de la guardia que hicieron un torpe saludo militar en dirección a Aníbal al encontrarse con su mirada. Todos parecían presas de una gran agitación.

—¡Aníbal! —aulló de nuevo Titayú, llegando frente a él. Estaba desencajada, fuera de sí, con el rostro surcado de lágrimas y sus grandes ojos de color miel empañados de sangre. El tinte negro de los labios se le había escurrido por la barbilla, dándole un aspecto estremecedor, como si se tratara de un *neshef* enloquecido. Extendió los brazos mostrándole al bebé—. ¡Está muerto! ¡Mi hijo Asdrúbal, tu heredero, muerto!

Aníbal miró el rostro inerte del niño. Tocó su frente y abrió la boca con espanto.

—Pero… ¿qué ha ocurrido? ¡Vamos, Titayú, habla de una vez, por la gracia de Tanit! ¿Qué le ha ocurrido a Asdrúbal?

Titayú estrechó al niño contra su pecho gimiendo como un animal. Miró a su alrededor temblando violentamente, descargando su agonía en los ojos de cuantos la rodeaban, hasta detenerse en Zekárbal.

—¡Has sido tú, sapo asesino! —gritó con la voz rota—. ¡Sé que has sido tú, con tu magia y tus demonios!

—¡Pero qué dices, mujer! ¡Te has vuelto loca! —se defendió el Rab Kohanim, sumando en su semblante el desconcierto de la repentina acusación al de la disputa con Aníbal que había interrumpido la llegada de Titayú—. ¡No me hagas responsable de tu desdicha, es tan tuya como tu locura! ¡En lugar de acusarme a mí pregúntate en qué has ofendido a los dioses, acaso no soporten ya tu arrogancia insoportable!

La mastiena hizo ademán de lanzarse contra el sacerdote y fue detenida por Aníbal, quien la agarró por los hombros.

—¡Cálmate, Titayú, todos te acompañamos en tu duelo, pero es una insensatez que hagas acusaciones como esa!

—Te lo advertí, Aníbal —sollozó Titayú, dejando que la ira se le fuera disolviendo en el llanto—, ni mi hijo ni yo estaríamos seguros

mientras el sacerdote conservara su poder. Ha matado a mi hijo porque era un estorbo para sus planes, del mismo modo que lo hizo con Sofonisba…

—¿Cómo has dicho? —interrumpió Aníbal—. ¿A Sofonisba? ¿Cómo te atreves a decir tal cosa? ¡Todos sabemos que la muerte de mi hermana fue cosa de aquel comerciante, Ántifo! ¡Él mismo reconoció trabajar para Roma!

—¡Hazle callar, Aníbal! —aulló Zekárbal demudado—; ¡hazle callar! ¡Exijo que esa mujer pague sus infundios con la vida!

Titayú se abandonó de pronto y quedó prendida de las manos de Aníbal como un muñeco de trapo.

—Me lo dijo tu cuñado Asdrúbal —murmuró con voz queda—. Él nunca superó la vergüenza y la culpa. El sapo de Eshmún asesinó a Sofonisba y él no supo o no tuvo el valor para impedirlo. Para algunos hombres es más conveniente acomodarse a las exigencias del poder que establecerlas por sí mismos. ¿Cómo vivirás tú sabiendo ahora que este hombre asesinó a tu hermana y ha asesinado a tu heredero, Aníbal Barca?

—¡Eso es mentira! —rugió Zekárbal de nuevo—, ¡mentira!

Aníbal hizo caso omiso a los alaridos del Rab Kohanim y quedó con la mirada fija en Titayú, dejando que sus palabras le calaran hasta la caña de los huesos, dando alimento a las sospechas que nunca habían dejado de asediarlo. ¡También él había recelado de Zekárbal, a pesar de los testimonios que inculpaban a Ántifo! Se dio cuenta con espanto de que tal vez él mismo prefirió entonces la opción más conveniente, obligando a su dignidad a dejarse convencer. Eso era algo demasiado parecido a la cobardía. Se dio la vuelta y se encaró con Zekárbal.

El sacerdote, por vez primera desde que lo conociera, muchos años atrás, en la Casa Bárquida de la colina de Byrsa, en Cartago, había perdido por entero el dominio de sí. Aníbal leyó en sus ojos desorbitados la crueldad y la ambición desnudas que habían dado timón y velamen a toda su existencia. Supo sin ningún atisbo de duda que las acusaciones de la mastiena eran ciertas, que ese hombre estaba detrás de las muertes de su hermana y del pequeño Asdrúbal, hijo adoptivo suyo, y de otro sinnúmero de atrocidades cometidas en nombre de su familia. Sintió a Imilce a su lado y buscó sus ojos, para encontrar en ellos la evidencia de que también

ella lo había comprendido todo. Su esposa le sostuvo la mirada y asintió con deliberación.

—Zekárbal de Cartago —dijo Aníbal con solemnidad, haciendo un gesto a los dos soldados de la Guardia Bárquida que habían seguido a Titayú—, en este momento pierdes por mi voluntad todos tus privilegios y te conviertes en un reo del Estado. Tendrás que responder por todos tus crímenes.

Zekárbal lo miró con incredulidad y se debatió infructuosamente en brazos de los guardias. Soltó una carcajada hecha a partes iguales de soberbia y locura.

—¿Pero qué dices, Aníbal? ¿Es que también tú has perdido la razón? ¡Yo te contaré las cosas que me ordenaron tu padre y tu cuñado si de verdad quieres conocerlas! ¡Y te contaré también cosas que no imaginas de esa perra íbera tuya! ¿O es que piensas que ella está libre de culpa? ¡Yo te contaré sus pecados!

Entonces ocurrió. Aníbal lo vio al volver hacia Imilce una mirada interrogante. Vio a Titayú dejar en el suelo con suavidad el cadáver de Asdrúbal y erguirse después con una sonrisa demente en el rostro. La vio hundir su mano entre los pliegues de su manto y sacar de él un cuchillo como los que usan los celtíberos, con la hoja triangular y nielados de plata. La vio lanzarse sin un titubeo sobre el sacerdote inmovilizado por los soldados y abrirle un tajo púrpura en el cuello, como si a Zekárbal le hubiera aparecido bajo el rostro una sonrisa monstruosa desde la que se le derramaron a borbotones todos los anhelos y los actos de su vida. Los turbios y los transparentes, los secretos y los notorios, los audaces y los mezquinos.

Los imprescindibles y los crueles.

Sobre todo, los crueles.

Capítulo XXIX

El boetarco Berébal se detuvo frente a ellos y los miró alternativamente, deteniéndose por último en Aníbal. Trataba de mostrar la expresión opaca de los hombres de armas, pero no podía suprimir de sus ojos vivaces un brillo de inquietud. Iba vestido al modo de los sidonios, con una túnica azul brillante ribeteada de amarillo y la barba recogida en trenzas enhebradas con hilos de plata.

—Berébal —dijo Aníbal.

—Mi señor Aníbal…

—Con Aníbal me basta. ¿Cuántos años llevas ocupándote de la administración de mi ejército? Nunca he conocido otro boetarco que tú.

El hombre pensó un momento antes de contestar.

—Llevo un año contigo, y antes serví a Asdrúbal. Y a Amílcar antes que a él. Son… diría que doce años, Aníbal.

—Eso es mucho tiempo. La señora Imilce y yo creemos que es hora de que nos sirvas de otro modo.

—Mi único propósito es seros de utilidad —respondió Berébal—. Pondré todo mi empeño en la tarea que me encomendéis, sea cual sea.

Aníbal buscó a su lado la mirada de Imilce y esta le contestó asintiendo con el mentón.

—Desde hoy nos representarás en el gobierno de los territorios de los Bárquidas —dijo—. Te ocuparás de cuanto hasta ayer hacía el Rab Kohanim fuera del recinto de los templos. Tuya será la responsabilidad de la administración de los puertos, las minas y las ciudades que nos deben lealtad. Vigilarás la seguridad de los caminos, recaudarás los tributos, supervisarás las comunicaciones con Cartago y las guarniciones de Ispania. Serás nuestros ojos, nuestra voz, nuestras manos…

Berébal trago saliva.

—Seré lo que queráis que sea, Aníbal.

El Bárquida sonrió satisfecho y miró a su alrededor. Mucro de Cástulo y sus oficiales seguían la escena con expectación. El nuevo escriba, Sileno, lo observaba todo sin atreverse a hacer ningún comentario. El único que parecía a sus anchas era Sósilo. No en vano buena parte de las decisiones de aquel día habían sido sugeridas por él. Tras la conmoción de la muerte de Zekárbal a manos de la mastiena Titayú el día anterior, ningún otro le había parecido a Aníbal tan de fiar para buscar consejo, e Imilce se había mostrado de acuerdo. Al buen juicio del espartano se sumaba el que era ajeno a los deslizamientos de poder a que daba lugar la desaparición del Rab Kohanim.

—¿Ves a aquel hombre? —preguntó Aníbal señalando hacia un individuo pequeño y con el pelo cano en el extremo de la sala. El aludido se puso rígido y bajó la barbilla hasta el pecho—. Debes conocerlo: es Malión. Fue secretario de Zekárbal y lo será tuyo a partir de ahora. Nadie como él conoce el funcionamiento de las minas, y ha dado evidencias de merecer nuestra confianza.

—Entonces nadie será más propicio a la mía —dijo Berébal—. ¿Cuáles serán mis primeras tareas?

—Haz ver a todos que el dominio de los Bárquidas en Qart Hadasht se ejerce como nunca antes. Que con el matrimonio de Aníbal e Imilce entramos en un tiempo de prosperidad y buen gobierno. Envia a Cartago noticia de ello y un cargamento de trigo para que se haga al pueblo un reparto con nuestra bendición. Y comienza a organizar la campaña de primavera: recluta hombres, asegura los pertrechos, pon a Bitón a trabajar en las máquinas de guerra, haz traer elefantes de África. Vamos, Berébal, no tenemos tiempo que perder.

El sidonio asintió, hizo una seña a Malión para que lo siguiera, y abandonó la estancia con paso apresurado.

—Haced pasar a Gerashtart —dijo Aníbal.

Un momento después, el Alto Sacerdote de Atargatis hacía su entrada siguiendo a Maharcón. Llevaba su túnica azul, pero había prescindido de la tiara y el báculo de plata que usaba en los ceremoniales. Aunque el sudor copioso de la frente y el brillo de sus ojos delataban angustia, trataba de ocultarlo con una actitud exageradamente obsequiosa. Tenía las manos cruzadas sobre el abdomen y se inclinaba una y otra vez en genuflexiones sucesivas.

—¡Que Atargatis os bendiga con sus bienes, mis señores! —dijo con estridencia.

Aníbal hizo un gesto a Imilce para que hablara.

—Gerashtart —dijo ella—, creemos que Ishmún se sentirá complacido de que te pongas al frente de sus sacerdotes como Rab Kohanim.

Imilce miró a Aníbal y él asintió, de modo que fuera advertido por todos. Hacía así expreso el reparto de papeles que habían convenido: ella supervisaría el culto de los dioses y él podría dedicar toda su atención a la administración de su territorio y a los asuntos militares.

—Mi, mi, mi… —tartamudeó Gerashtart, reanudando sus reverencias—, mi señora… No concibo un honor mayor. Pondré toda mi devoción en merecerlo.

—Gerashtart —continuó Imilce, dejando que las cálidas resonancias íberas con que hablaba el idioma púnico se enseñorearan de la sala—, tus responsabilidades se limitarán a honrar a tu dios. Limítate a ser piadoso. De los asuntos de la ciudad nos ocuparemos nosotros, con la ayuda de Berébal.

—Así lo haré, mi señora, contad con ello. Seré el humilde servidor de Ishmún y de mis señores Aníbal e Imilce. Nada llamará mi atención fuera de mi templo.

—En cuanto a tu sucesor como Alto Sacerdote de Atargatis, hemos decidido que nadie podría serlo mejor que Betukine de Auringis. En lo sucesivo el templo lo será de Atargatis y Betatun. Eso complacerá a las diosas y a nuestro pueblo.

—Como… como digáis, mi señora. Que las diosas protejan durante largo tiempo vuestra sabiduría.

Gerashtart volvió su mirada hacia Aníbal y él la mantuvo durante un largo instante. La dirigió después hacia Mucro. El rey de Cástulo estaba radiante; después de la humillación que había supuesto para él la adopción por Aníbal del hijo de Titayú todo volvía a complacerle. La elección de Betukine mostraba la nueva influencia de Imilce, y de los intereses de Cástulo, en el dominio Bárquida. Y que el templo del palacio de Qart Hadasht quedara bajo la advocación de Betatun era un gesto que celebrarían todas las ciudades íberas. A Aníbal le parecía un movimiento magistral, concebido de común acuerdo por Sósilo y la propia Imilce.

—Vamos, Gerashtart —dijo Aníbal—; ya has oído. Sin duda tendrás que ocuparte de tus nuevas obligaciones. Y lo mismo toca para los demás. Basta ya por hoy.

En la estancia se hizo un rumor cuando los presentes se dirigieron hacia la salida entablando conversaciones. Aníbal ofreció sus manos a Imilce para ayudarla a incorporarse cuando se quedaron solos. Los ornamentos de la realeza oretana con que iba ataviada le daban un aspecto espléndido, pero le dificultaban los movimientos.

—¿Estás satisfecha, Imilce?

Imilce le dedicó una ancha sonrisa. En sus ojos castaños había algo más que alegría: un cambio sutil, un anhelo que él no supo identificar. De un modo inefable parecía ella misma y, al mismo tiempo, otra mujer.

—¿Cómo no iba a estarlo? Parece como si ayer una nube se hubiera retirado del ánimo de toda Qart Hadasht. El Rab Kohanim Zekárbal prestó sin duda grandes servicios a tu familia, pero no parece que nadie haya lamentado su pérdida.

Aníbal asintió con un atisbo de reticencia.

—Así es. Su forma de entender el poder le había granjeado demasiados enemigos. Con todo, era un hábil servidor de nuestros intereses y reemplazarlo no será tan sencillo.

—No te inquietes, esposo mío. Tú y yo nos bastamos para eso y para mucho más. Sabes tan bien como yo que Zekárbal se había acabado convirtiendo en un obstáculo. Si te hubieras visto obligado a mantenerlo a tu lado hubieras arrastrado con él todos los lastres del pasado que él encarnaba. Sencillamente había pasado su tiempo. La pobre Titayú, en su demencia, ha sido el instrumento de los dioses para despejarnos el camino.

A Aníbal le causó una agria desazón la forma en que Imilce se congratulaba de todo aquello. Su actitud le traía a la memoria las últimas palabras de Zekárbal antes de ser víctima del ataque de Titayú: «Te contaré cosas que no imaginas de esa perra íbera tuya». La muerte del Rab Kohanim le había privado a Aníbal de la posibilidad de pedirle explicaciones por sus insinuaciones. Por ello, había decidido poner en marcha sus propias averiguaciones.

—Sea como sea —dijo Aníbal—, lo que ha hecho Titayú es un crimen contra nuestra autoridad. Tiene que ser castigada por ello.

—Claro, Aníbal. Pero imagino que no querrás someterla a uno de esos juicios tuyos, como si este fuese un asunto cualquiera. Lo que ocurrió, ocurrió ante los ojos de todos. Ahorrémosle a Titayú más sufrimiento y dejemos todo esto atrás de una vez. Tu pueblo te espera. Nos espera.

—Titayú tiene que ser castigada —se obcecó—. Mi pueblo espera que en la Qart Hadasht de Aníbal Barca los crímenes no queden impunes.

—Bien —dijo Imilce, con tono conciliatorio, poniéndole a Aníbal una mano en el brazo—. Deja que me ocupe yo.

Aníbal miró a Imilce con una interrogación suspendida en su ánimo. ¿Qué era eso que había en ella que le desconcertaba?

—De acuerdo —dijo al fin—. Queda en tus manos.

Imilce asintió y caminó hacia la puerta. Antes de llegar a ella esta se abrió y un hombre apareció en el umbral.

Era Eteocles, el médico.

Imilce quedó intrigada. ¿Qué hacía allí Eteocles? ¿Es que Aníbal lo había hecho llamar por alguna dolencia que se guardaba para sí? Cruzó con el médico un gesto de saludo y dudó durante un instante al salir al corredor. Se giró cuando el guardia cerraba ya la puerta y vio cómo Eteocles se acercaba a Aníbal mostrando algo y murmurando en voz baja palabras que no pudo entender.

Caminó por los corredores pensando en ello hasta que alcanzó la puerta de las estancias privadas de Titayú. Los dos soldados de la Guardia Bárquida que la flanqueaban hicieron un saludo marcial al verla llegar. Entró sin llamar y cerró la puerta tras de sí.

El ambiente en el interior era opresivo. El humo de los braseros formaba una neblina que hacía difícil respirar. Vio a Titayú recostada en la cama, girada hacia la cuna vacía que había junto a ella. La escena le recordó la de dos noches atrás, cuando se vio obligada a ejecutar con sus propias manos las órdenes de la diosa. No sintió ningún remordimiento: todo había ocurrido como tenía que ocurrir, y la diosa le había concedido por su devoción dos regalos inesperados: su nuevo estado y la muerte de Zekárbal. Ambos hacían las cosas mucho más sencillas.

El humo le hizo toser y Titayú se agitó de pronto, volviéndose hacia ella.

Imilce quedó impresionada: la mastiena estaba aún salpicada de

la sangre de Zekárbal. Mezclada con el tinte negro de sus labios se le había repartido por el rostro de un modo que le daba un aspecto terrible. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo empastado con costras coaguladas. Parecía un ser monstruoso, un animal vesánico.

—¡Imilce! —gritó Titayú—. ¡Por fin has venido! ¿Por qué me has dejado sola? ¿Dónde está mi doncella? He tratado de salir y los guardias de la puerta me lo han impedido. Tan solo Eteocles se ha dignado a venir a verme. ¡Creí que iba a volverme loca!

—He venido en cuanto he podido —dijo Imilce, deteniéndose a dos pasos de la cama—. Pero debes comprender que en el palacio tengo innumerables cosas de las que ocuparme. Más aún después de lo que hiciste ayer. Mataste al Rab Kohanim delante de todos nosotros, ¿no lo recuerdas? No pensarías que después de algo así podrías continuar con tu vida como si nada hubiese ocurrido.

—¿Cómo si nada hubiese ocurrido? —repitió Titayú poniéndose en pie. Estiró su túnica y se frotó el rostro con la manga, como si tratara de recuperar alguna porción de dignidad—. ¿Es que has olvidado tú que mi hijo ha sido asesinado? Lo que yo hice ayer no es más que justicia. Si no me la dan ni los hombres ni los dioses tengo que tomármela por mi mano. Aunque acaso no haya terminado todavía.

—No sé qué quieres decir.

Titayú se acercó a Imilce con los brazos extendidos hacia atrás y los puños apretados. Gritó a un palmo de distancia del rostro de la oretana, salpicándola de saliva.

—¿No lo sabes? ¿Es que me tomas por estúpida? ¿Crees que no veo, que no oigo, que no comprendo? Te haces pasar por mi amiga, ¡pero por fin he comprendido que es todo mentira! Tengo en mis entrañas la certidumbre de que tú has ayudado al sapo Zekárbal en todo esto. ¿Quién si no? Te has ganado mi confianza, has entrado y salido de esta habitación a tu antojo. ¡Estás tan manchada por la muerte de mi hijo como él! ¿Serás capaz de negarlo ante los dioses, Imilce de Cástulo? ¿Serás capaz de negarlo ante Aníbal?

Imilce quedó inmóvil durante un momento. Después cruzó el rostro de Titayú con una bofetada en la que puso toda la fuerza de su ira. La mastiena, cogida por sorpresa, se vio empujada hacia atrás, trastabilló y cayó al suelo. Al tratar de levantarse recibió una patada en el vientre que la derribó de nuevo.

—Jamás pronunciarás una sola palabra más —dijo Imilce, con una voz saturada de odio—. Si lo haces te cortaré yo misma la lengua. Si escribes cualquier cosa, te cortaré las manos. Y si de algún modo intentas extender alguna sospecha sobre mí, te encerraré en un calabozo para que los carceleros de Zekárbal se ocupen de ti.

Titayú la miró con espanto.

—¿Es esa la vida que me ofreces? La muerte parece un destino menos cruel.

Imilce pareció recordar algo. Asintió y sacó de un bolsillo de su manto un objeto envuelto en un paño. Lo descubrió: era el puñal celtíbero con que Titayú había matado al Rab Kohanim el día anterior. Lo dejó caer al suelo. El metal levantó ecos del pavimento que tardaron en desaparecer en los rincones de la estancia. Se inclinó y escupió a Titayú en el rostro.

—Eso es cosa tuya —dijo.

Después caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

Cuando la vio entrar, Aníbal notó que Imilce estaba agitada. Dejó sobre la mesa la carta que estaba leyendo y se acercó a ella.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Imagínate —respondió Imilce, dejando escapar un suspiro fatigado—. Titayú es incapaz de comprender que no consideremos como un acto de justicia lo que ha hecho. Creo que la muerte de su hijo le ha hecho perder el juicio: no deja de imaginar peligros y de murmurar cosas incoherentes. Le he dicho que, por su propio bien, quedará confinada a su dormitorio mientras tú no decidas otra cosa.

Aníbal asintió. Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo, quedando en un silencio incómodo, titubeante.

—¿Y tú? —preguntó Imilce a su vez—. ¿Estás bien?

Aníbal la miró de frente.

—Ha estado aquí Eteocles.

—Lo vi llegar. Me pregunté si sufres alguna dolencia. ¿Es así?

Aníbal negó con la cabeza.

—No es eso. Le pedí que me ayudara a descubrir si las acusaciones de Titayú contra Zekárbal podían tener o no algo de verdad. Tal vez esté perdiendo el juicio, pero nos avisó a todos de que algo así podría suceder.

Imilce lo miró con una mueca de disgusto enganchada en la

comisura de los labios.

—Ah… Me sorprende que no me hayas dicho nada antes. Hubiéramos podido pensar juntos sobre ello. Sabes que Titayú está más inclinada a hablar conmigo que con ningún otro.

Aníbal no respondió. Volvió a la mesa, tomó una jarra de bronce con el cuello rematado por una cabeza de animal y se la mostró. Imilce la conocía bien.

—Eteocles me trajo esto. Me dijo que era la que usaba habitualmente Titayú para servirse el vino.

—Sí, me es familiar.

—La cogió ayer de su habitación. Contenía aún vino de la noche anterior. Eteocles lo ha examinado y ha encontrado en él restos de licor de mandrágora. Es un somnífero muy poderoso.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe.

—Eteocles reconoció que él mismo había preparado ese licor —continuó Aníbal, con la mirada fija en ella—. Zekárbal le había pedido que lo hiciera, aunque nunca le dijo para qué.

Imilce hizo el gesto de quien ve confirmadas sus sospechas.

—Eso lo explica todo, ¿no es así? Titayú tenía razón. Zekárbal la drogó para hacerle descuidar la atención a su bebé.

—La cuestión es: ¿quién puso la mandrágora en el vino? ¿Tal vez la doncella, la nodriza…? Creo que no. Les hemos aplicado el hierro y el fuego. Ambas juran por todos los dioses que nunca hicieron tal cosa. He hablado con los soldados que hicieron guardia aquella tarde y la única persona que, aparte de ellas, entró en las estancias de Titayú… fuiste tú.

Imilce quedó paralizada. Separó los labios antes de saber qué decir.

Aníbal se acercó a ella y la agarró por las muñecas.

—¿Fuiste tú quien puso la mandrágora en el vino de Titayú, Imilce? Dime, ¿fuiste tú?

—¡Aníbal! ¿Has perdido el juicio…?

Imilce se interrumpió bruscamente. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Después los párpados se le vencieron de nuevo, más despacio. Su semblante había adquirido el color de la cera. Se estremeció, sufrió una arcada y vomitó sobre el pecho de Aníbal. Se apoyó en él, quedó lánguida, se deslizó hacia el suelo. Aníbal la sujetó con dificultad y la llevó hasta la silla, llamándola con angustia.

—¡Imilce! ¡Vamos, Imilce, despierta! ¿Qué te ocurre?

Transcurrió un largo instante durante el que Aníbal no supo hacer otra cosa que tomarla de las manos y arrodillarse a su lado. De pronto Imilce dio un respingo, volvió en sí y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Aníbal —dijo—, hay algo que debes saber.

—Te escucho, Imilce.

Ella tomó la mano de él y la puso sobre su vientre.

—Betatun nos ha bendecido. Tus deseos serán colmados. Dentro de mí crece ya tu heredero. ¿Lo sientes, Aníbal? Es tu hijo.

PARTE QUINTA

EL UMBRAL DE LOS DIOSES

«Heracles, Alejandro, hizo eso como un dios frente a un dios; pero tú, que eres mortal, no rivalices con los dioses. Deja que tus hazañas sean divulgadas hasta el umbral de los dioses».

PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*.

Capítulo XXX

—¡ZEKÁRBAL muerto de ese modo, por mano de Titayú, antes de quitarse ella misma la vida! —Bobdal alzó ambas manos y las mantuvo en el aire, dando forma a la magnitud del suceso—. ¡Por Baal Hammón que fue una conmoción para todos!

Argonio se arropó en el manto con un suspiro. Hizo un gesto a Adara con el mentón y ella se apresuró a añadir al brasero que ocupaba el centro de la estancia unos trozos de carbón de leña y una mata de romero. Estaban siendo días de frío feroz, de ese que hiela durante la noche el agua en las tinajas y convierte el aliento en efímeros plumones de vapor.

—Todo ello para beneficio de Imilce —continuó Bobdal—. En dos días habían desaparecido todos sus adversarios: Zekárbal, el pequeño Asdrúbal y la propia Titayú. Las cosas no podían haberle ido mejor. Es verdad que eso dio lugar a todo tipo de maledicencias en la ciudad. Imaginad los rumores que corrieron de boca en boca en las tabernas y lupanares del puerto.

—De esos lugares se dice que en ellos se produce antes la noticia que el suceso —musitó Argonio.

—Así es. Crea cada uno lo que quiera. Lo cierto es que, para cuando los rumores llegaron a lo alto de la colina Bárquida, ya había sido anunciado el embarazo de la señora Imilce y todos prefirieron sumarse al regocijo antes que a las sospechas, empezando por el propio Aníbal, quien puso toda su atención en preparar la campaña de la primavera siguiente. Berébal y Malión hicieron que la plata siguiera afluyendo con regularidad, acrecentada ahora con la producción de Baebelo, la dote de Imilce, y Aníbal dispuso de los recursos que necesitaba. Comenzó la leva de mercenarios e hizo traer de África cuarenta elefantes. En las semanas anteriores al equinoccio de primavera ordenó el regreso de las tropas a las que había concedido licencia y pronto todo estuvo a punto.

Argonio sacudió la cabeza con un lastre de antigua amargura.

—Todo a punto para reanudar la guerra interminable. Aníbal se había hecho con el poder y eso exigía llevar víctimas al altar de los sacrificios. No puedo dejar de preguntarme qué ofensa hemos cometido los hombres para que los dioses no hayan podido imaginar otro mundo menos cruel. ¿De verdad es precisa esta incesante ceremonia de muerte, derrota y sumisión? Malditos griegos, ellos llegaron a hacerme creer lo contrario, con sus ideas disparatadas sobre la república de los sabios. Cómo podían vacceos y vetones imaginar que a un centenar de leguas de distancia se estaba disponiendo todo el poder militar de los Bárquidas para iniciar la demolición de su libertad…

—Ya conoces la respuesta a eso, tío Argonio —terció Adara con suavidad—. Tal vez no en el de las mujeres, pero en el corazón de los hombres habita un demonio que os hace desdeñar la paz a favor del poder. Así ha sido siempre, también en Grecia.

—Acaso lo que ocurrió tomara por sorpresa a las gentes de la meseta —sugirió Bobdal, antes de que Argonio pudiera responder—, pero estoy seguro de que no a vosotros. Es absurdo pensar que Aníbal fuera a dar por buena vuestra huida. Y alguna noticia de lo que estaba aconteciendo en Qart Hadasht debió llegar hasta el Tagus. Imagino que, al menos, saber de la muerte de Zekárbal debió daros un motivo de alegría.

—Es verdad —concedió Argonio con reticencia—. Las dos cosas son verdad. Ni nos tomaron por sorpresa los preparativos de la guerra de Aníbal ni dejó de alegrarnos saber de la muerte del sacerdote. Ni la del niño Asdrúbal, por cierto, aunque fuera un inocente. Los reveses de nuestros enemigos fueron la única luz que nos permitió mantener la esperanza en aquel invierno atroz en que al dolor del desarraigo sumamos la vergüenza de trabajar como esclavos para nuestros nuevos señores.

Adara lo miró con preocupación. Conocía bien ese estado de ánimo de su tío. La crudeza del invierno, excesiva incluso para aquellas parameras, y la incertidumbre sobre la suerte corrida por los jóvenes del poblado, lo estaban sumergiendo en un estanque de desesperanza.

—No seas injusto, tío Argonio —dijo Adara, poniendo una mano sobre su brazo, como si el contacto físico pudiera ayudarle a recobrar la ecuanimidad—. Yo estuve allí a esa edad de la que no se

conserva más que un puñado de recuerdos, pero sé bien que lo que hicimos no tuvo nada que ver con la servidumbre. Trabajamos para ganarnos nuestro lugar en una tierra extranjera y protegernos a nosotros mismos. Eso fue todo.

—Si es así como te lo contaron… —concedió Argonio, mirando a Adara como si descubriera algo por primera vez. Tal vez cayera ahora en la cuenta de que también ella fue testigo de aquel tiempo, aunque fuera a través de los ojos libres de una niña.

—Es así como me lo has contado tú mismo muchas veces. Es así como fue. Los vetones, al menos los que nos acogieron, se comportaron como gente honorable, respetando sus compromisos, por mucho que, al mismo tiempo, quisieran hacer ver que seguían siendo dueños de su tierra.

Argonio mantuvo con el ceño fruncido la mirada de su sobrina durante un largo instante y por último asintió con un suspiro.

—Tienes razón, Adara, discúlpame. Lo peor de hacerse viejo es que todos los recuerdos se ven a la luz, o mejor dicho la penumbra, de la fatiga y el descreimiento de los años. Uno llega a pensar que su mezquindad es la mezquindad de todos. Que el mundo se avejenta irremediablemente al mismo tiempo que lo hacemos nosotros.

—Tú no eres mezquino —objetó Adara—. Nunca lo has sido.

—Te equivocas, pero eso no importa ahora. Digamos que los vetones de Ebora se comportaron como nosotros mismos lo hubiésemos hecho, lo que no fue poco en aquellos momentos tan poco propicios para la generosidad o la cortesía. Demostraron ser un pueblo merecedor de respeto, observante de su código de honor y del culto de sus dioses. Ni aquel ni estos eran demasiado diferentes de los nuestros. Eran una gente dura, implacable; austeros y severos para con ellos mismos y los demás.

Bobdal se animó a intervenir tras el intercambio entre los oretanos, de cuya intimidad se había querido mantener al margen. Su simpatía estaba con Adara, por mucho que el frío crepitándole en los huesos le hiciera comprender muy bien el pesar de Argonio.

—Para Aníbal los vetones eran bárbaros remotos de los que no le habían llegado más que algunas noticias empapadas de fantasía, pero que bastaron para despertar su curiosidad. Se decía que un guerrero vetón solo consideraba provechoso el tiempo que pasaba

descansando o guerreando, que no hacían más que una comida al día. Parecían emular a los hombres de la antigua Esparta.

Argonio suspiró de nuevo y se frotó los ojos, como si de ese modo le abriera nuevas anchuras a su mirada. Bebió de su copa de hidromiel e hizo un gesto de disgusto al comprobar que se había quedado tan destemplado como el aire denso de humo de la estancia.

—No lo sé —dijo—, nunca conocí a ningún espartano, y no lo lamento. No produjeron nada de lo que admiré de los griegos. ¿Dónde está su teatro, su filosofía, su arte?

—Están sus leyes —sugirió Bobdal—; Licurgo…

—Donde no florece el espíritu humano las leyes son una prisión —dijo Argonio—. Los vetones eran austeros y cabales. Nos acogieron a cambio de nuestro trabajo y las espadas de nuestros guerreros, y les dimos ambas cosas con largueza. Primero fue el tiempo del trabajo: un invierno entero partiéndonos la espalda para construir su nueva ciudad amurallada además de las nuestras. Tuvimos que levantar la nueva Hélike en el mismo punto en que nos habían detenido al abandonar el territorio de los carpetanos, sin acercarnos siquiera a las riberas del Tagus. Nos utilizaron como colonos de conveniencia para consolidar su frontera más vulnerable.

—Ya lo has dicho —señaló Adara—, no hicieron nada que nosotros mismos no hubiésemos hecho. También nos acompañaron en la consagración de nuestra nueva ciudad y nos dieron la bienvenida como iguales en la de la suya.

—Eso es cierto —concedió Argonio y su expresión se le suavizó un tanto—. Recuerdo a un sacerdote de su dios Vaélico; lo llamaban Vailos, el Lobo… Desde el primer día dijo que el destino de su pueblo estaba, posiblemente por desdicha, ligado al nuestro. Fue la persona que más consuelo me proporcionó conocer en aquellos días, con su sabiduría de las piedras y los árboles, del agua y el cielo. Sentí no permanecer con ellos el tiempo suficiente para aprender sus misterios.

»Lamenté que el tiempo le diera la razón. En especial en aquel día de Beltaine tan colmado de augurio y revelaciones… —Argonio dejó que la pausa cobrara la cualidad de un interrogante, de una ensoñación—. Pero aún es pronto para llegar a eso, ¿no es cierto?

Muchas cosas debieron suceder antes para que los dioses eligieran aquel Beltaine como su encrucijada. Como nuestra encrucijada.

Nadie habló durante un largo momento.

—Volvamos a Qart Hadasht entonces —se aventuró Bobdal—. Por Baal Hammón que allí seguían ocurriendo, en efecto, muchas cosas…

Una llamada a la puerta lo interrumpió de pronto; un instante después se asomó Galduriaunin.

—Disculpad la intromisión… —dijo trasluciendo agitación—. Está aquí Aibekes…, ya sabéis, el manco de la taberna del camino de Termancia. Trae noticias, noticias de los guerreros…

¡Los guerreros!

Adara sintió una trepidación instantánea y se puso en pie. Miró a Argonio y este le hizo un gesto de sosiego y asintió con la cabeza.

—Hazle entrar. Y ofrécele hidromiel caliente.

—Tal vez sea mejor que os deje —sugirió Bobdal, haciendo ademán de levantarse.

—Quédate si lo deseas —dijo Argonio, sin desviar la mirada de la puerta, donde había aparecido un muchacho que trataba de recobrar el aliento tras lo que debía haber sido una carrera de tres leguas. Tenía el rostro aterido y los ojos vivaces, y ocultaba el extremo del brazo derecho entre los pliegues de su sago de lana negra. Era bien conocido en el poblado; andaba siempre trayendo y llevando noticias y rumores. El trato con las gentes que pasaban por la taberna de su padre le había hecho precoz en diversas formas de ganarse unas monedas. Un año atrás, un pastor berón que llevaba un rebaño de bueyes al mercado de Varia había sorprendido al chico hurgando en su bolsa. Movido por la ira le cortó la mano con una hoz, haciendo de él un tullido y de su ingenio un don a menudo agrio e impertinente. Argonio sentía por él una vaga simpatía—. ¿Qué nuevas nos traes, Aibekes?

—Señor Argonio —respondió el chico, tras beber de un trago el vaso de hidromiel que le ofreció Adara—, anoche llegó a la taberna Iltunesker el turboleta. Tal vez lo conozcáis… lo llaman el Carroñero. Va por los caminos con un carro tirado por un caballo tan tiñoso que no hay quien lo deje entrar en sus establos…

—He oído hablar de él. Recorre los lugares donde ha habido hechos de armas y recoge los despojos que encuentra.

—El mismo. Tampoco hace ascos a limpiar los cadáveres que hayan quedado en el campo; siempre dice que es una acción piadosa aligerar de lastre a los espíritus. A nadie le resulta agradable su compañía, pero no hay quien se resista a echar un vistazo al cajón de su carro.

—Tiene bien ganado el sobrenombre —dijo Adara, haciendo una mueca de aversión—; un carroñero, sin duda.

—Sí —convino Argonio—, del que nos beneficiamos todos. Los despojos que recoge Iltunesker pueden contar historias muy valiosas si se les presta atención. Vamos, muchacho, habla de una vez.

—Iltunesker viene del sur; desde el inicio del verano ha tenido allí muchas oportunidades de llenar su carro. Ya sabéis que el pretor Varrón —y Aibekes escupió en el suelo tras pronunciar su nombre—, que Cosus lo visite en su sueño, no ha dejado de buscarle las vueltas a los nuestros…

—Ya sabemos todo eso, Aibekes —urgió Argonio con fastidio—. Lo que ignoramos es qué ha sido de nuestros guerreros, y por qué no se ha suspendido la campaña al llegar el invierno, como acostumbran a hacer los romanos.

—A eso iba —dijo el tullido—. Según el Carroñero, Varrón cree que esta es su oportunidad para volver a Roma con un gran triunfo. El otro pretor, Sempronio Longo —escupió de nuevo—, está enfermo y no ha podido hacer nada con sus legiones en el Betis.

—Roma dejaría de ser lo que es si no tuviera victorias militares que celebrar —dijo Argonio—. Y este año en Ispania ello depende de Varrón.

—Por eso continúa en campaña aunque hayan llegado los hielos. Esa rata busca un éxito que le permita volver a Roma como si hubiera puesto a toda la Celtiberia a sus pies. Pero por las pelotas de Cosus que no se lo vamos a permitir.

Aibekes hablaba con la fatua suficiencia de quien se quiere hacer pasar por protagonista de sucesos en los que hubiera deseado participar.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Adara.

—En Urbicua. Los nuestros llevan allí toda una luna resistiendo su asedio. Varrón hace todo lo posible por tomar la ciudad, pero cada día está más cerca de tener que marcharse con las manos vacías. Dice Iltunesker que en el campamento los legionarios no

disimulan su descontento. Allí hace también un frío de romper las piedras, y ya deberían llevar semanas en sus cuarteles de invierno en Tarraco, gastándose las pagas en putas y vino.

—Urbicua… —se admiró Argonio—. Nunca pensé que hubieran ido tan al sur. Eso está llegando a tierra de ólcades.

—Sí —dijo Aibekes—, a no menos de treinta leguas de distancia. La lucha aún queda lejos.

A Adara le pareció que lo lamentaba. El tullido mostraba una turbia fascinación por la guerra. Acaso fuera que la desdicha de los otros fuera a hacer la suya más llevadera. En cuanto a las noticias, Adara quedó con el ánimo en suspenso, aliviada por saber que los suyos todavía resistían, pero consciente de que el fin podía precipitarse en cualquier momento.

—¿Hace cuánto supo de esto el Carroñero? —preguntó.

—Dijo que pasó por Urbicua hace nueve o diez días —respondió Aibekes, encogiéndose de hombros—, aunque no parecía muy seguro. Esta mañana se marchó temprano sin querer entrar en más conversación conmigo, una vez colocada su mercancía. Mi padre me ordenó entonces que viniera. Me aseguró que el señor Argonio respondería con generosidad a mi esfuerzo…

En respuesta, Argonio miró largamente a Aibekes. El chico dejó vagar sus ojos por la estancia. Su ánimo parecía soportar un peso que hasta ese momento le había pasado inadvertido.

—Aibekes —dijo Argonio, movido por una idea repentina—, creo que no eres el único hijo varón de Alendro, ¿no es así?

—Así es; la madre Epona me ha bendecido con tres hermanos a los que siempre acompaña mi corazón.

—Y… ¿dónde están ahora tus hermanos?

—Están en Urbicua, señor Argonio, haciendo frente como los guerreros de honor que son al pretor Varrón y sus legionarios —escupió tres veces en el suelo, como si lo hiciera en nombre de cada uno de sus hermanos—. A las órdenes de vuestro sobrino Gerión. Lo único que lamento —añadió con los ojos arrasados súbitamente de pesadumbre— que el cuarto de los hijos de Alendro no esté con ellos.

Argonio se puso el pie, se desprendió la fíbula de oro que sujetaba su manto sobre el hombro y se la entregó al muchacho.

—Celebra la victoria con tus hermanos cuando regresen

—dijo—, y haz un sacrificio a Epona para que nos ayude a recordar el valor de lo que tenemos y a no lamentar siempre lo que se nos arrebató. Tú perdiste una mano y yo a un pueblo entero. Ningún lamento hará que los recobremos. Ahora vete y llévale mis saludos a tu padre… —reflexionó durante un instante antes de hablar de nuevo—. Y vuelve algún día cuando te lo permitan tus quehaceres. Tal vez descubras que puedes serle muy útil a tu pueblo sin esa mano. Hay muchas batallas que no se disputan con el hierro.

A Aibekes se le inflamó la mirada de gratitud y se llevó el puño izquierdo al pecho al tiempo que inclinaba la cabeza.

—Esperaré a que llegue ese día, señor Argonio. Hasta entonces haré plegarias para que Epona ilumine tus pasos.

Salió seguido por Galduriaunin.

Argonio, Bobdal y Adara quedaron en un silencio agridulce. Fue Adara quien trató de apartar su pensamiento de Urbicua y devolver la conversación al punto en que había quedado interrumpida.

—Que Epona nos ilumine a todos y permita que el día de la celebración no se demore. Continuad ahora vuestra historia; es lo único que me ayuda a hacer más liviana la espera. Bobdal, eras tú quien estaba con el relato. Ya se había conocido la noticia del embarazo de Imilce…

Bobdal alzó las cejas y se mordió el labio, dándose el tiempo para transitar de un paisaje al otro.

—Vaya… Ahora en Urbicua con Aulo Terencio Varrón y un instante después de regreso en Qart Hadasht con Aníbal, ¡todo un viaje! Dadme un momento… Si no me falla la memoria decía que fue un tiempo pleno de acontecimientos. Una vez desaparecido Zekárbal y sabiendo que Imilce llevaba en el vientre su simiente, Aníbal entró en una etapa de actividad frenética, sintiendo que, con los dioses favoreciéndolo de forma tan abierta, debía aprovechar al máximo sus oportunidades. Se sentía ungido, ilimitado, invulnerable, como si los hados le ofreciesen el privilegio de llevar a cabo hazañas heroicas. Estoy convencido de que fue en esos días cuando alumbró la idea de cruzar a Italia no por mar, como sus enemigos en Roma habían esperado, sino atravesando la Galia y los Alpes, del mismo modo que hizo Herakles, o Melqart, al regresar con los bueyes de Gerión del jardín de las Hespérides.

—Y la jugada le salió bien —admitió Argonio—; es verdad que

el Cachorro actuó con esa audacia que en ocasiones sirve de reclamo a la Fortuna.

—¡Los Alpes! —se admiró Adara. A pesar del largo tiempo transcurrido, la memoria del viaje de Aníbal y su ejército seguía viva en toda la Celtiberia. No había poblado en que algún anciano no recordara en las conversaciones de hoguera el tiempo en que fue soldado de fortuna a las órdenes de los Bárquidas, recorriendo el mundo y cobrando victorias asombrosas. De las fabulosas aventuras que escuchaban los más jóvenes ninguna era más admirada que la travesía de los Alpes—. ¿Estuviste allí?

Bobdal se giró hacia ella y la miró de hito en hito. Se frotó la barba mientras pensaba en la respuesta.

—Estuve allí, Adara. Exceptuando Zama, ninguna gesta fue tan despiadada con los hombres de Aníbal como la de los Alpes. Acometimos el viaje cincuenta millares de hombres y lo concluimos la mitad. Murieron todos los elefantes a excepción de tres, centenares de caballos, guerreros incontables como si no tuvieran valor, como si no dejaran poblados enteros devastados allá en Ispania…

—Me asombra que esos hombres suyos le guardaran, o le guardaseis, una fidelidad tan perdurable —dijo Adara con la expresión abstraída—. Aníbal sufrió muchos males, pero nunca la desafección de los suyos.

Bobdal asintió.

—Es verdad. Sus soldados, sobre todo los íberos, le profesaban una adoración más propia de un dios que de un hombre. Aníbal recibió esa devoción siempre con incomodidad. Él admiró e imitó a Alejandro en casi todo, pero no en eso. Ni se consideró hijo de dios alguno ni aceptó ningún tipo de culto. Ser hijo de Amílcar Barca le pareció el más alto honor imaginable. No necesitó nada más.

—No solo imitó al macedonio —objetó Argonio—; tú mismo has dicho que quiso seguir los pasos de Melqart.

—Por Melqart sintió una devoción inmensa y lo tomó como dios tutelar, pero jamás fue víctima de la ensoñación de confundirse con él. También supo convertirlo en un símbolo unificador para todos los pueblos que se oponían a Roma. Melqart, Herakles, Alejandro… todos convertidos en la misma divinidad guerrera para acompañarlos en la batalla.

»Por esa razón, tras la toma de Sagunto y antes de emprender la marcha hacia Italia, cuando ya el Consejo de Cartago había rechazado las intimaciones de Roma, dando por rotos los tratados y declarada la guerra, Aníbal viajó a Gadir para renovar sus votos ante el dios. En el santuario la estatua de Melqart mostraba entonces la apariencia de Alejandro. Postrándose ante él convocaba para unirse a su empresa a todos los pueblos del mar de Levante, desde la propia Cartago e Ispania a Siria, Macedonia y Egipto.

—Eso se parece mucho a presentarse como una encarnación de Melqart —insistió Argonio—. Lo que creo es que tu Aníbal tal vez supo mantener la cordura mejor que el macedonio, pero no le importó ser visto como un dios cuando eso le sirvió para reforzar el poder que ejercía sobre los suyos, sobre todo ante los nuevos aliados íberos. Para convertir la lealtad en veneración plena. Y, como ha dicho Adara, es indiscutible que lo consiguió.

Bobdal sacudió la cabeza, negando con obstinación, y Adara sonrió para sí al ver cómo la prolongada conversación entre su tío y el cartaginés iba convirtiéndose en uno de esos duelos entre viejos adversarios en los que no es tan importante demostrar que uno tiene razón como que el otro se equivoca. Los vio como los ancianos que estaban empezando a ser, cada vez más parecidos el uno al otro.

—Aníbal fue solo un hombre —dijo el cartaginés—. A menudo creo que el más grande de los hombres, pero solo un hombre. Nunca se presentó como nada más, y nada menos, que eso. Un hombre que exigía lo que él mismo daba: fidelidad a su honor y a su palabra. Hubo un episodio en que todo eso se puso de manifiesto cuando al fin llegó el momento de iniciar la campaña. Dejadme proseguir la historia y no tardaré en llegar a ello.

Argonio respondió con un gesto condescendiente.

—Cómo oponerse, Bobdal, si vas a hacerlo de todos modos.

—Tal y como se habían prometido —continuó el cartaginés, dirigiéndose a Adara—, Aníbal e Imilce viajaron a Auringis para participar en los ritos del equinoccio de primavera en el santuario de Betatun y poner el embarazo de ella bajo la bendición de su diosa. Se encaminaron después a Cástulo, donde estaba previsto que recibieran el homenaje de la ciudad y de sus veintitrés poblaciones tributarias y se reunieran con el ejército, que se había adelantado a

las órdenes de Mahárbal.

»Todo el esplendor de la Oretania se había dispuesto en Cástulo para recibirlos. Mucro no había escatimado en gastos, engalanando la ciudad y organizando una ceremonia deslumbrante, digna de los nuevos señores de Ispania. Él se presentaba de ese modo como el primero entre los íberos, abuelo del nuevo Bárquida que se estaba gestando en el vientre de su hija.

»Fue un momento inolvidable. Yo estaba en las murallas, como tantos otros miles de personas, esperando ver llegar a la comitiva. Allí nos mezclábamos, hombro con hombro, oretanos, fenicios y púnicos, animados por el mismo regocijo. Cuando aparecieron a lo lejos Aníbal e Imilce, sentados en sus tronos a lomos del elefante *Sirio*, seguidos por una impresionante formación de infantería, fue como si un dios de la locura hubiera descendido sobre todos nosotros. El clamor que salió de nuestras gargantas debió ser escuchado en toda la Oretania. En toda Ispania. Aquella joven pareja representaba una alianza de cartagineses y oretanos que parecía llamada a perdurar y a transformarlo todo. Aquel día pareció que nadie podría rivalizar con nosotros. Ni siquiera Roma.

—No fue así —insistió en recordar Argonio.

—No, no fue así… —admitió Bobdal encogiéndose de hombros. Acercó las manos al brasero y quedó durante un largo instante con la mirada hundida entre las ascuas, como si sus recuerdos anduvieran extraviados en ellas.

Capítulo XXXI

—¡POR las barbas de Melqart! —exclamó Aníbal.

¡El espectáculo era impresionante! Media jornada después de vadear el Betis en Iliturgi,[33] el ramal de la vía Heraklea que los había traído desde Auringis había descrestado un suave collado desde el que se veía Cástulo encaramada en su ancho cerro en la distancia. No menos de dos leguas los separaban aún de la ciudad, pero el recibimiento de honor que les habían preparado Mucro y Mahárbal se desplegaba ya ante sus ojos. A partir del cipo que señalaba el comienzo del territorio castulonense, al pie de la loma, sendas filas de hombres de armas se disponían a ambos lados del camino, en dirección a la ciudad. En cada hilera se alternaban soldados cartagineses y guerreros oretanos, los primeros con clámides rojas, yelmos de bronce y escudos con el caballo rampante de los Bárquidas; los segundos luciendo cascos de cuero, túnicas blancas de lino con un lazo púrpura en el cuello y caetras de variados colores. A intervalos de un centenar de codos se sucedían estandartes con los emblemas de Cartago y Cástulo, el creciente lunar y la esfinge alada, ondeando en la brisa viva del comienzo de la primavera. El efecto era deslumbrante y producía una exuberante sensación de poder.

Aníbal reparó en algo más: junto al cipo los esperaba un elefante con una plataforma construida en su lomo. Sobre ella se habían dispuesto sendos tronos que espejeaban bajo el sol del mediodía. A su lado había dos jinetes; Mahárbal, con su característico yelmo de crinera negra, era uno de ellos.

—¡Por las barbas de Melqart! —repitió Aníbal, admirado—, ¿has visto eso? ¡Es magnífico!

Imilce le respondió con la mirada astuta de quien no ha sido tomado por sorpresa.

—Lo es, pero no deberías haber esperado menos. Es lo que merece una ocasión como esta. Cástulo se rinde a tus pies, Aníbal, para recibirte.

—¡Para recibirnos! Hoy la hija del rey de Cástulo vuelve a su ciudad convertida en señora de dos mundos —respondió Aníbal, y se giró para ver el momento reflejado en el rostro de los suyos. En todos ellos halló el mismo brillo de sorpresa y maravilla, y ese regocijo algo arrogante de quienes sienten que cabalgan en el carro alado de los dioses. Aníbal agitó el dedo hacia Sósilo y el nuevo escriba, Sileno, reclamándoles la mayor atención para no perder detalle de los hechos extraordinarios que vivían.

Sobre el rumor de la comitiva se impuso el barrito del elefante que los esperaba. Sonó airado, impaciente.

—¡Es *Sirio*! —exclamó Aníbal—. Vamos, no nos demoremos.

Cabalgaron colina abajo y fueron a reunirse con Mahárbal y el jinete que lo acompañaba, de porte elegante y atuendo inusualmente lujoso para los bárbaros, con una toga de color amarillo brillante y abundantes bordados de plata. Imilce se inclinó hacia el oído de Aníbal y le habló en voz baja.

—Es Cerdubelos, cabeza de una de las grandes familias de Cástulo. Nadie como él ha sido tan reticente a nuestra alianza con Qart Hadasht y a mi boda contigo. Enviándolo aquí mi padre ha querido obligar a su honor con una muestra pública de lealtad hacia nosotros.

Aníbal asintió sin mirarla mientras el hombre saltaba de su caballo y doblaba una rodilla ante ellos.

—Sed bienvenido al territorio de Cástulo, señor Aníbal; sed bienvenida a vuestro hogar, señora Imilce —dijo, con voz engolada y tensa, como si a esta le costara encontrar el camino para salir de la garganta—; el rey Mucro me envía para que ningún honor que le fuera propio a él os falte a vosotros. Os espera en las puertas, como es costumbre.

Aníbal se apeó de *Strategos* y se acercó a Cerdubelos, instándolo a que se incorporara.

—Te agradezco tu bienvenida, Cerdubelos —dijo—. Ningún honor es mayor que recibir de ti la bienvenida. Y ninguno puede serme más grato que el que me hace Cástulo al acogerme de este modo.

El oretano se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Me alegra verte, Aníbal —dijo Mahárbal, acentuando el tono informal de su saludo en contraste con el boato grave de

Cerdubelos—, y a ti, mi señora Imilce. Todo está preparado para recibiros. Pronto lo veréis, es algo digno de admiración: Mucro ha hecho del día de hoy una especie de festividad de refundación de la ciudad. Ha ordenado abrir una puerta ceremonial en la muralla para que podáis hacer vuestra entrada solemne montados en *Sirio*.

Aníbal sonrió.

—Vamos pues —dijo—, no hagamos esperar a Mucro, ¡que Tanit lo tenga en su gracia!

El mahout tosió una orden a la membranosa oreja del elefante y este se postró de rodillas ante los esposos haciendo temblar el suelo. La escena cobró el sabor de los augurios: incluso el animal más poderoso de la tierra rendía homenaje a Aníbal Barca e Imilce de Cástulo. Estos ocuparon su lugar en los tronos y la bestia se alzó de nuevo, barritando un júbilo inquieto y turbulento. Después se puso en marcha, rebasando el cipo y adentrándose en el corredor formado por las filas paralelas de soldados. Sonó un cuerno y todos ellos comenzaron al unísono a batir con sus espadas los escudos, produciendo un estruendo que corrió hacia delante como un incendio, hasta convertirse en un estridente tumulto en el horizonte.

Durante las horas siguientes la comitiva encabezada por *Sirio* avanzó hacia Cástulo atravesando una campiña feraz de olivares, viñedos y huertos de almendros y granados, congregando a una multitud de espectadores que llegaban desde las granjas y caseríos de los alrededores para gritar sus bendiciones, hasta que la ciudad estuvo tan próxima que los esposos sentados en sus tronos fueron visibles desde las murallas. El clamor de voces y trompas fue tal que cuantos se vieron rodeados por él sintieron que alguna íntima fábrica del mundo se desmoronaba.

La algarabía se extinguió cuando Aníbal e Imilce llegaron ante la puerta de la ciudad. Su lugar lo ocupó un zumbido expectante con pretensión de silencio, nacido de millares de respiraciones contenidas.

La puerta era una obra extraordinaria. El tono crudo de los sillares de piedra revelaba que aún tenían el recuerdo de la entraña mineral de la cantera. Las jambas, de ocho pasos de altura, se soportaban sobre sendos leones tallados en caliza con un realismo intimidante. Las fauces advertían a los visitantes del poder de

Cástulo; las garras descansaban sobre las cabezas de los enemigos de la ciudad. Entre ambos guardianes esperaba Mucro vestido con un manto blanco. Sus únicos ornamentos eran una diadema y un báculo rematado por la esfinge alada de la ciudad. En su sencillez latía una formidable majestad. El rey alzó los brazos al aire como si desvelara un secreto.

—¡Aníbal, hijo de Amílcar! ¡Imilce, hija mía y de Cástulo! ¡Abriéndoos las puertas la ciudad se pone a vuestros pies! ¡Tomad posesión de ella y siempre os amará y guardará lealtad!

Resplandeciendo de orgullo, Aníbal dio una indicación al mahout para que hiciera a *Sirio* arrodillarse.

—Ni Imilce ni yo entraremos en Cástulo sin tenerte a nuestro lado, rey Mucro —dijo—; hónranos con tu compañía.

Mucro subió a la plataforma, se colocó de pie entre los tronos y saludó a la multitud. Su expresión hacía entender que el propósito de su vida estaba viéndose cumplido en ese momento, dando su pública bendición a los cónyuges más poderosos de Ispania. Aníbal lo observó de reojo: acaso el oretano estuviera excediéndose en mostrarlos como una suerte de trofeo ante su pueblo.

Se adentraron en las calles de la ciudad bajo una lluvia de flores; en todas las azoteas ardían pebeteros que convertían el aire en un caudal de perfume. Por delante de las patas arbóreas de *Sirio* marchaban músicos tocando el aulós y la trompa, y bailarines girando en círculo cogidos de las manos. Aníbal cruzó con Imilce miradas de admiración, dando a entender que la magnificencia de la ciudad superaba todas sus expectativas.

—Nunca pude imaginar una dote como Cástulo —dijo—, ni una esposa como tú. Bendita sea la gracia de Tanit.

Imilce esbozó una sonrisa con una insinuación de suficiencia y dejó resbalar la mirada hasta su vientre. Lo acarició despacio, como si diera forma a un huso de arcilla en el torno. Allí residía todo su poder. Desde que tuviera conocimiento del embarazo, toda sospecha se había desvanecido del ánimo de Aníbal. Ni siquiera parecía haber dado importancia a la noticia de la muerte de Titayú; al fin y al cabo, él mismo había insistido en que la mastiena debía ser castigada por el asesinato de Zekárbal. El que ella hubiera decidido darse muerte resultaba conveniente para todos. Ahora, su atención estaba puesta por entero en los proyectos militares y en el

brillante horizonte que imaginaba para su heredero.

—Esto es solo el comienzo, Aníbal. Tu dote no es Cástulo, sino el futuro. Pero no te ha sido dado todavía; únicamente ha sido puesto al alcance de tu ambición. El futuro es el territorio que debemos conquistar para nuestro hijo. Ahora todo está en nuestras manos.

Aníbal intentó por un instante descifrar las implicaciones de la respuesta de Imilce y después la dejó escapar, reclamada su atención por el sinnúmero de rostros que gritaban su nombre y las manos que buscaban su bendición. En toda aquella gente había un frenesí que trajo a su memoria los rituales del santuario de Auringis, y comprendió que no se hubieran comportado de otro modo ante un dios. Una semilla de desasosiego se le agitó en el pecho.

Ascendieron por la que parecía la calle principal de la ciudad, flanqueada por casas de dos y tres alturas a cuyas azoteas se asomaba una multitud vociferante, hasta una amplia plaza cuadrada rodeada por la misma alternancia de oriflamas cartaginesas y oretanas. Aquí y allá, pebeteros de bronce exhalaban nubes fragantes. En el centro se había dispuesto un estrado con tronos idénticos a los que se alzaban sobre *Sirio*. La comitiva se dirigió hacia allí mientras la música y el ritmo de los danzantes se apresuraba con una cadencia frenética, abandonándose a un trance enajenado en cuyo núcleo se mantenían Aníbal e Imilce, con Mucro entre ellos, observándolo todo con un asombro pleno de orgullo.

Se escuchó un toque de trompa y la música cesó de pronto. *Sirio* cayó sobre sus rodillas, barritó de un modo que hizo guardar silencio a la muchedumbre y apoyó con docilidad su enorme cabeza en el suelo.

—Vuestros tronos y súbditos os esperan —dijo Mucro, señalando hacia delante.

A ambos lados del estrado esperaba de pie un buen número de oretanos, de alto rango a la luz de sus armas, la calidad de sus ropas y la profusión de ornamentos con que se ataviaban. Eran sin duda los jefes y señores de las ciudades, puestos militares y poblados mineros sobre los que ejercía su dominio Cástulo. En conjunto no bajarían del centenar. Pusieron rodilla en tierra cuando Aníbal se apeó de *Sirio*, cogió de la mano a Imilce y caminó con ella hasta sus asientos. Junto a ellos los esperaba Betukine, cubierto por entero

con un velo negro. En una mano sostenía una tiara de plata con el nombre de Betatun grabado en ella en lengua íbera, y en la otra una máscara rematada por altos cuernos con el de Neitin.

—¡Sed bienvenidos, Aníbal hijo de Amílcar, Imilce hija de Mucro, señores de Cástulo y de Qart Hadasht! —gritó el sacerdote, y la multitud se hizo eco con una ovación ensordecedora—. ¡Sed bienvenidos, Aníbal, hijo de Neitin, Imilce, hija de Betatun! —continuó, ofreciendo a los esposos los atributos de los dioses que tenía en sus manos—, ¡recibid hoy la veneración de la Oretania por vuestro linaje heredado de hombres y dioses!

Aníbal se detuvo con brusquedad y se volvió hacia Mucro.

—¡Mucro, ¿qué significa esto?! ¿Aníbal hijo de Neitin? ¿Nuestro linaje heredado de hombres y dioses? ¿Acaso habéis decidido Betukine y tú cuál es mi linaje?

—¡Pero Aníbal! —exclamó el oretano, tras un instante de desconcierto—, ¡no debes ofenderte por ello! Lo que estás viendo es una tradición ancestral de mi pueblo: reconocer a sus señores como descendientes de los dioses representa la más incondicional expresión de sumisión.

Aníbal se giró hacia Imilce con una ira repentina asomándole a los ojos.

—¿Estabas tú al corriente de esto?

—¡Aníbal, esposo! —dijo Imilce, apoyándole una mano en el brazo—, ¿qué te ocurre? Nadie ha decidido nada sobre tu linaje, ¿cómo sería posible tal cosa? Tú eres Aníbal Barca, general de Cartago, hijo de Amílcar, y con eso todo está dicho. Pero te ruego que no tengas reparo en dar a mi pueblo, ahora también tuyo, lo que espera recibir. Si ellos quieren verme como hija de Betatun, sea —sentenció mientras se ponía la tiara de la diosa sobre su cabeza—. Y si les enaltece verte como hijo, aunque sea adoptivo, de su dios, ¿qué mal hay en que sea también?

Imilce concluyó tomando la máscara de Neitin de manos de Betukine y ofreciéndosela ella misma a su esposo.

—Aníbal —insistió en tono dulce—, te lo ruego. Todo Cástulo nos está observando. ¿Rechazarás la máscara de Neitin que te ofrezco?

Aníbal no se movió durante un largo instante. Tomó la máscara, pero no se la puso. Tenía las mandíbulas apretadas y la respiración

agitada; una sombra de furia le recorría el semblante. Miró a su alrededor contemplándolo todo con detenimiento: la multitud expectante, los príncipes de la Oretania desconcertados, el rey Mucro debatiéndose entre la alarma y la ofensa, su propia gente preguntándose en qué habría de terminar una jornada tan extraordinaria como aquella. Se detuvo de nuevo en Imilce. Su esposa le sostuvo la mirada con una determinación llena de matices. Había en ella una disculpa, un anhelo, una súplica… Tal vez una promesa. Una advertencia…

—Por favor, esposo mío —le susurró ella.

Aníbal la cogió de la mano y quedó de pie, sosteniendo la máscara contra el pecho. Después habló en voz alta en íbero, para ser entendido por todos.

—Cuando Alejandro el Macedonio visitó el santuario de Apolo y pidió a la sacerdotisa un vaticinio sobre su futuro, ella le dijo que el oráculo no le concedería profecía alguna. Alejandro respondió airado que se llevaría con él el trípode de las ofrendas, del mismo modo que hizo antaño el propio Herakles. Una voz surgió entonces del interior del templo y dijo: «Herakles, Alejandro, hizo eso como un dios frente a un dios; pero tú, que eres mortal, no rivalices con los dioses. Deja que tus hazañas sean divulgadas hasta el umbral de los dioses».

Aníbal hizo una pausa y esperó a que el último eco de sus palabras se desvaneciera en el aire. Se puso con lentitud la máscara de Neitin y alzó los brazos a lo alto, dejándose bañar por la luz del sol. Gritó, y el rostro de plata con que cubría el suyo dio a su voz la resonancia de un cornu de metal.

—¡Bendito sea Neitin, señor del sol, del rayo y de la guerra! ¡Juro que seré desde hoy el primero de sus siervos! ¡Pero yo soy Aníbal Barca, hijo de Amílcar, un hombre mortal como vosotros! ¡Hoy vengo para ser honrado con vuestra lealtad y corresponderos con una promesa: de mí recibiréis lo que me deis, multiplicado por ciento! ¡Dadme vuestra fidelidad y tendréis la mía! ¡Dadme vuestra sangre y será vuestra hasta la última gota de la mía! ¡Dadme la Oretania y yo pondré a Qart Hadasht a vuestro lado para que no tengáis que temer nada de nadie! ¡Seguidnos a la señora Imilce y a mí, y al hijo que esperamos, y os prometo que nuestras hazañas llegarán hasta el umbral de los dioses!

Se quitó la máscara y se giró hacia Imilce, mientras la ciudad estallaba en un estruendo de vítores.

Imilce lo miró estremecida.

—Hasta el umbral de los dioses… —repitió ella—. Hasta el umbral de los dioses, esposo mío.

La voz estridente de Betukine iba desgranando las cuentas del collar de ciudades tributarias que Mucro, al casar a su hija con él, había colgado del cuello de Aníbal.

—¡Balbésar de Ilugo! ¡Veinte veces veinte guerreros y seis veces veinte jinetes!

Uno a uno los príncipes de los oretanos pasaban frente a ellos, prosternándose y rindiendo sus armas ante quien, a partir de ese día, los dirigiría al combate.

—¡Ibilón de Ossigi! ¡Diez veces veinte guerreros y dos veces veinte jinetes!

Cada anuncio era seguido por un griterío de aprobación por parte de la muchedumbre que seguía la ceremonia como un enjambre que se agitaba sin cesar. En cada ocasión Aníbal se levantaba de su trono, hacía incorporarse al guerrero, trababa con la de él su mirada oscura y lo distinguía con el saludo militar de los íberos, apoyando la mano derecha en el hombro izquierdo del otro, de quien recibía el mismo gesto. Después ambos se giraban hacia Imilce e inclinaban la cabeza, honrándola tanto a ella como al heredero que había comenzado a henchir suavemente su vientre.

—¡Akerseken de Iltiraca! ¡Dos veces veinte veces veinte guerreros y diez veces veinte jinetes!

Aníbal sabía bien que de ese modo creaba un vínculo que para cada oretano se mantendría en vigor hasta más allá de la muerte. Balbésar de Ilugo y su gente, Ibilón de Ossigi y la suya, y todos los demás, estaban ya obligados a seguirlo adonde quisiera llevarlo la pasión desmedida que inflamaba sus sueños.

La ceremonia se había repetido veintiséis veces, hasta llegar el turno del propio Mucro quien, tras un instante en suspenso, dobló también la rodilla ante Aníbal y añadió su propia falcata al montón de metal brillante, completando con la fuerza militar de Cástulo el imponente contingente con que los oretanos contribuían al ejército de Aníbal. En conjunto, con trece millares de guerreros y tres de jinetes, le habían permitido doblar la hueste de cartagineses, libios,

númidas y mastetanos que había llegado de Qart Hadasht comandada por Mahárbal. Ardía en deseos de verlos.

Con gran solemnidad, Mucro alzó el brazo y mostró a todos los espectadores una moneda de plata: en una de sus caras llevaba el rostro de Aníbal y en la otra la esfinge de la ciudad. No hubo necesidad de que Betukine proclamase su significado: todos sabían que el rey de Cástulo había ordenado hacer una acuñación para conmemorar la visita de Aníbal y pagar la soldada de las tropas. Mucro coronó la pila de armas con la moneda y se puso en pie para recibir el abrazo agradecido del Bárquida y el homenaje de la ciudad.

Sin dejar de corresponder con gestos los vítores con que la multitud acompañaba el recorrido de la comitiva, Aníbal se volvió hacia Imilce.

—¿Falta mucho?

Ella sonrió y miró a su alrededor sin prisa, rehusando que la impaciencia le hiciera pasar por alto el esplendor del momento: la ciudad engalanada puesta a sus pies, el séquito incomparable de príncipes oretanos y oficiales púnicos, los músicos, las danzantes, los sacerdotes haciendo oscilar sus pebeteros, los escribas que habrían de contar al mundo cómo estaba dando comienzo el tiempo de Aníbal e Imilce.

—No —respondió por fin—, estamos llegando.

Haciendo buenas sus palabras, la calle trazó un ángulo y les mostró un torreón en el que convergían los dos lienzos meridionales de la muralla. Era una poderosa construcción de pilares de cantería, rematada por un parapeto de adobe. Sobre su pared lateral se apoyaba una escalinata por la que ascendieron tras apearse de *Sirio*. Imilce lo hizo primero, y cuando Aníbal alcanzó el adarve ella lo esperaba ya. Tenía en el rostro una expresión hambrienta y radiante. Con un movimiento de la mano lo invitó a mirar al exterior, como si le ofreciera la totalidad del mundo que esperaba más allá.

Aníbal se asomó al parapeto y separó los labios en un gesto interrumpido de sorpresa. Al pie del cerro de la ciudad, en una formación tan precisa e inmóvil que parecía esculpida en piedra, el mayor ejército que jamás hubiera estado bajo su mando se extendía ante sus ojos. El sol inmaculado de la primavera hacía hervir de

resplandores a los metales e inflamaba de colores atuendos y enseñas. Allí estaba toda su gente: los veteranos libios, etruscos y cartagineses que antes que con él habían combatido con Asdrúbal y Amílcar, los jinetes númidas de Naravas, los aliados íberos que lo habían acompañado en su campaña contra los ólcades del verano anterior y el impresionante contingente con que la Oretania de Mucro e Imilce acababa de sumarse a su causa. Casi treinta millares de infantes, siete de jinetes y cuarenta elefantes observándolo en un atento silencio, esperando las órdenes que habían de conducirlos a su destino.

Alzó un brazo para saludarlos y en respuesta comenzó un grito rítmico que parecía brotar de alguna maquinaria colosal en el interior de la tierra.

A - ní - bal, A - ní - bal, A - ní - bal…

Sintió un arrebato de amor y deseó poder abrazarlos a todos, uno a uno. Estaba tan dispuesto a morir por ellos como sabía que cada uno de los que ahora gritaban su nombre lo estaba a hacerlo por él.

A - ní - bal, A - ní - bal…

—Ahí los tienes, Aníbal —dijo Imilce—. Son tus brazos, tus piernas, tus dientes, tus manos, tu garganta. Son tu respiración, tu sangre, tus huesos, tus sueños. Son tan tú como tú mismo. ¿Adónde vas a conducirlos? ¿Qué gloria ganarás para ellos?

Él dejó que su mirada saltara desde su ejército a la vastedad del horizonte, donde pálidos neveros clareaban aún las alturas de las sierras cárdenas. El mundo le pareció más hermoso y apetecible que nunca y experimentó el deseo incontenible de ir a su encuentro.

—Ya sabes hasta dónde iremos con ellos, Imilce —dijo—. Hasta el umbral de los dioses.

Capítulo XXXII

—¡BENDITA Ataecina! —rugió Vailos. Se hizo un silencio vasto y transparente mientras alzaba el báculo rematado por la imagen de la diosa y señalaba con él a la luna rosácea suspendida ingrávida sobre los montes.

La imagen del sacerdote, con la máscara de lobo sobre la cabeza y enteramente cubierto por la sangre del sacrificio, produjo en Argonio un escalofrío. Trató de centrar su atención en la inesperada figura broncínea de la diosa. Llevaba entre los vetones el tiempo suficiente para saber que la representación más común de Ataecina era la cabra y, sin embargo, lo que el sacerdote acababa de elevar al cielo traslúcido de la madrugada era una de esas estatuillas fenicias de Astarté que tan comunes se habían hecho años atrás, con los brazos en alto sosteniendo el plato de un pebetero. Se lo había hecho notar a Vailos antes del comienzo de la ceremonia y el vetón le había contestado con esa vigorosa sabiduría suya: «¿Qué importa el nombre, Astarté o Ataecina, Tanit o Betatun? La Madre es la Madre, y no le importa lo más mínimo cómo la llamemos». Y así era: los nombres de los dioses cambiaban de un pueblo a otro, pero los ritos eran los mismos. Al fin y al cabo, el disco del sol los calentaba a todos de igual modo.

Vailos se giró para dar el rostro a levante y Argonio sintió que le contagiaba la expectación reverente de la multitud. Lentamente una luminosidad de transparencias anaranjadas se hinchó en el horizonte hasta que el sol se hizo visible como una pupila incandescente. La luz se imprimió sobre el gran betilo de la necrópolis, proyectando su sombra contra el sacerdote. El rumor de una letanía murmurada por millares de gargantas le dio al sol la bienvenida.

—¡Bendito sea Vaélico! —tronó la voz de Vailos, en el preciso instante en que la luz saltaba sobre el monolito para ir a encender de reflejos el bronce de la diosa.

Un remolino repentino sacudió la quietud indolora del alba.

Argonio se giró hacia los suyos y vio la certidumbre de la presencia de la diosa reflejada en sus rostros. Anglea atrajo su atención: tenía los brazos pegados al cuerpo y los ojos muy abiertos. Un aleteo incesante le agitaba los labios.

«La Madre es la Madre».

Un nuevo aullido de Vailos urgió la atención de todos.

—¡Bendito Beltaine!

La muchedumbre respondió:

—¡Bendita Ataecina! ¡Bendito Vaélico! ¡Bendito Beltaine!

Una llamarada brotó del pebetero y el aire se cuajó de perfumes de tierra húmeda y metal candente. Argonio quedó atónito, transido de presentimientos. Contó los latidos que le sacudían el pecho para dar tiempo al fuego a consumirse, pero este siguió agitándose en el aire, poderoso e indiferente, como una tiara de luz sobre la cabeza de Astarté.

Vailos echó a andar con el báculo en alto, tomó la dirección de la ciudad, comenzó a entonar una canción grave y oscura, con ecos subterráneos. Tras él se dispusieron tres sacerdotes más, con el rostro descubierto. Después, encabezados por Virono y según el orden del rango de los clanes, fueron sumándose los guerreros vetones en procesión lenta y solemne. Fue el propio Vailos quien, al pasar junto a ellos, hizo un gesto al grupo de jefes y sacerdotes ólcades y oretanos para que lo acompañaran. Gerión asintió con una inclinación de cabeza y esperó a que pasara el último guerrero vetón para ocupar su lugar en la comitiva. Tras ellos se incorporó el heterogéneo caudal de la gente común de Ebora: los alfareros, el escultor de verracos, los herreros y orfebres con sus mandiles de cuero, los pastores, los labriegos, las mujeres con mantos de lana teñida y coronas de flores, los esclavos de los hornos metalúrgicos, grupos de niños tratando de escapar a las miradas de sus mayores. Todos entonaban la canción de Vailos, y aún seguía creciendo la procesión cuando su cabecera llegaba a las puertas de la nueva ciudad, dejando unida a esta con la necrópolis mediante un organismo gigantesco hecho de seres humanos serpenteando entre roquedos.

Argonio se dejó arrastrar por la conmovedora espiritualidad que los había envuelto y se sintió en paz con hombres y dioses por vez primera desde la huida de Hélike. Llevó la mirada hasta las

murallas que envolvían, como una diadema de piedra recién cortada, uno de los últimos oteros del piedemonte. Tras ellas la serranía de los montes Vetones se curvaba en una inmensa sucesión de cerros de tonos grises, verdes y anaranjados. Las cumbres hundían en las nubes paredones de granito desnudo, y por un momento tuvo la intuición de que allí arriba, entre la piedra y el cielo, había un mundo secreto e inaccesible. Hacia poniente la cordillera confundía sus alturas con el horizonte, mientras que al sur el mundo entero parecía estar desplegado a sus pies, hasta la franja de verdor que señalaba el curso del Tĕttare. Mucho más allá el Tagus se insinuaba en la bruma temblorosa de la lejanía.

Era un hermoso lugar, fecundo y agreste como acostumbran a ser los favoritos de los dioses. Contemplando la llamarada del báculo de Vailos cruzar el umbral de la nueva Ebora, Argonio pensó que tal vez esos mismos dioses hubieran decidido darles a todos ellos una oportunidad.

La casa era una construcción magnífica, con una fachada principal de no menos de veinte pasos, toda ella recorrida por un voladizo sostenido por gruesos troncos de enebro. Los muros de tapial enlucido con arcilla descansaban sobre un zócalo de mampostería; la techumbre estaba formada por brazadas muy densas de brezo. Frente al edificio, un corral delimitado por muretes de piedra se extendía hasta la calle, esperando el regreso de los animales que hoy habían cedido su lugar al gentío congregado para consagrar la nueva vivienda de Virono y, con ella, toda la ciudad.

—Esta gente sabe construir —murmuró Gerión, mirando a su alrededor. Por todos los rincones del espacio intramuros se levantaban nuevas casas, muchas de ellas casi completadas, adyacentes unas a otras para formar calles que trataban de acomodarse al relieve de la cumbre del cerro. La muchedumbre se derramaba entre ellas a medida que llegaba a la ciudad, buscando lugares para seguir la ceremonia que iba a tener lugar—. La muralla y el foso podrían rivalizar con los de Hélike. Y las casas son más grandes que las nuestras.

—No es extraño —replicó Tesindro, con sorna—, teniendo en cuenta que han utilizado para su construcción tanto sus brazos como los nuestros.

—Así es —concedió Gerión—; aunque tal vez también nos

hayamos ayudado algo a nosotros mismos. Si se presentara la necesidad, dentro de estas murallas cabríamos todos.

—¡Ja! —exclamó Mimbro—; dudo mucho que nos permitan venir a comernos sus provisiones en caso de asedio. Además, la nueva Hélike está a tres días de aquí, demasiado lejos para que podamos llegar si se presentan enemigos. Más valdrá que nos preparemos para arreglárnoslas nosotros solos.

—Es tarde para lamentarse —intervino Anglea—. Lo que es seguro es que la vieja Hélike habrá sido arrasada por Aníbal hace mucho. Apreciemos la fortaleza de este lugar; cerca o lejos no tendremos otro adonde acudir ólcades y oretanos en busca de ayuda si la necesitamos.

—Por Cosus que no comparto tu confianza —se obstinó Mimbro—. Que el dios le dé fuerza a nuestros brazos y hambre a nuestras armas si llega ese momento. Mal haremos confiando nuestra vida a los vetones. Mirad: allí están Ulantio y Maenomaro. Y ese oso de Angenos…

—El clan de los Menetoviecos al completo —señaló Tesindro—. Ellos en primera fila y nosotros encaramados a este peñasco. Un poco más y ese amigo de Argonio, el de la cabeza de lobo, nos manda a hacer guardia a la muralla.

—Vailos no es tan insensato como para confiarte a ti la protección de la ciudad —contestó Argonio con una sonrisa—, sobre todo después de haberte pasado toda la noche bailando en las hogueras como un muchacho y bebiendo kelia. No estamos tan mal. Al menos desde aquí arriba tenemos buena vista.

—Chis… —les hizo callar Anglea—. Guardad silencio. Seamos respetuosos con sus ritos.

Habiendo esperado a que la larga procesión de vetones terminara de entrar en la ciudad, Vailos alzó con brusquedad la llama de Ataecina. En respuesta el vibrante mugido de un cornu de bronce se apropió del aire y resonó entre los montes.

El sacerdote esperó a que los ecos se disolvieran en los farallones de granito. Alzó de nuevo el báculo, esta vez más despacio, abriéndose camino sin esfuerzo en la repentina masa de silencio.

Titubeó un momento. Se detuvo. Miró a su alrededor y lanzó un grito.

—¡Bendita Ataecina, escucha las preces de Ebora, tu hija!

Calló y quedó en suspenso, como si en esta ocasión esperara una respuesta.

La obtuvo.

Al principio fue casi inaudible, un rumor tan grave y remoto como si lo produjera la respiración de las montañas.

Poco a poco comenzó a crecer, aunque nadie supiera decir si estaba en el aire o en la tierra bajo sus pies.

Un destello de comprensión sacudió a Gerión: no era la primera vez que escuchaba un tremor como ese. Se giró sobre sus talones y oteó el horizonte primero hacia el sur, hacia el suroeste después, mientras otros comenzaban a seguir su ejemplo.

Entonces lo vio: una delgadísima línea de bruma en el confín del mediodía, una pluma de polvo desprendiéndose del suelo allá, a lo lejos, trazando lentas circunvoluciones que parecían acompasadas de algún modo con el latido que no dejaba de crecer.

Millares de pies batiendo el suelo, millares de cascos de caballos, tal vez también pezuñas de elefantes. Un ejército inimaginable ascendiendo hacia la Vetonia.

Anglea puso voz a la certidumbre que se le condensaba a Gerión en el pecho.

—Es Aníbal. El Cachorro viene a buscarnos.

Gerión y Tesindro sintieron un atisbo de aprensión al cruzar el umbral, guardado por dos de los guerreros del clan de Virono que habían tomado las armas esa primavera. Por mucho que Vailos hubiera tratado de tranquilizarlos a todos completando el ritual y declarando del agrado de la diosa la consagración de la ciudad, ninguno de los presentes dejó de tomar la irrupción del ejército extranjero en el preciso instante de la invocación como un presagio de adversidad. Nadie había mostrado tanta contrariedad como Virono: el que él había concebido como un día de exaltación de su poder había quedado teñido de incertidumbre. Desde entonces había mostrado un ánimo turbulento, inclinado a la ira, enviando con modos agrios a Anorco y Maenomaro a conocer de cerca los pasos de los invasores y convocando a los jefes de los clanes a la puesta de sol.

Los ólcades atravesaron un vestíbulo donde se amontonaban en desorden abundantes objetos traídos de la ciudad vieja y accedieron a la estancia interior, donde los otros guerreros ocupaban sus

lugares en los bancos corridos adosados a los muros. El lugar era espacioso, pero transmitía esa impresión de fría provisionalidad que arrastran las viviendas cuando aún no han recibido la impronta de estar habitadas.

—¡Vamos! —les urgió Virono, con aspereza—, ¡tomad asiento y comencemos de una vez!

Gerión y Tesindro vieron que Ulantio los llamaba con gestos y se sentaron junto a él en el extremo del banco opuesto al de Virono. A continuación estaban Anorco, Maenomaro, Angenos y el jefe de los vetones de Talabriga, un guerrero grande y de aspecto tosco llamado Ebureino. En el otro banco Virono estaba flanqueado por el sacerdote Vailos y tres guerreros de los que Gerión conocía poco más que el nombre, representando a los grandes clanes de Ebora: Orundo de los Caraecios, Negel de los Pintolancos y Boutio de los Gapéticos. En el centro de la habitación, sobre un hogar cuadrado de arcilla en el que un puñado de brasas crepitaba suavemente, un caldero de bronce colgado de una trébede dejaba escapar un intenso aroma a hidromiel caliente. Honrando las normas de hospitalidad a duras penas, Virono sumergió sin preámbulos un cuenco en el caldero, dio un breve sorbo y lo pasó a Vailos. Ni siquiera esperó a que todos los presentes hubieran compartido su bebida antes de comenzar a hablar.

—Que nuestro padre Vaélico bendiga esta reunión —dijo, paseando por la estancia una mirada torva que fue a detenerse en Vailos, quien repitió la invocación asintiendo con gravedad—. Ahora ya lo sabemos con certeza: Aníbal el púnico ha elegido precisamente el día de la consagración de nuestra nueva ciudad para hacer su aparición en la Vetonia. Maldito sea mil veces. Anorco…

—Así es —corroboró este. Era un hombre pálido y delgado, con ojos grises hundidos tras unos pómulos prominentes que parecían transparentarse bajo la piel. Todo él transmitía un aire furtivo y era considerado como el mejor de los rastreadores de la ciudad—. Nos hemos acercado a ellos cuanto hemos podido, pero no sin riesgo: han adelantado partidas de guerreros oretanos para ir batiendo el terreno que atraviesan. Con todo, pudimos ver el ejército con nuestros propios ojos… —Anorco los abrió con expresión de sorpresa—, y por los pechos de Trebopala que nunca había visto

nada igual. ¡Son una multitud incontable! Debe de haber al menos cincuenta millares de hombres, llevan caballos sin número y las bestias descomunales de las que nos hablaron Ulantio y Maenomaro… ¡no podéis imaginar cómo son, hacen temblar el suelo con sus pasos!

—Elefantes —dijo Maenomaro—, llevan al menos cuarenta, más del doble que en Arecorata. Y el ejército también es mucho mayor que el que condujo Aníbal contra los ólcades. Hemos visto una fuerza enorme de oretanos; está claro que tienen a Cástulo de su lado. Además de su hija, Mucro le ha brindado sus guerreros al Bárquida.

—Maldito sea Mucro —dijo Virono, escupiendo en el suelo— y maldita sea la perra de su hija.

—¿Qué dirección llevan? —preguntó Gerión, cansado ya de la ira estéril del vetón—. ¿Vienen hacia aquí?

—No —respondió Anorco—, van hacia el norte. Se diría que deben haber vadeado el Tagus en Turmogon [34] para tomar la ruta de la cañada de Ocelón…

—¡Turmogon! —se alarmó Orundo—, ¡no es una ciudad pequeña! Y sus lusitanos son gente aguerrida…

—Me apuesto un cordero —interrumpió Virono— a que los lusitanos de Turmogon se han encerrado en sus murallas muertos de miedo al ver aparecer a Aníbal. Y otro tanto habrán hecho los de Capara… [35]

—En Capara sí deben haber encontrado resistencia —objetó Anorco—; se veía una gran humareda en la distancia hacia poniente.

—Has dicho que iban hacia cañada de Ocelón —retomó Gerión—, no está demasiado lejos de aquí, ¿no?

—No. Comienza a unas seis leguas de la ciudad vieja, a poniente —explicó Anorco, señalando con el brazo extendido, como si los demás pudieran ver el mundo que se desplegaba en su imaginación—, y cruza la sierra buscando el norte a lo largo de otras tres. No hay ruta mejor para salvar los montes. A la velocidad que llevan podrían atravesarla mañana mismo y plantarse ante Ocelón a la puesta de sol.

—¡Eso significa que durante todo el día el ejército púnico va a estar encerrado en un paso de montaña! —exclamó Tesindro, con

un entusiasmo que no encontró respuesta en los demás—, ¡es nuestra oportunidad de tomarlo por sorpresa!

—Lo que dices es imposible, ólcade —objetó Negel, subrayando la última palabra con una insinuación de desagrado que no le pasó inadvertida a Gerión; sabía que el clan de los Pintolancos era el que había recibido con mayor frialdad a los exiliados—. Los caminos hasta allí no son fáciles y nuestros guerreros están demasiado dispersos. No podemos reunir a tiempo una fuerza suficiente para amenazar a Aníbal.

—Al menos debemos intentar hostigarlos —intervino Gerión en apoyo de Tesindro—, ¡no dejemos pasar la oportunidad de tener a los púnicos en una situación vulnerable! Ya vimos lo que ocurrió en Arecorata: mucho más difícil será enfrentarse a Aníbal a campo abierto. Podemos contar con nuestra gente de Buntalobriga, y acaso se nos sumen otros castros vetones próximos. Lo que no podemos hacer es dar razones para que nadie diga de nosotros lo que Virono ha dicho de los lusitanos de Turmogon.

Tanto Negel como Angenos torcieron el gesto y apuntaron el movimiento de ponerse en pie.

—¿Insinúas algo, ólcade? —preguntó el de Manliana, con tono hostil—; no somos nosotros los que hemos huido del Bárquida con el rabo entre las piernas…

—¿Cómo te atreves? —le increpó Tesindro, incorporándose.

Gerión le tomó del brazo y le hizo volver a sentarse.

—Déjalo estar, Tesindro —dijo con gesto áspero—. Pronto tendremos ocasión de comprobar si quienes así hablan tienen la lengua a la altura de su coraje.

—Basta —zanjó Virono—. Si estuviéramos dispuestos a transigir con la presencia de Aníbal no os habríamos acogido en nuestra tierra, así que cuidad lo que decís, ólcades. No toleraremos ofensas, y menos de quien se ampara en nuestra hospitalidad —el vetón miró a Gerión y este asintió, dando por buenas sus palabras—. Negel tiene razón —continuó Virono—: pensar en enfrentarse ahora a los cartagineses es una insensatez. En cuanto a que haya otros castros vetones dispuestos a hacerlo, no lo creo. El único poblado amurallado en toda la cañada es Celionico, y apenas si cuenta con un centenar de guerreros. Suficiente nada más que para cobrar portazgo a pastores y mercaderes ambulantes, que es a lo que

vienen dedicándose desde siempre.

—¿Y Ocelón? —preguntó Gerión—. Tiene fama de ciudad poderosa.

Virono negó con la cabeza e hizo una mueca de rechazo.

—Mejor no contar con Ocelón. Se llaman vetones, pero no lo parecen: adoran a Bandua y han dejado en el olvido a nuestros dioses. Por su acento podrían pasar por lusitanos… Siempre que hemos tratado de acercarnos a ellos como hermanos nos han dado la espalda. Los dirige un guerrero llamado Bálaro; ha puesto todo su empeño en dotar a Ocelón una fuerza de caballería que ni siquiera Ebora tiene. Se dice de él que aprendió a montar a caballo antes que a andar.

—¿Entonces?

—Entonces lo mejor será dar las gracias a Ataecina porque en esta ocasión los cartagineses hayan pasado de largo y esperar a ver cuáles son sus próximos movimientos.

Gerión señaló su escepticismo enarcando las cejas y desvió su mirada hacia Ulantio, haciéndolo entrar en la conversación.

—Es cierto. No sabemos adónde se dirigen, pero si regresan por el mismo camino nos encontrarán mejor preparados.

—Adónde se dirigen… —repitió Virono—; tenemos que averiguarlo. Eso es lo principal ahora si queremos tener algún margen de maniobra. ¿Qué piensas, Anorco?

— Nada que no se os pueda ocurrir también a vosotros. Con la dirección que llevan, o bien se dirigen hacia Ulaca, Obila [36] y los grandes castros de levante, o hacia el norte, a tierra de vacceos.

—Eso es lo que yo creo —subrayó Vailos—, a tierra de vacceos. Con la ruta que llevan no hay otro lugar adonde tenga sentido llevar un ejército como ese, tan lejos de su territorio. Allí hay todo lo necesario para que un general pueda abastecerse: hombres, ganado y, sobre todo, cereal en abundancia. Quien someta a los vacceos tendrá asegurado un granero lleno.

Gerión asintió. Dos años atrás había descendido por el Durio, [37] en el corazón del territorio vacceo, tratando de llegar al Río del Olvido antes que Aníbal, para arrebatarle el cáliz de Melqart. En Amallobriga [38] había conocido el sistema de reparto de tierras de ese pueblo, que le proporcionaba cosechas sin parangón.

—Tiene sentido, Vailos —dijo—. Sobre todo, si se está

preparando una campaña importante. ¿Cuáles son las principales ciudades vacceas hacia las que pudiera dirigirse?

—La primera es Sentice, a cinco leguas al norte de Ocelón —respondió Anorco—, aunque a Aníbal le parecerá una presa menor. Cuatro leguas más allá está Hermandica,[39] junto al río Turmis.[40] Eso ya es algo serio: tiene una muralla imponente y alberga a no menos de un millar de guerreros. Si Ocelón no resiste y Vailos tiene razón, esa será la próxima prueba para Aníbal.

Se hizo un silencio que Virono aprovechó para rellenar el cuenco de hidromiel y beber con largueza antes de hablar.

—Es muy probable que sea así —sentenció—. Si yo fuera él también me gustaría ver a los vacceos uncidos a mi yugo. Lo siento por ellos, siempre se han comportado como gente hospitalaria y poco dada a molestar a los vecinos. Lo que nos toca a nosotros es completar la muralla, abandonar la ciudad vieja y poner en alerta a toda nuestra gente en previsión del regreso de Aníbal. También a la vuestra —añadió señalando con el mentón a Gerión y Tesindro—. No me creo que no haya averiguado dónde os encontráis, y debe estar impaciente por saldar cuentas con vosotros.

—De eso puedes estar seguro —concedió Tesindro con una sonrisa feroz—; tanto como lo estamos nosotros de saldarlas con él.

—Iremos siguiendo sus pasos —prosiguió el vetón, ignorando la bravata—; ya hemos tenido demasiadas sorpresas. Anorco, saldrás con una partida de rastreadores al amanecer; Angenos te acompañará con algunos de sus guerreros. Iréis primero a Ocelón a comprobar qué hace Bálaro; deberíais poder llegar allí antes que los púnicos. Nos iréis enviando jinetes para mantenernos informados, pero no regresaréis sin saber cuándo y por dónde va a emprender la vuelta Aníbal, ¿entendido?

Anorco asintió.

—Iré con ellos —dijo Maenomaro—; en algo como esto no puede faltar un Menetovieco.

—También debería ir alguno de los nuestros, Virono —dijo Gerión—; por si es necesario enviar mensajes a Buntalobriga o a la nueva Hélike.

Virono bebió de nuevo. Tal vez fuera el hidromiel lo que había conseguido ir suavizándole el gesto al término de la reunión. Asintió despacio.

—Sea. Los tuyos obedecerán en todo las órdenes de Anorco y Angenos. Ya me habéis oído. Al amanecer…

En la media luz las nubes bajas buscaban acomodo entre los montes y se enredaban en el matorral de jaras y piornos formando un espeso velo gris que lo difuminaba todo. El mundo parecía haberse convertido en una masa fluida, imprecisa, que aún no hubiera decidido qué forma ni qué estado adoptar. Algo semejante les sucede a los hombres en ocasiones, y el alma duda entre la certidumbre de lo sólido, la veloz pero fría inteligencia del agua y la inasibilidad indolora de lo aéreo.

Antes de cruzar la puerta de la muralla Mimbro miró atrás. Ante la casa, aún sin terminar de construir, que les había sido confiada para evitar la intemperie en aquellos días, Gerión y Anglea los despedían de pie y en silencio. Vio a Anglea alzar la mano y hacer con ella un movimiento que pedía a Astarté que guiara sus pasos. Después se giró y puso su atención en el camino que descendía hacia la necrópolis y más allá, hacia la distancia incierta que los estaba esperando. Hizo una mueca de desazón. Su fe en la voluntad de Astarté de guiar sus pasos había muerto, como tantas otras cosas, en aquel tiempo de exilio, derrota y traición. Tocó la empuñadura de su espada y sintió que, junto al afecto de los suyos, el hierro de sus armas era el único dios que le quedaba.

El día se abrió camino poco a poco en la mañana empañada de nubes mientras repasaban la falda de la montaña hacia poniente. Mimbro encontró un agrio confort en el silencio de los otros: Anorco, Maenomaro, Angenos y una docena de jinetes vetones de quienes había conocido sus nombres en el momento de partir, cabalgaban junto a él atrapados en la misma telaraña de soledad e introspección. Las primeras sonrisas de la cabalgada fueron las que suscitó Maenomaro canturreando una de sus canciones procaces de taberna cuando permanecer callado se le hizo demasiado pesado; a base de insistencia consiguió que todos acabaran repitiendo con él el estribillo: «*adora mi betilo y te sentirás como una diosa*». Una estupidez, pero hizo que Mimbro comenzara a disipar la penumbra que los envolvía.

Hacia mediodía tomaron una quebrada que los llevó sierra arriba por un camino angosto flanqueado de pinos, ganando altura poco a poco, serpenteando entre farallones, cumbres y arroyos

entrevistos al fondo de barrancos vertiginosos. El frío se hizo cada vez más intenso y cuando se hundieron en el seno de las nubes los envolvió una llovizna de aguanieve que les heló hasta la médula de los huesos. Al alcanzar el parteaguas del puerto dejaron la niebla a sus pies y se vieron rodeados por un paisaje desolado de piedra agrietada, rota, desmoronada, como si aquella altura hubiera sido en alguna edad remota el campo de batalla de ejércitos imposibles de imaginar. Mimbro pensó que aquella batalla del pasado la ganó la piedra, que las grandes batallas siempre las gana la piedra, pero no sin pagar un precio al viento, al agua, al hielo. Se detuvieron un instante para orar en silencio ante el betilo de Ilurbeda, la diosa protectora del paso y de los viajeros que transitaban por él y dejaron a tres guerreros, al mando de un tal Turais, para vigilar el lugar.

Descendieron de nuevo entre grávidas nubes lentas que parecían pacer la nieve y los roquedos. Cuando regresaron a los pinares recorrieron una vaguada tan simétrica y rectilínea que parecía tallada por un dios ocioso, hasta que descrestaron un collado tapizado de retamas en flor y vieron que el paisaje se abría ante ellos en ondulaciones agrestes, entre canchales de granito repartidos por todas partes, como si hubieran caído en desorden del cielo. A lo lejos, oscuro y aislado, rodeado de un vasto arco de montañas en el horizonte, vieron emerger un cerro dominando la planicie.

—Ocelón —dijo Anorco.

Se adentraron por un valle cubierto de robles, fresnos y castaños cuyos brotes de primavera creaban una niebla evanescente de color verde pálido. Cabalgaron por él durante largo rato. El atardecer comenzaba a amortiguar la luz filtrada por las nubes cuando el bosque se deshizo de pronto en una extensa dehesa salpicada de encerraderos de ganado. A un tiro de arco de donde se encontraban, bien visible sobre un montículo desnudo de vegetación, un gran toro de piedra avisaba a los jinetes de que entraban en el territorio de un poblado vetón.

El propio castro de Ocelón era bien visible ahora, ceñido a la falda del cerro, a menos de media legua de distancia.

No necesitaron acercarse más.

A los pies de las murallas, un fuerte contingente de caballería parecía estar instalando su campamento. En la tarde gris las blancas

túnicas oretanas y el rojo de las capas de la Guardia Bárquida ponían un intenso contraste de color.

Todos lo comprendieron de inmediato: la avanzadilla de Aníbal había llegado a Ocelón antes que ellos. Y había sido recibida con los brazos abiertos.

Anorco se volvió hacia los demás disimulando a duras penas el abatimiento tras su semblante impasible. Formuló con las cejas una muda interrogación que Mimbro repitió en voz alta.

—¡Malditos sean! ¿Qué haremos ahora?

Angenos alzó la cabeza y murmuró con los ojos cerrados. Escupió después y miró hacia delante.

—Juro por los cuernos de Ataecina que un día haré pagar a Bálaro su traición. Pero hoy no es todavía ese día.

—¿Entonces? —insistió Mimbro.

Angenos lo miró. Las aletas de la nariz se dilataban al compás de su furia.

—No hemos llegado a tiempo a Ocelón. El púnico sabe bien lo que hace y no pierde el tiempo. Pero podremos alcanzar su próximo objetivo antes que él si nos apresuramos —señaló hacia el norte, donde las sombras del atardecer corrían por la llanura—. Al menos no tomará a los vacceos por sorpresa.

»Hermandica —añadió—. Vamos a Hermandica.

Capítulo XXXIII

CABALGARON buena parte de la noche y toda una jornada de lluvia desapacible, apenas con unas horas de descanso para que los animales se recuperaran del esfuerzo. No encontraron ningún otro obstáculo que el barro. Los caminos parecían haber quedado desiertos por el presentimiento de la guerra.

A primera hora de la tarde del día siguiente se presentaron ante las puertas de Hermandica. La ciudad coronaba un extenso teso alzado al otro lado del Turmis, dominando el vado del río que utilizaban las rutas principales del sur del territorio de los vacceos. Se sumaron al tráfico de rebaños y carretas que se dirigía hacia ella, atrayendo la curiosidad de todos. Durante generaciones Hermandica había mezclado sangre e intereses con los vetones, y la llegada de un grupo de jinetes del sur bien armados no podía pasar inadvertida. A Mimbro, la ciudad y su ajetreo le recordaron a la Hélike de los tiempos de prosperidad. Rechazó la nostalgia escupiendo entre dientes una promesa de venganza.

Su llegada causó una agitación aún mayor tan pronto como anunciaron a los guardias que traían noticias importantes para el Consejo de la ciudad. Tras dos horas de espera en una estancia angosta que hacía las veces de cuerpo de guardia, junto a la puerta de la muralla, fueron conducidos ante Acces, el hombre fuerte de Hermandica, quien los recibió acompañado por un grupo de ancianos y guerreros.

Acces era un hombre de mediana estatura, con huesos anchos y manos grandes, casi completamente calvo y con una prominente nariz, algo aquilina, asomándose a un bigote y una barba corta poblados de canas. Tenía una mirada inteligente y resuelta, pero triste, como si su determinación naciera más de la dignidad que de la convicción. A Mimbro su instinto le dijo que era un hombre en quien podrían confiar.

—Sed bienvenidos a Hermandica —dijo Acces, con voz gutural, en la mezcla de vacceo y vetón que les servía de lengua franca a

ambos pueblos—. Los vetones nunca se han sentido aquí como extranjeros; no lo seais tampoco vosotros. ¿Cuál es vuestro linaje y el propósito que os trae?

—Somos vetones de los clanes de Ebora —respondió Anorco—. También hay un ólcade entre nosotros —añadió señalando a Mimbro con el mentón—. Os agradecemos vuestra hospitalidad y confiamos en estar a la altura de ella. Nos envían Virono y el consejo de nuestra ciudad. Venimos a advertiros de que un ejército enemigo se acerca a vuestro territorio, después de haber causado devastación entre lusitanos y vetones. ¿Habéis oído de hablar de Aníbal, el púnico? Su gente ha sometido a todos los pueblos del valle del Betis y de la costa de levante. Ha obtenido la lealtad de turdetanos, bastetanos, mastienos, oretanos… Ahora se dirige hacia aquí. Nos tardará en llegar.

Tras las primeras palabras de Anorco intervinieron Angenos y Maenomaro, relatando lo acontecido en las últimas lunas. Por su parte, Mimbro explicó los sucesos del sur, con el abandono de Hélike y el exilio de los ólcades. Para su sorpresa, la reacción de los vacceos a la noticia de que Aníbal Barca se dirigía hacia ellos al frente de un formidable ejército no fue de desconfianza ni de alarma, sino más bien de una suerte de sobria displicencia.

—Pues que vengan —dijo Acces, secundado por los demás—, nos ocuparemos de ellos. Estas murallas y estas armas han enseñado humildad a otros bandidos.

Esa fue su única respuesta, sin que ni siquiera el relato de Maenomaro de la carga de los elefantes en Cartala alterara su imperturbabilidad. Mimbro terminó por comprender que aquella gente, acostumbrada durante generaciones a sus modestas guerras de vecindad, eran simplemente incapaces de imaginar lo que se les venía encima.

Con todo, Acces era un hombre prudente, y decidió enviar al sur a un grupo de guerreros comandados por Mustaro, uno de los presentes, para obtener información de primera mano.

Mimbro y los vetones pasaron las horas de espera atendiendo las muchas muestras de curiosidad a que dieron lugar. Acces los dejó moverse con libertad por la ciudad y se unió a ellos a la hora de la cena, acompañado por el anciano Elaisico, el de mayor rango entre los miembros del consejo de la ciudad. Juntos compartieron una

conversación que habría sido placentera de no haber tenido como rumor de fondo la inquietud por las amenazas que giraban en el aire.

Mustaro regresó a la mañana siguiente con el ánimo mudado. El consejo de Hermandica se reunió para recibirlo y todos quedaron sobrecogidos por su relato. Mustaro había visto con sus propios ojos al ejército de Aníbal y lo describió como un enjambre incontable cubriendo la tierra.

—Vimos a los elefantes —dijo Mustaro, con la voz encogida de asombro—. Parecen criaturas de otro mundo. Sus mugidos agitan el aire y hacen temblar el suelo bajo sus pies. Sentice se ha rendido a ellos sin luchar; han abierto sus puertas a la puesta del sol. Los púnicos han pasado la noche junto a sus murallas y se disponían a reanudar la marcha al amanecer. En pocas horas llegarán hasta aquí.

Así fue. Aún no se había puesto el sol cuando un retumbar sordo y un velo de polvo tras las colinas cubiertas de dehesas que se sucedían hacia el sur sirvieron de heraldos a la masa de hombres, carros y animales que, poco después, apareció sobre ellas, derramándose hacia la vega del río como una plaga inexorable. En los altozanos de la ribera sur, el ejército de Aníbal se detuvo y montó un campamento que, pausadamente, a medida que caía la tarde, se encendió de hogueras sin número, creando la ilusión de que una ciudad surgía de pronto de la nada.

Hermandica entera subió a las murallas para verlos tomar posesión del mundo al otro lado del Turmis. Los vacceos quedaron estupefactos con el espectáculo. Acces mantuvo a duras penas la circunspección, contemplando largamente al enemigo. Llamó después a los vetones a su lado para mostrarles su aprecio y bienvenida como si los viera por primera vez. O como si solo entonces comprendiera el valor de contar con ellos como aliados. El vacceo expresó la gratitud de Hermandica por haber sido alertados, por mucho que hubieran hecho tan poco uso del aviso. Al menos habían podido dar acogida en la ciudad a las gentes de las granjas y poblados cercanos, reuniendo todas las provisiones de que pudieron hacer acopio.

Fue una noche de preparativos, expectación y sacrificios a los dioses en cuyo transcurso, una vez amortiguado el impacto de la

llegada del ejército púnico, la confianza en el valor de los guerreros y en la solidez de las nunca vencidas murallas de la ciudad fue dando paso a una jactancia impaciente por entrar en acción. Con la primera luz del amanecer los adarves se cubrieron de guerreros que batían las espadas contra sus escudos, haciendo saber a los enemigos y a la vasta planicie del Turmis, que los hombres de Hermandica estaban resueltos a plantar cara. A ellos se sumaron con la misma pasión los recién llegados de Ebora, y Mimbro albergó la esperanza de que tal vez aquel día Aníbal descubriera el límite de su poder.

El Bárquida empleó buena parte de la mañana en vadear el río con la avanzadilla de sus tropas, disponiéndolas en un amplio arco tendido alrededor de la fachada meridional de la ciudad. Frente a cada una de las tres puertas situó una de sus grandes catapultas, tiradas por elefantes. Al punto comenzaron a arrojar grandes piedras sobre las puertas y los bastiones que las protegían, provocando la consternación entre los vacceos, que jamás habían conocido máquinas como aquellas. Los defensores se organizaron para tratar de reparar los daños, pero no eran capaces de igualar con sus esfuerzos el ritmo de destrucción. Los más expuestos caían en gran número, víctimas de los proyectiles. Mimbro no pudo dejar de sentir por ellos el afecto agrio de quien da a otros la bienvenida a su propia desolación. Acces y los suyos seguían los acontecimientos con la frustración inerme de quienes no saben cómo convertir en hechos heroicos su valor.

La más imponente de las catapultas era la que se había situado frente a la puerta principal. A Mimbro le pareció que debía tratarse de una versión, aún mayor, del ingenio que había participado en el asedio de Hélike, siete años atrás. Los niños oretanos seguían reuniéndose alrededor de las hogueras del exilio para escuchar de sus mayores el relato de la carga heroica de Lagandi que acabó con la máquina, al precio de su vida y la de la mayor parte de los suyos.

A intervalos, la gran catapulta interrumpía su cadencia de destrucción y daba paso a un ariete montado sobre ruedas, protegido por una cubierta de cuero, que descargaba golpes implacables contra la puerta. Los vacceos trataron de destruir las máquinas con proyectiles incendiarios y con dos salidas de sus guerreros. Fueron rechazadas sin dificultad por la caballería pesada

cartaginesa y los arqueros libios, cuyas armas de doble arco alcanzaban con precisión distancias inimaginables para los de Hermandica. Dos de los más notables jefes de la ciudad, Viro y Attavae, cayeron al frente de las fuerzas que comandaban.

Al final de la tarde, la puerta principal y una de las secundarias habían sido destruidas por completo. Los torreones y lienzos de la muralla más próximos a ellas estaban en gran medida desmoronados: el adobe de que estaba hecha la parte superior de las defensas se había mostrado incapaz de resistir el poder destructor de los cartagineses. La llegada de la noche daba un respiro a los defensores, pero, una vez amaneciera, el acceso a la ciudad quedaría expedito para los atacantes. Solo cabía oponer una resistencia final, calle a calle y casa a casa, para retrasar la derrota inevitable, el saqueo y la aniquilación.

Ante esa evidencia, Acces no pudo dejar de recibir con un alivio vestido de adustez la llegada de un emisario desde el campo púnico, un guerrero de nombre Girolbaal, que presentó una oferta de su general para salvar a la ciudad a cambio de su sumisión. Deberían entregar a trescientos jóvenes en calidad de rehenes y trescientos talentos de plata o carretas de cereal. Aníbal pasaría a considerarlos amigos y aliados, del mismo modo que había hecho con Sentice.

Por deseo de Acces, los jefes de los vetones de Ebora y Mimbro fueron llamados a la reunión del Consejo de Hermandica donde fue sometida a consideración la propuesta. En ella se dieron cita los hombres que los habían recibido a su llegada y algunos más, ancianos, sacerdotes y guerreros, así como una mujer de aire resuelto a la que todos trataban con deferencia. Pronto supieron que se trataba de Amma, esposa de Acces, sacerdotisa de una deidad cuyo nombre no podía ser pronunciado en voz alta. Contra el deseo de los hombres más belicosos de inmolarse en una defensa sin esperanza de la ciudad, Acces y ella terminaron por convencer al Consejo de que tal vez hubiera un modo de conservar la vida y sus hogares en ese día, para poder cobrarse la venganza en otro no muy lejano. Contaron para ello con el apoyo de los de Ebora, sobre todo de Angenos, que hizo ver a todos que nunca sería Aníbal tan vulnerable como cuando emprendiera el regreso hacia sus cuarteles de invierno, confiado por la victoria y lastrado por el botín.

Así se había trazado el rumbo de lo que habría de acaecerles a

todos ellos en aquella encrucijada del destino. Horas más tarde, un millar de jinetes vacceos encabezados por Acces, junto a Mimbro y el puñado de vetones de Ebora, se escabullían de Hermandica al amparo de la noche, en busca de la ocasión propicia de enfrentarse al Bárquida junto a los hermanos de otros pueblos que compartieran su propósito. Atrás quedó la ciudad, habitada de ancianos, niños, mujeres y campesinos, de muchachos hambrientos de gloria entre los que habrían de elegirse los trescientos que serían entregados a Aníbal, acaso para no volver más. Al frente de todos ellos quedaron el anciano Elaisico y, sobre todo, la propia Amma, una mujer que parecía capaz de plantar cara sin arredrarse a cualquier general cartaginés.

Mimbro miró a su alrededor y abrió mucho los ojos, tratando de distinguir las siluetas de los guerreros que ahora recorrían junto a él el corazón de la noche. El susurro amortiguado de los cascos de los caballos sobre la grava le trajo a la memoria otra noche, la de las fuentes del Ayna, cuando tendían la trampa en que habrían de caer los cartagineses de Curris, empujados por su soberbia. Esta vez se trataba del propio Aníbal quien los acechaba al otro lado de la oscuridad. Aníbal Barca con el ejército más grande que jamás se hubiera visto al norte del Betis.

Prestó atención a la oscuridad que les servía de protección. Una tenue bruma se había materializado de pronto y la negrura se matizaba con celajes plateados; en algún lugar del horizonte la luna nueva debía haberse desprendido de los montes. En el aire había un murmullo de jinetes en movimiento: pasos y respiraciones, quejidos sordos, metales clandestinos, relinchos sofocados. La columna de guerreros avanzaba con más circunspección que cautela, como si más que pasar inadvertida al enemigo pretendiera respetar el sueño de algún dios dormido.

Mimbro dejó vagar a su imaginación, recordando los sucesos de los últimos días. Sacudió la cabeza como tributo a la incredulidad que dejan como sabor de boca tales galopadas del destino. ¡Tantas cosas inesperadas habían acontecido en un tiempo tan corto! Mimbro pensó en Amma y lamentó no haber tenido tiempo para saber más de ella y de los ritos de su diosa. De la vaccea su pensamiento saltó a Anglea, la mujer más extraordinaria que hubiera conocido. Después recordó a Larima, su madre, y la

imaginó tratando de servir de ayuda a los suyos con un pie en la nueva Hélike y el otro en Buntalobriga, manteniendo a raya la desgracia por la fuerza de su voluntad.

De la noche brumosa en la llanura vaccea brotó una intuición que se le instaló a Mimbro en el corazón, templándolo como una ascua en el brasero. No hay pueblo más digno ni más dichoso que aquel que se deja iluminar por sus mujeres.

Capítulo XXXIV

ACARICIÓ el vientre prominente y admiró una vez más la tersura y la tibieza perfectas de la piel. Acercó su rostro, aspiró con lenta delectación el perfume a caléndulas y arcilla, a polvo de talco y raíz de lirio. Aplicó después el oído, escuchó el latido sereno y poderoso de la sangre recorriendo el contorno de sus dominios. Quiso explorarlo él mismo y pasó la lengua pausadamente por la bóveda del abdomen hasta detenerse en los pliegues del ombligo. Sintió que se agitaba la respiración de Imilce, que se erizaba el vello casi invisible al contacto granular de su lengua. Dejó que entre sus propias ingles creciera el deseo.

Entró en ella muy despacio, como el devoto que se adentra en la penumbra del templo. Junto al placer se dejó inundar por la presencia presentida del hijo que crecía allí, casi a su alcance, en la estancia más profunda y sagrada del cuerpo de su esposa. Comenzó a moverse al mismo tiempo que ella, ambos dejando que la respiración y el temblor de sus cuerpos hablara por ellos, mientras a través de la lona de la tienda una palidez de leche aguada comenzaba a hacer visibles los contornos de Imilce, las gotas de sudor sobre el rostro y los pechos, los dientes brillando húmedos tras una hendidura de labios entreabiertos de la que escapaba un gemido con el timbre ronco de los cornu de porcelana. El quejido creció, se hizo más violento, más urgente, hasta romperse en un grito ahogado de asombro y abandono que él acompañó con un estertor agazapado tras las mandíbulas apretadas.

Quedaron abrazados en silencio, dándose tiempo para recobrar el aliento y saborear la laxitud que se les derramaba por dentro como un licor caliente. El amanecer era ya un resplandor habitado por los sonidos del campamento en el exterior.

—Vamos, Aníbal —musitó Imilce—, si tardas todos dirán que te aparto de tus obligaciones.

—¿Es que no lo haces? —respondió él, con una sonrisa, al tiempo que saltaba de la cama y comenzaba a vestirse—. Aunque

siendo como eres la sacerdotisa predilecta de Betatun, esto debería ser visto como un acto de devoción para ganarnos su favor.

—No me cabe duda de que contaremos con él si tu fervor le complace a ella la mitad de lo que me ha complacido a mí. Pero ahora démonos prisa y veamos si esos vacceos están a la altura de sus promesas.

Cuando Aníbal e Imilce salieron de la tienda los esperaba ya un nutrido grupo de los de su confianza. Allí estaban su hermano Magón, Mahárbal, Epiclides e Himilcón, y también los comandantes de los bárbaros: el ilercavón Biliantur, el oretano Cerdubelos y el vetón Bálaro, quien había sumado su caballería al ejército de Aníbal en Ocelón. Tras ellos iban Sósilo y Sileno, como siempre murmurando entre sí, atentos a todo, y por último Maharcón con las dos sirvientas de Imilce, expresando los tres en sus rostros el desasosiego de los criados a los que se impide cumplir cabalmente con las rutinas de sus señores.

Aníbal advirtió que en el ánimo de todos sobrevolaba una combinación de expectativa y preocupación, e imaginó que debía haber surgido algún contratiempo en relación a los sitiados.

—¡Cuán honorable comité de bienvenida! —exclamó con ligereza, resistiéndose a dejar escapar el buen humor que le había dejado como sedimento el sexo con Imilce—. Un hombre debe considerarse afortunado cuando personas tan notables se reúnen para darle los buenos días. ¿Y bien, a qué vienen esas caras?

—Los vacceos… —respondió Mahárbal, trasluciendo un punto de impaciencia. El polvo en las botas y la capa señalaba que había llegado cabalgando—. No han cumplido su palabra. Al menos no por entero.

Aníbal asintió y caminó hasta el extremo de la explanada que coronaba el altozano en que se alzaba su tienda, dominando el gigantesco campamento que se extendía alrededor. Era una pradera sin límites encrespada de toldos de lona, columnas de humo y estandartes; una multitud de hombres y animales hormigueaban por ella como un enjambre que no conociera el descanso. Al verlo aparecer los soldados interrumpieron por un momento sus tareas para celebrar su nombre. El griterío se derramó hacia lo lejos en todas direcciones. Aníbal agitó el brazo en alto como respuesta, sintiendo que su espíritu se multiplicaba en el de todos ellos, y dio

gracias a los dioses.

Alzó después la vista, miró al frente. A un tiro de arco se deslizaba el Turmis y el sol recién alzado sobre el horizonte lo encendía de reflejos, dándole el aspecto de un caudal de metal líquido, incandescente, interrumpido aquí y allá por bosquetes de sauces y álamos salpicados en la ribera. Al otro lado, ocupando dos cerros y la ancha vaguada que había entre ellos, estaba Hermandica. Era una hermosa ciudad en apariencia casi tan grande y populosa como Cástulo. Estaba circundada por una muralla revestida de arcilla que mostraba por todas partes las evidencias de la destrucción sufrida durante el día anterior. Tanto del interior del recinto como de los caseríos de alrededor se alzaban numerosas plumas de humo negro que señalaban los incendios apenas extinguidos, disipándose poco a poco en una bruma grisácea que descendía hacia el río. Aníbal percibió en el aire el olor de la ceniza del día después de la batalla y pensó que era ese, más que el de la sangre, el olor de la guerra.

Llevó su atención a la puerta principal de la ciudad, convertida por el petrobolon en un gran montón de astillas y escombro. Ante ella distinguió un grupo de personas; había algún movimiento de carretas y bestias de tiro. No parecía, sin embargo, el nivel de actividad que hubiera cabido esperar en caso de que la ciudad hubiera cumplido su compromiso.

—No por entero… —dijo Aníbal, retomando las últimas palabras de Mahárbal—, eso parece. Decidme qué ocurre. ¿Aquella gente son rehenes?

—Sí, son rehenes —confirmó el jefe de la caballería—; trescientos. En eso han cumplido, pero la mayor parte tienen aspecto de campesinos, o incluso de esclavos.

El tono de Aníbal se endureció de pronto.

—Eso es inaceptable. Dejamos claro que debían ser hijos de guerreros y hombres libres, con derecho a portar armas. ¿Y la plata, y el cereal?

—Peor todavía: el metal no alcanza los treinta talentos y cuando me vine conté cuarenta y siete carretas de grano. En total no alcanzan ni la tercera parte del tributo que les señalaste.

—Malditos sean —murmuró Aníbal, haciendo rechinar los dientes sin apartar la vista de la ciudad derrotada—; esos bárbaros

no han comprendido que con Aníbal Barca no se juega. Por los cuernos de Baal que vamos a tener que enseñárselo.

—Aníbal… —continuó Mahárbal—, hay algo más. No hemos visto guerreros por ninguna parte: las murallas están servidas por ancianos y campesinos mal armados. Los rastreadores vetones dicen que ha habido rumor de caballos en la noche. Se diría… se diría que su gente de armas se ha marchado.

Aníbal se volvió y miró a Mahárbal. Cuando habló había en su voz un timbre de piedra.

—¿Cómo dices?

—Se han ido —repitió Mahárbal—. No es tan extraño: no había nadie que pudiera impedírselo. Si recuerdas, ayer decidiste que no merecía la pena dispersar a un buen número de nuestra gente para rodear con fuerza suficiente toda la muralla durante la noche. Hubieran sido muy vulnerables ante una salida de los bárbaros.

Aníbal reprimió el impulso que lo asaltó de cortar de raíz la insolencia que se insinuaba en las palabras de Mahárbal. Se obligó a recordar que no era sino una forma algo burda de franqueza, la misma que su amigo había utilizado con él desde que hacían travesuras de niños nobles en las callejas de la colina de Byrsa. Mahárbal tenía su confianza y podía decirle lo que pensara, por mucho que en ocasiones a Aníbal no le gustara, sobre todo cuando lo hacía ante el resto de sus oficiales… y ante Imilce. Por eso era Mahárbal, y no otro más dócil o más complaciente, el comandante de la caballería, su mano derecha en el mando del ejército.

Así seguiría siendo, al menos mientras la libertad con que se permitía discrepar de él no alzara ningún eco de insubordinación.

Prefirió dirigir contra los vacceos la ira que crecía en su interior.

—Es cierto, yo lo decidí —dijo—, y todos estuvisteis de acuerdo conmigo. También tú, Mahárbal, no lo pases por alto. Esos bárbaros nos dieron su palabra y, si no le han hecho honor, son ellos quienes deberán pagar el precio de su traición. Por la gracia de Tanit que lo harán. Vamos, en marcha. Quedarán bajo tu mando, a este lado del río, los elefantes con los itálicos, los oretanos y la caballería cartaginesa, para evitar sorpresas a nuestras espaldas. Tomarás todas las precauciones mientras no sepamos adónde han ido los guerreros fugitivos. ¡Bálaro, envía de inmediato a tus cazadores a averiguarlo! ¡Los demás conmigo!

Al son de los cuernos, con la fluida efectividad que producía la disciplina y el entrenamiento constantes, el desmesurado juego de engranajes del ejército cartaginés se puso en movimiento. Media hora después, Aníbal vadeaba el Turmis seguido por veinte mil hombres, cada uno de ellos dispuesto a cobrarse la porción que le correspondía de la ofensa de que habían sido objeto. Poco después, sin que hubiese sido advertido ningún movimiento en los adarves, llegaban ante la puerta de la ciudad.

Aníbal detuvo a los suyos con un gesto y se adelantó unos pasos. Ante él, tratando de aparentar coraje, un rebaño de jóvenes reunidos junto a la puerta se agitaba inquieto bajo su escrutinio. Tal como había dicho Mahárbal, tenían el aspecto banal de los labriegos y los esclavos de las minas. Había también un desorden de carretas y bueyes cuyos carreteros trataban mantener alineados junto a la muralla. Al frente de todos ellos estaba el anciano que había acompañado a Acces, el príncipe de la ciudad, cuando escucharon de labios de Girolbaal las condiciones para la rendición el día anterior. Era un hombre alto, de aspecto distinguido; hubiera podido pasar por un griego de no llevar la barba recogida en dos largas trenzas grises. Estaba acompañado por una mujer vestida con un sayo negro tocada con un pañuelo que le recogía el pelo. Ambos caminaron para salir a su encuentro.

—Que los dioses te sean propicios, Aníbal Barca. Como puedes ver —dijo el anciano, haciendo con el brazo un gesto hacia atrás— Hermandica está haciendo todo lo posible por cumplir su palabra.

—¿Te burlas de mí? —preguntó Aníbal.

El anciano hizo una exagerada demostración de sorpresa.

—¿Burlarme yo? Jamás me atrevería, mi señor. Ahí están los trescientos rehenes, podéis contarlos. Con ellos ponemos en vuestras manos el futuro de nuestra ciudad.

—¿El futuro de Hermandica? —el rostro de Aníbal se contrajo en una mueca de disgusto—. El de sus huertos y pocilgas, querrás decir. Os exigimos jóvenes libres con derecho a portar armas, y esos no creo que sepan manejar otra cosa que azadas y tijeras de esquilar. ¿Y qué hay de los trescientos talentos de plata y trigo? Ahí no veo ni la tercera parte.

—Es verdad, mi señor Aníbal, me temo que no vamos a ser capaces de reunir con tanta premura la cantidad completa. Pero

ved, ved nuestros campos —urgió el vacceo abriendo los brazos hacia la planicie verdeante de cereal que se extendía al pie de la ciudad—: ahí está el trigo que falta para completar los trescientos talentos. Dentro de dos lunas podremos cosecharlos y serán vuestros. Hacerlo antes sería arruinarlo todo.

—¿Dos lunas? ¿No habéis mantenido vuestra palabra un solo día y pretendes que os conceda dos lunas, anciano?

—¡Pero mi señor Aníbal!, ¿cómo podéis dudar…?

—¡Basta! —gritó Aníbal furioso—, ¡no he venido hasta aquí para perder el tiempo discutiendo contigo! ¡Quiero ahora mis rehenes, mi trigo y mi plata, o de lo contrario Hermandica pagará su deuda de otro modo!

—Eso no va a ser posible, mi señor —insistió el vacceo postrándose de rodillas y dirigiendo a Aníbal una mirada implorante—; no está en nuestras manos daros lo que no tenemos, pongo a los dioses por testigos de ello. Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance, os ruego que seáis magnánimo…

—¿Magnánimo? ¿O acaso quieres decir estúpido? Dime, anciano: ¿dónde está Acces? ¿Y dónde están los guerreros? No se ve a ningún hombre de armas ni aquí ni en los parapetos. Dime qué ha ocurrido para que quienes hoy dan la cara por Hermandica sean un anciano y una mujer.

El vacceo guardó silencio un instante con la cabeza baja, inspiró profundamente y se irguió con la actitud de quien deja a un lado el disimulo, disponiéndose a recibir con honor lo que haya de acontecerle.

—Un anciano y una mujer, sí, orgullosos de servir a su ciudad —dijo—. Yo soy Elaisico. Durante muchos años los míos me confiaron el gobierno de Hermandica. Y ella es Amma, madre de todos nosotros, la que habla con la diosa, la que nos ayuda a encontrar nuestro camino en la oscuridad. En cuanto a Acces y los guerreros, se han ido; no era su voluntad, tuvimos que insistirles mucho para que lo hicieran. Pero al fin entendieron que solo mientras cabalguen por esos campos jinetes vacceos Hermandica mantendrá viva la esperanza de recobrar su libertad.

Tal vez en otras circunstancias la digna bravura del anciano hubiera apaciguado la cólera de Aníbal, pero ahora, bajo la atenta mirada de Imilce, de sus capitanes y de todo el ejército, la hizo

inflamarse más aún. El engaño de Hermandica era una afrenta dirigida contra él que exigía retribución.

Aníbal puso pie en tierra y empuñó la espada.

—A Acces y sus jinetes les llegará su hora. Pero la tuya es esta, anciano —dijo, y con un solo golpe fulgurante cortó el cuello y las dos trenzas de la barba de Elaisico. El vacceo abrió mucho los ojos mientras su cabeza saltaba hacia atrás, como si la muerte lo hubiese tomado por sorpresa, o como si el borbotón de sangre por el que se le escapó la vida encerrara secretos imposibles de imaginar.

—¡Maldito seas, asesino! —aulló la mujer, abalanzándose hacia él.

Aníbal la detuvo extendiendo hacia ella la espada ensangrentada.

—En cuanto a ti, mujer, comunicarás a los tuyos mis nuevas condiciones. Son estas: todos los hombres libres, de cualquier edad y condición, abandonarán la ciudad de inmediato. Saldrán con sus familias, vestidos solo con túnicas, desarmados. Dejarán atrás sus bienes, armas y esclavos. Dentro de una hora mis soldados entrarán en la ciudad y todo será suyo.

La mirada de la mujer saltó por encima del hierro que la apuntaba y se clavó en Aníbal. Tenía la piel muy pálida y unos ojos redondos, desorbitados. Sobre su pecho brillaba un colgante representando una luna creciente. Habló en voz queda, y su timbre le hizo pensar a Aníbal en escamas arrastrándose en la oscuridad.

—¿Cómo te sientes, Aníbal Barca? Acabas de quitarle la vida a un hombre inocente, a un anciano que se atrevió a hablarte con honor. ¿Acusa ya tu alma el peso de esa sangre, o es tanta la que llevas derramada que ya nada importa? ¿Imaginas ya las visitas con que el espectro de Elaisico envenenará tus sueños durante el resto de las noches que te sean dadas? Yo te maldigo, Aníbal de Cartago. Hermandica y su diosa te maldicen conmigo.

Aníbal trató de dejar que el escalofrío pasara de largo. No lo logró.

—Cállate, mujer, si no quieres correr la misma suerte que el viejo. Ahora vuelve a la ciudad y haced lo que he dicho. Ya me has oído: una hora.

Cuando la mujer se marchó y Aníbal se volvió hacia los suyos vio en todos los rostros una expresión helada. La más elocuente era

la de Imilce; nadie comprendía como ella el lenguaje de los augurios.

Aníbal hizo retirar el cadáver del anciano y trató de ocupar su atención en preparar la inminente ocupación de la ciudad, pero una sombra seguía aferrada a su pecho cuando, una hora después, una procesión de hombres, mujeres y niños comenzó a emerger por la puerta desmoronada de la muralla. Aníbal se subió a la grupa de *Strategos* e hizo un gesto a Imilce para que lo acompañara a su lado.

Tal como había exigido, los hombres vestían túnicas ligeras que hacían imposible ocultar armas bajo ellas. Entre ellos había pastores y campesinos que habían buscado refugio en la ciudad, y también alfareros, orfebres y herreros. Los acompañaban los ancianos de Hermandica, antiguos guerreros con el aspecto de haber empuñado muchas veces las armas contra los enemigos de su pueblo. Todos ellos mostraban en sus semblantes la vergüenza de la desposesión y el destierro. Al frente de ellos iba la mujer, Amma, como si quisiera ser la primera en apurar el cáliz de su destino.

Aníbal pensó que eran los mismos rostros que había visto en Cartala, en Belgeda, en Capara, en todas las ciudades conquistadas, y que no hay una patria que haga más iguales a los hombres que la derrota. La duda de si un día él mismo tendría que habitar esa patria le cruzó de pronto el pensamiento. Miró a Imilce y le sonrió intentando despejar las penumbras de su ánimo. Ella despegó los labios para decirle algo cuando un repentino griterío y un resonar de metales atrajeron la atención de ambos.

A un centenar de pasos de donde se encontraban, un grupo de soldados se arremolinaba alrededor de algunos de los bárbaros. Hubo un conato de tumulto; una voz se alzó increpándolos. Era la mujer, Amma.

—¡Apártate de mí, puerco cobarde!

Aníbal se aproximó trotando sobre *Strategos*, seguido de Imilce. Cuando llegaron hasta ella, la vaccea se debatía, sujeta por Girolbaal, sosteniendo en su mano una espada oxidada con nielados de plata.

—¡Aníbal! —exclamó Girolbaal—, ¡estas putas vacceas han intentado engañarnos!

—¡Quítame las manos de encima! —aulló Amma, hablando en

íbero con un acento duro que se le enganchaba en la garganta y el pecho—, ¿hasta dónde creéis que podéis llevar vuestra humillación sin que debamos responder a ella?

Aníbal puso pie a tierra y se aproximó mientras Girolbaal torcía la muñeca a la mujer para obligarla a soltar el arma.

—¡Alto! —gritó Aníbal—, ¿qué ocurre, qué alboroto es este?

—Tú mismo puedes verlo —respondió Girolbaal con un gruñido—: los hombres visten túnicas y van desarmados como ordenaste, ¡pero ellas llevan armas escondidas!

Aníbal se volvió y comprobó que era cierto: a lo largo de la columna de bárbaros que abandonaban la ciudad, los soldados púnicos habían comenzado a despojar de sus mantos a las mujeres, haciendo salir a la luz otras armas ocultas: había espadas, hoces, puñales. Aníbal alejó de una patada la espada de la vaccea e hizo a Girolbaal un gesto para que la soltase. Ella quedó inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo y los puños cerrados, temblando de ira. Aníbal la miró despacio de arriba a abajo mientras desenvainaba su propia arma, como si eligiera el lugar donde hundir el hierro.

—Dejé claras mis condiciones, mujer —dijo con voz cortante—: abandonaríais la ciudad dejando todo atrás, desarmados. Ahora deberéis pagar por vuestro engaño.

—No hay ningún engaño —respondió Amma con tono insolente—. Dijisteis que los hombres no debían llevar armas, y así ha sido. Pero no pretenderéis que nos echemos a los campos sin un hierro con que defendernos de los lobos y los bandidos.

Aníbal dibujó la mueca de una sonrisa en la que no había ni la más fugitiva sombra de humor.

—No pretenderás tú que juegue contigo a las palabras. Debíais salir desarmados; esas eran las condiciones.

Amma clavó en él una mirada impasible.

—Hemos hecho lo que dijimos que haríamos. Ahora haz tú lo que quieras; estamos en manos de la diosa.

El Bárquida agarró a la mujer del pelo, tiró de su cabeza hacia atrás y alzó la espada para descargar el golpe.

Se escuchó una voz.

—¡Aníbal, espera!

Este tardó un momento en reaccionar. Cuando consiguió desenredar su mirada de la de la vaccea vio que Imilce estaba a su

lado.

—Aníbal —insistió la oretana en púnico, con una voz suave y urgente al mismo tiempo—, no creo que esta mujer haya tenido voluntad de engañarte: es cierto que los hombres han salido desarmados, y esos hierros oxidados nunca serían una amenaza para nuestros hombres. Es natural que necesiten algún medio de defensa.

Él quedó tan sorprendido por la intercesión de Imilce en favor de la vaccea que quedó mirándola en suspenso, sin comprender el motivo.

—¿No crees que yo hubiera hecho lo mismo para salvar a los míos…? —insistió Imilce—. ¿A los nuestros? Además, se ha encomendado a la diosa… Sabes que no puedo desoír eso.

Aníbal se abrió paso en las pupilas de Imilce y advirtió que lo que latía bajo ellas, lo que había latido siempre desde el momento en que se conocieron en el santuario de Auringis, no era muy distinto de lo que había en la actitud orgullosa y desafiante de la vaccea. La misma voluntad de afirmarse ante el extranjero que quiere convertirse en el nuevo dominador, la misma devoción a una diosa subterránea y hambrienta, la misma carga de todo un pueblo sobre la espalda…

—Pero ¿qué dices, Imilce? —se resistió—. Nadie puede llamarse a equívoco: dejé claro que debían dejar las armas atrás. Tomando en cuenta que sus guerreros abusaron de mi clemencia aprovechando para huir durante la noche, si de algo se me puede acusar es de haber sido demasiado indulgente.

—Has sido generoso y eso te honra —concedió con dulzura Imilce—. No tengas reparo en serlo más aún. Contén tu ira y piensa en lo que esos griegos tuyos escribirán sobre este día si no lo haces. ¡Aníbal Barca manchándose con la sangre de una mujer tras haber puesto a Hermandica a sus pies! —la oretana negó con la cabeza—. El corazón me dice que no sería del agrado de nadie. No del de Melqart. Tampoco del de Betatun.

Aníbal se sintió embargado por un súbito hastío. Pensó que había sido un error llevar consigo a Imilce; nunca volvería a hacerse acompañar por su esposa en una campaña. Hacer la guerra requiere un espíritu más simple que el de una mujer como ella. La expresión despreciativa de Girolbaal proclamaba con elocuencia lo que los

soldados pensaban al respecto. Nunca volvería a llevarla consigo, pero ahora estaba allí reclamando el derecho de su diosa de proteger la vida de la vaccea.

Soltó el pelo de la mujer y bajó la espada.

—¿Y qué sería del agrado de la diosa?

—Betatun me sugiere que seas clemente —dijo Imilce, hablando ahora en íbero para ser entendida también por la mujer—. Que les des ocasión de esperar en su ciudad a la cosecha para que puedan completar el tributo que nos deben. Que les des motivos para llamar de regreso a sus guerreros y ponerlos de nuestro lado…

Aníbal dejó que las palabras de Imilce dieran paso a un silencio expectante compartido por todos. Tal vez, a fin de cuentas, ella tuviera razón. Como acostumbraba, se preguntó en silencio a sí mismo si debía optar entre la magnanimidad o el castigo. La proporción sutil y precisa entre ambas respuestas, inscrita en su espíritu desde que tuvo conciencia de sí, era lo que le hacía ser quien era. Él era la medida de sus dudas, incluso de sus contradicciones. La virtud no era una respuesta formulada de antemano, sino el ejercicio de su instinto, de su sentido del equilibrio, de su determinación.

Miró a la vaccea.

—¿Has comprendido lo que ha dicho Imilce de Cástulo?

La mujer asintió.

—Si os permito volver a la ciudad, ¿nos enviaréis el tributo completo tras la cosecha y os abstendréis de participar en cualquier acción contra nosotros?

Amma titubeó un instante y después se arrodilló, haciendo notorio que lo hacía a igual distancia de Imilce que de él.

—Así lo haremos, Aníbal Barca. Nada puedo decir en nombre de los que partieron, pero los que quedamos en Hermandica seremos fieles a nuestra palabra. Pongo por testigo a la diosa sin nombre… —la mujer miró de reojo a Imilce—; pongo por testigo a Betatun.

Aníbal inspiró profundamente y sintió la urgencia de dar por terminado aquel episodio y continuar su camino.

Asintió en silencio.

Capítulo XXXV

ANGLEA supo que se aproximaba un jinete aún antes de que sonara el aviso. Tal vez era capaz de sentir la vibración en el suelo, o la diosa le hacía el regalo de esos relámpagos de anticipación. En todo caso, no era ninguna sorpresa: desde la marcha de Mimbro y los demás el ritmo de la vida en Ebora, Buntalobriga y la nueva Hélike estaba marcado por la espera de la llegada de los mensajeros de Anorco con el relato de los sucesos que iban teniendo lugar en el norte, más allá de los montes.

El primero había causado más ira que sorpresa al dar cuenta de la traición de Bálaro y sus vetones de Ocelón. El que su vaticinio se hubiera cumplido de ese modo había causado en Virono y otros muchos una oscura satisfacción, como si fuera algo bienvenido el que, por fin, se pusiera de manifiesto, a ojos de todos, el deshonor de Bálaro y los suyos. Por el contrario, el segundo provocó una noche de celebración al traer noticia de la resistencia de los vacceos de Hermandica, puestos sobre aviso por los emisarios de Ebora. El jinete, un guerrero llamado Fentio, se había puesto en camino tras la aparición del ejército de Aníbal ante las murallas de la ciudad, y aunque nada podía saber de los avatares posteriores, sus elogios a la belicosidad de los vacceos y a la solidez de sus murallas fueron recibidos con alborozo. Anglea y Gerión reaccionaron con mayor sobriedad: conocían demasiado bien a los Bárquidas como para saber que unas murallas no solían bastar para detenerlos. Siempre, puntualizó Anglea mentalmente, que los sitiados no recibieran ayuda del exterior, como ocurriera en Hélike.

Tras la estancia en Ebora, Gerión y ella habían marchado unos días a la nueva Hélike para llevar las nuevas y acelerar la mejora de las defensas del asentamiento que, poco a poco, al mando de Enneges, Lagandi y Leitabaros, se convertía en una ciudad menos precaria. El viejo Aibekeres dirigía la construcción de la nueva muralla perimetral, tan cabezota y gruñón como cuando se ocupaba de los sistemas de regadío de Orissón; a Anglea le parecía que

hubiera transcurrido una vida entera desde entonces, o que los recuerdos que le hervían en la imaginación pertenecieran en realidad a otra persona.

Aprovecharon también para pasar tiempo con los niños, que crecían bajo los ojos atentos de Larima, Irmán y su tío Argonio. Cuando llegó el momento de marcharse, el pequeño Gé, con sus siete años ya cumplidos, se plantó ante sus padres con los brazos en jarras y declaró que no permitiría que se fueran si no lo llevaban con ellos. Tan solo haciéndolo responsable del creciente tropel de niños del poblado consiguieron convencerlo de que su lugar estaba, todavía, en la nueva Hélike.

De allí se dirigieron a Buntalobriga para que la llegada de noticias los encontrara lo más cerca posible de Ebora. Llevaban ya varios días anhelando conocer la suerte de Hermandica, y con ella la de Mimbro, y la espera había comenzado a pesar en el ánimo de todos.

Cuando el sonido del karnyx hizo buena la intuición de Anglea, esta se apresuró en dejar en manos del herrero Alisocos la dirección de la cuadrilla que estaba sustituyendo por un muro de piedra y tierra prensada la empalizada norte de Buntalobriga, la más expuesta a un ataque. Echó a caminar hacia la puerta principal del recinto. Se aproximaba ya a ella cuando, inesperadamente, el cuerno bramó de nuevo: uno, dos… y tres toques.

La señal de alarma sacudió el poblado como el estallido de un trueno. Todos suspendieron al punto lo que hacían y quedaron inmóviles durante un latido, mirando a lo alto como si allí fuera a hacerse visible el peligro que los amenazaba. Después los hombres corrieron en busca de sus armas para ocupar las posiciones defensivas que tenían asignadas y las mujeres comenzaron a reunir los rebaños para ponerlos bajo la protección de los muros.

Anglea corrió también, reuniéndose con Nisandro por el camino, y ambos llegaron a la puerta un momento antes de que lo hicieran al galope Gerión, Saunio y Tirtanios; a lo lejos se arrastraba pesadamente la media docena de carretas tiradas por bueyes con las que traían de la cantera la piedra para la construcción de la muralla. En la puerta los esperaba ya Meronio con el resto de los principales jefes de los ólcades. Junto a ellos estaban Abaro, aún con el karnyx en las manos, y Turibas sosteniendo de la brida a su

caballo, que bufaba exhausto tras la cabalgada. Todos hablaban atropelladamente entre sí hasta que Meronio, al poner Gerión pie en tierra y reunirse con ellos, alzó la voz para reclamar silencio.

—¡Basta de voces! Turibas acaba de llegar de Ebora. Escuchad lo que ha venido a decirnos.

Turibas miró a su alrededor para atraer la atención de todos antes de empezar a hablar. Lo hizo con gran agitación.

—Hace dos horas Turais ha llegado a Ebora. Es uno de los guerreros del grupo de Anorco que quedó de vigilancia en el paso de Ilurbeda, arriba en los montes, camino de Ocelón. Han avistado un gran contingente de gente a caballo que viene del norte y se dirige hacia el paso…

—¡Aníbal! —interrumpió Gerión—, ¡tan pronto!

—Turais cree que no —respondió Turibas—. Partió para Ebora antes de que se acercaran lo suficiente para verlos con claridad, pero dice que parece una fuerza ligera, sin carros, máquinas de guerra ni gente de a pie. Ni nada que se parezca a un elefante. No tienen aspecto de cartagineses.

—¿Entonces? —preguntó Tesindro—. ¿Acaso los de Ocelón han decidido pasarse a nuestro lado?

—No lo sabemos, pero no tardaremos. Sean quienes sean, si se dirigen a Ebora llegarán antes del ocaso… —y el mensajero miró hacia el sol guiñando los ojos—; dentro de no más de cuatro horas. Virono dice que debemos ser cautos mientras no sepamos quiénes son y qué intención tienen. Os ordena que cerréis las puertas y esperéis dentro de las murallas, listos para acudir en ayuda de Ebora si es preciso. Recibiréis noticias tan pronto como sea posible; yo me encargaré de ello.

Los ólcades intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Debes volver a Ebora ahora? —preguntó Anglea.

—Sin demora. Si han adelantado gente de avanzada puede que ya no estén muy lejos.

—¿Y la nueva Hélike? Tenemos que ponerlos sobre aviso…

—Enviad a alguien si os parece necesario —respondió Turibas, encogiéndose de hombros—, pero para cuando quiera llegar hasta allí en Ebora ya habrá ocurrido lo que tenga que ocurrir. Mejor será esperar; pronto sabremos a qué atenernos.

—Todo esto no me gusta nada —dijo Meronio, sacudiendo la

cabeza con desconfianza—. Ese Turais podría haber esperado para averiguar algo más, ¿no? Al menos habrá aventurado cuántos son…

Turibas hizo un gesto dubitativo.

—Eso fue lo primero que le preguntaron todos, y se resistió a dar una respuesta. Finalmente dijo que entre dos y tres millares.

—Eso es como no decir nada —se irritó Kintortes—. ¿Y Virono pretende que nos encerremos en Buntalobriga sin saber qué ocurre? De ningún modo. Seríamos la pieza más vulnerable.

—Tampoco podéis hacer ninguna otra cosa, padre —arguyó Turibas—; no creo que queráis salir al encuentro de esa gente, ni ir todos a Ebora. Lo mejor es esperar y preparar la defensa.

—Eso es cierto, Turibas —intervino Gerión—, pero debemos asegurarnos de que ahí arriba no se toman decisiones a nuestras espaldas. En esta hora la voz de los oretanos y los ólcades tendrá que ser tenida en cuenta. Iré contigo de regreso a Ebora. Me acompañarán los guerreros que Meronio y Kintortes consideren oportuno.

Hubo un momento de silencio con el que todos dieron por buena la propuesta. Turibas hizo un gesto con las manos como si alejase de ti toda responsabilidad.

—Pues daos prisa. El tiempo apremia.

Poco después una docena de jinetes abandonaba la ciudad abriéndose camino entre el caudal de rebaños de cabras y ovejas que convergía sobre la puerta en la muralla, inundando la primera hora de la tarde con una cacofonía de balidos que exasperaba a los caballos y a los perros pastores. Anglea avanzó hasta situarse junto a Gerión y cabalgó sin interrumpir la hosca circunspección de él. Ella, por supuesto, no iba a quedarse atrás cuando lo que estaba en juego era el destino de los suyos; ya que no habían podido enviar aviso a sus oretanos de la nueva Hélike, al menos los representaría en Ebora.

Cuando llegaron a la ciudad la encontraron en estado de alerta, guarecida por su nueva muralla y los montes inmensos de su retaguardia. En los parapetos se respiraba la agria expectación de las vigilias, cuando el peligro no es aún más que un espíritu impreciso y sin rostro. Su llegada apenas si distrajo la atención de Virono y los notables de la ciudad. Tras intercambiar noticias con Ulantio, inquieto como nunca antes lo habían visto, ellos mismos se

sumaron a la atenta vigilancia y la espera.

Por fin, menos de una hora antes de la puesta del sol, la esperada hueste del norte apareció serpenteando por el camino que descendía de los montes. Al acercarse a las murallas, los de Ebora comprobaron que apenas si superaban el millar. Turais los había estimado con largueza. Anglea se sumó al suspiro de alivio que corrió entre los vetones: los desconocidos no bastaban para plantearles una grave amenaza. Además, pudieron confirmar de inmediato que no se trataba de una fuerza cartaginesa: avanzaban con el desorden fluido y despreocupado con que lo hubiesen hecho guerreros de su propio pueblo. Sin duda eran gente de Ispania.

Cuando estuvo a dos tiros de arco la columna se detuvo y un único jinete continuó avanzando. Pronto a todos les resultó familiar, y al punto numerosas voces lo saludaron por la muralla.

—¡Es Anorco!

El guerrero alzó una mano como gesto de respuesta. Lo hermético de su expresión hizo que nadie pudiera anticipar las noticias que traía hasta que estuvo lo suficientemente cerca del bastión de la entrada principal de la muralla como para ser escuchado por el gentío agolpado en los parapetos. El hombre relató con las palabras imprescindibles lo sucedido en los últimos días. Anglea sintió, como todos, consternación al conocer el fracaso de la resistencia de Hermandica ante las máquinas de guerra de Aníbal, y también aliento al pasar la mirada por el contingente de jinetes que venía a sumarse a ellos. Los vacceos no habían podido resistir al poder devastador que había caído sobre ellos, pero no estaban dispuestos a rendirse ante él. Seguirían defendiendo su dignidad con toda la determinación que les sostuviera el hierro y les cupiera en el alma. Aunque para ello hubieran tenido que dejar atrás, a merced de Aníbal, su ciudad, con los suyos abandonados a su destino tras las murallas desmoronadas.

Tan solo faltaba la respuesta a una pregunta; cruzó una mirada con Gerión y este la lanzó al aire.

—¿Venís todos?

—Todos —contestó Anorco.

Poco después daban la bienvenida a Mimbro en la puerta de la ciudad, y Anglea ponía en una oración su gratitud a la diosa por haber mantenido a salvo a los suyos.

Al menos por un día más.

—Lo que no entiendo es por qué no enviasteis aviso de que erais vosotros quienes veníais —dijo Gerión, sentándose junto a los demás alrededor del fuego. En su rostro se leía la huella agridulce de la jornada. El regreso de su hermano y los vetones con un considerable contingente vacceo de refuerzo apenas bastaba para compensar la evidencia de que el ejército púnico avanzaba como una fuerza irresistible—. Vuestra aparición causó la mayor de las alarmas.

Mimbro se encogió de hombros y miró a su hermano sin dejar de roerel trozo de carne.

—Quisimos hacerlo —respondió entre dientes—, pero el vacceo, Acces, se negó. Le preocupaba que todo hubiese sido un engaño y en realidad los llevásemos a una trampa. «Nada de mensajeros», nos dijo, «iremos todos juntos; no necesitamos que se nos prepare ninguna bienvenida». No le recrimino la desconfianza: ¿qué razón tienen en realidad para fiarse de nosotros? Los vetones de Ocelón se han pasado con Aníbal, ¿por qué no los de Ebora? Todo lo que conocían ha cambiado por completo de un día para otro. Nosotros sabemos bien lo que eso significa. Su ciudad debe estar a estas horas en manos de Aníbal y no imaginan siquiera qué ha sido de su gente. Quieren estar seguros de que han dejado atrás todo eso por un buen motivo.

—Claro —dijo Anglea, apoyando una mano en el hombro de Mimbro—, eso es lo que queremos todos. Pero dinos: ¿cómo son esos vacceos? Nadie parece saber mucho sobre ellos; ¿son de fiar?

Mimbro soltó en el cuenco el hueso y miró a Anglea con aire fatigado. Tomó su mano para agradecer el gesto de afecto.

—¿De fiar, Anglea? ¿Quién es en estos días de fiar? Me temo que nadie. Tal vez ni yo mismo sea de fiar; lo único que sé es que estoy dispuesto a morir antes que ser esclavo de los cartagineses. En esta vida o en la otra, prefiero hacer compañía a tu padre Orissón, a Abarien, Lortas o Buntalos antes que a Tersinnos o Bálaro. Si un enemigo es tan inevitable como la muerte, hagámosle frente con la misma dignidad que tenemos reservada para ella.

»Y creo que esos vacceos son como yo… como nosotros. Si hubieran querido ponerse en manos de Aníbal ya lo hubiesen hecho. Quiera Epona que podamos contar con los carpetanos como

con ellos cuando llegue la hora de la verdad.

—¡Cuando llegue la hora de la verdad! —exclamó Maenomaro, con tono burlón—, ¡esas son grandes palabras, Mimbro! ¡Como si todo hubiera de resolverse en una gran encrucijada del destino! Vamos, amigo mío, dejémonos de declaraciones solemnes y sigamos viendo el futuro como lo que es: un juego, una aventura…, un disparate. Los dioses solo son implacables con quienes pierden el sentido del humor…

Para concluir su exhortación, el vetón se puso en pie, extendió los brazos y se tiró un sonoro pedo que produjo un sobresalto general. Después comenzó a reír como un niño travieso. Uno a uno, los demás se unieron a él, contagiándose en una carcajada que se prolongó como un ritual de sanación.

—Tienes razón, Maeno —dijo Mimbro, quitándose con el dorso de la mano las lágrimas de los ojos. Sacudió la cabeza y contempló a su amigo con la mirada brillante—. Si debo renunciar a Acces y sus vacceos, sea, ¡pero por las pelotas de Cosus, espero que no me faltes tú! Ni el día de la verdad ni ninguno de los demás. Aunque tengas que hacerte notar de ese modo…

Todos rieron de nuevo. Es dudoso que su carcajada atravesara los muros de piedra y adobe y llegara a los vetones que los circundaban en la nueva Ebora, todos ellos masticando las mismas incertidumbres alrededor de sus hogares, y menos aún a los vacceos acampados junto a la muralla: un millar de hombres solos tratando de fingir con bromas y *kaelia* que la preocupación por los suyos no ocupaba todo el espacio de su imaginación.

Pero Mimbro sintió que la risa de los ólcades, sin duda alguna, con toda su carga de bienaventuranza audaz y despreocupada, no pudo dejar de encontrar un camino que la llevara a ser escuchada por los dioses.

CAPÍTULO XXXVI

¡Ya era hora, bendita sea Clío, la que ofrece gloria, y con ella benditas sean sus hermanas! ¡Bendita sea Calíope la de la bella voz, Erato la amorosa, Euterpe la muy placentera, Melpómene la melodiosa, Polimnia la de los muchos himnos, Talía la festiva, Terpsícore la que deleita en la danza, Urania la celestial! ¡Benditas sean las nueve musas, porque regresamos! La ocasión es tan feliz que merece la pena tirar la casa por la ventana: vayan al pebetero mis últimos granos de incienso. Creía que no iba a llegar nunca este momento. Lo natural, claro está, hubiera sido emprender el retorno tras la conquista de Hermandica; ¿es que no era suficiente motivo de gloria para Aníbal? Al fin y al cabo, se trata de una ciudad grande y próspera, tan lejos de Qart Hadasht que ni siquiera sabíamos de su existencia. ¡Vacceos! ¿Quién había oído hablar de los vacceos, por el Padre Zeus? Y, además, con la avanzada gestación de la señora Imilce toda precaución es poca.

Por cierto que nuestra regia dama oretana es de armas tomar. En sentido literal. Desde que salimos de Cástulo se ha empeñado en mantenerse junto a Aníbal en todo momento, haciendo visible una daga sujeta al pecho con una bandolera de cuero, como una exótica Atenea de aire bárbaro, con el fruto de su vientre creciendo a ojos de todos de día en día. Sostiene que es importante que sus oretanos la vean de ese modo, sirviendo de infatigable apoyo al General.

Como era de imaginar, el propio Aníbal está comenzando a sentirse algo irritado con la actitud de su señora. Por mucho que intente disimularlo, yo conozco bien sus gestos de impaciencia, y sospecho que no tardará en manifestarlo de un modo poco contenido. Creí que lo haría en Hermandica, al detenerlo Imilce cuando se disponía a aplicar a la mujer vaccea su justicia sumaria. Más aún cuando después le persuadió de que volviera a poner la ciudad en manos de quienes por dos veces habían intentado con engaño tomar ventaja de su clemencia. Aníbal transigió entonces, a mi parecer más impresionado en realidad por el coraje y la dignidad de la vaccea, que por la capacidad de convicción de su esposa, pero diría que se le ha quedado clavada una espina de desasosiego, de esas que no dejan de ensanchar la herida a

medida que son agitadas por el paso de los días.

Tras Hermandica continuamos la marcha hacia el norte y durante cinco jornadas atravesamos lo que por momentos parecía un mar de cereal. Debo admitir que eso me permitió entender mejor el interés de Aníbal por estos territorios: los vacceos parecen mucho más capaces en la producción de grano que cualquier otro pueblo bárbaro de Ispania, y quien los domine dispondrá de formidables recursos para abastecer a su ejército en campaña. Pero, tal como no tardamos en comprobar, no significa eso que estén dispuestos a ceder sus cosechas gentilmente, ni que sean siempre tan poco efectivos en la defensa de sus ciudades como los de Hermandica.

Buena y costosa prueba de ello recibimos en Arbucala, la siguiente de las grandes ciudades vacceas que Aníbal había tomado como objetivo. Está situada sobre un teso una legua al sur del río Durio, en un terreno cuya configuración dificultaba enormemente la aproximación de las máquinas de asedio y de los arietes y escalas. Además, los bárbaros debían haber recibido noticias de lo sucedido a sus hermanos del sur y estaban mucho mejor preparados para plantar cara, ¡y por la lanza de Atenea que la plantaron! Revistieron sus murallas con una gruesa capa de adobes para amortiguar el impacto de los proyectiles, hicieron de continuo salidas temerarias para destruir las zapas y los ingenios de guerra y hostigar a los nuestros, y resistieron una y otra vez los asaltos a sus parapetos. El bueno de Sileno, que siempre gusta de la narración de las gestas militares, dejará cumplido registro de las vicisitudes y actos heroicos del asedio, pero básteme a mí decir que nos costó toda una luna batir a los vacceos de Arbucala, y que estos mantuvieron la dignidad aún en la derrota, moviendo a Aníbal a señalarles condiciones de capitulación no poco honrosas. Los bárbaros han entregado rehenes, un contingente de jinetes a nuestro ejército y cien carretas de cereal, y se han comprometido a enviar cada año otras tantas mientras dure su amistad con Aníbal; a cambio de ello conservan sus vidas, sus armas, y la soberanía sobre su ciudad.

Por cierto, que me parece que la gloria que ofrece Clío quedó en esta ocasión justamente repartida entre los contendientes. Las más dulces mieles son, claro está, para nuestro deslumbrante general. Su talla crece sin cesar, y no hay quien no tenga por seguro que está llamado a dejar una impronta no menor que la de ninguno de sus predecesores. Ha conseguido reunir en un solo espíritu el genio militar y la fortaleza de

carácter de su padre Amílcar así como el carisma y la inteligencia diplomática de su cuñado Asdrúbal. Nuestro admirado Aristóteles diría que Aníbal es logos, *es* ethos *y es* pathos. *Con todo ello está extendiendo las lealtades que concita y el dominio territorial de Qart Hadasht de un modo inusitado. Y, si conserva el favor de los dioses como hasta ahora —y les ruego a todos ellos, los griegos y los púnicos, para que así sea—, lo que hemos visto no será sino el comienzo.*

Pero sea también encendida una llama en el altar de Mnemósine para guardar memoria de la porción de gloria que le corresponde a los vacceos y a ese Balaesi que los dirige. Cualquier nación se sentiría dichosa de contarlos entre los suyos. Además, lo prolongado de su defensa de Arbucala ha hecho que su conquista pusiese fin a la campaña de este verano, sin tiempo para más aventuras, y no hace falta insistir en lo dichoso que me hace la idea de regresar a casa.

Sin embargo, mientras mi espíritu siga siendo griego no dejará nunca de sentir curiosidad por lo que hay más allá. En este caso, más allá del Durio. Solo Aníbal y los dioses saben adónde se encaminarán nuestros pasos en el futuro, pero acaso no vuelva a tener ocasión de conocer esas agrestes tierras del norte que contemplé desde la orilla del río. Los guías hablan de ciudades con nombres seductores: Barciagis, Intercatia, Lacobriga, Rauda, Segisama, Pintia, Pallantia… Y más allá todavía, en las montañas, dicen que hay pueblos que de tiempo en tiempo descienden sobre la llanura como un vendaval de muerte y saqueo. Por esta ocasión túrmogos, lugones, cántabros o autrigones quedan tranquilos: Aníbal Barca no tiene tiempo de ir en su busca. No imaginan su fortuna.

Y a mí no me queda sino emplear las interminables horas de marcha en imaginar qué costumbres tendrán, cómo serán sus lenguajes, sus dioses, sus rituales, las conversaciones de sus ancianos, los juegos de sus niños. En ocasiones la anchura del horizonte y la fantasía sobre la que cabalga mi espíritu me hacen aprehender una porción de la vastedad del mundo, y entonces quedo mudo de estupor y ansío vivir eternamente para poder conocer, como hizo Herodoto el de Halicarnaso, todos sus rincones.

Por fortuna tengo buenos amigos con quienes compartir el tedio y evitar que estas ensoñaciones me atrapen por completo. Imilce me llama a menudo a cabalgar junto a su litera, en los ratos en que lo avanzado de su estado le obliga a abandonar la grupa del caballo. Parece claro

que el heredero de Aníbal verá la luz mucho antes de que lleguemos a Qart Hadasht; todas las noches ruego a Asclepios por la salud de ambos. También Aníbal, Sileno, Hipócrates y Epiclides han hecho más livianas las leguas del regreso mientras avanzamos pesadamente hacia el sureste. Cabalgamos seguidos por el ejército y la interminable columna de carretas que cargan con el botín de la campaña, junto a los rebaños, los rehenes y los contingentes de guerreros entregados por los nuevos aliados, y las reatas de mulas con el bagaje, el gentío de herreros, hetairas, sacerdotes, médicos, bailarines…

Debemos ofrecer una imagen asombrosa a los bárbaros que nos ven pasar encerrados en sus oteros amurallados: somos una multitud ambulante que se extiende más de dos leguas cruzando las llanuras de los vacceos y los altos páramos de granito de los vetones. Como si una ciudad entera se hubiese echado a andar por los caminos. ¡Por todos los dioses del Olimpo, creo que, de habernos visto de cerca, a aquellos bárbaros les hubieran causado más impresión los bailarines de Gadir que se las han arreglado para acompañarnos hasta aquí buscando ganar unas monedas que los mismísimos elefantes de Aníbal!

En todo caso no les hemos dado ocasión, hemos continuado nuestra inexorable marcha hacia adelante, evitando detenernos. El verano camina hacia su fin y Aníbal quiere estar de vuelta tan pronto como sea posible: le inquieta el uso que sus enemigos puedan hacer de su prolongada ausencia. Ni hemos hostigado a las ciudades que se iban cruzando en nuestro camino ni nadie se ha atrevido a salir de ellas para hacernos frente.

Hoy hemos cruzado la alta cordillera que parece dividir a Ispania diagonalmente en dos mitades. El camino asciende poco a poco entre pinares y grandes riscos de piedra, matorrales de piorno y enebro y praderas encharcadas en las que pastan caballos salvajes, hasta que, de pronto, en lo alto solo está el aire transparente y el mundo se desploma hacia una llanura que se derrama entre celajes lechosos en la lejanía. Por el Padre Zeus que es un lugar hermoso. Aquí es fácil olvidar la guerra interminable que hierve allá abajo, de la que venimos y hacia la que nos dirigimos de nuevo.

Mañana comenzaremos a adentrarnos en el territorio de los carpetanos. Se extiende hacia las vegas y los vados del Tagus y más allá, hasta los dominios de los ólcades y oretanos que fueron sometidos por Aníbal en la campaña del año pasado; ¡qué lejana parece! Los

carpetanos son el último obstáculo para regresar a Qart Hadasht, pero la preocupación de Aníbal hace pensar que no son un obstáculo pequeño. Además, él no deja de pensar en los adversarios que hemos ido dejando atrás, o a un lado: los oretanos de Hélike, los ólcades que huyeron tras la caída de Arecorata, los guerreros vacceos de Hermandica. Sabe que están cerca, y eso le tiene en un estado de desasosiego permanente. Creo que no es que tema encontrarlos de nuevo, sino que lo ansía. Aníbal siente tanta urgencia por acometer el futuro que le enerva dejar tareas pendientes.

Esta tarde lo he sorprendido mirando hacia el sur en silencio, montado a lomos de Strategos. *Con esa prodigiosa intuición suya no ha necesitado volverse para saber que era yo quien se acercaba.*

—Sósilo —me ha dicho—. Escucha bien lo que voy a decirte. Necesito tomar posesión de dos llaves para franquearme el paso hacia donde me dirijo.

»Una es Sagunto; con ella se abre la puerta que conduce a Roma.

»La otra es el Tagus. Ahora todo depende de que podamos dejarlo atrás. Y si yo fuera mis enemigos no podría encontrar un lugar mejor para esperarme.

PARTE SEXTA

LOS PRESENTIMIENTOS Y LAS LÁGRIMAS

Aníbal a Imilce:
«Deja los presentimientos y las lágrimas, mi fiel esposa. Tanto en la paz como en la guerra, hay un final predestinado para todos y el primer día nos lleva hasta el último».

SILIO ITÁLICO, *La Guerra Púnica*

Capítulo XXXVII

—Las primeras noticias del regreso de Aníbal nos llegaron desde Opila. Es una de las ciudades vetonas más orientales al norte de la sierra. Domina la aproximación al mejor paso de montaña para cruzarla en la región de las fuentes del Tĕttare, a casi veinte leguas al levante de Ebora —Argonio separó los brazos, enfrentando las palmas de las manos, como si de ese modo pudiera expresar más cabalmente la distancia—. Eso significaba que el Bárquida había elegido una ruta distinta para su retorno.

—La más directa —dijo Bobdal—. El ejército había ido sumando el peso del botín de la campaña hasta convertirse en una inmensa serpiente, lenta y obesa, de modo que el regreso a Qart Hadasht iba demorándose más de lo que Aníbal hubiera querido. Habiendo alcanzado todos sus objetivos en el Durio, sentía que no tenía tiempo que perder. Él era así: cuando alcanzaba una meta necesitaba fijarse otra cuanto antes.

»Además, lo avanzado del embarazo de Imilce le preocupaba cada vez más. Creo que, al salir de Cástulo, él pensaba que la campaña no sería tan prolongada, y, a medida que se acercaba el parto, comenzó a temer por su heredero. También por su esposa, claro está, aunque la relación entre ellos había comenzado a cambiar en aquellos días. Se hizo más fría, más distante. Daba la impresión de que la atracción que ella había ejercido sobre él desde que se conocieron en Auringis ya no era la misma.

—Porque ahora lo que le importaba es lo que Imilce llevaba en su seno, ¿no? —dijo Adara con disgusto—. Ciertos hombres creen que pueden tratar a sus mujeres como si fueran animales domésticos. Pues bien poco le había durado a Aníbal ese amor que exhibió ante los ojos de media Ispania de aquel modo tan arrogante. Me pregunto si es que alguna vez sintió tal cosa.

—¿Amor? —se preguntó Bobdal con extrañeza. Meditó durante un instante, como si la idea le pareciera ajena a aquella conversación—. Sí, tal vez… Creo que Aníbal amó a Imilce, pero

con uno de esos amores que tienen menos que ver con la entrega que con la posesión. Diría que vio en ella una joya exótica y fascinante, y la amó en la medida en que halagaba su vanidad y resultaba conveniente a su ambición…

En la estancia quedó un silencio con sabor a ceniza.

—Sofonisba asesinada durante su sueño —murmuró Adara—, Titayú quitándose la vida en el palacio después de que le mataran a su hijo. Acaso Imilce empezara en esos días a darse cuenta de que no era un destino fácil ser mujer entre los Bárquidas…

—No, no lo fue —convino Bobdal—, pero tampoco el de los hombres.

—Los hombres Bárquidas se lo buscaron —replicó Adara, con dureza—, a sus mujeres se lo infligieron.

—No creo que eso sea exclusivo de los Bárquidas —dijo Bobdal—; me temo que ocurre en todas partes.

—Habla por tu pueblo, cartaginés, no por el mío. Yo he elegido mi destino, igual que mi madre eligió el suyo.

Bobdal no tuvo respuesta para eso y quedó a la espera de ver el rumbo que tomaba a continuación la conversación.

Argonio arqueó las cejas y asintió con gravedad.

—No es fácil decir quién eligió su destino en aquellos días y quién fue tan solo una pavesa lanzada al aire por los dioses —dijo con la voz astillada, como si masticara piedras—. Lo que sí sabemos es quiénes se comportaron con valor y dignidad. Muchos lo hicieron, como tus padres, pero no todos.

Adara cerró los ojos un instante, tomó aliento y los abrió de nuevo. En ellos brillaba una emoción antigua y agreste.

—No todos —repitió—. Sigue con tu relato, tío Argonio, cuéntanoslo. ¿Recuerdas? Habían llegado noticias desde el norte. Aníbal se disponía a cruzar la sierra más lejos de lo que habíais esperado.

Argonio asintió.

—Así es… El Cachorro venía al frente de un ejército aún más descomunal que el que había traído desde el Betis en la primavera. Pocos días después supimos que había cruzado los montes sin contratiempos. Las noticias nos sacudieron a todos, pero más que a nadie a los carpetanos. Si Aníbal hubiera regresado por el mismo camino de la ida, hubieran debido ser los vetones, con nuestra

ayuda, los llamados a ponerse al frente de aquellos dispuestos a plantarle cara. Siempre habíamos imaginado que así sería, y que Virono de Ebora nos conduciría al combate. Ahora la situación había cambiado. La ruta elegida por los púnicos indicaba que habrían de cruzar el Tagus aguas arriba, entre Toleto y Titulcia [41], en el corazón del país de los carpetanos. Por tanto, fue Hilerno de Toleto quien nos convocó a todos para consagrar a los dioses la alianza contra Aníbal.

»La asamblea tuvo lugar en el monte de Toga, limítrofe entre vetones y carpetanos, a dos leguas al norte de Talabriga. Ya os dije que en lo alto del teso había un templo dedicado a la diosa Toga. Allí se juraban los pactos entre los dos pueblos que les habían permitido repartirse el control de los vados del río durante generaciones. Acaso no haya habido nunca en Ispania una reunión de pueblos libres como aquella. Ni antes ni después, ni contra los púnicos ni contra los romanos. Además de Hilerno de Toleto y Bienor de Ispino estaban… —Argonio enumeró para sí, haciendo acopio de memoria— Thurro de Consabura [42], Uloqum de Titulcia y Canbarico de Caraca [43] por los carpetanos. A los vetones los representaban Anorco y Negel de Ebora, Ebureino de Talabriga y Angenos de Manliana… Asistieron también Meronio y Kintortes por los ólcades y Gerión y Anglea por los oretanos… Acces de Hermandica habló por los vacceos.

Hizo una pausa y apuró de un trago la copa de vino caliente. Al hablar de nuevo, las palabras dibujaron en el aire volutas de vapor visibles por el frío.

—Los sucesos de aquellos días parecen envueltos en una bruma de irrealidad, como la huella de desasosiego que dejan los presentimientos, pero recuerdo el regreso de Gerión y Anglea a la nueva Hélike tras la asamblea como si hubiera ocurrido hoy mismo.

»Desde que se supo de la vuelta de Aníbal y el enfrentamiento con los cartagineses apareció como inminente, toda nuestra gente había ido dejándose llevar por un estado de agitación e impaciencia cada vez mayor, más cercano a la exaltación que al temor. Me parece un rasgo inexplicable del espíritu de los hombres, pero es así: la idea de la guerra nos cautiva a pesar del horror que trae con ella.

—O precisamente por eso —señaló Bondal—; algo hay dentro de

nosotros que se alimenta del horror.

Argonio ponderó un instante las palabras del cartaginés.

—Tal vez —concedió—, aunque acaso para unos más que para otros. He llegado a pensar que tú eras un ejemplo de lo contrario.

Bobdal no dio otra respuesta que una sonrisa.

—El caso es —continuó Argonio—, que cuando el cuerno del vigía avisó de la llegada de Gerión y Anglea, una gran multitud se congregó en las puertas para recibirlos. Tuvieron que comunicar allí mismo las decisiones tomadas en el monte Toga. Dijeron que todos los pueblos libres se comprometían a reunir en Toleto a su gente de armas cuatro días más tarde. No había tiempo que perder. Los carpetanos hostigarían y tratarían de retrasar cuanto pudieran la marcha de los cartagineses, pero si nos demorábamos en contar con un ejército suficiente daríamos a Aníbal la oportunidad de cruzar el río sin oposición. El Tagus era nuestra última esperanza.

»Bastó escuchar aquello para que la ciudad se entregara a una suerte de frenesí. Fue como si todos, hasta los ancianos y los niños, debieran hacer preparativos para marchar al combate. Diría que ni siquiera nuestra Adara fue ajena a aquel fervor: iba de un lado a otro detrás de su hermano Gé blandiendo un puñalito de madera.

Adara asintió con una sonrisa.

—Es verdad. Aún no había cumplido los cuatro años, pero me acuerdo bien. De hecho, creo que es el primer recuerdo nítido que conservo en la memoria. Ver que la llegada de mis padres producía aquel revuelo me pareció un gran juego, una aventura. Imagino que casi todo lo que ocurría a mi alrededor me sería imposible de entender, pero sí sabía que mis padres, mi hermano Gé y toda nuestra gente iban a castigar a Aníbal. ¡Castigar a Aníbal, el más pérfido de los hombres, el más cruel! Era como si los dioses nos hubieran hecho el mayor de los regalos.

»También recuerdo que lo que me pareció entonces más extraño fue que hubiera quien viviera todo aquello con pesadumbre. Fue el caso de mi abuela Larima: ayudó a mis padres y siguió haciendo lo que siempre hacía, pero no dejaba de mirarnos a todos con consternación, murmurando plegarias entre dientes. Y, aunque nunca te lo haya dicho, tío Argonio, fue también el tuyo. Cuando al día siguiente partisteis hacia Toleto y hacia el destino que os aguardaba más allá, fue como si una gran sombra pendiera sobre ti.

—¿Una sombra dices, Adara? —preguntó Argonio—. No lo sé. Acaso los niños tengan el don de ver lo que a los demás nos pasa inadvertido. Lo que yo recuerdo de aquel amanecer es que allí donde ponía la mirada encontraba un augurio…

—Esperad —dijo Bobdal bruscamente, alzando la mano—. Hay ruido afuera. Algo ocurre.

Los tres prestaron atención. Desde el exterior les llegó un griterío cada vez más intenso. Hubo rumor de carreras, cascos de caballos, voces… Se oyó el chirrido de los goznes del portón de la calle. Después sonaron dos golpes secos en la puerta y esta se abrió con ímpetu, dejando ver en el umbral a Galduriaunin y a Cerio, la esposa de Gé.

—¡Vamos, vamos, daos prisa! —urgió Cerio—, ¡vuelven los guerreros!

—¿Vuelven? —gritó Adara poniéndose en pie. Las preguntas se le atropellaron en los labios—. ¿Están todos?, ¿han vencido?

—Aún no sabemos nada —respondió Cerio—, pero han pasado ya el santuario de Epona, no tardarán en llegar. ¡Vamos, daos prisa, toda la ciudad se dispone a recibirlos!

Adara salió, cubriéndose con su manto de lana, seguida por los dos hombres. El frío le golpeó en el rostro, como si se tratara de una sustancia sólida que adelgazaba la luz y le ponía ecos de cristal a los sonidos. Todos los habitantes del castro parecían haberse echado a la calle y formaban un caudal que bajaba entre voces hacia la puerta principal de la muralla. Al sumarse a él, Adara no fue capaz de contener un escalofrío que la sacudió por entero. Se dejó llevar por cuantos la rodeaban, reservando toda su voluntad para rogar a los dioses que le devolvieran con bien a su hermano Gerión y a su hijo Abaro.

Casi sin darse cuenta llegaron a las puertas y Argonio, tomándola de la mano, la condujo por la escalinata que conducía a lo alto del torreón vigía, erguido en el peñasco que comandaba el acceso desde el valle a la puerta de la ciudad.

Adara contuvo el aliento.

El paisaje que se abría ante ellos era de una belleza sobrenatural. La niebla de los días anteriores se había congelado sobre los montes, como un rocío de espinas geométricas transparentes que multiplicaban la luz del sol en una constelación

de destellos. La silueta de las colinas y las manchas verdiblancas de los pinos eran familiares y ajenas al mismo tiempo, con esa cualidad de los sueños que se empeñan en seguir caminando durante la vigilia.

Desde el valle subía al galope un tropel de guerreros a caballo. El karnyx bramó para darles la bienvenida una y otra vez, uniendo su tremor al del retumbar de los cascos, hasta que, al frente de los jinetes, fue visible la enseña con la cabra de Cirmo, flanqueada por la oriflama de Hélike. Adara sintió un estremecimiento de orgullo: nunca desde el tiempo de sus padres habían dejado de ondear juntos los estandartes de ólcades y oretanos, defendiendo el honor y la libertad de ambos pueblos, ahora contra Roma, como antaño contra Cartago.

Otros lo vieron al mismo tiempo que ella y el grito rítmico le tomó casi por sorpresa, acompasado con los pies del gentío golpeando contra el suelo.

«Gerión, Gerión, Gerión, Gerión…»

Reconoció a su hermano Gé, con su yelmo de alas de bronce, cabalgando en cabeza. Junto a él iba Abaro.

Creyó que estallaba de júbilo.

Repitió para sí la oración que aprendiera de su madre en un tiempo que la conversación con el extranjero había revivido en su corazón.

«Bendita seas entre todos los dioses, Astarté antigua y fecunda, señora de los vivos y los muertos, protectora de los nobles caballos, de los campos ubérrimos y del metal que nace del fuego».

Al llegar frente a la muralla, siguiendo la tradición ancestral de los ólcades, Gerión descendió del caballo y golpeó con el pomo de la espada sobre la puerta de la ciudad.

—¡Gente de Cirmo! —gritó—, ¡aquí tenéis a los vuestros!

—¡Gerión, hermano mío! —respondió Adara desde el parapeto, incapaz de contener las lágrimas acumuladas durante las lunas de incertidumbre y espera, y formuló, como tantas veces antes en su imaginación, la pregunta escrita en la costumbre—: ¿Volvéis con honor?

Gerión se golpeó con el puño la falera de plata que le cubría el pecho y alzó los brazos al cielo.

—¡Que nunca nos permitan los dioses hacerlo de otro modo,

hermana! ¡Urbicua sigue siendo nuestra y Varrón ha huido con el rabo entre las piernas! ¡Hemos derrotado a los romanos!

La multitud prorrumpió en una ovación que se derramó por los montes.

Una parte del alma de Adara le susurró que los romanos se habían marchado, pero que estarían de regreso tras el invierno. Porque los romanos, como los púnicos, siempre regresaban, incapaces de saciar su hambre y su ambición mientras no encontraran otro poder mayor que el suyo que acabara con ellos para siempre.

«¿Y qué?»

Adara pensó que la vida sería insoportable si renunciáramos a vivir las porciones de alegría y esperanza que a veces se nos brindan, como si se hubieran deslizado inadvertidas ante la severa vigilancia de los dioses. Besó a Argonio en la mejilla y bajó corriendo del torreón. Se abrazó con su hermano en la puerta de la ciudad que los suyos habían fundado treinta y siete años atrás para dar al exilio de su pueblo un nuevo hogar.

Capítulo XXXVIII

VADEAR el río con el botín de la campaña y la impedimenta estaba resultando mucho más trabajoso de lo esperado, de modo que a Sósilo no le sorprendió la expresión de disgusto que vio en el semblante de Aníbal cuando, atendiendo a su llamada, entró en la tienda.

En el interior había una pesadez de aire inmóvil, recalentado por el sol del mediodía que se derramaba verticalmente sobre la lona. Los ungüentos y perfumes a que era tan aficionada Imilce creaban una cierta sensación de templo, de madriguera.

Al verlo, Aníbal le hizo un gesto para que se aproximara a la mesa, se puso en pie y arrojó frente a él un rollo de papiro.

—¡Está incompleto! —exclamó, sin mediar saludo.

Sósilo hizo un gesto de extrañeza.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que está incompleto?

Aníbal tomó el papiro con brusquedad y lo desplegó con ambas manos a un palmo del rostro del lacedemonio.

—El libro que me enviaste —dijo—, la biografía de Alejandro. Se interrumpe repentinamente.

—¡El libro de Calístenes! —dijo risueño Sósilo, dándose una palmada en la frente—, ¡ahora te entiendo! Pues siento decirte, Aníbal, que así es: está inconcluso sin remedio, porque su autor fue apartado de la tarea de escribirlo contra su voluntad y murió mucho antes de que lo hiciera el propio Alejandro. Que fue, dicho sea de paso, quien ordenó la muerte de nuestro admirado historiador.

Ahora fue el turno de Aníbal de mostrarse sorprendido.

—¿Dices que Calístenes de Olinto fue muerto por Alejandro? ¡Pero si, según tú, fue uno de sus amigos más cercanos, además de sobrino y protegido de Aristóteles!

—Tal cual —concedió Sósilo con un abatimiento empapado de ironía—, así fue. Lo tenía todo para gozar del favor de Alejandro, pero cometió el pecado que tanto nos tienta a los griegos: no entender bien la frontera entre dignidad y arrogancia.

—Creo que sé a qué te refieres —contestó Aníbal, suavizando la expresión en una insinuación de sonrisa—. ¡Ay, si los griegos aprendieseis un poco de humildad!

—Entonces no seríamos griegos, aunque es verdad que a menudo tenemos que pagar un precio por ello. En realidad, diría que desde Maratón no hemos venido haciendo otra cosa.

—Calístenes de Olinto… —le recordó Aníbal.

—Sí… Al parecer Calístenes fue un hombre chapado a la antigua. En una Hélade en la que los más apegados a la tradición se oponían al dominio macedonio, el que tanto Calístenes como el propio Aristóteles apoyaran primero a Filipo y después a Alejandro fue algo excepcional. Si lo hicieron fue, precisamente, porque creyeron que los macedonios podrían ayudar a Grecia a protegerse de la división y la decadencia para hacer frente a los persas. Aspiraban a hacer posible una nueva edad de oro.

»Por eso le ofendió tanto a Calístenes que, tras la conquista de Bactria, Alejandro adoptara la pompa de los persas y comenzara a reclamar que los suyos le rindieran pleitesía, arrodillándose y tocando con la frente el suelo ante él. Era la *proskynesis*, la forma de respeto que se daba al Rey de Reyes. Calístenes se negó a participar en una práctica que consideraba propia de bárbaros.

—Y Alejandro no se lo perdonó.

—En un primer momento pareció que pasaba por alto el asunto. Al fin y al cabo, muchos de sus soldados pensaban lo mismo que el de Olinto, e imagino que no quiso añadir razones para su descontento. Pero cuando, poco después, se descubrió una conjura de jóvenes nobles para matar al rey, resultó muy conveniente incluir el nombre de Calístenes entre ellos.

—De modo que ahí terminó la tarea del biógrafo…

—En efecto. Lo cual debió suponer algún lastre en la conciencia de Alejandro, porque entregó a Ptolomeo, quien había descubierto la conjura, todos los bienes de Calístenes, con la orden de que hiciera llegar a Aristóteles los escritos de su sobrino como muestra de condolencia. Pero nunca ocurrió tal cosa. No fue hasta después de la muerte de Alejandro que Ptolomeo intentó cumplir con el encargo, y en sus pesquisas descubrió que Aristóteles había fallecido en Calcis poco después que el que fuera su discípulo. Los papiros de Calístenes acompañaron a Ptolomeo a Alejandría, y allí termina por

perderse su rastro hasta que, casi un siglo después, van a caer en manos de un tratante de libros de Rhakotis que conocía el interés de este humilde servidor por conseguir para su señor relatos de la vida del Macedonio. Suya es la historia que te acabo de contar.

Aníbal cruzó los brazos sobre el pecho y caminó alrededor de la mesa con aire disgustado.

—Podías habérmelo advertido cuando me enviaste el libro.

—Podía —respondió Sósilo sin perder su placidez satisfecha—, pero entonces no lo hubieras leído con el mismo interés. Y acaso no hubieras extraído las mismas enseñanzas.

—¿Qué enseñanzas?

—Eso es cosa tuya, pero si quieres que te sugiera una, valga decir que cuando un hombre acepta que lo veneren como un dios, comienza a comportarse como un demonio. Sobre todo, con los suyos.

—No necesitaba utilizar el poco tiempo que me deja la campaña para descubrir eso. Sabes que mi corazón no alberga ninguna tentación…

—¡Aníbal!

El Bárquida se interrumpió, sobresaltado, y miró hacia la cortina que separaba la estancia del aposento privado. También lo hizo Sósilo y reprimió una exclamación de alarma.

En el vano había aparecido Imilce.

Estaba desnuda. Su vientre henchido y brillante de sudor le confería un aspecto poderoso y vulnerable al mismo tiempo. Aún llevaba impreso en el rostro el pánico con que había gritado el nombre de su esposo.

«¡Sálvanos, diosa renacida! ¡Sálvanos, diosa parida de la tierra fecunda! ¡Sacia el hambre de Neitin, haznos dignos de su luz! ¡Sálvanos, Betatun, cúbrenos con tu manto!».

La oración de la multitud no tiene la textura de las palabras. Es más bien una masa ardiente que se derrama en su interior colmándola del gozo de la diosa. Es un gran manto de gasa que la envuelve, la acaricia, la protege, la sostiene. Es el sortilegio que mantiene abierta para ella la morada de Betatun.

Tras ella la cerda chilla anticipando el sacrificio, ajena al carácter sagrado de su propio vientre, al milagro de éxtasis y redención que van a hacer posible las criaturas que lleva en él.

Abraza el betilo y la diosa entra en ella con su tacto implacable, su sabor a viento y humus, su promesa de eternidad. Se pone en pie. Los cuernos que coronan la puerta proyectan sobre ella sombras afiladas, como falcatas inasibles.

Avanza al encuentro del dios.

En realidad, ahora es Betatun quien lo hace: ella tan solo presta su cuerpo para que la diosa pueda experimentar el placer de recibir la luz dorada de Neitin sobre la piel, el aliento cálido de Neitin expandiendo su pecho, el hambre urgente de Neitin corriendo por sus venas.

«¡Sálvanos, diosa redimida! ¡Sálvanos diosa que habita la luz y la sombra, la carne y la piedra! ¡Sacia el hambre de Neitin! ¡Entrégale la vida que anhela!»

Ante ella está el altar, sobre el que hombres con los rostros velados sostienen a la cerda del sacrificio, ofreciéndole el vientre fecundo, hinchado y terso.

Mira con atención el cuchillo que acaba de aparecer en su mano. Aún siente que la mueve el regocijo de albergar a Betatun, pero algo ha cambiado: el pecho se le agita con una suave ebullición de desasosiego.

Uno de los hombres aparta el velo que le cubre el rostro. Es Aníbal. La mira fijamente, invitándola en silencio a seguir adelante.

Ella aplica el cuchillo al vientre del animal y traza un corte que la tirantez de la piel ensancha al mismo tiempo que se desliza la cuchilla. La inquietud crece hasta convertirse en un instante en una sacudida de terror que tiñe de rojo la imagen que se ofrece a sus ojos.

El útero de la cerda palpita como un corazón reventado.

En su interior está el cuerpo inerte de un niño nonato.

Comprende todo con una certidumbre súbita e insoportable.

La víctima del sacrificio es su propio hijo.

Aníbal despidió a Sósilo con un gesto y fue hacia Imilce a grandes zancadas, tomó del respaldo de su silla la capa púrpura y la echó sobre los hombros de su esposa.

—¡Imilce! ¿Qué sucede, cómo se te ocurre aparecer de ese modo? ¡Si hubieras prestado atención habrías sabido que no estaba solo!

—¡Aníbal! —repitió la oretana, con el semblante desencajado, y se abrazó a él, sollozando.

—¡Vamos, dime! —urgió Aníbal, tratando de devolver el abrazo sin hacer presión sobre el vientre—, ¿te encuentras bien?

Ella lo miró de hito en hito, con las pupilas dilatadas y los ojos muy abiertos.

—¡Esposo mío, es espantoso! ¡Hemos dado a nuestro hijo al sacrificio, tú mismo me lo entregaste!

—¡Basta! —respondió Aníbal, zarandeándola—. ¡Despierta, has tenido una pesadilla!

La mujer lo miró de nuevo, sacudió la cabeza y se pasó la mano por el rostro. Volvió la mirada en derredor, como si necesitara recordar dónde se encontraba. Enhebró con dificultad un puñado de palabras inciertas.

—Así es… una pesadilla. Pero no, no es solo eso. La muerte está rondándonos. Tengo un presentimiento… Tanta guerra…

—Déjate de presentimientos y de lágrimas, Imilce. Se trata solo del calor, la fatiga del viaje… Nunca has necesitado de los sueños para que Betatun se comunicara contigo, ¿no es así? —Aníbal le hizo una caricia y suavizó el gesto con una sonrisa—. Puestos a pensar en la muerte, será mejor que sea la de nuestros enemigos. No estés inquieta; al fin y al cabo, el momento de nuestro destino está ya escrito, y no son menos propicios para ello los días de paz que los de guerra. No es el audaz quien convoca a la muerte, sino el cobarde…

Aníbal se interrumpió de pronto, con la vista fija en el suelo.

A los pies de Imilce, una mancha de líquido se extendía despacio, reflejando en ondulaciones la luz del sol filtrada por la lona.

—¡Imilce!

La mujer acompañó la mirada de Aníbal con la suya. El pánico se desvaneció de su rostro en un latido.

—He roto aguas. Avisa al médico, Aníbal. Nuestro hijo está llegando. Protégenos, Betatun. Cúbrenos con tu manto.

Aníbal fue de un lado a otro, acompañado por Magón, descargando su inquietud en las cuadrillas que montaban tiendas y cocinas, descargaban provisiones o excavaban zanjas para letrinas, preparando el campamento para la noche. Cuando el boetarco Shebarim se cansó de escuchar críticas y órdenes destempladas, y pidió a Aníbal que prestara a otros de los muchos menesteres del ejército la bendición de su atención, los dos Bárquidas fueron hasta la orilla del río, a tiempo de ver cómo la retaguardia de la

inacabable comitiva acometía el paso del vado, protegida por los oretanos de Balbésar de Ilugo.

Aníbal volvía la mirada una y otra vez hacia el estandarte del caballo rampante que señalaba la posición de su tienda, esperando ver alguna señal de que los prolongados esfuerzos de Imilce habían dado fruto. Eteocles le había insistido que se mantuviera alejado hasta que hubiera noticias, para ahorrar, tanto a su esposa como a él mismo, el perturbador efecto de su impaciencia.

Entonces, por ese improbable azar con que a menudo los dioses manifiestan su existencia, acontecieron dos sucesos al mismo tiempo.

Hubo un griterío a lo lejos, en la dirección de su tienda, e instantes después Maharcón corrió hacia Aníbal pendiente abajo, haciendo converger sobre él la curiosidad de la multitud del campamento, súbitamente silenciosa y expectante.

La pausa la ocupó el galope de dos jinetes aproximándose desde el sur. Uno de ellos era Naravas, responsable de la fuerza que protegía por esa zona el perímetro del campamento. El otro era el vetón Bálaro; suyas eran las patrullas de exploradores que recorrían las comarcas de los alrededores, tratando de conocer los movimientos de las partidas de carpetanos que habían estado hostigándolos durante los últimos días.

Los unos y el otro llegaron a la vez ante Aníbal, comenzaron a hablar y callaron de pronto, embargados por el incómodo desconcierto que se adueñó del momento.

Aníbal hizo hablar a Maharcón en primer lugar.

—¿Traes noticias de la señora Imilce?

—¡Las traigo, mi señor Aníbal! —exclamó el sirviente temblando de excitación—. ¡Ha dado a luz a un niño! Madre e hijo se encuentran perfectamente. Eteocles os dice que vayáis cuanto antes, para conocer a vuestro heredero y pedir para él la bendición de los dioses.

Aníbal sonrió. Se llenó el pecho con el aire de la tarde, cargado con el perfume denso del ejército y el verano. Giró la cabeza hacia lo alto.

Cerró los ojos.

«Un hijo», pensó.

Se sintió estremecido por una oleada de orgullo y gozo.

«Un Bárquida, hijo de Aníbal y nieto de Amílcar, ungido por Melqart y Baal Hammón, llamado tal vez al más alto de los destinos».

Después miró a Naravas y Bálaro, quienes habían seguido la escena con estupor.

—Decidme.

—Se aproximan los enemigos, Aníbal —dijo el vetón en un íbero áspero y quebrado. Se giró sobre el lomo del caballo, señaló hacia poniente con el brazo entendido—. Están a cinco leguas, vienen de Toleto. Si mantienen el paso pueden estar aquí a la puesta de sol.

—¿Son muchos?

—¿Muchos? —Bálaro frunció el ceño y entrecerró los párpados—. Son… incontables. Una multitud nunca vista. Carpetanos, pero también vetones y vacceos, y otros pueblos que los míos no conocen. Pareciera que todas las gentes del Tagus y el Durio hayan tomado las armas contra nosotros.

Aníbal sostuvo la mirada del vetón; en ella parecía latir la pregunta de si había sido un acierto o un error sumarse a la causa de los cartagineses.

Después reparó en el gentío que había ido congregándose alrededor. Allí estaban sus oficiales y soldados: los viejos y los nuevos, cartagineses y bárbaros, unidos todos por el propósito común de confiarle su destino. Todos pendientes de su palabra.

Se volvió hacia el río, ponderó con la mirada la extensión del vado y sus orillas. Observó despacio la extensa ribera ocupada por su gente. Alzó las cejas, asintió repetidamente con el mentón.

Un azar más venía a sumarse a un día colmado de ellos. Alejandro el Macedonio había librado su primera gran batalla contra los persas en el río Gránico, en la Tróade. Él lo haría en el Tagus, y en ese instante supo cómo.

—Llamad a Shebarim, reunid a los hombres. Tenemos trabajo.

Después se dirigió a Bálaro y habló silbando las palabras entre los dientes, como un depredador.

—Mejor así. Si todos han tomado las armas contra Aníbal Barca, todos aprenderán a lamentarlo.

Capítulo XXXIX

El ejército era como un animal inquieto. En el corazón de la noche producía un rumor hecho de una miríada de sonidos. Había bufidos de caballos, hombres hablando, ladridos de perros, el rumor de los topos excavando sus senderos bajo tierra. Había crepitar de hogueras, golpes de metal contra piedra, ronquidos, suspiros.

Anglea escuchaba arropada en su manto, incapaz de dormir, y tomaba conciencia de la multitud que la rodeaba. En el círculo de tiendas que señalaba el centro del campamento estaban los jefes de los clanes, cada uno con su estandarte clavado al frente. La tienda contigua a la que ella ocupaba con Gerión era la de Meronio, con la cabra de Cirmo sirviendo de centinela. Más allá estaba Kintortes con el jabalí de Arecorata y, a continuación, los clanes vetones, vacceos y carpetanos completando el círculo. Dos veces veinte clanes en total. La multitud de guerreros se expandía a partir de allí en todas direcciones, como las ondas que produce una piedra lanzada al agua. Desde el asedio de Hélike no había visto nada parecido: tantos millares de hombres con el ansia de jugarse en la misma partida la vida, el honor y la libertad.

Desde que, dos días atrás, todos los contingentes de guerreros se fueran encontrando en Toleto, el ánimo del ejército había pasado con rapidez del cruce de bravuconadas y desafíos, no exentos de desconfianza, a una suerte de exaltación impaciente en la que cada pueblo aspiraba a tener la ocasión de vérselas con el enemigo antes que los demás. Como si la gloria fuese una fruta que solo el primero en llegar pudiese capturar. Una fruta llamada Aníbal Barca.

Entre aquella multitud de guerreros estaban sus oretanos. Pensó en ellos y sintió una punzada de orgullo. De amor. Pasase lo que pasase al día siguiente, nada podría arrebatarle la honra de haber luchado por ellos y junto a ellos desde que Amílcar apareciera en el horizonte de sus vidas y ella se anudara por primera vez las hondas de guerra en la cabeza.

Pensó también en los que habían quedado atrás, en la nueva

Hélike de los suyos y la Buntalobriga de los ólcades. Esos ólcades que durante los últimos años se habían convertido para ella en su nuevo pueblo, su nueva patria… Dejó que su imaginación se detuviera en sus hijos. Anheló poder volver junto a ellos, dejando atrás la guerra y la venganza, para ofrecerles un futuro que no tuviera que estar marcado por la espada y el exilio. Pensó…

—Anglea.

La voz de Gerión le hizo brotar una sonrisa en el centro del pecho. Nada podía reconfortarla más que su compañía en la vigilia de esa noche de vísperas y augurios.

—¿Duermes?

Anglea respondió estrechándose junto a él, dejando que la envolviera desde atrás con su abrazo. Gerión la besó en la cruz de la espalda. Después en el hombro, el cuello, la mejilla, el lóbulo de la oreja, la comisura de los párpados. Ella quedó en suspenso respirando el aliento de él, el olor de él, y, como tantas veces, tomó conciencia de que el mundo sería un lugar mucho más inhóspito si tuviera que transitarlo sin ese hombre a su lado.

—No —dijo con una insinuación de chanza en la voz—, ¿y tú?

Nada más formular la pregunta adivinó lo que iba a suceder a continuación. Gerión le repasó el cuerpo con las manos, se detuvo en sus pechos, descendió hasta las caderas y, un momento después, muy despacio, entró en ella.

—Yo tampoco.

Durante el tiempo que siguió, ambos conversaron con el movimiento y la hondura de sus cuerpos, en el territorio inalcanzable que años atrás habían descubierto juntos y se habían prometido no abandonar jamás. El territorio donde alumbraban sus secretos y hacían germinar sus semillas, donde permanecían unidos como una sola voluntad, una sola risa, una sola clepsidra que llevaba en su seno el paso del tiempo. Un lugar al abrigo del viento que poblaba las sombras, los fríos y las duermevelas. Una estancia al resguardo del aullido de las madrugadas grises que anticipan la llegada polvorienta de la muerte.

Un lugar donde ambos recordaban quiénes eran.

«Te quiero, Anglea», le respiró él al oído, y su vientre se inflamó en un fulgor incontestable y total que convirtió en cenizas la melancolía, dejándolos claros y serenos, dispuestos para lo que

hubiera de suceder.

«Te quiero, Gerión».

Cuando la muchedumbre de guerreros se puso en marcha, Gerión se preguntó si las vagas instrucciones de Hilerno bastarían para convertirlos en una fuerza efectiva de batalla. Al frente de todos marchaba el propio Hilerno, con los jefes y la exigua caballería de los carpetanos, seguido por la masa inmensa y vociferante de sus hombres de a pie, que hacían temblar el suelo de la llanura cuando acomodaban sus pasos al ritmo marcado por los tambores.

El ala derecha estaba formada por los vetones de Ebora, Manliana y Talabriga. Virono y Ebureino comandaban el contingente principal de jinetes de la vanguardia. Tras ellos seguían los guerreros sin montura agrupados en torno a los estandartes de sus clanes, y, por último, Angenos y Ulantio con un centenar más de hombres a caballo cerrando la formación. Eran una fuerza menos numerosa que la de los carpetanos, pero no menos temible: avanzaban haciendo chocar las espadas contra los escudos en una cadencia poderosa y solemne, mientras entonaban preces y canciones a sus dioses. Gerión se sintió afortunado por tenerlos al lado, y no enfrente, en la batalla.

El ala izquierda era la de los ólcades y oretanos, reforzados por los vacceos de Hermandica. El propio Gerión cabalgaba al frente de todos ellos; nadie como él representaba tan bien a los dos pueblos del exilio al mismo tiempo. Lo acompañaban Meronio, Tesindro y Kintortes a un lado y los vacceos Acces, Comene y Caledige al otro. Tras ellos iban los portadores de las enseñas, Chadar entre ellos llevando en sus manos la cabra de Cirmo, y los de los karnyx de barro cocido de los ólcades. Estos no dejaban de pronunciar la ronca cadencia de sus voces, recibiendo el vasto eco de los cascos de los caballos y las pisadas de los guerreros, comandados por Saunio, Mimbro y Turibas. Más allá, cerrando la formación, iban los oretanos de Hélike, siguiendo a Anglea.

Gerión inhaló todo el aire que le cupo en el pecho y resistió a duras penas la tentación de volver la vista hacia ella. Los separaban poco más de un centenar de pasos. Había sido una decisión difícil de tomar, por mucho que ambos supieran que era la única posible. Hubieran deseado ir juntos al combate, uno al lado del otro, pero ninguno podría haber dejado de situarse al frente de los suyos.

Ningún ólcade habría de echar en falta a Gerión cuando cargaran contra Aníbal, y no habría un oretano que no escuchara la voz de Anglea llamándolo al combate.

Apartó la presencia abrumadora de ella en su pensamiento y puso la atención en la batalla que se aproximaba. Cruzó con los suyos gestos de confianza, lanzó con voz ronca gritos de aliento, recorrió galopando las líneas de su gente, invocó el valor de los guerreros señalándolos con la espada y llamándolos por su nombre. Se dejó empapar por la trepidación de la inminencia del combate tan largamente esperado. Paseó la mirada por el ejército de los pueblos libres, que deshacía la distancia que le separaba del enemigo al paso impaciente de los audaces. Era imposible no dejarse contagiar por el inmenso aliento de confiada bravura que latía en él. Los relatos de los exploradores habían corrido entre los guerreros como lenguas de fuego, y todos sabían que los cartagineses eran menos numerosos, marchaban estorbados por el lastre de su codicia y estaban a punto de quedar atrapados entre el río Tagus y la multitud que marchaba a su encuentro. «Hoy es el día», se decían unos a otros, «benditos sean los dioses por ofrecernos tanta sangre que derramar».

Entonces, despertando de un sueño olvidado, un puñado de palabras cobró forma en su imaginación. Las reconoció al punto. Se sintió hendido de presagios, como cuando en la cámara sagrada de Cirmo, durante la ceremonia del agua y el fuego de su iniciación, en un pasado tan remoto que parecía no haber sucedido nunca, las escuchara por primera vez. Eran las palabras con que su padre le mostró entonces, y le mostraba ahora, el camino de lo que estaba por venir.

«Llegan tiempos turbios, hijo mío, tiempos de dolor, de pérdida, pero también de gloria para quienes sepan merecerla».

A su lado, Tesindro comenzó a cantar el himno de Luc y fue como si no hubiesen estado esperando otra cosa tantas almas hambrientas. La canción creció y se propagó entre los ólcades, inflamándolos con el legado del valor de cuantos la cantaron antes que ellos.

«Gracias, padre Luc, por traernos a la batalla bajo tu protección, gracias por darnos enemigos para probar nuestra hombría».

El peán los empujó hacia adelante, cruzando una extensa dehesa

polvorienta que ganaba altura poco a poco hacia una quebrada en los riscos que los separaban del río. El enemigo no podía estar ya lejos, si, como ellos, se había puesto en marcha al despuntar el alba. Gerión escrutó el horizonte esperando descubrir la nube de polvo que señalara su presencia.

En lugar de eso, lo que vio fue a un grupo de exploradores cabalgando hacia la posición de Hilerno a galope tendido. Se detuvieron a hablar con él y, poco después, cabalgaron en ambas direcciones por el frente de la hueste. Uno de ellos terminó por traer las noticias hasta Gerión y los suyos.

—¡Los cartagineses rehúyen el combate! —gritó el carpetano, un hombre con rostro grisáceo y barba rala que le daban aspecto de roedor—. Han levantado un campamento fortificado junto al río, pero no debe de haberles parecido suficiente y han emprendido la huida durante la noche. Los últimos están todavía en el vado; si nos apresuramos podremos darles alcance.

—¡Aníbal huye! —exclamó Gerión con incredulidad. Le pareció imposible. Era una idea que ponía en cuestión la imagen que se había formado del Bárquida a lo largo de los años. Una idea que, al mismo tiempo, le exaltaba y decepcionaba. Intuyó que, en ocasiones, lo que empequeñece a nuestros enemigos lleva dentro el riesgo de tener el mismo efecto en nosotros mismos. A no ser que las cosas no fueran lo que parecían—. ¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro —respondió el carpetano con suficiencia—, ¿cómo no había de estarlo? Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Qué ha dicho Hilerno? —preguntó Tesindro—, ¿qué haremos ahora?

—Dice que no hay tiempo que perder —contestó el jinete, volviendo grupas para regresar por donde había venido—. Que él mismo reclama el derecho de acabar con el Bárquida con su propio hierro.

Ólcades y vacceos cruzaron palabras de sorpresa, mientras un griterío se alzaba por toda la extensión del ejército al paso que tardaba la noticia en recorrerlo. Gerión ordenó que avivaran la marcha siguiendo a Hilerno y, tras rebasar las alturas de las colinas que daban paso a la vega del río, no tardaron en comprobar que las noticias de los exploradores eran ciertas.

A través de la nube de polvo que levantaba la masa de los carpetanos, Gerión distinguió la construcción que habían erigido los cartagineses en la ribera sur del río Tagus, hacia la que se dirigían. Los invasores habían talado las choperas de la ribera y, con los troncos, construido una vasta empalizada cuadrangular, como una ciudad ajena y repentina que les recordara la capacidad de los invasores de cambiar el rostro del mundo en una sola noche. Se escuchó el barrito lejano de un elefante. Más allá del río, el ejército de Aníbal era una multitud gris insinuada al pie de los montes que señalaban el horizonte. Bastó esa imagen para que un violento ímpetu se adueñara de Gerión.

«Aníbal».

Pensó en la última vez en que su vida se había cruzado con la del Cachorro, en aquel lejano día de prodigios en la isla de Melqart. El día en que Aníbal acabó con la vida de Orissón.

El momento de la venganza había llegado.

Los tambores de los carpetanos redoblaron su batir y la muchedumbre de guerreros echó a correr tras Hilerno y sus jinetes hacia el campamento púnico, haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Gerión puso su caballo al trote e hizo una señal para que los portaestandartes agitaran en el aire los emblemas de los clanes. Un griterío a su espalda le sirvió de respuesta.

Al descender hacia la vega pudo observar la formación carpetana: inicialmente extendida en un frente de centenares de pasos, se estrechaba con rapidez a medida que se acercaba a la empalizada, como si se dispusiera a cruzar un lugar angosto o encontrara algún obstáculo invisible en el terreno. Solo cuando la vanguardia de Hilerno alcanzó el recinto y galopó hacia la ribera sin apartarse de la pared de troncos, comenzó Gerión a comprender lo que estaba ocurriendo. Su sospecha se confirmó al ver el modo en que los guerreros que los seguían convergían hacia el río, pugnando entre sí para abrirse camino, sumiendo a la formación en el mayor desorden.

Aníbal había construido su campamento exactamente ante el vado del río, obstruyendo el acceso a él desde el sur en la mayor parte de su extensión. Y, a todas luces, no había sido por casualidad. Si los carpetanos y sus aliados querían lanzarse a cruzar el río con una fuerza que los púnicos no pudieran resistir, deberían

antes desmontar el obstáculo. De lo contrario…

—¡Hilerno! —gritó Gerión, pero su voz se perdió en el estruendo de la batalla que comenzaba, como se pierde una gota de lluvia en el océano.

Capítulo XL

—AHÍ vienen —dijo Magón—. Se dirigen derechos al vado, exactamente como habías previsto.

Aníbal asintió sin permitirse ningún gesto de complacencia. «Las derrotas son hijas de los generales confiados», murmuró.

Sin embargo, era cierto que los bárbaros estaban haciendo buenas sus expectativas. Todos sabían que la suerte del combate dependería de la reacción de los carpetanos cuando descubrieran que los cartagineses habían abandonado su campamento durante la noche y regresado a la orilla septentrional del Tagus, en apariencia dándose a la fuga. Algunos de los capitanes, como Hipócrates, que había sufrido en carne propia la astucia de los oretanos en los altos del Ayna, pensaron que los bárbaros actuarían con cautela, desmantelando el obstáculo de la empalizada, asegurándose de las intenciones de sus enemigos antes de acometer el paso del vado. Pero Aníbal se había mostrado convencido de que eso no sucedería. El reyezuelo carpetano, Hilerno, tenía un número de hombres tan formidable bajo su mando que, ante la retirada del ejército invasor, se sentiría obligado por el enardecimiento de los suyos a lanzarse al ataque de inmediato. Si los bárbaros no actuaran de ese modo aventurado e impetuoso, había dicho, no serían bárbaros.

Las cosas tomaban un cariz aún más favorable al revelarse la sorprendente escasez de fuerzas de caballería de los carpetanos, y el hecho de que fuesen precisamente ellos quienes encabezaran la acometida del vado. Las fuerzas hubieran estado mucho más igualadas de haber traído Hilerno al frente a la caballería de los otros pueblos que luchaban junto al suyo. Había un gran número de jinetes vetones con los carpetanos y, por lo que había visto de los que se habían sumado a su ejército en Ocelón, eran guerreros temibles sobre sus tenaces caballos de montaña. Con su jefe Bálaro al frente, eran los vetones de Ocelón quienes habían ido trayendo noticias sobre los contingentes y movimientos del enemigo. Entre ellas había una que había producido en Aníbal especial

complacencia: a la hueste de los bárbaros se habían sumado los fugitivos de Hélike y Arecorata. Si Melqart lo acompañaba en la batalla ajustaría cuentas con todos ellos al mismo tiempo.

Repasó desde su altura una última vez la disposición de los suyos, antes de dar la orden. El ala izquierda, aguas arriba, estaba formada por los vetones de Bálaro y los vacceos de Balaesi de Arbucala; tras ellos iban los ilercavones de Biliantur de Etobesa. El ala derecha la comandaba Cerdubelos de Cástulo y reunía a la multitud de guerreros oretanos y bastetanos de las ciudades aliadas, con sus jefes y reyezuelos al frente. Allí estaban Balbésar de Ilugo, Ibilón de Ossigi, Akerseken de Iltiraca, Etesike de Tugia, Icloken de Acci, Quelques de Baria y muchos otros cuyos nombres Aníbal aún no había conseguido retener. Formaban una muchedumbre ruidosa y multicolor que coreaba su nombre sin cesar. Era el único grito de guerra que conocían desde que le juraran lealtad.

A él lo acompañaba a lomos de *Sirio* su hermano Magón. Iban flanqueados por los oficiales de su Estado Mayor. A sus espaldas aguardaban las falanges cartaginesas de la Guardia Bárquida y la infantería libia e itálica con Epiclides, Magón el Samnita y su hermano Asdrúbal al frente. Frente a él, en el centro de la formación, el espacio que se extendía hasta el río lo ocupaban los cuarenta elefantes de Asdrúbal Giscón y la caballería púnica y númida con Mahárbal y Naravas al mando. Eran ellos quienes harían el primer movimiento.

Devolvió su atención a los adversarios. Tras los jinetes de Hilerno, los carpetanos de a pie habían entrado en desorden en el río y avanzaban con esfuerzo, incomodados por la corriente.

Era el momento.

Aníbal hizo un gesto y el heraldo que estaba junto a él arrancó del cornu una vibrante nota de bronce. Con su eco aún en el aire, Mahárbal alzó su espada a lo alto, la dirigió hacia adelante y espoleó a su caballo para acometer las aguas turbias del Tagus, con Naravas a su lado y dos millares de jinetes tras él. El cuerno sonó de nuevo y las alas vetonas, oretanas y vacceas avanzaron a su vez a lo largo de los suaves meandros que constituían los extremos del vado.

La vanguardia de los carpetanos, alentada por el ritmo frenético de sus tambores, chocó contra el frente cartaginés en el centro del cauce y consiguió romper las líneas aquí y allá, pero, obstaculizada

por el agua, la acometida pronto se deshizo en un sinnúmero de combates singulares que unos y otros acompañaban con un incesante rugido de furia. La fuerza de jinetes que escoltaba al rey de los carpetanos pareció consolidar su posición, próxima ya a la orilla, aunque sufriendo no menos bajas de las que causaba. Mahárbal entabló combate con el propio Hilerno en una danza de ataques y defensas que, a ojos de Aníbal, parecía silenciosa al quedar ahogada por el estruendo de gritos, metales y relinchos que se había adueñado de todo.

A ambos lados, la masa de guerreros bárbaros se lanzó contra los jinetes númidas tratando de compensar con su número y fiereza la mayor vulnerabilidad que les suponía el ir a pie, con el agua llegándoles a la cintura en los tramos más profundos. Por cada hombre de Aníbal que caía lo hacía una decena de carpetanos, pero estos eran tan numerosos que, poco a poco, ganaron terreno, obligando a los númidas a agruparse abriendo grandes espacios entre ellos.

—Aníbal —dijo Magón—, esto no va bien. Tal vez sea el momento de intervenir.

Aníbal negó con la cabeza, sin apartar la mirada del combate.

—No mientras Mahárbal se mantenga firme.

Aguas arriba, los vetones de uno y otro bando chocaron con la saña inclemente de quienes buscan derramar la sangre de aquellos de su propio pueblo que toman por traidores. Lo hicieron en abundancia, porque el agua ocre del Tagus pronto fue tiñéndose de color púrpura, y la lucha en el sector central del vado se vio entorpecida por los cuerpos de hombres y animales que descendían arrastrados por la corriente.

—El río de sangre —murmuró Aníbal, haciendo que su hermano lo mirara con extrañeza—. En eso dicen que se convirtió el Gránico cuando Alejandro derrotó en sus aguas a los aqueménidas de Espitrídates y Memnón, al servicio de los persas. El río de sangre…

—¡Mira! —lo interrumpió Magón—, ¡han herido a Mahárbal!

En el corazón del combate, el comandante de la caballería púnica acababa de recibir un flechazo en el hombro derecho que a punto había estado de descabalgarlo de su montura. Espoleado por el griterío de los suyos, Hilerno se lanzó contra él espada en alto, descubriendo su flanco lo suficiente para que Girolbaal lo

atravesara con su jabalina de parte a parte, haciendo que, en un instante, la ovación de júbilo de los carpetanos fuera reemplazada por la de los púnicos. Ello no impidió que los bárbaros, abriéndose paso entre los númidas y dejando atrás como tributo a muchos de los suyos, comenzaran a alcanzar la ribera septentrional del río, reuniéndose en grupos cuyo número crecía con rapidez. Los carpetanos golpeaban los escudos y aullaban, dándose valor y tratando de infundírselo a los que aún pugnaban por cruzar el río.

—Dos toques prolongados y después dos cortos —dijo Aníbal.

El heraldo trasladó las órdenes al cornu. Los dos primeros sones pusieron en marcha al inmenso contingente de los oretanos de Cerdubelos en el ala derecha, y los dos siguientes a los elefantes. Espoleadas por los aguijones de sus mahouts, las bestias lanzaron al aire saturado del estrépito de la batalla su dolor y su ira en barritos terribles. Echaron a correr por la ribera, haciendo que la tierra y el agua se estremecieran por igual. Se abalanzaron contra los grupos de carpetanos, quienes, inermes y desencajados de pánico, los vieron caer sobre ellos como si brotaran de algún infierno inimaginado. En un primer momento, los guerreros se entregaron a las pezuñas de los gigantes coléricos sin oponer otra resistencia que la de las plegarias que los acompañaban en su viaje a la oscuridad.

Quienes llegaban desde el río se sumieron en la confusión: unos quedaron paralizados, otros lanzaban infructuosamente sus jabalinas contra los animales que asolaban la orilla, otros se dieron la vuelta e intentaron regresar. Cuando la caballería oretana cayó sobre ellos desde el flanco, empujándolos contra los númidas de Naravas, la carnicería fue devastadora, y al Tagus le faltó caudal para llevarse tantos cadáveres como la locura de los hombres entregaba a su seno.

Aníbal se permitió la primera sonrisa de toda la jornada, pasándose la lengua por la comisura de los labios como un felino hambriento. Todo estaba saliendo como había imaginado. La empalizada alzada en la ribera sur había desbaratado por completo el ataque de la fuerza principal de los bárbaros e impedido que su ala izquierda entrara en acción. El único sector de la batalla donde las fuerzas estaban igualadas era el de los vetones, aguas arriba, y allí los ilercavones de Biliantur estaban preparados para apoyar a Bálaro y Balaesi si las cosas se complicaban.

Un clamor de cuernos llamó su atención. Venían del otro lado del Tagus, casi exactamente enfrente de él, y no tenían el timbre metálico de los cornu de bronce, sino algo más ronco y profundo, una resonancia de piedra y fuego.

Cuernos de barro cocido. Los había oído antes. En el amanecer carmesí de Hélike, el día en que perdió a su padre y conoció por primera vez la humillante amargura de la derrota. Y mucho después, a los pies de los muros de Arecorata, respondiendo con valerosa dignidad a la vileza que él mismo les había infligido.

Los karnyx de guerra de los ólcades.

Durante un rato que le pareció interminable, Gerión se consumió en una espiral de frustración e impaciencia, viendo cómo la torpe temeridad de Hilerno había arruinado todo atisbo de orden y efectividad en el ataque. La dificultad de acceso al vado había obligado a ólcades, vacceos y oretanos a situarse tras la muchedumbre de los carpetanos, avanzando con gran lentitud mientras la batalla rugía en el río. Gerión apenas si había podido seguir los principales lances tratando de interpretar las señales de los cuernos y el movimiento de los estandartes. Tras una cabalgada de ida y vuelta Turibas trajo noticia de que los guerreros de Virono combatían aguas arriba contra una hueste de vetones de Ocelón y vacceos aliados de Aníbal, pero la batalla seguía aún indecisa. Lo mismo ocurría en el tramo central del río, donde se había concentrado la carga de los príncipes carpetanos. Cuando parecía que su sacrificio y su coraje comenzaban a hacerles ganar terreno sobre los púnicos, un súbito grito de consternación se sobrepuso el estruendo de la batalla.

«¡Hilerno!».

La masa de guerreros que avanzaba frente a los ólcades se agitó como si cada uno de ellos hubiera recibido un impacto. La pérdida de su rey parecía dejarlos inermes, desarbolados. Abriéndose paso, Gerión alcanzó la ribera a tiempo de ver la carga de los elefantes sobre los grupos de avanzada que habían ganado la orilla norte. La caballería oretana de Aníbal entró después en el río causando en las filas carpetanas una devastación atroz. Eran muchos los muertos, pero también los que buscaban la huida cruzando el río de regreso, yendo a encontrarse con el nuevo contingente que se incorporaba a la batalla. Aunque los peores temores de Gerión estaban

materializándose ante sus ojos, puso toda su atención en tratar de contener el desastre. Dio órdenes para abrir espacios que permitieran a los fugitivos alcanzar la retaguardia y rogó que la visión de los carpetanos derrotados no causara desaliento en su gente. Hizo cerrar de nuevo la formación al llegar al Tagus.

—¡Gerión! —grito Tesindro a su lado—, ¡por las pelotas de Cosus que es el momento! ¡Llévanos a la batalla antes de que sea tarde!

Gerión asintió, se golpeó el pecho con el puño y se giró para mirar a los suyos.

—¡Ólcades! —aulló—, ¡hoy es el día que hemos esperado tanto tiempo! ¡Vuestro es el honor y la gloria! ¡Por Cirmo y Arecorata! ¡Por el sacrificio de Belgeda! ¡Por Buntalos!

Solo los más próximos a él pudieron entender sus palabras, pero el clamor con que las respondieron prendió entre ólcades y vacceos por igual, y después entre los heliketas que los seguían. Gerión supo que entre la multitud de voces que se daban aliento y prometían coraje estaba la de Anglea. Sintió que no tenía nada que temer.

Le bastaron unos pocos gestos para entenderse con Acces: los ólcades irían al encuentro de los jinetes cartagineses que formaban el centro de la formación enemiga y los vacceos de Hermandica tratarían de mantener ocupada a la caballería íbera que había dado el golpe de gracia a los carpetanos. Después avivó el paso, alzó la jabalina y los karnyx de los ólcades reanudaron su canción.

Cuando el frente de jinetes entró en el río, un gran contingente de la caballería de Aníbal se dirigía ya contra ellos. Los ólcades se lanzaron hacia adelante y la distancia que los separaba del enemigo se redujo con rapidez, comenzando al punto el intercambio de proyectiles. Gerión esquivó una jabalina de hierro que pasó silbando junto a su rostro, derribó con la primera de las suyas a un jinete de túnica azul y piel oscura que se lanzaba vociferando contra él. A su alrededor el combate estallaba con su lenguaje de gritos y relinchos, de agonía de metales, de sangre, de carne hendida. Como tantas otras veces enfrentado al rostro de la muerte, sintió que el hambre de vivir y la necesidad de matar le llevaban a una bruma de irrealidad donde todo sucedía más despacio y se despojaba de significado. El lenguaje de la batalla era el de los dioses, entregado en venenoso préstamo a los hombres al precio de que se olvidasen

de ellos mismos.

Buscó a su próximo rival mientras a su lado Meronio hundía su espada en el rostro de un soldado cartaginés y, algo más allá, Barimno, el mayor bebedor de Cirmo, saciaba por fin para siempre su sed con un venablo númida atravesándole la garganta. Le llamó la atención un grupo de jinetes enemigos, con capas de color púrpura y vistosos penachos, que trataban de apartar del combate a uno de los suyos.

—¡Ólcades, conmigo! —gritó, apremiando a su caballo para abrirse paso por la corriente espesa lastrada de obstáculos. Al caer sobre los púnicos, hundió su segunda jabalina en un guerrero grande y barbudo que arrastró el arma al caer al agua. Desenfundó la espada mientras los suyos se incorporaban al ataque: Tesindro arrancó a un cartaginés la cabeza con el vuelo de su hacha, Ariolaco entabló combate contra un africano de aspecto opulento, distinguido en su yelmo por un gran penacho azul. Velauno abrió los brazos y cayó hacia atrás con una flecha clavada en el rostro y un gemido interrumpido en la garganta.

—¡Vamos, ólcades, por Luc y por Epona! ¡Atacad, atacad!

El timbre de los cuernos extendió su grito por todo el campo de batalla. Gerión sintió que el empuje de su gente lo llevaba en volandas hacia adelante. Se defendió con el escudo de los golpes de un cartaginés con el cuerpo cubierto de sangre y una expresión de regocijo demente en el rostro, lo derribó hundiéndole entre los ojos un palmo de su falcata. Vio cómo una flecha se le clavaba en el hombro izquierdo y la ausencia de dolor le hizo preguntarse vagamente si su cuerpo había dejado de ser suyo. Apartó el pensamiento a un lado al ver que tenía casi a su alcance al cartaginés a quien los demás habían intentado proteger. Era un hombre tocado con un penacho negro; estaba tendido sobre el lomo de su caballo y abrazado al cuello, ocultando el rostro entre las crines.

Un estremecimiento sacudió a Gerión al ocurrírsele que tal vez se tratara del propio Aníbal. Arrancó de su interior todo el furor que le cabía y empujó ciegamente, dando y recibiendo heridas, aullando sin cesar. Se entregó a la protección de Epona y a la de sus antepasados, sin prestar atención a nada que no fuera el instinto de su espada.

Apenas si fue consciente de que la furia de sus ólcades y vacceos, reforzados por los oretanos de Anglea, que llegaban al Tagus en ese instante, cambiaba de modo casi imperceptible el signo de la batalla y obligaba a los cartagineses a iniciar su repliegue.

—¿Y ahora? —apremió Magón—. ¡Mahárbal se retira! ¡Si esperamos tal vez sea tarde!

Aníbal hizo un gesto reclamando a su hermano que se calmara y contuvo el aliento. Dejó pasar unos instantes y sacudió la cabeza con incredulidad. ¡Otra vez los ólcades! ¿Es que ese rebaño de salvajes iba a seguir siendo la piedra en que tropezara su destino? Por la gracia de Tanit que no iba a consentirlo.

Se giró e hizo bocina con las manos.

—¡Hijos de Cartago! —gritó— ¡Baal Hammón y Aníbal Barca os llaman al combate! ¿Estáis dispuestos?

El estrépito impaciente de las conteras de las picas batiendo el suelo y de las espadas en los escudos fue la respuesta. Cuando el aguijón del mahout puso a *Sirio* en marcha, las falanges cartaginesas lo siguieron, convirtiendo la cadencia de sus pasos en un pulso vasto y profundo, como si fuera la propia tierra la que latiera bajo sus pies. El heraldo puso en el aire una nota del cornu que se prolongó durante un instante interminable.

Al ver llegar a su general al río, la caballería cartaginesa abrió un pasillo para permitirle el paso, y reanudó después el ataque con el mayor denuedo para no quedar atrás. En todo el cauce del Tagus el choque con los bárbaros se inflamó con una ferocidad asoladora. El fragor de barritos, cuernos, gritos y acero alcanzó tal intensidad que parecía anunciar el fin del mundo.

Sirio se sintió contagiado por el estruendo y trotó hacia el frente, ignorando la resistencia de la corriente colmada de cuerpos. Desde el lomo, Aníbal contempló cómo la batalla los envolvía en su caos y se dejó llevar por el gozo violento de sumergirse en ella. Lanzó una jabalina contra un jinete ólcade que intentaba hacer puntería contra él; lo vio caer al agua sin saber que se trataba de Kintortes, el último de los jefes de los clanes de Arecorata. Más allá estaban los guardias Bárquidas, comandados por Girolbaal, que retiraban a Mahárbal. Se encontraban asediados por una oleada de bárbaros que les había ganado la iniciativa, a punto ya de provocar

una desbandada.

Él ólcade que dirigía a los suyos alzó la vista hacia él y sus miradas se cruzaron. Lo reconoció al punto.

Era Gerión de Cirmo, Gerión de Hélike.

Por fin.

La última vez que lo tuvo frente a él fue, casi un año antes, en la isla de Melqart. El ólcade había escapado, impune, en un navío de Sagunto, y Aníbal no había dejado de esperar el reencuentro.

Ambos quedaron un instante en suspenso, como si dieran ocasión al destino de detener todo lo que sucedía a su alrededor.

Aníbal sintió que un anhelo irrefrenable de venganza le brotaba dentro como una carcajada. No necesitó que Magón le recordara que debían apresurarse: eran un blanco demasiado notorio y los proyectiles comenzaban a caer sobre ellos, irritando a *Sirio*.

El ólcade descolgó el arco que llevaba a la espalda.

Gerión supo que solo tendría una oportunidad.

Una oportunidad para decidir la suerte de la batalla de aquel día y, con ella, la de toda su gente. La suerte de Anglea, la de sus pequeños Casindes, Gé y Adara. La de su madre y sus hermanos. La de los oretanos de Hélike, los ólcades de Cirmo, los de Arecorata. Tal vez la suerte de otros muchos pueblos de Ispania, enfrentados al apetito demente de los Bárquidas.

Una oportunidad de hacer regresar al mundo a donde se encontraba antes de que Amílcar y sus cartagineses irrumpieran en él.

Lo recorrió una oleada de serenidad. Al fin y al cabo, ocurriría lo que tuviera que ocurrir. Él le mostraría su rostro al destino como había hecho todos los días de su vida.

«Anglea», se dijo mientras colocaba una flecha en el arco y lo tensaba, llevando hasta su mejilla la cuerda de crin. Tomó conciencia de que los suyos morían y mataban a su alrededor para permitirle lanzar aquella saeta.

Buscó a Aníbal con la punta de hierro. Lo vio allá arriba, sobre el lomo de su bestia, llevando hacia atrás una jabalina para tomar impulso. Dejó escapar la flecha en el mismo momento en que el elefante, herido por una lanza clavada en su vientre, se erguía sobre sus patas traseras barritando de dolor.

La flecha pasó silbando junto al rostro del Cachorro y

desapareció en el abismo azul del cielo.

El elefante hizo caer sus pezuñas junto al caballo de Gerión, que caracoleó haciendo a su jinete perder el equilibrio.

Lo último que vio Gerión fue la jabalina de Aníbal devorando el espacio hacia él, buscándolo, hundiéndose en su pecho con un quejido.

«¡Anglea!».

Capítulo XLI

ANGLEA sintió que un dolor incandescente le estallaba dentro. Comprendió de un modo inefable que allá en la nueva Hélike, Larima de Cirmo acababa de ser herida por el mismo dolor, y que no sobreviviría a él. La imagen de la batalla se tornó borrosa, y supo que se iba a desvanecer. Se aferró al cuello de *Caliza* y esperó a que la diosa llegara en su busca…

Ya está en ella. La arrastra hacia lo alto, permitiéndole ver cada detalle de la tragedia espantosa que se representa en el Tagus. Ella contempla lo que no quiere contemplar, comprende lo que no quiere comprender. Se convierte en algo parecido al destino, capaz de estar presente en todas las almas y todos los rincones al mismo tiempo. Ve cómo aguas arriba Angenos de Manliana cumple su promesa de hacer pagar con la vida su traición a Bálaro de Ocelón, un instante antes de que él mismo muera a manos de Biliantur de Etobesa, marchando en busca de Vaélico como antes lo han hecho Virono, Ebureino y Orundo de los vetones libres. Ve cómo Negel y Boutio de Ebora vuelven grupas y huyen de la batalla con aquellos de los suyos que, junto con la esperanza en la victoria, han perdido la dignidad. Ve también cómo Acces de los vacceos perece tras un enconado combate con el oretano Cerdubelos, y cómo tras él caen otros muchos hombres valientes a quienes apenas ha podido conocer. Aunque aún no ha sucedido todo lo que ha de suceder, sabe que ni uno solo de los vacceos de Hermandica volverá a su ciudad para soportar la vergüenza de no haber sabido elegir entre la vida y el honor.

Entonces, en el centro de la batalla que estremece el corazón de Ispania, ve el origen y la materia de su dolor.

Gerión ha caído con un venablo mordiéndole el pecho. Los ólcades se abalanzan en torno a él para protegerlo y unir sus destinos al suyo. Sus gritos van y vienen entre la furia y el llanto. Allí están Meronio y Tesindro, Saunio y Chadar, Ariolaco y tantos otros jinetes que no conciben que la muerte de su caudillo no vaya acompañada de la suya propia. Uno tras otro caen asaeteados por la hueste púnica, que sabe

que la presa es suya y enloquece con el perfume salvaje de la sangre y la anticipación de la victoria.

Ve a Aníbal Barca encaramado a su elefante, ve su delirio de gloria e inmortalidad. El cartaginés lleva en los labios el néctar de la venganza, pero sabe que la batalla aún no ha concluido. Lo sigue una multitud de soldados de escudos blancos, túnicas rojas y largas picas. El Cachorro habla a través de la garganta de bronce de sus cuernos de guerra y conduce a los suyos hacia adelante, dejando atrás y entregando al olvido al príncipe de los ólcades que durante demasiado tiempo se atrevió a desafiarlo.

Gerión de Cirmo.

Ve a Mimbro corriendo hacia su hermano mientras grita su nombre. Cuando se detiene para tomar de manos de Chadar el estandarte de Cirmo, una flecha va a clavársele en el muslo. Se distrae tratando de arrancársela y un jinete númida le golpea con una maza en el yelmo, haciéndolo caer.

Ella sabe que está inconsciente, pero no muerto.

La diosa le dice al oído lo que debe hacer. Gerión no irá solo adonde sea que deba ir, pero antes debe ocuparse de que en el Tagus no perezca también la suerte de su gente…

—¡Anglea! —gritó Enneges—, ¿qué te ocurre, te han herido? ¡Argonio, llévala contigo, debes ponerla a salvo!

Anglea se volvió, hizo un gesto de negación y sostuvo la mirada de los jinetes que la rodeaban. Junto a Enneges, estaban Lagandi, Leitabaros y Netinbeles. También su hermano Argonio, mostrando con su expresión de alarma que había leído ya la agonía que palpitaba en sus pupilas. Tras ellos se disponían a entrar en combate ocho centenares de oretanos; la fuerza íbera y cartaginesa que en ese momento cruzaba el Tagus siguiendo a Aníbal era acaso veinte veces mayor.

—Tío Enneges —dijo Anglea con una determinación serena y urgente que no dejaba ninguna grieta a la réplica—, todo está perdido. Resistir no sería un tributo al honor sino a la locura. Si escapáis ahora, al menos tendréis una oportunidad de llevar a lugar seguro a nuestra gente y a los ólcades que han podido salvar la vida.

—¿Si escapáis…? —exclamó Enneges, desencajado—, ¿qué quieres decir? ¡Vamos a marcharnos todos ahora mismo!

—Yo debo hacer algo todavía —respondió Anglea. Miró a su hermano durante un latido insoportable. Argonio negó con la cabeza, con los ojos arrasados de lágrimas. Ella cruzó las manos sobre el pecho y le entregó una suave sonrisa remota.

—No lo olvides —dijo en voz baja, casi inaudible—. Búscala dentro de ti. La esperanza ciega.

—No, no, no… —balbuceó Argonio, mientras su voz trataba de hallar el camino de las palabras—, ¡hermana, te lo ruego!

—¡Esperad! Dadme solo un instante —respondió, Anglea adentrándose en el agua con *Caliza*—. ¡Un instante! ¡Y decidle a mis hijos que sus padres siempre estarán con ellos! ¡Haced lo que os digo!

La voz de Anglea se desvaneció arrastrada por la de la batalla. Enneges y Argonio hicieron ademán de ir tras ella, pero se detuvieron a los pocos pasos: grupos de supervivientes ólcades y vacceos se abrían paso en la corriente hacia ellos, buscando la orilla, hostigados por la caballería de Aníbal. Ambos quedaron inermes, preguntándose cuál era el propósito del instante que les había pedido Anglea.

Ella urgió a su caballo y no tardó en llegar al lugar donde había sido derribado Mimbro. Su cuerpo estaba remansado entre tal número de hombres y animales caídos que apenas se había movido. Junto a él estaba todavía el estandarte de Cirmo. Anglea saltó de la grupa junto a él, lo agarró por el correaje de la falera y, animada por una fuerza que ignoraba que estuviera oculta en sus brazos, lo cruzó sobre el lomo de *Caliza*. Tomó después el estandarte y lo sujetó a Mimbro pasándolo bajo su cinturón. Dijo unas palabras al oído del caballo y le dio una palmada en el lomo. Con el corazón encogido, lo vio alejarse de regreso a los suyos, con Mimbro balanceándose en la grupa como un fardo inconsciente. Rogó a Astarté, con palabras que no consiguieron escapar de su garganta, que lo acompañara cubriéndolo con el manto de su protección.

Del mismo modo que debía estar acompañándola a ella. Mirando en su derredor, comprobó que la batalla la había dejado a un lado, como si se hubiera vuelto transparente y nadie reparara en ella. La infantería de Aníbal había corrido tras su general y se extendía ya por la ribera meridional del Tagus, dando caza a los carpetanos y ólcades que huían ante su avance. Aguas abajo, sus

oretanos, habiendo recibido ya a Mimbro entre ellos, iniciaban su repliegue, al tiempo que se preparaban para hacer frente a los de Cerdubelos. Como tantas otras veces, Anglea pensó en cuán extraño instrumento es el azar en manos de los dioses, haciendo que Hélike y Cástulo vinieran a dirimir por última vez sus diferencias en aquel remoto río de sangre.

Desde la orilla norte un numeroso grupo de jinetes númidas avanzaba hacia ella. Iban capturando caballos sin dueño y rematando guerreros caídos y fugitivos. No le quedaba mucho tiempo.

El lugar donde había caído Gerión estaba señalado por un túmulo de cuerpos amontonados. Estaban cubiertos de flechas y jabalinas, demostrando que no son otras las enseñas que precisan los hombres dignos para dar testimonio de su valor. Anglea deseó que todo el pueblo de los ólcades pudiera acudir con ella a rendirles homenaje.

Se vio obligada a apartarlos para llegar a su amado, y un llanto sin voz le abrasó el pecho al ver los semblantes inertes de tantos hombres admirables. Allí estaban Meronio, y Saunio, y Tesindro, y muchos otros. Sintió que la muerte de ellos era la suya propia, que cada una de sus heridas le había sido infligida a ella. Ellos fueron quienes acudieron para salvar a Hélike cuando todo parecía perdido, y ahora ninguno había rehusado el sacrificio. «Bendita seas, Astarté, benefactora de tus hijos —murmuró para mantener a raya el dolor infinito que crecía en ella como una tormenta—, quiera tu benevolencia conducir el espíritu de tus hijos hasta tu seno».

Entonces lo encontró. Gerión tenía la jabalina de Aníbal clavada en el torso y la sujetaba todavía con las dos manos. Cualquier otro hubiera dicho que estaba muerto, pero Anglea supo que había un hálito de vida vibrando detrás de los párpados. Esperándola. Se arrodilló a su lado, le tomó el rostro entre las manos, lo besó con las palabras que salían de sus labios.

«No sientas temor, amor mío, estoy a tu lado. No te arrepientas de nada, no te entristezcas por nada, no dejes que nada te ensombrezca el espíritu en esta hora final. Hemos traído hasta aquí gozosamente nuestro amor y no hemos debido lamentar ninguno de los días que se nos han dado. Plantamos cara a todas las batallas,

grandes y pequeñas, que nos presentó la vida, y aún aquellas que perdimos nos dejaron un botín de besos y enseñanzas en el alma. Siempre hemos abrazado la voluntad de los dioses y el azar del futuro, hemos alumbrado nuestras semillas y dejado que el tiempo nos abriera sus surcos en el pecho, tal vez no todos de sabiduría y de coraje, pero ninguno de sumisión ni de infamia. Nada termina aquí, nada está concluido mientras tú y yo sepamos quiénes somos, y los que vengan detrás sepan recordarlo».

«Recuerda quiénes somos».

Levantó la mirada y vio que un jinete de ojos brillantes y tez oscura se cernía sobre ella con una espada en alto. El hombre abrió la boca como si gritara, pero ella no escuchó nada. Debía de encontrarse ya en otro lugar. Se abrazó a Gerión, se impulsó con los pies para entregarse a la corriente y cerró los ojos.

«Estoy contigo, amor mío, ¿cómo no iba a estarlo? ¿Cómo iba a seguir adelante sin ti? Este amor nuestro de nada serviría si no te tengo, se esfumaría en el aire como una música o un olvido, y yo quedaría allí quebrada, desnuda, aterida, acunando en la memoria nuestro tiempo…».

Capítulo XLII

CUANDO Aníbal regresó al campamento, lo hizo por primera vez como general victorioso en una batalla planteada de igual a igual. Para ese propósito, la ya lejana matanza de los guerreros de Arecorata no contaba; se trataba más de una sombra en su espíritu que de un motivo de celebración. Era tal la aleación de orgullo y exaltación que lo agitaba ahora que comprendió que nunca querría otra vida que esa, que nunca se sentiría saciado de victorias, que el poder sobre la vida y la muerte es el más poderoso narcótico para ignorar la fragilidad de la condición humana.

Había perseguido a los carpetanos hasta que los supervivientes se disolvieron en los cerros cubiertos de pinares. Ya habría tiempo en los días siguientes para ir a buscarlos a sus poblados. Acabaría con los carpetanos por completo, los exterminaría, destruiría sus campos y casas, sus murallas y necrópolis, para que el recuerdo de lo que significa enfrentarse a un Barca quedara grabado con buril de acero en las pesadillas de todos ellos.

Tan solo había dos cosas que le dejaban un tenue sabor agrio en la lengua.

Los oretanos de Hélike habían escapado. Cerdubelos había sido incapaz de hacer otra cosa que hostigarles la retaguardia, sin conseguir quebrar el orden de su retirada. El pensamiento de que había sido la hija de Orissón, Anglea, la responsable de que ese triunfo se le escapara de nuevo entre los dedos, no dejaba de rondarle la cabeza. Castigaría a Cerdubelos por su incompetencia e iría él mismo a terminar con ellos. Ispania no sería lo suficientemente grande para que escaparan a su cólera.

Además, sus rastreadores no habían conseguido hallar el cuerpo de Gerión. Él recordaba sin atisbo de duda el lugar donde había caido, y sabía que la herida que el ólcade recibió en el pecho era por necesidad mortal. Sin embargo, cuando sus hombres fueron a buscarlo, encontraron que los cuerpos de los guerreros caídos junto a él habían sido apartados y que Gerión de Cirmo ya no estaba. Dio

por cierto que habría sido arrastrado por el río y que ahora se deslizaría, como tantos otros sacrificados en la batalla, para ser devorado por los peces o encontrarse con el océano allá donde el Tagus, convertido ahora en un río de duelo, se derrama en él. Pero no por ello dejaba de sentir que se le había hurtado la satisfacción de ver, al fin, muerto a su rival.

Era por eso que las cabezas de Gerión y Anglea no se mostraban junto a las otras, clavadas en las altas picas que adornaban la torrecilla que Magón y él ocupaban sobre el lomo de *Sirio*. Sí estaban las del resto de cabecillas que habían cometido la temeridad de enfrentarse a él: Hilerno y Bienor de los carpetanos; Virono, Ebureino y Angenos de los vetones; Kintortes y Meronio de los ólcades; Acces, de los vacceos traidores de Hermandica. Le gustaba enumerar los nombres en su imaginación. Todos ellos daban testimonio de la grandeza de Aníbal con la expresión inerte de sus rostros grises y ensangrentados.

Todo eso le hizo pensar que, si su victoria no era completa, acaso fuera porque de ese modo se expresaba la voluntad de los dioses, para que ningún hombre perdiera de vista lo que significa serlo. Se prometió quedarse siempre a un paso del triunfo definitivo, sin mácula, para que no fueran los dioses quienes le impidieran recorrerlo.

Al entrar en el campamento todos los cornu saludaron su llegada. Quienes lo contemplaban inclinaban la cabeza o caían rodilla en tierra, abrumados por el poder, la majestad y el pavor que inspiraba Aníbal, cabalgando sobre el elefante que Zekárbal les regalara tras su boda a Imilce y él, en un día que ahora le parecía tan remoto como si no hubiera acaecido sino en su imaginación. *Sirio* se postró ante la tienda de mando. Allí lo esperaban Sósilo y Sileno, con la impaciencia por conocer el relato de la batalla impreso en sus rostros. También el boetarco Shebarim y el siracusano Hipócrates, dejado al mando militar de la retaguardia para amargura suya, como muestra de que las penitencias que administra Aníbal tardan en extinguirse. Junto a ellos estaba el sirviente Maharcón y Eteocles, el médico.

Fue él quien apartó la cortina de lona y lo invitó a entrar.

—Sé bienvenido, Aníbal —dijo, inclinando la cabeza y el torso en un gesto de reverencia que imitaron los demás—, sean todas las

loas para el vencedor. Vuestra esposa y vuestro hijo os esperan. Ambos están bien.

Aníbal entró en la tienda, cruzó la sala del Estado Mayor y accedió a su dormitorio. Hizo un gesto para hacer salir a Bileston y Kibašin y quedó a solas con Imilce y el niño. Le dio a ella un beso en la frente.

—Bendita sea Betatun, esposo mío —susurró Imilce, sosteniendo al niño Amílcar contra el pecho. Tenía los ojos líquidos de lágrimas y la sonrisa de quien se lleva a la boca un bocado exquisito—. No he dejado de rogarle por ti desde que partiste. He oído los cuernos: te saludan como a un general victorioso. ¿Es así como regresas a mí?

—No lo hubiera hecho de otro modo —respondió Aníbal, ignorando que de ese modo reproducía las palabras acostumbradas de los íberos. Puso toda su atención en el niño y extendió los brazos para tomarlo en ellos. Amílcar lo miró sin verlo con los enigmáticos ojos glaucos de los recién nacidos.

Aníbal sintió la templada fragilidad del cuerpo de su hijo, su liviana insignificancia. Tomó conciencia de que lo que tenía en sus manos era una nueva generación de la familia Barca. Su hijo, el nieto de Amílcar, con la ardua tarea de hacer honor al nombre que había recibido. Un nuevo Amílcar Barca como semilla del futuro que estaba por construir.

Aníbal juró a Melqart y Baal Hammón que él construiría ese futuro para su hijo.

Un momento después se produjo un revuelo en el exterior: pasos apresurados, palabras urgentes.

Aníbal dejó atrás a Imilce sin una palabra y salió con el niño en brazos. Todos quedaron en suspenso al verlo, repartiendo su atención entre él y un hombre con aspecto agitado que esperaba de pie junto a Hipócrates. Aníbal lo conocía bien: era Agram, el etrusco a cargo de las palomas mensajeras, un hombre extraño y oscuro que parecía sentirse más a gusto con sus aves que entre sus semejantes. Como ellas, miraba a su alrededor con ojos muy abiertos, inmóviles y amarillentos. Hablaba poco, y solo cuando tenía algo importante que decir. Debía traer noticias importantes de Qart Hadasht.

Agram le entregó un pequeño rollo de pergamino.

—Acaba de llegar —dijo—. Lo ha traído Hercle, la paloma que

enviamos ayer. Son noticias de hoy mismo. El sello es de Asdrúbal Giscón.

Asdrúbal Giscón era el comandante de confianza que había quedado al frente de la guarnición de Qart Hadasht. De haberse tratado de asuntos de rutina, el sello hubiera sido de Berébal, el administrador, o incluso de su secretario Malión. El sello de Asdrúbal solo podía servir de anuncio a asuntos de gravedad. Aníbal dudó un instante. Miró a su alrededor como si buscara a alguien de suficiente confianza para confiarle al niño.

—Léelo tú, Agram —dijo al fin, devolviendo el rollo al etrusco.

Agram lo desplegó y reveló su contenido con el preciso acento rítmico de su pueblo.

—De Asdrúbal, hijo de Giscón, a Aníbal Barca, hijo de Amílcar. Que Baal Hammón y Melqart el Viajero guíen tus pasos. Deseo que ambos te hayan concedido la victoria que es tuya por derecho y no tardes en regresar a la ciudad. Qart Hadasht sigue segura y en paz, prosperando a la espera de su Señor.

»Sin embargo, los acontecimientos del mundo no han detenido su curso. Ayer arribó al puerto un navío procedente de Roma. En él viene una embajada enviada por el Senado y los cónsules Marco Minucio Rufo y Publio Cornelio Escipión Emiliano. Los romanos muestran una actitud muy insolente y gran determinación en verte cuanto antes. Al parecer, las noticias de tus empresas militares han llegado hasta ellos y su inquietud no deja de crecer. Sin duda Sagunto no es ajena a ello: los informes que nos llegan de allí hablan de una gran agitación. No sabemos si otros navíos vienen tras los embajadores romanos; he ordenado salir a nuestra flota para patrullar la costa. Temo que intenten alguna acción aprovechando tu ausencia y la del ejército. Las murallas de Qart Hadasht, su guarnición y este servidor tuyo harán frente a lo que sea menester, pero toda la ciudad celebrará a Aníbal Barca y a los dioses cuando te devuelvan a nosotros.

»Que Baal Hammón y Melqart el Viajero guíen tus pasos.

La última palabra de Agram vibró un instante en el aire antes de desaparecer para siempre. Tras ella quedó un silencio áspero e impaciente, de esos que más que palabras necesitan sucesos para ser saciados.

—¡Roma, su Senado y sus cónsules! —exclamó Aníbal, mirando

al pequeño Amílcar. Escupió en el suelo—. ¡Malditos sean!

Alzó la mirada hacia levante. Aunque no pudiera verla, allí estaba Sagunto, ciñendo la cima de un cerro nunca conquistado, desafiándolo, erguida sobre el mar. Sobre el mar de los Bárquidas. Y más allá, tierra adentro de la siguiente orilla, Roma arrogante y hambrienta, puesta en pie sobre sus siete colinas y su insoportable voluntad de poder.

De pronto, todos los acontecimientos de Ispania le parecieron efímeros y sin importancia. La victoria sobre los bárbaros se le representó como un entrenamiento, un juego del que no debía envanecerse. El ánimo de venganza sobre Anglea de Hélike y sus oretanos quedó muy lejos, como si perteneciera a otra vida ya vivida y dejada atrás.

En su interior se puso en marcha el engranaje que habría de inflamar el mundo a su alrededor a partir de entonces. Roma ocupó por entero el vasto espacio de su cólera. La cólera de Aníbal.

Aníbal Barca habrá de recordar ese instante mucho tiempo después, al término de una mañana borrosa de lluvia en el palacio del rey Prusias, en Bitinia, cuando esa cólera, alimentada durante toda su vida, se convierta súbitamente en algo absurdo y estéril.

Cuando tenga presente, por última vez, la maldición de Amma de Hermandica, tras una noche en que el anciano Elaisico haya venido con la diosa sin nombre a envenenar sus sueños, como los de todas y cada una de las noches desde aquel día en que él lo hizo callar para siempre con el filo de su espada.

Cuando los pasos de los hombres del embajador Tito Quincio Flaminio resuenen en el pasillo, y él acuda en busca de la porción de olvido que guardó celosamente en su anillo el día que siguió al desastre de Zama.

Serán las últimas palabras que escuche agitarse en su interior, como un animal inundándolo con una oscuridad atroz.

«Roma, su Senado y sus cónsules. Malditos sean».

Capítulo XLIII

DURANTE largo rato nadie supo qué decir. A veces ocurre que el significado de las palabras es mucho más vasto que el tiempo que requiere pronunciarlas.

Argonio se encogió de hombros. Suspiró, hundió el rostro entre las manos. Gerión le pasó el brazo por los hombros y le ofreció un cuenco de vino sin diluir.

—Bebe, tío Argonio, te hará bien. Los dioses nos dieron el vino para ayudarnos a sobrevivir a nuestros recuerdos.

Argonio tomó el cuenco con gesto ausente y lo apuró despacio. Tenía el rostro demacrado, exhausto. Adara se preguntó si la prolongada invocación a la memoria que había desencadenado el cartaginés no habría reclamado un precio excesivo.

—Creo que es suficiente —sugirió Bobdal, pensando lo mismo que ella—, no quisiera ser causa de más desconsuelo. Al fin y al cabo, lo que sucedió después es bien conocido. Mi gratitud es ya inconmensurable.

Gerión miró al cartaginés de un modo que le recordó a Adara al padre de ambos. Se preguntó hasta qué punto la imagen del uno y la memoria del otro se habían convertido en una misma presencia en su imaginación.

—Te equivocas, Bobdal —dijo—. ¿Suficiente? ¿Suficiente para quién? ¿Acaso crees que aquella derrota puso fin a las vidas de todos nosotros? De ningún modo.

Bobdal hizo el gesto de fastidio de quien se siente tratado injustamente.

—No he querido decir eso —objetó—. Tan solo pretendía…

—Da igual lo que pretendieras —le interrumpió Gerión—. Ahora deberás escuchar, será Argonio quien decida cuándo ha llegado el momento de dar por terminada la historia. Tío…

Argonio hizo un visible esfuerzo por sobreponerse.

—Durante el regreso a la nueva Hélike —dijo con voz frágil—, no tuvimos un momento de respiro. Los oretanos de Aníbal no

dejaron de hostigarnos, y fueron muchos los nuestros que cayeron para evitar que la retirada se convirtiera en una desbandada: Lagandi, Taemaros, Netinbeles y muchos otros, héroes que entregaron el espíritu luchando como gigantes… Hasta Likinos absolvió la vergüenza de su huida en el vado de Purietine muriendo al tiempo que mataba a Akerseken de Iltiraca. Se dice que la última palabra que pronunció fue el nombre de Saunio. Mimbro pareció conocer la razón, pero nunca quiso que cruzara sus labios. Siempre pensé que ambos mantenían una cuenta pendiente.

»Poco a poco, nos dimos cuenta de la magnitud del desastre. Las bandas de carpetanos que dejamos atrás al acercarnos a Toleto fueron innumerables. En los oteros comenzaron a alzarse grandes humaredas señalando la destrucción causada por las avanzadillas de Aníbal. Perdimos a muchos, pero también hubo grupos de jinetes que se unieron a nosotros, incluso un puñado de supervivientes ólcades mandado por Turibas, el hijo de Kintortes, que se habían visto apartados de la batalla persiguiendo a una tropa de bastetanos a quienes derrotaron en una escaramuza en la ribera.

»No hablaré de nuestra llegada a la nueva Hélike al despuntar el alba del día siguiente, después de haber pasado sobre la grupa de nuestros caballos una noche entera de ceniza en el aire y hogueras en el horizonte. No hablaré porque quienes la vivieron no han podido olvidarla, aunque entonces fueran niños —Argonio dirigió a Gerión y Adara una mirada de infinita ternura—, y quien no lo hizo no puede imaginarla. Diré tan solo que las noticias que llevamos devastaron a los nuestros, pero no los tomaron por sorpresa, porque la muerte repentina de Larima la mañana anterior, tras un grito de terror y agonía, fue entendida por todos como el más transparente augurio.

Gerión se puso en pie y quedó inmóvil frente al ventanuco como si mirase por él, con los brazos cruzados sobre el pecho, dando la espalda a los demás. Adara, en cambio, no tuvo reparo en compartir sus lágrimas.

—Durante todo el día hicimos los preparativos para la partida —continuó Argonio— sin dejar de otear el horizonte, esperando ver aparecer las enseñas de los cartagineses en cualquier momento, pero los únicos que llegaron fueron los carpetanos de Ispino. Mujeres, ancianos, niños y un centenar de guerreros supervivientes,

pidiendo que los permitiéramos acompañarnos. Así lo hicimos.

»A la puesta del sol nos congregamos para entregar al fuego el cuerpo de Larima y liberar su espíritu. Recogimos sus cenizas y las llevamos con nosotros cuando partimos, antes del alba del día siguiente, dejando atrás el hogar efímero de la nueva Hélike, empujados de nuevo a vivir en los caminos. Como si se nos hubiera dictado el destino de ser arrastrados de aquí a allá en un destierro sin fin. Al mediodía alcanzamos la ribera del Tagus en el vado de Manliana.

»No recordaría aquel instante con mayor nitidez si estuviera ocurriendo ahora mismo. Quedamos todos sobrecogidos mirando el caudal del río. Bastaba prestar atención para escuchar el relato terrible que pronunciaba el rumor de sus aguas. Todos los ríos tienen un lenguaje, y el del Tagus ese día bajaba denso de muerte y sangre. Aún habiendo transcurrido dos jornadas desde la batalla, todavía pasaba de tanto en cuanto el cadáver hinchado de un caballo o el cuerpo de un guerrero, un escudo de madera, una túnica púrpura… Entregamos al río las cenizas de Larima, rogando a los dioses de los ólcades y los nuestros que le mostrasen el camino para ir al encuentro de su hijo. Al encuentro de mi hermana…

La voz de Argonio se ahogó en un gemido. Tragó saliva, abrió la boca, negó con la cabeza.

—Continúa tú, Gé —dijo con un susurro.

Gerión volvió junto a ellos. Quedó de pie detrás de su tío, apoyando las manos en sus hombros. Se tomó un momento para convocar a sus recuerdos, a la memoria recibida en custodia en las historias contadas mil veces por sus mayores.

—Cruzamos el río cantando a los dioses plegarias por los nuestros. La gente de Manliana salió a recibirnos al pie del peñasco; para entonces ya habían sabido del desenlace de la batalla. Estaban consternados, pero encontraban un digno consuelo en el valor que habían mostrado sus guerreros. De algún modo había bajado por el río la historia de cómo Angenos había acabado con el traidor Bálaro de Ocelón antes de morir, y eso bastaba para que la derrota lo fuera menos. Los invitamos a acompañarnos, pero no quisieron; dijeron que allí continuarían guardando su vado para los vetones, venerando las tumbas de sus antepasados. Esperando para que, si regresaba algún superviviente, no encontrara su casa abandonada y

su familia huida. Criando a sus hijos para que entre ellos creciera más pronto que tarde un nuevo Angenos.

»Los admiramos entonces, y aún los admiro por ello. Lo mismo hicieron tres días más tarde los de Ebora. Su sacerdote Vailos sacrificó a Vaélico un toro y un cerdo en el santuario junto al Tĕttare. Nos hizo saber que allí siempre seríamos recibidos como hermanos, porque más aún que los que viven juntos lo son los que juntos hacen frente a la muerte. Un pueblo magnífico, los vetones. Los viajeros nos dicen que allí siguen, nobles y orgullosos en sus montes, cantando en sus celebraciones el valor de Virono, Ulantio, Angenos y todos los demás. Allí siguen, esperando al próximo enemigo que venga del sur, poniendo como testigos de su honor y centinelas de su territorio a sus grandes esculturas de piedra.

»Para entonces ya habíamos pasado por Buntalobriga. Nunca antes, y nunca después, el encuentro entre dos pueblos ha sido oscurecido por un luto como aquel. No fue preciso decir nada: los abrazos ofrecieron el poco consuelo y la mucha determinación que ólcades y oretanos supimos arrancarnos del corazón para no quedar humillados ni inermes. Por fortuna, mi tío Mimbro se había recuperado ya de la herida recibida en el Tagus, y pudo servir de apoyo y guía a los suyos.

Gerión hizo una pausa, ponderando las palabras que acababa de pronunciar.

—Quiero decir que Mimbro había dejado atrás su convalecencia. Era capaz de montar a caballo, hablar y caminar como antes de la batalla, pero creo que en realidad nunca volvió a ser el mismo. Durante toda su vida arrastró la carga de aquella hora decisiva en que los dioses no le permitieron morir como quería, acompañando a su hermano y sus compañeros a la eternidad, y se vio obligado a darle un sentido diferente a la vida que había rehusado abandonarle.

—Sin embargo —dijo Adara con dulzura, tomando el relevo de su hermano— nunca escuchamos de sus labios ningún lamento. El que la propia Anglea acudiera a su rescate en el río, le entregara su caballo y enviara con él el estandarte de Cirmo, puso sobre él una responsabilidad que siempre tomó como el más alto honor que hubiera podido caberle. El tío Mimbro perdió en el Tagus el don de la risa, si es que no lo había hecho antes, pero no el del amor a su

gente. En aquella hora, y en todos los años que siguieron, desplegó una pasión y una energía inagotables para asegurar el futuro de los suyos, ólcades y oretanos por igual.

—Así es —continuó Gerión—. Aunque en ausencia de Anglea Enneges siguió actuando formalmente como príncipe de los heliketas, cuando ambos pueblos partieron de Buntalobriga hacia el norte, fue Mimbro quien se puso al frente de todos nosotros. Si conseguimos salir adelante fue, en gran medida, gracias a su resolución, su coraje y su fe. Organizó la gran caravana, se ocupó de los suministros, comandó a los guerreros que protegían nuestra marcha, se puso al frente de las partidas de rastreadores que reconocían el terreno y elegían la ruta…

—¿Cuál fue la que tomasteis? —se atrevió a preguntar Bobdal tras largo rato escuchando en silencio—. Imagino que al norte de los montes vetones os aguardaba territorio hostil.

Gerión asintió.

—Estás en lo cierto. Los vetones del norte se habían puesto del lado de Aníbal y hubieran aprovechado la ocasión de cobrarse un botín formidable, de no haber estado la mayor parte de sus hombres en el ejército cartaginés. Y de no haber tenido enfrente a guerreros como los nuestros.

—Para entonces ya habríais tenido noticias del regreso de Aníbal a Qart Hadasht…

—No tuvimos información cabal hasta que, ya bien entrado el otoño, llegamos a tierra de arévacos en Tiermes. Ellos nos recibieron con hospitalidad y nos brindaron la ayuda que pudieron. Son celtíberos como los ólcades y muy celosos de su libertad. Vieron con gran simpatía nuestra negativa a someternos a Aníbal y se interesaron en extremo por conocer todos los detalles de la organización militar y las fuerzas de los cartagineses, temiendo que ellos mismos tendrían que enfrentarse a Aníbal algún día.

—No podían imaginar que el gran adversario al que habrían de enfrentarse no sería Cartago, sino Roma —dijo Bobdal.

Gerión se encogió de hombros.

—No creo que haya gran diferencia. Todos los invasores buscan lo mismo y se comportan de igual modo. El que recurran más a la crueldad, la adulación o el engaño es una cuestión de métodos, no de fines. Y si es malo enfrentarse a uno de ellos, peor aún es verse

envuelto en sus conflictos. La guerra entre romanos y cartagineses que sucedió a la partida de Aníbal hacia Italia terminó despoblando media Ispania. No hubo ciudad que no tuviera que tomar partido por unos u otros. Tampoco ninguna que no tuviera que pagar el más alto precio por ello.

—Al menos —apuntó Adara— no fue nuestro caso. El exilio fue muy amargo, pero nos mantuvo al margen de aquel desastre. Tal vez los dioses pensaran que ya se habían ensañado bastante con nosotros: nos alejaron del sur y nos llevaron hasta los arévacos. Sin ellos no sé cuánto tiempo hubiéramos continuado vagando de un sitio para otro.

—Nuestra gratitud será tan perdurable como el bronce de las téseras —dijo Gerión—; que Luc y Epona los colmen de bienes. Así fue; tras darnos la bienvenida a Tiermes, fueron ellos los que nos trajeron a este lugar y nos invitaron a fundar aquí nuestra nueva ciudad. Hicieron saber a los titos y pelendones de los valles vecinos que estábamos bajo su protección. Eso es algo que, quien haya visto luchar a los guerreros de Tiermes y Numancia, no pasa por alto fácilmente. También nos proporcionaron grano y ganado para pasar el invierno y preparar la sementera.

—Una generosidad poco frecuente —dijo Bobdal.

—Aunque no sin beneficios para ellos —respondió Gerión—. De ese modo también consolidaban su frontera y ganaban un aliado nada desdeñable. Sus simpatías y su interés iban en este caso de la mano.

—Desde entonces hemos puesto todo nuestro empeño en que no tuvieran motivos para arrepentirse —dijo Adara—. Hicimos nuestros a sus amigos y enemigos, estuvimos a su lado en la paz y en la guerra, vertimos nuestra sangre junto a la suya… Nuestros guerreros y los suyos han emprendido juntos el camino del que nadie regresa. Veneramos a sus dioses junto a los nuestros en los santuarios que alzamos en esta tierra, donde, poco a poco, intentamos que el recuerdo de Hélike no lleve consigo la sombra del desarraigo, sino tan solo la certidumbre del lugar de donde venimos y de quiénes somos. Aquí hemos fundado nuestras familias, criado a nuestros hijos, enterrado a nuestros muertos…

—Excepto a los que dejamos atrás.

Todos miraron a Argonio. Llevaba largo rato sin hablar y parecía

haber renunciado a participar en la conversación. Aún sostenía el cuenco de vino entre las manos y su respiración tan solo se dejaba notar por los jirones de vapor que se enredaban ante su rostro de cera.

—Excepto a ellos —repitió Argonio con un susurro y sacudió la cabeza con pesar—. Cada hora que pasa los tengo más presentes, tal vez porque cada hora que pasa estoy más cerca de reunirme con ellos. Mi padre Orissón y mi madre Casindes, mi hermano Antio… Me desconsuela pensar que ninguno de ellos está en la necrópolis para confortarme y mostrarme el camino cuando llegue el momento. Y vuestros padres y sus ólcades —añadió buscando a Gerión y Adara con la mirada—. Ni uno solo de los días que he vivido desde entonces he dejado de tener aquella imagen en el Tagus apuñalándome los párpados, y sé que no me abandonará ni uno solo de los que me resten. El río convertido en una pesadilla de muerte, desesperación y derrota. Anglea enviándonos a Mimbro de regreso, inconsciente sobre el lomo del caballo, y abriéndose paso después hasta Gerión, entre los cadáveres de los valientes que habían muerto honrándole. Ella tomándolo en sus brazos. Una y otra vez me pregunto por qué no reaccionamos entonces, por qué no fuimos todos en su busca… O al menos yo, para que no estuviera sola cuando aquel jinete se lanzó sobre ella…

La voz de Argonio se deshizo en un silencio tan irreversible y total que ninguno supo cómo quebrarlo.

Lo hizo un largo instante después él mismo. Tomó aliento y se puso en pie. Carraspeó, se pasó la mano por el rostro.

Adara lo miró con sorpresa. Algo había cambiado en él: en sus ojos había un fulgor al que se asomaba el hombre que había sido. Adara no supo bien si era una insinuación de esperanza, o la sabiduría de dejar espacio en el alma al dolor, pero no a la melancolía. O simplemente la determinación de seguir viviendo de todos modos, porque es la única forma de conservar la dignidad que nos debemos. No lo supo, pero ello no le impidió advertir que la sombra que había caído sobre todos comenzaba a disiparse.

—Hay algo que nunca os he contado —dijo Argonio—. Aquel día en el Tagus, en aquella hora, sucedió que Mimbro llegó hasta nosotros tan solo un instante antes de que el jinete de Aníbal cayera sobre Anglea. Me tomé el tiempo imprescindible para asegurarme

de que vuestro tío estaba vivo. Cuando volví la mirada al río todo había pasado: el jinete se alejaba para reunirse con los suyos y vuestros padres habían desaparecido. No fui capaz de volver a verlos.

»Ya sé, ya sé… —añadió alzando la mano para hacer innecesarias las objeciones de los demás—. Ya sé que la distancia era grande, que la confusión de cuerpos amontonados hacía fácil que ellos dos pasaran inadvertidos. Claro que lo sé. Pero, en el rincón más secreto de mi espíritu, hay una voz que se empeña en preguntarse si acaso las cosas fueron de otro modo. Si, tal vez, el amor de Anglea por Gerión y su sacrificio en el centro de aquel holocausto consiguió conmover a los dioses y decidieron hurtársela a la muerte. Si le encomendaron al Tagus que la pusiera a salvo llevándola en su seno junto a su amado.

»Ya sé, ya sé que es imposible y absurdo, pero desde aquel día una parte de mí siempre ha estado a la espera. Como si en cualquier momento fuéramos a escuchar una llamada a la puerta, abriéramos y allí estuviera ella, Anglea de Hélike, vuestra madre, devuelta a nosotros por los dioses para bendecirnos de nuevo con el don inefable de su presencia.

Argonio guardó silencio y todos quedaron mudos e inmóviles mirándose los unos a los otros, con los ojos muy abiertos.

A la espera.

Entonces se escuchó un aldabonazo en el portón de la calle.

Se oyeron voces y Galduriaunin entró en la estancia, quedando desconcertada al ver que todos la miraban en suspenso, con expresiones de agitación e incertidumbre.

—Perdonad —dijo al fin—, quizá no debería haberos interrumpido.

—Vamos, mujer —le urgió Argonio—, dinos qué sucede.

—Habéis recibido una visita —respondió haciéndose a un lado.

Bajo el dintel de la puerta apareció un joven. Solo tardaron en reconocerlo el instante que precisó para extinguirse el sortilegio de hados y azares que había tejido, en el ánimo de todos, el relato de Argonio.

Era Aibekes el manco, el hijo de Alendro.

—¡Aibekes! —exclamó Adara, dando voz a la extrañeza de todos—; ¿qué ocurre, traes noticias de los romanos?

El muchacho pareció azorado.

—No era mi intención molestaros —dijo con una inclinación de cabeza—. No es nada importante, será mejor que me vaya.

—Espera —le detuvo Argonio cuando Aibekes ya se giraba buscando la salida—, y disculpa un recibimiento tan áspero. Es solo que estábamos en una conversación acalorada, pero que ya era oportuno que terminara. Siéntate con nosotros y dinos qué te ha traído hasta aquí desde el camino de Tiermes. No es poca distancia en estos días tan fríos.

—No tanto, no creáis —respondió Aibekes—. Quiero decir lo del frío. Tal vez aquí no lo hayáis notado, pero ahí fuera parece que el hielo del aire ha emprendido, como los romanos, la retirada. La primavera está aún lejos, pero ya se la adivina.

—Una noticia grata —dijo Argonio—. Imagino que no era eso lo que has venido a decirnos.

—Claro que no, señor Argonio… —Aibekes titubeó buscando las palabras—. Veréis, vengo por vuestro ofrecimiento.

Argonio quedó pensativo un momento. Después hizo el gesto de haber hallado algo en la memoria y asintió, animándolo a continuar. El joven se desprendió la fíbula del manto. Se la mostró a Argonio: representaba un caballo y parecía de oro.

—¿La recordáis? Me la regalasteis y me invitasteis a que volviera cuando me lo permitieran mis quehaceres. Con el regreso de mis hermanos de la guerra es el momento para ello. Me dijisteis que, aunque no pueda ser un guerrero —continuó Aibekes, alzando el muñón y mirándolo sin tristeza—, puedo serle útil a los míos de otros modos. Que hay batallas que no se libran con el hierro. He venido a aprender a hacerlo.

—Así es, Aibekes —respondió Argonio con una sonrisa—, recuerdo bien mi ofrecimiento. No imaginas cuánto me alegra que hayas elegido precisamente este día para venir a requerirme que le dé cumplimiento. Hay un asunto que nos ha tenido ocupados largo tiempo, y acabamos de concluirlo.

Argonio miró con deliberación a Adara, después a Gerión, por último a Bobdal. Cada uno le devolvió un gesto de afirmación, dando por bueno el dilatado ritual de memoria y redención de aquellas lunas de frío, humo y piedra.

—¿Sabes? —prosiguió—, lo que hemos hecho ha sido contar una

larga historia. La historia de nuestro pueblo, que es también el tuyo. Lo hemos hecho para que nuestro amigo Bobdal pueda ponerla por escrito, dar cuenta de ella en esos símbolos que los hombres son capaces de comprender si han aprendido a desentrañar su significado. Esa es la única forma de asegurar que la memoria de quienes nos han precedido perdure para siempre, porque el azar de la vida y la muerte hace que antes o después se interrumpa el hilo de las conversaciones al calor de la hoguera.

»¿Sabes lo que se me ocurre ahora? Que pocos de los nuestros aman tanto como tú revelar noticias y contar historias. Nos harías a todos el mayor de los regalos si nos ayudaras a dejar para nuestros descendientes el relato de ese tiempo.

Argonio se detuvo y miró a Bobdal de frente, deteniéndose largamente, como para mostrarse a él por entero. Bobdal le correspondió del mismo modo, otorgándole en silencio el calificativo de amigo que acababa de recibir por primera vez. Los dos antiguos adversarios no necesitaron más palabras para reconocerse como iguales en la dramática aventura de ser hombres y estar vivos, reunidos por fin en el mismo bando. El bando de los dignos.

El oretano y el cartaginés se estrecharon en un abrazo ante la mirada cargada de emoción de los demás.

Fue Bobdal quien se dirigió después a Aibekes, tras pasarse por el rostro la manga de la túnica. Tenía los ojos encendidos y le temblaba la voz de regocijo.

—¿Querrás venir conmigo, Aibekes? Yo te enseñaré a leer y escribir el lenguaje de los signos. Me acompañarás, serás mi ayudante, mi secretario; ya descubrirás lo que significa eso. Juntos contaremos la historia de los oretanos, los ólcades y los cartagineses, sin que ninguno sienta que se le hurta el homenaje que merece. Iremos primero a Qart Hadasht, y de allí a la propia Cartago, y tal vez más allá.

El rostro de Aibekes se dilató al punto con la más extensa de las sonrisas.

—¿A Qart Hadasht decís? ¿A Cartago? No podríais imaginar a nadie mejor dispuesto que yo para entendérselas con los caminos. ¡Y me enseñaréis los signos! ¿Creéis que seré capaz de entendérmelas con ellos?

—No me cabe ninguna duda. ¿Qué me dices?

Aibekes miró a Argonio y este le respondió con un asentimiento. Se detuvo después en Gerión y Adara. Vio que ambos tenían lágrimas en los ojos. De algún modo, el muchacho supo que esas lágrimas eran un tributo a los sucesos que el cartaginés habría de contar.

—Iré contigo, señor Bobdal. Haré todo lo que sea preciso para seros útil y ayudaros con vuestra historia. ¿Me diréis quiénes son sus héroes?

Bobdal sacudió la cabeza y se acarició la barba.

—Son innumerables, Aibekes. Están Orissón de Hélike, Buntalos de Arecorata, Meronio de Cirmo, Teuúntas de Belgeda… También Mimbro, Brigantio, Tesindro y Saunio; y Andíbil, Lortas, Enneges, Abarien… Son innumerables. Están Amílcar, Asdrúbal y Sofonisba, Imilce, Titayú… Sobre todo, están Gerión y Anglea, o Anglea y Gerión, porque nunca se supo dónde acababa uno y comenzaba el otro.

»Y Aníbal. Más que ningún otro, Aníbal Barca. Sobre él giró el destino de todos ellos. Y el de todos nosotros.

Aibekes lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué nombre le darás a la historia?

Bobdal quedó absorto mientras se despedía con una última mirada de Argonio, Adara y Gerión. Tomó a Aibekes del hombro y contestó mientras se dirigía con él hacia la puerta.

—La cólera de Aníbal, Aibekes. Por ese nombre recordarán un día los hombres nuestro relato.

Aibekes lo repitió para sí.

«La cólera de Aníbal».

FIN

Madrid, marzo de 2018

NOTA DEL AUTOR

La controversia entre autores, lectores y editores de novela histórica sobre los requisitos y características del género no tiene fin. En todo debate que se celebre sobre la materia surgen de forma sistemática dos cuestiones inagotables: qué condiciones deben cumplirse para que una obra de narrativa situada en el pasado sea realmente una novela histórica, y qué importancia tiene el rigor histórico en la construcción y ambientación de esa narración. No entraré ahora en lo primero, principalmente porque creo que la única respuesta válida al respecto es la que quiera dar cada lector, pero sí me gustaría hacer una consideración sobre lo segundo, para dar un contexto adecuado al propósito de esta nota que pone fin a *La cólera de Aníbal* y, con ella, a mi trilogía sobre el gran general cartaginés y sus antecesores.

Yo no pretendo que mis novelas sean tratados de Historia, ni mucho menos. No tengo ni intención ni credenciales para ello. Pero sí me gustaría que quien las lea se forme una idea razonablemente cabal de ese periodo tan extraordinario en el que, como he escrito en otro lugar, la península Ibérica se convirtió en uno de los principales teatros de operaciones del mundo antiguo. Ello no alcanza, por supuesto, a todos los personajes, escenas y detalles; tanto por las extensas lagunas que aún quedan en nuestro conocimiento de aquella época, como por abundantes concesiones a la imaginación y al interés dramático, mis novelas están llenas de

hipótesis y licencias. Lo que sí deseo es que esa imagen mental, esa sensación de recuerdo de un lugar vivido que nos dejan en el ánimo las lecturas, no sea una caricatura distorsionada del retrato que cada vez con mayor claridad nos ofrecen arqueólogos e historiadores de la Ispania de los Bárquidas.

Con una expresión feliz, mi admirado Carlos García Gual dice que «la novela histórica es un camino de simpatía hacia los antiguos». Creo que nunca está de más que ese camino sea, además de ameno, veraz.

En mi caso, las tareas de documentación no solo no son un peaje a pagar, sino que constituyen en sí mismas uno de los grandes alicientes del empeño de escribir novelas situadas en la protohistoria. Dijo Montaigne que las pasiones son los grandes movimientos de la mente. En mi caso, mis grandes pasiones son la literatura y la arqueología, y ambas se funden en un único movimiento en la imaginación cuando escribo novelas históricas. Me apasiona ir a visitar yacimientos arqueológicos y museos, ver los paisajes que sirvieron de escenario a mis personajes y los objetos que estuvieron en contacto con ellos, desentrañar el sustrato de humanidad que late bajo los textos clásicos. Esa es la razón de que a continuación me detenga en algunos de los criterios y referencias que dan colorido al telón histórico de la novela, por añadidura a lo ya dicho en las novelas anteriores. Tal vez haya lectores que disfruten descifrando conmigo algunas de sus claves.

Si *El heredero de Tartessos* relata el tiempo de Amílcar Barca y *El cáliz de Melqart* el de Asdrúbal *el Bello*, esta última novela de la serie toma a Aníbal como gran protagonista. Sobre Aníbal se ha escrito en cantidades ingentes, pero no tanto así en relación al periodo que precedió al inicio del asedio de Sagunto. Aunque diversas fuentes señalan que Sósilo de Esparta y Sileno de Caleacte acompañaron a Aníbal durante sus campañas hispánicas, desafortunadamente ninguno de sus textos nos ha llegado de forma directa, de modo que los fragmentos que en la novela se atribuyen a Sósilo son producto de mi invención. Lo que parece probable es que Tito Livio y Polibio, principales cronistas clásicos de la campaña de Aníbal contra los ólcades y la expedición a la meseta, con la toma de Hermandica y Arbucala y la batalla del Tajo, siguieran el relato que realizó Sileno, perdido con posterioridad. Por otra parte,

Plutarco y Polieno relatan con grandes coincidencias entre ambos el episodio de la conquista de Salamanca, lo que hace pensar que se basaron en la narración de algún otro de los acompañantes de Aníbal, tal vez el propio Sósilo. En todo caso, quede dicho que unos y otros autores cuentan tan solo someramente algunas peripecias de aquellos remotos sucesos, dejando un vasto espacio a la invención. Ese espacio ha sido del que me he aprovechado. Ejemplo de ello es que ninguno de los personajes vacceos y vetones que incluyo en la novela están documentados, con excepción de Bálaro, citado por Silio Itálico como comandante de las «alas vetonas» de Aníbal.

Un aspecto sujeto a mucha controversia de la expedición de Aníbal a la meseta, más allá de las motivaciones de la misma, es la ruta tomada por el general cartaginés desde Qart Hadasht o Cástulo hasta Hermandica y Arbucala y la del regreso posterior, incluyendo la ubicación del vado donde tuvo lugar la decisiva batalla del Tajo. Para la ruta general me he basado en la opinión de expertos como Eduardo Sánchez-Romero y Jesús Álvarez-Sanchís. En cuanto al vado he elegido el que encuentra mayores apoyos en la tradición y la toponimia: el paraje de Valdeguerra, al pie de la antigua ciudad romana de Aurelia y el castillo medieval de Oreja, cerca de Aranjuez.

Otros momentos decisivos del tiempo que aborda la novela, como el matrimonio de Aníbal con la castulonense Imilce, son aún peor conocidos. Sobre ello solo tenemos una vaga referencia de Tito Livio y algunos fragmentos del poema épico *La Guerra Púnica* de Silio Itálico. Al parecer Aníbal conoció a Imilce durante una suerte de romería religiosa en el santuario de Auringis, en el cerro de Santa Catalina de la actual Jaén. Sin embargo, para la escena correspondiente en la novela he preferido tomar como referencia el oppidum próximo de Puente Tablas. En los últimos tiempos este yacimiento ha sido felizmente convertido en foco de atención de los expertos académicos y las autoridades de conservación del patrimonio arqueológico, dentro de esa magnífica iniciativa con el nombre de *Viaje al tiempo de los íberos* que impulsa la Diputación de Jaén. Se ha construido un centro de interpretación y se han excavado espacios tan fascinantes como un santuario dedicado a una diosa de la fertilidad, representada por una estela antropomorfa hallada *in situ*, que puede contemplarse en el nuevo Museo Íbero de

la capital jienense. Los investigadores del Instituto Universitario de Arqueología Ibérica de la Universidad de Jaén recrean desde 2014 en el oppidum el rito íbero del equinoccio de otoño de un modo tan sugerente que no he podido dejar de inspirarme en él en el capítulo correspondiente de la novela. Lo que no es sino una hipótesis mía es que la mencionada diosa se trate de Betatun, considerada la primera divinidad ibérica identificada, desde el hallazgo de un altar con su nombre grabado en él en Fuente del Rey (Jaén), en 2001. Aunque no parezca descabellado, lo que sí es por entero imaginario es el papel que atribuyo a Neitin en el ritual. Quede aquí mi agradecimiento a la magnífica guía Eva Mª de Dios Martínez, y a la asociación Nueva Acrópolis de Jaén, que me acogieron en la visita al yacimiento de Puente Tablas en un helador día de marzo.

Hablando de *El viaje al tiempo de los íberos*, otra parada imprescindible es el yacimiento de Cástulo, en Linares, también con su correspondiente centro de interpretación y activas campañas de excavación. Es allí donde, en 2013, se encontró la espectacular escultura de un león que protegía, junto a un gemelo desaparecido, la puerta monumental por la que en la novela Aníbal e Imilce hacen su entrada en la ciudad. El encuentro con el león en el delicioso museo municipal de Linares y la visita a la memoria arqueológica de Cástulo fueron experiencias magníficas. De los personajes de la ciudad tan solo están citados en las fuentes Mucro, el padre de Imilce, y Cerdubelos, quien años más tarde se convertiría en el traidor que rindió la plaza a los romanos.

Algunos detalles más para terminar con Aníbal y su contexto tal como se reflejan en la novela. Es cierto que el cartaginés llevaba consigo una copia en bronce del Heracles de Lisipo, aunque el que se la regalara Sósilo no es más que una aventurada suposición. El templo de Atargatis en que tiene lugar su boda con Imilce se corresponde con el que se ha excavado en lo alto del cerro del Molinete, en Cartagena, en lo que un día fue el *Arx Asdrubalis*. Sus características y las del rito que debió oficiarse allí han sido ampliamente descritas por Iván Negueruela en el mismo libro en que el arqueólogo ha dado a conocer una más que discutida hipótesis sobre la configuración que pudo tener el palacio de los Bárquidas. Las menciones a la espiritualidad cartaginesa repartidas en el texto, con el *neshef*, el *ruaj* o soplo vital y el papel ritual del

gallo, proceden principlamente de Serge Lancel.

Toca aquí una excusa por una de las más gruesas licencias de la novela. He presentado la apócrifa *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* como si realmente fuera la que escribió Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles y amigo de Alejandro hasta su caída en desgracia por acusársele de participar en una conspiración contra el rey durante la campaña de Persia. No es así; por desgracia las crónicas del auténtico Calístenes nunca llegaron hasta nosotros. La novelilla conocida con ese título fue compuesta en el siglo III de nuestra era, y atribuida apócrifamente a un «pseudo-Calístenes». Sus méritos no descansan ni mucho menos en la veracidad, ya que es de carácter fabulador y fantástico, sino en su influencia para determinar cómo llegó hasta nosotros la imagen del macedonio. Baste decir que fue, después de la Biblia, el texto más traducido en el mundo antiguo y medieval hasta los comienzos del Renacimiento. Tal vez por ello le correspondió el honor de inaugurar hace años, con el número uno, la Biblioteca Clásica Gredos. El libro ha proporcionado además los títulos a algunas de las partes de la novela. A ese respecto, debo aclarar que lo que presento como un dicho popular, «Quien quiera reyes que vaya a Tiro», es de mi invención.

Uno de los alicientes de escribir *La cólera de Aníbal* ha sido conocer un poco mejor el mundo de los vacceos y, sobre todo, de los vetones. Las visitas a los castros de las provincias de Ávila y Salamanca han sido maravillosas. Las Cogotas, El Berrueco, la Mesa de Miranda, Yecla la Vieja o el Raso de Candeleda (donde ubico la Ebora de la novela, por presentar evidencias de incendio y reubicación plenamente compatibles con la época) son lugares fascinantes, como también el emplazamiento del ancestral santuario de Vaélico en Postoloboso, en la confluencia del Tiétar y el Alardos. La ascensión al castro de Ulaca al atardecer, con su horizonte y soledad infinitos, me dejó una huella imborrable. Manliana es una población vetona de ubicación incierta. He elegido identificarla con el oppidum del Cerro de la Mesa, que domina el vado del Tajo en Azután (Toledo). En su edificio principal se ha identificado un espacio de culto con un altar de resonancias tartésicas.

Todos los demás poblados o ciudades prerromanas citadas en el texto, con excepción de Cirmo y Buntalobriga, han aparecido en

fuentes literarias, epigráficas o numismáticas. Cuando su ubicación se conoce sin excesiva controversia, se menciona con una nota al pie.

En cuanto a las referencias bibliográficas utilizadas sobre los vetones, destaco las de Jesús Álvarez-Sanchís, principalmente las publicadas por el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid (MAR) en Alcalá de Henares, dirigido por Enrique Baquedano. También al MAR correspondió la exposición *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*, cuyo catálogo, coordinado por Manuel Bendala Galán, ha sido para mí una referencia de primer orden. Otros textos de referencia que me han resultado reveladores se citan al final de este libro.

Uno de los privilegios, y no menores, que proporciona escribir notas como esta es que permite hacer expresiones de admiración y gratitud. En mi caso ya he hecho alusión a algunos de los que, en el ámbito de la Arqueología y la Protohistoria, sean investigadores o instituciones, están haciéndonos entrar en una nueva etapa de conocimiento y divulgación de nuestro pasado. Les debemos mucho a todos ellos. Algunos son ya figuras que gozan de un merecido reconocimiento público. Proyectos hechos realidad como el Museo Íbero de Jaén nos reconcilian con muchos años de desatención. Otros, como mis amigos del centro de interpretación del cerro de El Berrueco en Medinilla y del cerro de San Vicente en Salamanca, sacan adelante sus proyectos a base de tesón y pasión.

Caigo en la cuenta de que esos son rasgos que comparte esta *Trilogía de Aníbal* que comencé a escribir hace catorce años. Tesón y pasión. No imaginaba que este empeño iba a absorberme de tal modo, creándome un mundo, como diría Plutarco, de vidas paralelas, al que pongo fin ahora sabiendo que no por ello dejaré atrás el anhelo de seguir recorriendo nuestro pasado de celtas e íberos.

Además, las aventuras de Anglea, Gerión y todos los suyos —los nuestros— no pasarán a formar parte de ese pasado mientras haya un lector que desee mantenerlas vivas y presentes.

Es por eso que solo hay algo más hermoso que leer: escribir.

Y viceversa.

GALERÍA DE PERSONAJES

LOS CARPETANOS

Bienor. Jefe de Ispino.
Canbarico. Jefe de Caraca.
Hilerno. Rey de Toleto.
Thurro. Jefe de Consabura.
Uloqum. Jefe de Titulcia.

LOS ORETANOS DE HÉLIKE

Abaro. Caballerizo, sobrino del difunto Abarien.
Anglea. Princesa oretana, hija de Orissón, casada con Gerión.
Argonio. Oretano de Hélike, hermano de Anglea.
Asterdumar. Hermana de Enneges, tía de Anglea, anteriormente casada con Nereildun de Edeta.
Avalo. Guerrero de Hélike.
Baspedas. Jefe oretano de Purietine.
Biurtites. Capitán de Hélike.
Casindes. Hija mayor de Gerión y Anglea, llamada así en honor de la difunta madre de Anglea.
Chadar. Guerrero de Hélike.

Culchas. Pastor y explorador oretano.

Enneges. Tío de Anglea. Único hermano varón de la difunta Casindes.

Estereia. Anciana sirvienta de la casa de Orissón.

Galduriaunin. Novicia del culto a Astarté, al servicio de Anglea.

Lagandi. Capitán de Hélike.

Leitabaros. Oficial al mando de la torre de vigilancia frente al otero conocido como *La pira de Amílcar*.

Likinos. Guerrero oretano, al mando de la torre de vigilancia de Purietine.

Netinbeles. Guerrero de Hélike.

Taemaros. Guerrero de Hélike.

LOS ÓLCADES

Adara. Hija menor de Gerión y Anglea.

Ario. Hijo de Saunio e Irmán. El nombre es abreviatura de Ariolaco, nombre también del padre de Saunio. Mellizo de Ceriobeles.

Arriago. Sumo Sacerdote de Sucellos en Arecorata.

Buntalos. Príncipe ólcade de Arecorata.

Ceriobeles. Hijo de Saunio e Irmán, mellizo de Ario.

Eskutinos. Capitán de Arecorata.

Gé. Abreviatura de Gerión. Hijo de Gerión y Anglea.

Gerión. Guerrero ólcade casado con Anglea.

Irmán. Mujer ólcade, hermana de Gerión y Mimbro, casada con Saunio.

Kintortes. Capitán de Arecorata, padre de Turibas y Teitabas.

Larima. Mujer ólcade, madre de Gerión, Irmán y Mimbro.

Lenantas. Esposa de Buntalos de Arecorata.

Meronio. Jefe ólcade de Cirmo.

Mimbro. Guerrero ólcade, hermano pequeño de Gerión e Irmán.

Rietalos. Jefe de los exploradores de Arecorata.

Saunio. Guerrero ólcade, casado con Irmán.
Segilo. Capitán de Arecorata.
Teitabas. Guerrero de Arecorata, hijo de Kintortes.
Tersinnos. Príncipe ólcade de Ercavica.
Tesindro. Tío de Gerión, Irmán y Mimbro, casado con Ulcatas.
Teuúntas. Príncipe ólcade de Belgeda.
Tibaste. Capitán de Arecorata.
Turibas. Guerrero de Arecorata, hijo de Kintortes.
Ulcatas. Tía de Gerión, Irmán y Mimbro, casada con Tesindro.
Velauno. Guerrero de Arecorata.

LOS VETONES

Angenos. Jefe de Manliana.
Anorco. Jefe de los exploradores de Ebora.
Bálaro. Príncipe de Ocelón, comandante de las «alas vetonas».
Boutio. Jefe del clan de los Gapéticos de Ebora.
Ebureino. Jefe del oppidum vetón de Talabriga.
Maenomaro. Guerrero de Ebora.
Negel. Jefe del clan de los Pintolancos de Ebora.
Orundo. Jefe del clan de los Caraecios de Ebora.
Ulantio. Capitán de Ebora.
Vailos. Sacerdote de Vaélico en Ebora.
Virono. Príncipe de Ebora.

LOS VACCEOS

Acces. Príncipe de Hermandica, casado con Amma.
Amma. Sacerdotisa de Hermandica, casada con Acces.
Balaesi. Jefe de los vacceos de Arbucala.
Caledige. Guerrero de Hermandica.
Comene. Guerrero de Hermandica.
Elaisico. Miembro del Consejo de Hermandica.

LOS CARTAGINESES

Adhérbal. Oficial del Estado Mayor de Aníbal.

Agram. Llamado el Etrusco, responsable de las palomas mensajeras de Qart Hadasht.

Aníbal Barca. General de Cartago, hijo de Amílcar.

Asdrúbal Barca. Hermano de Aníbal.

Asdrúbal, llamado **el Bello**. Cuñado de Aníbal, casado con Sofonisba y Titayú.

Asdrúbal, llamado **Mastieno.** Hijo de Asdrúbal el Bello y Titayú.

Baslec. Oficial del ejército de Aníbal.

Berébal. Boetarco, responsable de intendencia del ejército cartaginés.

Bitón de Siracusa. Poliorceta y constructor de máquinas de guerra.

Bobdal. Antiguo remero y cronista provisional de Aníbal.

Cartalón. *Celeuste* (oficial responsable de marcar el ritmo de boga).

Elena. Doncella de Salambua y posteriormente de Imilce.

Gerashtart. Alto sacerdote de Atargatis.

Gimialcón. Jefe del Estado Mayor de Aníbal.

Girolbaal. Oficial del ejército de Aníbal.

Giscón. Oficial de la flota de guerra púnica.

Hannón. Líder del partido de los terratenientes de Cartago, llamados los Viejos.

Himilcón. Comandante de la Guardia Bárquida.

Hipócrates y **Epiclides.** Hermanos procedentes de Siracusa, amigos de Aníbal. Hijos de **Diomedes** y de **Bodastart**, tía lejana de Aníbal.

Lakerkes. Príncipe de Mastia, padre de Titayú, ya difunto.

Magbal. Oficial del ejército de Aníbal.

Magón Barca. Hermano pequeño de Aníbal.

Magón el Samnita. Oficial del Estado Mayor de Aníbal.

Mahárbal. Oficial del Estado Mayor de Aníbal.

Maharcón. Criado personal de Aníbal.

Malión. Secretario de Zekárbal.
Naravas. Capitán de la caballería númida de Aníbal. Esposo de Salambua, hija de Amílcar y hermana de Aníbal.
Oksar. *Prorreo* (vigía).
Safat. *Cibernetes* (timonel).
Sósilo de Esparta. Preceptor y cronista de Aníbal.
Titayú. Segunda esposa de Asdrúbal, princesa de Mastia.
Zekárbal. Sumo sacerdote de Eshmún, consejero principal de Aníbal.

LOS ALIADOS DE ANÍBAL

Akerseken. Jefe de Iltiraca.
Balbésar. Príncipe de Ilugo.
Betukine. Jefe de Auringis y custodio del santuario de Betatun.
Bileston. Sirviente de Imilce.
Biliantur de Etobesa. Jefe ilercavón.
Cerdubelos. Capitán de Cástulo.
Etesike. Príncipe de Tugia.
Ibilón. Jefe de Ossigi.
Icloken. Jefe de Acci.
Imilce. Hija de Mucro, princesa de Cástulo.
Kibašin. Sirviente de Imilce.
Mucro. Régulo de los oretanos, padre de Imilce.
Quelques. Príncipe de Baria.

OTROS PERSONAJES

Alendro. Propietario de la taberna de la carretera de Tiermes.
Aibekes. Hijo de Alendro.
Iltunesker. Turboleta apodado El Carroñero, por dedicarse a recoger y comerciar con despojos de guerra.

GLOSARIO

Aríbalo. Vaso griego de forma globular y cuello corto y estrecho.

Ataecina. Divinidad vetona y de otros pueblos prerromanos. Diosa madre y tutelar que suministraba los bienes terrenales y actuaba como señora de los poderes ctónicos y de los muertos. Se la representaba con una cabra.

Beltaine. Festividad común a los pueblos de origen céltico. Se celebraba el día primero de mayo y celebraba la renovación y la fertilidad asociada a la primavera.

Betatun. Divinidad íbera relacionada con la fertilidad.

Betilo. Figura de piedra sin rasgos distintivos que representa a un dios innominado.

Caelia (o Kelia). Especie de cerveza elaborada por los pueblos íberos y celtíberos.

Caetra. Escudo circular de pequeño tamaño propio de los pueblos celtíberos.

Celeuste. Persona encargada de mantener, mediante un tambor u otro instrumento, el ritmo de boga en las galeras.

Cernunnos. Dios celta asociado a los animales salvajes, la abundancia y la regeneración. Normalmente es representado con orejas y cuernos de ciervo.

Combalcores. Sumo sacerdote de los pueblos celtíberos.

Cornu. Cuerno de guerra.

Cosus. Dios de la guerra en el mundo céltico de la península Ibérica, asociado con el Ares griego y el Marte romano.

Epona. Diosa céltica de la fertilidad y los caballos.

Falcata. Espada curva de hierro utilizada por los guerreros íberos.

Falera. Disco protector pectoral hecho de metal.

Garo (o Garum). Salsa hecha con restos de pescado, originaria del sur de la Península Ibérica, que alcanzó gran popularidad en el mundo romano.

Karnyx. Instrumento musical similar a una tuba.

Luc. Dios céltico solar, vinculado al mundo heroico y guerrero, así como al de las artes y las habilidades manuales.

Mahout. Término originario de la India utilizado para designar a los conductores de elefantes.

Molk. Sacrificio fenicio de un hijo recién nacido en honor al dios Moloch.

Moloch. Dios fenicio que representaba al fuego purificador. Solía representarse como una figura humana con cabeza de carnero.

Neitin. Dios hispánico de la guerra y señor del rayo.

Poliorceta. Arquitecto de la Antigüedad especializado en la construcción y murallas y fortificaciones.

Prorreo. Vigía de los navíos helenísticos.

Qoph. Letra fenicia similar a la Q, con rabillo más largo y vertical.

Rab Kohanim. Sumo Sacerdote, en lengua fenicia.

Reshef. Dios de origen semítico asociado con la peste y la guerra.

Rinla. Diosa íbera asociada a las corrientes fluviales.

Ruaj. Soplo vital en la religión púnica.

Samain. Festividad de origen celta, muy extendida en Europa hasta la conversión al cristianismo. Tenía lugar en la última noche de octubre; etimológicamente significa «fin del verano» y señalaba el año nuevo.

Sufetes. Jueces, en lengua fenicia. Eran los dos miembros principales del Senado de Cartago, con funciones similares a la de los Cónsules romanos. Eran elegidos

anualmente entre los miembros de la alta aristocracia.

Syntagma. Unidad básica de la falange macedónica, formada por doscientos cincuenta y seis hombres.

Toga. Deidad vetona relacionada con la guerra. Al parecer, bajo su advocación se establecían acuerdos entre pueblos limítrofes. En ocasiones aparece con el masculino Togo.

Trebaruna. Divinidad vetona protectora del ámbito doméstico.

Umbo. Semiesfera metálica que refuerza el centro del escudo.

Vaélico. Dios al que rendían culto los vetones, asociado al lobo y al inframundo. En Postoloboso, en la provincia de Ávila, se consevan vestigios de un santuario dedicado a él.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ-SANCHÍS, JESÚS, «Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia», Madrid 2003.

— (Ed.), «Arqueología vetona. La meseta occidental en la Edad del Hierro», Zona Arqueológica, Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares 2008.

—, «Vetones. Pastores y guerreros en la Edad del Hierro» (Catálogo de la exposición temporal), Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares 2008.

ARANEGUI, CARMEN (Ed.); Mata, Consuelo y Pérez Ballester, José, *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*, Ed. Cátedra, Madrid 1997.

BARCELÓ, PEDRO, «Aníbal de Cartago», Alianza Editorial, Madrid 2001.

BENDALA GALÁN, MANUEL, *Tartesios, íberos y celtas*, Temas de hoy, Madrid 2000.

— (Ed.), «*Fragor Hannibalis*. Aníbal en Hispania» (Catálogo de la exposición temporal), Museo Arqueológico Regional Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares 2013.

—, *Hijos del Rayo. Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, Trévede, Madrid 2015.

BLÁZQUEZ, JOSÉ MARÍA, «Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente», Ed. Cátedra, Madrid 1992.

BURILLO MOZOTA, Francisco, *Los Celtíberos. Etnias y estados*, Ed. Crítica, Barcelona 1998.

CANO BORREGO, PEDRO DAMIÁN, *Los Celtas. La Europa del Hierro y la Península Ibérica*, Ed. Sílex, Madrid 2002.

CARRERAS ROSSELL, TERESA, «Ungüentos y perfumes en el mundo fenicio y púnico», XXIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Govern de les Illes Balears, Ibiza 2009.

CHAPA BRUNET, TERESA, y PEREIRA SIESO, JUAN, «Un vado perdido: el Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo)», en *Miscelánea en homenaje a Victoria Cabrera*, Maíllo, José Manuel, y Baquedano, Enrique, Zona Arqueológica 7, Vol. II, págs. 120-133.

COSTA, BENJAMÍ; y FERNÁNDEZ, JORDI H. (Eds.), «La Segunda Guerra Púnica en Iberia», XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Govern Balear, Ibiza 2000.

— (Eds.), «Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico», XIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Govern Balear, Ibiza 2005.

GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO, *La España del siglo primero de nuestra era* (según P. Mela y C. Plinio), Espasa-Calpe, Madrid 1947.

GRACIA ALONSO, FRANCISCO, *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Ariel, Barcelona 2003.

GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, AURORA M., «Indigenismo vacceo. Sociedad y onomástica», en

AnMurcia,
11-12,
1996, págs.,
187-204.

HERNÁNDEZ GUERRA, LIBORIO y JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, AGUSTÍN, *Vacceos. Historia y romanización de un pueblo prerromano del valle del Duero*, Universidad de Valladolid, Valladolid 2013.

NEGUERUELA MARTÍNEZ, IVÁN, *El «magnífico palacio» de Asdrúbal en Cartagena (Cerro del Molinete)*, Real Academia de la Historia, Madrid 2015.

NOGUERA CELDRÁN, JOSÉ MIGUELL y MADRID BALANZA, MARÍA JOSÉ (Eds.), «Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada» (Catálogo de la exposición temporal), Museo del Teatro Romano de Cartagena, Universidad de Murcia 2003.

REMEDIOS, S.; PRADOS, F. y BERMEJO, J. (Eds.), *Aníbal de Cartago. Historia y mito*, Ediciones Polifemo, Madrid 2012.

QUESADA SANZ, FERNANDO, *Armas de la antigua Iberia. De Tartesos a Numancia*, con ilustraciones de Carlos Fernández del Castillo, La Esfera de los Libros, Madrid 2010.

La edición citada de *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, del Pseudo-Calístenes, es la de la Biblioteca Clásica Gredos, traducida por Carlos García Gual. La de *La Guerra Púnica* de Silio Itálico es la de Joaquín Villalba Álvarez, en Akal/Clásica.

ARTURO GONZALO AIZPIRI (Madrid, 1963) ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito de la energía y el medio ambiente, en responsabilidades tanto públicas como privadas. Actualmente trabaja en Repsol, realizando frecuentes viajes que le permiten el ejercicio de la literatura a diez mil metros de altitud.

Ha publicado las novelas históricas *El heredero de Tartessos* (Imágica 2009, Evohé 2013), *El cáliz de Melqart* (Evohé 2014, Premio Hislibris a la Mejor Novela Histórica Española 2014) y *La cólera de Aníbal* (Evohé 2018), por la que obtuvo el Premio Hislibris al Mejor Autor Español de Novela Histórica 2019.

Ha traducido los libros de viajes *Mis andanzas por Europa* de Charlie Chaplin (Evohé, El Periscopio, 2010) e *Historia de un viaje de seis semanas* de Mary Shelley (Evohé, El Periscopio, 2014). En 2012 publicó un poemario en la colección Hazversidades Poéticas dirigida por Jaime Alejandre. Es miembro del equipo editor de las colecciones *El Periscopio* e *Intravagantes*, de Ediciones Evohé.

Notas

[1] Río Segura. < <

[2] Río Guadalquivir. < <

[3] Cádiz. < <

[4] Carmona (Sevilla). < <

[5] Santisteban del Puerto (Jaén). < <

[6] Aspe (Alicante). < <

[7] Lezuza (Albacete). < <

[8] Río Júcar. < <

[9] Sagunto. < <

[10] San Miguel de Llíria (Valencia). < <

[11] Játiva (Valencia). < <

[12] Río Tajo. < <

[13] Cañaveruelas (Cuenca). < <

[14] Río Mundo. < <

[15] Jaén. < <

[16] Río Guadalimar. < <

[17] Alcaraz (Albacete). < <

[18] Aznaitín (Jaén). < <

[19] Peal de Becerro (Jaén). < <

[20] Guadix (Granada). < <

[21] Baza (Granada). < <

[22] Villaricos (Almería). < <

[23] Río Almanzora. < <

[24] Villanueva de la Fuente (Ciudad Real). < <

[25] Granátula de Calatrava (Ciudad Real). < <

[26] Alarcos (Ciudad Real). < <

[27] Río Guadiana. < <

[28] Talavera de la Reina (Toledo). < <

[29] Villas Viejas (Cuenca). < <

[30] Saelices (Cuenca). < <

[31] Toledo. < <

[32] Río Tiétar. < <

[33] Mengíbar (Jaén). < <

[34] Alconétar (Cáceres). < <

[35] Cáparra (Cáceres). < <

[36] Ávila. < <

[37] Río Duero. < <

[38] Tiedra (Valladolid). < <

[39] Salamanca. < <

[40] Río Tormes. < <

[41] Titulcia (Madrid). < <

[42] Consuegra (Toledo). < <

[43] Driebes (Guadalajara). < <